



NIEBLA Y ACERO

LAS CENIZAS DE HISPANIA II

JOSÉ Z. HERNÁNDEZ

LAS CENIZAS DE HISPANIA II

NIEBLA Y ACERO

José Zoilo Hernández González ©

Reservados todos los derechos.

No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio sin autorización previa y por escrito del titular del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Diseño de la portada e ilustración: Yeivit

TABLA DE CONTENIDO

[TABLA DE CONTENIDO 3](#)

[PRÓLOGO 5](#)

[CAPÍTULO I 8](#)

[CAPÍTULO II 20](#)

[CAPÍTULO III 33](#)

[CAPÍTULO IV 46](#)

[CAPÍTULO V 66](#)

[CAPÍTULO VI 76](#)

[CAPÍTULO VII 90](#)

[CAPÍTULO VIII 99](#)

[CAPÍTULO IX 108](#)

[CAPÍTULO X 125](#)

[CAPÍTULO XI 134](#)

[CAPÍTULO XII 148](#)

[CAPÍTULO XIII 162](#)

[CAPÍTULO XIV 177](#)

[CAPÍTULO XV 193](#)

[CAPÍTULO XVI 215](#)

[CAPÍTULO XVII 228](#)

[CAPÍTULO XVIII 237](#)

[CAPÍTULO XIX 248](#)

[CAPÍTULO XX 262](#)

[CAPÍTULO XXI 276](#)

[CAPÍTULO XXII 290](#)

[CAPÍTULO XXIII 306](#)

[CAPÍTULO XXIV 318](#)

[CAPÍTULO XXV 329](#)

[CAPÍTULO XXVI 339](#)

[CAPÍTULO XXVII 352](#)

[CAPÍTULO XXVIII 362](#)

[CAPÍTULO XXIX 367](#)

[CAPÍTULO XXX 374](#)

[CAPÍTULO XXXI 380](#)

[NOTA HISTÓRICA 388](#)

“*Regnum destructum et finitum est suevorum*”

Hydacio, Obispo de *Aquae Flaviae*. 400 – 469 d.C.

PRÓLOGO

El día de hoy ha amanecido extraordinariamente claro. Los suaves rayos solares me han ayudado a despertar, paseando su calidez sobre mis cerrados párpados hasta que las fuerzas han vuelto a acompañarme. Aún quedan en mi boca reminiscencias de ese sabor agridulce que invade mi alma desde la tarde de ayer.

Ayer concluí por fin la transcripción de uno de los episodios más relevantes de esta historia que, desde que he decidido atrapar en estas líneas de tinta que cruzan el blanco inmaculado de los finos pergaminos de los que ahora dispongo, ha ido escapando de mis manos hasta tomar unas dimensiones que nunca me atreví a calcular.

El grueso fajo de costosos pergaminos me lo ha proporcionado el hermano Filemón, acompañado de un juego de cálamos digno del mejor escribiente, al que sin duda mi prosa no hace justicia. Nada me ha dicho el señor obispo al respecto, pero en su sonrisa benévola se refleja estos días un atisbo de complicidad que me hace sospechar que es a él a quien debería agradecer tal presente. Mucho me temo que nadie cree ya mis pobres excusas sobre santas lecturas y rezos milagrosos, y que el verdadero contenido de mis largas charlas con Attax, así como la naturaleza de la ardua tarea que afronto y que mantiene mis ojos cansados, mis manos manchadas de negra tinta y mi alma navegando entre la agitación y la paz, pueblan ya los rumores que se intercambian en los largos pasillos del palacio episcopal.

Imagino que en mi juventud, que ahora siento lejana, cuando aún creía en verdades absolutas, me hubiera escandalizado la sarta de mentiras que hilé para conseguir aquellos misales cuyas hojas, bien raspadas para vaciarlas de cualquier asomo de santidad, acogieron las primeras palabras de este escrito. Pero con el paso de los años he tenido sobrado tiempo tanto para odiar como para amar, y han sido objeto de estos sentimientos cristianos y herejes arrianos, paganos— sin apenas distinción; en mi caminar me he ido despojando de esa confianza en las certezas inmutables, que resulta una buena armadura para la batalla, pero que constriñe en exceso cuando uno pretende vestirla

cada día. Así que, si en el juicio ante el Creador, Cristo Todopoderoso considera que debe castigar esta falta, daré la bienvenida a mi penitencia; pero, en tanto, me siento más bien inclinado a agradecer su sabiduría al proporcionarme en forma de aquellos piadosos escritos la inspiración necesaria para encontrar el camino que permitió sanar el alma de Attax en un momento en que su cuerpo, enfermo, se empeñaba en arrastrarla a las tinieblas.

Atrás han quedado las fiebres que hacían arder su frente, los desvaríos incoherentes, los largos días de postración. Ahora paseamos nuestra nostalgia por los tranquilos jardines, reviviendo los buenos y malos momentos que hemos pasado juntos, recordando batallas, revelando razones, intercambiando confidencias, desnudando reflexiones que jamás pensé que llegaríamos a compartir. Aunque Attax siempre ha sido parco en palabras, y más amigo de esconder que de expresar, a medida que el relato avanza y sus recuerdos se confunden con los míos propios, poco a poco me voy atreviendo a completar sus silencios –algunos profundos, otros hoscos– con lo que mis ojos, de niño primero, de joven después, percibieron en ese entonces, y lo que la exigua sabiduría que me han regalados los años me permite intuir ahora. En un principio, cuando exponía esta extraña mezcla de palabras pronunciadas y pensamientos atribuidos al implacable juicio del alano, soporté no pocas chanzas, resoplidos y rapapolvos. Con el tiempo, muchas veces se limita ya a escucharme, e incluso se digna a asentir de cuando en cuando; aunque he acabado por comprender que sus más enconadas protestas han acompañado siempre a aquellos momentos en los que me llegué a asomar en demasía a los recovecos más profundos de su alma.

También para mí ha resultado un ejercicio inquietante observarme a mí mismo a través de sus ojos. No obstante, me he esforzado en respetar con exactitud sus percepciones, ya que como tantas veces he repetido, esta es su historia, aunque sea mi mano la que la transcribe, y mi cabezonería la que me ha llevado a tratar de transformar algunos de sus silencios en palabras. Sin embargo, reconozco que no resulta cómodo ver desplegarse ante uno los mil errores a los que la irreflexiva soberbia de la juventud nos conduce –aunque lo cierto es que Attax siempre me ha juzgado con no poca benevolencia–, despojados de cada una de las pesadas capas de excusas, justificaciones y

patrañas bajo los que nuestra propia conciencia es capaz de enterrar los más dolorosos recuerdos, o al menos cubrirlos con un velo que nos haga más soportable su contemplación.

La juventud... cuando nos ciegan las ansias de venganza y gloria, el único lenguaje que nos satisface es el de la violencia, y confundimos fácilmente el deber con el deseo. Probar nuestras fuerzas, enfrentarnos al mundo, derramar sangre, perseverar en la adversidad, despreciar las consecuencias. Arrastrar a los demás a tu propio caos. Entender la lealtad, digerir los tragos amargos. Asumir las culpas.

A medida que avanzábamos en la lectura, Attax me hizo prometer muchas veces que no se posarían sobre estas páginas otros ojos que los míos, ni revelarían nuestras lenguas los pensamientos compartidos a oído alguno. Y con la misma seguridad con la que juré que eso nunca sucederá –sin su expresa aquiescencia–, al menos hasta que ambos hayamos desaparecido de la faz de este mundo de sombras y luces, me atrevo a desvelar, sin excusas, sin asomo de vergüenza, el último de los secretos que estas páginas guardarán por siempre: anoche, al concluir la lectura de este capítulo de nuestras vidas, quizás por primera vez en nuestro largo caminar de alegrías y sinsabores, Attax y yo lloramos juntos.

LIBRO I

En algún lugar de la *Gallaecia*, noviembre del 456 d.C.

CAPÍTULO I

La lluvia caía sin cesar, formando una espesa cortina que apenas nos permitía ver un palmo por delante de nuestras narices. Los gruesos goterones resbalaban por mi capa engrasada, pero poco a poco iban encontrando caminos hacia mi nuca causándome escalofríos, como si algún espíritu travieso se divirtiera tocándome con sus dedos gélidos.

Corría el sexto día desde que abandonáramos el cuerpo principal del ejército; empapados y ateridos, aguantábamos como podíamos bajo la tormenta que parecía perseguirnos, incansable, desde que lucháramos a orillas del *Urbicus*. En ese río, que servía de frontera natural para dividir las antiguas provincias romanas de *Tarraconensis* y *Gallaecia*, había tenido lugar hacía tan solo unas semanas una batalla que marcaría el devenir de *Hispania* en los años siguientes. Y nosotros habíamos participado en ella.

Siguiendo órdenes del emperador romano Avito, que en ese momento ocupaba el inestable y traicionero trono de *Ravena*, el rey godo Teodorico había penetrado en *Hispania* al mando de un poderoso ejército formado por sus hombres y unos miles de burgundios y francos, dispuestos a poner fin a la amenaza que suponía el reino suevo en suelo hispano para el lejano imperio. Desde principios de siglo, Roma no contaba con fuerzas en el corazón de *Hispania*, por lo que cuando era necesaria su intervención, bien enviaba un ejército compuesto por sus propias legiones –lo que cada vez era menos frecuente–, o bien enviaba a uno de sus pueblos federados a cumplir el encargo, como era el caso.

La batalla se decidió del lado visigodo. Las tropas de Teodorico, además de ser ligeramente más numerosas, estaban formadas por curtidos veteranos acostumbrados a pelear por cada pedazo de tierra. La mayoría de ellos habían participado incluso en la ya famosa batalla de los *Campos Catalaunicos*, en la que el imperio había logrado disipar, al menos por un tiempo, la amenaza representada por el huno Atila y sus hordas de las estepas. Para los suevos, la jornada acabó convirtiéndose en una masacre.

Luchamos bajo las órdenes de Akhila, *Comes* visigodo cercano al rey. Separados del contingente principal, libramos una terrible batalla contra un número de suevos mucho mayor que el nuestro. Pese a todo, resistimos su empuje hasta que la contienda principal se decidió del lado de Teodorico, y las tropas de este acudieron en nuestro auxilio. Fue un buen bautismo de sangre para mis chicos: Marco, el joven hispano de buena posición que en mi corazón ocupaba el lugar del hijo que nunca había tenido –al menos, que yo supiera–, Galieno, el valiente y jovial hispano que había sido siervo del padre de Marco en *Conimbriga*, y por último Issa, el joven britano que nos había acompañado desde nuestra partida de *Lucus* en busca de la venganza que reclamaba Marco para el alma de su padre. Éste, de nombre Quinto, había sido asesinado en *Conimbriga* a manos de guerreros suevos, los mismos que asaltaron su villa de las afueras en busca de botín. De la incursión tan solo habíamos sobrevivido nosotros y la que hasta entonces había sido mi pareja, la bella Aspasia.

Luchamos junto a Salla, el joven hijo de Akhila, secundado por su fiel Ibbas, todo un veterano, letal como el acero de su propia espada. Después de la victoria, sin apenas tiempo para descansar ni para saquear las pertenencias de los caídos, el rey godo ordenó a sus hombres retomar la persecución de Rechiario, el rey suevo, que había conseguido huir a duras penas del campo de batalla. Esta tarea le fue confiada a uno de los *Gardingos* del rey, un petulante y sanguinario godo de nombre Liuva con el que ya hacía tiempo habíamos estado a punto de batirnos a muerte. Este partió con una gran fuerza de caballería, con la única tarea de capturar a Rechiario en su huida, evitando el contacto con cualquier otra fuerza que encontrara en su camino. De ese cometido ya se encargaría el resto del ejército: debíamos limpiar *Gallaecia* de cuanto guerrero suevo encontráramos.

La primera presa que ansiaba Teodorico era la tradicional capital de los reyes suevos en la antigua provincia romana, la ciudad de *Braccara Augusta*, donde residían la mayoría de los suevos de *Hispania*. Y hacia allí dirigimos nuestros pasos: hacia el mar. Sin embargo, para Akhila y otros trescientos hombres escogidos por él mismo, el rey tenía otros planes: debíamos separarnos del cuerpo principal del ejército y, desviándonos de la calzada por la que este circulaba, dirigirnos hacia el norte, hacia la antigua ciudad de

Lucus Augusti. Antes de llegar a esta –que hasta la fecha continuaba bajo el mando de un gobierno local, no en manos suevas–, debíamos desviarnos hacia el oeste, donde, en un cruce de caminos, se encontraba nuestro objetivo. Según habían informado los exploradores enviados por el rey, un grupo de suevos supervivientes de la batalla se había hecho fuerte en las ruinas de un antiguo campamento romano –que había servido, generaciones atrás, de base de operaciones a una de las cohortes de Roma, el *ala Lucensis*–, ya ocupado anteriormente por familias suevas, que habían vuelto a fortificar sus deteriorados muros.

La posición en la que estaba situado el enclave, tal y como había sido la intención de sus iniciales constructores, era estratégica; Teodorico, temiendo que se convirtiera en un foco de inestabilidad para la comarca circundante, nos ordenó que desalojáramos a la guarnición sueva sin tardanza. Y hacia allí nos dirigíamos, presurosos y empapados.

El aguacero llevaba días castigándonos sin piedad, amenazando con hacernos salir nadando de nuestro camino, derechos hacia el río. Ya no nos quedaba nada seco. El otoño había comenzado con fuerza; nos encontrábamos a principios del mes de noviembre, y ya se dejaba notar que el próximo invierno sería duro.

–Menuda mierda de sitio –rugió Ibbas a mi lado–. ¿Pero es que los romanos han perdido la cabeza para reclamar este terruño? Siempre pensé que *Hispania* sería un lugar donde el sol nunca se ponía, repleto de mujeres bellas y lascivas. Pero esto... ¡Esto es una mierda!

Me reí con ganas hasta que Issa me interrumpió.

–En la tierra de donde yo procedo llueve aún más, noble Ibbas. Pueden pasar lunas enteras en las que no se ve el sol, oculto tras las mullidas nubes y la espesa niebla.

Ibbas miró al muchacho, horrorizado.

–Recuérdame, chico, que si a algún romano loco se le ocurre enviarnos a luchar a tu tierra, lo mande a tomar por el culo.

Pues en esas estábamos, enfrascados en conversaciones triviales mientras el cielo amenazaba con desplomarse sobre nuestras cabezas. Calados hasta los huesos, ascendíamos paralelos al río *Minius*, mientras el grueso del ejército había tomado hacía ya días la vetusta calzada que llevaba hasta la misma

Braccara Augusta. Nuestras órdenes eran seguir al ejército en cuanto hubiéramos acabado con nuestro objetivo, lo que esperábamos que no nos llevara mucho tiempo.

Braccara era una de las tres ciudades más importantes y pobladas de la provincia, junto con la propia *Lucus* y *Asturica*, y con ambas compartía su sobrenombre de *Augusta*. Siempre he pensado que los romanos han sido muy cuadriculados y han hecho gala de escasa imaginación. El propio Teodorico asumía que su conquista no sería fácil, y que le llevaría un tiempo vencer la resistencia de la ciudad, aunque estaba seguro de su victoria. Por ello, estimábamos que tendríamos tiempo de sobra para ejecutar nuestro cometido y llegar a la capital antes de que el ejército hubiera finalizado su propósito.

Caía ya la tarde cuando la molesta lluvia nos dio por fin un respiro, aunque el cielo seguía luciendo gris y amenazador. Recibimos con entusiasmo las órdenes de nuestro comandante: por primera vez en muchos días, descansaríamos junto a un buen fuego. Cuando la tarde tocaba a su fin, ya habíamos acondicionado un claro cercano al río, y una gran hoguera brillaba reconfortante, emitiendo una agradable calidez y una bonita columna de humo que se perdía hacia el cielo nublado. Los leños, humedecidos, no dejaban de emitir chasquidos y siseos. Los hombres nos apiñábamos alrededor, buscando confortar nuestros cuerpos ateridos a la lumbre. El noble Akhila distribuyó las tareas de vigilancia –aunque los exploradores habían batido la zona, no podíamos descartar la posibilidad de que en los márgenes del río aún quedaran grupos de fugitivos del ejército suevo, y esa noche nosotros no estábamos siendo precisamente discretos–, y los más afortunados nos dispusimos a descansar y a compartir un rato de charla. Estábamos de buen humor, disfrutando de la ligera alteración en la aburrida rutina que llevábamos a rajatabla desde nuestra segregación del ejército real.

Habíamos acompañado a Teodorico recorriendo a toda prisa la calzada que pasaba por la gran ciudad de *Asturica Augusta*, rodeando esta y continuando el camino sin detenernos. Avanzamos hasta la mitad del camino hacia la costa, donde nos separamos del grueso del ejército. Desde entonces apenas habíamos tenido incidentes que recordar, salvo algún que otro fugitivo apresado por los escasos exploradores de los que disponíamos. Cada vez que veía a uno de esos despreocupados jinetes anhelaba sentirme como ellos:

poder avanzar a lomos de un buen caballo, lejos del frío y encharcado suelo, compartiendo el camino con tan noble compañero. La batalla que habíamos librado había sido la primera en mi vida en la que no había participado formando parte de la caballería, sino como infante desde el inicio. Aunque había sido una buena batalla, sin duda me habría encontrado más cómodo sobre una buena cabalgadura, como todo alano que se precie.

Aunque nunca lo reconocería frente a hombres como Ibbas, en la lucha en el muro de escudos, cuando dos formaciones de guerreros chocan frente a frente, las sensaciones que te recorren son de una intensidad difícil de superar, ni siquiera en el enfrentamiento de dos turmas de caballería. Mientras te acercas paso a paso al enemigo, el escudo bien sujeto, los pasos firmes y a tu lado los compañeros a los que confías tu suerte, puedes oler el agrio olor de la cerveza en el aliento de tu enemigo, unido al tufillo acre del miedo y la abierta pestilencia de las heces de aquellos incapaces de controlar su cuerpo en esos sórdidos momentos de los que luego se nutren las gloriosas leyendas. Pocas sensaciones como esa son capaces de hacerte sentir vacío de pronto, y pasado un instante de incertidumbre, tras el que compruebas que, milagrosamente, sigues vivo, resurges como un dios de la guerra para repartir la muerte a tu alrededor.

En cuanto terminamos de disponer las rústicas defensas en las que insistió nuestro comandante –desde que lo había conocido, me había sorprendido por su metódica eficacia; no le gustaba dejar nada al azar–, nos sentamos alrededor del fuego, que poco a poco iba calentando nuestros empapados ropajes, y nos dedicamos a eliminar la herrumbre que comenzaba a apoderarse de nuestras armas. En el rostro de mis compañeros, a la luz de las llamas, podía ver reflejados los estragos de la falta de sueño y las penurias del gran número de millas que llevábamos en nuestras botas. Debatimos largamente lo que haríamos cuando llegáramos a *Braccara* y pudiéramos disfrutar de sus tabernas, sus mujeres y sus peleas, hasta que Marco, supongo que pensado precisamente en reyertas de taberna, rompió las hostilidades:

–¿Habrá capturado ya Liuva a Rechiario?

–Por mí como si se ahoga en su propia meada. ¡Maldito bastardo! Esa no es manera de actuar en una batalla –rezongué. En la batalla, la caballería de Liuva, al mando de Frederico, el hermano del rey, nos había abandonado a

nuestra suerte en medio de la refriega para partir en pos de algunos jinetes que huían despavoridos, dejándonos solos frente a la infantería enemiga, muy superior en número.

Salla, que siempre tenía más información que el resto, nos deleitó con una de sus últimas averiguaciones.

–En el campamento real se comenta que el propio Teodorico está muy complacido con su actitud. Se dice que atravesó la guardia de Rechiario al frente de los hombres de Frederico, y que él mismo hirió al rey suevo en el hombro antes de que huyera.

–Un bastardo con suerte. Es cierto que luchando he visto pocos mejores, pero es un bastardo, sin duda –terció Ibbas a la vez que añadía un nuevo tronco a la fogata.

–Como consiga ponerle la mano encima a Rechiario, lo va a pasar realmente mal. Ese cabrón no se anda con miramientos –añadí yo, concentrado en mondar un hueso de conejo.

De nuevo Salla vino a arrojar luz sobre nuestras elucubraciones, las de la vulgar soldadesca.

–Teodorico ordenó que Rechiario fuera llevado vivo a su presencia. Pero dudo que eso signifique que el suevo vaya a vivir mucho más.

–Apuesto a que antes de que acabe la campaña, Liuva será nombrado *Comes* –intervino Wulfila, uno de los jóvenes compañeros de Salla.

Akhila miró fijamente a Marco.

–Habrá que tener cuidado con él. Supongo que no habrá olvidado cómo os conocisteis, sino más bien al contrario. Seréis uno de los pocos cabos sueltos que aún le queden antes de poder disfrutar por completo de sus nuevos honores.

–Me dejáis más tranquilo –respondí, irónico, a nuestro comandante–. Creo que a partir de hoy mismo empezaré a valorar esta suave lluvia que nos acaricia, ahora que no tengo que buscar puñales a mi espalda por encontrarme entre amigos. Dejaré eso para cuando volvamos con el resto del ejército.

Poco a poco los hombres comenzaron a retirarse a sus fríos y húmedos jergones de campaña, colocados cerca del fuego aunque algo más retirados de donde nos habíamos reunido para charlar. Cuando decidí imitar a mis compañeros, tan solo quedaban en pie Salla, Marco y Akhila.

–¿Cuándo acabará la misión, Akhila? ¿Cuando se capture a Rechiario? –
probé suerte, a ver si podía averiguar algo sobre los planes del alto mando
godo.

–Eso solo lo sabe Teodorico, amigo. Yo tan solo soy su fiel servidor.

Hice un gesto de despedida y me arrebujé en la manta que ya tenía sobre
mi espalda, pensando que nunca serviría para mostrarme tan enigmático, pero
a la vez cercano, como lograba parecer Akhila.

Aún tuvimos que recorrer varias millas más hacia el norte, siempre con el
margen del río a nuestra izquierda, hasta que tras varios días de interminable y
húmeda marcha, nos acercamos a los alrededores de *Lucus*.

–Tu ciudad está al este, Marco –nos dijo Salla en cuanto los exploradores
alcanzaron la columna.

–La ciudad de mi tío está al este, Salla. Pero la mía está hacia el sur.

–Me gustaría poder ver ambas. Espero que tengamos oportunidad en la
campana. Aunque si he de elegir, ya te he dicho que cambiaría cualquier otra
visión por la de *Emerita Augusta*.

Siempre me ha gustado ir en contra de las opiniones de la gente, pero en
este caso es que además me avalaba la razón.

–Muchacho, no quiero que te desilusiones, pero creo que esperas
demasiado. La última vez que estuve allí no parecía encontrarse en su mejor
momento, y en poco debía de recordar a la capital que había sido. Es lo que
tiene atraer a bárbaros como nosotros como la miel a las moscas.

–He oído que un obispo de la zona nos ha designado a todos los pueblos
germanos por el nombre de Leviatán, el gran dragón maligno del libro sagrado
de los cristianos. Supongo que para algunos puede resultar un halago, como en
el caso de Liuva.

–Pues muchos Leviatanes han pasado por *Emerita* antes que tú, chico, te lo
puedo asegurar.

–Entonces habrá que trabajar para recuperarla, Attax –replicó divertido.

Me rasqué la cabeza, pensativo.

–Attax Leviatán. Pues no suena tan mal.

– ¿Mejor que Quinto Vipsanio Attaces? –intervino Marco, enarcando la
ceja.

Sonreí. Ese era el nombre que figuraba en los papeles de mi manumisión, hacía ya años, en honor del ciudadano que me había liberado, el padre de Marco. Pero creo que nunca me habían llamado de esa manera.

–No sé –me encogí de hombros–. Quizás lo adecuado sería algo intermedio entre el bárbaro demoníaco y ese nombre que parece de romano honrado.

Marco asintió.

–Attax. Attax de los alanos. Así está bien.

Akhila se acercó hasta nuestro lugar en la columna a lomos de su caballo y preguntó al chico:

–Marco, ¿qué sabes del campamento romano?

–Bien poco, señor; siento no poder seros de mucha ayuda. En *Lucus* se comentaba que desde hace unos años está ocupado por los suevos, y que desde allí hacen alguna incursión que otra por la comarca.

–Era el campamento de una cohorte, ¿verdad?

–Eso es al menos lo que oí en casa de mi tío: el antiguo campamento del *Ala Lucensis*. En su momento, se construyó para albergar a unos seiscientos hombres, y por lo que creo, los suevos que lo ocupan viven junto a sus familias.

–Hemos de suponer que ahora mismo la población debe de haberse duplicado, pues muchos suevos de los alrededores habrán ido al campamento en busca de protección ante el avance de Teodorico. Creo que esta tarea va a ser más complicada de lo que en un principio podría parecer.

–Habrá unos cuatrocientos guerreros, como mucho –aventuró Salla–. Aunque supongo que el resto de habitantes tampoco se quedarán de brazos cruzados. Es su hogar, no tienen otro sitio al que ir.

Con ese lúgubre pensamiento aleteando en nuestras conciencias, continuamos nuestro camino, hasta que al anochecer nos alcanzaron los exploradores de Akhila. Un pequeño grupo de unos seis jinetes irrumpió al galope en el claro donde nos preparábamos para descansar. Sus nerviosas voces rasgaron la noche.

–¡Fruela está herido! –repetía sin cesar uno de los exploradores.

Akhila dejó a un lado sus quehaceres y se acercó apresuradamente hacia los recién llegados. Éstos, sudorosos y sin resuello, comenzaron a hablar a la

vez, de manera que su sorprendido jefe a duras penas podía hacerse una idea de la situación.

– Creo que ya hemos llegado. –Me dijo Ibbas al pasar a mi lado.

Le hice un gesto afirmativo con la cabeza y juntos nos acercamos a donde comenzaban a apiñarse los guerreros alrededor de su señor.

Efectivamente, nos encontrábamos muy cerca de nuestro destino, y los jinetes de Akhila daban buena fe de ello. Ya algo más calmados, comenzaron a responder las precisas preguntas que iba lanzando su jefe. Confirmaron lo que hasta ese momento solo podíamos aventurar: el campamento seguía habitado, y sus ocupantes parecían dispuestos a vender cara su derrota. Por lo que pude enterarme, al menos uno de los jinetes había muerto durante el encontronazo que habían tenido con un grupo de guerreros suevos. Por su parte, el tal Fruela parecía a punto de desmayarse. La letal asta de una flecha asomaba por su axila; probablemente no pasaría de esa noche.

–¡Vamos a por esos cabrones! –chillaba Ibbas fuera de sí–. Acabemos de una vez lo que empezamos en el río.

Akhila pidió silencio con un gesto autoritario ante el creciente murmullo que secundaba las voces de su capitán. Paseó su mirada severa en derredor y poco a poco sus hombres fueron acallándose, como se aleja una ola de la orilla.

–Hoy descansaremos aquí; habrá que extremar las precauciones. Mañana habrá tiempo para vengar esta afrenta. Ahora todos a descansar, menos los del primer turno de vigilancia.

Los hombres acataron las órdenes sin más protestas, y el campamento fue volviendo a la normalidad, lo que aprovechamos para dormir relativamente tranquilos. Sin duda, fue la mejor noche que pasaríamos en mucho tiempo.

Aún no había amanecido cuando me despertó la fría mano de Salla en mi hombro. Me froté los ojos y le dirigí una mirada interrogativa.

–¿Te apetece estirar las piernas, Attax? –propuso en voz baja.

Lo miré con cara de pocos amigos; había tenido que hacer mi turno de guardia en penúltimo lugar, al igual que mis chicos, por lo que hacía apenas dos horas que había regresado a mi frío jergón.

Salla sonrió ante mi cara de disgusto.

–Venga, te propongo algo mejor; ¿qué te parece un tranquilo paseo a caballo?

Me despecé con un suspiro, ya algo más interesado, y me incorporé esperando a que me aclarase algo más.

–Mi padre me ha pedido que seleccione un grupo de voluntarios para adelantarse a los pasos de la tropa, y he pensado que podría interesarte. Necesitaré un buen jinete a mi lado.

–Pues has dado con la persona indicada –convine.

Me levanté sin apenas hacer ruido, tratando de no despertar a mis jóvenes compañeros, cuando vi que Issa, hecho un ovillo dentro de su manta, no me quitaba ojo de encima. Me acerqué a su lado y le indiqué que nos veríamos en un rato, que velara por sus compañeros. Él asintió. A veces me recordaba a un perro fiel, siempre atento a su amo, preparado para protegerlo sin pedir nada a cambio. Muchos dicen que cuanto más ha sufrido un can en su vida, más cariñoso y leal resultará para el amo que le corresponda.

Recogí mis armas lo más silenciosamente que pude y seguí a Salla hacia donde su padre ya se encontraba en pie hablando con alguno de los exploradores. Montamos en los caballos –yo en el del malogrado Fruela, un animal oscuro y enorme que respondía presto al más mínimo roce de mis talones– y nos despedimos de Akhila con la promesa de regresar pronto con nuevas sobre la disposición de nuestros enemigos.

Éramos apenas una decena de hombres. Viendo lo que había sucedido la noche anterior, Salla decidió, con buen criterio, no dividir nuestra ya de por sí reducida patrulla. Avanzamos con paso lento y ojo avizor, y tardamos algo más de tres horas en llegar a los alrededores del campamento. Nos ocultamos bajo unos descomunales castaños que, pese a haber comenzado ya a perder sus hojas, contaban con tal cantidad de ramas que apenas dejaban pasar la luz del desvaído sol que despuntaba en el cielo. Desde nuestro escondite podíamos observar la ciudadela, que parecía bullir de actividad. Numerosos rostros iban asomándose por el imponente adarve que remataba la muralla, una recia construcción romana de más de cinco pasos de alto. Algunas zonas semiderruidas daban fiel testimonio del tiempo transcurrido desde su abandono; los suevos habían rellenado los huecos con montañas de escombros. No debían de esperar ataque organizado alguno por parte de los

hispanos de la zona, a los que molestaban en ocasiones, pues las burdas reparaciones no pasaban de ser meros parches. En el mejor de los casos, unas endebles paredes de ladrillo ocupaban el lugar donde otrora la recia piedra otorgaba a la cohorte su invulnerabilidad frente a las poblaciones vecinas. Las antiguas puertas de roble macizo también habían sufrido el embate del tiempo: dos de ellas habían sido arrancadas de sus goznes, y sus huecos rellenos con cascotes y grava como cualquiera de los otros que salpicaban la construcción. Otras dos, las que miraban hacia el norte y hacia el sur, conservaban aún su estructura de pesados tablones, reforzados con madera basta o placas de metal allá donde la podredumbre había causado mayores estragos.

Salla señaló pensativo los puntos débiles de la muralla.

—Si tuviéramos hombres suficientes, o mejor aún, la maquinaria adecuada, podríamos atacar en uno o varios de los lugares en los que el muro parece más frágil. Aunque supongo que nos harían mucho daño desde lo alto de la muralla, y no disponemos de tantos hombres como para pensar en malgastarlos. ¿Sabes las bajas que puede causar una simple vieja arrojando escombros desde esa altura?

—¿Crees que sería posible tomarlos por sorpresa? No sé, quizás unos pocos hombres podrían escalar por alguna de las zonas más dañadas, y una vez dentro abrir las puertas...

—Podría ser. Pero si el panorama ahí dentro es como imagino, no debe de caber ni siquiera una aguja. Si alguno de los nuestros tiene la suerte de saltar la muralla y esquivar a la guardia, te aseguro que al dejarse caer hacia el interior tropezaría con algún pobre desgraciado que solo buscaba un lugar seco donde descansar.

Salla hizo un gesto a uno de los hombres, y cuando este se acercó le dio instrucciones de retroceder hasta encontrar a Akhila e informarle de que todo estaba tranquilo por los alrededores.

—No va a quedar más remedio que rendirlos por hambre —dijo el godo con la vista fija en el suelo, casi como si pensara en voz alta.

—¿Y crees que disponemos de tanto tiempo? No sé cuánto tardará el ejército de Teodorico en tomar *Braccara*, pero dudo que la ciudad resista más de unas pocas semanas.

–Tendremos que confiar en que no hayan tenido ni el tiempo ni la previsión suficientes para aprovisionar el campamento tanto como para resistir un asedio. Teniendo en cuenta además que, dado que han tenido que acoger a las familias de los alrededores, el número de bocas que alimentar debe de haber aumentado considerablemente.

Asentí, pensativo. Puede que el joven tuviera razón, aunque hubiera preferido la perspectiva de una buena lucha de soldados contra soldados, antes que rendir por hambre no solo a los guerreros, sino también a sus niños, mujeres y ancianos.

Agazapados entre la maleza, recorrimos el perímetro del campamento. Por lo que podíamos observar desde nuestra posición, el ambiente en el interior no parecía demasiado tenso; la guarnición sueva se limitaba a aguardar, refugiados tras las murallas, convencidos de que una vez hubiésemos comprobado la dificultad del asalto, partiríamos en busca de una presa más fácil, tal y como habían hecho siempre nuestros pueblos –suevos, vándalos, alanos– en el pasado.

Esperamos el regreso del enviado de Salla ocultos en los alrededores, a salvo de las miradas inquietas de los hombres de la muralla. Cuando llegó, nos dijo que la infantería marchaba a buen ritmo hacia el punto de encuentro fijado, y que llegarían en poco más de una hora. Para nuestra sorpresa, poco antes de que se cumpliera el tiempo estimado, Salla ordenó al *bucinator* que emitiera una prolongada nota que se elevó, aguda y estridente, en la fría y oscura mañana. Emergimos de la maleza y cabalgamos tranquilamente hasta el ancho camino que conducía hacia la fortaleza, como si nosotros solos pretendiéramos retar a toda la guarnición.

Avanzamos con precaución, algo sorprendidos por la orden de nuestro comandante. En cuanto pisamos el camino, las murallas comenzaron a bullir de actividad. Resonó el tañido de las campanas, y los pocos hombres que campaban por los alrededores se apresuraron a resguardarse tras los altos muros. La deteriorada puerta de roble se cerró con estrépito. Algunos de los defensores del adarve nos miraban como si se hubieran quedado petrificados de golpe, conscientes de que sus temores de las últimas semanas se habían hecho realidad por fin.

Aguardamos, retadores, fuera del alcance de los proyectiles que tímidamente comenzaban a caer. Pronto, tras una orden brusca, dejaron de desperdiciarlos.

Pocos minutos más tarde aparecieron por el camino los soldados de Akhila. Tras un último vistazo a la muralla, volvimos grupas y nos alejamos de la fortaleza para reunirnos con ellos.

–Había que intentarlo –me dijo Salla antes de que su padre llegara a nuestro lado.

–¿Intentarlo? ¿Y si hubieran salido a por nosotros? ¿Qué pretendías, que los suevos liquidaran de un plumazo a los únicos jinetes con los que cuenta tu padre?

–¿Tú no juegas a los dados, Attax? Te recuerdo perdiendo contra Ibbas.

–Debes de estar equivocado, Salla. Yo nunca pierdo –repliqué, malhumorado.

–Podrían haber sucedido dos cosas –explicó, paciente–. La primera, que es la que finalmente ha ocurrido, era que los suevos se cagaran de miedo al vernos, y corrieran a encerrarse tras sus muros. Y la segunda, la que hubiera preferido, era que tuvieran agallas para formar, dispuestos a enfrentarse a los hombres que tan arrogantemente anunciaban su llegada. Y eso nos habría ahorrado mucho tiempo, trabajo y sufrimiento, pues estoy seguro de que nuestros hombres, que apenas han tardado unos minutos en aparecer, los habrían barrido en un combate abierto, por mucho que llevaran cinco horas de marcha. –Maldito muchacho... era imposible discutir con él sin que te hiciera quedar como un idiota.

Akhila llegó a nuestro lado con cara de pocos amigos. Dirigió una larga mirada furiosa a su hijo antes de pedirle explicaciones. Y al igual que me ocurriera a mí, según el joven dio cuenta a su padre de sus intenciones, el gesto de este fue cambiando, pasando de enojado a simplemente severo.

Con los suevos encerrados a salvo tras sus murallas, pudimos inspeccionar la zona con tranquilidad. Éramos pocos hombres, y la superficie que ocupaba el campamento era demasiado grande para que pudiéramos establecer un anillo a su alrededor. Aun así, Akhila dividió nuestra tropa en cuatro secciones que se establecieron frente a las antiguas puertas de la edificación,

las actuales y las ya clausuradas. El espacio entre grupo y grupo se cubriría día y noche con patrullas permanentes.

El resto de la jornada la pasamos preparando las defensas. Los hombres acompañaban sus labores con continuos insultos dedicados a los defensores, impacientes por vengar a los exploradores muertos. Algunos, incluso, se atrevían a acercarse peligrosamente a los alrededores de la muralla, con el pecho descubierto, para retar a sus adversarios entre bravatas y amenazas. Alguna tímida flecha fue enviada desde el adarve, pero ninguna con la suficiente precisión como para inquietar a los temerarios godos.

Al caer la noche, los cabecillas de cada campamento, acompañados por unos pocos hombres, fueron citados en la tienda de Akhila. Marco y yo mismo acudimos junto a Salla, recorriendo el oscuro camino durante el cual los nerviosos centinelas nos fueron dando el alto cada veinte pasos. Cuando llegamos, Ibbas y Frogga, el responsable del campamento oeste, hablaban animadamente con el comandante.

–Ya están muertos –repetía Ibbas–. Si tuvieran arrestos, nos habrían atacado según llegábamos a sus puertas con la convicción de acabar con nosotros, pero son hombres sin esperanza, y cuando te falta la esperanza eres poco mejor que un cadáver. Y los muertos al menos tienen el consuelo de comenzar una nueva vida en el cielo; pero a estos les queda aún la peor parte.

Salla se unió a la conversación sin molestarse ni siquiera en saludar.

–Son hombres asustados. No es fácil pasar a la ofensiva cuando tu familia aguarda tras de ti y puede quedar a merced de tu enemigo. –Me preguntaba de dónde había sacado esa madurez el chico.

–Señores, estoy de acuerdo con vosotros, pero no estamos aquí para compadecernos de nuestros enemigos, sino para acabar con ellos lo antes posible, como el rey ha ordenado. –Akhila cerró la discusión y pasó a exponer los datos con los que contaba–. Según los informes de los exploradores, y lo que cada uno de vosotros me ha ido transmitiendo, dentro de las murallas debe de haber más de un millar de almas. Demasiadas personas para un espacio tan pequeño –tomó un sorbo de la potente cerveza de la que siempre procuraba estar bien surtido–. No renunciaremos a nuestra intención original de tomarlo al asalto, pero también es cierto que la escasez de víveres que les suponemos puede favorecer que con el paso del tiempo lleguen a plantearse una rendición,

o en todo caso que cometan algún error, si actúan movidos por la desesperación.

Ibbas interrumpió a Akhila con gesto aburrido.

–¿Nos contentaremos con situarnos alrededor del campamento y pasar los días holgazaneando?

–No, Ibbas; si tenemos ocasión lanzaremos un ataque. Nos prepararemos para un asalto, pero sin perder de vista que el tiempo puede convertirse en nuestro más valioso aliado –respondió Akhila, armándose de paciencia–. Los próximos días, quiero que en los cuatro campamentos se organicen batidas en el bosque para conseguir madera para fabricar escalas. Trabajad en un lugar visible para los defensores; confiemos en que eso venga a minar aún más su moral. Mis hombres y los de Ibbas nos encargaremos también de la construcción de sendos arietes de madera reforzados con placas de metal. No sé si nos permitirán acceder al recinto, pero al menos nuestras intenciones quedarán claras para el enemigo.

–No deberíamos descuidar nuestras propias provisiones –intervino Frogga–. Desde que abandonamos el ejército nos hemos abastecido de las raciones que cargamos, pero deberíamos comenzar a organizar batidas en busca de comida y agua.

Hacía muy poco tiempo que lo conocía. Había llegado junto con el ejército cuando nos encontrábamos en el *Hiberus*. Bajo su mando venía el resto de la mesnada de su señor Akhila, más de un centenar de hombres recios y duros. Al contrario que Ibbas, vocinglero y fanfarrón, por lo que había podido comprobar Frogga no era muy dado a malgastar las palabras.

–Podríamos intentar comprar algún animal en las aldeas de los alrededores –sugirió Marco.

–¿Comprar? Ibbas cuando necesita algo, lo toma –se indignó el veterano.

–Pues esta vez tendrás que contentarte con lo que puedas tomar de los suevos. El resto habrá que pagarlo –terció Akhila con gesto cansado–. Salla, tu grupo puede ocuparse de esos menesteres; cuentas con buenos cazadores, y Marco puede acompañarte cuando se trate de visitar las aldeas cercanas. Organiza a tus hombres. Frogga, encárgate tú de inventariar y racionar las provisiones que tenemos almacenadas.

Tras comprobar que todos tenían claras las órdenes, Akhila nos despidió.

–Señores, dormid con las armas prestas. Si organizan alguna salida, lo más probable es que intenten sorprendernos al amparo de la noche.

–Los estaremos esperando, señor. Los estaremos esperando –aseguró Ibbas con gesto torvo.

CAPÍTULO II

Los primeros días de un asedio suelen estar repletos de incertidumbre y trabajo duro, mientras los hombres se adaptan a una rutina que no saben por cuánto tiempo se extenderá, y se talan las ingentes cantidades de madera que se convertirán en sencillas empalizadas defensivas y recias escalas para el asalto. Mientras nosotros nos afanábamos en estas labores, multitud de rostros nos escrutaban recelosos desde las murallas, preguntándose cuando nos iríamos y podrían volver a su vida anterior. Para su desgracia, nuestras órdenes eran claras: solo abandonaríamos la región tras haber eliminado el foco de inestabilidad que podía suponer el asentamiento suevo.

No era la primera vez que tomaba parte en un asedio. Pero creo recordar que, en las ocasiones anteriores, nuestras fuerzas siempre habían sobrepasado en número a los guerreros que nos esperaban tras las murallas, aunque estos contaran también con la colaboración de la población civil. Y aunque desde una buena posición cualquiera puede hacerte daño, desde luego no es lo mismo enfrentarse a artesanos y campesinos que a avezados guerreros dispuestos a rebanarte el gaznate apenas pongas un pie sobre la muralla. Recuerdo *Hispalis*, *Emerita* y otras tantas de menor tamaño, a cuyas fortificaciones no podíamos hacer frente con nuestros limitados medios – nosotros no disponíamos, como la propia Roma, de ingenieros o máquinas de asalto, tan solo de salvajes guerreros con ansia de tierras y riquezas–, pero sí a través de la astucia, aprovechando la ambición de aquellos dispuestos a vender cualquier cosa, capaces de traicionar a sus conciudadanos a cambio de una buena suma.

En esa ocasión nos enfrentábamos al menos con el mismo número de guerreros que nosotros, que contaban además con el apoyo de una buena cantidad de civiles. Los escasos hombres de los que disponíamos en relación al tamaño de la presa hacían que el cerco que manteníamos sobre esta resultara poco fiable; y teniendo en cuenta nuestras órdenes, que implicaban acabar con cualquier resistencia, no creía que encontraríamos dentro de los muros a nadie dispuesto a abrir las puertas para facilitarnos la masacre de su

propio pueblo. Pues, aunque en la vida he aprendido que la mezquindad humana no parece tener medida, lo cierto es que no teníamos nada que ofrecer que pudiera tentar a algún corazón codicioso.

Para nosotros las jornadas transcurrían alejados de la sombra de las murallas, ocupados en organizar largas partidas de caza que permitían que quedásemos exonerados del laborioso trabajo con el hacha y el martillo, necesario para fabricar las sólidas escalas a las que confiaríamos nuestras vidas en caso de ataque. Era una labor agradecida: en primer lugar, nos permitía seleccionar algunas de las mejores piezas para nosotros y nuestros compañeros de campamento, y en segundo, nos aseguraba ser bien recibidos en cualquiera de los grupos, ya que aunque la base de nuestra dieta seguían siendo las galletas secas de cereales y el vino aguado de mala calidad que habíamos traído con nosotros, cualquier variación era acogida con entusiasmo. Cada día debíamos alejarnos más del campamento en busca de piezas que pudieran animar las cazuelas de las que disfrutarían casi trescientos estómagos hambrientos.

La vida en el campamento era rutinaria y relativamente tranquila. Hasta que, unos diez días después de nuestra llegada, despertamos para comprobar con desagrado lo vulnerables que podíamos llegar a ser si nos descuidábamos lo más mínimo. Me despertó, al alba, un trajín de hombres poco habitual. Me levanté del frío y húmedo suelo sacudiendo la escarcha acumulada en mi tosca manta, y me acerqué al extremo del campamento más cercano al bosque, donde algunos hombres hablaban con excitación. En el suelo, en el centro del corro, distinguí dos tristes bultos; al acercarme, descubrí que se trataba de sendos cuerpos. Dos de los centinelas habían sido asesinados durante la noche.

Saludé con la cabeza a Marco y a Salla, que ya se encontraban allí. El godo, en cuclillas al lado de los cadáveres, los observaba con gesto grave.

–Uldila y Sisebert –aclaró con tristeza.

Recordaba a ambos de compartir lumbre durante las noches. Uldila era callado y tranquilo; Sisebert sabía multitud de acertijos, y reía con ganas con las bromas más simples. Ahora se habían convertido en meros despojos, y yo no era capaz de reconocer siquiera cuál era cuál.

Issa y Galieno habían seguido mis pasos. El britano, aún más pálido de lo habitual, se quedó a algunos pasos de la desagradable escena. El hispano, por

su parte, parecía incapaz de apartar sus ojos horrorizados de los cadáveres. Dos buenos guerreros habían muerto sin tener ocasión de luchar, y el enemigo se había ensañado con ellos. Ambos habían sido degollados, y en el lugar donde debían haber estado sus ojos apagados quedaban tan solo las cuencas vacías y cubiertas de sangre reseca. A uno le habían cortado además la lengua, y su rostro ofrecía una mueca grotesca; su compañero, a juzgar el oscuro manchón en sus calzones y los restos encontrados a su lado, había sido castrado. Esperaba que las torturas se hubieran infligido una vez muertos – quería pensar que en caso contrario sus aullidos de dolor nos habrían alertado–, pero la ingente cantidad de sangre que los cubría no permitía asegurarlo.

–Malditos hijos de una mala perra –exclamó Galieno con rabia, apretando los dientes.

–Están en su derecho, Galieno; somos sus enemigos –lo atajó Salla, circunspecto–. Han aprovechado su oportunidad para meternos el miedo en el cuerpo. Tratan de minar nuestra moral y obligarnos a levantar el cerco. Saben que, si perseveramos, están sentenciados.

–Pues me parece que se han equivocado. Después de esto, apuesto a que la determinación de Akhila será aún más enérgica –sentenció Marco.

–Me temo que sí –Salla se encogió de hombros antes de continuar –. Pero esto es la guerra, y ni tú ni yo somos simples labriegos, y debemos estar preparados para estos momentos. Cada pedazo de tierra que ha conseguido mi pueblo ha sido regado con la sangre de sus hijos, y así debería ser para el resto... incluidos los suevos.

–Hablarás por ti: yo solo soy un digno comerciante –respondió socarrón Marco.

–A orillas del *Urbicus* vi a mi lado a un gran guerrero, Marco, y no a un tímido mercader –sonrió y pasó una mano sobre el hombro de su amigo, antes de volverse para llamar a gritos a alguno de sus hombres y poner en movimiento nuestro aturdido campamento.

Enterramos los cadáveres en el bosque. Después, a lo largo de la mañana, muchos de los guerreros se acercaron a la muralla a insultar a los culpables y a exigir que lucharan con ellos como hombres. Por sus bocas salieron las más imaginativas descripciones de lo que harían con ellos, sus mujeres y sus hijos.

Incluso alguno, entre las chanzas de sus compañeros, proclamó lo que haría con sus animales. Y yo, si estuviera al otro lado de la muralla, no me habría reído precisamente, pues no dudaba de que más de uno de aquellos godos estaría bien dispuesto a llevar a cabo sus amenazas si tuviera ocasión.

Ese día no hubo partida de caza. Tratamos de concentrarnos en nuestras tareas mientras aguardábamos el regreso de Salla, que había partido de buena mañana a informar a su padre sobre lo sucedido. Algunos de los hombres murmuraban elucubraciones supersticiosas sobre magia negra y guerreros capaces de acercarse sin ser vistos a dos pasos de los centinelas, convertidos en alguna clase de espectro. Yo más bien pensaba que los dos pobres infelices estarían distraídos, o incluso adormilados. Quizás el pobre castrado estuviera meando despreocupadamente cuando lo sorprendieron...

Salla no regresó al campamento hasta que comenzó a oscurecer. Convocó a todos sus hombres, a excepción de los que cumplían con su turno de guardia, y nos hizo partícipes de la decisión de Akhila.

–Señores, daremos una lección al enemigo. Son las órdenes del comandante.

–¿Acaso propone Akhila un ataque? –preguntó uno de los soldados.

–Exacto, Teudis. Mañana al alba. Desde los campamentos situados frente a las puertas –el del comandante y el de Ibbas– se lanzarán sendos ataques simultáneos. Llevarán los arietes recién contruidos, que golpearán las hojas de madera tratando de romperlas o dañarlas lo máximo posible. Nosotros nos uniremos al asalto tras recibir la señal convenida. Correremos hacia la muralla cargados con las escalas, y trataremos de colocarlas, subir por ellas y hacernos fuertes allí. Esperamos que los primeros ataques hagan concentrarse a la mayoría de los defensores tras las puertas. En ese caso, deberíamos tener alguna oportunidad.

–Pensé que habíamos elegido rendirlos por hambre –dijo Galieno, algo despistado.

–Nuestros hombres deben ser vengados. También ha muerto uno de los centinelas del campamento sur. –Salla paró un instante para tomar aliento–. Es necesario dar un escarmiento a esos suevos, y si es posible, acelerar el desenlace de nuestra misión. Puede que perdamos hombres, pero al menos morirán luchando, no degollados a traición.

Permanecimos un rato callados, tanto los que aprobaban la iniciativa, que no dejaban de lanzar miradas torvas hacia la fortaleza, como los que, como yo, teníamos nuestras reservas. Para mi gusto, perderíamos demasiados hombres – y no estábamos precisamente sobrados– en un movimiento sin ninguna garantía de éxito. Por el tono y la expresión de Salla, podía adivinar que el chico abrigaba dudas similares. Pero nada podía decir en contra de los designios del comandante, aunque este –o quizás precisamente por eso– se tratara de su padre.

–En principio, se trata más de una declaración de intenciones que de un ataque a gran escala. Nos contentaremos con subir a la muralla y acabar con tantos enemigos como podamos. Como poco, nos servirá para evaluar la situación intramuros. En caso de que la situación nos fuera propicia, entonces haremos un esfuerzo para tomar la fortaleza.

Aunque Salla tenía habilidad para explicar incluso las instrucciones que no compartía, yo seguía embargado por pensamientos sombríos. Me extrañaba que Akhila respondiera a la provocación del enemigo de forma tan precipitada e irreflexiva. Suponía que la iniciativa habría surgido más bien de Ibbas, indignado tras la muerte del centinela de su unidad. Y Akhila habría accedido, preocupado por la moral de los hombres y acuciado por la necesidad de presentarse en *Braccara* lo antes posible. También era cierto que el plan podía salir bien, si todo se ejecutaba a la perfección y encontrábamos la muralla despejada al lanzar nuestro ataque, o si alguna de las puertas caía; pero eso lo comprobaríamos al amanecer, por lo que decidí aprovechar el tiempo del que disponía antes de mi turno de guardia para descansar.

Antes de tenderme a dormir me acerqué a echar un último vistazo a las figuras recortadas sobre la muralla. No sé muy bien por qué motivo, una de ellas me llamó poderosamente la atención. Pensé que debía de ser uno de los mandos, quizás el cabecilla. Su larga capa se agitaba a su espalda; los últimos rayos del sol agonizante arrancaban destellos de fuego de la cota de malla con la que había decidido realzar su figura retadora. No podía distinguir sus rasgos, y sin embargo algo en él me hizo sentir extrañamente desasosegado. Cuando por fin concilié el sueño, me visitaron imágenes sombrías que no pude recordar al despertar. Casi me alegré cuando me avisaron de que había llegado mi turno de guardia.

Cuando retorné al campamento tras las horas de ronda todavía no había amanecido, pero para mi sorpresa Marco y Galieno me esperaban ya despiertos. Marco continuaba enrollado en su manta, pero tenía los ojos bien abiertos; Galieno, como si de un veterano se tratara, amolaba el filo de su espada sin perder de vista el débil reflejo de la luna en su hoja. Al lado, Issa dormía plácidamente, con el borde de su capote fuertemente agarrado para evitar que el frío viento se colara entre sus ropas.

Me senté junto a Galieno con mi propia *spatha* en la mano y el muchacho me tendió la piedra de amolar. Mientras la pasaba por el filo de acero arrancando un sibilante ruido metálico, pensé que parecía mentira que hacía solo tres lunas esos mismos muchachos con los que entonces compartía los instantes previos al asalto como si lo hiciera con otros veteranos, nunca hubieran participado en una batalla. Sentí una punzada de orgullo; sin duda, los había enseñado bien. Aunque practicar con espadas embotadas nunca es lo mismo que enfrentarte a enemigos reales, frente a los que no existen más opciones que matar o morir, en la cruenta batalla del margen del *Urbicus*, en la que nos enfrentamos a un contingente mucho mayor que el nuestro, y en la que en varias ocasiones estuvimos a punto de ser arrollados, habían luchado como auténticos jabatos, sin perder la cara al enemigo, muchas veces al frente de nuestras propias filas. Y ese día deberían demostrar de nuevo que habían dejado atrás su no tan lejana juventud para volver a luchar como auténticos hombres.

Dudé durante un rato si debía vestir o no esa mañana la pesada cota de malla que guardaba cuidadosamente envuelta entre mis pertenencias. Como ventaja, una vez alcanzado el adarve me ofrecería una valiosa protección ante las acometidas de mis enemigos; pero por otro lado, su peso me restaría agilidad a la hora de alcanzar la muralla a la carrera y de ascender por las escalas, proporcionando a los defensores mejores oportunidades para convertirme en blanco de sus proyectiles. No terminaba de decidirme, pero cuando vi a Marco levantarse del suelo y desenrollar su propia cota decidí seguir mi primer instinto.

—Marco, no te la pongas. Hoy no.

—Attax, ¿estás loco? ¿Sabes la cantidad de proyectiles que tratarán de arrojarnos?

–Mucho mejor que tú, chico. –Inmediatamente sentí haberle respondido tan tajantemente—. Y por eso sé que en estos momentos es tan importante la rapidez como la protección.

–Tú verás, pero creo que yo me sentiría mucho más seguro con el peso de mi cota encima.

–Podemos cambiarlas por buenas protecciones de cuero endurecido, como la que tiene Galieno –señalé a su compañero, que tras mis palabras dudaba si sería correcto lucirla ese día—. Seguro que tu amigo Salla nos presta un par de las que saqueamos tras la batalla del *Urbicus*.

–Veré lo que puedo hacer. Pero te aseguro que el día que Salla nos pida que le compensemos por todo lo que ha hecho por nosotros, serás tú el que pague.

–Estoy convencido de que se sentirá bien retribuido si compartes con él todo ese conocimiento que tú atesoras. Yo, en cambio, sería más caro: a mí tendrías que pagarme con buen y tangible oro –bromeé.

Con un gesto de desesperación, se fue para volver al rato cargado con un par de buenas corazas de cuero duro reforzadas por algunas placas de metal ligero, lo que celebré con una sonora palmada en su hombro que me valió una mirada asesina de Salla, que trataba de organizar a sus hombres en silencio.

Ya vestidos para la batalla, dejé que los chicos se dirigieran hacia donde Salla los reclamaba mediante gestos para alejarme unos pasos del campamento y dedicar un breve momento a encomendarme al dios de la guerra. Clavé firmemente mi espada en el suelo, en un ritual que no solo me acercaba a mis orígenes y a los de mi pueblo, más allá del *Rhennus*, más allá de Roma, y más allá de donde los hombres se afanaban en representar los ríos, las heladas montañas y las salvajes estepas en el reducido espacio de un rollo de papiro; allá en la inmensidad fría y dura del mar de hierba que me describieran en mi infancia... sino que también me servía para relajar mis sentidos y colmarme de la fría calma y la decidida determinación necesarias para afrontar una batalla.

Recuperé ceremoniosamente mi espada del abrazo de la tierra húmeda cuando comenzaban a resonar, rompiendo la quietud del alba, los sonidos lejanos de la contienda. En ese mismo instante, las puertas del campamento debían de estar siendo atacadas por los hombres de Ibbas y de Akhila,

reforzados por el contingente de Frogga. Protegidos por cotas, escudos y cascos, los hombres más fuertes de cada grupo transportarían los pesados y rudimentarios arietes destinados a amenazar la integridad de los sólidos portalones de roble. Como salvaguarda adicional, y por sugerencia de Salla, junto a ellos marcharían otros guerreros que transportaban escalas similares a las nuestras, que se habían recubierto de espesas ramas abundantemente humedecidas, con las que tratarían de proteger a los encargados de transportar y balancear los arietes.

Esperábamos nuestro momento ocultos en la arboleda, confiando en que el grueso de los defensores se estuviera concentrando en ambas puertas decididos a abortar el intento de ataque de nuestros compañeros. Sobre el lienzo este de la muralla, nuestro objetivo, podíamos ver algunas figuras apresuradas que pasaban a la carrera hacia lo que suponíamos que serían las escaleras, mientras unas pocas continuaban oteando el horizonte en dirección a nuestro vacío campamento, tratando de determinar si realmente todos los hombres disponibles participaban en el doble asalto, o si debían temer alguna amenaza más. Agazapados entre la maleza, unos setenta hombres conteníamos la respiración, con las cinco escalas de las que disponíamos colocadas en el suelo. En cuanto escucháramos resonar el cuerno de Ibbas, abandonaríamos nuestra posición para correr como posesos con las escalas a hombros. Cada una de ellas sería transportada por cuatro hombres, y en cuanto estos lograran afirmarlas contra el muro, tocaría subir por sus irregulares peldaños. Galieno, yo mismo, y otros dos tipos enormes cargaríamos con una de ellas.

Esos instantes de tensa espera son los peores. Cada uno trata de pasarlos de la mejor forma que es capaz: rezando en silencio —la mayoría, supongo, al Cristo crucificado—, aferrados a sus amuletos. Yo acariciaba el pomo de mi espada, concentrado en su familiar tacto metálico, y miraba fijamente hacia donde nos aguardaba el enemigo.

El cuerno de Ibbas me sorprendió mirando fijamente la sección de muralla que se encontraba frente a mí, en busca de algún punto que me pareciera adecuado para afianzar nuestra escala. Fui consciente de que el momento había llegado porque el tipo que tenía delante de mí se incorporó de un salto, agarrando fuertemente la escala. Yo, que apenas la tenía asida, sentí el tirón en mi brazo y me levanté rápidamente tras él. Corrimos hacia nuestro objetivo,

esquivando los obstáculos del terreno como podíamos, tratando a duras penas de no tropezar. El mismo trayecto que días atrás me pareciera tan corto –tanto que incluso en alguna ocasión me sentí tentado de sugerir a Issa que tratara de sobrepasar el sólido muro con alguna de sus saetas–, esa vez se me hizo eterno.

Llegamos a los pies de la muralla sin contratiempos, y alzamos la escala entre los cuatro. Resbaló unas pulgadas sobre la piedra, con un sonido rasposo, pero al fin se afianzó en una de las irregularidades del paredón, y quedó firmemente anclada. Di gracias otra vez por la falta de previsión de los suevos, que ni habían despejado la zona boscosa que nos había permitido escondernos, ni habían restaurado el foso excavado en tiempos de los romanos para proteger aún más su guarnición, del que apenas quedaba más huella que una sombra desvaída en la hierba.

Nuestra escala fue la primera en tocar la muralla, lo que nos dio unos instantes preciosos para lanzarnos sobre los sorprendidos defensores. Ya trepábamos por los peldaños cuando la segunda se posó a nuestra derecha, y pronto la siguieron las demás. Comprobé con satisfacción que Ibbas había esperado al momento óptimo para dar la señal, pues solo unos pocos hombres se oponían a nuestro avance, arrojándonos una lluvia de piedras y algún venablo aislado. Delante de mí subían dos guerreros godos; uno de ellos, el que me precedía, fue alcanzado por una afilada roca, y estuvo a punto de arrastrarme en su caída hacia el manto de hierba que ocupaba el lugar del antiguo foso. Instintivamente me protegí con el brazo, empujándolo para apartarlo de la vertical de la escala, para evitar que el resto de guerreros que lo seguíamos nos precipitáramos tras él, dejando solo al que subía en primer lugar, que se hubiera visto en serias complicaciones. Aunque he de decir que tampoco de esta forma le acompañó la fortuna, pues cuando pude afianzar mis pies en el adarve, acababa de ser abatido.

Desenvainé la espada apresuradamente, y traté de abrirme paso entre los defensores que me cerraban el paso, una maraña de hombres y mujeres que trataban de alertar a gritos a los guerreros concentrados ante las puertas. Había algunos bien armados, pero la mayoría eran civiles; eso sí, el cometido de dar la voz de alarma lo cumplían con creces, mezclando sus voces desesperadas en una algarabía ensordecedora. Tiré a fondo con mi espada,

buscando mantener a mis oponentes a una distancia prudencial, concentrado en defender el lugar donde la escala apoyada nos ofrecería la única vía de escape posible en caso de retirada, pues pronto los accesos al lienzo que tratábamos de ocupar empezaron a escupir nuevos defensores.

Desesperadamente consciente de que el ataque, si algún milagro no lo remediaba, estaba condenado al fracaso, traté de alertar a mis compañeros para evitar que ascendieran hacia la mortal encerrona, pero ya era demasiado tarde. En el momento en que me volví, Galieno saltaba a mi lado con la espada en la mano y el pequeño escudo fuertemente sujeto a su antebrazo. Cuando vio el lío en el que nos habíamos metido, la cara del chico fue un poema; sin perder un instante más, me lancé hacia delante con un alarido intimidatorio, tratando de lograr que la chusma que nos impedía avanzar retrocediera espantada... pero no fue eso lo que ocurrió. Algunas de las mujeres se abalanzaron sobre mí, dispuestas a pararme a base de golpes, arañazos y mordiscos, bufando como gatas rabiosas; y tan desesperada fue mi situación que me vi obligado a dejar de lado todo miramiento, repartiendo cuchilladas a diestro y siniestro contra todo el que se me opusiera, sin importarme si se trataba de hombres o de mujeres, o si esgrimían contra mí herramientas, puñales o sus brazos desnudos.

Cuando por fin logré abrirme paso, me encontré de frente con los primeros guerreros, aunque tras un vistazo reparé en que bajo los aparatosos cascos no eran más que muchachos imberbes. Sin embargo, un grupo de hombres bien armados comenzaba a subir rápidamente por la escalera de piedra dispuestos a enfrentarse a nosotros. Galieno, tras comprobar que más guerreros godos habían logrado coronar la muralla, y ocupaban el tramo con eficacia, se abrió paso como pudo hasta donde asomaba la segunda de nuestras escalas, arremetiendo con fuerza contra los defensores que trataban de hacerla caer. Los primeros vítores de los civiles suevos nos alertaron de que alguno de los grupos había tenido éxito, logrando empujar las escalas hasta hacer precipitarse hacia el suelo a los guerreros godos encaramados a estas, impidiéndoles acudir en nuestro auxilio. Acabé de un mandoble con el último de los pobres chiquillos que intentaba hacerme frente empuñando su espada como si de un palo se tratara, y miré a mi espalda, esperando ser testigo de alguno de esos prodigios de los que tanto gustaban los cristianos, por el que

las dos escalas que se mantenían en pie comenzaron a escupir guerreros invencibles que, imbuidos del poder del espíritu santo, segaran incansables las vidas de nuestros enemigos. Sin embargo, no fue así; cada vez veía más difícil que el relato de nuestro ataque se convirtiera en una historia digna de arrancar exclamaciones de asombro a la luz de una fogata. Apenas una docena de guerreros desesperados hacíamos frente a varias decenas de aullantes suevos, entre los que comenzaban a abundar los destellos del acero y los oscuros escudos tachonados de metal que nos advertían de que la situación se tornaba cada vez más comprometida. En definitiva, y sin más ambages, no me quedaba duda de que nuestro ataque había fracasado. Sin nuevas escalas que permitieran que nos hiciéramos con el control del adarve, los escasos hombres que defendíamos la posición estábamos condenados a perecer entre la marea de defensores. Ni tan siquiera nuestra escala, que tan valientemente había defendido Galieno, permitía que nuevos guerreros subieran con facilidad a la muralla. Desde ambos flancos, los suevos que habían conseguido voltear las otras escalas martilleaban sin piedad a los guerreros que trataban de acudir en nuestra ayuda lanzando cualquier cosa que tuvieran a mano. Tan solo esporádicamente algún nervioso y dolorido guerrero, tras haber evitado, o más bien aguantado, los golpes de todo tipo de proyectiles, llegaba al fin junto a nosotros, solo para comprobar que la situación en la muralla no era mucho mejor. Formamos un muro de protección alrededor de las dos únicas escalas que se mantenían afianzadas, tratando de mantener el camino despejado hasta que pudiéramos replegarnos y descender. Galieno gritaba a los que aún trataban de alcanzar el adarve para que dejaran de ejercer presión, pues el espacio con el que contábamos era tan limitado que apenas podíamos mantener el equilibrio. Sin embargo, antes de que hicieran caso a sus indicaciones, un guerrero más alcanzó la muralla: para mi sorpresa, un enfurecido Salla, ya sin casco y con la mitad de su rubio cabello empapado en sangre, saltó junto a nosotros para dejarse caer sobre la asombrada muchedumbre, que casi había comenzado a celebrar nuestra huida. Aún hoy, tantos años después, no sabría explicar bien las intenciones del muchacho; lo que en ese momento temí fue que, atemorizado ante la posibilidad de ser señalado ante su padre como el responsable del fracaso de nuestro ataque, se dispusiera a inmolarse ante el enemigo para evitar tal vergüenza. En cualquier caso, no fue eso lo que

consiguió. Se levantó rápidamente, y comenzó a repartir golpes en todas direcciones –yo mismo me vi obligado a alzar mi escudo en alguna ocasión para resguardarme de su ímpetu–, logrando proporcionarnos el respiro suficiente para alejarnos un único pero tranquilizador paso del borde de la muralla. Aproveché el momento para tirar de Salla hacia el hueco que quedaba entre Galieno y yo, alejándolo como pude de su heroicidad suicida. En un primer momento hizo un amago de golpearme con su espada, y por el destello de rabia de sus acerados ojos llegué a temer por mi vida, pero rápidamenteladeó su cara y comenzó a empujar con su escudo al frente mientras no dejaba de imprecicar al enemigo en su gutural lengua. Si yo hubiera sido uno de los suevos que estuviera delante de él, pese a lo que sucediera ese día, en los venideros tendría pesadillas con esos fríos y enloquecidos ojos grises, que parecían dispuestos a devorar hasta el alma de sus enemigos.

Pese a todo, nuestra suerte hacía tiempo que estaba echada. Entre los golpes y los gritos conseguí hacerme oír por Salla.

–Tenemos que bajar por la escala mientras podamos.

–¡Unos minutos más, Attax! Aún podemos aguantar unos minutos más.

–Salla, recuerda las órdenes: solo debíamos continuar si veíamos una oportunidad clara. Y las cosas no pintan bien, así que habrá que evitar que mueran más hombres para poder terminar otro día el trabajo que hemos empezado hoy.

Me miró y la llama enfebrecida pareció apagarse de golpe, dejando paso de nuevo al sensato joven que creía conocer. Asintió, ordenó a sus hombres con voz potente que iniciaran el descenso, y estos le obedecieron sin tardanza. Di un empujoncito a Galieno para que ocupara su lugar en la escala, mientras mantenía el espacio en torno a ella despejado blandiendo mi espada en derredor, aunque para hacer honor a la verdad los defensores que nos cercaban parecían contentarse con nuestra marcha, y no parecían precisamente ansiosos por optar a nuevas hazañas ahora que el ataque había sido abortado. Traté de obligar a Salla a hacer lo mismo, esperando que entendiera que de nada nos valdría su muerte; se resistió un instante, pero el otro de sus guerreros que quedaba en la muralla, que había comprendido la situación, se situó rápidamente a mi lado, cortándole el paso, por lo que el joven, contrariado, tuvo que saltar de regreso a la relativa seguridad de la escala, por

la que descendió ágilmente. Los suevos, viéndose por fin vencedores, prorrumpieron en un griterío que finalmente los encorajinó lo suficiente como para intentar un último esfuerzo destinado a evitar que escapáramos vivos. Intercambié una breve mirada cómplice con mi compañero, dispuesto a resistir a su lado, tratando de proporcionar suficiente ventaja al resto. Pero, para mi sorpresa, me empujó hacia la escala con gesto adusto, y lanzando un rugido salvaje arremetió hacia delante. Me aferré como pude a los maderos y comencé el precipitado descenso, abandonando incluso mi espada sobre el muro de piedra. Así que le debo la vida a aquel guerrero, el mismo cuyo cadáver fue exhibido los días siguientes sobre la muralla, en una muda afrenta hacia nuestros hombres que a mí me dolía especialmente.

Sin apenas comprobar dónde ponía los pies, descendí a trompicones por la escala, que comenzaba a balancearse peligrosamente. Recibí varios impactos que hicieron resonar mi casco y dejaron oscuros verdugones en mis brazos, aunque en ese momento apenas era capaz de percibir los golpes, ansioso por llegar al suelo como estaba. Cuando aún me faltaban unos pasos, de repente me vi suspendido en el aire: los defensores habían logrado empujar la escala hasta hacerla caer, y a mí con ella, por lo que al instante siguiente me encontraba dolorido sobre la hierba húmeda tratando de recuperar a duras penas el aire que parecía haber abandonado de golpe mis pulmones. En medio de la confusión, distinguí las botas de dos guerreros que se acercaban corriendo a donde yo estaba, y poco después sendas manos me aferraron, arrastrándome sobre el suelo mientras alzaban los brazos libres tratando de cubrirnos con los escudos. Al poco pude reunir el suficiente control sobre mi cuerpo como para tratar de ponerme en pie y hacer más fácil la penosa tarea de mis amigos, pues eran Salla y Marco los que habían acudido en mi ayuda. Al tratar de dar el primer paso, una oleada de dolor me recorrió desde el tobillo hasta la rodilla, y fui consciente de que debía haber sufrido una buena torcedura en la caída. Esperaba que solo se tratara de eso, porque el dolor era en la misma pierna que tantos años antes me había roto en la funesta jornada a orillas del *Singilis*.

Nos alejamos, y no solo los proyectiles, sino también las chanzas, los insultos y las mofas de nuestros enemigos nos persiguieron hasta que logramos ponernos a salvo. A salvo de sus armas, que no de sus gritos. Recordaba cómo

hacía ya tantos años, en los montes *Ervasios*, los suevos que el ejército vándalo había cercado cuando yo era poco más que un niño, abucheaban a los guerreros que tan solo unas horas antes los tenían contra las cuerdas mientras estos debían huir precipitadamente ante el acoso del ejército de Roma. Viejos fantasmas vinieron a mí en ese momento, y el dolor que sentía al dar cada paso se acrecentó infinitamente con los recuerdos del miedo, el odio y la pena que habían acompañado mi camino desde que apenas era un crío. Me visitó la imagen desvaída de mi padre, al que apenas recordaba; de Fariban, que me enseñó cosas más importantes con sus gestos que con sus palabras; y por supuesto de Anderico, mi hermano vándalo, abatido junto al río *Singilis*, en el lejano sur. Y a partir de ese día un nuevo fantasma vendría a atormentarme: la vergüenza por el destino del bravo guerrero godo –Sunierico, como supe más tarde que se llamaba– que había sacrificado su vida por la mía. Me prometí que no descansaría hasta que su torturado cadáver fuera bajado de esa maldita muralla y su cuerpo descansara al fin bajo tierra, como dictaban las costumbres de su pueblo y de su fe.

Llegamos al campamento enfurruñados, heridos y humillados. El cuerno de guerra de Salla, triste y funesto, avisó a nuestros compañeros del fatal resultado de nuestro ataque. Instantes después, fueron el resto de cuernos los que respondieron cansina y lúgubrememente a nuestra llamada y supusimos que el ataque había llegado a su fin en todo el perímetro de la muralla.

Salla, pese a la fea herida en su cabeza, se negó a ser atendido, y una vez pudo hacer balance de las bajas y la situación de los heridos, abandonó rápidamente el campamento para reunirse con Akhila y dar parte de lo sucedido. El rictus de su cara al pasar a mi lado me dejó entender la sensación de penosa humillación que lo embargaba. Me pareció que hubiera preferido enfrentarse a un centenar de enemigos con las manos desnudas que a tener que reconocer la derrota.

El resto de hombres, sin fuerzas, y sobre todo sin humor, permanecimos durante horas prácticamente en silencio. Solo se oían los lastimeros quejidos de los heridos y los lejanos insultos de los suevos. Marco, con la espalda apoyada en el tronco de un árbol, tenía la mirada perdida en las alturas. Galieno limpiaba su espada, apretando los dientes cada vez que arreciaban los

gritos desde la muralla. Issa fue a buscar agua para todos, y luego se dejó caer a mi lado. Tenía varios moratones en el rostro, y su respiración era pausada. Se había llevado un par de buenos costalazos al caer desde la escala, por lo que llenar de aire sus pulmones le debía de causar fuertes dolores, aunque se guardó muy bien de emitir un solo gemido.

Viendo el abatimiento en el que nos habíamos sumido, llegué a pensar que si el enemigo hubiera lanzado en ese momento un ataque sobre nosotros, bien podría haberse llevado una victoria contundente. Pero enseguida lo descarté, pensando en que los hombres que me rodeaban no serían vencidos dos veces. Aunque la derrota se dibujara en ese instante en nuestros rostros, si era necesario sacaríamos fuerzas de flaqueza, atacando a los enemigos con ansias renovadas. Y en campo abierto dudaba que nos pudiesen vencer, después de lo que había visto en la batalla del *Urbicus*.

Tendido en el suelo al lado de mis compañeros, cometí el error –a mis años– de descalzarme para comprobar el estado de mi maltrecha pierna. Inmediatamente el tobillo se inflamó de tal manera que no fui capaz de embutirme de nuevo la bota. No parecía un golpe de consideración, y dudaba que tuviera algo roto, pero la piel presentaba un feo tono violáceo que se oscurecía por momentos, y la hinchazón no dejaba de aumentar, acompañada de violentos latidos. Para mi desgracia, me convendría estar unos cuantos días inmóvil en el campamento, reconcomiéndome por la muerte de Sunierico.

Horas más tarde regresó Salla, acompañado por un par de guerreros y por Egica, el físico de Akhila, que cuando no estaba torturando a sus compañeros tratando de poner fin a sus males, también nos acompañaba para dar buena cuenta de nuestros enemigos con su espada. Nunca pude resolver el misterio de cuál era el arma más letal de Egica: su larga espada, o su afilado escalpelo.

Salla se sentó con nosotros, mientras Egica separaba a los heridos más graves para atenderlos en primer lugar.

–¿Cómo ha ido el ataque en los otros frentes? –pregunté sin muchas esperanzas.

–Hoy no ha sido un buen día para nuestras armas –respondió Salla. Me pareció más calmado que horas atrás.

–¿Ha habido muchas bajas? ¿Podremos seguir manteniendo el cerco?

–No tantas. En realidad, el golpe ha sido más moral que efectivo. Entre todos los campamentos, no creo que hayamos perdido siquiera veinte hombres, y heridos de distinta consideración debe de haber otros veinte, pero creo que todos se repondrán sin muchos problemas.

–¿Qué ha sido del bueno de Ibbas? ¿Ha conseguido tumbar la puerta sur golpeándola con su enorme verga? –la imagen me hizo reír y olvidar por un instante nuestra situación.

–Pues creo que está aún más enfadado que nosotros. Justo antes de que sonara nuestra señal, su ariete se rompió en uno de los golpes contra la puerta, y únicamente pensó en seguir para mantener allí a los defensores.

–Ya me reiré de él a cuenta de eso.

–Creo que sería mejor que no lo hicieras, Attax; te prometo que nunca lo he visto tan enfadado, y lo conozco desde que nací –se encogió de hombros–. Al menos les hemos enseñado a qué sabe nuestro acero. Sin duda, ellos han de lamentar muchas más bajas que nosotros.

–Aunque la mayoría fueran civiles –apostillé.

–Aunque la mayoría fueran civiles. Pero, quieras o no, siguen siendo brazos de menos para pugnar por echarnos de la muralla la próxima vez que lo intentemos.

–¿Trataremos de llevar a cabo otro ataque? –preguntó Marco, sin poder contener su asombro.

– Nunca hay que descartarlo, aunque por lo pronto nos limitaremos a mantener el asedio. Ya veremos si en unos días comienza a faltar la comida ahí adentro.

–Hablando de comida –nos interrumpió Issa poniéndose en pie y cogiendo su arco– ya que hoy ni siquiera pude ayudaros en lo alto de la muralla, creo que al menos debería hacer algo útil y buscar algo para comer. –Se alejó hacia la linde del bosque.

Egica se acercó a nosotros y palmeó a Galieno en el hombro, instándole a descubrirse el antebrazo para poder coser el corte que lo recorría. Para mi desagrado, se enfrascó en su labor justo frente a mí. Sonrió al ver mi ceñuda mirada.

–Alano, ¿tú no tienes siquiera un rasguño, para que podamos divertirnos juntos? –preguntó, socarrón.

—Nada que tú puedas arreglar, carnicero. Solo necesito un buen descanso — aseguré, alzando mis manos hacia él, como si quisiera mantenerlo bien alejado—. Trata primero a nuestro comandante —dije, señalando a Salla—, que no me apetece ver cómo se le salen los sesos.

El joven godo se resistió, argumentando que estaba bien. Egica no le hizo ningún caso. Cuando lavó su herida, pude comprobar que, a pesar de sus protestas, lo que fuera que hubiese impactado en su costoso yelmo no solo lo había roto, sino que también había llegado a golpearle con fuerza, causándole una buena herida en el cuero cabelludo. Cuando la sangre apelmazada fue desapareciendo, vi que la fina piel bajo su cabello había desaparecido, dejando paso a la carne lacerada, que Egica cosió despacio. A partir de ahí, el muchacho llevó siempre el cabello largo, de manera que nadie pudo observar la cicatriz que quedó en su cabeza, salvo los que ese día nos encontrábamos a su alrededor.

Pasé la mano por mi tobillo lastimado. Gracias a Ruric —el amable vándalo que hacía ya dieciocho años había curado la fea fractura que sufrí en la misma pierna— sabía bien lo que necesitaba para restablecerme, y lo primero era un poco de reposo, hasta que la inflamación de mi tobillo remitiera. Los días siguientes fueron tranquilos, apenas dedicados a lamer nuestras heridas, vigilar torvamente la muralla y afilar las armas en espera de una ocasión para resarcirnos ante nuestros enemigos; así que, dispensado por Salla de las tareas de abastecimiento, pude aprovechar para descansar y recuperarme.

CAPÍTULO III

Dos días más tarde ya daba pequeños paseos por los alrededores del campamento, para volver a movilizar mi dañada articulación. Y poco a poco, a medida que la inflamación desaparecía, comencé a unirme a las partidas de caza. Estas incursiones se hicieron cada vez más necesarias: tras más de quince jornadas de infructuoso asedio, los víveres que habíamos traído con nosotros comenzaban a escasear. Encabezados por Marco, recorríamos las granjas de los alrededores buscando nuevas provisiones. Pero los asentamientos más cercanos, como era previsible, habían sufrido ya la rapiña de los suevos en su afán por acumular comida ante la posibilidad de nuestro ataque, y nos costaba encontrar a alguien dispuesto a negociar con nosotros, no solo por la escasez a la que ellos mismos se enfrentaban, sino también por las suspicacias con las que éramos recibidos, a pesar de los esfuerzos de Marco por resultar cortés. Akhila insistía en la necesidad de evitar problemas con los aldeanos, por lo que no podíamos hacer más que aceptar su palabra de que nada tenían para ofrecernos, y despedirnos cordialmente invitándolos a acercarse a nuestro campamento con la promesa de pagarles generosamente lo que consiguieran para nosotros.

Tras algunos intentos en los que apenas pudimos hacernos con unos pocos sacos de cereales y un puñado de frutos secos, y varias jornadas de caza en las que las pocas piezas que éramos capaces de capturar –en su mayoría, liebres enflaquecidas, y algún que otro venado cuando nos acompañaba la suerte– apenas eran suficientes para repartir entre los hombres, decidimos ampliar el rango de nuestras incursiones.

–Mañana propondré a Akhila que os conceda permiso para buscar provisiones en alguna de las aldeas más alejadas –convino Salla cuando se lo planteamos.

–¿Pagando? –quiso confirmar Galieno.

–Por supuesto. Mientras mi rey no ordene lo contrario, estamos aquí para hacer la guerra a los suevos, Galieno, no a los tuyos.

–Cuanto más nos alejemos, más probabilidades tendremos de que los aldeanos no hayan sufrido la visita de los suevos, y más dispuestos estarán a vendernos sus excedentes –apostilló Marco.

–Bien dicho, mercader; veo que lo que dominas es la intendencia –aplaudí la ocurrencia de Salla, que a su vez me devolvió una mirada divertida.

–Esperemos que el verano haya sido productivo para estas gentes y cuenten con suficiente cereal y carne para proveernos –pensé en voz alta.

A la mañana siguiente acompañamos a Salla al campamento principal, donde nos recibió un malhumorado Akhila. Nos explicó que durante la noche habían sufrido un nuevo intento de acabar con los centinelas, aunque en ese caso estos habían descubierto a tiempo a los sigilosos incursores, y habían dado la voz de alarma. Lamentablemente, no había sido posible capturar a ninguno de los osados suevos. Salla silbó, preocupado. Que nosotros supiéramos, en nuestro campamento nada había roto la quietud de la noche, pero aún así el relato de Akhila no resultaba precisamente tranquilizador.

De todas formas, atendió las sugerencias de su hijo, entregándonos parte de la plata de la tropa para que pudiéramos adquirir las tan necesarias provisiones. También nos apropiamos de los pocos caballos con los que contábamos. Con Marco y Galieno al frente, Issa, Wulfila, otro guerrero de nombre Witiza y yo mismo partimos hacia el norte, llevando con nosotros el resto de las monturas disponibles que utilizaríamos a modo de simples acémilas para transportar lo que consiguiéramos. No teníamos órdenes expresas de regresar ese mismo día, por lo que decidimos tomarnos con calma y a conciencia nuestro cometido, y no regresar hasta que hubiéramos conseguido que nuestros pobres caballos no pudieran cargar con un *modium* más.

Tomamos el camino principal, dejando atrás nuestra zona de campeo habitual, tratando de alejarnos lo máximo posible del campamento. Cabalgamos sin apenas detenernos hasta la caída de la tarde, momento en el que llegamos a un caserío formado por unas pocas viviendas apiñadas en torno a un pozo. Cuando nos acercamos, apenas nos dio tiempo de ver algunos rostros preocupados y unos pocos niños que entraban a la carrera en los edificios, antes de llegar y encontrarnos con puertas y postigos cerrados a cal y canto. Nadie respondió a nuestras voces, por lo que optamos por continuar.

La siguiente jornada transcurrió por derroteros similares, hasta que dimos con un villorrio algo mayor, compuesto por unas quince viviendas, las que más de madera, y algunas pocas de piedra. Desmontamos para acercarnos a pie hacia donde unos desarrapados pequeños jugaban ruidosamente. Al vernos, corrieron dando voces, tal y como habían hecho otros tantos niños en nuestros anteriores encuentros.

–Me está entrando complejo de demonio –rezongó Wulfila, molesto.

Di un ligero codazo a Marco, al percatarme de que se abría la puerta de una de las casas de piedra, de la que salieron algunos hombres con gesto preocupado. Otros se les unieron pronto. Algunos, casi ancianos, trataban de intimidarnos blandiendo azadas o bastones, mientras los más jóvenes hacían relucir algún que otro cuchillo, e incluso lo que parecía un hacha de guerra oxidada. El que parecía ser el jefe dio un paso hacia nosotros, lo que me pareció un avance comparado con lo que habíamos conseguido hasta ahora: por lo menos, podríamos hablar.

El tipo –bastante feo, por cierto– lucía una cicatriz blanquecina que le cruzaba la cara desde la oreja hasta el mentón, y caminaba con una leve cojera. Mostramos nuestras manos desnudas para hacer ver que estábamos desarmados –aunque creo que todos guardábamos algún puñal oculto entre nuestros ropajes–, y Marco tomó la palabra con ademán cordial.

–Buenos días, amigos –comenzó, algo vacilante, tratando de romper la tensión inicial–. Soy Marco Vipsanio Celer. Mis compañeros y yo estamos recorriendo la zona en busca de comida que comprar. ¿Nos venderíais vuestros excedentes?

El hombre seguía observándonos con desconfianza. Mantenía su mirada clavada en Marco, pero de vez en cuando echaba fugaces vistazos suspicaces a cada uno de nosotros. Vi que Wulfila sonreía, esforzándose en parecer inofensivo, y lo ridículo de la situación me hizo sonreír a mi vez. Comprendía el miedo de los lugareños; supongo que yo también lo tendría, si seis tipos como nosotros hubieran irrumpido sin previo aviso en mi pueblo, con evidente aspecto de curtidos guerreros, y solo contara con niños y ancianos para defender las provisiones acumuladas para el crudo invierno.

–Podemos pagar bien –insistió Marco.

–No tenemos provisiones –respondió secamente el que parecía el jefe–. Vete a buscarlas al campamento suevo si las quieres –dijo, escupiendo hacia el suelo con gesto de asco.

–Precisamente de allí venimos –respondió Marco, adivinando por la expresión del tipo que no los tenía en gran estima–. Llevamos varios días cercándolos, y necesitamos provisiones para mantener el asedio.

–Tú no eres goda –le espetó el tipo, desconfiado.

–No, no lo soy. Soy hispano, al igual que tú. De *Conimbriga*.

–¿Y qué haces tan al norte? –parecía que al menos le había picado la curiosidad.

–Es una larga historia. Pero lo realmente importante es que estoy aquí, junto con los guerreros godos, tratando de acabar con los suevos que llevan años campando a sus anchas por la zona.

–No resultan vecinos agradables –convino el hombre, meneando la cabeza.

–Pues ahora tenéis una buena oportunidad para ayudarnos a acabar con aquellos que tanto deben de haberos hecho padecer.

–¿Y qué sabrás tú, muchacho, del sufrimiento de mi pueblo? –escupió a los pies de Marco, y yo instintivamente me llevé la mano al cinto, buscando mi espada, hasta que recordé que seguía en las alforjas. Marco me hizo un gesto pidiéndome calma, y yo bajé las manos, pero se me habían quitado las ganas de sonreír.

El viejo continuó su amargo discurso.

–¿Acaso sabes lo que es soportar que, año tras año, esos hijos de perra vengan aquí y tomen lo que quieran? Si nos resistimos, lo destrozan todo –debíamos cuidarnos de que Ibbas nunca llegara a estar frente a ese individuo, pues pudiera ser que no comprendiera el sutil sentido del humor del goda– ¿Sabes lo que es que maten a tus hijos? –señaló a un tipo entrado en años, de ojos tristes y gesto preocupado– ¿O que se lleven a tu mujer por no tener comida que darles? –la emoción de su voz nos reveló que hablaba por propia experiencia.

Marco le sostuvo la mirada, y habló despacio.

–Sé lo que es que esos hijos de perra maten a mi padre, y a la mayoría de los que quería allá en *Conimbriga*. ¿Eso te basta? Porque, si quieres, mis amigos también tienen cuentas pendientes para relatarte –dijo, señalándonos.

El tipo dio un respingo y permaneció un rato en silencio, con la boca entreabierta, como si se hubiera quedado sin palabras de repente. Se giró para cruzar una mirada con el hombre que nos había señalado antes, y este hizo un leve gesto afirmativo, por lo que se acercó a él para hablar en voz baja. Finalmente se volvió hacia nosotros, y le hizo un gesto a Marco para que lo siguiera. Cuando traté de seguirlo a mi vez, varios hombres se movieron para cortarme el paso. Supongo que debían de saber lo poco que me hubiera costado acabar con ellos, pero no quería perjudicar a Marco. Lentamente, desabroché mi cinturón y liberé el largo puñal que escondía sobre mi cadera, entregándoselo por la empuñadura a uno de los que se encontraban frente a mí, el que me pareció más fiable, un chaval muy joven con pecas y el pelo largo y alborotado. El jefe hizo una señal de aprobación y pude pasar por entre sus vecinos, mientras el resto nos aguardaba allí. Seguí a Marco y a su anfitrión, y al menos cuatro miembros de nuestro peculiar comité de bienvenida me siguieron a su vez.

Entramos en una de las deterioradas casas de piedra. Dentro, a la luz de una débil lumbre, pude ver una pequeña habitación llena de trastos, que debía de servir al dueño tanto para dormir como para cocinar, pues junto al catre había una pequeña olla ennegrecida y un cuenco desportillado. Nos recibió una pequeña de enormes ojos asustados. No sabría decir bien su edad, pues nunca he sido muy ducho a la hora de valorar esos menesteres; de hecho, supe que se trataba de una niña porque el tipo de la cicatriz se refirió a ella como Herminia. La niña se acercó corriendo a uno de los tipos que nos seguían, que la aupó cariñosamente, mientras la pequeña gorjeaba algunas sílabas incomprensibles. Sentí el extraño impulso de acariciar su cabecita, aunque desde luego no lo dejé traslucir. Hacía tiempo que deseaba tener mis propios hijos; me prometí que cuando regresáramos a *Lucus* tendría una seria conversación con Aspasia al respecto... si es que ella me había esperado, claro. Cuando el hombre abandonó la estancia con la chiquilla aún en brazos, la voz del cabecilla interrumpió bruscamente mis pensamientos.

—¿Vais a acabar con ellos? —preguntó, directo.

—Para eso estamos aquí —confirmó Marco, muy serio—. No debemos regresar con el grueso del ejército hasta que hayamos acabado con este campamento.

–Habíamos oído rumores sobre una gran batalla, pero aquí pocas veces llegan noticias fiables. ¿Qué pasó? ¿Por qué están los godos aquí?

Entre preguntas inquisitivas y expresiones de asombro, Marco se esforzó en componer el relato de la batalla. Definitivamente, era mejor guerrero que narrador; decidí que debía darle algunas lecciones. También le había enseñado a luchar, por lo que era prácticamente mi deber moral. Pero pese a la sencillez con la que se expresaba, los hombres que nos rodeaban parecían disfrutar de cada palabra como si fuera para ellos un raro y delicioso néctar.

–¿Necesitáis tan solo comida? –preguntó al final el tipo de la cicatriz.

–Somos pocos hombres, por lo que tendremos dificultades para tomar el campamento por la fuerza. Si finalmente debemos rendirlos por hambre, tendremos que aprovisionarnos bien para pasar una buena temporada frente a sus muros.

Los tipos intercambiaron animados murmullos durante un buen rato. Hablaban un idioma que me resultaba del todo desconocido, y por el gesto de Marco, a él tampoco debía sonarle familiar. Debía de ser uno de tantos antiguos dialectos que aún se hablaban en las zonas alejadas de las grandes urbes y las ilustres familias romanas. Cuando parecieron tomar una decisión, el cabecilla se dirigió a nosotros con un suspiro.

–Rerico se llevó a mi mujer hace menos de un año –se acarició la barbilla, pensativo. Por su gesto, habría dicho que debían de haberle golpeado en la mandíbula durante el incidente–. Se la llevó en lugar de la ternera que teníamos en el establo, porque le dije que sin el animal no tendríamos nada para comer. El muy hijo de puta me dijo que me hacía un favor, pues así tendría una boca menos que alimentar –tenía los nudillos blancos, y su voz temblaba de rabia.

–¿Quién es ese Rerico? –pregunté.

–El que da las órdenes en el campamento. Un bastardo rubio, alto, con la mandíbula cuadrada y una cicatriz que comienza junto a su ojo y termina al lado de su boca, deformando su sonrisa en una mueca de pesadilla. Lleva mucho tiempo atemorizando a las aldeas de los alrededores. Con las ciudades no se atreven, pero en el campo saquean a placer cada vez que les apetece.

Yo lo miraba, asombrado. La descripción me resultaba inquietantemente familiar.

–Ese Rerico... ¿Qué edad tiene?

–No lo sé, debe de estar por la cuarentena. ¿Lo conoces, acaso? –preguntó enfurruñado.

Pensé en la silueta que había visto recortada en la muralla, la noche antes de nuestro asalto fallido. Un escalofrío erizó el vello de mi nuca. Apenas me lo podía creer: si no estaba equivocado, el suevo que comandaba el campamento podía ser aquel que hacía ya tantos años me entregara al padre de Marco como esclavo. Por ese entonces no mandaba a nadie –su jefe, el enano de la tripa, como lo llamaba mi amigo Ruric, también tenía un puesto de honor en mis sueños de venganza–, pero su rostro fue el último que vi tras mi cautiverio, cuando me empujó con el asta de su lanza hacia mi vida con Marco, y aún recordaba con precisión cada uno de sus rasgos, incluida su peculiar cicatriz.

–Puede ser; tendré que esperar a verlo frente a frente para estar seguro. Pero si tengo razón, te puedo asegurar que haré que se arrepienta de volver a verme.

El tipo sonrió ante mi vehemencia, y su gesto pasó a ser conciliador.

–Pues espero que sea el caso, y que tengas ocasión de hacerlo sufrir. Pero aunque no sea el que conoces, por favor, véngate de este en mi nombre.

Asentí despacio, y pareció satisfecho. Se volvió hacia el hombre de los ojos tristes, e intercambiaron algunas palabras y leves asentimientos. Se volvió de nuevo hacia Marco.

–Esos godos... ¿son de fiar?

Marco se encogió de hombros.

–Están aquí para acabar con los suevos. Por ahora, con eso me basta.

–¿Habéis examinado bien la muralla?

–Hemos visto que está deteriorada, pero, como te dije, no disponemos de hombres suficientes para que un ataque directo tenga garantías de éxito. Eso ya lo hemos intentado– repitió Marco algo cansado.

–Quizás deberíais haberla observado mejor –dijo, enigmático–. Hay un lugar por donde se puede entrar– aclaró.

Marco ahogó una exclamación.

–¿A qué te refieres? ¿Estás seguro de eso?

–¿Me prometéis que me traeréis la cabeza de Rerico, y a mi mujer de regreso, si acaso aún vive?

–Si las armas nos resultan favorables, cuenta con ello...

–Cirilo, amigo.

–Pues cuenta con ello, Cirilo –Marco estrechó con firmeza la mano que le tendía.

–Bien... desde la época de nuestros abuelos y hasta que yo era un muchacho, el campamento estuvo abandonado. Nos divertíamos entre sus muros, y los conocemos bien. Uno de los paños de la muralla, el que mira hacia el este, tiene un extremo semiderruido.

Asentí, expectante; se trataba del lado visible desde nuestro campamento, el que había sido objeto de nuestro fallido ataque. Pero ya habíamos examinado la zona de la que hablaba Cirilo, y aunque las reparaciones eran toscas, la montaña de escombros sueltos hacía muy difícil apoyar firmemente una escala, y prácticamente imposible trepar por allí.

–Tras el derrumbamiento, quedó al descubierto un hueco que permitía pasar de un lado a otro de la muralla, justo en la unión entre el muro de piedra y los escombros. Claudio y yo, de chiquillos, jugamos a asediarla muchas veces –señaló al hombre de los ojos tristes, que parpadeó al escuchar su nombre–, y lo descubrimos por casualidad, oculto entre la maleza y medio obstruido con tierra y grava. Hay que entrar arrastrándose, pero luego se amplía un poco. Cuando nos hicimos adultos dejamos de andar por la zona. Luego, algunos suevos comenzaron a establecerse en la fortificación, y prohibimos a nuestros hijos jugar en las cercanías. Cuando Rerico se llevó a mi mujer, recordé el pasaje y pensé en intentar entrar de nuevo. Me acerqué lo suficiente como para ver que aún existe, y que parece haber pasado desapercibido a los nuevos ocupantes. La salida hacia el interior está bloqueada por basura y escombros, pero no parece difícil de despejar. Pero yo, que solo soy un viejo cobarde que aún debe velar por su aldea y cuidar a su pequeña, no me he atrevido a volverlo a intentar.

Yo lo miraba con los ojos como platos. Crucé una mirada ansiosa con Marco, que también parecía impaciente por trasladarle la información a Salla, para comenzar a planificar cuanto antes la forma de desquitarnos de nuestra pasada derrota.

Cirilo continuó prodigando buenas noticias.

–Despreocupaos por la comida. Siempre tenemos la precaución de enterrar una parte de nuestras reservas en previsión de que vengan a por nosotros. No es que sea mucho, pero ya nos encargaremos de hacer llegar mensajes a las aldeas vecinas, y os aseguro que, en cuanto sepan el motivo, colaborarán en el abastecimiento de vuestros hombres. ¿Cuántos me habéis dicho que sois?

–Alrededor de trescientos –respondió Marco.

Cirilo enarcó las cejas.

–Es cierto, no sois muchos. Pero parecéis buenos guerreros, y los hombres de dentro tampoco deben de ser muchos más, aunque en las últimas semanas han llegado algunos grupos en busca de refugio. Por lo que recuerdo, desde la salida del túnel hasta la puerta norte no hay demasiada distancia. Si lográis abrirla y defenderla el tiempo suficiente, lo demás será sencillo –suspiró–. No sabéis las veces que he soñado con poder hacer eso yo mismo, y rajar a ese bastardo de arriba abajo...

Nos despedimos amigablemente de Cirilo, con la promesa de que, mientras durase el asedio, enviarían cada pocos días al campamento principal un buen carro lleno de grano, carne e incluso algo de la tosca cerveza que elaboraban. A modo de señal, pudimos cargar a lomos de nuestras monturas varios sacos de grano; Claudio insistió en que nos lleváramos además una buena vaca, que nos ofreció en pago por enviar al infierno a Rerico. En un principio Marco rehusó amablemente su ofrecimiento, sabedor de que la situación en el poblado no parecía tan boyante como para poder permitirse prescindir del valioso animal, pero el hombre nos aseguró que otra vaca de su propiedad pastaba en las cercanías, así que finalmente la condujimos de vuelta al campamento caminando detrás de nosotros atada con un largo cordel.

Satisfechos con nuestra buena fortuna enfilamos el camino de vuelta con fuerzas renovadas. Estábamos impacientes por llegar; Galieno, que llevaba a la vaca, tironeaba de la cuerda con insistencia para instarla a avanzar, pero el pobre animal, acostumbrado a una vida tranquila, pretendía detenerse cada pocos pasos, ante nuestra desesperación.

–Galieno, deja que Issa hable con la vaca, a ver si puede explicarle que tenemos prisa –bromeé. Al britano se le daban bien los animales.

Issa me miró con el ceño fruncido, y Galieno le ofreció la cuerda, esperanzado. Su compañero la tomó con un suspiro resignado, y aunque no hizo nada más que sujetarla laxamente y continuar el camino con calma, la vaca aumentó el ritmo de sus pasos casi instantáneamente. Galieno lo miró, asombrado, y todos reímos con ganas.

–¡Shhh! –espetó Issa, muy serio–. ¡Vais a asustarla de nuevo!

No le hicimos ningún caso. Al enorme Witiza se le saltaban las lágrimas. Continuamos el camino de buen humor; aunque aún íbamos mucho más lentos de lo que nos habría gustado, se nos hacía la boca agua al pensar en los tiernos filetes en los que pronto se convertiría el animal, aunque Issa, empeñado en llevar la contraria, intentaba convencernos de que sería mejor quedárnosla y ordeñarla a diario que sacrificarla.

Todavía discutíamos, entre risas, cuando avistamos el campamento. Sin perder más tiempo, nos apresuramos a buscar a Akhila, mientras Issa se dirigía hacia un prado cercano para atar a la vaca allá donde hubiera un rastro de hierba para que el animal pudiera pastar. Sin molestarnos en esperar al muchacho, nos dirigimos hacia la tienda de mando. La mayoría de los rostros de los guerreros que nos cruzamos reflejaban un cierto hastío que contrastaba con nuestro propio optimismo. A Marco le brillaban los ojos. Mirando fijamente hacia la puerta norte, ya prácticamente reparada tras los golpes del ariete, deseé de corazón que bien la información que traíamos, o bien el acuerdo de abastecimiento que habíamos logrado, nos permitieran verla abierta en más o menos tiempo. Cuando entramos a la tienda de Akhila, el comandante debatía animadamente con sus capitanes.

–Ahí vienen nuestros valientes forrajeadores –nos saludó Ibbas–. ¿Traéis buenas noticias para mi estómago?

–Somos algo más que eso, Ibbas –alardeé–. Y puede que lo que traemos nos permita salir de aquí antes de lo que crees.

–Pero qué dices, hombre. Mucho me temo que no podremos movernos de esta pocilga hasta que esos cabrones se mueran de hambre... si no desfallecemos nosotros primero. A no ser que te refieras a salir con los pies

por delante; y si es así, olvídate de que te acompañe. Así que espero que, además de esos humos, traigas también algún jugoso costillar...

Marco se acercó, sonriente.

–Eso también lo traemos. Pero créeme, conseguimos otras cosas incluso más interesantes.

Cuando Akhila escuchó a Marco, sabiendo que no era dado a lanzar bravatas en balde –desde luego, de mí no se podía decir lo mismo–, mandó a callar a Ibbas y nos animó a sentarnos a su lado. Cuando pasábamos junto a él, se oyó un mugido lejano; los fieros ojos de Ibbas se abrieron desmesuradamente.

–¡Por Dios misericordioso, chico, haber comenzado por ahí! Ahora sí que me da igual que digas todas las tonterías que te parezca: te has ganado un lugar en mis oraciones –nos miró, relamiéndose ostensiblemente–. Eso sí, espero que hayáis traído otra vaca para el resto, porque esta pienso zampármela entera yo solo.

–Sentaos –nos apremió Akhila–. ¿Qué es eso tan importante que tenéis que decirnos, Marco?

Tengo que reconocer que dar informes a sus superiores se le daba bastante mejor que narrar batallas. Expuso los datos ordenadamente y con calma. En primer lugar, se centró en el sentimiento reinante en las aldeas cercanas: aunque desconfiaban de nosotros, tras años de acumular cuentas pendientes con los suevos, cabía esperar que, ante la disyuntiva, se decidieran a apoyar nuestra causa. Por la súbita expresión de pavor que cruzó el rostro de Akhila, supuse que había interpretado de las palabras del muchacho que los hombres de las aldeas cercanas querían unirse a nuestra tropa –hombres sin experiencia en la lucha, incapaces a todas luces de asumir la férrea disciplina que imponía nuestro comandante, y que representarían aún más bocas que alimentar–; parecía a punto de interrumpir a Marco, pero Salla le puso una mano sobre el hombro pidiéndole calma, y finalmente le dejó proseguir conteniendo un resoplido.

–Las aldeas vecinas enviarán cada semana al campamento una carreta llena de víveres, e incluso algún barril de cerveza, cuando la consigan, para el avituallamiento de nuestra tropa –concluyó Marco, divertido ante tanta expectación.

Akhila soltó de golpe el aire de sus pulmones, aliviado.

–Esa sí que es una gran noticia, muchachos. Una gran noticia.

–Siempre dije que este muchacho me gustaba, ¡y no me equivoqué! – proclamó Ibbas, mientras mascaba ruidosamente una brizna de paja.

Marco carraspeó.

–Disculpad, noble Akhila... pero aún nos quedan noticias que dar. Algunos de los aldeanos tienen motivos de peso para odiar a los suevos. Nos han pedido la cabeza del jefezuelo de la fortificación, a cambio de una información que podría ayudarnos a penetrar las defensas.

–Marco, por favor... ¿a qué te refieres? –preguntó Salla, intrigado.

–Hay un hueco que cruza la muralla a nivel del suelo, en el extremo del lienzo este, a poca distancia de la puerta que tenemos enfrente. Por lo que Cirilo, nuestro confidente, ha podido averiguar, sigue practicable, y ha pasado desapercibido a los suevos.

–¿Cómo puede ser eso? Durante el ataque no advertimos su existencia... aunque he de reconocer que la situación no era como para mirar demasiado hacia los lados.

–Los muchachos de las cercanías lo utilizaban en sus juegos, hasta que los suevos se instalaron en el lugar. Cirilo trató de penetrar hace menos de un año; pudo recorrer la mayor parte, pero al parecer la salida hacia el interior de la fortaleza está obstruida por la basura acumulada. Supongo que no será difícil de retirar.

–Señor, creo que deberíamos echar un vistazo a ese agujero –dijo Ibbas con voz queda–. Esta vez no fallaremos.

Salla paseaba de un extremo a otro de la estancia como una fiera enjaulada.

–Siempre he pensado que lo que los romanos construyeron con tanto esmero debería ser conservado para nuestro propio bien. Si los suevos aplicaran esa norma, habrían dado con el único punto débil de la construcción... si vuestros compatriotas están en lo cierto.

–Pero por suerte tú no eres suevo, Salla –sonrió Marco–. Desde luego, no me gustaría encontrarte frente a frente en un asedio.

Akhila pasaba los dedos por su barba con gesto nervioso; hizo un gesto brusco a su hijo para que se sentara de nuevo. Permaneció un instante en

silencio, sopesando las opciones que se le abrían insospechadamente. Los suevos no daban indicios de estar sufriendo escasez, por lo que la opción conservadora podía alargarse demasiado en el tiempo. Pero, por otro lado, un nuevo ataque fallido podría representar el fracaso de nuestra misión, con la consiguiente pérdida de confianza del rey en su *Comes*.

–Antes que nada, debemos cerciorarnos de que el acceso continúa existiendo.

Para sorpresa de todos, el siempre callado Issa, de pie junto a la puerta, tomó la palabra.

–Yo puedo ir, señor. Puedo acercarme hasta allí sin ser visto y comprobarlo.

–¿Podrías hacerlo esta noche, o prefieres aguardar a que haya luz?

–Siempre me he encontrado más cómodo entre las sombras que cuando el sol resplandece en el cielo. Iré esta noche.

–Señor, si Issa encuentra la entrada, me ofrezco para comandar el asalto –intervino Salla–. Después del ataque a la muralla, les debo a mis hombres la posibilidad de redimirnos.

Akhila asintió, con gesto serio. Aunque probablemente le desagradara la idea de que su único hijo varón se arriesgara de esa manera, no podía permitirse mostrarse protector con él delante de sus hombres.

–De acuerdo... pero Ibbas te acompañará.

–Y yo – anunció Marco. Tras él, el resto de los presentes nos ofrecimos a seguir al joven, que por un momento relajó su semblante y dejó atrás la expresión sombría que le acompañaba desde el fallido ataque.

–Está bien –aceptó Akhila–. Creo que un grupo de unos veinte hombres sería lo adecuado, pues os permitirá moveros con discreción hasta la puerta, y defenderla durante algún tiempo si lográis abrirla. Será duro, pero debemos confiar en que los suevos nos crean derrotados y no esperen un nuevo ataque, y menos aún desde el corazón de la fortaleza.

–Señor, también deberíamos proteger la salida del pasaje, pues quizás nos permita seguir introduciendo hombres para reforzar nuestra posición en el interior.

–Tienes razón, Salla. Pero si ya me parece difícil que nuestro escurridizo Issa alcance la muralla sin ser visto, que lo logre un grupo mayor de hombres

sería poco menos que imposible.

–Dame cincuenta hombres. Dame solo cincuenta hombres y el campamento caerá esta noche.

–Con cincuenta hombres, cuando llegue el resto ya solo les quedará divertirse saqueando, porque nosotros habremos acabado con toda la guarnición –proclamó Ibbas.

–Cuarenta hombres –cedió Akhila a regañadientes–. Elige los que consideres y que se preparen. Esta noche será oscura; aprovechémosla, antes de que me arrepienta.

Salla asintió, decidido.

–No os arrepentiréis, padre. Esta noche cumpliremos con las órdenes del rey, y mañana podremos abandonar, por fin, este lodazal.

Volvimos hacia nuestro campamento con la orden de descansar y reponer fuerzas, y la promesa de que Akhila se encargaría de que nos hicieran llegar una cuarta parte de la vaca de Claudio para distribuir su sabrosa carne entre los hombres. En cuanto oyó la decisión del comandante –muy aplaudida por Ibbas, que asistió con desasosiego al momento de duda en que Akhila valoró la posibilidad de destinarla a la producción de leche–, Witiza se acercó a Issa y dejó caer su manaza sobre el hombro del chico.

–Lo lamento, muchacho, pero creo que te vas a tener que despedir de tu amiga.

Issa se encogió de hombros, sonriente.

–Trataré de no fallar esta noche. Se lo debo a su memoria.

Todos reímos, aunque confieso que estaba preocupado por la suerte del britano, que además sellaría la nuestra. Su agilidad, su constitución delgada y su capacidad para moverse en silencio lo hacían adecuado para la tarea, pero dudé si la presión sería demasiada para el chico, y le llevaría a arriesgarse en exceso. Recordé las palabras de Akhila y la mirada resuelta de Issa al escucharlas.

–Descansad, pero estad preparados a media noche. El grupo de avanzadilla saldrá hacia la muralla una hora después de la partida de Issa; el resto nos reuniremos en el campamento norte y esperaremos la señal para el ataque. Moveos con discreción, y dejad guardias que se encarguen de mantener las hogueras encendidas para dar impresión de que todo es normal

ante los vigías de la muralla. En caso de que Issa no encuentre la entrada o... fracase en su misión, enviaré mensajeros a cada uno para informar de que se ha cancelado el ataque.

Cuando llegamos a nuestro campamento y Salla se encargó de proclamar la noticia, el nerviosismo se extendió entre los estupefactos guerreros como un incendio en un pajar. De nuevo tuve que sorprenderme ante la lealtad que profesaban al muchacho, pues pocos hubo que no se presentaran voluntarios para formar parte del grupo encargado de colarse en la fortificación para abrir la puerta. Parecían bien dispuestos a arrastrarse bajo las grandes rocas del paredón para emerger rodeados de enemigos: supongo que hay que tener un talento especial para proponer algo así a tus hombres y que suene bien. El joven hijo del *Comes* tuvo que rechazar el ofrecimiento de muchos de los suyos, ya que tan solo cuarenta guerreros debían acompañarlo a las entrañas del campamento. El resto partiría a reunirse con su padre y esperar a que nuestra misión tuviera éxito. Yo mismo estaba convencido de que nos acompañaría la fortuna. Nadie quería pensar en la posibilidad de una derrota, que para nosotros, que nos meteríamos de cabeza en la boca del lobo, sería a todas luces definitiva.

Poco después vimos cumplida la palabra de Akhila, y recibimos nuestra parte de la vaca, ya despiezada. Comimos con gusto la tierna carne, que asamos en las hogueras ensartada en finas ramas, y disfrutamos del festín en relativo silencio, sumidos en nuestras reflexiones. Issa comió frugalmente, y se alejó para tiznarse concienzudamente el rostro y los brazos con ayuda de un madero carbonizado, para evitar que su palidez destacara en la noche, aunque apenas lucía en el cielo una fina lasca blanquecina de luna.

Marco y Salla intercambiaban murmullos conspiradores cuando el britano se acercó hacia nosotros, ya preparado para partir hacia la negra sombra de la muralla. Marco le deseó suerte con viva intensidad, Witiza y Wulfila le propinaron sendas palmadas en la espalda, y Galieno se empeñó en darle un breve abrazo que manchó sus ropas de tizne. Salla lo acompañó unos pasos, y yo también los seguí; cuando el godo se despidió con un apretón de manos –a este paso, tendría que volver a cubrirse de carbonilla antes de partir–, me acerqué para darle unos últimos consejos.

–Si te ven desde la muralla, ni se te ocurra continuar, ¿me oyes?

El muchacho no respondió, sino que asintió con la cabeza.

–Te das la vuelta y alcanzas el campamento de Akhila... y olvídate de volver a intentarlo más tarde, porque ya estarán sobre aviso.

–No fallaré, te lo prometo.

–Sobre todo, trata de que no te maten.

La blancura de sus dientes destacó en su cara manchada de negro al sonreír.

–Ese, Attax, es sin duda un buen consejo.

Se volvió, y en un parpadeo, había desaparecido entre las sombras.

CAPÍTULO IV

Descansé, sumido en un intranquilo duermevela, hasta que Galieno me zarandé para que me incorporase. La noche seguía tranquila. Despacio, tomándonos nuestro tiempo, nos vestimos en la penumbra, y aprovechamos el hollín de las fogatas consumidas para tizar nuestras ropas y nuestra piel. Me apliqué con esmero durante largo rato para apagar el brillo de mi cota de malla. Mientras, pedía en silencio a todos los dioses que conocía que Issa hubiera podido cumplir su misión, y que pudiéramos reunirnos con él sin percances.

Los rasgos apenas eran visibles en nuestros rostros oscurecidos. Nos alejamos unos pasos del iluminado campamento, para que los ojos se nos fueran acostumbrando a la oscuridad. A esa hora, ya debería saberse si Issa había tenido éxito o no; si no hubiera dado con la entrada, o si los centinelas suevos hubieran detectado su presencia, el muchacho debía alcanzar el campamento norte como mejor pudiera, y el resto de la tropa ya habría sido avisada del fracaso de su misión. Otra cosa bien distinta sería si, tras ser detectado, no hubiese logrado escapar. Recordé con un escalofrío los cuerpos torturados de los guardias emboscados, Uldila y Sisebert, y el triste cadáver de Sunierico empalado sobre la muralla. Traté en vano de apartar de mi mente las desagradables imágenes. Después de todo, quizás resulte más fácil el papel del joven que abraza el peligro que el del viejo guerrero que reza por él. Me pregunté en qué momento de mi larga vida había dejado de ser uno para convertirme en el otro. Seguía sin temer mi propia muerte, pero mi corazón, cansado de pérdidas, temblaba ante la posibilidad de tener que despedir a alguno de mis cachorros.

Desterré mis sombríos pensamientos; después de todo, nada en la quietud de la noche hacía presagiar que el intento de Issa hubiera tenido un desenlace fatal. Intercambié una mirada con Salla, que caminaba a mi lado, y observar de nuevo el brillo decidido de sus ojos, apagado desde el fallido asalto, terminó de confortarme. Nos dirigimos en silencio hacia nuestro destino, dispuestos a

librar una batalla a oscuras para rescatar el alma de Salla de las tinieblas de la derrota.

Nos acercábamos ya al punto de encuentro convenido cuando casi tropezamos con Ibbas y sus hombres, que al igual que nosotros llevaban ropas oscuras y la piel manchada con hollín. No fue necesario cruzar palabra; tras un gesto de Salla, Ibbas pasó a cubrir la retaguardia. Avanzamos lentamente y en silencio, reptando, más que caminando, por la fría tierra. La escarcha jugaba en nuestra contra: la que caía sobre nosotros apenas era perceptible, pero la que comenzaba a acumularse en la hierba sobre la que nos desplazábamos trabajosamente amenazaba con estropear el resultado de nuestra esmerada labor de ennegrecer las armas y la piel.

Tardamos lo que me pareció una eternidad en recorrer los escasos trescientos pasos que nos separaban de la muralla. De nuevo gracias a la escasa pericia de los suevos para acondicionar el terreno, podíamos ocultarnos cada pocos pasos entre la maleza. Ni nuestros enemigos, ni mi propio pueblo, al igual que muchos otros, como el de Salla, a pesar de las revolucionarias ideas que pudiera tener el chico, habíamos destacado nunca por nuestra eficacia en esos menesteres. No solo las zarzas me martirizaban la piel; también el pomo de mi espada, e incluso el metal de mi cota, parecían decididos a clavarse en mi estómago mientras me arrastraba penosamente, renegando en silencio. Definitivamente, a reptar como gusanos no debería llamársele siquiera avanzar.

Cuando alcanzamos la arboleda más cercana a la muralla, que estaba apenas a cuarenta pasos de la misma, una patada de Ibbas me recordó que debía quedarme allí con el resto de los hombres, mientras Salla y él continuaban hacia donde debía aguardarnos Issa. Pese a todo, transmití la orden a Marco para que se quedara con los demás al leve resguardo de la maleza y seguí tras ellos, ansioso por tener noticias del britano. Si hasta entonces nos habíamos desplazado con lentitud, a partir de ese momento redoblamos las precauciones, temiendo permanentemente escuchar las voces de alerta de los centinelas sobre la muralla. Un murmullo de conversaciones en lo alto nos hizo detenernos, conteniendo la respiración, hasta que el sonido se perdió en el viento y solo escuchamos el latido de nuestros propios

corazones. Recorrimos los últimos pasos hasta apretarnos contra la muralla de piedra, tratando de parecer parte de la misma.

Caminamos lentamente, recorriendo su perímetro hacia nuestra derecha, cuando de repente algo aferró mi lastimado tobillo –pese a que tratara de aparentar que me encontraba perfectamente, aún tenía dolores frecuentes–, haciendo que agachara la cabeza, sobresaltado. Para mi sorpresa, comprobé que una mano agarraba mi pierna. O bien los muertos se habían levantado esa noche de sus tumbas, o solo podía tratarse de Issa.

Toqué el hombro de Ibbas para advertirle, y le señalé el suelo con un gesto. Su aviesa sonrisa me confirmó que había entendido la situación. Cuando la mano se retiró de mi tobillo, comprobé nuevamente que no hubiese testigos de nuestras andanzas y aparté con delicadeza los matorrales para acceder a la abertura. Allí, a la tenue luz de la leve llama que sostenía, pude distinguir a Issa, sin un rasguño y con expresión satisfecha. Puse la mano en su hombro, y el chico ladeó la cabeza hacia lo que sería nuestra entrada a la fortaleza. La cavidad en la que nos encontrábamos era relativamente amplia, pero el hueco en que se convertía apenas era suficiente para permitir el paso a alguien tan delgado como Issa. Para que pudiéramos traspasarlo Ibbas o yo mismo, debíamos apartar una piedra plana y pesada que lo bloqueaba en parte. Aunque en un principio había dudado de que el enorme godo fuese el más adecuado para acercarse hasta la muralla en primer lugar, ahora agradecía contar con sus potentes brazos para eliminar el último obstáculo. Cuando emergió en la cavidad, que tan solo un minuto antes me había parecido bastante grande, el espacio se hizo opresivo. Para mi sorpresa, Ibbas pasó la mano por la alborotada cabellera de Issa en un gesto cómplice, antes de clavar su mirada en la piedra. Hizo un par de tentativas de empujar o tirar de la pesada losa, antes de reconocer que no se bastaba él solo y hacerme un hueco a su lado para poder maniobrar entre los dos. Con los rostros encendidos por el esfuerzo, y la dificultad añadida de trabajar en silencio, tardamos un buen rato hasta que logramos apartarla lo suficiente.

Salla se introdujo a medias en la cavidad que entre Issa, Ibbas y yo ocupábamos casi totalmente. El britano se acercó a él para explicarle la situación con un breve cuchicheo. Le tendió la tea, y el godo la utilizó para hacer señales a los hombres que aguardaban en el bosquecillo. Protegió la

llama con cuidado con su cuerpo, para que la luz no fuera visible desde la muralla, dejándonos momentáneamente sumidos en la oscuridad. Cuando volvió a introducirse en la estancia, vimos que Issa, silencioso como un espectro, había desaparecido hacia el interior del pasaje que acabábamos de despejar. Ibbas me dirigió una mirada asombrada –no en vano el muchacho tenía que haber pasado justo entre nosotros dos– y se dispuso a seguirlo. Cuando ya su enorme corpachón se perdía en las sombras, me pareció escuchar un leve movimiento en el exterior que me hizo volverme, sobresaltado. Enseguida asomó el rostro de Marco, aún recorrido por negros churretones de hollín. Nos indicó con un gesto que todo iba bien; prendió su propia tea con la que sujetaba Salla y se quedó en la estancia para esperar al goteo de guerreros que poco a poco irían llegando desde la arboleda.

Dirigí una muda plegaria a los dioses que moran en las profundidades antes de introducirme en el hueco –nunca me he sentido demasiado cómodo en los espacios cerrados, y menos bajo el suelo–, seguido de Salla con su tranquilizadora llama. Al menos el túnel se abría bastante, pues por lo que me pareció nos encontrábamos en realidad en alguna especie de cavidad natural del terreno, quizás horadada por el agua mucho tiempo atrás, que se extendía por todo el ancho de la muralla y cuyas paredes parecían razonablemente firmes. Calculé que podría albergar sin problema a una decena de hombres antes de pasar al otro lado, siempre y cuando encontráramos el modo de salir de allí. Por lo que pude ver, la pendiente se elevaba ligeramente hasta donde debía de estar la salida, bloqueada por lo que parecía un montón de basura compactada. Alguien –probablemente Cirilo, en su última incursión–, había apartado ya una gran parte, pero la que quedaba aún mantenía el hueco cerrado. Issa volvió a tomar el hachón de las manos de Salla, y lo acercó hacia una pequeña rendija que hasta entonces me había pasado desapercibida; me admiré de nuevo de las aptitudes como explorador del muchacho: pocas cosas escapaban a su rápida mirada y a su despierta imaginación. La llama temblaba débilmente, agitada por una leve corriente: sin duda, apenas una fina pared de desperdicios nos separaba de nuestro objetivo.

No parecía difícil abrirse paso; la fuerza bruta de Ibbas bastaría para acceder intramuros. Pero difícilmente sería una irrupción sigilosa: entraríamos a la fortaleza con tanta discreción como si estuviéramos golpeando un enorme

tambor. La rapidez sería crucial: salir, orientarnos correctamente para correr hacia la puerta, despejarla, abrirla y protegerla hasta que llegara Akhila al frente de sus hombres. ¿Cómo diablos me había parecido tan sencillo aquella tarde en el campamento? Agarré a Ibbas de la manga de su camisola y le señalé el lugar por el que debíamos salir. El gigantesco godo no debía de tener tantas dudas respecto a nuestra situación, o más probablemente ni siquiera lo habría pensado, porque tan solo me dedicó una fiera mirada de asentimiento. Al momento Marco, Galieno y varios guerreros más llegaron a nuestro lado, llenando casi por completo la estancia. Le indiqué a Salla que pocos más cabrían allí, de manera que el joven fue dando las órdenes para que los hombres situados tras él avisaran a los que aguardaban en el exterior. Al menos me había equivocado en mis primeros cálculos, pues hasta una quincena de hombres –eso sí, muy apretados– nos encontrábamos en la estancia dispuestos a irrumpir donde casi un millar de suevos dormían tranquilos, confiados tras el desenlace de nuestro ataque anterior, y sin barajar, ni en sus más oscuras pesadillas, que el siguiente intento pudiera iniciarse desde el interior.

A una seña de Salla, Ibbas comenzó a empujar con entusiasmo. O bien el gigantesco godo tenía una capacidad de observación superior a lo que yo siempre había pensado –aunque ningún guerrero llega a nuestra edad sin tenerla–, o esa noche los dioses se habían aliado con nosotros y por eso el godo estaba tan despreocupado. Tras arremeter con su hombro como si se lanzara contra el escudo de un enemigo, el godo desapareció, entre una gran nube de polvo, a través del agujero que acababa de abrirse ante nosotros. Lo seguí de un salto, empuñando mi espada. Cuando emergí al otro lado pude comprobar, para mi sorpresa, que no habíamos aparecido al aire libre, en medio del campamento, sino que el pasadizo desembocaba en el interior de una mísera cabaña de madera adosada a la muralla quién sabía hacía cuanto tiempo. Cuando el polvo comenzó a disiparse, me encontré de frente a Ibbas, con la espada roja de sangre. Al ver mi mirada interrogativa, señaló con la punta de su espada hacia los cadáveres de un anciano y un par de niños, mientras se encogía de hombros. Luego señaló hacia el agujero, indicándome por medio de gestos que comunicara a los hombres que fueran saliendo en silencio.

Sin duda la suerte nos había sido favorable. Al menos, habíamos conseguido llegar al otro lado de la muralla. Ahora nos quedaba por delante el arduo reto de abrir las puertas y protegerlas con nuestra vida hasta la llegada de nuestros compañeros, pero disponiendo de la pequeña habitación –que no era segura, ya que no sabíamos cuándo podía entrar alguien– y del pasadizo, al menos treinta hombres nos encontraríamos ya dentro de la fortaleza, con otros tantos guerreros aguardando su turno por fuera de la muralla dispuestos a apoyarnos.

Dentro de la cabaña la tensión era insoportable. Mientras los guerreros de rostro ennegrecido emergían uno a uno como engendros del infierno, Ibbas y yo vigilábamos la puerta esperando que en cualquier momento alguno de los guardias tratara de irrumpir en la vivienda alertado por el ruido del desplome. O incluso que algún otro de los habitantes de la misma pretendiera entrar; esperaba que el anciano no tuviera más familia que los desventurados críos que murieron a su lado.

Mientras, Salla se esforzaba por atisbar a través de los huecos de la desvencijada puerta, tratando de hacerse una idea de lo que nos esperaba al salir. Cuando el espacio estuvo repleto de hombres, susurró las órdenes a Ibbas –que, tal y como le había indicado Akhila, no descuidó su flanco en ningún momento de la noche– y este a su vez me las transmitió a mí, y así sucesivamente. Los primeros veinticinco hombres que en ese momento atestábamos la cabaña y la cavidad bajo la muralla debíamos seguir a Salla hacia la puerta, que quedaba a nuestra derecha. Una vez allí, y hasta que llegara el grueso de nuestra tropa, tan solo nuestra pericia con las armas y nuestra determinación podrían salvarnos de nuestros enemigos. El resto de hombres debía tratar de unirse a la delgada línea que formaríamos bajo la puerta mientras aún se pudiera llegar a nuestra posición, quedando en caso contrario encargados de defender la entrada al pasadizo con los hombres que quedaran. Era un plan sencillo; desesperado, pero sencillo.

Conté cinco rápidos latidos de mi desbocado corazón, y entonces Salla abrió la ligera puerta y se precipitó hacia el campamento. Rápidamente, sin apenas pensar, echamos a correr tras el joven godo. No tuve tiempo siquiera para echar un curioso vistazo a mi alrededor. En apenas veinte zancadas nos encontrábamos en la puerta, y entonces Salla dio un respingo que hizo que nos

parásemos en seco. Al lado contrario de por donde habíamos accedido al campamento, donde no se había derrumbado el lienzo de la muralla, había una recia escalera de piedra que llegaba hasta el adarve. Esto complicaba nuestra situación, pues los hombres que estuvieran de guardia podrían acceder desde ella hasta nuestra delicada posición, lo que nos obligaba a dividirnos para defender esta nueva amenaza, e impedir que los suevos pudieran atacarnos desde sus peldaños o simplemente lanzarse sobre nosotros. Salla me hizo una señal para que permaneciera en la puerta, mientras él subía a toda prisa, seguido por Ibbas. Marco y Galieno llegaron a mi lado con las espadas desenvainadas. Enseguida me afané en la tarea que mejor se me daba: matar. Mis primeras víctimas de la noche fueron un suevo que dormía tranquilamente enrollado en su manta, que murió sin haberse despertado, y su compañero, que, aún somnoliento, miraba alelado cómo Salla corría por la escalera.

Me volví hacia la puerta de la cabaña, por donde seguían saliendo guerreros godos, y pude comprobar que entre nosotros y ellos algunas figuras salían huyendo despavoridas sin dejar de dar voces para alertar al resto del campamento. Muchos gritos fueron ahogados, pero ya habían cumplido su cometido, y algunos hombres a medio vestir comenzaban a salir de las casas. Los defensores se dirigieron en primer lugar hacia la cabaña por donde nuestros hombres continuaban entrando, lo que nos dio un tiempo precioso para tomar posiciones frente a la puerta. Grité el nombre de Galieno, para que me ayudara a desatancar el portalón; varias manos más se unieron a nosotros en la tarea de levantar la enorme tranca de madera que cruzaba ambas hojas. Cuando comenzábamos a vencer su peso, oímos el grave cuerno de Salla resonando en la noche desde lo alto de la muralla; si por un casual quedaba alguien en el campamento que no tuviera noticias de nuestra incursión, el ruido sería suficiente para alertar hasta a los sordos. Pero también comenzaba la cuenta atrás para que el grueso de la tropa se uniera a nosotros. Recé por que Akhila hiciera mover el culo a sus guerreros con la suficiente rapidez. Ansiosos por abrir de una vez el portalón y dejar de dar la espalda a la lucha confiando nuestras vidas a unos pocos compañeros, redoblamos nuestros esfuerzos para liberar las recias hojas del madero que las mantenía unidas. Sudaba copiosamente, y me dolían todos los músculos de la presión que ejercía la cota de malla sobre ellos; en un último esfuerzo, soltamos el enorme

madero a un lado y nos dimos la vuelta preparados a enfrentarnos con todos los suevos que se pusieran por delante. Y eso fue precisamente lo que sucedió.

Por encima de nuestras cabezas resonaban ya los sonidos de la lucha. Salla e Ibbas habían tomado posiciones varios peldaños por debajo de la muralla, protegidos por un recodo de la escalera, y daban buena cuenta de todos aquellos que trataban de bajar hacia nosotros. Mientras escuchábamos los salvajes gritos con los que acompañaban sus acometidas, los pocos hombres que aún trataban de protegernos del avance de los cada vez más numerosos suevos, abandonaron su posición y se unieron a nosotros tratando de formar una línea que ocupara el espacio vacío frente a la puerta abierta. Pude ver que, tal y como Salla pronosticara, la marea creciente de defensores suevos nos había aislado de la cabaña por donde habíamos penetrado, por lo que los guerreros que salieran desde el túnel ya no podrían unirse a nosotros. Algo menos de veinte hombres formábamos el tapón que, entre la puerta y la guarnición, permitiría a Akhila y a sus hombres introducirse en el recinto.

A mi lado se encontraban Galieno y Marco, pero no pude ver a Issa por mucho que estiré el cuello, buscándolo. El muchacho se había quedado para iluminar el camino y transmitir las indicaciones de Salla a los que iban entrando a través de la muralla, por lo que esperaba que todavía permaneciese en el angosto pasadizo y tuviera la oportunidad de escapar hacia el exterior en caso de que las cosas se torcieran aún más.

Decidido a que los primeros ataques no logran desplazarnos hacia el exterior de la muralla, alenté a nuestra formación –de diez hombres de frente y dos de fondo– a dar unos pasos hacia delante para chocar contra los enemigos que venían a la carrera. Con el rabillo del ojo, pude comprobar que Ibbas y Salla protegían la escalera como jabatos, enfrentándose a cuantos enemigos se les venían encima. Los godos estaban en clara inferioridad, pero lo compensaban con la excelente posición que dominaban, cuya estrechez impedía que trataran de atacarles más de dos hombres por vez, y en el uno contra uno ambos se manejaban con gran destreza. Dudaba que los suevos pudieran oponer algún luchador de similar nivel, por lo que su oportunidad pasaba por agotarlos hasta que el cansancio les llevara a cometer algún error fatal en su defensa, para pasar entonces sobre sus cadáveres y terminar su trabajo abalanzándose sobre nosotros y rompiendo nuestra débil formación.

Sacudí la cabeza para apartar tan lúgubres pensamientos y me concentré en lo que se nos venía encima.

Conscientes de que la puerta abierta era sinónimo de muerte para ellos y sus familias, los suevos que vinieron a por nosotros apenas intentaron formar un ataque organizado, sino que se limitaron a lanzarse contra nosotros tratando de romper nuestra delgada línea. Esto por un lado facilitó nuestra tarea, ya que más de uno de nuestros atacantes murió solo entre nuestra compacta formación, pero también estuvieron a punto de conseguir su propósito en más de una ocasión. A mi lado, Galieno trataba de acabar con un suevo concentrado en golpear con rabia el escudo de su compañero de la izquierda, mientras yo intentaba liberar mi acero de las entrañas de otro cuyo propio ímpetu me había ayudado a atravesarlo. Aún luchando por recuperar mi posición, vi con desesperación que un suevo vestido con una larga cota emergía de repente a menos de un paso de mí, con el gesto contraído en una mueca de rabia y su escudo delante del cuerpo. El impacto sobre el desprevenido Galieno fue brutal. En un momento, el joven había desaparecido de mi lado, arrastrando en su caída al hombre que guardaba su espalda. Sacando mi espada de un último tirón, traté de acuchillar al atacante, que aún permanecía en el suelo pero ya trataba de levantarse. En un primer momento, la cota de malla del suevo hizo inútiles mis esfuerzos para acabar con él. Mi espada rebotó en dos ocasiones contra las anillas de su armadura, aunque en el segundo golpe logré al menos que varias saltaran por los aires. El tipo, si no herido, al menos sí dolorido, se puso de rodillas y con un tremendo grito trató de golpearme las piernas con su escudo. Si lo hubiera logrado, probablemente habría desbaratado nuestra ya debilitada formación, que no lograría compensar el hueco dejado por dos hombres. Afortunadamente, el godo al que instantes antes salvara la vida Galieno pudo hincar la punta de su espada en la axila del suevo, que había descuidado su flanco tratando de deshacerse de mí. Ni siquiera tuve tiempo para ver quien había sido mi salvador. Aparté de una patada el cadáver fuera de nuestra formación y me preparé para hacer frente al siguiente. El guerrero que se encontraba tras Galieno se incorporó, tiró del aturdido muchacho hacia detrás y ocupó su lugar a mi lado.

Es curioso cómo varía el discurrir del tiempo en función de la situación. Los minutos de defensa desesperada se prolongaban hasta parecer infinitos; no

era capaz de calcular cuánto tiempo llevábamos luchando, pero pensaba que no debía de faltar ya mucho para que los hombres de Akhila aparecieran a nuestra espalda. Me sorprendió el desesperado sonido del cuerno de Salla, que volvió a resonar en lo alto. ¿Seguiría vacío el horizonte que el joven vislumbraba desde la muralla? ¿Habría abortado Akhila el ataque tras alguna circunstancia de la que no teníamos noticia? No podía creer que hubiéramos llegado tan lejos para morir allí, cuando estábamos a punto de conseguir lo que hacía unos instantes nos parecía imposible. Me concentré de nuevo en hacer frente a la marea humana que trataba de arrollarnos, y mi mente se despejó de cualquier pensamiento que no fuera acabar con el enemigo que tenía frente a mí, y luego con el siguiente. Al menos, cumpliríamos con nuestra parte.

Casi la mitad de los hombres que habían formado nuestra primera fila yacía en el suelo entre otro buen número de suevos, por lo que el guerrero que protegía mi espalda tuvo que ponerse a mi lado para rellenar el hueco dejado por su compañero caído. Aun así, y aunque perdíamos terreno a cada instante que pasaba, uno, dos, tres suevos más murieron por los golpes de mi espada antes de que perdiera mi escudo entre la multitud y a punto estuviera de abandonar también este mundo. Tal y como viera hacer a Gelimer hacía ya tantos años, un descomunal suevo que blandía un enorme hacha de doble filo llegó hasta donde me encontraba dispuesto a acabar conmigo, viendo que detrás de mí el camino hacia la puerta se encontraba expedito. De un certero movimiento descargó su pesada hacha sobre mi defensa de madera. El golpe hizo que todo mi cuerpo temblara, desde el extremo del brazo donde llevaba el escudo, hasta la yema de los dedos con los que sujetaba la espada. Traté de aferrar el broquel pese al dolor que recorría mi brazo, porque sabía qué llegaba después de semejante golpe. Y no se hizo esperar. El fuerte tirón que el tipo dio a su hacha hizo que se rompieran las duras correas de cuero que lo ataban a mi antebrazo, produciendo profundos cortes en mi carne. El dolor hizo que me postrara, y tan solo acerté a elevar mi espada tratando de utilizarla para desviar el golpe que sabía que no tardaría en llegar para partir mi cerviz.

Muchas veces he estado a punto de abandonar este mundo que parece empeñado en que sus propios hijos perezcan antes de tiempo, pero nunca

estuve tan cerca como aquella vez. Tan solo dos latidos después, en los que traté de agarrar mi espada fuertemente sin apenas levantar la vista, un silbido sonó sobre mí, y al momento sentí un peso enorme derrumbarse sobre mí, haciéndome caer. Sorprendido, traté de quitarme de encima el corpachón del suevo, cuando reparé en que una flecha le había atravesado el cuello, y su cálida sangre se derramaba sobre mi sucia cota. Traté de levantarme, aún conmocionado, convencido de que la derrota era inevitable, cuando pude ver que nuestros enemigos no corrían hacia nosotros como habían hecho desde que tomáramos la posición, sino que muchos daban media vuelta y nos daban la espalda para adentrarse en el campamento.

Miré por encima de mi hombro y mi sorpresa fue mayúscula cuando pude ver que tan solo cinco hombres se acercaban a la puerta dispuestos a ayudarnos. Uno de ellos era Issa, que aún portaba en su siniestra el arco con el que acababa de salvarme la vida. Todavía aturdido, terminé de girarme y pude hacerme una mejor idea de la situación: pocos pasos tras ellos, los hombres de Akhila avanzaban a marchas forzadas, con su comandante al frente, subiendo con ímpetu la acusada pendiente que desembocaba en la puerta.

Como me contara más tarde el britano, la lucha por la posesión de la cabaña había sido una causa perdida. Sin espacio donde esgrimir sus armas y superados en número, los hombres que aguardaban su turno en el pasadizo no podían ayudar a sus compañeros. El britano, dispuesto a no morir allí como una rata, decidió desandar el camino y salir al otro lado de la muralla para apoyarnos en la defensa de la puerta; el resto de los hombres bloqueados en el pasadizo le siguieron. A él le debo la vida por ese día, y él a nosotros por mantener nuestra posición en la puerta hasta que su grupo llegó.

Issa me ayudaba a levantarme cuando Akhila y sus hombres penetraron por la puerta aullando como lobos, lobos hambrientos dispuestos a llevar la muerte allí por donde pasaran. Nos hicimos a un lado. Apoyado en el muro, comprobé que Salla e Ibbas mantenían su precaria posición, rodeados de cadáveres de enemigos. Ahora que la explanada bullía repleta de guerreros godos, la presión había disminuido notablemente; una vez perdida la puerta, los suevos ya no tenían prisa alguna por bajar.

Recogí el escudo de uno de los caídos que parecía entero y busqué con la mirada a mis muchachos entre la multitud. Enseguida vi a Galieno entre la

marea de guerreros de Akhila, a los que acababa de unirse. Grité su nombre y él se giró, sorprendido. Un gesto de alivio se dibujó en su semblante al reconocernos, y tras agarrar al guerrero que iba delante suyo, ambos corrieron hasta donde nos encontrábamos. Me costó un momento comprender que su compañero era Marco, que debía de haber abandonado su casco por otro que estuviera en mejores condiciones. Si no estaba desencaminado, me recordaba a aquellos que solían llevar los regulares romanos que en alguna ocasión había visto a lo largo de mis largos años en *Hispania*, aquellos que periódicamente habían sido enviados a esta tierra, como las tropas de Astirius hacía tantos años en los montes *Ervasios*.

–Bonito casco –le grité para hacerme oír entre el alboroto a modo de saludo–. Así sí que pareces un auténtico romano.

Él, orgulloso, me respondió sin quitarse el yelmo.

–Se lo he arrebatado a uno de los suevos; creo que es justo que vuelva a manos de Roma.

Sin tiempo para mayores coloquios, les señalé lo que sucedía sobre nosotros y corrimos escalera arriba, hacia donde nuestros amigos se mantenían vigilantes. Los últimos defensores, conscientes de que la puerta se había perdido irremediablemente y los guerreros godos campaban a sus anchas entre sus cabañas y sus familias, se dieron la vuelta y corrieron por la muralla perdiéndose en la noche. Una noche cuya oscuridad comenzaba a difuminarse entre los resplandores anaranjados de las llamas que empezaban a propagarse allí por donde los godos sedientos de venganza pasaban con sus armas.

–Al fin habéis llegado. ¿Queríais que acabáramos nosotros con todos esos cabrones? –nos gritó Ibbas a modo de saludo.

–Estábamos haciendo tiempo a ver si te mataban, godo bocazas –le respondí.

Salla evitó reñirnos como a los niños chicos que en el fondo éramos, y se limitó a espetarnos:

–Esto aún no ha acabado. Vayamos por la muralla; avanzaremos más rápido que por las calles.

Corrimos como pudimos sobre la muralla, despachando a los pocos enemigos que trataban de hacernos frente, o más bien a aquellos desgraciados que, tratando de huir, se cruzaban en nuestro camino. A nuestros pies, lo que

unas horas antes había sido calma y tranquilidad, ahora era un auténtico caos. Los hombres de Akhila se limitaban a acabar con todo lo que encontraban a su paso, y solo avanzaban una vez que el crepitar de las llamas se convertía en el único sonido a sus espaldas. Pequeños grupos aislados de guerreros suevos trataban desesperadamente de contener a los vociferantes godos, pero eran incapaces de hacer frente a la ira desatada de los atacantes, que llevaban semanas esperando ese momento. Allá por donde pasábamos, nos acompañaban los gritos de las mujeres y los llantos de los niños mezclados con las voces de los guerreros. Voraces lenguas de fuego se propagaban por los tejados de las rudimentarias cabañas de madera convirtiendo la escena en un salvaje infierno. Las mujeres aullaban desconsoladas mientras sus hombres eran pasados a cuchillo, y sus hijos corrían entre el fuego tratando de huir de sus enemigos, mientras muchas de ellas intentaban detener a los guerreros con sus manos desnudas o armadas con inútiles cuchillos de cocina, luchando por dar a sus pequeños unos instantes preciosos para escapar de la masacre. Esa noche los godos no tuvieron piedad. Si sus víctimas, en lugar de otros invasores, hubieran sido romanos, ríos de tinta se habrían escrito sobre esa noche. Pero no era el caso.

Ahogué los recuerdos sobre el exterminio de mi pueblo que trataban de aflorar en mi mente; más me valía evitar detenerme en ellos si quería seguir adelante con aquello. A mi lado, Issa apretaba los dientes, apabullado por el infierno desatado a su alrededor. Tironeé de su brazo para obligarlo a mirar hacia delante, y continuamos hasta que Salla se detuvo. Debajo de nosotros podíamos ver una gran casa de madera edificada sobre la antigua base de piedra. Por su tamaño y situación, debía pertenecer al jefe del lugar. Rerico. Estaba impaciente por comprobar si se trataba realmente de aquel sobre el que juré vengarme.

–Oh, dioses, brindadme la ocasión de ofrecer su sangre a mi espada – repetía por lo bajo una y otra vez, mientras en mi mente los gritos a mi alrededor parecían transformarse en ecos lejanos.

Bajamos por la escalera más cercana. Algunos suevos todavía trataban de defender la zona de la vanguardia de las tropas de Akhila, aunque la mayoría corrían cargados con lo poco que hubieran podido recuperar, buscando alcanzar una salida. Por su parte, el grueso de las tropas godas continuaba

matando y saqueando a placer en las calles y casas colindantes, mientras algunos grupos se alejaban de sus compañeros en busca de otros lugares aún por esquilmar. Unos pocos comenzaban a recorrer los alrededores de la casa que suponíamos pertenecía a Rerico. Arrojabán teas encendidas a los tejados, y aguardaban a que la intensa humareda y el calor abrasador hicieran salir a sus habitantes. Cuando aún no habíamos llegado al final de la escalera, la puerta de una de las cabañas cercanas se abrió violentamente. Entre el humo salió una mujer joven, cubierta de hollín, tosiendo violentamente, que quedó postrada de hinojos en la tierra. Cargaba en sus brazos con dos fardos lloriqueantes que debían de ser sus hijos, apenas dos bebés. A mi lado Issa frenó sus pasos, con los ojos llenos de horrorizada piedad, y temí por un momento que corriera a auxiliarla. Pero uno de los guerreros que pululaban por la zona se adelantó, abalanzándose sobre la mujer. Apartó de un brusco manotazo a los ruidosos críos, que continuaron sus llantos sobre el suelo, y rasgó violentamente su vestido, dejándola desnuda ante la vacilante luz del fuego. Cuando aún pugnaba con sus calzones para desabrocharlos, fue Salla el que se acercó a él. Los guerreros de los alrededores comenzaron a vitorearlo, celebrando la victoria que les había proporcionado esa noche. Para su sorpresa, el joven se interpuso entre la mujer y el hombre que trataba de forzarla. Me llevé las manos a la cabeza; por mucho que contara con el respeto de sus hombres, aquello podía ser como tratar de quitarle un hueso a perro hambriento. Su voz se alzó por encima de los sonidos del saqueo.

—¿Qué sois? —gritó—. ¿Sois guerreros?

Los hombres lo miraron sin saber bien qué responder. El que tenía enfrente, aún aferrando sus calzones a medio bajar, probó suerte.

—¿Sí... señor?

Salla enarcó las cejas con gesto severo. Aunque el guerrero al que interpelaba casi le doblaba en edad, su expresión era la de un chiquillo que no sabe si se ha ganado una reprimenda. El joven señaló hacia nosotros, que aguardábamos nerviosos, espada en mano.

—Ellos son guerreros. Y, como tales, buscan a otros guerreros con los que cruzar sus espadas. Pero tú... tú eres un vulgar saqueador, que te cebas con los más débiles mientras tus hermanos de armas todavía siguen luchando contra los hombres que quedan en pie.

Habló con desprecio. El hombre agachó la cabeza con expresión contrita, mientras sus compañeros trataban de pasar desapercibidos.

–Bien. Seguidnos, y demostrad que sois guerreros.

El hombre asintió, agradecido, compuso sus ropas y se dispuso a acompañarnos, junto con sus compañeros. Observé a Salla con sentimientos encontrados; por un lado, me maravillaba que la arrolladora personalidad del muchacho hubiera sido capaz de convertir a los perros en corderos con unas pocas palabras. Por otro, pensaba que se estaba comportando como un auténtico cabeza de chorlito, defendiendo a una simple mujer en medio de todo aquel caos. Lo más probable era que ella ni siquiera fuese capaz de llegar muy lejos antes de volver a encontrarse en problemas. Quizás Salla realmente quisiera mantener la disciplina de los hombres hasta que el trabajo hubiera finalizado; o puede que, en medio de aquella violencia, necesitara creer que él era mejor que el resto de su tropa. Quién sabía lo que rondaba por la cabeza de los jóvenes. Aún no lo sabía, pero con el tiempo yo mismo sería capaz de recordarlo.

La pobre mujer aún gemía desconsoladamente, incapaz de darse cuenta de lo que estaba sucediendo. Para ella todo eran gritos y confusión, guerreros hablando con guerreros, lobos aullando ante lobos, y ella era la carne por la que pugnaban. Cuando el tipo se incorporó y acudió al lado de sus compañeros, Salla, que debía de haberse dado cuenta tan bien como yo de la expresión de Issa unos momentos antes, le hizo una seña al britano para que se acercara. Ante la sorpresa de la mujer, que continuaba postrada esperando su final, el chico se quitó su capote para cubrirla antes de ayudarla a levantarse del suelo. Recogió con dulzura a ambos pequeños y se los tendió a su madre; luego señaló elocuentemente la cercana puerta por la que algunos de sus compatriotas huían en busca de la noche. La mujer siguió sus indicaciones lo más rápido que pudo. Nunca sabríamos cuál fue su destino, pero al menos tendría una oportunidad.

–Te debo una buena capa, Issa; recuérdamelo mañana –dijo Salla al britano.

Continuamos hacia la gran casa de madera, seguidos por los guerreros a los que Salla acababa de reprender. Durante un momento, casi me había olvidado de Rerico, pero su imagen difusa volvió a golpearme con fuerza.

Ante su puerta, un grupo de nerviosos suevos debían de estar esperando a que su señor terminara de recoger las pertenencias que fuera capaz de cargar antes de abandonar el campamento, confiados en que las tropas de Akhila tardarían aún unos instantes en llegar hasta allí. Cuando cayeron en la cuenta de que los hombres que corrían hacia donde ellos se encontraban no eran compañeros suyos, sino el primer grupo de godos organizados con el que se encontraban, los más cobardes –o los más listos, según se mire– huyeron del edificio dejando a sus compañeros perplejos y solos ante nuestro empuje. Pese a que el pequeño grupo que defendía la puerta trató de oponer un frente firme, embestimos a la carrera, confiados en romper su inestable formación. A mi lado Ibbas destrozó el escudo de uno de ellos de un salvaje mandoble, y enseguida Marco aprovechó la ventaja para entrar con su espada a fondo, hincándola en el cuello del defensor.

Yo empujé al que tenía frente a mí con mi nuevo escudo y pude hacer que retrocediera hasta quedar por detrás de sus compañeros. Tras de mí, el tipo al que Salla acababa de abroncar penetró, y de un certero golpe cercenó el brazo del escudo del que se encontraba a mi izquierda. A partir de ahí, ya rota su frágil formación, los escasos hombres que no habían muerto hasta ese momento trataron de huir hacia la calle; nosotros en cambio luchábamos por mantenerlos dentro y acabar allí con ellos. Un suevo desesperado trató de tirarse a nuestros pies convencido de pasar entre nosotros y salvar la vida, pero cuando estaba en el suelo, Ibbas, casi sin mirar hacia donde se encontraba, clavó su larga espada atravesando al infeliz como a un pollo en un espetón.

Nos adentramos en la casa, que sin duda presentaba mejor aspecto desde fuera que en el interior: pese a sus considerables dimensiones, parecía más un establo que un hogar. Estaba formada por una única estancia, con suelo de tierra y paja apisonada, donde se acurrucaban lo que suponía serían esclavos; mujeres en su mayoría. Dos guerreros trataban de mantenerlos callados mientras en el otro extremo de la estancia varios hombres se afanaban por meter dentro de unos viejos arcones todas las pertenencias que encontraban, hasta que nuestra irrupción los sobresaltó. Con la calma de saber que el número nos acompañaba, Salla contuvo a sus hombres antes de encaminarse hacia el enemigo. Indicó a dos de los guerreros que nos acababan de

acompañar que tomaran posiciones en la puerta e impidieran que nuestras descontroladas tropas trataran de incendiar el edificio mientras estábamos dentro. Marco e Issa fueron a por los que custodiaban a las mujeres. El resto nos desplegamos y nos acercamos lentamente hacia la lumbre donde se agrupaban los suevos.

–¡Rerico! –grité para comprobar si se trataba del mismo tipo al que yo recordaba–. Puto bastardo, ¡hoy me llevaré tu alma!

El respingo que dio el que se encontraba más cerca del fuego me convenció de que ese debía de ser el cabecilla. En la penumbra de la habitación, me pareció mayor, o más bien avejentado. Su cabello estaba entreverado de hebras grises, y las profundas arrugas de su frente, unidas al surco de su cicatriz, le daban un aspecto extraño, de pellejo reseco. Pero, aunque los años habían dejado severas huellas en él, no tuve ninguna duda de que se trataba del mismo que tiempo atrás había colaborado en volver mi cautiverio un infierno. Sin pensármelo dos veces y sin esperar ninguna orden de Salla, emití un rugido y corrí a por él, para asombro hasta de mis propios compañeros.

El individuo me miraba con ojos desorbitados. No esperaba nuestra irrupción, y mucho menos que alguno de nosotros lo conociera por su nombre. Dudo que pensara que pudiéramos conocerlo debido a la fama de sus hazañas lo precediera, sino, más bien, que teníamos alguna cuenta pendiente con él; y así era. Dudaba que él fuera capaz de recordar mi rostro, apenas uno entre tantos de aquellos hombres que habíamos formado la patética columna que dieciocho años atrás, después de la dolorosa derrota que el rey suevo Rechila infligiera a las tropas de Andevotus, había recorrido *Hispania* desde *Hispalis* a *Lusitania*, tratados peor que animales, hasta que consiguieron sacar algunas monedas por nosotros. Aunque el verdadero objeto de mi odio fuera el jefezuelo de la columna –dudaba que aún siguiera vivo, pero habría dado mucho por tener la ocasión de tenerlo frente a mí como ahora tenía a su esbirro–, la muerte de Rerico representaría un excelente bálsamo para mi alma. Pero todas mis reflexiones podían esperar, pues primero tenía que ponerlo a mis pies. Con los nombres de Lucio y Ruric, mis compañeros de cautiverio, resonando en mi mente, me lancé hacia él. El tipo de su derecha trató de interponerse, por lo que tuve que arremeter contra él antes de poder

acercarme a mi presa. Tras de mí ya se oía el entrechocar de las espadas mientras Marco e Issa se ocupaban de acabar con los guerreros que custodiaban a los esclavos. Decidido a terminar pronto con aquello, descargué golpe tras golpe sobre el suevo que había interrumpido mi avance, que aguantaba como podía. Aún no había logrado deshacerme de él cuando Salla y los demás nos alcanzaron. Otros dos hombres protegían a Rerico; suponiendo que poco podrían hacer contra los avezados godos, temí por un momento que estos acabaran con mi presa antes de que yo mismo tuviera ocasión.

—¡Es mío! ¿Me oís? ¡Lo quiero vivo! —chillaba sin cesar, tratando de hacerme oír por encima del escándalo reinante en la estancia.

La prisa me hizo abandonar cualquier miramiento. Con un rápido movimiento, me agaché levemente y le propiné una dura patada en la rodilla a mi oponente que le hizo trastabillar. Aproveché el momento para hacerlo caer al suelo, y sin darle tiempo a alzar su escudo, aferré mi espada con ambas manos y me dejé caer con todo mi peso sobre él, atravesando su coraza con facilidad, reproduciendo el rito con el que mi pueblo saludaba la batalla, con la salvedad de que entonces, entre mi espada y la bendita tierra, se encontraba ensartado mi enemigo. Me pareció un sacrificio adecuado. Me incorporé, y con gran esfuerzo arranqué mi espada de su cadáver.

La calma comenzaba a extenderse por la estancia. Donde Marco y sus compañeros lucharan, solo quedaban cadáveres a sus pies, y los muchachos trataban ahora de tranquilizar a los esclavos de la casa. Estos, conscientes de la situación, comenzaban a animarse a lanzar tímidos vítores. También fui consciente de las miradas asesinas que dirigían hacia donde se encontraba Rerico. Este era el único de sus hombres que permanecía en pie; el resto yacía ya en el suelo. Acorralado y desarmado, el suevo se encontraba pegado a una de las paredes de piedra mientras tanto Ibbas como Salla lo apuntaban con sus espadas.

—No te entretengas mucho con él —me dijo Ibbas, haciéndose a un lado—. Todavía quedan muchos más ahí afuera.

—Supongo que no me recuerdas, sucio bastardo —le espeté, acercándome con mirada torva y la espada en la mano. Su expresión algo perpleja me lo confirmó. Por lo que nos había dicho Cirilo, el suevo no había hecho muchos amigos desde que nos separásemos en *Conimbriga*, y el listado de cuentas

pendientes debía de ser extenso. Poco a poco se sobrepuso y pudo recuperar parte de su arrogancia.

–Sorpréndeme. ¿Acaso me follé a tu mujer? Tu cara poco me dice, pero si me la describes, a lo mejor consigo acordarme de ella.

Meneé la cabeza, sonriendo ante su pose altanera.

–Tranquilo. Esto nada tiene que ver con la vez en que conseguiste que se te levantara.

Rerico tragó saliva, sin decidirse a probar una nueva bravata.

–Quizás debería dejar que aquellos de allí también tuvieran una conversación contigo –valoré, pensativo, en voz suficientemente alta para que los esclavos me escucharan. Mi sugerencia provocó un instante de revuelo; los muchachos los contuvieron a duras penas. Rerico los escrutaba con los ojos desorbitados. Decididamente, no le quedaban amigos en aquella habitación.

–Vaya, por lo que veo me parece que estarían encantados de poder charlar largamente contigo. Muy largamente, de manera que mueras desangrado como un cerdo tras pasar horas de sufrimiento. –El tipo cerró la boca y se esforzó en mantenerse impertérrito, aunque sus ojos me revelaron que mis amenazas no debían de andar muy alejadas de lo que podrían llegar a hacerle aquellos pobres desgraciados.

–Rerico... tú no me recuerdas, pero yo a ti sí. Hace ya muchos años acompañaste a la escoria de Rechila a la *Baetica*.

–Allí matamos a muchos cobardes como tú, perro godo. –El cabrón tenía agallas, pero su memoria no parecía muy buena.

Pinché su cuello con mi espada, y un débil reguero de su sangre se entremezcló con la que ya manchaba la hoja.

–No deberías insultar así a nuestros amigos –le reconvine, señalando la imponente figura de Ibbas, que ratificó mis palabras componiendo una expresión ofendida–. Veo que aún no sabes de qué te hablo. Yo no soy godo, soy alano, y dudo que tú mataras ninguno en la batalla del *Singilis*. Aunque sí, junto a los hispanorromanos había algunos godos, y también vándalos.

Rerico asintió despacio.

–Sacamos un buen botín de aquella batalla.

–Cuando volvíais hacia el norte, acompañaste a uno de los jefezuelos a vender a algunos de los guerreros capturados como esclavos en *Lusitania*, en

Conimbriga.

–¿Tú estabas en la columna? ¿Estabas en la carreta? –preguntó intrigado. Antes de que pudiera hablar él mismo respondió, con los ojos muy abiertos–. Sí... eras uno de ellos. Tenías una fea herida en la pierna... pensé que no sacaríamos mucho por ti, pero al final nos pagaron una buena suma.

Asentí con un gesto.

–Tú me empujaste con tu lanza hacia el hombre que me compró, y frente a ti juré venganza ante mis dioses –sonreí–. Sé que un hijo de perra como tú habrá hecho cosas mucho peores en su vida, pero ese pequeño gesto va a hacer que mueras hoy. Porque ahora yo estoy en pie, y tengo mi espada... y muy buena memoria –hice una pausa–. Pero para completar mi venganza debo acabar también con el que era tu jefe. Así que si me respondes a unas cuantas preguntas, puede que te permita morir rápido y en pie. Si no, me sentaré tranquilamente a mirar cómo se las gastan ellos. –Volví a señalar a los esclavos, que siseaban como serpientes desde el fondo de la estancia.

Rerico sostuvo mi mirada un rato y finalmente decidió colaborar.

–Pregunta lo que quieras.

–¿Qué fue del jefe de tu grupo? ¿Dónde puedo encontrarlo?

–Creo que te refieres a Hildimiro. De baja estatura, algo sobrado de peso. Cojea levemente.

–Por ahora vas bien.

–Según regresamos a *Gallaecia* volví a reunirme con mi familia. Hace mucho tiempo que no veo a Hildimiro. Lo último que sé es que hace unos pocos años se había asentado en *Emerita* y allí vivía con solvencia gracias a los fondos obtenidos durante los saqueos de toda su vida.

–¿Y el resto de los esclavos? ¿Sabes qué pasó con ellos?

–No lo sé, nosotros abandonamos la columna e hicimos el reparto del botín en *Conimbriga*. Supongo que cada uno de los jefes vendió su mercancía al mejor postor.

–Mercancía –sonreí–. Bien, te has ganado una muerte rápida.

Rerico me miró esperanzado

–¿Dispondrás que entierren mi cuerpo?

–No seas imbécil. Solo puedo decirte que no dejaré tu cuerpo putrefacto a merced de los cerdos, como pensaba hacer. Pero tu cabeza ya me la han

reclamado.

Dejé de dar vueltas a su alrededor y sin que me temblara el pulso, de un fuerte tajo de mi espada lo degollé manchando con su sangre a Ibbas, que se encontraba a su lado, que protestó airado. Los esclavos aullaron, molestos por el rápido final de su odiado amo, hasta que Ibbas los mandó a callar con voz potente. Me acerqué a donde Rerico había caído y terminé de separar la cabeza de su cuerpo. Cuando finalicé tan macabro trabajo me volví hacia donde aguardaban los esclavos.

–¿Quién es la esposa de Cirilo? –pregunté, pero nadie contestó–. Traigo un mensaje de Cirilo, ¿quién es su esposa? –repetí–. ¿Acaso ha muerto? Decidme, ¿qué noticias debo hacer llegar a su marido?

Poco a poco una mujer que se encontraba al final del grupo se fue acercando hacia las primeras filas, sin levantar la mirada del suelo. Cuando llegó frente a mí habló con voz baja y triste.

–Yo *era* la mujer de Cirilo.

–Entonces no debes de ser la que estoy buscando, porque Cirilo me encomendó que buscara a su mujer.

–Era su mujer hasta que este animal me trajo aquí con sus hombres... –no continuó con la frase, pero pude ver cómo se erizaba el vello de sus pálidos brazos.

Cogí la cabeza de Rerico y la tiré a sus pies. Rodó hasta quedar frente a ella con el rostro hacia arriba. Sus ojos vacíos parecían mirar a la desdichada mujer.

–Esto es un regalo de mi parte para Cirilo. Pero el trato era la cabeza de Rerico y a su mujer de vuelta. Así que tú me dirás qué debo decirle.

Por fin levantó la cabeza y pude ver a la que debió de haber sido una bonita muchacha. No creo que tuviera siquiera treinta años, mucho más joven que el hispano, pero las arrugas se marcaban profundamente en su rostro.

–Yo soy la que buscas. Le llevaré la cabeza, o te acompañaré si deseas entregársela tú mismo.

Asentí antes de dirigirme al grupo.

–Permaneced aquí; ahora mismo las calles no son seguras para nadie, y menos sin un arma en la mano. Mañana cada uno podrá volver a su tierra, pero ahora es mejor mantenerse a resguardo –miré de nuevo a la mujer–. Vendré a

buscarte. Le debemos mucho a tu esposo. Y también tenemos una deuda con Claudio; tendremos que buscar algo con lo que pagarle una de sus vacas – intenté rebajar la tensión del momento.

–¿El viejo Claudio es ahora rico? –preguntó ella sorprendida.

–¿Por qué lo dices? – pregunté, aunque imaginaba a qué se refería.

–Nunca ha tenido más de una vaca.

–Pues con más razón debemos compensarle.

En ese instante oí cómo nuestros hombres se ponían en movimiento. Salla puso su mano sobre mi hombro.

–Debemos continuar, Attax.

Asentí y me di la vuelta.

Al salir, los hombres que habíamos dejado de guardia se hicieron a un lado y cuando se disponían a seguirnos Salla les indicó que debían proteger el edificio e impedir que fuera saqueado o incendiado. Los guerreros parecieron decepcionados por no poder unirse a sus compañeros en el saqueo del campamento, pero aceptaron las órdenes con resignación.

Allí, al aire libre, la situación parecía haberse normalizado. Después de un primer instante en que los godos se habían desperdigado por el campamento como si se hubiera roto una presa, ahora se veían grupos organizados recorriendo los alrededores con las espadas en las manos. Akhila había sujetado a sus lobos con mano firme y se acercaba por la vía principal al frente de un buen grupo de hombres. Se desgañitaba impartiendo órdenes en todas direcciones. Cuando nos vio nos señaló mientras rugía.

–Ibbas, por los clavos de Cristo, ¿pero qué demonios haces ahí! Ayúdame a reunir a los hombres para acabar con los últimos guerreros. No quiero que escape ni uno. Dejad al resto en paz, no hemos venido a por ellos.

Varios de los hombres que seguían a Akhila corrieron hasta situarse al lado de Ibbas, que tras alejarse de nosotros comenzó a proferir insultos para que los guerreros lo siguieran hacia la puerta sur, donde se había congregado la última resistencia organizada de los suevos.

Akhila llegó a nuestro lado y tras impartir unas breves órdenes a algunos de los hombres que se encontraban a su espalda, estos se perdieron por entre las casas en dirección a la muralla, por donde nosotros habíamos llegado hasta allí.

–Buen trabajo, hijo –Akhila, sudoroso, se quitó el magnífico casco que luciera el mismo día en que lo conocí. Atusándose el largo y apelmazado cabello señaló hacia la gran casa antes de preguntar–: ¿Es esa la casa del cabecilla?

El muchacho asintió antes de responder.

–Ya hemos acabado con él. Era un viejo amigo de Attax –me miró y yo sonreí estúpidamente–. Sus pertenencias y sus esclavos están dentro; por eso hay hombres guardándola.

–Bien hecho. Un jefe siempre ha de pensar más y más rápido que sus hombres, Salla. Ahora proseguiremos buscando guerreros. Ignorad al resto si no se interponen en vuestro camino. Lo que nos interesa es que la fortificación deje de suponer una amenaza.

Al fin el campamento había caído. Los suevos que trataban de mantener abierta la vía de escape a través de la puerta sur no podrían oponer demasiada resistencia al grupo comandado por Ibbas; a medida que avanzaba hacia allí, cada vez se unían más hombres a él, en respuesta a sus acalorados gritos. Desde la distancia me pareció ver cómo el grupo de defensores empequeñecía a medida que se acercaban a ellos.

Akhila no paraba de chillar; los hombres, ebrios de victoria y violencia, respondían a la llamada de su jefe. En un momento, casi un centenar de hombres aguardaba frente a la gran casa las órdenes de su líder. Cuando este vio que la situación estaba bajo control y que en la puerta sur los hombres de Ibbas parecían tomar ventaja clara sobre sus oponentes, comenzó a dividir a los guerreros en pequeñas bandas con órdenes estrictas de buscar en distintas zonas del campamento cualquier posible resistencia armada en el interior de las murallas. Sus órdenes dejaban bien claro que la fortaleza debía estar vacía de guerreros enemigos antes de que asomaran las primeras luces del alba.

–Sunierico –exclamé al oído de Salla. Éste se dio la vuelta y tras un breve momento de vacilación, enseguida recordó a qué me refería. Era el nombre del guerrero que había sacrificado su vida por la mía en la muralla durante el fallido ataque, y cuyo cadáver pendía de un madero frente a nuestro campamento. Asintió con la cabeza e interrumpió a su padre

–Señor, nosotros nos ocuparemos de la muralla este.

–Bien, Salla. Coge veinte hombres y limpia la zona de enemigos.

Rápidamente el joven comenzó a correr hacia donde se proyectaba el oscuro contorno de la muralla, gritando el nombre de algunos de sus hombres a medida que pasaba por entre la tropa. Cuando ya habíamos salido del claro frente a la puerta, casi una veintena lo seguíamos. El camino hacia la muralla transcurrió sin apenas problemas. Algún guerrero godo aún deambulaba en solitario por las cabañas, pero a una firme voz de Salla se unían a nuestra partida, que iba aumentando con los rezagados que íbamos encontrando. Los godos registraban la zona con eficacia; durante el camino Salla fue destacando algunos grupos para acabar con los suevos que, escondidos, habían esperado que los atacantes pasaran de largo para tratar de huir más tarde. Pero Akhila era extremadamente metódico y eficaz cuando se trataba de cumplir las órdenes de su rey, y su hijo un digno heredero de las ideas del comandante, por lo que pocas oportunidades tuvieron.

Recorrimos la muralla buscando una escalera por la que subir al parapeto, hasta que dimos con una estructura similar a la que hacía tan solo unas horas habían defendido Salla e Ibbas contra un buen número de suevos. Ascendimos rápidamente y desde lo alto pudimos hacernos una idea de la situación. Por doquier se veían hileras de guerreros godos recorriendo las calles para dar con sus enemigos, y en algún punto parecían verse conatos de lucha donde pequeños grupos de suevos trataban de defenderse. También se podían observar civiles –ancianos, mujeres, niños– intentando escapar del escenario de la batalla. Los godos, atendiendo a las órdenes de Akhila, poco caso les hacían. Un buen número de ellos logró traspasar la puerta sur antes de que la resistencia agrupada en la misma fuese vencida por los hombres de Ibbas. En ese momento, se podía decir que la suerte de los suevos que continuaban en el campamento estaba echada.

Por el camino de ronda de la muralla, tan maltrecho como el que habíamos recorrido en el lado opuesto, no se veía a ningún ser humano; tan solo algún gato vino a perturbar nuestros pasos. Pronto llegamos hasta donde colgaba el torturado cuerpo de Sunierico. Su carne estaba hecha jirones por los picotazos de los cuervos, y empezaba a desprenderse de sus huesos. No era una visión agradable, pero lo bajamos con respetuoso cuidado. Al menos había cumplido mi promesa de bajar su cadáver de allí, en honor a la memoria del guerrero que ese día me salvara la vida, y como recompensa tendría un cuerpo más para

enterrar. Pensé que ese trabajo entre los cristianos debía de dar buenos réditos, pues siempre hay alguien que devolver a la tierra; quizás fuera una opción si en algún otro momento tuviéramos que ganarnos la vida como honrados ciudadanos, otra vez.

Pedí a Salla que me dejara estar un momento allí arriba con la excusa de orar a mis dioses, y el godo se despidió con la orden de vernos lo antes posible en la casa de Rerico, a donde se dirigía a informar a su padre de todo lo acontecido.

Me senté allí mismo, sobre una de las piedras de la muralla que hacía días a punto había estado de convertirse en mi tumba, y me puse a contemplar la estampa que configuraba el llameante campamento.

–¿Siempre es así, Attax? –me preguntó Marco, asqueado.

–No, Marco. Muchas veces es aún peor. Hoy le debemos a Akhila y a Salla el que sus tropas se hayan contenido.

–¿Esto es contenerse? –preguntó indignado Issa.

–Vivimos en una época muy dura, muchachos –traté de armarme de paciencia para explicar a los jóvenes algo para lo que tampoco yo era capaz de encontrar una explicación racional, sino tan solo aceptarlo como había tenido que hacer toda mi vida–. Los godos no son conocidos por su clemencia, mi pueblo puede dar buena fe de ello. Recuerda lo que pasó en la finca, Galieno; y tú, Marco. Y esos fueron suevos. Y recuerda lo que pasó allá en tu lejana tierra, Issa, con esos lobos de mar de los que nos has hablado. El mundo es así y ninguno de nosotros lo podrá cambiar. Ni siquiera Salla –sonreí pensando en el joven godo–. Yo también recuerdo lo que los hombres de Walia hicieron a mi pueblo, y no creáis que me exculpo a mí mismo o a los míos. Yo participé en el saqueo de *Hispalis*, y creedme si os digo que fue un baño de sangre. Y tampoco penséis que Roma es proclive a la piedad, porque os puedo asegurar que no es así.

–Pero aquí han muerto mujeres, niños, ancianos... –insistió Marco. Un escalofrío recorrió el cuerpo del joven recordando su infancia.

–Ellos lo hicieron en tu casa, Marco –me encogí de hombros y traté de ordenar mis pensamientos antes de continuar–. Bien, esto va por los tres: preocupaos por sobrevivir y nunca traicionéis a aquellos que os aman. Esa es la única verdad que encontraréis en este mundo, más allá de los pueblos y a

veces incluso más allá de la sangre. De resto... que cada uno se ocupe de sí mismo, que bastante tendréis vosotros con lo vuestro.

Me puse en pie y estiré mis cansados músculos.

–Arriba, muchachos; no hagamos esperar a nuestro amigo godo, que todavía tenemos un encargo que cumplir con la gente de Cirilo.

CAPÍTULO V

Al llegar frente a la que fuera la cabaña de Rerico encontramos a Akhila y Salla aún ocupados en organizar a los hombres. Filas de guerreros salían de las calles adyacentes cargados con todo aquello que los suevos no habían tenido tiempo de enterrar o de llevarse en su desesperada huida. No era mucho, por lo que podíamos ver sobre sus espaldas, pero también nosotros éramos pocos hombres para repartir el botín obtenido de más de un millar de almas.

–No debe quedar nada de valor en el campamento –repetía Akhila con voz grave–. Cuando acabéis echaré un vistazo, y como encuentre una sola silicua, haré azotar a la cuadrilla encargada de la zona. ¡Aprisa!

Al momento llegó Ibbas desde la puerta sur.

–No queda ningún suevo en armas dentro de los muros, señor.

–Buen trabajo, Ibbas, como siempre. Lo siguiente será derrumbar las zonas de la muralla reconstruidas por los suevos. No te preocupes por los muros originales, no tenemos tiempo, pero ocúpate de que los tramos levantados con escombros queden destruidos. Coge a los hombres que necesites y descansad un par de horas; después, no paréis hasta haber terminado el trabajo.

Todavía no se había retirado Ibbas, cuando Akhila ya gritaba el nombre de su hijo.

–¡Salla! Organiza la vigilancia del campamento y procura después un entierro digno a nuestros hombres. Partiremos de este infecto lugar en cuanto sea posible. Ya estamos muy entrados en noviembre y temo que *Braccara* ya haya caído; esto nos ha llevado más tiempo del deseable.

–¿Qué hacemos con los cuerpos de los suevos, señor?

–Que ardan cuando nos vayamos. Ahora vete y descansa un poco, después cumple mis órdenes.

Cuando reparó en nuestra presencia también tuvo palabras para Marco.

–¡Hispano! ven aquí. Coge lo que consideres necesario y saca de aquí a todos los esclavos que hayamos encontrado. No los quiero aquí cuando amanezca; es mejor trabajar sin problemas, ya me entiendes. Coge unos

cuantos hombres y caballos y acompañadlos hasta donde creáis prudente. Si tenéis que ir a dar las gracias al aldeano que nos dio la victoria me parece justo, pero no tardéis. Decidle que ya no tendrán que preocuparse por abastecernos, pero si ofrece enviarnos algo de cerveza para el camino, no le digáis que no –sonrió un instante–. En dos días, con las primeras luces, abandonaremos el campamento rumbo a *Braccara*. Partiremos por donde mismo llegamos; alcanzadnos en el camino.

Miré a Marco cuando volvía a mi lado y asentí en silencio, satisfecho con las órdenes de nuestro comandante. No habíamos comenzado a desfilar hacia donde nos esperaban los esclavos cuando volvimos a oír la potente voz de Akhila:

–¡Egica, maldito matasanos! ¿Dónde demonios te has metido? Necesito que atiendas a los heridos en la casa principal. ¡Egica!

Tras hacer una seña a Marco me introduje en el gran salón, consciente de que me olvidaba de algo. Allí estaba, en el suelo sobre la fría paja, la cabeza de Rerico. Alguien había debido de darle una patada, porque no se encontraba donde la había visto por última vez. La cogí con una mano por sus hediondos cabellos y salí del edificio, donde me esperaba Marco impaciente.

–Había oído que la Medusa era fea, Attax, pero nunca pensé que tanto –me dijo con una media sonrisa cuando me vio en el dintel de la puerta.

Maldito romano y sus acertijos; quién sabría de qué demonios hablaba. Evité responderle para no quedar en evidencia y me uní al resto para dirigirnos hacia donde nos esperaban los esclavos de Rerico y algunos más que debían de haber reunido los godos, y que se encontraban por fuera del gran salón escoltados por algunos hombres. Saludamos a los guerreros y Marco les indicó que nos siguieran de regreso por la vía principal de vuelta al campamento de Akhila. Cuando estábamos bajando la calle nos encontramos al apurado Egica corriendo a toda prisa hacia el centro del campamento.

–¡Corre, carnicero, que el comandante está pensando en hacer hervir tus pelotas! –le grité, burlón.

–No tendrás esa suerte, alano. Y ya verás cómo en la próxima batalla necesitarás de mi ayuda, y entonces en lugar de coserte la herida te coseré la boca.

–Mi mujer diría que le haces un favor, amigo.

Afirmó rotundamente con la cabeza y continuó apresuradamente su camino hacia donde oíamos las voces de Akhila reclamando su presencia.

A medida que avanzábamos por la oscura calle, los esclavos que nos seguían miraban a las destrozadas puertas y los humeantes tejados con una mezcla de aversión y éxtasis, tratando de asimilar que sus amos habían muerto o huido y que después de tanto tiempo sus vidas cambiarían para siempre –o eso esperábamos– y podrían volver a sus ocupaciones, si es que estas les esperaban, como había dejado entrever la esposa de Cirilo. Cuando conoces a las personas –y más a mi edad– aprendes a evaluar su situación no desde tu único y egocéntrico punto de vista, sino también desde el suyo, por lo que sentí verdadera lástima por ella. Pese a que durante mi juventud colaboré, y con gusto en muchas ocasiones, en raptar mujeres, ganado y todo lo que pudiera sernos útil, la edad –y probablemente, aunque no quisiera reconocerlo, la convivencia con Aspasia– me había proporcionado la conciencia suficiente como para no pensar únicamente en mí.

–Deberíamos descansar al menos un rato. Estoy realmente molido después de la noche, y aún faltan unas cuantas horas para el amanecer –dijo Galieno, que después del golpe que había recibido bajo la puerta presentaba un feo morado en la cabeza que parecía extenderse hora tras hora.

–Estoy de acuerdo –respondí inmediatamente, sintiendo como mis cansados músculos aplaudían la idea del muchacho–. ¿Marco?

–De acuerdo, tratemos de dormir unas horas en el campamento de Akhila. Nos dijo que saliéramos de la fortaleza, pero no dijo nada de quedarnos por fuera.

–Supongo que lo entenderá. Hasta al bruto de Ibbas le dijo que descansara antes de continuar.

Guiamos a los antiguos esclavos hasta donde los hombres de Akhila habían pasado las últimas semanas. Nos tendimos en el suelo, algo alejados de ellos, dispuestos a descansar lo que pudiéramos hasta el amanecer, mientras apenas un par de cansados centinelas velaban nuestro reposo. Sin embargo, fui incapaz de dormir: los recuerdos que acudían a mi mente cada vez que cerraba los ojos mantenían mis músculos en tensión. Cuando pensaba que el reparador sueño vendría al fin a rescatarme, de repente me veía postrado en el suelo, sin mi escudo, y con la gran hacha de doble filo balanceándose sobre mi cabeza.

Y cuando el mortal movimiento acababa y el arma bajaba hasta casi rozarme, me despertaba empapado en sudor.

Al amanecer, los cansados centinelas despertaron a Marco, que para mi sorpresa dormía a pierna suelta tras la violenta noche que habíamos pasado. Yo a su edad tampoco tenía problemas para descansar; debe de ser que con los años el sueño se vuelve más ligero. Traté de consolarme pensando que la explicación era esa, y no que me había vuelto un blando.

Nos levantamos ateridos por la escarcha y doloridos por los golpes recibidos y el esfuerzo realizado durante la lucha. Ese es siempre el peor momento, cuando tu cuerpo, ya frío, comienza a protestar por los excesos cometidos. Los cortes de los brazos me escocían desagradablemente; el tobillo que la noche anterior había resistido a duras penas volvió a inflamarse, y los dolores arreciaron al amanecer. Por suerte, los siguientes días avanzaríamos a lomos de un buen caballo. Cuando traté de ponerme en pie, el gesto de mi mandíbula y la forma de apoyar la pierna me delataron ante los atentos ojos de Issa, que enseguida se puso a mi lado para tratar de sujetarme. Le hice un gesto indicándole que estaba bien, y que no necesitaba ayuda. El britano asintió, pero permaneció cerca de mí por si mi dolorida pierna me traicionaba nuevamente.

Los pocos guerreros godos que nos acompañarían miraban desconsolados hacia el interior de la fortaleza, donde imaginaban a sus compañeros saqueando lo que encontrarán y haciéndose con las riquezas del lugar. Yo me preguntaba qué pensaban que podrían encontrar de especial tras aquellos muros donde sus propios habitantes vivían como pordioseros, y donde ni siquiera en la estancia de su jefe habíamos visto riquezas dignas de tener en cuenta.

—Tranquilos, Ibbas guardará una parte del botín para nosotros, muchachos—dije, adelantándome a sus quejas.

—Por eso estoy nervioso, Attax—me respondió Wulfila—: nuestro capitán es para el oro y la plata peor que para la comida.

Todos reímos su ocurrencia, pero yo estaba convencido, por lo poco que iba conociendo a mis compañeros, de que estaba en lo cierto. Ibbas respetaría el botín en deferencia a su señor Akhila, y este sería el que lo distribuyera entre los hombres. Según me había explicado Salla, un tercio de lo obtenido

iría a parar al tesoro real, otro tercio correspondería al comandante de la tropa, y el tercio restante se repartiría entre sus hombres. Aunque, según sus palabras, su padre no siempre cumplía con esa partición del botín. Respetaba siempre el tercio a entregar al rey, ya que era lo que se esperaba de él, y los administradores del monarca entenderían cualquier otra cosa como una afrenta imperdonable a la corona. Pero, consciente de que no solo es el oro lo que mantiene a un noble en su posición, sino también la confianza que pueda depositar en sus guerreros, Akhila solía compartir además su parte del botín con los guerreros unidos a él por juramento, cuyas familias los esperaban en sus tierras, allá en la lejana *Burdigala*, sabiendo que este gesto reafirmaría la lealtad de estos a su casa.

En ese momento vimos cómo por la puerta del campamento salía un guerrero a caballo directo hacia nuestra posición. Al instante pude distinguir la inconfundible figura de Salla, y confirmarlo al ver su cara, ya que había abandonado su casco desde que acabáramos con Rerico.

–Buenos días. Espero que hayáis dormido bien, señores –saludó antes de bajar del caballo.

Lo miré, cansado, envidiando al godo por lo lozano que lucía su rostro. Teniendo en cuenta como me sentía yo, debíamos de parecer el día y la noche.

–Aquí os traigo un adelanto de vuestro botín. Haced lo que creáis mejor con él. No es mucho, pero apenas he descansado para poder traeros algo.

Bajó del caballo y soltó de la silla un saco de tela basta lleno hasta los topes.

–¿Esa es mi parte, verdad? –pregunté, divertido.

Obviando mi comentario, nos explicó:

–Cuando os unáis de nuevo a la tropa recibiréis vuestra parte como el resto de hombres, a lo que descontaremos esto. Recordando cierta vaca cuya carne estaba tan tierna que parecía manteca, pensé que probablemente os gustaría agradecer semejante manjar a su dueño. –Como siempre, el muchacho estaba atento a cada detalle. Pocos tipos mejores he conocido durante mi dilatada vida, y pocos a los que a la vez confiaría mi derecha en un combate como a él.

–Gracias, Salla –dijo Marco.

Se dio la vuelta y rebuscó en sus alforjas antes de dar con lo que buscaba. Primero un saco vacío plegado, que me tiró hacia donde yo lo esperaba y que cogí sin dejarlo caer.

–Eso es para tu cabeza de medusa –me sonrió. Entre él y Marco, vaya pareja de repelentes que se había reunido.

Nos hizo una seña y tanto Marco como yo nos alejamos de donde se encontraban los hombres y los antiguos esclavos preparados para la marcha. Sacó una pequeña bolsa de cuero y la puso en la mano de Marco.

–Esto es para la mujer –dijo en voz baja–. Me apenó verla tan avergonzada después de lo que debe de haber sufrido, y para mí estas monedas apenas representan nada. Entregádselas vosotros, los godos somos unos guerreros despiadados y duros –dijo mostrando sus dientes en una feroz sonrisa.

Pese al bonito gesto que acababa de tener, me sentí obligado a hablar, por su propio bien.

–Salla, no puedes permitirte ser dominado por tu corazón como lo eres en ocasiones. Tú eres un guerrero; un gran guerrero, hijo de un noble guerrero. El mundo para ti debe estar por encima de todo esto. Puedes hacer estas cosas con tu familia, e incluso con tus hombres, pues es bueno tenerlos de tu parte. Pero no malgastes tu generosidad con cualquiera que conozcas por ahí. Hazme caso, o algún día la nobleza de tu corazón será tu perdición.

Pensé en Anderico, mi hermano vándalo, en cuya casa me crié. Tras la muerte de su padre, el joven, que tendría por aquel entonces la edad de Galieno, tuvo que ocupar su lugar al frente del clan. Pese al temple de Anderico y a que contaba con el apoyo fiel y sincero de su primo Gelimer, nunca pudo descuidar la guardia. No solo tuvo que enfrentarse a los enemigos de su pueblo, sino que tuvo que defenderse también de sus propios compatriotas, incluso de su propio rey Genserico. Y todo ello lo consiguió no por tener un gran corazón –que lo tenía, pero se guardaba de revelarlo solo ante sus más allegados–, sino por tener la suficiente templanza para hacer lo que debía en cada momento, pese a que no fuera lo que su corazón le pidiera. Sabía que él era la esperanza de su gente, y debía ser fuerte por el bien de los suyos.

Salla no parecía ofendido. Me respondió con seriedad.

–Gracias por tus palabras, Attax. Sé que tienes razones suficientes para decirme esto, y que además estás en lo cierto. Pero hay cosas que no puedo, o más bien no deseo evitar, pese a que mi padre ya me ha transmitido lo mismo que tú en otras ocasiones. Atiendo la mayoría de sus consejos, pero supongo que esta parte de mi carácter se la debo a mi madre –sonrió–. Siempre le digo a mi padre que deposite sus esperanzas en su benjamina, allá en *Burdigala*, que ya muestra un fuerte carácter a pesar de su corta edad.

Me despedí del muchacho con un fuerte apretón en su hombro y los dejé a los dos hablando mientras me ocupaba de guardar mi grotesco trofeo en el saco y regresaba a donde nos esperaba la muchedumbre.

–¡Nos vamos! –les grité–. Despedíos de estos muros de mierda.

Aunque agotados y aún algo asustados, un tímido griterío se elevó entre los hombres y mujeres que formaban nuestro desarrapado grupo. Partimos, acompañados por seis guerreros y más de una veintena de antiguos esclavos, por el camino que hacía poco más de una semana habíamos recorrido en busca de comida, y por donde habíamos regresado con la llave para conseguir la victoria.

Pese a que llevábamos caballos para todos los guerreros, los esclavos iban a pie, por lo que, salvo yo mismo, que aún sentía mi pierna tumefacta, el resto de nuestra comitiva desechó cabalgar, y con las monturas asidas por las bridas proseguimos por el antiguo sendero. Esto hizo que el camino fuera más lento de lo que hubiéramos deseado, pero también nos dio el tiempo suficiente para hablar sobre lo sucedido esos días.

–No debes ser tan duro con Salla, Attax –me dijo Marco esa noche antes de envolvernos en nuestras capas.

–Lo hago por su bien, Marco. Él no es un hombre normal; no es como Issa, como Galieno, o como yo. Él ha nacido para comandar guerreros. Y eso no es fácil. No puedes dejarte vencer por los sentimientos cuando estás en esa posición, o acabarás muerto o en el arroyo.

–Cuando te conocí, allá en *Conimbriga*, nunca pensé que el tipo grandote y afable que me dejaba montar a caballo a escondidas de mi padre fuera un asesino consumado.

–Tan solo soy lo que mi vida me ha obligado a ser, Marco. Supongo que como cada uno de nosotros; somos esclavos de nuestro destino.

–Me gustabas mucho entonces y me gustas mucho ahora, Attax. No creas que te estoy echando nada en cara. Tan solo siento pena por Salla. Creo que él es realmente... bueno, y se esfuerza cada día en ser mejor.

–Tienes razón. Pero justamente por eso no me gustaría ver cómo un cabrón como Liuva acaba con él por mostrarse débil. Esta castigada provincia, como cualquier otra, necesita hombres que crean en sus gentes y en su tierra por encima de ellos mismos, da igual su origen, como lo fue Anderico, o lo es el propio Salla. Bien pensado, tú también podrías serlo.

El hispano rio, divertido.

–Tú lo has dicho, Attax; para eso es necesario comandar hombres, y yo no tengo una banda de guerreros, aunque vosotros tres valgáis para mí más que toda la tropa de Akhila.

–Los hombres llegan, Marco. En estos tiempos donde todos luchan contra todos, muchos tan solo esperan a alguien adecuado para liderarlos. Lo importante es tener el carisma y la determinación suficiente.

–Sin duda, nunca pensé que el agradable matón que me ayudaba a montar a caballo también fuera capaz de enseñarme tan claramente lo que en el salón de Palagorio no dejaban de graznar como si fueran cuervos –dejó de sonreír y me miró, muy serio–. Cada día doy gracias a Dios porque aquel día mi padre te pusiera en mi camino. Sé que es egoísta por mi parte, pero me hace pensar que todo lo que tuviste que soportar hasta llegar a *Conimbriga* tuvo algún sentido.

–Por eso Rerico tuvo una muerte rápida.

–Por eso, y porque contestó a tus preguntas –sonrió.

–Después de todo soy un bárbaro asesino, Marco –repliqué, sonriendo a mi vez–. No se supone que deba cumplir mis promesas... si no me apetece.

Antes de que el muchacho pudiera vislumbrar el brillo de la emoción que me habían causado sus palabras en mis ojos, monté en mi caballo de un rápido salto y me retrasé hasta donde los refugiados nos seguían en silencio.

–Vamos al pueblo de Cirilo. Llegaremos al atardecer. Si queréis seguirnos, será más seguro para vosotros; si vuestros poblados se encuentran en otra dirección, podéis marcharos. Pero tened mucho cuidado, porque los suevos que hayan logrado huir deben de merodear aún por los bosques.

Ninguno abandonó nuestro grupo. Espoleé a mi caballo y regresé a la cabeza de la pequeña columna, pasando de largo y dirigiéndome al frente a

modo de explorador adelantado, pues aún sentía que si volvía a hablar con Marco mis emociones me traicionarían, para mi vergüenza y la del chico, ante los guerreros que nos acompañaban.

Como les había advertido a nuestros refugiados, al día siguiente llegamos a la aldea de Cirilo. Marco envió a Galieno a la cabeza, junto con Wulfila y Witiza, para transmitir el mensaje de nuestro feliz regreso. Cuando llegamos al sendero que desembocaba en el claro que marcaba el inicio del poblado, lo que aquella primera vez había sido suspicacia y temor, se convirtió en esta ocasión en una explosión de júbilo incontenible.

Los habitantes del poblado habían salido de sus casas para recibirnos, y pudimos escuchar sus vítores y sus cánticos antes incluso de verlos. El ruido nos hizo temer por un momento que la aldea hubiera sido atacada por los fugitivos suevos en su camino hacia el interior de la provincia, por lo que aceleramos el paso, pero pronto se hizo evidente que el jaleo tenía carácter festivo. Al acercarnos, comprobamos con sorpresa que junto al claro del bosque se alzaba una tosca estructura de madera en la que un suevo había sido crucificado. El pobre desgraciado, clavado de pies y manos, aún respiraba entrecortadamente. Por lo que había escuchado a gentes piadosas como Aspasia, se tarda mucho en morir clavado en una cruz; aunque dudaba que el hombre que tenía enfrente fuera capaz de resucitar al tercer día como proclamaba mi pequeña hispana que había sucedido con su dios.

Cirilo se apresuró a recibirnos. Su mirada nerviosa parecía buscar a alguien entre los que nos acompañaban, por lo que supuse que Galieno ya le habría transmitido que su mujer formaba parte del grupo. Nuestras monturas la ocultaban aún a sus ojos, por lo que el hispano casi no respondió a nuestro saludo en sus ansias por encontrarla. Me miró, interrogativo.

—Esto es para ti, Cirilo —le tendí el saco que me había dado Salla, con su siniestro contenido—. Siento que no hayas podido hacerlo tú mismo.

Recogió la bolsa y sacó la martirizada cabeza del jefe suevo. La miró un instante con una expresión curiosa en el rostro, mezcla de repugnancia y triunfo, y luego la alzó para que pudieran verla todos. Con un gesto, nos señaló hacia la cruz.

—Algo hemos podido hacer. Lo encontramos ayer, oculto en el bosque, y nos ha permitido celebrar una venganza que llevábamos años reclamando.

También por eso os damos las gracias –dijo con una mueca sanguinaria.

Evité decirle que nuestra incursión probablemente no acabaría con todos los suevos de la comarca –desconocía el siguiente paso que daría Teodorico, pero nunca está de más ponerse en el peor de los casos– y que tal vez no era buena idea encolerizar a los que podrían regresar apresurándose a tomar revancha con los escasos supervivientes. Pero ese era un día de fiesta en la aldea, y así fue como lo tomamos.

Los hombres y mujeres del pequeño grupo que nos acompañaba fueron poco a poco adelantándose para ir al encuentro de sus familiares y amigos. Vi como el viejo Claudio lloraba como un niño ante la escena. Lástima que para él no hubiera solución posible.

Miré sobre mi hombro. La mujer de Cirilo permanecía detrás de nuestras monturas, sin atreverse a avanzar. Me aparté para que pudieran reencontrarse, después de tanto tiempo y tanto dolor. Los ojos de Cirilo mostraron una emoción profunda al verla por fin, y se acercó a ella casi a la carrera. Ella apenas levantó la cabeza cuando la abrazó. Seguimos hacia delante para encontrarnos con Galieno, intentando proporcionarles un momento de intimidad, pero no pude evitar volverme un instante. Cirilo lloraba a los pies de su mujer; ésta, por fin, venció sus miedos y se arrodilló a su lado, tomando la fea cara de su marido entre sus manos y acercándose para besarlo. Después de todo, quizás todos deberíamos ser como Salla, pensé.

Esa noche la pasamos entre risas y canciones, a la luz de las hogueras, relatando una y otra vez la toma de la fortaleza entre los vítores de los vecinos. Nos agasajaron con una comida sencilla pero abundante que nos supo a gloria; la cerveza corrió sin medida. Antes de emborracharme, recordé pedirle a Cirilo que nos guardara un ánfora para llevarle a Akhila. Y Marco, antes de que el fuerte pero delicioso brebaje lo tumbara como un saco de trigo, sacó parte de la plata que Salla nos había adelantado, y la dejó a la luz de las hogueras para que los lugareños pudieran regalarse los ojos con la parte del botín que habíamos acordado entregarles. Aunque no era mucha plata, puede que aquellas gentes, hombres y mujeres duros y poco habituados a las comodidades, que vivían de la tierra y del bosque, nunca hubieran visto tanta riqueza ante sus ojos. Esa plata no se comía, pero si eran avispados podrían convertirla en pago por los alimentos de muchos días, e incluso proveerse de

alguna cabeza de ganado para cuando la cosecha no fuera abundante. Como me dijera el bueno de Medulio hacía tantos años, no hay nada más grato que vivir de lo que trabajas y haces crecer con tus propias manos, pero tampoco hay nada más ingrato, cuando los elementos se alían para destruir el fruto de tu labor.

Al final también yo terminé por caer rendido. Me deslicé hacia atrás desde el incómodo tronco sobre el que estuve toda la noche cantando y bebiendo, y en esa misma postura me encontró roncando el amanecer. Por la mañana mi memoria tenía considerables lagunas, pero creo recordar que canté alguna vieja canción picante que me enseñara muchos años atrás Gelimer. Pese a que solo nuestra escolta goda podía entender la letra, e incluso en algún momento me sirvieron de espontáneo coro, todo el pueblo siguió la canción con palmas. Lo último que recordaba –o tal vez lo soñara– fue al habitualmente silencioso Issa entonando una alegre tonada en un idioma extraño que probablemente ninguno de los que allí nos encontrábamos volveríamos a oír.

Al día siguiente no solo el tobillo, sino también la cabeza, me dolían horrores. Pero pese a todo mantuvimos el tipo y nos despedimos entre abrazos de los lugareños. Mientras Marco se llevaba aparte al viejo Claudio para pagarle con plata la vaca que nos había entregado, yo aproveché para hablar con Cirilo

–Me parece justo lo que le has hecho a ese cabrón –dije señalando al suevo que permanecía clavado en la cruz–. Pero yo, si fuera tú, lo bajaría sin tardanza y lo enterraría discretamente. No parece que los godos hayan venido para quedarse, así que os volveréis a quedar solos. No conviene despertar la cólera de los suevos que aún se encuentran en los bosques cercanos. Piensa en tu pueblo, como sé que has hecho siempre, y protégelo.

Sin esperar respuesta alguna por su parte –era su elección, lo mío era tan solo un consejo– lo abracé y me dirigí hacia mi caballo, sobre el que monté al tiempo en que Marco llegaba hasta nosotros.

–¿Le entregaste la bolsa de Salla a la mujer de Cirilo? –le pregunté.

–Sí, mientras tú hablabas con su esposo.

–Espero que sean felices. Esa pobre mujer no merece sufrir más.

–Yo también lo espero –dijo Marco.

–¿Y tú no piensas casarte, Marco? Ahora que reparo en ello ya tienes dieciocho años, y aún no te he visto mostrar interés. En la taberna de Severino una linda camarera me habló una vez sobre un chico guapo y educado que solía acudir allí con su amigo grande y escandaloso... pero no sé si conozco a esos muchachos –me rasqué la cabeza mientras sonreía y me volví sobre mi montura para ver cómo Galieno se sonrojaba antes de continuar con mi pulla—. Cuando regresemos a *Lucus* le comentaré a tu tío que te busque una buena matrona hispana con la que sentar la cabeza.

–Creo que esperaré a que te cases tú primero con Aspasia. Le diré que por fin has madurado y te encuentras preparado para desposarla; por el rito cristiano, por supuesto. Me alegraría ver que al fin descubres la luz de Dios – la estruendosa risa de Galieno hizo que esta vez fuese yo el que me pusiera rojo por el enfado—. Y, por cierto, ya que lo dices, ¿qué hacías tú en esa taberna, Attax?

–Acompañaba a Mario, maldito crío impertinente.

Espoleé a mi montura para adelantarme. Al poco, conscientes de que Akhila nos llevaría ya una buena ventaja, pues sabíamos que pretendía azuzar a sus hombres sin piedad hasta la misma *Braccara*, aceleramos el paso de nuestros caballos. Decidimos regresar por donde mismo habíamos venido, llegando de nuevo al campamento antes de tomar la senda que debían de haber seguido los nuestros, pues a pesar de que el trayecto sería algo más largo no deseábamos arriesgarnos a perdernos en una zona que apenas conocíamos.

Alcanzamos a la tropa dos días más tarde. Akhila los hacía marchar hasta quedar sin resuello, como si no hubieran tenido que luchar hacía tan solo unos días. Saludamos al llegar con grandes voces; los que estaban más cerca apenas se giraron para respondernos con un leve gesto. No había energías que perder.

Continuamos hasta alcanzar a Akhila, que marchaba en vanguardia, marcando el paso de la formación sobre su alto caballo. Ibbas, a pie, un poco más retrasado, cuidaba de que los hombres no se relajaran un instante.

–Habéis tardado más de lo que esperaba –dijo a modo de saludo.

Al poco apareció Salla a lomos de su caballo acompañado de un grupo de hombres. Nos dio la bienvenida con una breve sonrisa antes de dar parte.

–Sin novedad en los alrededores, señor. No hay fugitivos en nuestro camino.

–Seguro que no, pero es necesario ser precavidos. Probablemente todos hayan corrido hacia el oeste a refugiarse en la costa, porque supondrán que el golpe definitivo de Teodorico será en su capital.

–¿Hay noticias de *Braccara*? –preguntó Marco

–Aún no, pero he enviado por delante a unos pocos jinetes, y espero su regreso. Hablando de jinetes: necesitamos algunos que vigilen la retaguardia de la tropa y se encarguen de explorar los alrededores; vosotros mismos valdréis. Situaros, no hay tiempo que perder.

Nos apresuramos a obedecer. Cuando estábamos llegando a la retaguardia, Witiza pasó a mi lado tateando por lo bajo el estribillo de la canción picante que habíamos cantado a la lumbre de Cirilo, e intercambiamos una sonrisa cómplice antes de concentrarnos en nuestra labor.

CAPÍTULO VI

Durante días avanzamos a marchas forzadas. Nos llevábamos algo a la boca para reponer fuerzas en el fugaz desayuno, y no volvíamos a probar bocado hasta que parábamos para hacer noche en algún punto cercano al camino. Descendimos paralelos al margen de río *Minius*, y en pocos días llegamos a la calzada que comunicaba *Asturica Augusta* con *Braccara*, lo que nos permitió marchar a un ritmo aún más rápido. A pesar de que algunos tramos mostraban signos evidentes de deterioro, seguía siendo una vía magnífica por la que transitar; en pocos días nos encontramos en los alrededores de *Braccara*, donde fuimos interceptados por una patrulla de vigilancia goda compuesta por unos pocos jinetes. Akhila aprovechó este encuentro para tratar de recabar noticias fidedignas sobre lo acontecido durante nuestra ausencia. Nosotros, con Ibbas al frente decidido a no dejarnos respirar, continuamos de largo hacia la ciudad, a la que esperábamos llegar antes del anochecer. Poco después, nuestro comandante, escoltado por los jinetes, volvió a adelantarnos casi al galope. Salla refrenó su montura cuando llegó a nuestro lado, y se quedó un rato junto a nosotros en la retaguardia para explicarnos la situación. Nuestros propios exploradores ya nos habían anunciado que *Braccara* había caído días atrás en poder del ejército de Teodorico, que todavía se encontraba en la ciudad, pero Salla traía novedades.

–Rechiaro ya ha sido localizado –avanzó con una sonrisa.

–¿Ha sido Liuva? –preguntó Marco arrugando la nariz.

–Efectivamente. Logró dar con él en una ciudad cercana a la costa llamada *Portus Cale* –hizo una pausa y nos apresuramos a negar con la cabeza, adelantándonos a sus preguntas sobre el lugar, que ninguno de nosotros conocía–. Por lo que parece, trataba de huir por mar de nuestro acoso, pero no contaba con que Liuva es más perseverante que un perro de caza. Cuando ha olido a su presa, no para hasta que la encuentra, aunque se despeñe por un acantilado en el intento. Rechiaro trató de despistarlo con varios rastros falsos por la provincia, pero al final dio con él y lo tiene cercado frente a la costa.

–Cabrón con suerte. Lástima que no haya fracasado.

–Tú lo has dicho, es un cabrón, pero también es un grandísimo guerrero y un hombre fiel al rey.

–¿A qué rey? –pregunté, mordaz.

–Refrena tu lengua, Attax, porque en el campamento un comentario como ese puede ser tu sentencia de muerte.

–Menos mal que tú eres un muchacho discreto, y yo sé bien con quien puedo hablar de ciertas cosas.

–Disculpa, amigo. Pero seguro que sabes que las relaciones en la familia real son complejas –bajó la voz hasta convertirla en un susurro–. En principio, Frederico renunció a sus derechos a favor de Teodorico. Pero es un hombre ambicioso, y los motivos de tanta generosidad nunca han estado muy claros. No me gustaría que llegara a subir algún día al trono.

–¿Hay algún hermano más?

–Sí, un hermano menor de nombre Eurico que aguarda en *Tolosa*. Tiene unos pocos años menos que yo, pero ya promete como comandante.

–Pues mejor que no prometa mucho, no sea que sus hermanos lo vean como una amenaza.

El godo alzó los ojos hacia el cielo, exasperado. Marco me dirigió una penetrante mirada de advertencia y se apresuró a cambiar de tema.

–Al menos tu padre también ha cumplido su misión con creces, Salla.

–Sí. Pero eso es lo menos que se le exige a un *Comes*. Un hombre como mi padre cumple con su deber sin esperar nada a cambio. Bastante recibe ya con el honor de servir a Teodorico.

–Ya verás como nuestro amigo Liuva será *Comes* antes de lo que creíamos –apunté.

–No me extrañaría, Attax. No me extrañaría –convino Salla, resignado.

Ibbas se acercó dando voces, y tuvimos que interrumpir nuestra conversación.

–Por los clavos de Cristo, ¡dejaos de cháchara y avanzad! Salla, vamos, comandarás la tropa a la entrada en la ciudad.

Al muchacho le brillaron los ojos un instante. Se despidió apresuradamente para dirigirse a la vanguardia; nosotros, en la retaguardia, tardamos aún un par de horas en vislumbrar a lo lejos la mole de las murallas

de *Braccara* recortadas en el horizonte. La estampa no era ni de lejos tan imponente como la de *Lucus* –al menos, eso me parecía a mí–; sus murallas, aunque se encontraban en buen estado, no lucían tan poderosas como las de la ciudad de Cayo. Al igual que en aquella, unos sucios arrabales se extendían extramuros. Y, aún más afuera, parecía haber crecido una segunda ciudadela, que rodeaba a las anteriores como la hiedra abraza el tronco de un árbol hasta casi asfixiarlo. Allí, en un enorme y caótico campamento, se habían establecido los hombres de Teodorico a la espera de las órdenes de su rey.

Una pequeña patrulla salió a nuestro encuentro, y los seguimos por entre las fogatas y vivaques que compartían grupos de ociosos guerreros. Ibbas se detenía aquí y allá prodigando bromas y saludos. Me fijé en que muchos de los hombres tenían expresión de aburrimiento; los observé con envidia. Tras las agotadoras jornadas de marcha, nada me apetecía más que aburrirme junto a ellos, y simplemente descansar mis agotadas piernas y mi molido trasero. Nuestros guías nos señalaron un pequeño claro donde debíamos instalarnos, y nos indicaron que dispusiéramos un pequeño vallado que mirase hacia el lugar por donde habíamos llegado, dejando libre el camino hacia la ciudad.

Las disposiciones de Teodorico me parecieron acertadas. Manteniendo a las tropas en las afueras de la ciudad, se evitaban posibles confrontaciones con los habitantes hispanos de la misma. Como nos explicó Salla tras hablar con Akhila, solo se habían establecido en el interior de los muros una pequeña guarnición encargada de controlar las murallas y las puertas, algunos de los oficiales más importantes, y los *gardingos* del rey, que siempre acompañaban a este, y que habían sido alojados en los edificios más grandes y lujosos, convenientemente acondicionados para albergarlos.

Desmonté de mi caballo, sintiendo los músculos agarrotados y doloridos. Tendí las riendas a Issa, que se alejó en busca de un lugar donde atar y atender a nuestras monturas, y me dejé caer sobre la fría hierba sin tender siquiera una manta que me resguardara de la humedad del suelo. Galieno se sentó a mi lado, hizo una mueca al notar la mojada hierba bajo su trasero, y volvió a levantarse rápidamente, decidiendo que mejor sería acondicionar el que se convertiría en nuestro sencillo campamento antes de tenderse a reposar. Marco me dirigió una mirada burlona y me tendió la mano para ayudarme a levantar. Si se sintió tentado de hacer algún comentario jocososobre mi edad, la mirada

ceñuda que le lancé debió de advertirle de que no era una buena idea. Tardamos un buen rato en preparar la ligera empalizada, a pesar de que Marco pudo aprovisionarse de una buena cantidad de maderos ya trabajados que nos ahorraron la mayor parte de la labor. Cuando terminamos tendimos, esa vez sí, algunas de las mantas sobre el suelo y nos acomodamos sobre ellas, observando la ciudad que se alzaba ante nosotros.

–Parece grande –comenzó Issa.

–Por eso la habrán escogido como su capital –respondió Wulfila–. Pero hacia el sur sigue habiendo más suevos. Lo último que oímos en *Tolosa* es que la misma *Emerita* estaba en manos de Rechiario

–¿Creéis que el ejército se dirigirá hacia el sur? –preguntó Galieno esperanzado, deseoso de continuar nuestra aventura junto a ellos.

–Realmente no lo sé –respondió Salla, pensativo–. Por ahora, tan solo el rey conoce la respuesta. Pero espero tener la suerte de que así lo decida.

–No me importaría ir hasta *Emerita* –dije, abstraído en torvos pensamientos–. Y una vez allí, espero poder reencontrarme con un viejo amigo.

–¿Te refieres al suevo del que te habló Rerico? –me preguntó Marco.

–Al mismo. Aunque dudo que nuestro encuentro, si finalmente se produce, pueda llegar a hacerlo a él tan feliz como me hará sentir a mí –mostré los dientes en un remedo de sonrisa.

Reconozco que, durante años, apenas había dedicado un solo pensamiento al tipo, consciente de que solo la intervención de los dioses podría ponerlo en mi camino para permitirme tomar la venganza que juré. Pero mi encuentro con Rerico, y las noticias que este me había dado sobre la posible presencia de Hildimiro en *Emerita*, habían avivado mis deseos de encontrarlo y acabar con él. Dedicaría su muerte a Lucio y a Ruric, dondequiera que estuviesen. Claro que primero tenía que encontrarlo, lo que no parecía una tarea fácil. Pero llegar hasta *Emerita* con los godos prometía ser un buen punto de partida.

Esa noche pudimos descansar al fin a pierna suelta. Cuando desperté, el sol estaba ya bien alto en el cielo; algunos de los soldados nos miraban con sonrisas sorprendidas al comprobar que continuábamos remoloneando cuando el resto de la tropa ya se encontraba en pie. Uno de ellos nos avisó con un gesto urgente de que se acercaba alguno de los mandos. Me incorporé,

estirando el cuello para ver quién venía a molestarnos. Suspiré al reconocer la enorme figura de Ibbas que, según su costumbre, anunció su irrupción a grandes voces.

–¡Arriba, haraganes! ¿Pero qué clase de guerreros sois? ¡Vamos, desgraciados! No querréis dar esta patética imagen ante el *Comes*, ¿verdad?

Me levanté lentamente, echando miradas de reojo hacia el camino que discurría desde el campamento hasta las abiertas puertas de la ciudad para comprobar si Akhila estaba ya cerca de nuestra posición.

–No trates de buscarlo –me dijo Ibbas al pasar por mi lado–. Todavía tardará un rato, pero no quiero que vea cómo os he dejado descansar como a una partida de novatos imberbes sin ningún tipo de disciplina.

Le sonreí y me acerqué hacia donde me esperaban mis armas. Comencé a colocármelas sin prisa. A mi alrededor, el resto de la tropa también se afanaba en los preparativos necesarios para componer una estampa presentable. Me giré al escuchar otra voz conocida: Salla se encontraba entre los hombres, elegantemente vestido con una capa escrupulosamente limpia de un bello color rojo oscuro sujeta por una gran fibula esmaltada con la forma de un águila.

–Buenos días –nos saludó animadamente.

–¿Qué haces así vestido? –le pregunté.

–Tuve que acudir temprano a la llamada de mi padre y del rey, y no puedo ir vestido como un patán. No a todos nos queda tan bien la cota como a ti, Attax.

–¿Te has enterado de algo? ¿Sabes cuándo partiremos, y hacia dónde?

–Luego hablaremos –ladeó la cabeza–, aunque lo cierto es que he podido enterarme de bien poco. Ahora tengo que ir al encuentro de mi padre.

Todavía podíamos ver al alto caballo de Salla trotando por el camino cuando Akhila, acompañado de un grupo de unos pocos hombres, también montados y ataviados con ricos ropajes, apareció bajo la puerta de la ciudad.

–Rápido, en formación –comenzó a desgañitarse Ibbas–. Que el *Comes* no se entere de que habéis vagueado toda la noche y parte del día.

Ya desde la lejanía me pareció apreciar una sonrisa marcada bajo el frondoso bigote de Akhila. Debían de haberle ido bien las cosas con Teodorico, o eso era al menos lo que yo esperaba. Se paró a unos quince pasos de nosotros, y recorrió la tropa con una mirada aprobadora. Algunos de

los hombres comenzaron a vitorearlo, y nos unimos a ellos hasta que Akhila nos hizo callar con un gesto.

–Muchachos, el rey está complacido por nuestra actuación allá en la ciudadela, y nos ha otorgado unos días de licencia para recuperarnos y descansar. Pero luego tendréis que estar preparados para aquello que nuestro soberano ordene. Le he dicho que puede confiar en mis guerreros. ¿Me haréis quedar como un vil mentiroso? ¿O puede confiar en vosotros?

Al igual que hicieran antes, los hombres vociferaron su acuerdo, para satisfacción de Akhila, que observaba con el rabillo del ojo a sus acompañantes, convencido de que a los oídos del rey solo llegarían alabanzas sobre sus tropas. Cuando consideró que ya era suficiente, elevó su mano enguantada y continuó.

–Podéis ir a la ciudad en pequeños grupos a divertirlos, pero siempre deberéis contar con el consentimiento de Ibbas, que organizará los turnos. No llevéis armas a la vista, sed corteses con los hispanos y no os reunáis en grupos grandes para que no se sientan amenazados.

Los hombres volvieron a rugir, conscientes al fin que sus días de penurias y marchas agotadoras se habían acabado al menos por el momento, y podían gastarse parte de su reciente botín en diversión y vino, o lo que la ciudad les pudiera ofrecer. Se les veía ansiosos por mostrarse corteses con los hispanos... o más bien con las hispanas.

Akhila tiró de las riendas de su montura, y tras saludar a sus hombres, recorrió nuevamente el camino por el que había llegado hasta nosotros, acompañado de nuevo de su escolta y de la elegante figura de Salla que los seguía a cierta distancia, hasta que al llegar a la puerta se situó entre los últimos hombres del grupo.

Esa mañana terminamos de montar el que sería nuestro campamento entre quejas y bromas, y por la tarde, convencidos de que merecíamos disfrutar de un buen techo y algo de vino en el que desperdiciar parte de nuestro botín, persuadimos al recién llegado Salla para que se uniera a nosotros, y entre todos logramos que Ibbas nos diera un turno que a todos nos complacía, el último antes del cierre de las puertas de la ciudad.

Nos acicalamos como hacía meses que no lo hacíamos. Era cierto que pocas prendas teníamos, pero dejamos a un lado las sucias túnicas que

llevábamos bajo las armaduras, que ya lavaríamos en el río aprovechando la tranquilidad de esos días, y nos esforzamos en no parecer unos sucios matones sanguinarios, sino unos limpios soldados con monedas para gastar. Cuando comencé a colocarme la vaina de mi espada a mi izquierda en el cinto, Ibbas me hizo una señal de negación con la cabeza.

—No, Attax, si quieres lleva un puñal, pero escóndelo. Algo debe de haber pasado por aquí, porque no se permite a los hombres portar armas.

Me encogí de hombros y la volví a guardar. Esa noche confiaba en desenvainar otra clase de armas. Hice a Ibbas un gesto cómplice.

—Únete a nosotros, capitán. Akhila no dijo que no pudieras venir.

Negó con la cabeza.

—Debo quedarme aquí. Pero no sufras por mí: he oído hablar a Ruderig de que a su zona del campamento acuden todas las noches algunas fulanas que traen buen vino y, como no, buena compañía. Así que me daré un paseo por allí cuando vosotros regreséis y os vayáis a dormir como unos angelitos.

Riendo, me despedí de él. Guardé mi puñal en mi bota derecha, y partimos hacia la mole de piedra que marcaba el inicio de la ciudad.

Seguimos el sendero, que nos hizo atravesar la amplia zona ocupada por el campamento godo. Los soldados descansaban, jugaban a los dados, bromeaban o discutían alrededor de las hogueras. En cada grupo, Salla y Wulfila saludaban e intercambiaban algunas palabras con los hombres, que no paraban de echarles pullas sobre su tardanza en llegar a la ciudad y la suerte que habían tenido al no participar en la toma de la urbe como los demás. Empezaba a impacientarme ante tanta interrupción, ansioso por llegar a *Braccara*. Para bien o para mal, en las zonas del campamento donde se agrupaban francos y burgundios los muchachos no parecían tener tantos amigos. Las atravesamos deprisa, y por fin llegamos al antiguo arrabal extramuros. Observé que aparecía terriblemente deteriorado; aunque esas zonas suelen tener cierta apariencia sórdida, pensé que su deplorable estado, plagado de solares, ruinas y zonas quemadas, se debería más bien al asedio de las tropas de Teodorico. Suponía que en cuanto los suevos e hispanos de *Braccara* fueron conscientes de la derrota del *Urbicus* y de la cercanía del ejército godo, la mayoría de las chabolas habrían sido abandonadas, bien para refugiarse sus propietarios dentro de la ciudad, bien para huir hacia otros

lugares. Pero, para mi sorpresa, entre las zonas devastadas cercanas a la muralla quedaban algunas casas habitadas; y como más tarde me dijera Ibbas, en ellas, a su entender, podían encontrarse las mejores prostitutas de toda *Gallaecia*.

Nosotros continuamos hacia el interior. Cuando llegamos a la puerta, los guardias nos solicitaron que mostráramos la tablilla donde figuraba nuestro permiso para acceder a la ciudad. Salla se la entregó a uno de ellos, mientras lo saludaba animadamente. El tipo apenas la miró –dudé que supiera leer–, y se apresuró a hacer una señal al resto para que nos franquearan el paso.

–¿Cómo lo llevas, Wamba? –le preguntó Salla amablemente–. Después de verte esta mañana, pensé que a esta hora ya estarías tendido al calor de una buena lumbre con algo de vino en la mano.

–Eso será cuando acabe este dichoso turno. Pero en fin, no podemos quejarnos de la campaña, salvo porque sigo siendo igual de pobre que antes.

–Siempre has llorado demasiado. Si sigues pobre será por mantener a todos los bastardos que tienes repartidos por ahí.

El tipo rio a conciencia. Salla aprovechó el momento de camaradería para intentar sonsacarle algo sobre las circunstancias de la toma de la ciudad.

–¿Qué ha pasado para que la entrada a la ciudad esté tan controlada, Wamba? ¿Ha habido algún altercado con los hispanos? ¿O entre los propios hombres? Siempre he dicho que hay que tener cuidado con los francos.

–Los francos son unos malnacidos, en eso tienes razón. Pero el control en las puertas es porque algunos de los romanos no se han tomado muy bien la toma de la ciudad.

–¿Se asaltaron las murallas o se negoció la entrada? –preguntó Salla.

–La ciudad se entregó cuando los romanos se dieron cuenta de que los suevos no podrían defenderse de nosotros y estaban condenados. Nos abrieron las puertas una de las noches y penetramos en busca de los pocos suevos que se habían escondido tras los muros –hizo una pequeña pausa y continuó con una mueca de satisfacción en su cara–. Pasamos a cuchillo a la guarnición y... bueno, también nos divertimos un poco en la ciudad.

Salla enarcó las cejas.

–Si los romanos os permitieron entrar, supongo que a ellos se les respetaría.

–Sí, sí, solo fuimos a por los suevos. Pero luego algunos de los cristianos molestaron al rey, y nos soltó un poco las riendas. Pero sin sangre, solo un poco de jaleo para que se enterasen de quién mandaba.

Lo que contó a continuación le valió nuestras miradas sorprendidas e incrédulas.

–Tenías que haber visto lo blancos que son los culos de esos curas –rompió a reír escandalosamente–. Y en cuanto a las monjas... siempre pensé que guardarían mejores atributos bajo esos hábitos –parecía a punto de llorar de risa, y su humor contagioso me hizo reír también por lo grotesco de la escena que describía. Issa, a mi lado, también trataba de contener la risa, aunque sus hombros se agitaban ligeramente. Marco y Galieno, tensos, parecían escandalizados. Marco quiso hablar, pero Salla le indicó con un gesto rápido que callara y continuó llevando la conversación.

–¿Acabasteis con los sacerdotes, Wamba? Cierto es que algunos sermones son insoportables, pero de ahí a asesinarlos... –La primera carcajada terminó por salir de mi boca. Me encantaba Salla.

–No, no creo que hubiera más que alguna que otra muerte accidental. Y te juro que a las monjas no les tocamos ni un pelo. Pero estos romanos no tienen sentido del humor. Aún protestan airadamente porque algunos de los muchachos abrevaran a sus caballos en las iglesias.

–Esperemos que al menos nos sirvan algo de vino o de cerveza para mitigar nuestra sed tras el largo camino que hemos hecho.

–Siempre esperas demasiado de los demás, Salla. Y yo te recomendaría que pidieras vino, pues si te dan cerveza, quizás la mezclen con meados a ver si acaban contigo.

–Procuraré traerte un poco entonces para que la pruebes tú primero.

Dejamos atrás al escandaloso Wamba, que aún se reía recordando quién sabía qué anécdota del asalto. Nos adentramos en las calles de *Braccara*, dispuestos a encontrar un lugar donde compartir un buen trago y hablar con tranquilidad. Marco y Galieno continuaban molestos tras el relato del guardia, pero Salla no parecía dispuesto a añadir mucho más hasta que no tuviera la versión completa de lo que había pasado. Issa apenas podía contener la risa; aunque se esforzaba en mirar hacia el suelo, algún resoplido se le escapó, irritando a Galieno.

–¿Qué te hace tanta gracia, maldita sea? –le interpeló, ofendido.

Issa se encogió de hombros.

–Galieno... he recibido bastantes palizas por ser pagano. Los cristianos de *Britonia* me expulsaron de mi pueblo, allá en *Lucus*. Así que, si vienen otros más fuertes y ponen en su sitio a unos cuantos sacerdotes, no seré yo el que proteste por ello –replicó con calma, dejando a Galieno sin saber qué responder.

Marco tomó la palabra.

–Es que, después de lo que nos ha contado Wamba, me preocupa la actitud de Teodorico. El acuerdo con Avito implica el respeto a la población y la iglesia hispanas, y pensé que cumpliría su palabra sin excepciones.

–No sabemos qué pasó exactamente. Quizás los sacerdotes provocaron a Teodorico –intervino Salla, hablando en voz baja–. Te recuerdo que la paciencia y la magnanimidad no tienen por qué estar entre los primeros puestos en la lista de virtudes necesarias para ser un buen rey.

Caminamos, pensativos. Me acerqué a Issa y le susurré:

–Muchacho, tienes razón. Pero estos romanos no tienen sentido del humor.

Él me devolvió un guiño divertido, pero evitó cuidadosamente que la risa volviera a aflorar a sus labios para no molestar más a Galieno. El hispano, que iba unos pasos por delante, terminó por aflojar el paso para quedar a nuestro lado y sellar la paz con Issa. Ninguno de los dos era muy bueno con las palabras, así que un ligero puñetazo en el hombro y la promesa de invitarle a un trago bastaron.

Mientras avanzábamos por las callejuelas me fijé en las caras de los lugareños. No parecían especialmente amigables, aunque tampoco nos sentimos amenazados. Caminamos despreocupados a pesar del ambiente tenso. En una de las callejuelas laterales nos llamó la atención el escándalo típico de una buena juerga. Nos asomamos a la esquina y pudimos ver que algún tímido hachón despedía su anaranjado fulgor por fuera del local.

–Me pregunto qué será ahora de nuestra taberna en *Lucus* –me dijo Marco al oído–. Espero que Aspasia y Silvia estén bien.

–Seguro que sí, muchacho. Las dos son mujeres duras y sensatas, y además tu tío se encargará de cuidarlas bien.

–Y el bueno de Mario –añadió Marco.

–Y el bueno de Mario –repetí, recordando al corpulento y silencioso hispano.

Antes de que mi cabeza volara hacia nuestro hogar allí en *Lucus* y me invadieran la nostalgia y la preocupación por quienes allí habíamos dejado, me sobresaltó la voz de Wulfila.

–Parece el sitio perfecto: bebida, comida y grandes voces –gritó para hacerse oír entre el estrépito que se colaba por el desvencijado ventanal.

Entramos en el local; en el interior reinaba un ambiente festivo que me agradó. Bien iluminado desde temprano, las pocas mesas estaban abarrotadas por grupos de guerreros del ejército de Teodorico. Tras la barra, un delgado y miope posadero parecía debatirse entre la satisfacción de que al menos aquellos salvajes le dejaran unas buenas monedas en la caja, y la preocupación porque sus efusivas borracheras terminaran por provocar daños en su local. Dos muchachas muy jóvenes se afanaban por llevar a las mesas las jarras de cerveza y la comida, esquivando con agilidad el auténtico bosque de brazos que no perdían oportunidad para palpar sus generosas carnes. Para nuestra suerte, el porte de Salla, con el cabello aceitado y aún ricamente ataviado con la oscura capa y la primorosa fibula con la que recibiera esa mañana a su padre, hizo que el posadero se interesara inmediatamente en nosotros, esperando pescar más de un importante oficial –condición que proclamaba abiertamente el aspecto de Salla– que de la soldadesca que atestaba el local. Secándose las mojadas manos con un paño que luego anudó en su cinturón, el tipo se acercó a nosotros sorteando a los hombres que se desparramaban en su camino.

–Excelentísimos señores –saludó adulator–, permitidme daros la bienvenida a mi casa.

–Muchas gracias, tabernero –respondió Salla, también muy correcto–. Veníamos en busca de un ambiente tranquilo y algo de comida y buen vino, pero veo por lo concurrido del local que hoy es un mal día para eso.

El tipo reaccionó con presteza, tratando de evitar la marcha de tan prometedor cliente.

–Ni mucho menos, señoría, para clientes de vuestra alcurnia dispongo de una pequeña mesa al final del local. Estaría encantado si accedierais a ocuparla.

Salla hizo sufrir al tipo un instante y volvió la cabeza hacia nosotros buscando nuestra aprobación antes de responderle.

–Pues nos habéis convencido, señor. Llevadnos hacia ese lugar y dejadnos probar vuestra bebida.

Seguimos al individuo por entre las mesas llenas de ruidosos hombres, que no paraban de cantar, beber y berrear, aunque no sabría precisar en qué orden. La mayoría de los que atestaban las últimas mesas parecían ser francos, por el fuerte acento con el que se expresaban. Al pasar junto al último grupo, un tipo enorme con el cabello del color de la paja y la nariz rota se puso en pie y agarró al posadero por el hombro

–¿A dónde vas tan rápido, enano? Hace ya mucho que pedí que la muchacha morena nos trajera una nueva ronda de cerveza –el tipo parecía realmente bebido, y yo esperaba poder estar como él en el menor tiempo posible.

–Disculpad, ahora he de atender a estos importantes señores –respondió el asustado hispano–. Pero enseguida le ordenaré a Magdalena que os sirva.

El tipo nos miró de arriba abajo y una mueca despreciativa afloró a sus labios. Miró por encima de nosotros como si no nos viera antes de contestar.

–¿Señores? debes de haberte equivocado, hispano, pues yo solo veo a unos cuántos godos.

Noté que Wulfila se tensaba delante de mí, pero Salla le hizo un gesto y el muchacho se mordió la lengua y no respondió al insulto del ebrio franco. Salla optó por reír de buena gana, como si se tratara de una simple broma, y posó la mano sobre el hombro del posadero indicándole que continuara con un firme apretón. El hombre se escabulló hasta colocarse tras la mesa que nos había prometido, y separó los bancos indicándonos que nos acomodáramos. Pero cuando Salla trató de pasar, el franco se colocó frente a él impidiéndole continuar. Se movía con mayor agilidad de la que hubiese esperado de un borracho.

–¿Ahora los godos mandan a sus niños a luchar? –preguntó. Una oleada de su fétido aliento acompañó a su desagradable voz.

Aunque la sonrisa de Salla parecía más forzada a cada instante, trató de obviarlo nuevamente y apartarlo para continuar en pos del posadero, cosa que el tipo no parecía dispuesto a permitir.

—¿Es que acaso además envían a niños sordos?

En un visto y no visto, el buen temple y la paciencia de Salla se vinieron abajo. Todavía con una sombra de sonrisa en sus labios, agarró de golpe la mano del individuo, la retorció en un hábil giro hasta ponerle el brazo a la espalda y de un violento empujón postró al tipo sobre la mesa, tirando los vasos, que se derramaron formando regueros de rojo vino que mancharon la cara del franco y obligaron a sus compañeros a apartarse bruscamente para no verse salpicados también. En lo que a mí me pareció menos de un latido de mi corazón, con la mano libre, el godo sacó el puñal que al igual que yo llevaba en su bota, y lo clavó de un golpe en los tablones de la mesa al lado de la cara del sorprendido individuo. Al instante los compañeros de éste reaccionaron por fin, y sus tontas expresiones de borrachos se tornaron rápidamente en sorpresa e indignación. Me apresuré a sacar también mi puñal, para que vieran que el chico no estaba solo en aquello. El problema era que, o mucho me equivocaba, o la mayoría de los guerreros presentes en el local eran francos, y en una pelea tendríamos todas las de perder por muy sobrios que nos encontráramos. En las mesas vecinas al oír el golpe y ver a sus compañeros levantarse precipitadamente, los guerreros comenzaron a volverse hacia nosotros sin saber qué hacer. Solo duró unos pocos instantes, pero la incertidumbre del momento hizo que todos los que nos encontrábamos en el local —incluido su asustado dueño— temiéramos que se desencadenara una brutal pelea de incierto desenlace.

—Este hombre no sabe beber —gritó Salla para hacerse oír, mientras sacaba una moneda y la ponía sobre la mesa—. Necesita un vino de verdad para templar su cabeza —miró al sorprendido posadero—. Traedle una jarra para él y sus amigos, para que brinden a mi salud.

Aunque el protagonista de la discusión, con la cara aún pegada a los empapados tablones, no podía sino balbucear, a sus compañeros les pareció un buen trato. Al instante la tensión se disipó, y poco a poco los ocupantes de cada mesa volvieron a formar sus animados corros y se olvidaron de nosotros. Salla retiró su puñal de la mesa dejando un profundo agujero en la madera, soltó al tipo y continuó su camino sin dignarse a mirar atrás. Nosotros, en cambio, pasamos de largo procurando no descuidar nuestras espaldas. Por fin llegamos a la mesa que el posadero nos había indicado. El gesto de

preocupación del tipo era evidente en su escuálido rostro, porque hacía solo unos instantes su local había estado a punto de quedar destrozado por la pelea de un montón de salvajes. Salla, muy tranquilo, como si nada hubiera ocurrido, pidió comida y bebida para todos y despidió al tabernero con un gesto.

En cuanto se fue, se volvió hacia nosotros.

–¡Malditos francos! Algún día dejaremos de lado a Roma y nos despedazaremos como perros entre nosotros, estoy seguro.

–Muchacho –interrumpí yo–, no se te puede sacar del campamento. Resultas incluso más salvaje que el bueno de Ibbas, quién lo iba a decir. La próxima vez que quiera emborracharme gratis trataré de provocarte.

Una de las muchachas apareció cargada de jarras de cerveza, que fue depositando sobre la mesa. Debía de ser la tal Magdalena, y entonces entendí el porqué de las prisas del franco. Galieno, que se encontraba frente a mí, no perdía detalle del proceder de la muchacha. Ella, por su parte, cuando repartió los vasos de barro, fue haciéndolos deslizarse hasta que cada uno tuvo el suyo enfrente, salvo el de Galieno, que se lo entregó en la mano. El muchacho se aseguró de rozar sus dedos al tomarlo, y la chica sonrió complacida. Divertido, le propiné una patada por debajo de la mesa, pero él no me hizo caso hasta que ella se marchó.

–Vaya, vaya... –comentó Salla–. A pesar de que el ambiente del local parece complicado, creo que al menos uno de nosotros tratará de volver por aquí.

–¿Crees que tendremos problemas con estos tipos? –preguntó Marco.

–Lo dudo. No son más que unos simples borrachos: mañana recordarán poco de lo sucedido, y mucho menos nuestras caras.

–No subestimes a los borrachos, chico –respondí yo–. Una vez, hace muchos años, estando con mi amigo vándalo Gelimer en una taberna de *Carthago Nova*, una rata cobarde de la que no recuerdo el nombre, pero sí su cara, metió la mano en nuestra bolsa. Te aseguro que habíamos bebido hasta quedar casi inconscientes, pero al día siguiente Gelimer dio con él antes incluso del mediodía, y dejó su espalda desollada como si fuera una oveja después de cortarle la lana.

–Hay que ser un vándalo para hacer eso, Attax, y estos son francos. Sucios y pendencieros francos. Si tuvieran que recordar todas y cada una de las

broncas que provocan, no tendrían tiempo para nada más.

–Siempre pensé que adorabas a todos los seres de la tierra y que querías conocer cada una de las ciudades que habitaban –dije, socarrón.

–Eso no incluye a los francos, Attax. Ellos son... distintos.

–Pues tu rey debe de tenerlos bien domesticados, porque si no fuera así dudo que los trajera a una campaña como esta. No creo que las tropas que aportan sean decisivas para vencer.

–Como te dije, manda Roma. Y por ello traemos también a los burgundios. Piensa que mientras sus reyes estén aquí con nosotros, no podrán campar a sus anchas en la *Galia*. Es bueno para Teodorico, que no deja su casa desprotegida frente a sus vecinos, y es bueno para Roma. Avito no es tonto, pese a lo que puedan decir muchos de sus detractores.

–Bueno –interrumpió Marco, tratando de olvidar el incidente y volver a nuestro plan inicial–, entonces, ¿sabes cuáles son los planes que tiene el rey para el ejército, Salla?

El godo bebió un largo sorbo de la fuerte cerveza. Antes de que pudiera responder, llegó la muchacha con algo de comer. Colocó las fuentes sobre la desgastada mesa regalando miradas coquetas a Galieno, que la siguió descaradamente con la vista cuando se marchaba. Yo cogí lo que me pareció un muslo de pollo muy especiado de una de las fuentes, y me dispuse a escuchar como mis cachorros trataban de organizar la campaña mientras yo me concentraba en la primera comida decente desde hacía mucho tiempo.

–No hay nada definitivo, pero todo apunta a que la campaña continuará hacia el sur, hacia la misma *Emerita*. Toda la información que ha recabado Teodorico indica que la presencia sueva en *Emerita* es importante, y que por la seguridad de los territorios del norte, es necesario acabar con su influencia allí en el sur.

Con la barba chorreante de grasa y la boca llena respondí:

–Estoy de acuerdo con el godo.

–Pero estamos en invierno –dijo Marco–. ¿No deberíamos esperar hasta la primavera para proseguir la campaña?

–Aquí es siempre primavera, Marco –respondió divertido Wulfila–. Esas precauciones se dejan para el norte, mucho más allá de *Mediolanum Santonum*, donde habitan los salvajes armoricanos.

–Mejor diría más allá de *Vektis*, en mi isla, donde viven los verdaderos britanos. Eso sí es invierno, creedme –dijo Issa sin perder de vista su jarra de cerveza.

–Algún día me gustaría ver tu tierra Issa. Tiene que ser tan... distinta –habló Salla, soñador.

–Si con distinta te refieres a que se parece a la de los francos, entonces lo dudo. Aunque quién sabe si algún día se decidirán a ir hasta allí.

–Chico, céntrate –interrumpí con la boca aún llena de jugoso pollo–. Ahora hemos dicho de ir a *Emerita*. Ya tendrás tiempo de ir a donde tú quieras más adelante, pero ahora hemos de concentrarnos en *Lusitania*.

Salla rio con ganas antes de replicarme.

–Veo que Teodorico tiene un importante aliado entre nosotros, Marco. Cuanto más al sur vayamos, menor probabilidad habrá de encontrar nieve, y eso es lo que acertadamente supone el rey, por lo que nos dirigiremos a *Lusitania* –confirmó Salla–. Marco... ¿Nos seguiréis? –preguntó, esperanzado.

–No veo por qué no, si mis compañeros están de acuerdo –respondió Marco, mientras nos miraba–. Por mi parte creo que necesito acabar con algunos suevos más antes de regresar a *Lucus* a convertirme en el tranquilo y digno mercader que pretende mi tío.

La respuesta del hispano fue celebrada por todos y nuestros gritos se dejaron oír por todo el local, acallando por un momento la algarabía de las otras mesas. El posadero asomó la nariz, preocupado, temiendo que nos hubiéramos metido de nuevo en problemas.

–¿Se sabe alguna fecha? –preguntó distraído Galieno, mirando a la muchacha mientras esta volvía a acercarse a nosotros para traer algo de pan casi duro a la mesa. El chico debía de estar pensando en lo ocupado que pensaba estar los días que nos restasen en *Braccara*.

–Todo depende de cuando regrese Liuva con su trofeo, pero no ha de tardar.

–Hemos venido a emborracharnos, muchachos, no a recordar a viejos amigos. Así que bebed y celebremos que las armas nos unirán durante una buena temporada más –brindé.

Cuando acabamos no sé ni cuántas jarras de cerveza y más pollos de los que era capaz de contar, abandonamos el local apoyándonos los unos en los otros mientras el aliviado tabernero nos acompañaba hasta la puerta, no sin antes asegurarse de estafarnos con holgura a la hora de cobrarnos sus servicios. Salla pagó sin rechistar; quizás el muchacho quería tener un simbólico gesto para compensar a los hispanos por descubrir las blancas carnes de sus religiosos.

Tuvimos que golpear la enorme puerta de madera de la ciudad y berrear como los borrachos que éramos para que un soñoliento Wamba nos permitiera retornar hasta nuestro campamento. El tipo, que debía de estar descansando en la torre contigua pensando en que hasta la mañana siguiente no debía preocuparse por su tediosa tarea, según nos vio se llevó las manos a la cabeza y sus gritos llenaron la tranquila noche de la ciudad. Tan airadamente protestaba que tuve que soltarme de Galieno para rebuscar en mis bolsillos y ofrecerle una moneda para que nos abriera el portón y se olvidara de nosotros. Sin duda ese día nos habían tomado por tontos, porque entre el franco, el tabernero y el tipo de la puerta nos habían desplumado a conciencia, pero al fin pudimos atravesar la muralla y seguir nuestro tambaleante camino hasta el silencioso campamento. Sin apenas saludar a nuestros compañeros, nos tendimos sin ningún cuidado en el suelo y dormitamos despreocupados hasta la mañana siguiente.

Gracias a todos los dioses, la noche anterior Ibbas se había entregado con entusiasmo a sus planes de diversión, y se había dirigido a uno de los campamentos a beber entre viejos conocidos y solazarse con las mujeres que allí acudían hasta altas horas de la madrugada. Dado que no nos vio llegar, y que él mismo fue incapaz de levantarse temprano, esto nos salvó no solo de tener que aguantar su reprimenda –lo que en nuestro estado nos hubiera provocado un dolor de cabeza insoportable– sino también de ser objeto de los castigos ejemplares que a Ibbas le gustaba imponer a aquellos que incumplían los horarios establecidos para los permisos en la ciudad. Ni siquiera estar acompañados por su protegido nos habría salvado, porque hasta el mismo Salla hubiera tenido que cumplir el castigo, quien sabe si incluso con mayor rigor que nosotros mismos.

CAPÍTULO VII

Los días siguientes se sucedieron tranquilos, tal vez demasiado, pero entre el cansancio que arrastraban nuestros agotados cuerpos y la espantosa resaca que nos persiguió, lo único que nos interesaba era descansar y asegurarnos de no dilapidar a las primeras de cambio las escasas ganancias fruto de nuestras correrías. Esto no incluía a Galieno, que cada día se apresuraba a solicitar desde bien temprano el permiso a Ibbas para acudir a la ciudad, con la evidente intención de acercarse a tontear con la joven camarera. Los rumores de que *Emerita* sería nuestro próximo destino se propagaron entre la tropa, y los soldados, a los que parecía agradarles la idea, se limitaban a haraganear hasta que llegaran las órdenes del rey. Nos unimos a ellos con entusiasmo, y entre partidas de dados, historias y canciones, procuramos coger fuerzas para afrontar la nueva campaña.

Pero pocos días más tarde nuestra tranquilidad se vio interrumpida por la brusca irrupción de un grupo de jinetes que cruzaron el campamento a toda velocidad, sin tan siquiera aminorar la marcha al pasar entre nosotros arrancando numerosos terrones de barro del suelo. Ibbas, indignado, vociferó una sarta de insultos.

–Pero ¿dónde se creen que van, con esas prisas? ¡Malditos bastardos! Juro que he visto el casco de ese caballo a un palmo de mi nariz. ¿Eran francos, muchacho? –preguntó, dirigiéndose a Salla.

–Creo que eran godos, Ibbas. Y me atrevería a decir que eran hombres de Liuva, pues me ha parecido reconocer a Segga entre ellos. ¡Puede que nuestra espera haya llegado a su fin! –se levantó de un salto para dirigirse hacia donde aguardaba su montura y al instante se perdió tras la pista de los jinetes en busca de una respuesta a nuestras elucubraciones.

A las pocas horas, ya todo el ejército estaba al corriente de las nuevas que portaban los mensajeros. Rechiario había sido capturado en *Portus Cale*, y Liuva lo mantenía bajo custodia, cargado de cadenas. Segga había entregado a Teodorico el yelmo del vencido, y el rey lo había expuesto ante los habitantes de *Braccara* como señal de su caída. Y nuestro ejército por fin continuaría su

marcha hacia el sur: pasaríamos por *Portus Cale* para que Teodorico pudiera ver a Rechiario con sus propios ojos –todos pensábamos que lo haría ejecutar–, y luego continuaríamos hacia *Emerita*.

Por lo que nos relató Salla, los consejeros del rey habían discutido la posibilidad de escenificar el final de Rechiario frente a sus antiguos súbditos de *Braccara*, pero la prisa por llegar a *Emerita* con tiempo suficiente para establecer allí las bases de invierno se impuso, por lo que finalmente serían los habitantes de *Portus Cale*, el último refugio del derrotado soberano suevo, los que presenciarían su más que probable ejecución.

El ejército se movilizó con diligencia. El rey y sus notables, con un ufano Segga entre ellos, abrirían la marcha, y el grueso del ejército los seguiría una vez hubiésemos levantado el campamento establecido a las afueras de *Braccara*. El trayecto era corto; en apenas tres jornadas de marcha tranquila nos plantamos frente a la antigua fortificación que dominaba la bahía. Allí, Liuva, convenientemente advertido por sus hombres de la llegada de Teodorico, se había asegurado de preparar una bienvenida a la altura del rey. El *gardingo*, a la cabeza de sus hombres, lucía sus mejores galas: una pesada capa negra que cubría su espalda sobre la bruñida cota, a juego con unas botas de cuero negro finamente adornadas, y un espléndido yelmo del que se despojó con gesto estudiado, colocándolo bajo el brazo en una pose entre respetuosa y gallarda. Situados entre los hombres de Akhila, pudimos ser testigos privilegiados del espectáculo. Marco, de mal humor, mantenía su ceñuda mirada fija en el orgulloso godo. Ibbas vitoreaba con ganas, lo que le valió algún vistazo reprobador por parte del chico.

Cuando Teodorico se situó frente a Liuva este le regaló una reverencia pomposa, y haciéndose ligeramente a un lado hizo una seña a los hombres situados a su espalda. Al apartarse pudimos ver tras él la patética figura que componía el otrora rey de los suevos, escoltado por dos soldados. Tenía las manos atadas a la espalda; las recias cuerdas mordían sus despellejadas muñecas. Estaba descalzo y desnudo de cintura hacia arriba, y su piel tomaba un tono violáceo bajo la luz fría del atardecer. La larga melena enmarañada cubría a medias su rostro. Los hombres de Liuva tiraron de él para que avanzara. Dio dos pasos titubeantes, y a punto estuvo de caer de bruces al enfangado suelo. El hasta entonces temido Rechiario, el mismo que tuviera en

jaque a toda la Diócesis en sus correrías y que desafiara al mismísimo emperador, arrancaba ahora las mofas de sus vencedores. Los soldados lo sujetaron para que no cayera, y lo llevaron casi en volandas hasta donde esperaba Teodorico. Por la expresión de Liuva, se podía adivinar que el cabrón estaba disfrutando a lo grande de su momento de gloria. Miré a Marco y le hice un guiño; bajo su espléndido casco nuevo miraba con odio al godo, con los brazos cruzados sobre su pecho, y evitaba ostensiblemente unirse a la algarabía de sus compañeros. Delante de mí, Ibbas seguía chillando como un poseso.

–El muy iluso debió de pensar que, al ser de la familia, Teodorico no iría a por él –dijo Ibbas.

Ante mi gesto interrogativo, aclaró:

–Está casado con su hermana.

Puse gesto de sorpresa antes de hacer una pregunta de la que Ibbas ya me había dado respuesta.

–¿Rechiario es el esposo de la hermana de Teodorico?

–Sí. Teodorico, el viejo, arregló el matrimonio. Por lo visto no tenía buen ojo para escoger a los maridos de sus hijas. Pero yo diría más bien “era”, pues a este no parece quedarle mucho tiempo en este mundo.

Asentí, pensativo. El doble juego de los godos me fascinaba. Mientras trataban de aparecer como aliados de Roma, defendiendo su causa contra otros pueblos –pese a que también guerrearán contra el emperador cuando así lo creían oportuno–, a su vez establecían alianzas con los suevos, enemigos del imperio. Tras los movimientos entre dos aguas de su padre, el actual soberano se había convertido en una especie de árbitro de la situación. Ahora, empujado por las circunstancias, parecía haberse decantado claramente por uno de los bandos –como no, por el más fuerte–, aunque no podía dejar de preguntarme si el propio Teodorico no estaría más preocupado por sus propios intereses que por los de Roma. *Hispania* parecía resultar del agrado del soberano godo; no en vano, ya habíamos comprobado que se aseguraba de dejar pequeñas guarniciones para guardar el territorio allí por donde pasaba, incluida la propia *Braccara*. Para guardarlo de quién, me preguntaba yo.

Marco masculló a mi oído:

–Pues si mató a su propio hermano para acceder al trono, no veo por qué debería tener algún miramiento con su cuñado.

No pude sino darle la razón.

–¿Y tú por qué demonios vitoreas con tanto ánimo? –espeté a Ibbas, que seguía a lo suyo.

En cuanto pudo entender la pregunta entre el escándalo reinante el enorme godo rompió a reír.

–Pocas ocasiones hay de ver al rey enemigo postrado a tus pies, Attax. ¡Hoy es un gran día!

–Sobre todo para Liuva –respondí, contrariado. La pose triunfante del odioso *gardingo* había conseguido empañar mi alegría por la caída de Rechiario.

–Ya te lo ha dicho Salla. Liuva es un bastardo, pero sabe luchar y mandar hombres. El despojo que lo acompaña no merece llamarse rey si no ha sabido defenderse. Hoy hemos vencido; quédate con eso.

Liuva obligó a Rechiario a postrarse ante Teodorico de un violento tirón. El rey parecía complacido: pasó el brazo por el hombro de Liuva, y pasando junto al cabizbajo prisionero, al que apenas se dignó a mirar, se perdieron en el interior del castro. Los soldados avanzaron también, arrastrando a Rechiario tras ellos. Los vítores de los guerreros acompañaron a la comitiva hasta que se perdió de vista. Comprobé que algunos ciudadanos de *Portus Cale* –pocos, en realidad– habían asistido también a la escena. No supe leer en sus rostros si lamentaban o celebraban la caída del monarca suevo. Cuando el espectáculo concluyó, la multitud se dispersó rápidamente. Como siempre, el ejército aguardaría a las afueras de la fortaleza; al poco llegaron órdenes de prepararnos para pasar allí la noche. Nos instalamos como pudimos y nos envolvimos en nuestras gruesas capas, dispuestos a esperar cómodamente hasta que llegaran más noticias desde la fortificación.

Lo que llegó justo antes de anoecer fue un buen cargamento de pellejos de vino que los heraldos de Teodorico se encargaron de repartir entre los hombres. El monarca quería hacer a su tropa partícipe de la importante victoria conseguida, y enviaba este presente para que brindáramos a su salud. La iniciativa fue recibida con ruidosos vítores; los hombres aclamaban el

nombre del rey, y algunos también el de Liuva. Me dispuse a hacerme con la suficiente cantidad de vino como para ahogar mi disgusto en él.

La bebida corrió a raudales. Los hombres se reunieron alrededor de las recién encendidas hogueras para beber. Pronto comenzaron a escucharse alegres cánticos, y algunos se animaron incluso a marcar improvisados pasos de baile alrededor del fuego. Dimos buena cuenta del vino –bastante mediocre para mi gusto, y probablemente demasiado aguado, aunque también era cierto que debía aplacar varios miles de sedientas gargantas–, aunque con menos entusiasmo que en los grupos de los alrededores.

Poco más tarde llegó hasta nuestro vivaque un sonriente Salla, que había pasado el día intramuros acompañando a su padre.

–¡A la salud del rey! –saludó nada más bajarse del caballo.

Los hombres enseguida comenzaron a vitorearlo y a gritar el nombre de Teodorico, de nuevo con Ibbas a la cabeza. Este era el que más chillaba, el que más bailaba y, por supuesto, el que más bebía. Era un hombre sin complicaciones, que pedía a la vida mujeres, alcohol, enemigos y una buena espada que esgrimir. Y yo echaba de menos sentirme como él.

Cuando consiguió zafarse del beodo abrazo de Ibbas, Salla se acercó a nosotros.

–Qué callados os veo, amigos, ¿no se os ha liberado hoy? –por la sonrisa del joven se podía adivinar que no hablaba en serio.

–Pues estamos un poco hartos de escuchar el nombre de Liuva, para ser sinceros –respondió Galieno.

El noble Liuva, *gardingo* del rey, ahora mismo cuenta con el entusiasta favor del monarca, y en breve será nombrado *comes*, para mayor gloria de Teodorico.

–Bastardo –musité por lo bajo–. Espero que no aproveche su nuevo poder para ir a por nosotros.

–Tranquilos, muchachos. Probablemente ahora está demasiado ocupado con su nueva vida en la corte para fijarse en unos simples guerreros de la tropa, por mucho que hayáis herido su orgullo. El noble Liuva ha conseguido situarse muy cerca del rey, y allí las preocupaciones son otras. Así que bebamos y emborrachémonos hasta caer redondos, porque en breve tendremos que volver a ponernos en movimiento.

Acepté el argumento de Salla sin demasiado convencimiento. Después de todo, Liuva había intentado acabar con nosotros por mera diversión el día en que nos conocimos, y después de que la oportuna intervención de Akhila lo evitara, había vuelto a intentar darnos algún que otro disgusto, bien de mano de sus hombres, bien pagando unas monedas a algún desgraciado para que se encargara de la tarea. No me parecía la clase de hombre que deja pasar una afrenta si puede evitarlo; hasta ahora había demostrado una excelente memoria y paciencia suficiente para esperar su oportunidad. Así que, por mi parte, pensaba seguir manteniendo los ojos bien abiertos. Pero por esa noche, atendería al sabio consejo de Salla y me esforzaría en hacer los honores al vino de Teodorico. Poco a poco la alegría reinante me fue contagiando, y terminé bailando junto a Ibbas alrededor de la fogata, entre las risas de los muchachos. Bebimos, saltamos y reímos hasta que nuestros cuerpos resistieron; luego caímos vencidos por el sueño, y las luces del improvisado campamento fueron muriendo. Pronto las sustituirían las del amanecer.

Si esa noche un ejército suevo de pequeño tamaño, quizás de no más de un millar de hombres, se hubiera propuesto rescatar a su humillado rey, probablemente no solo lo habría conseguido, sino que además hubiera podido acabar de un golpe con la expedición goda –al menos con los hombres que dormíamos ruidosamente extramuros, donde nos podían haber degollado sin que apenas llegáramos a enterarnos de lo que ocurría–, porque dormimos como auténticos borrachos, y así nos sorprendieron el sol de la mañana y los enviados de Teodorico desde la ciudad. A gritos, e incluso a patadas, los cabecillas tuvieron que emplearse con contundencia para despertar a la tropa. Se nos instó a vestir nuestras mejores galas; ese mismo día, a la vista de toda la tropa y la ciudad, sería ajusticiado Rechiaro, para mayor gloria de Teodorico y del emperador Avito.

–Nos manda un cargamento de vino, y ahora pretende que nos levantemos con buena cara –refunfuñó Galieno, rascándose la cabeza enérgicamente.

Entre las quejas de los guerreros y los rugidos de los oficiales, se construyó una burda plataforma de madera a las afueras del castro donde se ejecutarían las órdenes del rey, a la vista tanto del ejército desplegado extramuros como del que deseara asomarse desde la fortaleza. Los hombres, por grupos, fuimos acercándonos hasta el río para sumergir nuestras cabezas

en las frías aguas y desterrar de las mismas los vapores étlicos a los que habíamos sucumbido la noche anterior. Poco a poco el campamento se fue llenando de guerreros malcarados y lentos que volvían a sus tareas y se revestían de cuero y hierro ante la atenta mirada de sus superiores.

Cuando ya casi todos los hombres estaban en condiciones, la plataforma construida, y el brillo en lo alto anunciaba que el sol estaba próximo a su cenit, los heraldos regresaron al campamento y los capitanes azuzaron a sus hombres para que formaran por unidades frente a la improvisada tarima. Los grupos iban colocándose lo más cerca de los muros que podían, formando un semicírculo que englobaba a la estructura de madera. Pasados unos momentos, el rey y sus nobles se destacaron en lo alto del adarve, donde también se había construido una pequeña plataforma techada y adornada con colgaduras donde pudieran sentarse cómodamente, protegidos de las inclemencias del tiempo. Los vítores arreciaron desde que Teodorico asomó la nariz. Tras un rato de ruidosas aclamaciones, salió por el portalón abierto la esperada procesión. Rechiario, ahora sí, vestido con ricos ropajes, y con el cabello y la barba arreglados, aparecía encadenado sobre una carreta, escoltado por varios guerreros de la guardia del rey vistosamente ataviados. Al frente de la comitiva, un gigantesco guerrero –que para mi sorpresa no era Liuva– caminaba con pasos estudiadamente arrogantes y una ligera sonrisa en los labios. Desprovisto de casco, lucía una brillante cota de malla finamente trabajada, y tanto la fíbula que sujetaba su capa como el enjoyado cinturón eran de excelente factura. A la izquierda, lucía envainada una descomunal espada con la vaina ricamente repujada, que tenía aspecto de costar una auténtica fortuna. Le supuse una edad similar a la mía, porque su melena pelirroja comenzaba a presentar algunas hebras desvaídas, y lucía una perilla del mismo color naranja entremezclado con el blanco de las canas pulcramente recortada.

Cuando pasó junto a nosotros, me quedé con la boca abierta. Aquel hombre tenía un ojo de color verde intenso y el otro de un pálido azul. Era la primera vez en mi vida que veía semejante prodigio; su mirada hipnótica resultaba turbadora.

¿Quién es ese tipo? –pregunté a Ibbas.

Me miró de soslayo, sorprendido por mi ignorancia.

–Es Agriwulf. Uno de los nobles del rey, uno de sus favoritos.

Intenté lanzar una nueva pregunta, pero Ibbas me ignoró para continuar vitoreando.

Cerrando la procesión, un grupo de prisioneros –suponía que algunos de los suevos más importantes capturados por los godos–, seguían a su señor con las manos atadas, cada uno escoltado por un fuerte guerrero godo.

Cuando la comitiva llegó a la improvisada escalera por donde se ascendía a la tarima, los guerreros de la escolta abrieron la portela de la carreta y sacaron a Rechiario, que para mi sorpresa no trató de resistirse, privando así a sus enemigos de verle desesperado y aterrorizado en sus últimos instantes. Por el contrario, y pese a los empujones de los guerreros, subió por los escalones mirando con fijeza hacia la muralla, donde Teodorico contemplaba la escena rodeado por sus notables, entre los que suponía que se encontraban Akhila y Salla, y también Liuva, al lado de Frederico.

El resto de cautivos fueron situados frente al estrado, postrados de rodillas en la fría hierba de cara a su caído señor. También Rechiario fue obligado a arrodillarse. Agriwulf sacó un largo puñal y se colocó a su diestra. Tras un gesto del rey, lo agarró por el cabello; contuve la respiración, sin saber muy bien qué iba a hacer. El propio cuerpo de Agriwulf, inclinado sobre el suevo, me impedía ver sus movimientos. Cuando se apartó, pude comprobar que la cabeza de Rechiario lucía completamente pelada. Hilillos de sangre corrían sobre su frente y sus sienes, ahí donde el cuchillo había herido su cuero cabelludo. Los cuernos sonaron desde la muralla y el propio Teodorico se levantó para dirigir unas palabras a sus hombres ante el humillado Rechiario.

–¡Guerreros! Hoy veis caer a este hombre, que osó desafiar al emperador Avito y despreció las embajadas que le envió nuestro pueblo en nombre de nuestra antigua amistad. Hoy paga por su desmedido orgullo viéndose privado de toda dignidad, antes de perder la propia vida. Hoy somos testigos del final del poder suevo en este lugar; un final forjado junto a las aguas del río *Urbicus* con la fuerza de nuestras armas y sellado con la suerte del reo al que ahora ajusticiamos. Agriwulf, el héroe de *Braccara*, tomará ahora las riendas en esta región, en mi nombre y el de Avito –el interpelado inclinó la cabeza hacia su soberano, y enseguida volvió a alzar la barbilla con orgullo–. Pero aún nos queda trabajo por hacer antes de dar por concluida esta misión.

Partiremos hacia el sur, para liberar *Emerita Augusta*, la perla de la diócesis, de la presencia sueva. Y os prometo que vuestros esfuerzos tendrán su justa recompensa.

Los vítores de los hombres no se hicieron esperar; las duras voces de los guerreros corearon las palabras de su señor. Sin esperar a que los gritos se apagaran, Teodorico hizo una seña a Agriwulf, que aguardaba al lado del reo. El guerrero que sujetaba a Rechiario colocó su cabeza pelada sobre el tocón y retiró la tela de su camisa para dejar el cuello al descubierto. Agriwulf se tomó su tiempo para desenvainar la espada enjorada. Los hombres, enfebrecidos por el momento, comenzaron a corear el nombre del favorito del monarca, y este, consciente de que todas las miradas estaban fijas en él, se desenvolvió con estudiada parsimonia. Los cautivos suevos eran sujetos por los guerreros situados a sus espaldas, que los mantenían fuertemente agarrados por sus cabelleras para impedir que perdieran detalle alguno de lo que sucedía en el estrado. Por fin la espada cayó, separando del tronco la cabeza de Rechiario de un tajo certero, mientras los hombres continuaban con su alborozo. No es nada fácil decapitar a alguien de un solo tajo como aquel tipo hizo con el rey suevo, por lo que me quedaba claro que además de costosa, aquella espada estaba tremendamente afilada, y su dueño poseía una fuerza en los brazos fuera de lo común. Mientras la sangre del difunto rey regaba las tablas del estrado, para mi sorpresa, el resto de cautivos eludieron el destino de su señor, pues desfilaron de regreso a la ciudad acompañados nuevamente por su captor, detrás del arrogante paso que marcaba Agriwulf. A mi lado Salla, viendo la extrañeza en mi rostro, me aclaró qué había pasado.

—Agriwulf ha pasado a ocupar el lugar de Rechiario, amigo; o eso es al menos lo que pretendía Teodorico con este espectáculo.

Lo miré fijamente, pensando que no le había entendido bien.

—¿Teodorico va a instalar una tropa en *Gallaecia* para asumir el lugar de los suevos? O, ¿a qué viene entonces la decisión de no acabar con los hombres de Rechiario? ¿Acaso pretende ocupar su trono?

Salla se encogió levemente de hombros y respondió con cautela.

—Supongo que lo que el rey espera de Agriwulf es que termine lo que hemos comenzado en el *Urbicus*. Que logre mantener a raya a los suevos que

se refugien en el norte, o en caso contrario que los controle bajo su implacable yugo.

No me terminaba de convencer.

–¿Y qué opinión te merece a ti ese Agriwulf?

–Lo único que puedo decirte es que se le conoce como uno de los hombres de confianza del rey, que acata sus órdenes y las cumple con fría eficacia. También te podría decir que me recuerda en algo a Liuva, o más bien al revés: es nuestro Liuva quien intenta llevar una carrera similar a la del veterano Agriwulf.

–Siento decirte que tus palabras no me tranquilizan, Salla.

–Al menos será una mejora con respecto a Rechiario. Agriwulf siempre tendrá alguien a quien rendir cuentas, mientras que el suevo era la autoridad en sí mismo.

–Sigo pensando que no me gusta ese tipo. Tiene ojos de brujo, no parecen los de un ser humano. Me dan escalofríos con solo mirarlos.

–Mira por donde, el grande y salvaje alano tiene miedo de alguien –Salla sonrió, burlón.

–Yo no he dicho eso, mocosito metomentodo. Aún no ha nacido el godo al que tema lo más mínimo.

–Como digno representante de tu estirpe. ¿Sabes que en algún lugar oí que el mismísimo padre de Aecio descendía de tu pueblo?

Era la primera vez que oía semejante rumor, pero me gustó por la buena opinión que tenían mis muchachos del difunto *Magister militum*.

–Ya me parecía a mí un tipo interesante ese romano –dije, halagado.

–Interesante, y muy hábil para la diplomacia y el engaño. Igual que tú, Attax –pese a que comenzó la frase muy serio, no pudo evitar terminar riéndose.

Le di un fuerte puñetazo en su protegido hombro –casi me hice más daño yo que él– y lo empujé para quitarlo de mi lado, aunque en el fondo yo también me reía.

Mientras avanzábamos de regreso al improvisado campamento, no podía quitarme de la cabeza el espectáculo que acabábamos de presenciar. En un primer momento pensé en la posibilidad de que los guerreros no acogieran con agrado las palabras de su rey, si acaso todavía esperaban, a pesar de los

rumores, que el monarca diese la misión por concluida y les permitiera regresar a sus tierras, donde esperaban sus familias, desprotegidas y rodeadas de enemigos. Pero me equivocaba radicalmente. Después de todo, los godos no se diferenciaban tanto de los otros pueblos que habían penetrado en las *Hispanias*; también estaban enfebrecidos por el oro y las riquezas, y pese a que la continuidad de la campaña pusiera en peligro sus propias vidas y las de sus familiares allí en la *Galia*, no estaban dispuestos a darla por finalizada sin haberse llenado los bolsillos con el producto de los saqueos que hasta el momento les habían sido prácticamente vedados.

Aquella fue una tarde animada entre los hombres, que tras escuchar el discurso de su señor esperaban ver cumplida su promesa de botín para los suyos en lo que restaba de campaña. Cuando comenté mis impresiones a los muchachos, Galieno me miró sorprendido.

–Pero respetarán a los hispanos de *Emerita*, ¿verdad? Después de todo, la palabra dada a Avito es más valiosa que el oro que pueda haber allí.

Casi me ahogo de risa ante la inocencia del muchacho.

–Supongo que sí, Galieno. Aunque no estoy seguro de que el corazón de Teodorico abrigue tan nobles sentimientos, entiendo que por ahora una buena relación con Avito es más beneficiosa para él que lo que pueda sacar de botín arriesgándose a molestarlo. Puede que tense la cuerda, como en *Braccara*, pero se cuidará de no romperla.

Salla permanecía callado, aunque asintió al escuchar mis palabras. No me resistí a lanzarle una pulla. Mientras hablaba, observé su expresión con atención.

–Además, a Teodorico parece gustarle esta tierra. A lo mejor desea empezar a cultivar sus relaciones con los obispos y principales de la zona, no sea que le llegue la oportunidad de sustituir a alguna autoridad romana tal y como ha hecho con Rechiario... Creo que incluso a nuestro siempre bienintencionado Salla no le disgustaría ostentar en el futuro algún cargo en su adorada *Emerita*.

El joven me dirigió una mirada larga e inescrutable antes de responder:

–Vete al cuerno, Leviatán.

–Me preocupa el ánimo de la tropa –intervino Marco, que había seguido la conversación con aire pensativo–. Yo también los veo sedientos de botín.

Espero que Teodorico tenga las cosas claras, porque le va a costar sujetarlos. Y la promesa con la que ha cerrado su discurso ha sido vaga, pero inquietante.

–Probablemente, ni siquiera él mismo sepa con certeza lo que va a hacer –aventuré.

–Pues esperemos que haga lo correcto –sentenció Marco.

Asentimos en silencio.

CAPÍTULO VIII

Pronto se confirmaron las disposiciones del rey: pasaríamos la noche en nuestro desordenado campamento a las afueras de *Portus Cale*, y partiríamos hacia el sur al amanecer. El optimismo reinaba entre la tropa; tal y como había transcurrido la campaña hasta ese momento, los guerreros godos estaban convencidos de que *Emerita* les ofrecería nuevas oportunidades de éxito y riqueza. Y nosotros, de que el camino que recorriamos suponía nuestra esperanza más firme.

Esa noche, como tantas otras, compartimos los últimos momentos antes de dormir reunidos alrededor del fuego, dando buena cuenta de la comida con la que nos había obsequiado Teodorico. Una de las debilidades que he tenido siempre respecto a la comida es disfrutar de una buena pieza de ave asada en la hoguera rodeado de mis compañeros. Pero esa noche, mientras devoraba con gusto un muslo de ganso, estuve a punto de atragantarme con mi manjar.

—Attax, ¿pasaremos por *Conimbriga*? —preguntó Galieno, pensativo.

Tardé un instante en responder. Aunque la pregunta no me sorprendía, había querido obviar la respuesta durante el mayor tiempo posible.

—Probablemente. Se encuentra en nuestra ruta de camino hacia el sur.

Se hizo un tenso silencio que se prolongó durante largos minutos. Tanto Galieno como Marco parecían concentrados en observar con fijeza el fuego que nos calentaba. Por fin Galieno se decidió a hablar.

—¿Podremos pasar por la villa? Me gustaría visitar la tumba de mis padres.

—¿Estás seguro de que es lo que quieres? Hace ya muchos años que partimos de *Conimbriga*, y no sabemos cómo puede estar la villa. Puede que haya sido ocupada por esclavos fugados, o incluso algo peor. —Dije, sin fuerzas para enfrentarme a viejos fantasmas delante de ellos.

—Cantaber me prometió que la guardaría por si yo algún día regresaba — interrumpió Marco, sin dejar de mirar las llamas—. Seguirá vacía, tal y como la dejamos.

Estudí el rostro franco de Marco, aquel niño que conociera desde pocas lunas después de su nacimiento y que ya se había convertido en un hombre,

como atestiguaba su rostro afilado enmarcado por una barba rala y su cabello más largo de lo habitual.

–Confío mucho en Cantaber, Marco. Pero no sabemos qué habrá pasado en la región, desde hace... ¿cuánto? –me esforcé en contar los inviernos que habían transcurrido desde nuestra marcha.

–Seis años. En verano hicieron seis largos años –respondió Marco sin dudar, aún con la mirada baja.

Ladeé la cabeza, pensativo.

–Bien pensado, tampoco es tanto tiempo. Esperemos que Cantaber haya podido cumplir su palabra, y que él mismo no haya sufrido ninguna desgracia más, porque al abandonarlo él tampoco estaba en una situación precisamente fácil.

–¿Quién es Cantaber? –preguntó Salla curioso.

Marco miró a su amigo. Las llamas de la fogata se reflejaban en sus tristes ojos castaños.

–Es el principal de *Conimbriga*, la ciudad donde nací. Un noble hispano amigo de mi familia que prometió guardar mis posesiones por si algún día regresaba a mi tierra.

–Si fuera godo, te diría que no esperaras demasiado de él: probablemente se habría adueñado de tus tierras en cuanto le hubieras dado la espalda. Pero si tú confías en él, tus razones tendrás.

–Ya decía yo que tu pueblo no era de fiar. No hace falta más que verte, estirado godo muerto de hambre –bromeé, arrojando a Salla el hueso que acababa de mondar.

–¿Puedo acompañaros? –sus ojos brillaban de expectación.

–Claro, Salla –respondió Marco–, tú siempre eres bienvenido. Aunque te advierto que allá donde vamos quizás no nos encuentres muy comunicativos.

–No te preocupes por eso, Marco; siempre respetaré tu dolor. Pero... y perdona que me entrometa en algo que escapa a mi conocimiento; ¿has pensado en regresar a tu tierra? ¿Regresar a *Conimbriga* y comenzar de nuevo una vida allí?

El joven tardó un rato en contestar.

–Esta es mi tierra, Salla. Donde estén Attax y Galieno, y por supuesto, también Issa, mientras desee acompañarnos. El resto no importa: podría vivir

en cualquier lugar siempre que contara con ellos a mi lado –hizo una pausa–. Pero si tuviera que elegir un lugar donde comenzar de nuevo, ahora mismo sería *Lucus*, donde me aguarda mi tío –me miró antes de continuar– y Aspasia, claro.

Me retiré ligeramente hacia las sombras, pues no deseaba que los muchachos pudieran ver cómo la emotividad del momento humedecía mis ojos.

–Una amistad como esta es digna de admiración, y de perdurar sobre las adversidades. Sé que hace poco tiempo que nos conocemos, pero me sentiría realmente honrado si pudierais llegar a considerarme vuestro amigo.

–Ya lo eres Salla, ya lo eres –dijo Marco con calidez, mirando al godo fijamente a los ojos.

Hasta yo, que siempre trataba de poner el contrapunto ácido en los momentos dulces, me limité a mirarlo y asentir de corazón.

Nos dormimos, cada uno con nuestros propios fantasmas en la cabeza. A la mañana siguiente, cuando Ibbas comenzó a repartir voces y puntapiés entre los hombres, nosotros ya nos encontrábamos despiertos y dispuestos para afrontar el duro recorrido que nos aguardaba en los días siguientes.

Esperábamos que la marcha del ejército fuera dura, pero el paso que impuso Teodorico a sus hombres fue incluso más exigente que el marcado por Akhila en nuestro regreso desde el saqueado campamento lucense. El ejército partió, despedido por unos pocos vítores que provenían sobre todo de los guerreros que quedaban destacados como guarnición. Al mando de Agriwulf, el hombre de los ojos de brujo, Teodorico había dispuesto una tropa de un millar de hombres, con los que el noble debía poner fin a la influencia sueva en la provincia mientras el grueso del ejército partía hacia el sur, en pos de la antigua capital de la diócesis y sus ansiadas riquezas.

Avanzábamos en la columna de Akhila, que ocupaba el tren trasero de la formación. Ibbas se movía como pez en el agua con el infernal ritmo con el que se nos impelía a marchar; el resto, simplemente no nos quejábamos. Tras varios días en que las voces descontentas de los hombres comenzaron a oírse en las fogatas de los campamentos nocturnos, empezó a correr el rumor de que el rey pretendía tomar *Emerita* antes de que terminara el año, y celebrar allí el rito cristiano del nacimiento de su señor.

–¿También nació vuestro Cristo a finales de diciembre? –preguntó Issa una noche en que nos arremolinábamos alrededor de la fogata tras una dura jornada donde apenas habíamos tenido resuello para hablar.

–¿A qué te refieres al decir también, Issa? ¿A quién más te puedes referir? No será tu cumpleaños –le interpeló Galieno–, porque si es así no tiene gracia.

–No sé bien en qué fecha nací yo, Galieno. Me refiero al nacimiento de Mitra; mi abuelo me contó que fue también por esas fechas.

Sorprendido por la respuesta, Galieno continuó con el juego.

–Y ahora me dirás que también fue adorado por los pastores de la región, ¿no?

Sin amago de sonrisa, el britano le respondió.

–Eso decía mi abuelo. Pero reconozco que solo tengo sus palabras como prueba.

Viendo el cariz que tomaba la conversación, y teniendo en cuenta lo puntilloso que era el britano para todo lo referente a la religión, decidí atajar la conversación.

–Al menos tu Cristo no nació antes, Galieno, porque entonces Teodorico nos mataría a correr con tal de llegar a tiempo a su banquete.

A la mañana siguiente volvimos a emprender la marcha por la antigua calzada que comunicaba *Braccara* con los alrededores de *Conimbriga* y esta a su vez con *Emerita*, que se encontraba en buen estado. Avanzamos millas más rápidamente de lo que pensaba que se podía hacer, sin encontrar ningún tipo de percance en nuestro camino, pues no solo los bandidos y las bandas de suevos que pudieran rondar por la zona, sino incluso los pocos siervos o ciudadanos que se aventuraban por los caminos, evitaban cruzarse con el poderoso ejército que día a día se adentraba en la diócesis como un afilado cuchillo buscando su corazón.

Llegamos a los alrededores de *Conimbriga* en los últimos días de noviembre. Pese a que el frío comenzaba a erigirse en dueño del paisaje, comenzamos a reconocer las praderas que habían sido nuestro hogar durante muchos años felices. Aunque llegué a aquella tierra como esclavo, pasé allí muy buenos momentos. Recordé al campechano Medulio, el criador de caballos astur que me enseñó a amar aquella tierra; y al noble Quinto, que me dio una nueva vida en el seno de la gran familia que formábamos todos los

habitantes de su villa. Más preocupado por cómo se enfrentarían Marco y Galieno a los recuerdos que por mis propios sentimientos, llegué a convencerme de que a mí en nada me afectaría el regreso. No en vano, mi vida ha sido una sucesión continua de pérdidas y abandonos, en la que lugares y personas se han ido sustituyendo por otros nuevos cada vez. Me gustaba pensar que tenía el corazón de un nómada, como describían los mayores que había vivido mi pueblo antaño, lejos de *Hispania*, y lejos de Roma. Pero me equivocaba, pues la viveza de mi memoria me golpeó con una fuerza inesperada. Marco y Galieno pasaban largos momentos silenciosos, y yo por mucho que me esforzara tampoco encontraba las palabras adecuadas. En esos días agradecemos como nunca la callada amabilidad de Issa, que entendía bien nuestra melancolía, y que sabía confortarnos con pequeños detalles sin pedir a cambio siquiera una palabra.

Cuando dejamos atrás, a toda prisa, las murallas de *Conimbriga*, y pude ver de nuevo sus gruesos muros y las orgullosas torres que las jalaban, mi corazón vagó de regreso hasta sus calles, sus tabernas, la gran terma del sur, o el foro donde vendíamos nuestra preciada mercancía. Recordé la impresionante villa del honorable Cantaber, y busqué su figura sobre la puerta, como si esperara verlo todavía aguardando noticias de su familia, raptada por los suevos durante la misma incursión en la que perdió la vida Quinto. Esperaba que la vida le hubiera tratado con la justicia que el buen hispano merecía, y que hubiese recuperado ilesos a sus seres queridos, o por lo menos que hubiera sido capaz de levantar de nuevo la cabeza después de su pérdida. Reconozco que durante un largo rato no fui capaz de buscar la mirada de Marco, pues todavía después de tantos años reviví con intensidad la impotencia que sentí aquella fatídica noche al no ser capaz de evitar la muerte de Quinto en el rico salón de Cantaber. Por mucho que el muchacho me hubiera repetido cien veces que nada podía haber hecho, la culpabilidad es una de las heridas más difíciles de cerrar. Cada uno sumido en nuestro propio duelo, forzamos la marcha hasta que nos dolieron los pies, lo que al menos nos valió la felicitación de Ibbas.

Dejamos en manos de Salla las gestiones para obtener el permiso de Akhila para desviarnos de la columna y pasar por el cementerio de recuerdos en que se había convertido la propiedad de Marco. Acabábamos de dejar atrás

las altas murallas cuando se acercó a nosotros, acompañado de su fiel Wulfila, para confirmarnos el beneplácito del comandante a nuestra petición. Nos proporcionaría además cabalgaduras veloces para que pudiésemos reincorporarnos cuanto antes a la marcha. El ejército continuó su vertiginosa carrera en dirección a *Scallabis*, y nosotros nos desviamos ligeramente hacia el este, hacia las tierras de la familia de Marco, aquellas que le vieran crecer y que en ese momento acogían los huesos de su padre.

La campiña se encontraba tal y como la recordaba, pero los alrededores habían dejado de producir las buenas vides que otrora Medulio y yo pugnáramos por enraizar, y ningún cereal se recogía ya en aquellas parcelas bañadas por el sol durante el estío. La naturaleza, lenta pero inexorable, había recuperado el terreno que años atrás los agrimensores le arrebatasen para que los señores romanos extrajeran de sus entrañas el fruto con el que poder prosperar frente a sus vecinos. Aminoramos el paso casi instintivamente, porque creo que, en el fondo, todos temíamos volver a encontrarnos con la estampa que tantas noches había poblado nuestras pesadillas. Aquella antigua y entrañable villa, pasada a sangre y fuego por los incursores suevos; la empalizada que la protegía calcinada y desmontada a partes iguales, y el interior saqueado hasta que no quedó nada de valor. No habían respetado siquiera la vida de los animales, o al menos las de aquellos que no consideraron importantes como para llevárselos. Todos los habitantes habían sido pasados a cuchillo, con la excepción de Galieno y Aspasia, que en un guiño de su dios –según sus propias palabras– habían quedado sepultados bajo los maderos que formaban mi antigua cabaña, cuyas ruinas fueron ignoradas por los suevos, concentrados en saquear el edificio principal.

Mientras la villa ardía, Quinto, Marco y yo vivíamos nuestro propio infortunio en la casa de Cantaber. El hispano había organizado una cena a la que estaban invitados los terratenientes y comerciantes más importantes de la zona, y a ella había acudido Quinto acompañado por su pequeño, que contaba entonces con doce años, y comenzaba a implicarse en el negocio familiar. Pero esa noche, mientras los invitados de Cantaber disfrutaban de las exquisitas viandas servidas por el anfitrión, otro grupo de guerreros suevos accedió desde la muralla contigua, matando a los guardias, con la intención de robar todo lo que pudieran. Además de un rico botín, se llevaron también a las hijas

y la madre del potentado, muy probablemente con la intención de exigir un elevado rescate a cambio de su regreso.

Tomados por sorpresa, poco pudimos hacer ante la avalancha de guerreros bien armados. Quinto perdió la vida protegiendo a Marco. Cuando llegué a la destrozada estancia, solo tuve tiempo de prometerle que cuidaría del pequeño antes de que su alma abandonase este mundo. Al regresar a la villa, con el cadáver de Quinto en una carreta y el corazón destrozado, no estábamos preparados para la devastación que allí nos encontramos. Y pasados tantos años, en ese frío día de noviembre, al acercarnos de nuevo a la empalizada, volvía a sentir palpar las viejas heridas con una fuerza desgarradora. Acaricié maquinalmente el meñique de mi mano izquierda, más corto. Durante el asalto a la villa de Cantaber, perdí una de las falanges, nimia señal en mi cuerpo de la sombra que a partir de esa noche habitó en mi interior.

Cabalgamos en silencio, Marco a mi diestra, Galieno a mi izquierda. Issa, Salla y Wulfila nos seguían algunos pasos por detrás. Nos acercamos poco a poco hasta encontrarnos frente a la escena que tanto habíamos temido ver. Para mi sorpresa, la primera sensación que me embargó fue una paz extraña y tranquilizadora. La antigua empalizada había terminado por caer casi por completo, pero los macabros trofeos que había repartido frente a ella justo antes de partir aún daban la bienvenida a los pocos curiosos que se aventuraban por aquellos lares. Siguiendo un salvaje impulso, había colocado a modo de callados guardianes las cabezas cortadas de los asaltantes que habían encontrado la muerte dentro de la villa. El grupo de jóvenes esclavos encargados de la defensa del lugar habían vendido caras sus vidas, y habían acabado con un buen puñado de suevos antes de caer. Vino a mi mente el rostro circunspecto de Ambrosio, metódico y servicial; o el del joven y valiente Tito. Todos habían muerto tratando de proteger a sus seres queridos y las posesiones de su señor. Meneé la cabeza tristemente; muchas veces he pensado que el mundo da segundas oportunidades a aquellos que no las merecen, y olvida a muchos que sí hubieran sido dignos de semejante presente. Completamente desprovistos de carne y piel, los blanqueados cráneos de los enemigos parecían dar la bienvenida a los curiosos con sus grotescas mandíbulas abiertas. Marco y Galieno se sorprendieron al verlos, y a punto estuvieron de dar marcha atrás, convencidos de que algún rito pagano había

tenido lugar en las ruinas y que los cuerpos allí enterrados habían sido profanados; me apresuré a calmarlos.

–Tranquilos, no os preocupéis. Sus almas guardan el lugar.

–¿Lo hiciste tú? –preguntó Marco sorprendido–. Recuerdo que te quedaste un momento atrás, y luego nos alcanzaste en el carromato.

–No pierdes ni un detalle, muchacho. Sí, fui yo.

–No he olvidado un solo instante de esos días, Attax. Te lo puedo asegurar.

–Creo que han cumplido con su cometido y han espantado a los curiosos. Y estad tranquilos por los espíritus de los nuestros: a ellos nada les pueden hacer, salvo servirles en la otra vida.

Salla y Wulfila me miraban, sorprendidos. Durante un momento pareció que Wulfila pensaba en hacer algún comentario sobre el salvaje ritual, pero finalmente tragó saliva y optó por mantener la boca cerrada.

Detrás de la grotesca bienvenida, de la otrora rica y productiva villa tan solo se mantenían en pie unas pocas piedras de la antigua *domus*, y algunas secciones del granero y del establo donde trabajara tantas horas sin descanso. Entre las desgastadas piedras se habían establecido algunos animales: cornejas, conejos e incluso algún asustado zorro que salió corriendo al vernos irrumpir en su habitualmente tranquila guarida. Apenas quedaba nada que recordara a aquel tiempo dichoso que pasé allí. Los escasos materiales que no habían sido saqueados, hacía tiempo que se habían convertido en meros escombros sin valor. Solo las mudas piedras habrían podido contar que aquella había sido una cálida y ruidosa villa donde trabajaban, reían, lloraban, amaban y soñaban multitud de personas de distinta ascendencia. Y únicamente nosotros éramos capaces de escuchar sus voces.

Nos acercamos con paso lento al lugar donde reposaba Quinto, junto con el resto de los habitantes de la villa. Pese a que los alrededores habían sido invadidos por la maleza y las hierbas, el montículo donde aún se podían ver algunas de las cruces que habíamos colocado sobre las tumbas en recuerdo de la fe de los que allí yacían, aparecía limpio y cuidado. El responsable debía de ser Cantaber, que habría encargado a alguno de sus siervos el mantenimiento del lugar. Sin duda, no se podía pedir más al noble hispano, pues todo indicaba que había cumplido con creces la palabra dada.

Vagamos por el lugar, hasta que tanto Marco como Galieno cayeron de rodillas frente al gran osario, desconsolados. Marco cerraba los ojos con fuerza, tratando de contener las lágrimas. Galieno, dolorosamente consciente de lo cerca que había estado de compartir la suerte de los que allí quedaron, aferraba con fuerza la pequeña cruz de madera que solía llevar al cuello. Puse mi mano sobre el hombro de Salla y nos alejamos despacio, respetando la intimidad de los muchachos. Las oscuras nubes que se arracimaban en el horizonte amenazaban lluvia. El cielo lucía gris, acorde con los sentimientos que embargaban nuestros corazones.

No sé calcular el tiempo que estuvimos allí, en medio de aquella soledad sobrecogedora. Al rato me decidí a recorrer los alrededores; hice una señal a Issa, Salla y Wulfila para que me acompañaran. Paseamos entre los restos ennegrecidos. Salla pasó la mano sobre las piedras castigadas, con los ojos llenos de preguntas que no se atrevió a formular.

Las primeras gotas de lluvia me sorprendieron frente al pequeño montículo bajo el que reposaban los restos de Medulio, muerto en paz hacía ya muchos años. El astur, fiel a las creencias de su pueblo, que en nada tenían que ver con el Cristo crucificado, fue enterrado en la misma pradera en la que la manada de caballos que eran su vida y su orgullo había pacido tranquilamente, vigilada por su espíritu, allá donde estuviera.

Cuando comenzó a llover abrí los ojos, y tras despedirme de mi viejo amigo volví hacia donde esperaban, pacientes, mis acompañantes. Nos acercamos hasta donde aguardaban nuestras monturas, y nos hicimos con nuestros capotes para resguardarnos de la lluvia. Issa se entretuvo tranquilizando con suaves arrullos a los caballos, que piafaban nerviosos. De repente, alzó la cabeza, sorprendido por algún sonido distante. Se acercó a mí instándome a que prestara atención; me costó un rato entender a qué se refería. Por fin, me pareció adivinar entre el repiqueteo de las gotas un suave relincho que resonó en la lejanía, como si respondiera a los de nuestras monturas. Nos acercamos de nuevo al borde del prado y pudimos ver un movimiento, apenas una sombra veloz perdiéndose en la distancia. Quizás alguno de los asturcones de la manada de Quinto había escapado a la rapiña de los suevos, regresando más tarde al desolado lugar; tal vez algunos de los caballos vivieran asilvestrados en la zona. O quién sabía si se trataba en realidad del alma del

bueno de Medulio, que había tomado la forma del animal para venir a trasladarnos su saludo. Pasé mi brazo por la espalda de Issa.

–A Medulio le habrías gustado, muchacho.

No creo que le hubiera hablado antes de él, pero no necesitó más aclaraciones para reconocer el cumplido, que agradeció con una sonrisa fugaz.

La lluvia arreció. Dejé a los godos y al britano refugiados bajo la arboleda y corrí hacia donde Marco y Galieno oraban aún a sus difuntos progenitores. Pese a las gruesas gotas que no dejaban de caer desde el cielo plúmbeo, ambos permanecían arrodillados, con la cabeza gacha, frente a la tumba de aquellos que tan injustamente habían pasado a engrosar las filas de los muertos durante aquella fatídica noche de verano. Me llené de determinación para arrancar a los muchachos del lugar. Debíamos partir cuanto antes para volver a reunirnos con el ejército en su marcha hacia el sur. Miré a Galieno, de espaldas, ya un hombre hecho y derecho, fuerte y de corazón noble. Recordé cuando siendo apenas un crío pasó a formar parte de la improvisada tropa que Quinto me pidió que preparase para ocuparse de las labores de defensa de la villa. El más joven y extrovertido de los muchachos, que en ese entonces apenas llegó a luchar, y cuya preocupación por proteger a Aspasia le salvó la vida. Me acerqué, chapoteando entre los charcos que comenzaban a formarse, y bastó la firme presión de mi mano en su hombro para que se incorporase. Tenía los ojos enrojecidos. Eché el capote sobre su hombro y le abracé, entendiendo el dolor que tras tantos años escondido en su pecho había encontrado ese día el camino para brotar, resquebrajando las paredes de la caja de piedra que hasta entonces lo protegía. Cuando pareció reponerse un poco, y se dirigió con paso vacilante hacia donde lo esperaban los demás, me acerqué a Marco. Tendí la gruesa capa sobre sus hombros, pero él no hizo gesto alguno. Me senté a su lado, para dedicar también un momento a recordar a los que allí yacían. Cuando mi corazón hubo llorado en silencio por cada uno de ellos, me dispuse a llevarme a Marco de allí. Con los ojos fuertemente cerrados, volvió a ignorar mi mano en su hombro.

–Tu padre era una gran persona, Marco. De las mejores que he conocido.

No respondió, limitándose a fruncir el ceño aún un poco más. La lluvia que comenzara tímidamente ya se había convertido en un verdadero aguacero, y el resto de la partida debía de estarse calando hasta los huesos,

esperándonos pacientemente en el antiguo linde de la propiedad. Me agaché a su lado.

—Hemos de irnos —el muchacho abrió los ojos por fin, y me miró desconsolado. Señalé a su corazón y continué—. Tu padre siempre estará contigo; no lo olvides.

El chico se derrumbó sobre mi hombro, y sus cálidas lágrimas se mezclaron con las frías gotas de lluvia que caían incesantemente sobre nosotros. Lo ayudé a incorporarse, y apoyándonos el uno en el otro abandonamos aquel lugar, dejando en paz a sus espíritus y a sus recuerdos.

Esa noche, al llegar al campamento, ninguno habló sobre lo ocurrido. Compartimos en silencio una cena frugal y dormimos esperando que al día siguiente el ascenso del sol elevara también nuestro ánimo, y nos ayudara a disipar las nubes que se habían instalado en nuestro interior.

LIBRO II

Emerita Augusta, diciembre del 456 d.C.

CAPÍTULO IX

Creo que nunca hasta ese entonces me había movido en el seno de un ejército que avanzara tan rápido, teniendo en cuenta además sus considerables dimensiones. Desde niño había oído ponderar muchas veces la velocidad con la que se desplazaban las legiones de Roma, capaces de recorrer, utilizando sus calzadas, numerosísimas millas por jornada; no sé si nuestro ritmo sería equiparable, pero desde luego era mucho más alto que el que hubiera podido predecir. Cada día recorríamos más de veinticinco millas: dejando atrás *Scallabis*, penetramos en el corazón de la *Lusitania* y pocos días más tarde, apenas iniciado diciembre, pisamos ya la campiña emeritense. El paisaje me trajo reminiscencias de mi añorada *Hispalis*, donde pasé mi juventud.

Llegado ese momento, Teodorico decidió dar un breve descanso a sus agotados hombres, y dio por concluida la jornada de marcha algunas horas antes de lo que estábamos habituados. Deseaba reunirse con sus capitanes para comenzar a preparar el asalto definitivo de una campaña que parecía a punto de resolverse de acuerdo a sus intereses; el resto, podríamos tomarnos un respiro. Según nos comunicaron, la jornada siguiente nos llevaría frente a las murallas de *Emerita*, así que nos reunimos en torno a los fuegos con la satisfacción de saber que la extenuante marcha estaba a punto de llegar a su fin. Al atardecer, se levantó de repente una fina neblina que invadió lentamente el campamento; sus delicadas volutas parecían enroscarse sobre nuestros cuerpos como zarcillos de vid. Acurrucado en mi cálida manta, traté de conciliar el sueño, decidido a aprovechar al máximo el inesperado descanso que nos había otorgado el rey. Cerré los ojos, arrullado por la cháchara de los jóvenes, decididos a despreciar unas buenas horas de sueño que a mí me vendrían divinamente.

–Esto me recuerda a mi casa –escuché decir a Issa. Miraba hacia el río, desde donde se levantaba la niebla que poco a poco se iba adueñando del campamento.

–Cada vez que hablas de tu tierra, Issa, pienso en que has tenido suerte de llegar hasta aquí –le dijo Galieno desde su sitio frente a nosotros.

–¿Cómo es, Attax? – interrumpió Salla.

Abrí los ojos y lo miré sin comprender a qué se refería.

–¿Cómo es quién, chico? –le espeté, deseando que me dejara dormir.

–¡Qué va a ser, *Emerita*!

–Ah, todavía sigues con eso –respondí haciendo un gesto despectivo con mi mano.

–Es la capital de la diócesis. Debe de ser majestuosa –insistió.

–Debía de serlo, Salla; pero ahora mismo no se diferencia de otras tantas ciudades por las que hemos pasado. No sé si otras capitales de diócesis se conservarán mejor, pero después de que tu pueblo saqueara Roma yo no apostaría por ello. –Valía la pena que Marco se moviera en los poderosos círculos de *Lucus*, porque así yo también podía enterarme de lo que ocurría en otros lugares.

–Issa, tú puedes ayudarnos, ¿cómo es la capital de tu brumosa isla?

El muchacho me miró sorprendido sin saber qué responder, pero entendiendo que su aportación era importante para el noble godo se esforzó en buscar una buena respuesta.

–Tan solo conozco *Calleva*, y el camino hasta la costa.

–*Calleva*... y dime, Issa, ¿es *Calleva* una ciudad importante?

–Para mí al menos lo era. Era la ciudad más grande que recuerdo hasta que llegué a esta tierra; no creo que fuera más pequeña que *Lucus*, aunque se encontraba incluso más abandonada que aquella –se rascó el mentón, tratando de recordar algo con lo que complacer la voraz necesidad de información del godo–. Pero al este de *Calleva* se encontraba la ciudad más grande de la isla: *Londinium*.

–¿*Londinium*? nunca había escuchado ese nombre...

–Según mi abuelo, era la ciudad más importante y poblada de la isla, pero en los últimos tiempos muchos de sus habitantes la habían abandonado para ponerse a salvo de los sajones. Me dijo que huían hacia el oeste, hacia donde el sol se pone.

Me gustó la información del britano y traté de zanjar la conversación y volver a mi bien merecido descanso.

–Pues hazte una idea de que *Emerita* viene a ser como *Londinium*, Salla. Solo que, en lugar de a los sajones, aquí temen a gente como tú o como yo. No

encontrarás ni rastro de la gloria que esperas.

–¿Es mayor que *Lucus*, Attax? –intervino Marco, haciéndome un gesto de advertencia para que dejara de mostrarme desagradable con Salla.

–Sí, Marco, es mayor que *Lucus*, pero no te creas que son tan diferentes.

–Será entonces la mayor ciudad en la que haya estado –dijo Galieno animado.

–¿Y tú, Salla? ¿Cuál es la mayor ciudad en la que has estado? –Marco parecía decidido a seguirle el juego al godo, y de paso a no dejarme dormir.

Este hizo una pequeña pausa para pensar y finalmente respondió con gesto dubitativo.

–Probablemente *Narbo*, o tal vez *Arelate*, ahora mismo no sabría decidirme por una. Siempre he querido ir más hacia el este, hacia las grandes urbes de Italia, pero no he tenido oportunidad.

–Probablemente a los romanos no les gustaría verte por allí, muchacho.

–Por eso he venido a *Emerita*, Attax; ya habrá tiempo de ir a Italia. Primero la ciudad de Trajano, y luego ya iremos a la cuna de Julio César.

–No sé quién es ese Trajano del que hablas, pero si aún vive te aseguro que ya no lo encontrarás ahí dentro: se habrá trasladado a otro lugar.

Sin esperar la réplica por parte del godo, que me miró desconcertado, pasé el capote por mi cabeza y me acurruqué frente al fuego, esperando que la promesa de una noche tranquila viniera a calmar mis doloridas articulaciones. Aun así, las animadas voces de los jóvenes me acompañaron hasta bien entrada la madrugada.

A la mañana siguiente desperté temprano. Pero cuando abrí los ojos esperando ver el sol clareando en el horizonte, tuve que frotarlos un buen rato antes de entender lo que ocurría a mí alrededor. Buscando despejarme, así uno de los cubos de agua helada que se encontraba junto a la ya apagada fogata y dejé caer su contenido sobre mi testa. Un escalofrío me recorrió de pies a cabeza. Aunque no veía mejor que antes, la lucidez que me proporcionó el agua fría me permitió entender que el problema no estaba en mis ojos. Una niebla espesa, mucho más intensa que la que nos había visitado la noche anterior, se había instalado sobre nosotros, llenando el amanecer de inquietantes sombras y sonidos ahogados. Apenas llegaba a intuir las figuras que formaban los muchachos, que dormían hechos un ovillo a mí alrededor.

Aunque nos separaban menos de diez pasos, no podría haber dicho cuál de las formas borrosas correspondía a cada uno. Me acerqué a Issa, acurrucado a mi lado, y lo zarandé bruscamente. Se despertó sobresaltado, y sacó la cabeza de la capucha cubierta de gotas de agua.

–Soy yo, muchacho –le dije nervioso– ¿Es la bruma de tu tierra como esta? ¿A esto te refieres cuando hablas de la niebla que a veces cubre tu isla?

El joven se frotó los ojos con las palmas de las manos antes de echar un vistazo alrededor y hacerse una idea de la situación.

–Pocas veces había visto una niebla como esta, Attax. No sé si mi abuelo se referiría a esto cuando hablaba de las nieblas del *Tanatus*...

–No me tranquilizas en nada, Issa –respondí, con un escalofrío de aprensión.

Poco a poco el campamento fue volviendo a la vida. Los hombres se movían lentamente, intimidados por el manto espeso que nos cubría. Pese a todo, nos pusimos en marcha muy temprano. Los mandos transmitían órdenes continuamente, esforzándose en organizar a la tropa, pues apenas podíamos adivinar dónde se encontraban el resto de las unidades, y era fácil perder las referencias. Caminábamos concentrados en las irregularidades del terreno, que no veíamos hasta casi toparnos con ellas. Nadie hablaba –bastante teníamos con tratar de no perder el paso de nuestros compañeros–; reinaba un silencio denso, roto solamente por el leve tintineo de los arreos y los quejidos nerviosos de las bestias que acompañaban al ejército. A intervalos se unían las potentes voces de los capitanes tratando de reconducir a sus hombres. Al caer la tarde, tras largas horas de penosa marcha, la niebla pareció espesarse aún más, envolviéndonos en su húmedo manto. Veíamos fantasmas a cada paso. Me pareció que algunos rezaban por lo bajo, añadiendo inquietantes murmullos al apagado rumor del viento. Calculábamos que a esas alturas debíamos de estar a punto de llegar a *Emerita*, pero si así era, ni siquiera éramos capaces de adivinar el contorno de sus murallas, último escollo en nuestro camino antes de poder ver satisfecho el deseo de Teodorico.

Poco más tarde, las voces de los capitanes nos mandaron a parar. Aguardamos, en pie y en silencio, a que comenzaran a organizar a los hombres para pasar la noche, que suponíamos próxima. Apenas empezamos a trabajar, la niebla pareció darnos una leve tregua; y antes de que muriese el día,

podimos ver por fin frente a nosotros la gran mole de piedra que configuraba la última capital de la *Hispania* romana: *Emerita Augusta*.

Es curioso como incluso los más experimentados guerreros pueden llegar a parecer niños asustados cuando se enfrentan a algo que escapa a su entendimiento; y yo mismo no pretendo excluirme de ese numeroso grupo. Mientras levantábamos el campamento, escuchaba a mi espalda los rumores que corrían entre los hombres, tratando de buscar una explicación a lo sucedido. Me impresionó especialmente la historia de Frogga, uno de los capitanes de Akhila, que aseguraba que su dios –el dios cristiano– estaba furioso con los godos por el trato dado a los religiosos en *Braccara*, y había enviado la niebla para que las almas de los guerreros que murieran en *Emerita* no pudiesen encontrar el camino hacia el cielo, y quedaran atados para la eternidad a las sombras de las murallas que contemplábamos. Aunque no creía en su dios, su relato fue más que suficiente para ponerme el vello de punta. Cuando Salla e Ibbas regresaron de la tienda de mando con nuestras órdenes, me concentré de lleno en la tarea para tratar de apartar de mi mente tan terribles presagios.

La insistencia de los capitanes y la progresiva desaparición de la niebla ayudaron a que los guerreros, más animados, trabajáramos con presteza. Poco antes del anochecer pudimos abandonar hachas y palas para descansar por fin sobre la dura tierra, con la vista clavada en nuestra próxima presa. Frente a nosotros, más allá del río, se extendía la bien fortificada ciudad. Su muralla, todavía poderosa, presentaba muestras evidentes de haber sido reconstruida en muchas ocasiones, por distintos pueblos y generaciones. Los materiales utilizados habían sido de lo más diversos, y casi nunca similares a los de la construcción original. Incluso, tras el cierre de los antiguos lugares de culto anteriores a la hegemonía del dios cristiano, muchos materiales procedentes de los mismos debían de haber venido a engrosarlas, por lo que en algunos lugares el sol del ocaso arrancaba destellos marmóreos a las remozadas murallas. Después de haber sido presa de asedios y saqueos, tanto de alanos – como mis propios padres–, como de vándalos y de suevos, la otrora próspera y floreciente *Emerita* lucía a mis ojos como un bello animal moribundo, todavía orgulloso en su declive.

En las almenas de la muralla, desde donde nos observaban con cautela grupos de ciudadanos junto con lo que suponíamos que sería la guarnición sueva, las antorchas emitían fantasmagóricos destellos al verse sobrepasadas por los jirones de niebla que ascendían por el adarve. Las murallas, pese a todo, suponían una construcción defensiva formidable y difícil de superar. A lo largo de su frente se distribuían torreones semicirculares, que permitían a los defensores hacerse fuertes frente al ataque de sus irregulares muros; y aunque no resultase visible desde nuestra posición, en caso de superar el primer obstáculo, aún quedaría una nueva muralla detrás. Esta doble fortificación, hasta donde yo sabía, era única en la provincia.

La ciudad se surtía de agua a través de dos acueductos; suponía que no pasarían muchos días hasta que nos dieran la orden de cegarlos para estrechar el cerco sobre la urbe, siempre que el asedio fuera necesario.

–¿Qué te parece el primer vistazo a tu futura ciudad, Salla? –pregunté socarrón.

–Ahora, sin niebla, mejora bastante. Pero las murallas tendrán que ser reparadas. Es una lástima que semejante disposición defensiva quede deslucida, y su eficacia comprometida, por la falta de interés de los gobernantes.

–Creo que su estado se debe más bien al exceso de celo de pueblos como el tuyo y el mío cada vez que nos hemos acercado hasta aquí. Pero recuerda que tu trabajo se centra ahora en lo contrario, amigo; así que vete pensando en cómo sobrepasarlas o, mejor aún, en cómo derrumbarlas.

Todavía charlábamos animadamente cuando nos sorprendió la visita de Akhila a nuestro campamento. No habíamos tenido ocasión de verlo desde que el rey lo reclamara junto con el resto de mandos, hacía ya varios días; tenía una expresión cansada, y a la luz de la tarde me pareció que su cabello lucía algo más gris que solo unos meses antes a orillas del *Hiberus*. La mayoría estábamos tumbados, con la vista fija en la ciudad; la potente voz de Ibbas nos avisó de la presencia del comandante y nos levantamos apresuradamente, tratando de componer una pose más digna. Akhila nos indicó con un gesto que volviéramos a acomodarnos.

–Tranquilos, muchachos: descansad hoy, que ya mañana aullaremos para que esos desgraciados sepan que estamos aquí.

Poco a poco cada uno volvió a su posición inicial, aunque ninguno perdió detalle de su comandante. Sin esperar más, Salla comenzó a acosarle a preguntas.

–Señor, ¿Se espera resistencia por parte de la población y los suevos, o hay posibilidad de que la ciudad abra sus puertas a nuestro ejército?

–Pues aún no termino por decantarme por ninguna de las opciones, Salla. Cierto es que la guarnición sueva es bastante más reducida que la de *Braccara*. No en vano aquí la mayoría de la población es hispanorromana, y los suevos no ostentan un dominio tan afianzado como en la que era su capital. Pero...

Para mi sorpresa, Marco interrumpió al *Comes*.

–No hace falta que diga más, señor: después de la toma de *Braccara*, los hispanos tienen miedo de nuestros hombres y duda que acepten abrir las puertas.

Pese a que en un primer momento pensé que la intervención del chico había sido bastante inadecuada, el godo no pareció tomárselo así.

–Tienes buenas razones para pensar así, Marco. Ya habrán llegado hasta aquí grupos de refugiados suevos, y se habrán asegurado de verter ponzoña en los oídos de los emeritenses.

–¿Ponzoña? El ejército hizo desfilar desnudos a los curas y monjas de *Braccara*, y expulsó sin miramientos a los que se habían refugiado en los lugares sagrados. Creo que les habrá bastado con permanecer fieles a la realidad, sin necesidad de dejar correr la imaginación.

Clavé una mirada de advertencia en el muchacho. Esa vez, bajo mi punto de vista, había ido demasiado lejos.

Con gesto cansado, Akhila bajó la voz y se acercó hacia nosotros.

–Estás en lo cierto Marco, pero estamos en una difícil situación. Un ejército solo se mantiene si sus líderes le ofrecen victorias, tierras y oro, y hasta ahora los hombres solo han podido disfrutar del placer de la primera, pero sin mayor recompensa. Dentro de poco comenzarán a exigir su botín, y la situación se volverá insostenible. –Nos dio la espalda y se dirigió de nuevo en voz alta a sus guerreros–. Ahora descansad. Mañana, el rey tratará de hacer entrar en razón a los habitantes de *Emerita*, si es que resulta posible. En todo

caso, sea cual sea la respuesta ya sabremos a lo que atenernos. Así que descansad, y estad listos para servir a vuestro rey al alba.

Y eso fue lo que intentamos; pero antes de que se fijaran los primeros turnos de guardia, la inquietante niebla volvió a hacer su aparición en el campamento. Mientras tratábamos de conciliar el sueño, podíamos escuchar las nerviosas voces de los centinelas dando el alto cada vez que sentían el más mínimo ruido, porque apenas podían ver cinco pasos por delante de donde se encontraban. Cuando al fin llegó mi turno, avanzada en mucho la madrugada y antes del amanecer, la espesa bruma remitió ligeramente y permitió que los que estábamos despiertos a esas frías horas pasáramos una guardia tranquila. Tan tranquila que el alba me sorprendió dando cabezadas como si fuera un novato, lo que me hizo sentir como un auténtico patán que debía dar gracias por estar vivo a todos los dioses que recordara.

El día amaneció claro, y el campamento despertó con mejores sensaciones que las que rondaran el ánimo de los guerreros durante el neblinoso anochecer. Nos agrupamos de cara a la muralla desde muy temprano, para ver alejarse al rey hacia la ciudad. Teodorico, ricamente pertrechado, partió sobre su orgulloso corcel bayo, bien escoltado por su portaestandarte y acompañado de numerosos *gardingos*, entre los que pudimos reconocer a Liuva, junto al que cabalgaba también un ufano Segga. Abandonaron el campamento entre los vítores de los guerreros, y cabalgaron sin prisa hacia las puertas de la ciudad, donde proclamarían sus ofertas y escucharían las demandas de la población.

Seguimos con la mirada el trote de los caballos hasta que se detuvieron frente a la enorme puerta. Algunos guerreros contemplaban la comitiva desde lo alto del adarve, pero hubo poco movimiento hasta que los *bucinator* hicieron sonar sus ruidosos cuernos para llamar la atención de los oficiales de la sección. Tras un instante de confusión, comenzaron a acumularse guerreros y ciudadanos sobre la muralla. Mientras contemplábamos la escena, comenzó a levantarse de nuevo la bruma desde el cercano *Annas*; en poco tiempo, cubría ya tanto a sitiadores como a sitiados, impidiéndonos ver con claridad lo que sucedía frente a la muralla. Los nervios no tardaron en desatarse: apiñados en los límites del campamento, forzábamos la vista intentando seguir los movimientos del rey y los suyos. Pronto comenzaron a alzarse las voces de los más exaltados, que aseguraban que los sitiados aprovecharían la espesa niebla

para hacer una salida y capturar, o matar, al rey y a sus nobles. El rumor fue calando poco a poco en el ánimo de los guerreros, y llegaron a organizarse pequeños grupos de hombres que se acercaron a la muralla en previsión de que se hiciera necesario auxiliar a su señor frente a sus enemigos. Nosotros, por nuestra parte, decidimos permanecer donde estábamos. Salla se esforzaba en tranquilizar a los hombres, aunque me pareció, por su insistencia en otear la muralla entre la molesta niebla, que él mismo no las tenía todas consigo. No en vano, si los emeritenses se decidían a actuar y lograban acabar con Teodorico, eso supondría, si no el fin de la expedición, probablemente sí el retorno forzado a *Tolosa*, seguido de un cierto periodo de inestabilidad hasta que se estableciera un nuevo orden en la belicosa sociedad goda. Con Teodorico, su hermano Frederico y la mayoría de sus *gardingos* muertos, el vacío en la cúspide del reino goda desencadenaría una lucha despiadada entre los nobles restantes. Salla nos recordó que aún había otro hermano, Eurico, cuyo ascenso al trono podría estabilizar la situación en el peor de los casos, evitando que se resquebrajara el delicado equilibrio de poder alcanzado por su casa. Fuera como fuese, me parecía que su preocupación se debía sobre todo a la presencia de Akhila entre el grupo de nobles frente a la muralla, pues sus ojos buscaban con insistencia el penacho de su casco entre la bruma.

Volvimos al campamento a recoger nuestras armas, y esperamos en tensión el momento en que los gritos de nuestros compañeros nos alertaran para acudir prestos en su ayuda. Pero eso no sucedió; transcurrido un buen rato, el rey y su gallarda escolta retornaron al campamento con cara de pocos amigos, y sin apenas dirigir la palabra más que a unos pocos oficiales, se encerraron en la tienda de Teodorico durante horas. No parecía que la negociación hubiese resultado fructífera; según comentaban los hombres, en la tienda de mando se intercalaban los silencios con los sonidos de tensa discusión.

Esa tarde, cuando la bruma nos concedió una nueva tregua y dejaron de resonar las imprecaciones en el acuartelamiento del rey, un visiblemente cansado Akhila se acercó a nuestra sección cargando un odre de vino entre sus callosas manos. Saludó a sus hombres con un gesto adusto y se dirigió hacia donde Salla, Wulfila y Marco discutían sobre el enorme puente de piedra que daba acceso a la ciudad sobre el caudaloso *Annas*. A su lado, Ibbas y yo nos

concentrábamos en temas más importantes, como calcular el número de hombres que harían falta para trepar por las irregulares murallas.

–Te digo que los arcos necesitan una buena reparación, Wulfila. Solo tienes que fijarte en los arcos centrales: no se parecen en nada a los de los extremos. Estoy convencido que la estructura ha perdido firmeza con respecto a su planificación original –argumentaba animado el joven godo mientras yo me concentraba en partir una pequeña rama en tantos trozos como fuera posible.

–Dejad los arcos –interrumpió Akhila– y venid a tomar un trago de vino. Creo que hoy lo necesito más que nunca.

Marco y yo miramos a nuestro comandante por si la invitación nos incluía a nosotros también, y este nos hizo un gesto con la cabeza para que lo siguiéramos. Caminamos hasta abandonar los límites del campamento y no paramos hasta que Akhila consideró que nos habíamos alejado lo suficiente como para hablar con discreción. Nos apoyamos en los antiguos olivos de la campiña y comenzamos a compartir el contenido del odre.

–Lo guardaba para una ocasión especial, pero creo que no tengo suficiente paciencia para esperar ese momento –dijo Akhila. Bebió largamente sin derramar una sola gota–. Se lo tuve que pagar a precio de oro a uno de los hombres de Agriwulf antes de abandonar *Braccara*. Me aseguró que era vino de la *Baetica*. Pensé que estaría bien para la primera noche que pasáramos en *Emerita*, pero parece que eso puede retrasarse demasiado.

–No ha ido bien, ¿verdad? Han rehusado abrir las puertas.

Sin despegar los ojos del odre, Akhila respondió:

–No los culpo; los hispanos deben de estar valorando qué opción será mejor: continuar humillados bajos las patas de un cachorro de mastín, como son los suevos, o ponerse bajo la protección del lobo godo, arriesgándose a ser engullidos por él. Difícil elección... Por su parte, el rey ha hecho una oferta a los suevos: si deponen las armas no serán ejecutados, sino devueltos a *Gallaecia*, donde quedarán bajo las órdenes de Agriwulf –el mero recuerdo del inquietante godo me hizo estremecer.

–Los hombres apostaban a que harían una salida para capturar al rey durante el parlamento. Estaban cagados, aferrando las armas a la espera de

cualquier señal de que las cosas no marcharan bien –comentó Ibbas, divertido una vez pasado el momento de tensión.

Akhila meneó la cabeza.

–No dudo que los suevos lo pensarán, pero creo que eran conscientes de que si hacían una salida, los hispanos probablemente la aprovecharían para cerrar las puertas a su espalda, dejando a los dos grupos fuera. Y ahí tendrían todas las de perder.

–¿Quiénes estuvieron presente durante el parlamento, padre?

–Una comitiva de nobles de la ciudad, donde estaba el obispo y algunos de sus estirados religiosos, y el cabecilla suevo de la guarnición secundado por un grupo de sus hombres.

–Sé que es complicado, pero... ¿no se podría tratar de hablar con los hispanos únicamente? –propuso Marco con buen tino aunque con cierta dosis de inocencia

–Lo difícil es llegar hasta ellos, Marco. No creas que el rey no se ha devanado los sesos tratando de dar con la solución, pero es imposible que los suevos los dejen solos por un instante. Saben que sin su apoyo están perdidos.

–Ya lo tengo –Ibbas chasqueó los dedos, sonriente–: colocaremos a Liuva en un onagro y lo lanzaremos hacia la ciudad. Allí puede convencer a los hispanos de que es mucho mejor estar bajo su delicada zarpa que bajo la de los suevos.

Al menos eso arrancó una sonrisa de los cansados labios de su señor.

–Las autoridades de la ciudad y la guarnición sueva han solicitado al rey una tregua de cinco días antes de darnos una respuesta definitiva. Teodorico la ha aceptado; así que solo nos queda esperar hasta que finalice. Si la respuesta es negativa, procederemos a cegar los acueductos. Tendremos un duro trabajo por delante, así que más nos vale irnos acostumbrando a esta fantasmal niebla, pues pasaremos un tiempo bajo ella.

–Rezaremos para que los suevos y los hispanos entren en razón y acepten abrir las puertas de la ciudad –dijo Salla con seriedad.

–¿Rezar? El obispo nos ha echado un buen sermón desde la muralla. Asegura que la niebla es obra de una santa que fue martirizada hace muchos años en este lugar por negarse a adorar a falsos dioses. Santa Eulalia... ese es

su nombre. Así que no sé si recibiremos ayuda por ese lado, siendo unos perros arrianos, como he oído que nos llama tu gente, Marco.

–Los suevos también lo son, noble Akhila, por mucho que Rechiario proclamara su conversión para tratar de ganar apoyos –la respuesta del muchacho, que pretendía ser cortés, hizo que tanto Ibbas como yo riéramos a carcajadas.

–Lo sé... el obispo también nos relató que un rey suevo murió hace algunos años en los alrededores, precisamente por contrariar a la Santa. Puedes imaginarte los rumores que empiezan a correr entre los hombres. Si es que, cuando las cosas se tuercen, solo el buen vino es capaz de arreglarlas, o al menos hacer que las olvides por un instante.

–Aún podéis abrazar la verdadera fe, señor. Entonces tendríamos a la Santa de nuestro lado.

Después de paladear un buen trago de vino, Akhila respondió con sorna al muchacho.

–Lo mismo te digo, chico; así verías que nuestras creencias son mucho más sencillas que los sinsentidos que predicán tus monjes.

Terminamos el delicioso vino discutiendo sobre las ventajas de las distintas variantes de la fe en Cristo –lógicamente, me abstuve de opinar y me concentré en paladear cada trago a conciencia– y volvimos al campamento dispuestos a disfrutar de nuestro breve permiso hasta que llegaran noticias desde la ciudad.

Durante los siguientes días la niebla siguió acudiendo puntualmente a su cita con nuestro campamento, que cubría con sus helados dedos al amanecer y al atardecer. A pesar de los esfuerzos del rey por acallarlos, los rumores sobre la bruma de Santa Eulalia se extendieron por el acuartelamiento, y cada vez eran más los guerreros que hablaban del prodigio con un temor reverencial. Poco a poco, fuimos conociendo retazos de la espeluznante historia del martirio de una niña cristiana de doce años, que murió por orden del emperador romano por negarse a rendir culto a los dioses del imperio. A pesar de que trataron de doblegarla con todo tipo de torturas, la niña las soportó cantando alabanzas a su dios. Galieno se ocupó de recopilar las numerosas historias que corrían entre la tropa, y por las noches nos relataba con fascinado horror los tormentos que la pequeña había aguantado sin que se

quebrara su voluntad. Yo me limitaba a comentar que esperaba que sus pobres padres tuvieran más hijos, y al menos uno con más cabeza que la pobre desgraciada, que había preferido morir de cien maneras distintas –las versiones, a cada cual más colorida, resultaban contradictorias– antes que echar un puñado de incienso al fuego.

Tres días después del infructuoso parlamento frente a las murallas nos tocó en suerte encargarnos del primer turno de guardia. Con Issa a mi lado, y Marco y Galieno a unos cincuenta pasos, tratamos de pasar la fría noche lo mejor que podíamos. Protegidos tras un pequeño murete, probablemente vestigio de un antiguo asentamiento extramuros, el britano y yo charlábamos animadamente sobre las vírgenes y la niebla.

–Esa puede ser la respuesta a que tu isla siempre esté cubierta de niebla, Issa. Debéis de contar con muchas vírgenes de esas en tu tierra.

–No lo creo; nunca he visto a ninguna –al instante la pálida tez del britano se tiñó de rojo al caer de repente en el doble sentido de su respuesta.

Me disponía a reír ruidosamente, pero el muchacho me agarró del brazo de repente y me hizo una seña para que me mantuviera en silencio. Ahogué la risa y escuché con atención, intentando averiguar qué había sobresaltado al britano. Tras un instante de concentración, me pareció oír el sonido apagado que haría algo grande arrastrándose despacio sobre la hierba. Abandonamos nuestro escondite tras el muro y nos separamos unos pasos, tratando de abarcar la mayor superficie de terreno posible sin perdernos de vista. Di gracias a los dioses porque en ese momento la niebla se había levantado, y el brillo de la luna nos permitía ver con bastante claridad el terreno que nos separaba de la oscura muralla. Giré la cabeza despacio, buscando el origen del sonido, y poco después logré echarle el ojo a una sombra oscura que se movía con lentitud: una figura encapuchada trataba de avanzar sigilosamente en dirección al campamento. Me acerqué en silencio, hasta que pude escuchar su respiración agitada. Me pareció que reptaba con paciencia infinita, desplazándose muy poco cada vez; aunque hacía poco ruido, su cadencia poco natural destacaba entre los sonidos de la noche. Además, estaba seguro de que todavía no se había percatado de mi presencia; lo juzgué un explorador inexperto. Cuando me encontraba ya muy cerca, me lancé sobre él de un salto,

propinándole un fuerte golpe en la nuca que le hizo caer de bruces contra el suelo. Le di la vuelta con premura, y retiré la capucha, para ver a quién acababa de dejar inconsciente. Se trataba de un tipo joven, de piel morena, con el cabello castaño tonsurado al estilo de los monjes cristianos. Me rasqué la cabeza, sorprendido: ¿Qué hacía un cura arrastrándose en la noche hacia nuestro campamento? Había estado a punto de acabar con él... apostaba a que Marco no se lo iba a tomar bien. Por suerte, era el pagano Issa el que me acompañaba. Aunque en ese instante lo había perdido de vista; traté de buscarlo para que me ayudara a cargar con el desmayado cura, pero a diferencia del fardo que yacía a mis pies, el britano era imposible de localizar cuando avanzaba con cautela. Me rendí y silbé el canto con el que solíamos llamarnos durante las partidas de caza. Apenas un instante después estaba a mi lado, mirándome con los ojos muy abiertos. Tras cerciorarnos de que no rondaban por los alrededores más visitantes inesperados, alzamos al cura y lo llevamos hasta el murete donde habíamos estado discutiendo animadamente, dejándolo tendido junto a él. Issa acercó los dedos a su cuello, preocupado.

–Tranquilo, aún respira –afirmé–. Acércate al río y trae un poco de agua; vamos a ver si este tipo es de los que agradece un buen baño a la luz de la luna.

Cuando el britano volvió a perderse en la noche, me incliné sobre la figura tendida, y traté de reanimarlo con una serie de secos cachetes en las mejillas. Aunque no abrió los ojos, al menos sí pude comprobar que emitía algún sonido mostrando su desacuerdo ante mis poco delicadas caricias. Issa regresó enseguida, con su casco entre las manos lleno a rebosar de agua fresca.

–Haz los honores, muchacho. Pero trata de no mojarme a mí.

El agua cayó sobre la cara del cura, que reaccionó al instante, abriendo unos enormes y asustados ojos marrones que nos miraron con pavor. Cuando se disponía a gritar sobresaltado, le tapé la boca y presioné para evitar que alertara al resto de centinelas. El terror reflejado en los expresivos ojos del religioso –que parecía estar a punto de orinarse en los pantalones– hizo que casi olvidara lo comprometido de la situación y me echara a reír. Divertido, le hice un gesto bastante explícito con la mano libre, haciéndole entender que, o permanecía callado, o le cortarían el pescuezo. Los ojos ya de por sí grandes

del individuo se abrieron aún más y asintió enérgicamente con la cabeza. Retiré despacio mi mano de su boca. El tipo apretaba su espalda contra el muro, tratando de alejarse de mí lo máximo posible. Comenzó a persignarse sin parar y apretó los labios con fuerza, concentrado en ahogar el más mínimo gemido para evitar enfadarme.

–Buen chico –le dije, antes de comenzar el interrogatorio–. Y bien, ¿se puede saber quién cojones eres y qué haces aquí?

El tipo continuaba persignándose mecánicamente y parecía mirar a través de mí sin ser capaz de verme. No dijo una palabra. Con gesto hastiado, levanté el brazo e hice amago de golpearle; la amenaza lo espabiló de golpe. Encogíendose sobre sí mismo, habló entrecortadamente.

–No puedo... revelar mi mensaje... salvo al mismo rey.

–A ver, muchacho; yo soy el rey para ti en estos momentos. ¿Acaso no te parezco lo bastante elegante? –dije señalando mis manchadas ropas. Él apretó los labios de nuevo, tercamente. Sin perderlo de vista, le indiqué a Issa que fuera en busca de Marco, con la esperanza de que la presencia del hispano hiciera que se le soltara la lengua a nuestro inesperado invitado.

Poco tiempo después regresó con él. No debía de haberle contado mucho, pues la expresión de Marco era de total desconcierto.

–Pero, ¿qué pasa aquí, Attax?

Le hice un gesto para que rodeara el murete, que ocultaba al religioso a su vista. El asombro se reflejó en sus ojos al ver al tonsurado a mis pies con pose de mártir viviente. Paseó su mirada entre los dos; le indiqué que se acercara y se sentó en el suelo frente al tipo. Hice un último gesto amenazante y me hice a un lado. Me apoyé tranquilamente en el muro y dejé que a partir de ahí se entendieran entre ellos.

–Soy Marco Vipsanio Celer, de *Conimbriga* –se presentó Marco de muy buen modo–. ¿Querría decirme quién es usted y cómo ha llegado hasta aquí, padre?

El tipo, que al menos parecía haber recobrado algo de autocontrol frente a su nuevo interlocutor, alzó los ojos al cielo, agradecido.

–Gracias al señor, un cordero de Dios entre tantas ovejas descarriadas. Mi nombre es Zenón, diácono del obispo de *Emerita*.

Marco hizo una pequeña pausa tratando de digerir las palabras del religioso.

–¿Viene desde la ciudad? –el tal Zenón asintió con fuerza– ¿Y qué se proponía tratando de entrar en el campamento a hurtadillas? Aparte de que lo maten, claro está.

–Traigo un mensaje de los notables de la ciudad para el rey Teodorico.

–¿Un mensaje para el rey? ¿De qué se trata?

–Mi mensaje es para el rey, y solo debo repetirlo ante él –afirmó con terquedad.

Dirigí a Marco una mirada cansada.

–¿Ves? Es idiota.

Marco frunció el ceño y decidió endurecer la actitud solícita que había mostrado hasta entonces.

–Pues ya me dirás cómo pensabas llegar hasta la tienda real tú solo, amigo. Has tenido mucha suerte de que te interceptara Attax, en lugar de otro con menos paciencia, que te habría matado sin molestarse en preguntar siquiera –Marco me señaló con un ademán y yo dirigí una gran sonrisa al joven religioso, cuya abultada nuez subía y bajaba nerviosamente.

–Bueno, quizás no sea necesario que sea el rey en persona...

Marco asintió.

–Bien, entonces tal vez podamos hacer algo –se giró hacia Issa–. Trae a Salla; no le digas para qué, solo hazle ver que es importante.

El britano partió rápidamente mientras nosotros tratábamos de sonsacarle algo más al tipo.

–Me pregunto por dónde habrás salido para llegar hasta nosotros –dijo Marco, jugueteando con el pomo de su espada–. La vigilancia sueva debe de ser estricta.

–Así es –respondió el interpelado evitando mirar a Marco a los ojos–. Pero yo soy un hombre con recursos. –La presunción del tipo era admirable; carraspeé para ahogar la risa. Zenón me dirigió una mirada ofendida, y siguió preguntando a Marco–: ¿Y qué hace un romano de buena cuna como parece ser tú a este lado de la muralla?

–Es una larga historia, y no es momento para contarla. Pero una vez hayamos liberado la ciudad, espero que me invites a una buena jarra de vino y

podamos hablar con tiempo –mi chico se estaba haciendo mayor.

Enseguida llegó Salla, bien envuelto en su capote, siguiendo los pasos del eficiente Issa. Cuando llegó hasta nosotros pude observar la cara de pocos amigos que traía, molesto porque le hubiéramos despertado en medio de la noche.

–¿Se puede saber qué mosca os ha picado? Estaba soñando con un buen fuego y una chica rubia bien provista que no paraba de darme vino, y no parecía que fuera a contentarse solo con eso –en sus labios se dibujó una sonrisa soñadora.

Zenón se asomó cautelosamente por encima del muro, tratando de ver al recién llegado. Al ver su tonsurada cabeza aparecer tras las piedras, el muchacho soltó un sorprendido reniego y se acercó en dos zancadas hasta nosotros, sin dejar de escrutar a la sorprendente aparición.

–¿Pero qué clase de juego os traéis entre manos? De Attax lo esperaba, que es la reencarnación en la tierra del mismo Leviatán, pero pensé que tú eras un cristiano decente, Marco, ¡o al menos más que yo mismo!

–Este hombre asegura que es un enviado de la ciudad, y que trae un mensaje para el rey –aclaró Marco, señalando al nervioso diácono.

Salla estudió al tipo con renovado interés.

–¿Traes noticias de la ciudad?

Zenón asintió, pero aún no parecía dispuesto a hablar.

–En fin, Salla; parece que tampoco tú te pareces lo suficiente al rey como para que nuestro amigo se decida a soltar su tan cacareado mensaje –meneé la cabeza.

El cura se cruzó de brazos, con gesto obstinado.

Consciente de que el tiempo corría en nuestro favor y no en el del religioso, que debía volver a la ciudad sin ser visto, Salla se llenó de paciencia.

–¿Y cómo sé que hablas en nombre de las autoridades locales, y no eres un emisario enviado por los suevos para tendernos una trampa? No puedo arriesgarme a caer en desgracia ante mi rey, si me presento ante él y lo que cuentas resultan ser patrañas.

El tipo, aunque nervioso, supo sobreponerse a las insinuaciones del godo.

–Soy un hombre de Dios; nunca miento –terció con convicción. No pude evitar reírme, lo que me valió una mirada reprobadora por parte de Marco. Siempre me ha hecho gracia la inocencia de los cristianos.

Salla también sonrió.

–Amigo, eso dice también el padre Saturnino, allá en *Burdigala*, cuando jura que no se ha amancebado con su ama.

–Pero os prometo que vengo de parte del obispo Antonius y de los nobles de la ciudad. Y traigo un mensaje importantísimo para vuestro rey; la vida de mucha gente depende de que se lo transmita –Zenón empezaba a parecer realmente agobiado–. ¡Tenéis que creerme!

–Bien, enviado de Antonius, yo soy Salla, hijo del *Comes Akhila*. Así que también puedes confiar en que tu mensaje, a través de mi padre, llegará hasta Teodorico.

Zenón retorció el borde de su capa con desesperación. Balbuceó en un par de ocasiones como si estuviera a punto de hablar, pero finalmente no dijo nada. Salla lo intentó de otra manera.

–Haremos una cosa. No puedo llevarte ante el rey sin saber exactamente quién eres y qué pretendes. Pero si tu mensaje me convence, y eres capaz de traer alguna prueba de que eres quien dices ser, te juro por la santísima trinidad que yo mismo te llevaré frente a Teodorico –pronunció solemnemente.

Salla miraba al tipo fijamente, con los brazos en jarras. Marco, a mi lado, contuvo un resoplido. Zenón asintió y pareció tomar una decisión; después de todo, no iba a obtener un trato mejor, y dudo que deseara arriesgarse a agotar nuestra paciencia y acabar muerto entre herejes. Otro mártir para *Emerita*, pensaba yo.

–De acuerdo, confiaré en tu promesa. La ciudad quiere acordar con el rey la entrega pacífica de la misma, si el soberano da su palabra de que se respetará a la iglesia y a todos los ciudadanos hispanos. Lo que ocurra con los suevos una vez os hayamos franqueado el paso, quedará en manos del Señor. Pero Teodorico debe jurar que respetará el trato, y que no sucederá lo mismo que en *Braccara Augusta* –esas últimas palabras brotaron como veneno de sus labios.

Pude ver la vergüenza reflejada en el rostro de Marco, y algo parecido a la culpabilidad en el noble rostro de Salla.

–Sea, amigo. Si traes una misiva sellada por el obispo que te confirme como su enviado, te llevaré ante Teodorico para que puedas transmitirle este mensaje.

–Preferiría no llevar encima documento alguno que pueda comprometerme en caso de que los suevos me interceptasen –teniendo en cuenta la torpeza que había demostrado, no me parecía una mala precaución–. Pero puedo ofrecerte algo incluso mejor. En dos días expira la tregua establecida, y habrá un nuevo parlamento frente a las murallas. Yo acompañaré al obispo; espero verte allí, y así ambos nos reconoceremos como interlocutores válidos.

–Me parece justo, monje.

–Díacono –precisó Zenón.

–Díacono –corrigió Salla–. Trataré de acudir, y si todo se desarrolla según lo previsto, en dos días te confirmaré cuándo serás recibido por el rey. Quiero creerte, hispano, porque si lo que dices es cierto eres portador de muy buenas nuevas.

–Te lo juro por la Santísima Trinidad –Zenón repitió la fórmula empleada por Salla con expresión grave y la mano derecha sobre el corazón–. Pero recuerda, ninguno de los habitantes de *Emerita* deberá sufrir daño alguno por parte de vuestros soldados. No olvidéis que la Santa niña Eulalia protege la ciudad; ya el suevo Hermigario conoció su poder, cuando la Santa lo llevó a la muerte por no respetar su templo –hizo un gesto vago con la mano hacia el río–. Ya habréis notado que estos días su presencia es particularmente intensa –agitó los dedos entre los leves jirones de niebla.

–Ya el obispo se ha ocupado de hacer notar a Teodorico la protección que la santa os otorga. Pero eres libre de repetirlo en su presencia si lo crees conveniente.

Zenón asintió y se levantó, dispuesto a marcharse.

–No me has dicho tu nombre –le recordó Salla.

–Disculpa mi falta de educación, ha sido una noche complicada. Soy Zenón. Zenón, díacono de *Emerita*. Recuerda mi nombre para cuando nos volvamos a ver, que yo el tuyo ya lo he memorizado, Salla hijo de Akhila.

–¿Ves como al final fue una suerte que dieras con nosotros, cura? –afirmé, mordaz.

–El Señor, en su sabiduría, dispone extraños caminos para sus siervos – supuse que con eso pretendía decir que sí.

–Bien. Te deseo suerte en tu regreso a la ciudad. Nos veremos frente a las murallas dentro de dos días, y allí el destino decidirá.

–¿El destino? Te equivocas, godo; será Dios el que decida. Que el Señor ilumine vuestros pasos –se despidió, mirándome de arriba abajo.

–Espero que no se le ocurra iluminar los tuyos, amigo, no te vaya a delatar de vuelta a la ciudad –repuse, lo que me valió una larga reprimenda de Marco que soporté estoicamente mientras observaba alejarse al tipo.

Aunque apenas estaba escuchando la bronca de Marco, me pareció que de repente dejaba de ser el blanco de sus palabras y que entonces le tocaba a Salla. Sorprendido, volví a prestar atención, aunque me parecía conocer el motivo de sus protestas: un detalle de la conversación que también a mí me había sorprendido.

–Salla, ¿se puede saber a qué venía ese ridículo juramento?

Salla había jurado por la santísima trinidad... no pude por menos que admirarme de su ocurrencia. No es que yo supiera mucho de los matices entre los seguidores de Cristo, pero después de tanto tiempo y tantas charlas compartidas, era capaz de recordar algunas de las diferencias que las facciones consideraban irreconciliables. Mientras los cristianos como Marco o Zenón afirmaban que tanto dios, como su hijo, como otro ser llamado espíritu santo eran la misma entidad –algo que, reconozco, escapaba totalmente a mi entendimiento–, los arrianos, como los godos o los vándalos, creían que dios y su hijo eran personas distintas, lo que visto desde fuera me parecía más lógico, aunque prefería no meterme a debatir sobre aspectos teológicos, sobre los que no estaba ni capacitado ni interesado. Cualquier cuestión que no incluya espadas, vino o mujeres pasa a ocupar inmediatamente el último escalafón de mis prioridades. Pero reconozco que el asunto me hizo gracia: Salla se las había arreglado para jurar solemnemente por algo que Zenón consideraba sagrado, pero que a él no le obligaba en absoluto.

–Eso, Salla –lo pinché–, ¿desde cuándo jura un arriano como tú por la santa trinidad?

El muchacho me dirigió una mirada traviesa.

–Desde que es necesario salvaguardar mi palabra, Attax. De todas formas, no creo que este Zenón piense de verdad que ha dado con el primer godo cristiano. No parece tan tonto.

–Un poco torpe sí que parece –repuse–. Y se ha tragado tu juramento sin pestañear.

–Tampoco debe de ser tan torpe, si es capaz de eludir la vigilancia sueva para llegar hasta nosotros –lo defendió Marco, todavía enfadado.

Salla le hizo un gesto a Issa para que se acercara y habló en voz baja:

–No diremos nada a nadie, ni siquiera a Ibbas o a Wulf, ni a Galieno, ¿de acuerdo? –todos asentimos en silencio–. Hablaré con mi padre esta noche, y ya veremos qué es lo que él decide de cara al rey. Si el hispano es quien dice ser, pronto lo comprobaremos, y podremos mantener otra reunión en mejores condiciones y con los interlocutores adecuados –hizo una pausa y frunció el ceño–. Por cierto, hay algo que comienza a preocuparme. Marco, ¿habías oído hablar alguna vez de esa Santa Eulalia? ¿Es tan poderosa como afirma Zenón?

–Allá en *Conimbriga* tan solo conocíamos su nombre, como el de otros tantos santos. Pero cierto es que desde que llegamos a *Emerita* se siente algo en el ambiente.

–Sí, en mi pueblo lo llamamos niebla. –Me encantaba fastidiar a Marco en todo lo referente a la religión. Me volví hacia Salla–. Si quieres, pregunta a Galieno: te puede contar un par de historias bastante macabras sobre su martirio.

–Me pregunto cómo habrá muerto Hermigario. ¿Habrá corrido la misma suerte que la mártir niña?

Desde que Zenón citara al suevo, su nombre me rondaba por la cabeza: sabía que lo había escuchado antes. Por fin, la respuesta vino a mi mente.

–Murió ahogado en el *Annas*. –Mi intervención hizo que todos me miraran, tratando de averiguar si hablaba en serio o si continuaba tratando de fastidiar a Marco.

–¿Ahogado? –me preguntó Issa decepcionado–. Esperaba que una lengua de fuego hubiera emergido de la tierra y lo hubiera calcinado sin dejar rastro de él.

–Murió huyendo de los vándalos que lo perseguían, no de Santa Eulalia; al menos que yo sepa.

–Parece mentira que haya que explicártelo todo, Attax –me reprendió Salla–. Los vándalos fueron enviados por Santa Eulalia –puntualizó con una sonrisa. Parecía que esa noche, todos estábamos por la labor de importunar a Marco.

–Te creería, chico –repuse con tranquilidad–, salvo porque quien los mandaba era mi amigo Anderico.

Consciente de que Marco no soportaría durante mucho tiempo más nuestras pullas, Salla se esforzó en reconducir la conversación.

–Bueno, lo único que está claro es que entre la niebla y los rumores, los hombres, incluido el rey, están nerviosos como en pocas ocasiones. Bien; volved a vuestros puestos como si nada hubiese pasado. Yo me vuelvo junto a la fogata, a ver si al dormir logro volver a encontrarme con la rubia camarera de mis sueños.

CAPÍTULO X

Poco después concluyó nuestro turno de guardia, y seguimos los pasos del godo para descansar tranquilamente mientras el resto del campamento despertaba dispuesto a pasar otro aburrido y anodino día. Cuando al fin el sueño me había vencido y comenzaba a soñar con mi dulce Aspasia, Salla se tomó cumplida venganza por lo acontecido esa noche y nos despertó uno a uno con una sonrisa en sus labios, haciéndonos un gesto para que permaneciéramos en silencio. Lo seguimos y abandonamos el campamento con la excusa de ir a cazar algo en las cercanías. Supuse que el pobre Galieno, al despertar, se preguntaría extrañado por qué nos habríamos ido sin él; esperaba que no hiciera caso a las habladurías de los hombres de que la niebla se llevaba a sus compañeros hasta lejanos lugares –probablemente a lejanos y tranquilos lugares donde poder dar de vientre sin curiosos– y buscara a Ibbas y Wulfila para pasar con ellos la mañana hasta nuestro regreso.

Cuando nos encontrábamos ya lejos del bullicio del campamento, el godo aminoró el paso y por fin nos explicó para qué nos había llevado hasta allí, aunque todos lo suponíamos por la ausencia de Galieno. Como partida de caza fue bastante pobre, pero al menos pudimos hablar sin curiosos y comprobar que el joven godo ya había jugado sus cartas, y esa misma noche sería conducido a la presencia de Teodorico para transmitirle la misiva del nervioso mensajero nocturno. Akhila había dado la suficiente credibilidad a las palabras de Zenón como para decidir hacérselas llegar a Teodorico incluso antes de tener la oportunidad de comprobar si el diácono acompañaba efectivamente al obispo Antonius al encuentro del día siguiente, pues si contaba con esta información, el soberano podría interpretar lo que se planteara durante la conversación bajo una perspectiva diferente, y estar atento a la más mínima insinuación del eclesiástico que pudiera confirmarle su intención de negociar la entrega de la ciudad. Asimismo, si el obispo decidía adoptar frente a los suevos una actitud más conservadora con la que cubrirse las espaldas y no levantar sospecha alguna, la perspectiva de un posible encuentro secreto para proponer lo contrario en privado proporcionaría al

monarca la templanza necesaria para no romper hostilidades sin esperar a más. Así, si Zenón resultaba digno de confianza, Salla habría dado un paso de gigante para ganarse el aprecio del rey. En caso contrario, su reputación –y la de su padre– se verían seriamente comprometidas.

Ya de vuelta al campamento, la tarde transcurrió para nosotros más lentamente de lo que ya de por sí solían discurrir las aburridas horas frente a *Emerita*. Sin nada que hacer, salvo aguardar a que desde la ciudad emeritenses y suevos acordaran una respuesta común a las tropas que los cercaban, haraganeábamos hasta que una anodina jornada daba lugar a otra igual. Pero esa noche al menos habría algo que rompería la rutina.

Cuando ya hacía rato que había anochecido y los jóvenes, nerviosos, parloteaban sin parar alrededor de la fogata, uno de los hombres de confianza del rey, Sigefrid, escoltado por un par de guerreros, se acercó hasta nuestra posición para conducir a Salla hasta donde el rey lo esperaba junto a Akhila. Tratamos de permanecer despiertos hasta su regreso, pero cuando ya habían transcurrido varias horas y el resto de los hombres descansaban apaciblemente, el mismo Ibbas, que desconocía lo que estaba sucediendo en la tienda real, se plantó frente a nosotros y, con esa oratoria tan particular que da el comandar hombres durante años, nos convenció de que lo mejor para nosotros era arrebujarnos en los capotes y mantener la boquita cerrada hasta que el sol volviera a mostrarse en el horizonte. La llegada de Salla se retrasó de tal manera que finalmente uno a uno fuimos cayendo dormidos. Cuando ya los primeros rayos de sol anunciaban la llegada del nuevo día, desperté para encontrar frente a mí la abrigada figura de Salla, sentado en una piedra junto a nosotros mientras removía con una rama los rescoldos de la moribunda fogata. Nos saludó sonriente, y con la misma sonrisa en los labios nos indicó que nada podía contarnos por ahora de su real entrevista. Así, tan solo hablamos de la importante cita que tendría lugar esa mañana, mientras tomábamos un frugal desayuno. Cuando ya se acercaba la hora convenida, Salla nos abandonó para lucir sus mejores galas y seguir al rey y sus *gardingos*, probablemente la primera ocasión en que lo hacía en su corta vida, y quien sabía si la última. En ese caso, me ofrecería voluntario para encontrar a Zenón y hacerle pagar cara su burla.

La comitiva real partió a mediodía desde nuestra burda empalizada; entre los *gardingos* que siempre acompañaban al rey, pudimos reconocer a un nervioso Salla elegantemente ataviado. Al mismo tiempo, se abrieron las grandes y pesadas puertas de la ciudad, y salió un abigarrado grupo de hombres entre los que destacaban los religiosos de la ciudad, vestidos con amplios ropajes; esperábamos que junto a ellos se encontrara el propio Zenón. En lo alto de la muralla tomó posiciones una numerosa compañía de arqueros que aguardaban con las armas preparadas, vigilantes ante cualquier señal de traición. Por nuestra parte, los guerreros de Teodorico tratamos de acercarnos lo máximo posible, hasta que topamos con los oficiales del rey, que formaban un cordón protector que nos mantenía a una distancia suficiente para evitar que los emeritenses pudieran sentirse intimidados y decidieran regresar a la seguridad de sus murallas.

Situados a escasos doscientos pasos de los recios muros, seguimos con la mirada el encuentro de ambos grupos. Tras un breve instante de vacilación, los cabecillas comenzaron a llevar el pulso de la reunión. El parlamento fue lento, o al menos eso nos pareció a los que lo observábamos desde la distancia. Tras largas horas de diálogo, el primer grupo en retirarse fue el de la ciudad; la comitiva de ciudadanos se dio la vuelta y regresó hacia las murallas, encabezada por la compañía de guerreros suevos. Por la pose desafiante con que los observaron alejarse los hombres de Teodorico, supusimos que el encuentro no había resultado fructífero. Entonces, llegaba el turno de las conjuras.

Para los hombres y mujeres que miraban desde ambos lados de la muralla debió de pasar desapercibido, pero nosotros, que ya esperábamos algo similar, pudimos ver cómo uno de los religiosos de la comitiva quedaba algo retrasado respecto al resto. Al pasar junto a la zona donde se destacaba Salla, que había desmontado, el cura se agachó para atarse mejor las recias tiras de cuero de sus sandalias. Observamos el aparentemente irrelevante momento conteniendo la respiración, hasta que después de que la mayoría de los religiosos hubiera dado ya la espalda al grupo de Teodorico, el rey y sus hombres también volvieron grupas para regresar hasta el campamento, y perdimos al muchacho de vista.

Durante todo el día esperamos en vano encontrar a nuestro amigo y que nos sacara de dudas sobre lo acontecido, pero en lugar de eso nos tuvimos que conformar con escuchar los rumores que corrían por el campamento, que aseguraban que los suevos y los habitantes de la ciudad habían solicitado al rey posponer unos días más su decisión, con la excusa de que en esos momentos la ciudad celebraba el martirio de su patrona, la a esas alturas ya tan conocida Santa Eulalia. Los hombres se quejaban de que los suevos estaban jugando con el rey, tratando de ganar un tiempo precioso para que alguna columna de apoyo se presentara a liberarlos. Según las palabras de Ibbas, y el propio sentido común, eso era a todas luces imposible: el único contingente suevo que habría podido plantar cara a Teodorico frente a las recias murallas de *Emerita* era el que dos meses antes había sido aniquilado a orillas del *Urbicus*, dejando indefensa al resto de *Gallaecia*. Ni tan siquiera la guarnición de *Braccara* –la ciudad más densamente poblada por suevos– había podido frenar el fulgurante avance del ejército godo más que unas pocas semanas. Pero para los más crédulos del campamento, entre los que se contaban aquellos que creían que la Santa favorecería a las tropas suevas frente a las godas por haberse aquellas convertido recientemente al cristianismo –al menos de boquilla–, se decía que nuevas bandas guerreras suevas, incrementadas por fanáticos cristianos hispanos, se estaban armando en la vecina *Carthaginense* e incluso en la *Baetica*, dispuestas a acudir a *Emerita* y limpiar *Hispania* de la podredumbre de los herejes godos. Aunque desde mi llegada a *Lucus* había perdido por completo la noción de lo que pasaba en cada una de las provincias de *Hispania*, dudaba que tropas suevas de consideración pudieran encontrarse fuera de *Gallaecia* o *Lusitania*, salvo alguna pequeña guarnición que sirviera para defender alguna posición avanzada desde donde devastar las regiones circundantes. Pero era difícil convencer a los guerreros cuando ya el miedo se había afianzado en sus entrañas. Esa noche, cuando ya nos disponíamos a preparar algo que llevarnos a la boca, Ibbas, para nuestro disgusto, nos volvió a citar para hacer esta vez el primer turno de guardia, tarea de la que quedaba exento el bueno de Galieno, que no paró de reírse de nosotros y pavonearse de su buena fortuna. De nada sirvieron nuestras bien fundadas quejas –solo dos días antes habíamos cumplido nuestro turno semanal–; el gigantesco godo no dejaba de

mesarse los cabellos mientras repetía acalorado que parecía mentira que tras

seis meses de convivencia todavía no hubiéramos entendido que la sencilla vida de los guerreros consistía básicamente en obedecer.

Sin cesar de quejarnos, lo que provocaba las risas de nuestro comandante y de nuestro amigo hispano, recogimos nuestras armas, enfurruñados, y enfilamos el camino hacia el mismo lugar en que habíamos interceptado dos noches antes a Zenón. Marco, que había dejado de protestar hacía ya un rato, me dirigió una sonrisa cómplice; y por fin comencé a encontrarle algún sentido a todo aquel absurdo montaje. La figura encapuchada que nos daba la bienvenida sentada en el viejo murete me lo confirmó; después de toda la jornada buscando a Salla sin conseguirlo, ahí estaba el joven dispuesto a aclararnos por fin el resultado de sus encuentros con el rey y con Zenón.

–Buenas noches, amigos. Sentaos aquí, que tengo la cena preparada.

Cuando vi lo que guardaba bien envuelto en un trozo de tela limpio –varios jugosos muslos de pollo con la piel bien tostada y crujiente–, y el odre repleto de vino que los acompañaría, perdoné instantáneamente al muchacho por arrancarnos de la cálida hoguera sin habernos dado tiempo ni para tomar un bocado.

–¡A la salud del rey! –brindó Salla, con una gran sonrisa en los labios.

Nos sentamos a su lado y nos dispusimos a compartir la sabrosa cena y las noticias que tantas horas llevábamos esperando. Según nos relató Salla, el resultado final del encuentro entre los dirigentes de ambas facciones era el que corría de boca en boca entre los soldados: la decisión había vuelto a postergarse una semana más. Pero lo más importante de la cita solo lo conocíamos unos pocos: entre los acompañantes del obispo se encontraba Zenón, ataviado con su impoluto atuendo religioso. El diácono tuvo además voz entre los negociadores, lo que no pasó desapercibido al rey, alertado por Salla de que aquel tipo desgarbado era el mismo con el que habíamos hablado de la posibilidad de rendición. Además, como habíamos visto, Zenón se las había arreglado para dejar a los pies de Salla una breve misiva sellada por el propio obispo en la que el prelado ratificaba a su diácono como portavoz.

–Pero, ¿qué es exactamente lo que ofrece el cura? –quise saber– ¿Va a entregarnos las cabezas de toda la guarnición sueva? ¿Él mismo abrirá a nuestros enemigos en canal?

Salla se encogió de hombros.

–No lo sabemos con exactitud, por eso estamos aquí. No debe de faltar mucho para que aparezca y podamos llevarlo a la tienda del rey.

Y así fue: apenas tuvimos que esperar una hora, que aprovechamos para dar buena cuenta de nuestra succulenta cena, hasta que vimos acercarse la encapuchada figura del monje avanzando despacio en la oscura noche. Salla le indicó con un gesto que se sentara a nuestro lado.

–Si quieres, aún nos queda algo de pollo, amigo Zenón. Así cogerás fuerzas antes de presentarte ante el rey.

–No os diré que no, porque vengo bastante cansado desde la ciudad.

–Orar debe de ser agotador –asentí con aire inocente.

El religioso, sin molestarse en responder a mi pulla, agarró un muslo de pollo y se concentró en devorarlo ávidamente, como si hiciera mucho tiempo que no degustaba un plato decente.

–Me alegré de verte esta mañana, Zenón –continuó hablando Salla mientras el hispano seguía a lo suyo con el ya casi mondo hueso–. Aunque parecías de fiar, nunca está de más ser precavido.

–Lo mismo pensaba yo de ti, godo. Casi me convenciste de que no eras un idólatra arriano –dijo el religioso entrecerrando los ojos mientras se limpiaba la barbilla con la manga de su túnica.

Salla sonrió abiertamente.

–Disculpa, hispano. No pretendía molestarte.

–Cuando le dije al señor obispo que me habías dado tu solemne palabra, y él me aconsejó que no me fiara de un arriano, caí en la cuenta de tu ardid. Lo cierto es que me sentí como un verdadero idiota. En fin... creo que podremos llegar a entendernos. Pero no vuelvas a intentar embaucarme así.

–Puedes confiar en mí, Zenón. Ambos trabajamos por el mismo fin: liberar *Emerita* y cumplir con las órdenes del emperador.

El religioso no parecía demasiado convencido.

–Incluso confiando en tu palabra, ¿qué ocurre con el resto de los hombres del ejército? ¿Se contentarán con expulsar a los suevos o pretenderán reunir además un buen botín a nuestra costa?

–Cumplirán las órdenes del rey. Son guerreros disciplinados. –Admiré la diplomacia de Salla, que se movía con seguridad en terreno pantanoso; y más

teniendo en cuenta que ni el propio Akhila estaba seguro de lo que pasaba por la cabeza del rey.

–Un rey se cambia por otro; o mejor debería decir que un hermano se cambia por otro...

–Frederico se mantiene fiel a su hermano.

–¿Y no se sentirá tentado de cambiar las tornas aprovechando la situación? ¿No le seguirán los soldados en lugar de a Teodorico si les ofrece la capital de la diócesis a sus pies?

Salla frunció el ceño e hizo un gesto evasivo con la mano.

–Todo eso son elucubraciones vanas. En mí puedes confiar, pero yo solo puedo hablar por mí mismo y por mis hombres. Así que ahora lo importante es arrancar el compromiso de Teodorico, que es el rey de mi pueblo y por lo que a mí respecta lo será por mucho tiempo. Concéntrate en convencerlo a él, y reza a Santa Eulalia para que te auxilie en tu tarea. –Pese a que el último comentario encerraba un leve cinismo, el gesto del hispano se tornó pensativo.

Tirando el hueso de pollo por encima de su hombro, el religioso se levantó de un salto, instándonos a hacer lo mismo.

–Vamos ya; no puedo perder más tiempo, debo volver a la ciudad antes del amanecer.

Escoltamos al hispano hasta la tienda de mando del rey. Según nos acercábamos, Salla debía dar explicaciones a los guerreros que nos scrutaban con poses cada vez más fieras. Sin duda, Teodorico escogía cuidadosamente a su guardia personal; lo rodeaba una seguridad apabullante. Frente a su lugar de operaciones habitual, nos dieron el alto un grupo de arrogantes *gardingos*. Observé con disgusto que Liuva se encontraba entre ellos, observándonos con un mohín de disgusto. Para nuestra fortuna, no era él el que llevaba la voz cantante, sino un veterano de anchas espaldas y cabello ya gris que se presentó como el *dux* Cyrila.

–Buenas noches, Salla hijo de Akhila. Quien te acompaña debe de ser el emisario del obispo, ¿me equivoco?

– Pocas veces te equivocas, sabio Cyrila. Quien me acompaña es Zenón, diácono del obispo Antonius y su voz y sus ojos esta noche.

El recio veterano respondió con gesto amable ante el cumplido del muchacho.

–Ay, Salla... ojalá mi cachorro fuera como tú –le dedicó una sonrisa casi paternal antes de posar sus ojos en el hispano y dirigirse a él con formalidad–. Bienvenido seas, Zenón, diácono de *Emerita*. El rey Teodorico te está esperando. –Se volvió a su escolta–. Liuva, Tulga, quedaos aquí; el resto, seguidme hasta el pabellón real.

Cuando llegamos a la entrada, un guerrero levantó la gruesa tela que la cubría y el propio Cyrila, seguido del religioso y de Salla, se perdieron entre los pliegues dejándonos por fuera de la tienda, donde aguardamos en compañía del aburrido guerrero y la escolta del *Dux*; al menos Liuva no se encontraba entre ellos. Permanecimos allí un buen rato, aguardando pacientemente mientras en el interior de la enorme tienda se sucedían los momentos de calma con los de algarabía. Al parecer, el rey había decidido invitar al encuentro a la mayoría de su séquito. Nosotros nos mirábamos nerviosos, impacientes por saber por qué derroteros discurrían las conversaciones.

La reunión se prolongó más de lo que esperábamos: hasta casi dos horas más tarde no volvió a retirarse la tela para que pasaran Salla y Zenón. En el fugaz momento en el que pudimos otear el interior, me pareció distinguir a un alborozado Teodorico a la luz amarillenta de los hachones que iluminaban la estancia. Varias figuras que no pude distinguir alzaban sus copas junto a él. Los rostros serios de Zenón y Salla contrastaban con la alegría que parecía reinar en el interior. Caminamos tras ellos en silencio hasta que dejamos atrás a los temibles *gardingos*. Una vez tras nuestro acogedor murete, los rostros lúgubres de nuestros compañeros fueron suavizándose poco a poco.

–¿Cómo ha ido? –preguntó preocupado Marco.

–Ha ido bien, o al menos mientras el rey ha estado consciente –respondió Salla con gesto grave.

–¿Tú crees? –preguntó el religioso mirando al godo con aversión–. A mí me pareció más bien que estaba firmando la sentencia de muerte de mi pueblo.

–Bueno, Zenón, comprende que en el júbilo del momento por tener tan cerca la victoria se dicen muchas cosas. Pero no dudo que el rey mantendrá su palabra y los hispanos no sufrirán daño alguno.

–¿Eso mismo dirás cuando pasen a cuchillo a mis conciudadanos? ¿Que es por la alegría del momento? –respondió malhumorado el religioso.

–Eso no va a ocurrir, Zenón.

–Ya lo sé; tengo tu palabra, ¿no?

–Y la de mi rey, no lo olvides. Pese a todo.

–¿Y qué me dices de los nobles que estaban a su lado, frotándose las manos pensando en las riquezas de *Emerita*? Me pareció leer la duda en los ojos del propio Teodorico cuando le informé de que los suevos están confiscando las riquezas de la iglesia. –Vaya; así que era eso lo que había llevado al obispo a negociar la rendición, pensé.

–Zenón –le atajó Salla con firmeza–; ojalá pudiera hablar en nombre del rey y del ejército. Daría lo que fuera por poder ofrecerte más garantías. Pero mi influencia en el entorno de Teodorico es limitada, así que no está en mi mano decirte más de lo que te he dicho hasta ahora. Recemos, cada uno a nuestros santos, para que iluminen al rey y este mantenga su palabra. Si no nos ayuda Santa Eulalia, nadie lo podrá hacer; no creo que llegues a imaginar el temor que se refleja en el rostro de los guerreros, y hasta en el del propio rey, cuando la fantasmal niebla cubre la tierra velando los rayos del sol. Los he visto menos nerviosos en muchas batallas; no sé si decirte que incluso en la de los Campos Catalaunicos mantuvieron mejor la compostura.

–¿Tú estuviste allí? –se sorprendió el religioso– pero... ¿si eres poco más que un crío!

–Gracias a eso algunos hunos pudieron contarlo. –Las risas del godo resonaron en la tranquilidad de la noche–. Acompañé a mi padre cuando contaba con catorce años para servirle como escudero, pero tal y como se desarrolló la batalla, cuando menos me lo esperaba me encontré dentro del tumulto.

–¿Estuviste entonces al lado de Flavio Aecio? –preguntó maravillado.

– Tuve el honor de luchar junto al difunto Teodorico y a Turismundo, sí.

–Maldito godo presuntuoso, es imposible mantener una conversación seria contigo –se indignó Zenón–. En fin, a lo que íbamos: creo que se me está ocurriendo una idea con respecto a la ayuda de Santa Eulalia. Algo que tu rey no olvidará.

–¿Cómo dices, hispano? ¿Acaso eres capaz de conseguir que la santa se dirija al rey? –pregunté esperanzado–. Me encantaría ver ese prodigio. Si hay que rezar a la santa, hasta yo rezaré; ¡pero dime que veré un milagro!

–Tal vez la Santa escuche las súplicas de un pecador como tú, así que cuento con tus oraciones.

–¿En qué estás pensando, cura? –preguntó reticente Salla.

–En que tu enorme amigo salve su alma, Salla, nada más. ¿Puedo contar con vuestra ayuda durante las jornadas siguientes? Alejémonos de aquí, y os contaré mi idea.

Seguimos andando, y cuando nos encontrábamos más cerca de la muralla de lo recomendable desde mi punto de vista, el religioso al fin nos contó su plan. El ataque estaba programado para cinco noches más tarde. En cuanto hubiera pasado la medianoche, los hispanos abrirían una de las puertas y por ahí entraría en tromba un grupo de guerreros godos con la misión de acabar con la resistencia sueva en la ciudad. Así que el plan que fraguamos poco a poco, y que se convirtió en un secreto con el que cargaríamos en silencio durante el resto de nuestras vidas, debía llevarse a cabo poco después, algunos días antes del ataque.

–Teodorico debe ser consciente de que Santa Eulalia protege a la población. Invocaré a la Niña Mártir para que transmita al rey que obviar sus palabras puede ser mortal para él, como lo fue para Heremigario.

–¿Puedes convocarla? –preguntó Issa con la boca abierta.

–Por supuesto –aseguró Zenón sin casi mirar al britano–. Pero necesito que el rey esté preparado para recibirla.

–¿Otra reunión como esta? –propuso Salla sin mucho convencimiento.

–No, no puede ser. Tiene que ser al aire libre.

–Ya lo veo: no tienes poderes dentro de las tiendas, sino solo bajo las estrellas, donde la niebla toca la tierra –dije yo, plenamente convencido.

–Algo parecido, amigo. Lo dicho, necesito que el rey esté preparado para recibir a la santa, y tiene que ser al aire libre, rodeados por su bendita niebla.

Issa clavaba sus ojos asombrados en el religioso como si esperase que le brotasen un par de alas y ascendiera a las alturas allí mismo, para bajar acompañado de una legión de ángeles.

–¿Tiene que estar el rey solo, o puede estar acompañado de su escolta? Si le decimos que la Santa tiene un mensaje para él, quizás consienta en acercarse hasta donde nos indiqués para recibirlo –la duda impregnaba las palabras de Salla–. No sé muy bien qué prodigios esperas que obre la Santa,

pero si acaso no aparece y el rey piensa que has intentado engañarle, es probable que despiertes su ira. Y te aseguro que ese es uno de los pecados por los que más a menudo llama a su confesor.

–Sería mejor que la aparición lo tomara por sorpresa. Podríais buscar alguna excusa para que reúna a los hombres al aire libre, junto al río. Cuantos más guerreros contemplen el milagro, mejor. –Terció Zenón.

–Quizás podrías convencerle de que se prepara un ataque desde la ciudad, para que el rey disponga a la tropa para la defensa del campamento –propuso Marco sin mucha convicción–. Pero entonces, si no llega a producirse nada, ni ataque ni milagro, sí que te ganarás unos buenos latigazos.

–¡Eso es, ya lo tengo! –exclamó ufano Zenón–. Le haremos llegar el mensaje a Teodorico de que algunos suevos tratan de huir de la ciudad por el *Annas*, con todas las riquezas que han amasado a cuestras. De esa manera, seguro que el rey reúne a sus tropas junto al río con la intención de interceptarlos.

Salla silbó entre dientes.

–No es mala idea. Además, estando en juego el botín, seguro que comandará él mismo a los hombres. Eso sí, tendrás que ser tú el mensajero, Zenón, ya que te has convertido en el emisario oficial de la ciudad. Deberás asegurarte de que tu exposición resulte convincente y, una vez persuadido el rey, más vale que la aparición sea tan prodigiosa que Teodorico olvide que los suevos y sus riquezas no han hecho acto de presencia en el río, porque si no te aseguro que te pedirá explicaciones. ¿Estás dispuesto a correr ese riesgo?

–Por supuesto, ya se encargará la Santa de salvaguardarme, descuida. Volveremos a reunirnos junto al campamento dentro de dos noches, y vosotros me conduciréis nuevamente a la tienda real.

Yo no podía por menos que maravillarme por la seguridad y la confianza con la que hablaba el religioso, al que a esas alturas yo percibía más bien como un hechicero. Era el primer cristiano que oía que pudiera convocar a santos, y no solo eso, ¡también podía hacer que lo protegieran! Si ese tipo conseguía lo que se proponía, cuando llegara a *Lucus* tendría que pedir perdón a Aspasia por mi incredulidad durante todos esos años.

CAPÍTULO XI

A pesar de las noticias recibidas, el rey decidió estrechar nuestro hasta entonces pasivo cerco sobre Emerita: mostraríamos los dientes a los suevos, esforzándonos en hacerles ver que nos preparábamos a conciencia para acometer el asedio a la ciudad. De esta manera esperábamos disipar cualquier posible sospecha que la guarnición pudiera albergar sobre las intenciones de los ciudadanos, y por qué no, también cubrirnos las espaldas ante la posibilidad de que estos no cumplieran su palabra.

Así, a la mañana siguiente nos despertamos entre los gritos y las imprecaciones de los oficiales, aleccionados por los hombres del rey para que pusieran a los hombres en movimiento desde antes del amanecer. Se organizaron grupos encargados de talar grandes encinas y alcornoques procedentes de los bosques cercanos; luego, los troncos eran arrastrados hasta un claro bien visible desde la muralla, donde comenzamos a trabajar la madera, convirtiéndola en largas vigas, tablones y travesaños con los que construir escalas e incluso algunos enormes arietes que montamos ante los ojos de los preocupados defensores. En realidad, las potentes murallas de *Emerita* se alzaban ante nosotros como un bastión inexpugnable, y la tarea de asaltarlas excedía con creces a nuestros medios y a nuestra voluntad; pero nos entregamos a la tarea con energía, preparando aparatosos ingenios de factura rudimentaria pero aspecto impresionante, que esperábamos no tener que poner a prueba contra los altos muros. Al menos, el trabajo mantuvo a los hombres ocupados y a nuestros enemigos en vilo, convencidos de que al fin habíamos tomado la determinación de arrebatarles la ciudad por la fuerza.

Esperábamos con impaciencia el momento en que Zenón volvería a reunirse con nosotros; Salla, nervioso, trataba de volcar su mente inquieta en la tarea de dirigir nuestro grupo de trabajo. Bien secundado por un entusiasmado Marco, los chicos se erigieron en improvisados ingenieros, y pasaban el día pintando y borrando complejos esquemas en el suelo de barro. Y tengo que reconocer que, aunque les costó explicarnos lo que pretendían, algunas de las mejoras que introdujeron en el diseño de nuestro tosco ariete

determinaron que nuestro trabajo de construcción fuera más sencillo y el resultado considerablemente más resistente de lo que se veía por los alrededores. Cuando, al finalizar el segundo día –en el que debía ocurrir el milagro–, Salla se dirigió a Ibbas para pedirle, muy serio, que nos castigase con un nuevo turno de guardia por haber echado a perder una de las complejas piezas de madera que nos había encargado fabricar, nuestro gigantesco capitán casi se atraganta de la risa.

–Eso es lo que hace falta por aquí, sí señor. Hombres solidarios que se ofrezcan a sacrificar sus noches de descanso para vigilar el reposo de sus compañeros –rio, divertido –. Salla, muchacho, te estás volviendo un cabrón. Se ve que te he enseñado bien.

Sin dejar de aprovechar la situación para bromear sobre las malas costumbres de los romanos de reunirse a oscuras, se alejó limpiándose las lágrimas de los ojos. En esa ocasión, en la que decidimos que la espontaneidad sería bienvenida, incluimos a Galieno en nuestro grupo, para que su sorpresa diera más credibilidad a nuestro supuestamente fortuito encuentro. Cuando aún faltaba un buen rato para acudir a nuestra cita, nos sentamos alrededor de la hoguera para compartir algo de trigo mojado en un vino caliente y bastante avinagrado, y así calentarnos el estómago en previsión de la fría noche que teníamos por delante.

–¿Estás preparado para la aparición, Attax? ¿Has cumplido tu promesa de rezar a Santa Eulalia? –me preguntó Salla en voz baja mientras removía el contenido de su cuenco con una pequeña rama–. Quién me iba a decir que al final ibas a resultar tan impresionable como un corderito... Si continúas así, puede que algún día llegues a ser obispo; o incluso, por qué no, ¡santo!

Lo miré con muy mala cara, molesto por su burla, pero también porque su comentario podía alertar al despistado Galieno.

–Un buen cordero es lo que me hace falta para llenarme la barriga y no esta mierda de vino, así que calla y acábate la comida o llegaremos tarde a nuestra guardia.

–¿No se supone que eres un duro veterano que debe estar de vuelta de la disciplina, Attax? –me preguntó Galieno–. Termina el vino sin prisas, que no creo que hoy veamos salir ningún suevo cagón por esas murallas.

–Eso fue precisamente lo que pensaron los romanos cuando nos cercaron en *Portus Magonis* mientras los hombres de Anderico llenábamos nuestras bolsas de plata. Y ni uno solo vio la luz del día siguiente; así que ¡aprende de este viejo, zagal!

Marco estaba a punto de pedirme que continuara con la historia cuando unas voces alteradas procedentes de otro de los puestos de guardia nos alarmaron. Al instante, pasó a nuestro lado como una centella un apresurado guerrero que me pareció reconocer como perteneciente al grupo de Liuva. Tropezó con Issa en su loca carrera y a punto estuvo de hacer caer al muchacho sobre las brasas, pero ni siquiera se molestó en disculparse.

–¡Mira por dónde vas, bastardo! –le recriminé sin mucha convicción mientras me ponía en pie–. Vamos, chicos, que llegamos tarde –insté, preocupado por el alboroto cercano.

Salla, que también se había levantado rápidamente, asintió y abrió la marcha por el sendero que llevaba hasta nuestro habitual murete. Pero antes de ser capaces de distinguir sus gastadas piedras en la distancia, ya pudimos constatar que algo iba mal. Varias figuras se arremolinaban en el sendero, cerca de donde Zenón debía reunirse con nosotros. Apretamos el paso; cuando llegamos a la escena, un par de guerreros se giraron hacia nosotros y pudimos ver al religioso arrodillado en el suelo frente a ellos. El muy imbécil debía de haberse adelantado a la cita, y había sido interceptado por el turno de vigilancia anterior.

–¿Pero se puede saber qué diablos está pasando aquí? –preguntó un nervioso Salla, sin quitar la vista del hispano. A sus airadas palabras, le acompañó el amenazador gesto de Galieno de desenfundar su espada. Sujeté su brazo para impedirlo.

–Hemos detenido a un espía que trataba de colarse en el campamento –respondió altivo uno de los hombres. Su voz me resultaba familiar.

–¿Un espía? ¿Acaso no sabes quién es este sujeto? –imprecó Salla. El pobre Zenón, aún agachado, boqueaba trabajosamente mientras se sujetaba fuertemente el estómago con ambas manos–. Es el emisario del obispo, Segga. ¡El rey te hará azotar por esto!

Así que se trataba de Segga... qué mala suerte había tenido el religioso al cruzarse con él. Esperaba que Santa Eulalia lo protegiese mejor a partir de ese

momento; me pregunté si recibiría su merecido en cuanto Zenón pudiera convocar a la aparición. Sin duda, sería un espectáculo digno de verse.

Segga alzó la barbilla, desafiante.

–Para mí solo es alguien que trataba de colarse furtivamente en el campamento, así que he cumplido con mi deber. Liuva debe de estar al llegar, él tomará la decisión sobre esto.

De nada sirvieron las protestas y amenazas de Salla: Segga se negó a escucharlo hasta que llegara su capitán. Un ligero tintineo nos alertó de que alguien se acercaba. Nos giramos para recibir a Liuva, que llegaba acompañado del veloz mensajero. Sonreí ante su cara de desconcierto al encontrarnos allí.

–¿Y vosotros qué demonios hacéis aquí? –nos imprecó en cuanto pudo reconocernos.

–Liuva –lo paró en seco Salla–, este hombre es el emisario del obispo de *Emerita*. Ordena a tus hombres que lo suelten, o responderéis ante el rey.

Liuva se acercó y miró al dolorido Zenón con renovado interés. Se agachó junto a él y sujetó su barbilla para obligarlo a mirarle. El monje, conmocionado, apenas podía fijar su vista en él.

–Así que tú eres el emisario del obispo... ahora que te veo bien sí que te recuerdo de la otra noche. Qué bonita casualidad que hayan sido mis hombres los que hayan dado contigo, ¿qué importantes noticias traerás hoy? –preguntó al aire, como si hablara para sí mismo, antes de dirigirse de nuevo a Zenón–. Disculpa la descortesía de mis guerreros, pero cumplen con celo su misión de vigilancia. Aunque también es cierto que a mi querido Segga hay que contenerlo a veces para que no se comporte como una auténtica alimaña. –Dirigió una sonrisa lobuna a su lugarteniente, que agradeció el peculiar cumplido con una inclinación de cabeza. Luego dirigió un gesto a los dos hombres colocados tras el hispano, que lo agarraron por los brazos y lo incorporaron frente a su jefe–. Yo mismo te llevaré ante el rey, cura. –Se volvió hacia Salla con semblante satisfecho–. Si me permites, muchacho –remarcó el apelativo como si lo paladeara–, nadie mejor que un *gardingo* para llevar a este hombre frente al rey.

Salla lo estudiaba con gesto tenso; el trato condescendiente del arrogante *gardingo* había hecho mella en su orgullo. Yo empezaba a estar más tranquilo;

fuera el que fuese el que llevara a Zenón hasta Teodorico, el plan ya estaba en marcha. De hecho, que fuera Liuva el que lo condujera a la tienda real nos apartaba convenientemente de la escena. Después de todo, lo que le contaría el cura no dejaba de ser una elegante sarta de mentiras para conducirlo hasta la orilla del río, así que no estaba de más que hubiese más gente implicada en el tema por si la santa no se dignaba a aparecer y llegaba la hora de repartir culpas. Puse una mano sobre el brazo de Salla para tranquilizarlo, y me dirigió una mirada ceñuda que enseguida trató de relajar, desterrando su propio orgullo para hacerse cargo de la situación.

–Me parece correcto, Liuva. Si me lo permites, yo mismo podría servirte de ayuda, pues como bien sabes hace unas noches ya conduje al ilustre Zenón a la presencia de Teodorico. El resto se quedará aquí a cumplir su turno de guardia.

–Te diría que no es necesario, chico; pero hoy me siento magnánimo e incluso favorecido por la fortuna, así que puedes venir con nosotros. Pero seré yo quien hable, no lo olvides.

Hizo una seña a sus hombres, que se pusieron en marcha llevando al religioso casi en volandas por el camino, mientras él los seguía con Salla unos pasos por detrás. Los observé alejarse con desconsuelo, temeroso de perderme el milagro que el religioso nos había asegurado que tendría lugar esa noche. A mi lado, Marco relataba a un asombrado Galieno las noticias que hasta ese momento le habíamos ocultado. Issa, el único realmente atento a nuestras labores de vigilancia, paseaba silenciosamente de un lado para otro.

Como habíamos planeado, el propio Zenón, de una manera muy dramática e incluso teatral, según un divertido Salla nos contó más tarde, lloró ante el rey relatando cómo los guerreros suevos llevaban horas junto a la muralla que daba al río, cargando las riquezas de la iglesia en los botes que habían requisado y que serían lanzados a la corriente cuando la bruma se apoderase de la noche, para navegar hacia el oeste amparados en la oscuridad, evitando así el bloqueo godo de la ciudad. Aquellos tesoros, provenientes de las reliquias y las ofrendas acumuladas desde los primeros tiempos de la ciudad, y que durante tantísimos años había conservado el clero local, serían expoliados por los suevos, que dejarían la ciudad a merced de los godos ya

desprovista de todas sus riquezas. Según Salla, los ojos del monarca brillaban cada vez que el hispano recordaba las riquezas que se perderían esa noche. Seguramente pensara que, si bien su palabra protegía del saqueo a la ciudad, nada se había dicho de respetar a los suevos, así que si estos venían a poner el botín en sus manos, bienvenidos fueran. Y en todo caso, aunque se viera obligado a devolver la mayor parte de las riquezas para no soliviantar al clero emeritense, siempre podría argumentar que parte del cargamento se había hundido en la refriega, o que algunos de los botes habían conseguido huir río abajo. Así que Teodorico, complacido, se esforzó en consolar al gimiente hispano, asegurándole que él mismo se pondría al frente de sus hombres para atrapar a los suevos, y devolvería las riquezas como pago por entregarle la ciudad sin mediar lucha.

La urgencia de Zenón debió de hacer mella en el ánimo del rey, porque organizó al instante a sus ayudantes de armas, que se encargaron de poner al ejército en pie de guerra con eficacia y discreción. Para nuestra fortuna, Salla se aseguró de que nos relevaran de la guardia para que también nosotros pudiéramos asistir a los acontecimientos que se desarrollarían junto al río. Nos situamos a cubierto entre los matorrales, preparados para recibir a los suevos, aunque tan solo nosotros de entre la tropa intuíamos lo que debíamos esperar en realidad. Permanecimos cuerpo a tierra durante largo rato, sin hablar y sin apenas movernos, para evitar cualquier tintineo que el roce de nuestras armas pudiera causar. A lo lejos, entre la primera línea de hombres agazapados, me pareció distinguir las figuras de Salla y de Zenón –cuyo sencillo hábito oscuro destacaba entre las vestimentas militares del resto–, acompañando al rey y a sus hombres, que formaban en el frente, escrutando sin cesar la corriente, deseosos de ver aparecer por fin las barcazas colmadas de tesoros.

Cuando ya los hombres comenzaban a impacientarse, removiéndose nerviosos en sus sitios, comenzó a condensarse una niebla ligera, que ascendía en jirones desde el cercano río deslizándose entre los cuerpos tendidos de los guerreros. A medida que se espesaba, se instaló en el ambiente una tensión casi palpable. Desde que acampáramos frente a la ciudad, los godos habían aprendido a mostrar un temor reverencial ante la señal que conmemoraba el recuerdo de la niña mártir asesinada en aquellos lugares más de cien años

atrás. Aunque se esforzaban en mantener su atención fija en el río, tratando de distinguir entre la creciente bruma las figuras de los suevos y sus repletos botes, apenas podían disimular el sordo temor que iba apoderándose de ellos. A medida que los dedos vaporosos iban espesándose, la tensión se tornaba más pesada, hasta que, ante nuestro asombro, comenzaron a proyectarse entre la niebla inquietantes sombras que se movían rápidamente acompañadas de un sordo aleteo, como si un ejército de ánimas surgiera desde el agua dispuesto a abalanzarse sobre nosotros. Contemplamos, con la boca abierta y el corazón encogido, como las enormes sombras se iban encogiendo a ojos vista hasta transformarse en una gran bandada de palomas blancas que cruzaron sobre nuestras cabezas y se perdieron en la arboleda. Yo asistía al espectáculo totalmente embelesado; sabiendo de antemano que ningún suevo cruzaría esa noche la muralla, incluso me atreví a incorporarme levemente para no perder detalle alguno de lo que acontecía a nuestro alrededor. El godo que tenía detrás se apresuró a propinarme un fuerte golpe en la pierna, pensando que había perdido el juicio y que con mi inconsciencia podía delatar nuestra presencia. Le dirigí una mirada indignada antes de agacharme de nuevo; en aquel instante, un nuevo grupo de palomas sobrevoló nuestra formación, provocando algunos gemidos involuntarios y un leve rumor de asustados murmullos. Al parecer, el alma de Santa Eulalia se había transformado en una blanca paloma para subir al cielo junto al creador, y también esas aves eran consideradas una de sus señales místicas. Cuando la tensión parecía ya insoportable –los hombres aferraban fuertemente sus armas, e incluso en medio de aquel frío inmisericorde podían verse gotas de sudor corriendo por sus rostros– una nueva figura, solitaria y gigantesca, se hizo visible junto al río, provocando que incluso llegara a hacerse audible el incontenible castañeteo de los dientes de los soldados que me rodeaban. Al igual que las palomas, la sombra se fue empequeñeciendo a medida que se acercaba entre la bruma, hasta concretarse en el perfil frágil de una muchacha. Por fin teníamos ante nosotros la aparición que el religioso nos había prometido.

No pude remediarlo y volví a ponerme en pie, pero el tipo que me había golpeado antes, en lugar de repetirlo, optó por imitar mi gesto. Pronto, prácticamente todo el ejército se había puesto en pie, con la mirada fija en la figura que teníamos frente a nosotros. Comencé a moverme a empujones entre

las apretadas filas para poder ver mejor lo que sucedía, y así fui ganando posiciones –y golpes– hasta acercarme lo más que pude a la primera línea. La mártir niña, ataviada con una radiante túnica blanca que se pegaba a su cuerpo mojado, y provista de una larga melena oscura que casi rozaba su fina cintura, se acercaba lentamente, como si flotara sobre la pedregosa orilla. Se detuvo a escasos cincuenta pasos del rey; contemplé extasiado su etérea delgadez, reparando confuso en sus pequeños pechos, que resaltaban pegados a su blanca túnica. Tragué saliva y aparté la vista, deseando que la santa no hubiese reparado en mi pecaminosa apreciación, impresionado por aquellos grandes ojos, limpios y serenos, que se alzaban hacia nosotros como si fueran capaces de leer en lo más profundo de cada uno de nuestros corazones. Tras un breve instante de extasiado silencio, su delicada boca de labios rojos se abrió por fin para transmitirnos su sagrado mensaje. Su fina voz resonó alta y clara.

–Mi mano protege *Emerita*. Guardaos de profanar sus lugares y sus gentes.

Inmediatamente, los gritos de los hombres, conscientes de haber sido testigos de un nuevo milagro de Santa Eulalia, inundaron la noche. Desde el rey hasta el último de sus escuderos cayeron de rodillas frente a la aparición, agachando la cerviz en señal de atemorizado respeto. Vi lágrimas en los ojos de muchos de los que me rodeaban. Tan solo yo mismo y algunos pocos más, que permanecemos en pie como paralizados, pudimos contemplar cómo la aparición nos daba la espalda y se alejaba parsimoniosamente hasta que la bruma la cubrió por completo, como si su pálido cuerpo se hubiera volatilizado para pasar a formar parte del húmedo manto que se alzaba sobre el río. Permanecemos largo rato sumidos en aquel estado de arrobamiento, hasta que la voz de Zenón rompió el sepulcral silencio, y se elevó sobre nosotros con una determinación que hasta entonces no había descubierto en el hispano.

–¡Habéis oído la voz de Santa Eulalia! –gritó–. La misma Santa ha disuadido a los suevos de su intención de robar sus reliquias. Y también ha querido llevar hasta vosotros su mensaje.

Paseó entre los hombres del rey hasta detenerse frente a Teodorico, y continuó su alegato con seguridad, mientras yo lo miraba con la boca abierta.

–*Emerita* abrirá las puertas a vuestros valerosos hombres y estos respetaran sus hogares y a sus habitantes –sentenció, alzando la vista hacia las

innumerables filas de guerreros que se encontraban tras su señor—. ¡Porque así lo quiere la Santa y el mismo Señor Todopoderoso! —se acercó al rey, colocando la mano sobre el hombro del monarca, que lo miró sin poder dar crédito aún a lo que había sucedido ante sus ojos.

—¡Teodorico, rey de los godos! —comenzó, solemne, indicando con un gesto al rey que se pusiera en pie frente a él antes de continuar—. Santa Eulalia bendice vuestra misión; atended a sus palabras y la Santa os dará la victoria. Y vos seréis el brazo ejecutor de la sagrada obra de Dios.

Algunos guerreros, animados por las palabras del religioso, comenzaron a lanzar tímidos vítores. Poco a poco el resto fueron uniéndose a las voces cada vez más exaltadas de sus compañeros, y terminamos gritando todos en pie. Observé maravillado la expresión satisfecha de Zenón, que no solo había conseguido llamar a la santa a nuestra presencia, sino que había sabido interpretar sus palabras de manera que pareciera que el mismo dios de los cristianos había sido el que había encargado a Teodorico la sagrada tarea de expulsar a los suevos de los santos lugares de *Emerita* y proteger a sus gentes. Los hombres habían cambiado sus ansias de oro y tierras por tener a bien a su dios y cumplir su palabra en aquellos lugares.

Issa me miraba boquiabierto, tratando de buscar una explicación a lo que acabábamos de presenciar. No supe qué decirle; yo mismo estaba muy confuso. Dudaba que ninguno de los dos estuviésemos dispuestos a renunciar a nuestras creencias, pero creo que esa noche ambos decidimos reservar un hueco preeminente a la mártir niña entre nuestros dioses. A mi lado, uno de los guerreros vociferaba sin cesar.

—¡La Santa nos ha hablado! —chilló junto a mi oído. No contento con eso, zarandeó al asombrado britano mientras no dejaba de repetir lo mismo.

Imaginaba que los desaforados gritos de los guerreros debían de oírse en la muralla, y los suevos que estuvieran haciendo esa noche la ronda se preguntarían nerviosos qué estaría pasando en nuestro alterado campamento. Supuse que aprestarían sus lanzas y avisarían a sus compañeros, preparándose para hacer frente a un desesperado y loco ataque por parte de nuestros hombres. Pero este no tuvo lugar esa noche; nos limitamos a gritar a la luz de la luna como una manada de lobos aullantes. Apostaría a que pocos durmieron tranquilos aquella noche en la ciudad, alertados por nuestro alboroto.

Zenón llamó a Salla junto al monarca, y estuvieron largo rato departiendo sobre el siguiente paso que deberían dar para cumplir con los designios de la santa. Una vez recuperados de la impresión, los *gardingos* del rey comenzaron a caminar entre los guerreros esforzándose en disolver los animados corrillos e instando a los hombres a regresar al campamento. Nosotros mismos fuimos desalojados con firmeza; nos alejamos a regañadientes, dejando a Salla junto a Teodorico y al religioso, que tras el escándalo que se había generado en el campamento tendría difícil regresar a la ciudad sin ser visto, por lo que supuse que pasaría la noche extramuros. Sin ganas de dormir después de las emociones vividas, caminamos en silencio tratando de digerir el significado de la experiencia.

–¿Lo que hemos visto era real? ¿Los dioses cristianos caminan entre los mortales? – preguntó incrédulo Issa.

Marco miró hacia todos lados, tratando de comprobar que el resto de los guerreros estuvieran tan ocupados en lo suyo que nadie nos prestara atención antes de responder.

–Es una santa, Issa: solo hay un Dios. Pero al menos hoy debemos decir que los santos caminan entre nosotros.

–Issa, ¡la he visto con mis propios ojos! ¡Estaba allí, frente a nosotros! – exclamé, excitado.

Marco me miró con gesto reflexivo.

–Tienes razón, Attax; probablemente esta es la experiencia más mística que tendremos nunca, y nos podemos sentir unos privilegiados por haberla vivido. Dudo que siquiera la mayoría de los obispos de *Hispania*, o incluso de otras regiones, puedan contar nada parecido.

–Nunca pensé que viviría algo así –susurró Galieno–. Ojalá mi madre hubiera podido verlo; siempre fue devota de la Mártir Niña allá en *Conimbriga*, y desde pequeño se preocupó en educarme en el respeto y el amor de Dios.

–Tienes razón, Galieno. Bien pensado, me recuerdas a Eustaquio –un pacífico y bonachón monje que habíamos conocido hacía años en algún lugar de los bosques de la *Gallaecia* cercanos a *Asturica*–, sobre todo en lo de poner la otra mejilla y perdonar a tus enemigos. –El rubor que tiñó las mejillas

del joven se pudo notar incluso con la escasa luz que iluminaba el campamento.

Ante la insistencia de un desesperado Ibbas, quedamos tendidos boca arriba, admirando en silencio las refulgentes estrellas entre los retazos de niebla que quedaban en el cielo, pero dudo que ninguno pudiera conciliar el sueño.

Al día siguiente nos levantamos con las primeras luces del alba, sin apenas haber dormido, pero sin más ganas de reposar. El optimismo reinaba entre los hombres, convencidos tanto de la victoria como de haber sido elegidos para una misión divina. Tardamos un buen rato en localizarlos, pero al fin pudimos hablar con Salla y con Wulf, que nos transmitieron lo sucedido en la tienda real esa noche. Como ya había supuesto, Zenón tuvo que pasarla en el campamento, en la misma tienda del rey, que lo asaeteó a preguntas sobre la Santa y la ciudad. Juntos habían comenzado a planificar el ataque, que tendría lugar dos noches más tarde, y que esperábamos que concluyera con *Emerita* en manos de Teodorico. Los escasos miembros de la milicia urbana que habitualmente patrullaban la extensa muralla junto a los suevos, que no contaban con hombres suficientes como para ocuparse ellos solos de su defensa, se encargarían de acabar con sus confiados compañeros —¿confiados? Pensé al oírlo; quizás no tanto. Dudaba que los suevos se fiaran de los hispanos, y menos tan al sur de sus bases—, y tomarían posesión de una de las puertas de la ciudad. Por fuera de la misma estaría esperando un contingente de guerreros godos dispuestos a acabar con el resto de la guarnición. Zenón solicitó también que se designara una partida para proteger los edificios religiosos de las posibles represalias de los suevos al verse traicionados. El diácono se permitió además aconsejar al rey que fuera el propio Salla el que comandara ese grupo, por lo que de nuevo nos veríamos en el ojo del huracán. Zenón pasó la jornada en compañía de Teodorico y sus allegados, y cuando cayó la noche se dispuso a regresar al fin a la ciudad para transmitir las noticias a los suyos, una vez que suponíamos que los ánimos se habrían templado y la vigilancia en la muralla debía de haber vuelto a la normalidad.

El día siguiente transcurrió sin que recibiéramos novedad alguna desde la ciudad; nosotros continuamos amontonando estoicamente inútiles escalas a la vista de la muralla, tratando de desviar la atención de los defensores de

nuestro verdadero propósito, hasta que el manto de la noche cubrió de nuevo el cielo y pudimos concentrarnos por fin en los verdaderos preparativos. Después de ataviarnos con nuestras mejores armas y protecciones y tizarnos la cara y los brazos con los rescoldos de las hogueras, formamos en silencio en el seno del grupo de guerreros escogidos para entrar los primeros a la ciudad, antes de que el resto del ejército nos acompañara tras las ya indefensas murallas. Según los detallados informes de Zenón, el número de guerreros suevos presentes en la ciudad sobrepasaba ligeramente los quinientos hombres, del todo insuficientes para resultar una amenaza ya sin las murallas de por medio. Así que nuestra banda contaría con un número que doblara, al menos, esa cantidad, todos perfectamente equipados.

Aquel fue el primer mando de Salla bajo las órdenes directas de Teodorico; su padre, que acompañaría al monarca en su entrada triunfal a la ciudad, rebosaba de orgullo. El mando principal recaía sobre el veterano Cyrila, al que conociéramos tan solo unos días atrás frente al pabellón real. Junto a Salla, que tal y como había sugerido Zenón tenía órdenes de proteger los principales edificios religiosos de la probable ira de los suevos, se encontraría Liuva, al que se había asignado la responsabilidad de controlar los alrededores de la muralla y acabar con la posible resistencia que allí se organizara. Así, el *gardingo* resultaba premiado por la casualidad que le había permitido interceptar a Zenón en su última visita; pero su éxito, aunque inmerecido a nuestros ojos, se nos hacía más fácil de soportar al ser compartido por Salla en esta ocasión.

Cyrila permitió a ambos escoger a los hombres que los acompañarían; así que, como no, allí nos encontrábamos, aguardando impacientes entre la tupida vegetación la señal –una pequeña almenara prendida sobre la muralla– que nos avisaría de que las puertas se encontraban abiertas de par en par.

Permanecimos agachados mientras Salla y Liuva se encargaban de precisar los detalles del cometido de cada uno de los grupos. Tal y como esperábamos, nosotros y otros tantos hombres, una cincuentena en total, debíamos eludir la lucha en los alrededores de la puerta, si es que esta se entablaba, y reunirnos con Zenón –si es que este era capaz de acudir a la cita–, para que nos guiara a través de las desiertas –o eso esperábamos– calles de la ciudad hasta los edificios en los que se refugiarían los religiosos, a los que debíamos proteger

hasta que hubiera caído el último suevo de *Emerita*. Reconozco que tantas incógnitas juntas me tenían algo nervioso; y Salla tampoco debía de estar del todo satisfecho con el hecho de depender de la ayuda de Zenón, pues si el cura no se presentaba donde nos había emplazado, dudaba que fuésemos capaces de encontrar el camino hasta el palacio episcopal por nuestros propios medios. Aunque Zenón le había explicado el trayecto que debíamos seguir una vez atravesada la muralla, las indicaciones debían de ser complejas, pues, mientras duraba la espera, el joven godo se concentró en tratar de reproducir sus instrucciones dibujando con una rama fina sobre la arena del río, y cada pocos minutos, con un suspiro de decepción, borraba los trazos para comenzar de nuevo.

Tras nuestro grupo, el destacamento principal, formado por casi un millar de hombres bajo el mando directo de Cyrila, estaría preparado para seguirnos en nuestra carrera una vez que hubiésemos comprobado que las puertas estaban abiertas. Ellos se ocuparían de afianzar la posición, protegiendo la puerta y sus aledaños hasta que llegaran los refuerzos y nuestra superioridad numérica pasara a ser aplastante. El grupo de Liuva, compuesto por cerca de trescientos guerreros, se encaramaría a lo alto de las murallas y las recorrería en ambas direcciones, acabando con cualquiera que portara un arma. Los hispanos de la milicia habían sido advertidos de que, una vez comenzado el ataque, bien trataran de escabullirse, o al menos tiraran las armas en cuanto vieran a los godos acercarse a sus posiciones, para evitar malentendidos. Particularmente, pensaba que con Liuva y Segga encabezando el ataque, más les valía arrojar las armas con presteza o más de uno podía darse por muerto en medio de la confusión. Según palabras del propio Ibbas, que nos acompañaba, nadie mejor que Liuva para orquestar una buena masacre. Al menos en la muralla no podrían hacer daño a los civiles: esperábamos que eso fuera suficiente para no enojar a la niña mártir, y que no nos hiciera sufrir su venganza a todos.

La niebla empezaba a levantarse poco a poco desde el río, colándose entre nosotros como suaves nubes de algodón. Empezábamos a tiritar de frío cuando por fin vislumbramos el anaranjado resplandor del fuego en la muralla. Por fortuna, los hispanos encargados de abrir las puertas a nuestro ejército debieron de ser conscientes de que si esperaban más y la niebla llegaba a

cubrirnos, nos sería más difícil percatarnos de la señal convenida, por lo que en cuanto observaron los primeros retazos comenzaron su trascendental y sangrienta misión.

Nos agrupamos por secciones, amparándonos en la creciente bruma para tratar de pasar desapercibidos a los vigías que todavía quedaran sobre la muralla. Poco podrían hacer estos una vez que la puerta estuviera abierta y pudiésemos acceder al recinto. A una señal de Cyrila, los hombres, con los capitanes a la cabeza, partimos raudos hacia la oscura muralla, tratando inútilmente de amortiguar el creciente ruido de nuestras armas y armaduras, aunque la suerte de la ciudad ya estaba echada. O al menos lo estaría si Zenón había cumplido con el trato y las puertas estaban abiertas para nosotros. Un angustioso momento de duda pasó en ese instante por mi cabeza, que me hizo ser consciente de la posibilidad de que nos estuviésemos dirigiendo a una trampa mortal. ¿Estarían compinchados los hispanos y los suevos? ¿Se trataba todo de una elaborada artimaña para atraer al mayor número de guerreros que pudieran a la muralla? Quizás una vez atravesada la primera puerta, encontraríamos la segunda barrera cerrada y el adarve repleto de guerreros y ciudadanos que solo tendrían que probar puntería una y otra vez con cualquier cosa que tuvieran a mano para acabar con los molestos invasores. Después de todo, el propio Zenón nos había llamado herejes; ¿nos habría arrastrado a la muerte, ayudado por la santa, convencido de que merecíamos morir por no adorar a su dios?

El tipo que iba detrás de mí me sacó de mis cavilaciones de un empujón, y tuve que apretar el paso para seguir el fuerte ritmo que marcaban Salla e Ibbas a la cabeza de nuestra columna. Los más funestos presagios iban tomando forma en mi mente cuando pensaba en que desde la conversión de Rechiario al cristianismo, los hispanos debían de tener más en común con los mismos suevos que con el ejército que aguardaba extramuros. Y así, con el corazón en un puño, temiendo estar yendo hacia nuestro fin, alcanzamos la muralla y su enorme puerta abierta entre la niebla. Franqueamos la primera barrera sin contratiempos, y una vez dentro del recinto nos separamos para seguir cada uno a su jefe de expedición. Segga, junto con un buen grupo de hombres, se apresuró a subir por las grandes escaleras de piedra que conducían al adarve, donde comenzaron a desplegarse metódicamente, dispuestos a sembrar la

muerte entre la bruma. Cyrila destacó una pequeña partida para mantener la recién conquistada posición; el resto continuamos hacia el este, donde según las indicaciones de Zenón debía encontrarse la segunda puerta. Avancé a la carrera, temiendo escuchar en cualquier momento los silbidos de las saetas sobre nuestras cabezas, pero el nudo en mi garganta desapareció cuando al fin alcancé a ver el gran portalón también abierto de par en par. Penetramos por él con ímpetu; tras la segunda muralla, las embarradas y silenciosas calles de *Emerita* se extendían entre la bruma. Aflojé el paso, pero apenas me detuve para dar gracias a mis dioses, noté un golpe seco y metálico en mi casco. Me volví alarmado, para encontrarme con la figura descomunal de Ibbas, espada en mano.

–¿Te vas a parar a descansar aquí mismo, viejales? –me espetó en voz baja.

Sin aguardar mi respuesta, me rodeó y siguió en pos de Salla, que unos pasos más adelante recibía las últimas indicaciones de Cyrila. A nuestro alrededor, eran visibles algunas sombras presurosas que trataban de abandonar el lugar. Supuse que se trataría de los milicianos hispanos, que se retiraban tras cumplir su misión hacia la relativa seguridad de sus hogares, donde atrancarían las puertas y esperarían a que el alba trajera la paz rezando a sus santos. Gracias a su concienzuda labor en la muralla y a la niebla que nos cubría, los suevos se llevarían una desagradable sorpresa cuando vieran aparecer a los guerreros. Liuva fue el primero en auparse sobre el camino de ronda, seguido de cerca por sus hombres, para comenzar un sangriento paseo que no terminaría hasta que únicamente los godos ocuparan el empedrado adarve. En el portalón quedó Cyrila, disponiendo a sus hombres en los alrededores mientras mandaba emisarios a la primera muralla para que estos a su vez hicieran la señal convenida al segundo y mucho más numeroso grupo que esperaba en el campamento para seguir nuestros pasos hacia la ciudad. Nosotros, sin tiempo que perder, nos desperdigamos por los alrededores en busca de alguna señal de Zenón. La desesperación de Salla se hacía más evidente a medida que transcurrían los minutos y seguíamos sin dar con el escurridizo cura. Con la mirada perdida entre la bruma, se debatía entre continuar con su búsqueda o tratar de encontrar un punto de referencia desde donde reproducir la complicada ruta que había tratado de memorizar.

Realmente, resultaba difícil interpretar el laberinto de calles en la neblinosa oscuridad. Todavía tratábamos de decidir hacia dónde dirigir nuestros pasos, cuando de repente se abrió frente a nosotros la puerta de lo que debía de ser una taberna, edificada contigua a la muralla. Tras el agudo chirrido de los goznes mal engrasados, quedó a la vista el relampagueante destello de una antorcha rompiendo la oscuridad. Los hombres aguardaban en tensión, preparados para eliminar al desgraciado que cruzara el umbral antes de que pudiera dar alguna voz de alarma que revelara nuestra presencia a los suevos, aunque ninguno tenía prisa por ser el primero en recibirlo, pues las palabras de la santa resonaban con fuerza en nuestras cabezas y a todos nos asustaba hacer algo que pudiera causar su enojo. Supongo que gracias a eso a la figura encapuchada que salió le dio tiempo de descubrirse, revelando a nuestro esperado guía. Tras él, la puerta se cerró nuevamente, empujada por una rolliza mujer. Zenón se dirigió con paso tranquilo hacia donde Salla lo esperaba con evidentes gestos de impaciencia.

–Habéis tardado un poco y he tenido que esconderme –fue su única explicación–. Seguidme.

Salla le hizo un gesto brusco con la espada para indicarle que se apresurase. Nos reunimos tras ellos, y seguimos sus rápidos pasos hacia el neblinoso corazón de *Emerita*. En nuestra vertiginosa carrera, me pareció que deambuláramos por una ciudad fantasma; ningún vecino se atrevió a asomarse a la calle, ni tan siquiera a descorrer los postigos para presenciar lo que sucedía en la oscura madrugada. Tras más de diez minutos de incesante carrera, con el frío aire que inundaba mis pulmones haciéndome boquear trabajosamente, comencé a comprender el fundamento de los temores de Salla acerca de perderse en medio de la inmensa urbe. Entre calles principales y callejuelas, *Emerita* se desplegaba sobre una superficie considerable, mayor que la mayoría de las ciudades de la diócesis; no en vano había sido su última capital, como no paró de repetirme el joven godo durante los días siguientes.

A medida que nos acercábamos a nuestro objetivo –o eso suponía, al menos por el tiempo que llevábamos dando vueltas entre la bruma– alguna que otra puerta comenzó a abrirse tímidamente, dejándonos ver a algún somnoliento vecino que se asomaba a la fría noche, sorprendido por el escándalo que, procedente de las murallas, comenzaba a dejarse oír. Bien

aleccionados por Salla, ninguno de los hombres de la columna hizo amago de abandonar su posición para dirigirse hacia los civiles, pues, se tratara de hispanos o de suevos, nuestro cometido era dirigirnos hacia donde nos llevara Zenón y mantener esa posición hasta que el resto de los guerreros que campaban por la ciudad acabasen con cualquier posible resistencia.

Tropezamos torpemente unos contra otros cuando Zenón detuvo su vivo paso, y tras un instante en el que pareció evaluar la situación, se volvió hacia Salla para compartir sus pensamientos. No pude oír lo que decían, pero por la expresión del godo no debía de ser de su agrado. Al fin habíamos llegado a nuestro destino, y las grandes casonas romanas nos aguardaban en silencio. Había visto otras *domus* como aquellas en todas las ciudades en las que había vivido: *Hispalis*, *Corduba*, *Lucus* e incluso en *Conimbriga*, pero en honor a la verdad esa misma noche tuve que reconocerle a Salla que no recordaba haber visto tantos ricos edificios juntos, formando casi un barrio entero. Pasaron algunos minutos hasta que Salla y Zenón parecieron llegar a un acuerdo, aunque la cara de descontento del godo era evidente, y entre el muchacho e Ibbas comenzaron a dividir a los hombres para abarcar el amplio barrio residencial que se desplegaba frente a nosotros. Pronto se hizo evidente que no éramos suficientes como para pretender defender toda la zona: y es que, en el último momento, Zenón había decidido que no solo tendríamos que proteger el palacio del obispo y el antiguo templo pagano reconvertido en iglesia que se encontraba cerca del mismo, sino que debíamos guardar también de los desmanes de los suevos las espléndidas residencias de los principales potentados de la ciudad.

Desconcertados por las cortantes órdenes de un alterado Salla, los hombres, que esperaban formar un frente sólido que protegiera la posición recién ganada, tuvieron que dividirse en cinco grupos de diez hombres e irse desplegando a lo largo de las calles vecinas, temerosos de que cualquier partida ligeramente organizada de suevos decidiera abandonar las murallas para llevarse por delante la vida de aquellos que los habían traicionado antes de ser ejecutados ellos mismos por los hombres de Teodorico. Tras el cambio de planes exigido por Zenón, en lugar de hacer frente a nuestra tarea como un grupo compacto y bien organizado junto a la puerta del palacio episcopal, capaz de disuadir o abortar cualquier ataque que los suevos intentaran, nuestro

futuro se había complicado sobremanera. Por el momento, pasaban por mi cabeza al menos tres opciones como resultado de nuestro cometido, en función del número de suevos que se decidieran a reclamar venganza, y ninguna de ellas me satisfacía. Si los que abandonaban las murallas para asaltar las ricas villas eran demasiados, acabaríamos muertos y derrotados. Aunque supusieran apenas una partida animosa, nos veríamos abocados a una defensa heroica, que no confiaba en poder mantener durante demasiado tiempo sin que las bajas nos mermaran considerablemente. Y la tercera opción, que sabía que Salla había temido desde que le asignaran la misión, pero que en mi opinión se había convertido en el mal menor: soportar un largo rato de tensión inútil frente a las cerradas puertas sin que viéramos aparecer enemigo alguno, esperando a que todo acabara sin haber podido desempeñar papel alguno en la toma de la urbe. A todas luces, la misión asignada a Liuva resultaba muchísimo más apetecible. Otro detalle que agradecerle al torpe diácono, que había solicitado que fuera Salla el se encargara de la tarea; y menudo regalito envenenado que había resultado ser.

Dentro de lo desesperado de la situación, nosotros continuaríamos ejecutando el plan inicial, defendiendo la residencia del obispo, que se alzaba a nuestras espaldas con las ventanas atrancadas y los postigos bien cerrados. Éramos diez hombres, entre los que un nervioso Zenón aporreaba la puerta esperando a que sus conciudadanos le dejaran pasar a la seguridad que le brindaban sus muros. Por fin desapareció hacia el interior con la irritada mirada de Salla clavada en su nuca.

Respiré, tratando de convencerme de que en el fondo no deberíamos sufrir ningún descalabro: solo teníamos que aguantar el tiempo suficiente para que el segundo grupo de guerreros, más de un millar de hombres al mando de Cyrila, siguiera nuestros pasos hasta el centro de la urbe tras asegurar las zonas cercanas a la muralla. Pero, aunque solo fueran unos instantes, para nosotros podían convertirse en demasiado tiempo si los suevos se organizaban.

CAPÍTULO XII

Mientras aguardábamos, nerviosos, tratando de otear inútilmente las calles en busca de enemigos entre la bruma, comenzaron a hacerse más evidentes los sonidos de lucha desde la muralla, donde los hombres de Liuva y Segga debían llevar el peso del ataque esa noche, limpiando los muros de todos los defensores que encontraran y sembrando la muerte entre ellos. El escándalo se elevaba cada vez más, pero la espesa bruma lo amortiguaba de tal manera que no éramos capaces de determinar si la pelea se había trasladado a los alrededores de la zona que ocupábamos o si continuaba desarrollándose junto a la distante muralla.

En cuclillas, con los escudos apoyados unos sobre otros, esperábamos en tensión lo que el destino nos deparara esa noche. Con Galieno a mi izquierda y Wulfila a mi derecha, me sentía bien acompañado para lo que pudiera suceder. Junto con Salla y el fiel Ibbas, se encontraban también Marco e Issa, además de los tres guerreros que siempre seguían a Ibbas allí donde este fuera – Witiza, Roderico y Beccila– y que si eran conocidos por ser los guardaespaldas de las espaldas más grandes que había visto nunca, no debían de ser precisamente unos pardillos.

Sin dejar de mirar al frente, el joven Wulfila trataba de quitarse los nervios del momento hablando en voz baja

–Maldito puerco, nos ha dejado aquí y se ha metido en su madriguera. ¿Dónde están ahora los hispanos que abrieron las puertas?

Con la vista fija en el frente, le respondí:

–No llevas el suficiente tiempo aquí, chico; es un comportamiento, cómo decirte... muy hispano.

Cuando aún trataba de encontrar las palabras con las que seguir instruyendo a Wulf sobre la idiosincrasia habitual de los potentados locales, el roce de una espada al salir de su vaina nos puso en alerta, pues parecía proceder de las calles cercanas. Así pues, los temores de Zenón sobre los deseos de venganza de los traicionados suevos habían resultado certeros.

Al instante, un nuevo sonido sibilante llamó nuestra atención, pero no fuimos realmente conscientes de qué peligro anunciaba hasta que la flecha que lo había causado se clavó firmemente en el portalón sobre nuestras cabezas. Instintivamente apretamos todavía más la formación, y los que se encontraban en los extremos se plegaron para no ofrecer ningún resquicio desprotegido a los asaltantes. Fue un momento angustioso, que aguantamos agazapados tras los escudos, que solapamos unos contra otros. La lluvia de saetas no remitía; notaba cómo mi brazo izquierdo se resentía cada vez que una nueva asta se clavaba profundamente en la madera, transmitiéndome una violenta sacudida. Uno de los guerreros de Ibbas soltó una imprecación, y amparado en mi escudo pude ver como uno de los dardos había hecho blanco en su brazo. Marco, que se encontraba a la izquierda del fornido godo, dejó a un lado el sentido común y se volcó hacia él, desatendiendo por un momento su propia protección. Pude ver la expresión angustiada del tipo cuando reparó en la reacción del joven, y le grité con urgencia. Pero en menos de un latido de mi corazón, una nueva saeta cruzó la calle y, penetrando por el hueco que se había creado en nuestra defensa, encontró su reforzado hombro. El emplumado astil salió despedido sin llegar a morder la carne, gracias a la resistencia ofrecida por la cota del muchacho, pero el impulso lo hizo caer hacia atrás, creando un hueco en la precaria formación. Y nuestros enemigos se apresuraron a aprovechar la oportunidad.

La lluvia de flechas cesó tal y como había empezado, y los alaridos retadores de los guerreros suevos se adueñaron de la noche. Apretamos los dientes y adelantamos los escudos, dispuestos a vender caro nuestro pellejo, mientras Salla y el godo herido trataban desesperadamente de levantar al conmocionado Marco para que ocupara su posición en nuestro débil muro de escudos. El choque no se hizo esperar: varios hombres se lanzaron a la carrera contra nosotros, haciendo que nuestra defensa se desmoronara. Superados en número, nos convertimos en islas tratando de pelear cada uno por su propia vida lo mejor que podía. Me asaltó la poco reconfortante idea de que seríamos de las pocas bajas del ejército esa noche. Paré los golpes que me venían desde arriba con mi escudo, y con la espada en la diestra ejecuté un barrido frente a mí que hizo blanco en las piernas del tipo que inmediatamente dejó de golpearme. Me levanté de un salto y lancé al suevo, que instantes antes

pretendía clavarme en el suelo como si fuera un clavo en un madero, hacia atrás, para rematarlo sobre los adoquines. Los arqueros habían cesado de disparar en cuanto sus hombres se lanzaron a por nosotros, por lo que pude echar un vistazo a la situación. Marco continuaba tendido; Salla, en pie a su lado, trataba desesperadamente de defender a su compañero del ataque de un numeroso grupo de suevos que con el muchacho en el suelo parecían oler ya el perfume de la victoria. El guerrero que los ayudara anteriormente permanecía inmóvil junto a Marco, con una lanza profundamente clavada en el pecho, mientras el suevo que acababa de matarlo aullaba a la luz de la luna incitando a sus compañeros a unirse a él. Corrí hacia su posición y antes de que terminara su reclamo cercené su garganta de un brutal tajo que hizo que todos los que estábamos a su lado quedáramos manchados con su sangre. Fue una pequeña victoria, pero seguíamos en desventaja, y cada vez más enemigos trataban de llegar hasta la puerta. Un poco más allá, Witiza e Issa peleaban espalda contra espalda; la firmeza del godo y la agilidad del britano parecían complementarse bien. A mi derecha Ibbas luchaba sin descanso, tratando de defenderse contra cuatro enemigos con la espalda pegada al portalón de la casa. También Salla, pese a mi intervención, continuaba en dificultades. Acosado por todos lados, fue víctima del suicida ataque de un suevo que se lanzó hacia él con el casco por delante tratando de desequilibrarlo, y vaya si lo logró. El joven godo cayó al suelo y antes de que se pudiera incorporar uno de sus enemigos lanzó una rápida estocada que por poco atraviesa al joven de parte a parte. Con la desesperante lentitud de un mal sueño vi como la espada rompía la cota del godo a la altura del costado, quedando el suelo sembrado de anillas metálicas. El gemido de Salla provocó que Ibbas alzara la cabeza como un perro de caza bien adiestrado ante la llamada de su señor. Evité al hombre que se abalanzaba sobre mí y me apresuré a socorrer al joven en su caída; del primer embate acabé con uno de sus atacantes, que ya se relamía ante la perspectiva de acabar con uno de los señores godos, y gracias a la aparición de un oportuno Galieno pudimos alejar al resto de los enemigos del cuerpo del muchacho. Ibbas, que aún no sé cómo había logrado desembarazarse en un momento de sus atacantes, se agachó a nuestro lado para proteger a Salla con su propio cuerpo. A mi lado, Issa y Witiza se esforzaban en barrer el espacio frente a nosotros repartiendo estocadas poco ortodoxas

pero concienzudas que, aunque hacían poco daño, al menos mantenían a los atacantes momentáneamente alejados.

Le dirigí una mirada interrogativa a Wulfila, que se esforzaba en otear las calles cercanas buscando cualquier señal de la proximidad de guerreros amigos, pero el muchacho se limitó a negar tristemente con la cabeza. Cuando comenzaba a hacerme a la idea de que no aguantaríamos mucho tiempo más, ante el desconcierto tanto de atacantes como de defensores, la gran puerta de la *domus* se abrió con un chirrido, y por ella apareció un nutrido grupo de hombres. Aunque la mayoría estaban escasamente armados –pocas espadas y muchos cuchillos–, su inesperada irrupción bastó para voltear la balanza a nuestro favor.

Los sorprendidos suevos optaron por darse la vuelta, desapareciendo entre las callejuelas. Pero los rítmicos pasos que por fin comenzaban a escucharse resonando sobre los adoquines me avisaron de que para ellos ya era demasiado tarde. Cyrila se acercaba al frente de sus hombres; el dominio suevo de *Emerita* había llegado a su fin en este mismo instante. Momentáneamente aliviado, recuperé la conciencia de la situación, y me volví hacia donde Ibbas continuaba protegiendo el cuerpo de su pupilo. Me desembaracé del escudo y me agaché a su lado. Entre los dos dimos la vuelta al cuerpo del joven que, aunque pálido y sudoroso, se esforzó en esbozar una leve sonrisa dolorida mientras se sujetaba la herida con la mano izquierda.

Por primera vez en mi vida vi lágrimas de desesperación empañar los ojos de Ibbas. Muy despacio, en voz baja, Salla comenzó a decirle algo en una lengua que yo no conocía, y poco a poco el gigantón se fue serenando. En ese instante se presentó Zenón a nuestro lado, con cara de preocupación, asistido por un par de monjes que portaban unas burdas parihuelas. Tras un gesto suyo, sus acompañantes tendieron la camilla. Entre Ibbas y yo levantamos el cuerpo del muchacho y, con el corazón encogido por los evidentes gestos de dolor que acompañaban al más ligero movimiento, lo depositamos despacio sobre las mismas.

En cuanto estuvo acomodado busqué a Marco con la mirada. Galieno e Issa, junto a él, lo ayudaban a incorporarse. Ya más tranquilo, reparé en que Zenón nos hablaba, mirándonos alternativamente a Ibbas y a mí.

–Necesita los cuidados del físico del obispo. No hay ninguno mejor que él en la ciudad; dudo que ni tan siquiera el de vuestro rey esté a su altura. –Yo al menos no lo dudaba; si el físico real había aprendido con Egica, prefería volver al muro de escudos antes que confiar en sus cuidados.

Asentí mientras lo apartaba sin muchos miramientos para acudir junto a Marco. Todavía estaba furioso con el religioso por la delicada situación a la que nos habíamos enfrentado por su culpa. El tono solícito con que hablaba me reveló que también él se sentía responsable de la grave herida de Salla. No sé si con el ofrecimiento de cuidarlo pretendía redimirse, pero sí creo que verlo como la llave que permitiría al muchacho acceder a las mejores atenciones evitó que un desazonado Ibbas lo estrangulara allí mismo. Mientras me acercaba a Marco, eché una ojeada al escenario que nos rodeaba. Casi una docena de cadáveres suevos aparecían dispersos en los alrededores de la puerta. Tan solo uno de nuestros hombres había caído: el bravo guerrero de Ibbas que había tratado de defender a Marco, y del que finalmente –a buenas horas– pude retener su nombre, Roderico. Agachado a su lado estaba Witiza, tratando de levantar lentamente a Marco, que se había apoyado de nuevo sobre el empedrado e intentaba entre quejidos que el tosco guerrero desistiera de su tarea y lo dejara allí tranquilo. Me preocupó la palidez de su semblante. Avancé despacio; una vez superado el trance, notaba que me dolía todo el cuerpo. Entre los dos incorporamos al joven hispano, ignorando sus protestas, aunque cada gemido traspasaba mi alma. Por fortuna, la flecha no había penetrado en la recia cota, pero para hacer honor a la verdad, la marca en las abolladas y rotas anillas que cubrían su clavícula estaba mucho más cerca de su cuello de lo que había pensado. El dolor parecía intenso, y le impedía mover tanto el cuello como el brazo, por lo que supuse que tendría roto el hueso. Apenas tres dedos de distancia y una buena cobertura de malla habían separado a Marco de la muerte. La vívida imagen de Quinto moribundo y mi firme promesa de cuidar a su pequeño me golpearon con fuerza. Tuve que sacudir la cabeza para apartar de mi mente la insoportable idea de perderlo, de fracasar, de verlo apagarse en mis brazos. En el fondo, bastante bien habíamos escapado de la encerrona en la que nos habíamos metido: no me habría extrañado si hubiéramos dejado a más de la mitad de los nuestros

haciendo compañía al bravo Roderico. Y Marco se recuperaría pronto. Así que, después de todo, debía dar gracias por nuestra suerte.

–¿Estás bien, muchacho? –pregunté por cortesía, aunque por sus gestos de dolor suponía todo lo contrario.

–Podría estar peor –contestó con una mueca, mirando de reojo el cadáver de Roderico.

Le palmeé con cuidado el hombro intacto y busqué a Zenón para ver qué podía hacer por el muchacho. Finalmente lo encontré dirigiendo, bajo la atenta mirada de Ibbas, a los encapuchados que trataban de introducir a Salla en la *domus*.

–¡Cura! –grité para hacerme oír en medio del escándalo que comenzaba a elevarse mientras los hombres de Cyrila tomaban posiciones en las cercanías–. ¡Haz un hueco para este muchacho también!

El religioso me miró confundido y cuando llegué a su lado me respondió:

–La herida del chico parece menor, amigo; estará bien en manos de vuestros físicos.

Lo agarré por la pechera y lo puse de puntillas a la altura de mi cara.

–¿Qué has dicho? –Me acerqué tanto a él que arrugó la nariz al sentir mi aliento en su rostro–. Ahora mismo vas a meter al muchacho ahí adentro y lo va a curar el mismo físico que al godo, o te aseguro que me arriesgaré a contrariar a tu santa arrancándote las pelotas. –Lo deposité de nuevo en el suelo y me entretuve en arreglar sus ropas antes de continuar–. Creo que es lo menos que nos debes por lo que nos has hecho pasar hoy, ¿no te parece?

Por un momento pensé que iba a replicarme, pero finalmente se lo pensó mejor y asintió, sumiso. Hizo una señal a un par de los muchachos que rebuscaban nerviosos entre las ropas de los caídos para que ayudaran a Marco, y estos se apresuraron a obedecer.

El siempre fiel Issa me sonrió abiertamente, satisfecho por mis gestiones con el cura. Galieno también sonreía, más tranquilo ahora que veía que tanto Salla como Marco serían bien atendidos, con esa alegría incrédula que embarga a los guerreros al verse ilesos tras enfrentarse a una situación comprometida. Repartí palmadas y apretones. En ese instante, el *dux* Cyrila hacía su aparición escoltado por un fuerte grupo de hombres. En cuanto nos vio, corrió hacia nosotros, rompiendo la solemnidad del momento, preocupado

al ver a Salla tendido sobre las parihuelas esperando a que el portalón volviera a abrirse.

–Salla, muchacho, ¿estás bien? –preguntó, ansioso.

–No es nada. Estaré en condiciones para cuando venga el rey- su voz sonaba tenue y entrecortada.

El gesto grave de Ibbas tras él negaba sus palabras, y no pasó desapercibido para el *Dux*. Este pasó su enguantada mano con suavidad por el hombro de Salla y trató de animarlo.

–Tranquilo, muchacho; vosotros ya habéis luchado por hoy más de lo necesario. Descansa y recupérate, que el rey querrá tener a su disposición a tan fiero guerrero lo antes posible. Yo mismo me encargaré de dar fe de vuestro arrojo ante Teodorico.

Ibbas interrumpió al comandante:

–¿Sigue siendo necesario nuestro concurso, noble Cyrila?

–Descuida, Ibbas, la situación parece controlada. Liuva continúa en las murallas. Ya he enviado unos cientos de hombres en su apoyo, y aquí todo parece tranquilo. La única resistencia que parece digna de tener en cuenta es la que ofrecen un grupo de suevos que se ha atrincherado en una de las casonas cercanas, pero hacia allí nos dirigimos.

El gigantesco Ibbas me miró a los ojos como tratando de buscar mi apoyo, y me desconcertó en cuanto abrió la boca.

–Si estáis de acuerdo, nos gustaría participar en la toma de la casa, *Dux*.

–Sea entonces, Ibbas, aunque yo de ti hubiera preferido tomar un merecido descanso, se ve que vosotros aún no habéis tenido suficiente. Me quitas un problema: dirige tú mismo el grupo, y así yo organizaré las partidas que vayan pasando por aquí.

Con una lobuna sonrisa nos hizo una seña y nos unimos al grupo de guerreros que comenzaba a bajar por la calle al trote. Alcancé al enorme godo para protestar por su absurdo ofrecimiento.

–Pero, ¿estás loco? –le espeté, molesto–. Me duele todo el cuerpo, los chicos están heridos, y tú te empeñas en continuar... ¡deja algo para los que acaban de llegar, joder!

Pese a mi insistencia, mantuvo un obstinado silencio. Pronto llegamos hasta una enorme casa custodiada por una decena de guerreros godos, que

permanecían a cubierto atentos a la fachada. De vez en cuando, surgía alguna flecha desde las ventanas. Nos pegamos a la pared de una casa cercana para evitarlas, y al fin el godo me respondió con paciencia, como quien habla a un niño pequeño.

–Mira, Attax. Precisamente por lo que le ha pasado al chico, necesito acabar con un buen par de esos cabrones antes de dar este asunto por concluido. O eso, o me veré obligado a descargar mi rabia con ese estúpido cura y algunos de sus amigos. –Me imaginé al asustadizo Zenón en manos de Ibbas y no pude evitar que la escena me hiciera sonreír–. Y eso no le gustaría a la Santa, ¿verdad? Así que todo solucionado.

Al momento nos alcanzaron a la carrera los guerreros que se encontraban frente a la casa un instante antes, tratando de cubrirse desesperadamente con los escudos.

–¡Fuertes hijos de puta! –exclamó uno de ellos nada más ponerse a cubierto a nuestro lado.

–Hijos de puta muertos –puntualizó Ibbas con sorna–. ¿Cuántos hombres son, chico?

–No lo sabemos con certeza, señor. El último grupo que se refugió en la casa estaba compuesto al menos por una docena, sin contar a los que ya estuvieran dentro. ¿La quemamos, señor? –preguntó esperanzado el guerrero, que parecía tener la edad de Wulfila.

–¿Y perdernos la diversión, chaval? –sus carcajadas habrían helado la sangre de los defensores si hubieran sabido a lo que se enfrentaban.

Ibbas echó un vistazo a su alrededor, tratando inútilmente de contar de cuantos hombres disponía, hasta que, cansado, exclamó:

–¡Al cuerno! Galieno, chico, tú que eres casi un godo, ¿ves la enorme viga de madera que está en la entrada de aquella casa? –el gesto de muchacho confirmó que la había localizado–. Córtala y prepárala, va a ser nuestro ariete. Witiza, muchachos, ayudadlo con las hachas.

Cuando ya todos habían partido me miró.

–Attax, ¿te lo voy a tener que pedir?

Lo miré, molesto, pero aun así caminé en pos de Witiza y los suyos, mientras escuchaba el resto del improvisado plan del godo. Cuando Issa se dispuso a seguirme, le gritó secamente.

–Britano, tú no. Prepara tu arco y vigila que nadie escape.

Entre todos cortamos y levantamos el gran pilar de madera. El rato que nos llevó fue bien aprovechado por Ibbas para instar a cualquier godo que pasara por los alrededores a unirse a nuestro grupo. Otros dos arqueros se unieron a Issa, dirigiendo sus flechas hacia las ventanas abiertas hasta lograr que los que habían estado disparando desde el interior tuvieran que retirarse hacia dentro. Ya con la calle tranquila y la viga en ristre, a la cuenta de tres de Galieno corrimos lo más rápido que pudimos hasta chocar con la gran puerta de roble. El primer golpe hizo que temblara toda la estructura, pero el recio portalón aguantó. En el siguiente, comprobamos que varios hombres debían de haberse apostado tras ella, intentando oponer mayor resistencia a nuestro martilleo, porque cada nueva embestida arrancaba astillas a la superficie de la madera y doloridas quejas tras la misma.

Siguiendo los rítmicos gritos de Ibbas golpeamos la puerta una y otra vez, mientras Issa y los dos arqueros que se le habían sumado se esforzaban en cubrirnos. Esto no impidió que uno de los godos que cargaba con el ariete recibiera un flechazo en el cuello y cayera agarrándose el asta. Su puesto fue ocupado rápidamente por otro de sus compañeros, que esperaba a cubierto a que hubiéramos despejado el camino. Al quinto golpe parte de la puerta saltó por los aires y pudimos ver a través de sus dañadas tablas como un grupo de hombres trataba desesperadamente de apuntalar lo que quedaba de la estructura. No tuvieron tiempo: el siguiente dardo impactó en el muslo de Ibbas, que soltó un reniego antes de bramar a pleno pulmón para que golpeáramos con todas nuestras fuerzas, y así al fin cayó la puerta. Soltamos el pilar. Ibbas se cortó el emplumado astil con la espada, y espoleados por su voz y su furia penetramos por la oquedad sembrando la muerte. Entre un amasijo de muebles y madera apenas podíamos ver qué estábamos acuchillando, pero nos abrimos paso convirtiendo en cadáveres a todos cuantos nos encontramos. Poseídos por la brutal determinación que marcaba el terrible paso de Ibbas, fuimos avanzando en la destartalada *domus* sin dejar una chispa de vida tras nosotros. Debían de ser alrededor de una veintena de guerreros, como nos dijera el joven soldado godo, pero pronto se desvanecieron como si fueran parte de la propia niebla. No nos detuvimos hasta llegar al final de la casa, donde dos asustados guerreros se encontraban

frente a una puerta, tratando de protegerla. A un rugido de Ibbas tomamos carrerilla y nos abalanzamos sobre los tipos como si fuéramos lobos sobre indefensas ovejas. Pasamos sobre ellos y los dejamos atrás, reducidos a poco más que viscosa pulpa. Penetramos en aquella silenciosa estancia cubiertos de sangre, sudorosos y jadeantes, y al fin el velo de locura que cubría nuestros ojos se disipó dejando lugar de nuevo a un atisbo de razón.

Dos figuras nos esperaban temblorosas en la habitación que debía de haber sido el *tablinium* del señor de la casa. Con la oscuridad reinante apenas se podía saber si eran guerreros o no, pero por sus perfiles parecía que debían de ser los dueños de la casa. Dimos un paso hacia ellos con Wulfila protegiendo la puerta, e inmediatamente la más oronda de las sombras comenzó a hablar.

–Tomad el dinero que queráis, tomadlo todo. Soy rico –aseguró tartamudeando–. Pero dejadme escapar. Tengo amigos influyentes en la ciudad. Ibbas sonrió despacio.

–Pues claro que tomaremos tus riquezas. Pero explícame otra vez por qué debemos perdonarte la vida.

El tipo miró hacia todos lados, pensando en qué más podía ofrecer. Empujó nervioso hacia nosotros a la figura que había estado interponiendo entre nuestro avance y su persona, que resultó ser una esbelta muchacha de largo cabello oscuro y ojos asustados.

–Tomadla, es mi esclava. Es bella, y sabrá ser complaciente. Y mi dinero podrá proporcionaros muchas más como ella.

La observé con poco interés, tendiéndole la mano para que se acercara. Se levantó de la mesa, temblorosa, mirando alternativamente a su amo con odio y a mí con temor, y pude comprobar que realmente era muy bonita. Pero no era eso lo que yo buscaba esa noche. La empujé hacia Ibbas, que la agarró por la muñeca. También él meneó la cabeza.

–Amigo... no te va a quedar dinero para eso. –Parecía cansado, dispuesto a acabar con el juego por fin con un par de mandobles certeros. Animado por un pensamiento repentino, le detuve para acercarme al viejo y estudiarlo mejor. Se encogió cuando me acerqué; el suevo vestía una rica bata de terciopelo que resaltaba su oronda tripa, y su rostro contraído por el terror estaba marchito y arrugado. Rerico me había asegurado que Hildimiro se

encontraba en *Emerita*, y yo traté de encontrar cualquier rasgo familiar en aquel viejo ajado.

Ibbas reparó en mi interés y me interpeló, fastidiado:

–Joder, Attax, ¿conoces a este también? ¿Es que acaso has tenido problemas con todos los suevos de la maldita *Hispania*?

Sonreí y negué con la cabeza.

–Esta vez no ha habido suerte. No es el que buscaba; con este no tengo mayores problemas que con cualquiera de los demás. –Reparé en el gesto de la esclava, que parecía mirar la espada de Ibbas como si valorase arrebátarsela para acabar ella misma con el tipo. Rodeada de guerreros, con todo perdido, su cuerpo tenso y el odio reconcentrado que rezumaba mirando al viejo volvieron a recordarme la escena vivida con Rerico. Allí yo había tenido mi venganza, y se la había negado a los esclavos. Ahora no tenía por qué—. Pero, Ibbas; aun así, me cae mal.

Me acerqué y abrí su barriga de un rápido mandoble. El tipo me miraba con los ojos saliéndose de sus órbitas, sujetando la herida por la que se le escapaba la vida lentamente. Miré a la mujer, que aprobó mi gesto bufando como una gata; no entendí sus palabras, pero parecía maldecirlo en alguna lengua extraña. Ibbas, divertido por la escena, la soltó para que pudiera acercarse, y ella se colocó junto a mí para ver cómo moría. Le hice una seña y le ofrecí mi espada; tras dedicarme una mirada asombrada, la asió con determinación. Era demasiado grande y pesada para ella, así que la ayudé a sujetarla mientras se esforzaba en clavársela al asustado suevo bajo la garganta. Cuando pareció satisfecha –creo que el alma del suevo había huido hacia el infierno desde que la vio acercarse– se retiró, dedicándome una inclinación agradecida de cabeza, aunque todavía me observaba con miedo, sin saber qué esperar de nosotros. Le sonreí, recuperé mi acero y me olvidé de ella.

Cuando salimos a la calle, apenas podíamos reconocernos unos a otros, cubiertos por entero por una gruesa capa de sangre y mugre. La noche había comenzado con nervios e incertidumbre, pero antes del alba, la victoria, para mayor gloria de Teodorico, era completa. Además, las demandas de Santa Eulalia se habían respetado escrupulosamente. El ambiente nocturno era tranquilo; la toma se había desarrollado de manera incruenta para los hispanos

—no tanto para los suevos—, las disciplinadas tropas de Cyrila ocupaban las calles, y entre ellos podían verse algunos grupos de hombres y mujeres toscamente atados que eran conducidos hacia las afueras de la ciudad. Debían de ser los suevos que se habían rendido a los invasores esperando clemencia por parte del rey. No sabía si la tendrían, y lo cierto es que no me importaba. Aunque no dejé de echar alguna ojeada curiosa a los cautivos, aún pensando en Hildimiro, mi sed de sangre se había apagado por el momento y el agotamiento comenzaba a imponerse. Así que, por mi parte, nada quería ver ya con los suevos, ni tan siquiera con los hispanos de la ciudad, ni mucho menos con los hombres de Liuva, que bajaban de las murallas agitando en sus manos ensangrentadas algunas de las cabezas de sus enemigos como si fueran grotescos trofeos.

Antes de regresar al campamento, dejamos a nuestros pasos llevarnos a donde nuestro corazón reclamaba, de nuevo a la residencia del obispo para comprobar cómo se encontraban nuestros heridos, y de paso intentar que Ibbas entrara en razón y dejara que alguno de los asustados monjes le echara un vistazo a su pierna. Pese a mi insistencia, el godo proclamaba a quien lo quisiera escuchar que nadie mejor que Egica para ese tipo de heridas.

—¿No te he contado la vez en que Egica me extrajo una flecha que tenía clavada en el hombro en *Narbo*? Te juro que ni siquiera me había enterado hasta que me enseñó la punta.

—¿Cuánta cerveza habías tomado? —le pregunté, incrédulo.

—Anda, no seas pesado. Préstame tu hombro y vayamos al campamento, que allí me curarán bien. Ya no soy ningún muchacho, y mi cuerpo es como un viejo roble, lleno de nudos y vetas. Una más no se notará.

No pudimos ver ni a Marco ni a Salla, que estaban siendo atendidos por los religiosos y el físico del obispo, pero nos aseguraron que se encontraban bien. Zenón —su cara al vernos aparecer cubiertos de sangre fue digna de verse— nos aseguró que podríamos visitarlos al día siguiente, cuando se estuviera poniendo el sol. Sin nada más que hacer por allí, hice una seña a Galieno y entre los dos cargamos a Ibbas, pese a sus ruidosas quejas, y desandamos el camino que habíamos tomado aquella madrugada de vuelta hacia la tranquilidad de nuestro campamento y la fresca y limpia agua del río.

Aquellas calles que pocas horas antes lucieran amenazadoras entre la bruma se abrían entonces ante nosotros como acogedores remansos de paz, únicamente interrumpidos por pequeñas patrullas de guerreros godos, encargadas tanto de acabar con cualquier fugitivo suevo que encontraran, como de atajar el más mínimo amago de saqueo por parte de sus propios compatriotas.

Cuando llegamos a la orilla del río nos sumergimos en el agua helada, que sentí extenderse como un bálsamo sobre mis castigados miembros, que al menos dejaron de dolerme durante un largo rato. Nos quitamos de encima lo mejor que pudimos los restos de sangre que nos cubrían; las manchas en nuestra conciencia quedarían para siempre, junto con tantas otras. Ibbas mandó a Wulfila de regreso al campamento con órdenes de transmitirle a Akhila las nuevas de la victoria y tranquilizarlo sobre la suerte de su hijo. También debía buscar a Egica o a cualquier otro matasanos disponible para que estuviera preparado para atender a Ibbas. Todavía estaba ocupado ayudándole a lavar la fea herida, cuando Wulfila regresó acompañado de un grupo de hombres a caballo, entre los que se encontraba el propio Akhila. Desmontó con cierta precipitación para acercarse a la orilla. Tras sus pasos venía Egica, dedicándome gestos obscenos. Por fortuna, no era yo el que necesitaba sus cuidados.

Pese a que su gesto lo traicionaba, las primeras palabras de Akhila fueron para Ibbas y no para preguntar por su hijo. Lo felicitó, haciendo extensibles sus parabienes al resto de los hombres, y le instó a descansar hasta que acabara nuestra estancia en la ciudad; por su tono, me pareció que pensaba que esta podría alargarse. Mientras discutían sobre el desarrollo de la batalla —el ceño de Akhila cuando supo del repentino cambio de planes de Zenón y el riesgo que había supuesto para nosotros, me hizo temer de nuevo por su integridad futura—, e Ibbas informaba a su señor del buen hacer de Salla y de la herida que había sufrido, Egica comenzó a reconocer el muslo del herido. Para mi sorpresa, Ibbas ni siquiera pestañeó pese que el médico hurgaba en la herida sin compasión.

—Deberías aprender, alano —me dijo el físico mientras el herido y su señor conversaban.

–La herida de Salla no es grave, ¿verdad, Ibbas? –preguntó Akhila con gesto tenso.

–Fue un buen pinchazo en el costado, señor; pero el chico es fuerte y no parece que haya afectado a ningún órgano vital.

–¿Dónde está? ¿Se ha quedado con Cyrila?

–No, señor; lo hubiéramos traído aquí, pero el obispo ha insistido en que su físico lo trate personalmente. Parece que es muy reconocido en su oficio, y tienen mucho interés en la vida del chico.

Miró aliviado hacia nuestro grupo, y entonces se dio cuenta de que también faltaba Marco. Ante su mirada preocupada, me apresuré a aclararle.

–Se encuentra con Salla, señor. Una flecha le fracturó la clavícula. El obispo también se ha ofrecido a curarlo –dije con desparpajo. Si el godo supiera...

–Confío más en Egica, pero qué le vamos a hacer. Después de lo de la Santa, no seré yo quien dude del obispo y de su diácono. Vosotros descansad. A mediodía, cuando la ciudad esté totalmente controlada, el rey hará su entrada triunfal. Asistid si lo deseáis, aunque si preferís quedaros en el campamento estáis dispensados. –Volvió a montar–. Yo voy al palacio del obispo a ver qué pretende hacer con mi hijo ese hereje.

Egica continuaba ocupado, tratando de liberar la flecha del enorme muslo de Ibbas. Pese a que el godo se esforzaba en aguantar estoicamente, mientras yo contemplaba hipnotizado su muestra de valor, terminó por caer inconsciente justo un instante antes de que el matasanos extrajese la afilada punta de su carne.

–Ha tenido suerte –musitó el matasanos–: no ha tocado ningún ligamento. Aun así, deberá estar un tiempo tranquilo. Ayúdame, alano –me dijo sin mirarme–. Esta herida necesita un buen vendaje.

Después de que el muslo de Ibbas recibiera todos los cuidados que conocía Egica y terminara limpio y bien vendado, pude arrebuajarme al fin en mi capote y dormir como lo hacían el resto de nuestros agotados compañeros. El sueño tardó en llegar. Las violentas escenas de la noche acudían a mi mente sin que yo pudiera evitarlo. Me incorporé varias veces, inquieto, tratando de apartar de mi cabeza el torbellino de pensamientos que me impedía descansar. El nombre de Hildimiro resonaba en mis oídos en cuanto empezaba a conciliar

el sueño, como si su recuerdo se burlara de mí. Tras la lucha, cuando abandonábamos la ciudad, casi había renunciado a buscarlo. Pero ahora, de repente, ya no estaba tan seguro de ser capaz. Un breve destello de lucidez me proporcionó una respuesta que, en medio de aquel intranquilo duermevela, me resultó sensata: había pedido a mis dioses encontrar a Rerico, y mi espada había bebido su sangre. Pero cuando penetramos en *Emerita*, lo hicimos bajo el auspicio de una santa cristiana, y los seguidores de Cristo no son proclives a la venganza. Quizás su respuesta a mi demanda había sido en este caso permitirme entender que, aunque no volviera a saber de aquel sucio bastardo, sería capaz de seguir adelante. De olvidar, si no ya de perdonarle. Pensar en aquella figura etérea que nos había hablado junto al río me permitió vislumbrar un destello de una luz cálida y extraña. Pero ya no había niebla a mí alrededor, y mis antiguas ansias de venganza parecían prestas a despertar en cuanto yo intentaba cerrar los ojos. Desconfié de mi capacidad para aceptar lo que hacía solo un instante había entendido con claridad. Quizás no deseaba siquiera intentarlo, mientras quedara una esperanza de encontrarlo. No dudaba de las buenas intenciones de la santa al ofrecerme un bálsamo para mi conciencia; pero estaba claro que aquella niña mártir no me conocía en absoluto.

Confuso, dejé mi mente vagar entre mil preguntas. ¿Qué habría sido de Hildimiro? ¿Habría muerto apaciblemente en su retiro dorado antes de que la hora de los suevos de *Emerita* llegara a su fin aquella noche? ¿O se encontraba aún en la ciudad, y había encontrado una muerte violenta y anónima a manos de cualquiera de los guerreros godos que habían participado en su toma? Quizás se había cruzado con Liuva en la muralla y el *gardingo* había acabado con él. Sonreí ante la extraña ironía de imaginar a mi enemigo consumando mi venganza. Pero me parecía poco probable que Hildimiro siguiera prestando servicio activo en la guardia de la ciudad. ¿Qué edad podía tener a esas alturas? ¿Sesenta años? Si ya veinte años atrás su fisonomía no era la de un guerrero en plenitud, imaginaba que a tan respetable edad bien procuraría esperar tranquilo en casa mientras los jóvenes guardaban las murallas. No me costó imaginarlo protagonizando una escena similar a la que habíamos vivido en casa de aquel viejo al que habíamos dejado indefenso a merced de su esclava. El sol comenzaba a asomar tímidamente en el horizonte;

todavía me preguntaba a qué dioses habría orado la bella muchacha para obtener su venganza cuando por fin caí dormido. Y juraría que no habían pasado más de unos minutos desde que el sueño me rescatara de mis pensamientos, cuando fui zarandeado sin compasión. Como si fuera un niño, traté de cerrar fuertemente los ojos e ignorar a quien trataba de llamar mi atención de esa manera, pero para mi disgusto insistió sin ningún tipo de piedad.

–Attax, el rey va a hacer su entrada triunfal en la ciudad. Todo está preparado, ¡levanta! –gritaba Galieno a mi lado.

–Que les den a todos; dejadme dormir –protesté, aferrando fuertemente mi capa.

–Galieno, deja ahí al viejo, que no ha dormido bien –dijo Wulfila, burlón–. Así quedarán más muchachas para nosotros.

–¡Maldito niño! No tienes ni idea de cuántas veces he participado ya en la toma de esta ciudad. Incluso estando en el vientre de mi madre sentí caer sus muros ante nosotros –no estaba de más exagerar un poco, aunque tampoco iba muy desencaminado. Miré a mi alrededor; a mi lado, Ibbas trataba de incorporarse–. Id vosotros, pero antes haced un favor a un par de viejos. Buscad a Egica y decidle que envíe a dos porteadores para acomodar a Ibbas en el campamento; no pretenderá que durante su convalecencia viva aquí al lado del río, como si fuera una rana.

Poco antes del mediodía, cuando ya habíamos descansado todo lo que nos apetecía, el mismo Egica acudió a nuestro lado junto a otros dos guerreros. Trasladamos a Ibbas a una de las mejores zonas del campamento, y permanecimos charlando animadamente con el matasanos hasta bien entrada la tarde, cuando regresaron los jóvenes desde la ciudad, con las caras iluminadas por el asombro.

Entusiasmados, nos relataron lo sucedido: Teodorico, vestido con sus mejores galas, hizo su irrupción en la urbe montado en un enorme caballo blanco, escoltado por una guardia especial seleccionada entre los *gardingos*. Según cotilleaba Witiza, los hombres habían sido escogidos más por su altura y su porte gallardo que por su valía real; también ataviados con sus más ricas vestiduras, sin duda habían cumplido con creces con su cometido de impresionar a los hispanos.

La comitiva entró por la misma puerta que había sido abierta en secreto durante la noche, dándonos la victoria. Los guerreros de Liuva y Cyrila habían trabajado a destajo hasta el amanecer, eliminando las huellas de la masacre de la guarnición sueva: las murallas y las calles lucían limpias para la entrada del soberano. Además de ocuparse del trabajo sucio, los soldados que habían participado en la toma de la ciudad se habían asegurado de mantener el orden, tomando posiciones estratégicas dentro de la ciudad que les permitieran proteger al rey. Las murallas se veían erizadas de las lanzas de los circunspectos guerreros, y las calles por las que había circulado la comitiva estaban repletas de hombres atentos a cualquier movimiento de los ciudadanos que habían acudido en gran número a presenciar el espectáculo. Sin embargo, si Teodorico esperaba aclamaciones o muestras de regocijo tras la liberación, se había quedado con las ganas. Los jóvenes estaban sorprendidos por la tibieza de la reacción, pero yo, que contaba con bastantes más años que ellos, suponía que aún no debían de tenerlas todas consigo respecto al comportamiento futuro de los godos en la ciudad. Aun así, muchos curiosos se acercaron para ser testigos privilegiados del enésimo cambio de manos de *Emerita*. Aunque, en el fondo, el dominio era apenas nominal: por lo que a mí me parecía, el poder llevaba tiempo perteneciendo a los representantes de la iglesia, y en las mismas manos permanecería. A no ser que Teodorico cambiara de opinión, claro. Realmente, no sé por qué demonios esperaban los chicos el aplauso de los emeritenses. Incluso aunque la mayoría de ellos no supiera que para garantizar la seguridad de sus cuellos había sido necesaria la intervención divina. Wulfila y Galieno parecían entusiasmados a pesar de todo; Issa, en un discreto aparte que me hizo reír a carcajadas, me confesó con una sonrisa traviesa que él hubiera preferido poder contemplar los blancos culos de las monjas que aguantar la perorata del obispo.

El recorrido del rey finalizó a las puertas del palacio episcopal, las mismas frente a las que habíamos estado a punto de morir la noche anterior. Los muchachos no pudieron acceder a las cercanías, pues allí se acumulaban los principales de la ciudad y el clero: aquellos por los que habíamos vertido nuestra sangre en los gastados adoquines. El obispo Antonius, con gran pompa, recibió a Teodorico entre los vítores de sus acólitos; el rey, para demostrar su sumisión al poder divino que el prelado representaba en la ciudad, acudió a él

luciendo un magnífico crucifijo de oro macizo sobre su reluciente cota de malla. Tras un breve discurso —el calificativo hizo que Issa pusiera los ojos en blanco—, el religioso y el monarca departieron en público durante largo rato, y por último accedieron juntos al interior del vasto edificio. Según palabras de Galieno, este gesto pareció tranquilizar al fin a los vecinos, que durante el trayecto de vuelta ya poblaban animadamente las calles.

Para mi disgusto, los muchachos nos transmitieron que esa tarde no podríamos acceder al palacio episcopal, donde se encontraban Salla y Marco, ya que las negociaciones entre el rey y el obispo en el mismo edificio hacían que el paso estuviera vedado para cualquiera que no perteneciera a la comitiva de alguno de los dos influyentes personajes. Al menos, los chicos pudieron enterarse por boca de Zenón de que se encontraban conscientes y recuperándose según lo previsto. En el caso de Marco, tal y como me había aventurado yo a diagnosticar, se trataba de una fractura de la clavícula, por lo que suponíamos que en poco tiempo podría estar de vuelta en el campamento para descansar entre nosotros. Visto el panorama, y que no me apetecía unirme al jolgorio y el tumulto de la ciudad, decidimos emborracharnos tranquilamente en el campamento mientras recordábamos ruidosamente las hazañas de la noche anterior. De pronto reparé en algo en lo que no había vuelto a pensar.

—Wulfila, ¿y la belleza que nos entregaron en la casa? ¿Qué has hecho con ella, rufián?

Sin poder evitar que el rubor ascendiera a sus mejillas, el joven respondió:

—La entregué a Zenón, para que cuidara de Salla en casa del obispo durante su convalecencia.

La estruendosa carcajada de Ibbas fue coreada por el resto de nosotros.

—No preferirás a los muchachos, ¿eh, Wulf? —preguntó, achispado, el gigantesco godo—. Porque si es así, recuérdame que siempre te sitúe en la primera fila.

—No le hables así al chico, Ibbas; ya me hubiera gustado a mí que mis amigos de juventud hubieran tenido esos detalles conmigo. Pero, por desgracia, eran más tradicionales...

Las mofas subieron de tono durante un rato; luego, para alivio de Wulfilá, el vino y el cansancio terminaron por hacer mella en nosotros, y finalmente caímos dormidos, acurrucados junto a la lumbre.

CAPÍTULO XIII

Al día siguiente despertamos temprano, con la cabeza aún algo embotada. Nos preparamos con calma y nos dirigimos a la ciudad para visitar a nuestros compañeros convalecientes en la residencia del obispo. Tuvimos que dejar atrás a Ibbas, a pesar de sus quejas, ya que su pierna herida tardaría todavía varios días –si no semanas– en poder soportar su peso y servirle de apoyo.

Entramos en la ciudad por la puerta del río, dejando atrás el vetusto y deteriorado puente sobre el *Annas*, y ascendimos por el antiguo *Decumanus maximus*, una de las principales arterias de la ciudad. A pesar de todo, tuve la extraña impresión de que el ancho de su trazado había disminuido respecto a las primeras veces que la recorriera en mi lejana infancia. Quizás se debía a que los propietarios habían comenzado a ampliar sus viviendas arañando el espacio que habían podido a la vía pública, alterando levemente la planificación original para su propio beneficio, o tal vez era una impresión subjetiva, debida simplemente a la diferencia de percepción entre los ojos maravillados de un niño y los del viejo que ya ha visto demasiado. En todo caso, su amplitud todavía contrastaba con la de las estrechas calles que se abrían hacia ambos lados desde la vía principal.

Caminamos en compañía de vecinos y soldados, cada cual atento a lo suyo, hasta que la amplia vía desembocó en el antiguo foro de la ciudad, que aún se encontraba en uso. Multitud de personas charlaban en grupos en sus alrededores; incluso, algunos degustaban algo de comer en las tabernas cercanas, aunque observaban con innegable recelo al elevado número de guerreros godos que paseábamos por la ciudad. La escena me hizo recordar a Aspasia y a nuestra taberna, una vida que en ese momento me parecía muy lejana y absolutamente ajena a nuestra rutina de los últimos tiempos. Una punzada de añoranza removi6 mi interior. ¿Qué estaría sucediendo allá en *Lucus*? ¿Habría cambiado o no la vida de sus ciudadanos dentro de aquellas gigantescas murallas? ¿Qué habría pasado con los habitantes suevos de los alrededores, como aquel tipo desdentado con el que habíamos tenido tantos problemas? ¿Habrían aceptado el dominio godo, o habrían perecido en alguna

de las batallas? Mis preguntas no encontrarían respuesta hasta que no regresáramos; a veces, me sorprendía pensando que no deberíamos haberla abandonado. Una nueva y preocupante incógnita rondó mi mente: ¿Qué habría pasado con Agriwulf? ¿Se habría limitado a vencer la resistencia sueva, o habría intentado ocupar el nicho que estos habían dejado al frente de los hispanorromanos de *Gallaecia*? Agobiado por tantos interrogantes, me propuse volver a la sencilla vida del soldado, en la que no es necesario pensar, sino solo obedecer y actuar. Una vida simple, aunque muchas veces mortal.

–Dicen que el foro de Roma es mucho mayor –afirmaba Wulfila sin dejar de admirar cada ángulo del lugar, entretenido en tratar de retener cada conversación que escuchaba.

–¿Quién lo dice? ¿Salla?

–Eso es imposible –replicó Galieno, plenamente convencido–. No puede haber nada más grande que esto.

–Mi abuelo decía que en *Treveris* todo era grandioso, y que pocas ciudades podían comparársele. Me pregunto qué hubiera pensado de ver esto –dijo Issa.

–Pensaría que somos unos palurdos y que estamos perdiendo el tiempo –corté yo sus divagaciones–. Venga, moveos, que hoy hemos venido a ver a nuestros amigos y no a parecer estúpidos tratantes de arte, admirando cada capitel.

Dejamos atrás el lugar. Me limité a seguir los pasos de los jóvenes, que avanzaban en cabeza, pues mis recuerdos sobre las callejuelas que habíamos recorrido la noche del ataque eran confusos, y los chicos habían tenido la oportunidad de repetir el camino el día anterior. Paseé la vista por los adoquines y las fachadas; sin duda, *Emerita* conservaba cierto vigor en su decadencia, desconocido en otras grandes urbes de *Hispania*. Pese a que las sucesivas invasiones habían mermado sus infraestructuras, y a que muchos de sus habitantes debían de haberla abandonado para establecerse en otros lugares, esperando escapar así de la molesta atención de cada nuevo pueblo que rondaba por los alrededores, la urbe seguía destacando poderosamente en medio del caótico velo que parecía cubrir gran parte de la diócesis. A mi entender, tan solo *Corduba* podía comparársele, y ni siquiera de eso estaba

completamente seguro. El resto de ciudades, pese a ser el centro de la vida de los extensos terrenos agrícolas que conformaban sus territorios, iban languideciendo poco a poco, dejándose ir como las hojas de un castaño en el mes de noviembre.

Para mi sorpresa, el palacio del obispo no se encontraba en los alrededores del propio foro, ni tampoco en el extremo nordeste de la ciudad, donde se alzaban la mayoría de edificios públicos que habían maravillado a mis benefactores vándalos en su momento, y de los que algún recuerdo vago guardaba enterrado en el fondo de mi mente. Ya habría tiempo de visitar el bello anfiteatro, y el antiguo y grandioso teatro que tanto me gustaran de niño. Aquellas imágenes despertaron en mi alma una sensación agrídulce, como si se anudaran en mi estómago y apretaran mi corazón.

Pocos recuerdos guardo de mi infancia, y menos aún de antes de la muerte de mis padres. Pero si alguno destaca sobre el resto es la imagen del gran teatro de esta ciudad. Recuerdo escaparme de la mano de mi madre para admirar maravillado cada uno de los mármoles que lo embellecían; me fascinaba observar reverencialmente a la seria dama tallada en piedra que me escrutaba desde lo alto del escenario. Nunca había contado semejantes cosas a Salla, a pesar de su insistencia, pues eran recuerdos que trataba de olvidar, de enterrar como si nunca hubieran tenido lugar. La memoria que era capaz de revivir comenzaba en el instante en que conocí a Iselda, la adusta madre de Anderico, que representaba la primera piedra firme sobre la que sustentar mi pasado. A pesar de eso, reconozco que me incomodaba –casi me avergonzaba– no ser capaz de recordar apenas a mis verdaderos padres, y mi vida con ellos. Solo guardo la impresión vaga de haber sido feliz, de haberme sentido seguro. Y luego, de repente, la dureza de enfrentarme a los verdaderos rigores del mundo en el que nos ha tocado vivir, que rompió de golpe mis sueños, e impregnó los recuerdos felices de un insoportable sabor amargo que me hizo enterrarlos en un pozo profundo que, aún a mis años, no me atrevía a explorar.

Perdido en mis cavilaciones, tardé un buen rato en darme cuenta de que, aunque avanzábamos por calles más estrechas, estábamos volviendo hacia el río, hacia la muralla que habíamos traspasado tan solo unos minutos antes. Deseché protestar, porque mientras los maravillados muchachos hablaban

entre ellos sobre cada uno de los lugares que conocían, yo necesitaba ese instante de tranquilidad para reconciliarme a cada paso con las sensaciones de mi vida pasada, para poner en orden mis propios recuerdos.

Tras muchas vueltas –no sé si fruto de que los muchachos habían llegado a extraviarse, o bien porque deseaban deambular con tranquilidad admirando cada rincón de la urbe antes de llegar a nuestro destino–, desembocamos por fin frente al palacio del obispo.

Las calles adyacentes ya empezaban a recordarme la desesperada defensa de la noche del ataque. Cuando llegamos al edificio, comprobé que las huellas del feroz combate que a punto estuvo de acabar con Salla, y en el que el valiente Roderico había perdido la vida, eran claramente visibles a la luz del día. Ya en el campamento, nos habían llegado noticias de que otro de los pequeños grupos que nos habíamos visto obligados a destacar en los alrededores se había llevado la peor parte. Se trataba de uno de los más cercanos a nuestra posición, que, como ya sospechábamos desde que la primera flecha se clavó en el portón sobre nuestras cabezas, había sido superado por el grupo de suevos que nos había atacado después a nosotros. Solo dos de los diez guerreros habían sobrevivido, y se encontraban entre los heridos.

Sobreponiéndome a la cháchara de los jóvenes, que parloteaban sin cesar, aporreé pesadamente la puerta de roble, astillada en varios lugares por el impacto de las flechas que tanto daño nos hicieran. Al oír los golpes sobre el portalón, los chicos parecieron despertar al fin de su hechizo, e inmediatamente Wulfila, quizás temeroso de que volviera a zarandear a Zenón –o incluso algo peor–, y que provocara que nos prohibieran el paso, me echó a un lado suave pero firmemente para ocupar él mismo el lugar frente a la puerta.

–Creo que es mejor que hable yo, Attax –me dijo, tratando de que no me molestara su intromisión.

–Tienes razón, Wulf; me olvidaba de que tú sabes tratar mejor con los hombres.

Nos hicieron esperar un momento, pero finalmente un tipo calvo y ojoso abrió la puerta lentamente, torciendo el gesto al ver las pintas que traíamos.

Pese a lo que pudiera pensar, nos habíamos esmerado en acicalarnos todo lo posible para la ocasión, por lo que me tomé bastante mal su descortés examen.

Por boca de Wulfila, que se expresaba muy amablemente y en un perfecto latín, solicitamos ver a los heridos. Tras aguardar un instante en que el tipo se perdió para buscar a alguno de sus superiores, o al menos a alguien que quisiera devolvernos la palabra, apareció en la puerta Zenón en persona.

–Amigos, que bien que hayáis venido –nos recibió con una franca sonrisa–. Justamente estaba charlando con Salla y Marco; tienen ganas de veros. Pasad, por favor. –Se hizo a un lado para que pudiéramos entrar al edificio.

–Es la primera vez que te veo sin capucha, Zenón –lo saludé con ironía al pasar a su lado–. Se te ve mejor con ella...

Tras propinarme un discreto codazo en las costillas, Wulf volvió a tomar a palabra, dejándome en segundo plano.

–¿Cómo siguen nuestros heridos, Zenón? ¿Cuáles son las impresiones de vuestro afamado físico?

El hispano nos dedicó una expresión contrita y comenzó a parlotear sin parar.

–Gracias al Señor, ninguna herida es muy grave, como ya habíamos supuesto, y la providencia quiso que Nepotiano se encontrara en ese momento disponible –me pareció ver cómo el religioso me miraba, nervioso, un instante–. Marco podrá volver con vosotros en unos días, siempre que me prometáis que podrá descansar.

–Cuenta con ello. No creo que por el momento sea necesario su concurso para ninguna aventura –respondió Wulf, aliviado–. ¿Y qué nos puedes decir de Salla, Zenón?

–La herida de Salla es un poco más delicada –comenzó a explicar lentamente–. Creemos que su vida no corre peligro, ya que según Nepotiano, el físico, el muchacho debe de estar bendecido por el mismísimo Dios. La hoja de la espada, al penetrar a través de su cota y entrar en la carne, chocó con sus costillas. Esto lo salvó de que el acero llegara a dañar alguno de sus órganos internos; en ese caso, el golpe hubiera sido mortal –paró el relato para persignarse como hicieran los de su credo y dio gracias a la niña mártir

antes de continuar—. Las costillas desviaron el golpe, pero al menos dos de ellas están rotas debido al impacto, y ha perdido mucha sangre.

—En fin, demos gracias a Dios porque el golpe no haya resultado mortal —lo interrumpió Wulfila muy serio.

—Me alegra que digas eso, hijo —dijo Zenón, complacido por su devoción—. Deberá permanecer un tiempo con nosotros para que Nepotiano pueda controlar sus constantes, y vigilar su herida para que no haya complicaciones. Una vez acabado ese plazo podría regresar con vosotros, pero el mismo obispo hablará con vuestro rey, si fuera necesario, para que dispense a tan bravo joven de la lucha hasta que esté plenamente recuperado.

—Salla es joven y fuerte, Zenón; se recuperará mucho antes de lo que todos esperamos, ya verás —afirmó Galieno, siempre optimista.

Me acerqué a Zenón y le di una palmada en el hombro.

—Has tenido suerte, cura; si Salla hubiera muerto por tu culpa, te aseguro que no habrías tardado demasiado en seguirle. —Wulfila me miró, horrorizado por mi descortés amenaza. Sin embargo, Zenón me respondió con una sonrisa.

—Pues me parece que habrías tenido que pelear con su padre para alcanzarme el primero. —Así que el noble Akhila también se había despachado a gusto durante su visita—. Seguidme —continuó Zenón—. Y, por favor, no canséis al joven, y evitad que se mueva en su lecho. Nepotiano cosió sus heridas la misma noche de la lucha, pero aún están frescas, así que debe permanecer inmóvil para favorecer su cicatrización.

—Pues no sé para qué le has cedido a la chica para que le atienda, si el pobre no puede moverse —bromeé con Wulfila.

Seguimos al hispano por la gran *domus* repleta de sirvientes y guardias. Pese a las negociaciones con Teodorico y el favor de Santa Eulalia, el obispo no renunciaba a algo de protección terrenal, no fuera que su nuevo aliado resultara ser al final un inquilino molesto; me pregunté dónde habrían estado la noche anterior. También nos cruzamos con algunos hombres vestidos con ricas telas, que debían de ser los notables de la ciudad que seguían debatiendo con Antonius los siguientes pasos a dar para proteger sus patrimonios (y, si eran como cualquier otra élite que hubiera conocido, en último caso también a sus vecinos).

Al final llegamos a una pequeña sala decorada con mosaicos muy sobrios de formas geométricas y sin pinturas en las paredes –nada de coloridas escenas de sexo, como las que abundaban en otros lugares que tanto me gustaban–, donde nuestros amigos se encontraban descansando sobre dos mullidos camastros.

La mirada de los chicos se iluminó al vernos. Tenían buen aspecto –dadas las circunstancias–, y sin duda se encontraban bien atendidos. En ese instante, daban buena cuenta del contenido de sendos cuencos humeantes que olían de maravilla. Marco sorbía sin prisa; la muchacha de la noche anterior, de pie junto al lecho de Salla, con la mirada fija en el suelo, sujetaba el otro de los cuencos. Ya sin enemigos a los que atender, la observé con calma. Como había intuido la noche anterior, era una auténtica belleza. Con el negro cabello, brillante y largo, cayendo en cascada sobre su espalda y con la piel muy blanca en contraste, tenía –aunque tratara de ocultarlos– unos enormes y tristes ojos oscuros que atraían la atención de cualquiera que estuviera frente a ella. Aunque parecía muy joven, la expresión de aquellos ojos revelaba una vida intensa y desgraciada, aunque su hermoso cuerpo no lo reflejara.

Traté de quitarme a la chica de la cabeza para concentrarme en los muchachos.

– Tienes buena cara, chico –comencé por Salla–. Ibbas está orgulloso de ti: eres aún más duro que él mismo. –Tomé una de sus manos, pero el gesto de súplica del chico me hizo soltarla de nuevo con cuidado–. Por lo que veo, te tratan bien –dije guiñando un ojo a la muchacha, que esperaba pacientemente con la cuchara preparada una indicación del godo.

–No me puedo quejar –respondió él con un hilo de voz, tratando de sonreír sin apenas conseguirlo.

Mientras Wulfila se volcaba en su amigo, me acerqué a Marco y alboroté su castaña cabellera. Al chico debían de haberlo lavado a conciencia, porque lucía suelta y brillante, como cuando estábamos en *Lucus*.

–Me alegro de que estés bien, Marco. ¿Te duele mucho?

–Duele horrores, pero curará.

Resoplé, consciente de que lo que le iba a decir no era lo que él esperaba, pero lo hacía por su propio bien, y en última instancia por el mío propio.

–Sé que ahora mismo debería limitarme a alegrarme porque estás bien. Y lo estoy, créeme; más que si hubiera sido mi propia vida la que estaba en juego. Pero prométeme que nunca volverás a actuar como la otra noche. Nunca pierdas la concentración, nunca sueltes tu escudo y nunca bajes la guardia, pase lo que pase a tu alrededor. ¿De acuerdo, chico?

Con la mirada perdida en el humeante cuenco que reposaba en la mesa tan solo acertó a decir:

–Roderico ha muerto. ¿Verdad?

–Sí, pero no te apenes por ello. Ha tenido el final de un gran guerrero, con la espada en la mano y llevándose por delante cuantos enemigos pudo.

–Lo siento, Attax. No sé qué fue lo que pasó por mi cabeza.

–Yo sí lo sé. Pensaste en salvar a Roderico y te olvidaste del resto. Es una actitud loable, Marco, pero necia. Tu lugar en el muro de escudos te obliga a ocupar tu posición para no fallar a todos tus compañeros, no solo a Roderico.

–Marco aguantaba mi larga parrafada mirando hacia el infinito–. Él lo sabía, y no pidió ayuda a nadie, solo trató de incorporarse lo antes posible para volver a ocupar su lugar. Tenlo siempre presente.

Me pareció que el muchacho ya lo había entendido. De nada valía seguir hablando del tema, salvo para dar gracias, cada uno a sus dioses, por la vida del muchacho, y rezar unas oraciones por el alma de Roderico. Pese a sus quejas, lo abracé lo mejor que pude, tratando de evitar el aparatoso vendaje.

En cuanto me aparté, Galieno ocupó mi lugar. Para mi sorpresa, me pareció que a Issa le costaba apartar la mirada de la muchacha para saludar a Marco. Parecía aún más impresionado con la joven que el propio Galieno, nuestro joven conquistador. Di unos pasos hacia la puerta, donde me encontré a Zenón, de brazos cruzados, mirando la escena con ojos curiosos.

–Feliz reencuentro el que hemos tenido, y feliz encuentro el que han celebrado vuestro rey y nuestro señor obispo, gracias a la intercesión de Santa Eulalia. Se ha decidido erigir una nueva basílica en su memoria, loado sea Dios.

–Teodorico no es mi rey. Yo no soy godo, ¿lo recuerdas? –mi seca respuesta lo hizo encogerse, como si temiera que lo golpeará de nuevo. Suspiré, y me propuse intentar controlar mi mal genio con el religioso–. Soy alano, Zenón. Y no como curas, por si alguna vez te lo has preguntado.

Mi origen despertó la curiosidad del joven religioso.

–¿Alano? ¿Qué edad tienes, Attax? ¿Cuánto tiempo llevas en *Hispania*? ¿Sabías que tu pueblo estuvo en esta ciudad durante años?

–Yo mismo pasé parte de mi infancia aquí. Incluso es probable que naciera en *Emerita*, hace ya muchos años –eso es algo que nunca sabré con certeza, pues todos aquellos que hubieran podido confirmarlo habían muerto hacía años. Miré mis brazos todavía fuertes y fibrosos y corregí–: Bueno, no tantos.

–Así que viviste aquí, junto a tu pueblo, en los primeros años del siglo... – me miró pensativo–. Creía que los alanos habían partido hacia *Africa* con los vándalos de Genserico, o al menos es lo que siempre me ha dicho el obispo Antonius. Y, ahora que lo pienso, ¿no te llamas igual que el último rey de tu pueblo? Attax, ¿o era Addax?... No lo recuerdo. Tendré que preguntar al obispo –sonrió–. Él también era un chaval en aquella época; quizás hayáis coincidido en alguna ocasión.

–No lo creo –sonreí a mi vez–. Y sí, comparto nombre con el último rey alano en *Hispania*. Pero esa es una larga historia, y preferiría contártela con calma y algo de vino delante; si no, se me seca la garganta.

Tal y como había dicho el hispano, el último rey de mi pueblo se llamaba como yo, o tal vez sería mejor expresarlo al revés. Alguien podría pensar románticamente que descendía directamente de él –reconozco que en algunas ocasiones, en mi juventud, llegué a aprovechar tan increíble historia para despertar el interés de alguna crédula muchacha–, pero nada más lejos de la realidad. Mi nombre –que más bien sería mi apodo– me había sido impuesto por Fariban, el bravo guerrero que me llevara hasta el norte tras la muerte de mi familia, a mendigar la protección vándala junto a los restos de nuestro abatido pueblo.

Por mucho que Fariban me preguntara mi nombre, yo nunca se lo dije –no estoy seguro de haber pronunciado más de una decena de palabras en todo el trayecto que recorrimos juntos–, y después de tantos años ni siquiera yo lo recuerdo. Mi nuevo protector me impuso el nombre de Attax para poder referirse a mí, en honor al difunto rey. Él mismo había formado parte de su guardia personal. Durante el largo camino, que nos llevó desde la soleada *Baetica* hasta la fría y húmeda *Gallaecia*, tuve que ser una compañía horrible: callado, abstraído, lloroso, triste. Nunca, en toda mi vida, me he vuelto a

sentir tan terriblemente desamparado. Fueron días duros, y más para un chiquillo de apenas cinco años, que acababa de perder bajo el filo de la espada a todos aquellos que en algún momento le habían demostrado amor. El penoso camino hacia el norte fue una primera muestra de lo que sería mi vida. En ese momento, mi alma de niño no había tenido tiempo de forjar las recias defensas que, con el paso de los años, ya pocos sufrimientos eran capaces de penetrar. Aunque la noche anterior, cuando vi a Marco herido, empecé a entender que su muerte hubiera sido capaz de derretirlas como una llama funde el hielo. Volver a querer a alguien me hacía sentir a la vez feliz y vulnerable. Y no me gustaba esa sensación.

Volví a sumirme en los recuerdos de mi pasado. Partimos de la *Baetica* escondiéndonos como si fuéramos leprosos, evitando siempre el contacto con cualquier otra persona –hispanos, godos, o soldados del imperio– por temor a que acabaran con nosotros. Como almas en pena, andábamos de noche y descansábamos unas pocas horas durante el día, aunque lo cierto es que cuando las pesadillas que llenaban mi inquieto descanso me hacían abrir los ojos, asustado y sudoroso, siempre encontraba frente a mí a Fariban, bien despierto y dispuesto a arrojarme de nuevo en la piel de la oveja que él mismo había desollado y preparado para que yo tuviera algo con que combatir el frío.

Durante el largo y penoso trayecto, en más de una ocasión tuvo que emplear su acero para resguardarnos de bandidos y lugareños. Desde luego, su lugar de privilegio entre los hombres del rey no había sido una casualidad: recuerdo sus movimientos elegantes, gráciles, rápidos, certeros, como una suerte de danza mortal. Frente a él, sus oponentes parecían torpes a mis ojos. Yo lo observaba, admirado; deseaba llegar a ser como él. Nunca he llegado a conseguirlo. Aunque no me tengo por un mal luchador, no creo que verme pelear resulte un bonito espectáculo. Pero no tardé en aprender que el verdadero fin es mantenerse con vida, y para eso, hasta ahora, me ha bastado con mi habilidad.

Mi recuerdo no acaba en la larga hoja de su espada, sino en su brillante cuchillo largo, que fue la primera arma que poseí, y que esgrimí con escasa gracia. Conservé ese puñal durante años, como si se tratara de un tesoro. Tenía el mango de hueso tallado y la hoja ligeramente curva, brillante y bien afilada.

Pese a su apariencia delicada, era un arma mortal. Llegué a blandirla en algunas ocasiones, con más pena que gloria –no en vano, era apenas un mocoso que no levantaba cuatro pies del suelo–, pero lo cierto es que sobrevivimos. Y durante el largo camino, comenzó a forjarse una coraza alrededor de mi corazón, que me ayudó a ser capaz de afrontar cada nuevo día. Construí nuevas certezas: enterré el cariño, la piedad y la esperanza, y me insensibilicé ante el dolor, propio y ajeno. Imité la actitud impasible de Fariban, que imaginaba cercana a la paz. La perspectiva de los años me permitió entender el callado sufrimiento de aquel hombre. Muchas noches en las que, acurrucado en mi vellón de oveja, lo observaba en silencio haciéndome el dormido, lo veía en la penumbra, recostado contra algún tronco, jugueteando con algo entre sus dedos: una pequeña figura tallada en madera, que el guerrero podía pasar horas deslizándose entre sus dedos. No fue hasta mucho más tarde cuando comprendí que se trataba del juguete de un niño, probablemente su hijo, que debía de haber hallado la muerte junto a mis padres y el grueso de nuestro pueblo.

Con cinco años y habiéndolo perdido todo, solo encontré un recurso para sobreponerme: olvidar. Enterrar en mi memoria mi vida en *Emerita*, mi nombre, el rostro de mi madre, la voz de mi padre. Todo. Incluso la seria figura de mármol que cada tarde me escrutara al ponerse el sol desde su pedestal en el teatro de *Emerita*. Acepté que el dolor me acompañaría durante el resto de mi camino, y aprendí a acallararlo. Me miraba en el espejo de Fariban, fuerte e impasible a mis ojos. Y, poco a poco, fui levantando la cabeza.

Cuando arribamos a nuestro destino ya no estábamos solos. Durante el trayecto fuimos reuniéndonos con otros alanos como nosotros que también habían optado por unir su suerte a la de los vándalos, componiendo un grupo cada vez más numeroso, cada uno con su historia, pero todos embarcados en la misma odisea. Ancianos, mujeres, algunos niños y unos pocos guerreros. De algunos aprendí cosas que se me quedaron firmemente grabadas, ayudándome a reafirmar mi identidad, recomponiendo mi sentimiento de pertenencia a un pueblo del que ya poco quedaba, al menos dentro de las fronteras de *Hispania*. Mi memoria también guardó siempre un agradecido tributo a

Fariban, el fiero guerrero que me libró de morir, y para el que siempre habrá un lugar en mis oraciones.

La última prueba de su sacrificio la dio una vez entre los vándalos, cuando, para confirmar mis temores y afianzarme en mi nueva convicción de que mi vida sería corta y desgraciada, la situación se tornó desesperada. Pronto nos vimos envueltos en un nuevo escenario de despiadada guerra. Con tantos pueblos compartiendo el pequeño territorio de la *Gallaecia*, pugnando por repartirse las migajas de la antigua provincia, el conflicto no se hizo esperar. La lucha entre suevos y vándalos fue feroz, pero nuestro pueblo de acogida llevaba las de ganar. Llegaron a acorralar a sus enemigos en los montes Ervasios. Pero, inesperadamente, Roma decidió intervenir. El ejército de Astirius irrumpió en el escenario, decantando la balanza del lado suevo. Los guerreros vándalos y los alanos apenas pudieron contener la acometida el tiempo suficiente para que sus familias pudieran emprender una huida precipitada hacia el sur para tratar de salvar la vida.

Allí cayó Fariban, un guerrero anónimo más al que nadie salvo yo lloraría. Y vaya si lo lloré. Lo seguí con mis ojos arrasados en lágrimas mientras se perdía en pos del muro de escudos que un enorme vándalo se esforzaba en organizar. Un momento antes de incorporarse a la apretada formación, se arrodilló un instante y clavó su espada en la húmeda tierra de *Gallaecia*, reproduciendo un ritual antiguo que tantas veces he repetido antes de entrar en combate, tanto en honor a nuestros dioses como en memoria suya.

Desde mi sitio en la parte trasera de la carreta, donde unas manos firmes me sujetaban impidiendo que corriera tras Fariban con mi ridículo puñal en ristre, vi empequeñecerse cada vez más la formación, no solo por la distancia que el veloz trote de los caballos iba logrando interponer entre los guerreros y los refugiados, sino también porque nuestros hombres parecían diluirse entre las cada vez más numerosas capas escarlata que los cercaban. Lloré hasta que no pude más. Y ese día, hubiera jurado que se agotaron mis lágrimas.

El regreso a la ciudad había comenzado a despertar en mí recuerdos que creía olvidados para siempre. No estoy seguro si se debía al poder evocador de sus calles, unido a mi nueva condición, por así decirlo, de padre de familia. Desde que, de niño, recibiera tan duras lecciones, me había esforzado en evitar atarme emocionalmente a nadie. Incluso a Anderico y Gelimer, con los

que tanto había compartido, los abandoné en su momento sin demasiados miramientos para correr tras las faldas de una mujer. Pero en ese instante de mi vida me encontraba rodeado de personas a quienes quería, y lo que todavía era más importante, que también me querían. Como novedad, además, dependían de mí –o al menos, yo me sentía responsable de ellos–: Marco, Galieno, Issa, y qué decir de Aspasia. Si alguien hubiera intentado convencerme de lo mucho que la echaría de menos, me habría reído en su cara; siempre he tendido a pasarme de bravucón. Pero lo cierto es que su recuerdo me rondaba con una intensidad que no estaba dispuesto a reconocer. Nada había contado a los muchachos sobre nuestra última discusión, en la que mi bella hispana se había negado a prometer que me esperaría. Quería suponer que ella también estaba fanfarroneando, y que me extrañaría tanto como yo a ella. O más, como sería de justicia. Y llevado por aquel ánimo melancólico, en el palacio del obispo, y ante los ojos de Santa Eulalia, pronuncié una promesa. No tocaría a otra mujer en *Emerita*, si la mártir me permitía regresar con bien a *Lucus*, encontrar a Aspasia sana y salva, y que ella me perdonara. Volver a mi vida en la ciudad. Tener un hijo con mi hispana, un cachorro sano y fuerte al que regalar con el tiempo su primera espada. Ya no éramos unos críos, pero algo me decía que estábamos a tiempo. Fue una promesa sencilla, sincera, estúpida. Quizás debí escoger las palabras con más cuidado.

Antes de que mis propios pensamientos siguieran traicionándome, tenía que irme de allí. Regresar al campamento, donde Ibbas me esperaba para compartir una buena jarra de cerveza y una animada y desvergonzada charla de taberna repleta de tacos, bravatas y obscenidades. Aunque su maltrecha pierna y mi impulsiva promesa nos mantendrían alejados de esos placeres durante un tiempo, hablar siempre venía bien. No me podía, o mejor dicho, no me quería ir solo, por lo que decidí cambiar de tema y empezar a pensar de una manera más práctica sobre nuestra estancia en la ciudad.

–¿Cuál será la situación a partir de ahora en la ciudad, Zenón? Con Salla aquí recluido hemos perdido nuestro contacto con las altas esferas, si puede llamarse así. Pero alguien tan importante como tú, que has sido la voz y los ojos del obispo durante las negociaciones, debe de tener alguna noticia sobre lo que nos deparará el futuro.

Mis zalamerías surtieron efecto inmediato. Aunque no lo confesara, Zenón era tan vanidoso como cualquiera. A todos nos gusta que nos halaguen, hasta a aquellos que lo niegan. Me respondió con prontitud, muy ufano.

–Vuestro rey... –me miró y corrigió rápidamente–: El rey Teodorico ha aceptado el ofrecimiento del bendito Antonius, y se establecerá en la ciudad para pasar lo más duro del invierno.

–¿Eso nos incluye también a nosotros? –pregunté, temeroso de tener que pasar largas semanas entre aquellos muros poblados de tristes recuerdos–. Pues más os vale que tengáis unas buenas reservas de comida, porque tendréis unas cuantas bocas más que alimentar.

–Dios proveerá, Attax; ya encontraremos la manera de arreglarlo. Aunque supongo que vosotros, que os quedaréis extramuros, también podréis adquirir, por así llamarlo, parte de vuestra dieta.

–Así que nosotros nos quedaremos extramuros mientras vosotros estáis aquí, calentitos y a resguardo.

–Si quieres, puedo hablar con el obispo para que vuestros nombres sean incluidos en la guarnición que mantendrá el orden en la ciudad. No es ninguna molestia, y así podréis estar más cerca de Salla y de Marco, si es lo que queréis.

–Déjalo, Zenón; prefiero poder andar a mis anchas y no cumplir órdenes salvo cuando sea estrictamente necesario. Pero sí te pido que nos asegures que podremos acceder a los muchachos cuando lo deseemos.

–Cuenta con ello. Pero te advierto que la casa del Señor está disponible desde muy temprano en la mañana, pero también permanece cerrada desde que cae la tarde.

–Descuida, en cuanto anochezca nos iremos a alguna ruidosa taberna a coleccionar nuevos pecados que venir a expiar aquí al día siguiente.

–Así que, pese a vanagloriarte de ser pagano, sabes de nuestra religión.

–Debe de ser culpa de esos dos que ves en los camastros, que no paran de hablar de ese tipo de estupideces.

El religioso comenzó a persignarse a toda prisa, mientras me dirigía una mirada severa. Quizás mi comentario había sido excesivo; visto que era nuestro único contacto en la ciudad, pensé que más nos valía tenerlo a bien.

–Descuida, que nos adaptaremos a vosotros, y no os crearemos problema alguno –dije para calmar al tipo y poder seguir con mi interrogatorio–. Y, dime, ¿qué pasará con los suevos que han sido tomados como prisioneros? ¿Serán ejecutados?

–Eso no lo sé, amigo; tan solo vuestro rey sabe cuál será su destino. Lo único que puedo decirte es que han sido llevados al antiguo circo, a las afueras de la ciudad, donde permanecen fuertemente custodiados por vuestros guerreros.

Asentí despacio. ¿Se encontraría allí Hildimiro? Lo más probable era que no, pero no estaría mal darse una vuelta por el circo para comprobarlo, y de paso mostrarles a los jóvenes algo más con lo que sorprenderse por la grandiosidad de la urbe. Más animado con la promesa de buscar a mi esquivo suevo, me volqué de lleno en la conversación de los muchachos, y pasamos un buen rato charlando hasta que el bueno de Salla, por mucho que tratara de evitarlo, comenzó a mostrar signos de evidente cansancio. No hizo falta que Zenón insistiera para que dejáramos tranquilos a los convalecientes; intercambié una mirada con Wulfila, y nos despedimos de nuestros amigos con la promesa de visitarlos de nuevo al día siguiente. Quedaban en buenas manos, como habíamos podido comprobar: Zenón había resultado ser un perfecto anfitrión, ya que los jóvenes disponían de una habitación para ellos solos, donde eran atendidos periódicamente por el físico. Además, aparte del servicio de la casa, contaban con la ayuda de la joven hispana –o al menos suponía que era hispana– que habíamos sacado de la casa del viejo suevo para todo aquello que necesitasen. Bien pensado, si hubiera sido más joven, hasta yo me hubiera cambiado por estar en su situación. Hasta al siempre comedido Issa tuve que empujarlo para sacarlo de allí, porque no parecía capaz de apartar los ojos de la muchacha.

Emprendimos el camino de regreso hacia el campamento. Pero después de escuchar las noticias de Zenón sobre los prisioneros suevos, me había picado la curiosidad, y pensé en que estaría bien acercarnos hasta los alrededores del circo. Así los chicos tendrían algo nuevo sobre lo que hablar. Además, tras la relajada charla que habíamos compartido, me sentía más tranquilo, y bien dispuesto a afrontar un paseo por los recuerdos que afloraban en mi mente. La cerveza podía esperar.

—¿Qué os parece una visita por la zona noble de la ciudad antes de regresar al campamento? Aún es temprano, tenemos tiempo de sobra.

Los muchachos, sorprendidos por mi repentino interés en la ciudad y sus rincones, aceptaron rápidamente mi propuesta. Regresamos con paso rápido hacia el foro, por las mismas o similares callejuelas por las que habíamos accedido hasta la casa del obispo. En la mayoría de las zonas, las piedras que se adivinaban bajo nuestros pasos apenas eran visibles por la gran cantidad de barro que se acumulaba debido al húmedo y gélido clima que nos había recibido desde que llegáramos a la ciudad. Una vez en los alrededores, fui recordando el camino que llevaba hasta los edificios de esparcimiento de mi infancia, aquellos que por otro lado apenas fueron utilizados, ni tan siquiera tenidos en cuenta, por los adultos de mi pueblo, más habituados a la fría y dura estepa que a las comodidades que podía ofrecer una ciudad como *Emerita*. Caminamos tranquilamente con el sol aún en el cielo, dejando atrás las vetustas casonas que habían pertenecido a lo más florido de la sociedad emeritense, y que en esos tiempos parecían conservarse en bastante peor estado que en mi niñez, cuando representaban el mismo centro de la ciudad. El abandono de las antiguas prácticas religiosas y el ascenso del cristianismo y su continuo juicio moral, habían hecho que actividades hasta hacía poco más de un siglo habituales para los ciudadanos, con el paso de los años fueran tildadas de pecaminosas e incluso profanas, por lo que el circo, y hasta el mismo teatro, habían caído en desuso. Aun así, por lo que pude averiguar, si bien en otras urbes hispanas ese tipo de espacios públicos dedicados al ocio habían sido cerrados y abandonados tiempo atrás, en *Emerita* algunos de ellos todavía se utilizaban en ocasiones excepcionales, aunque cada vez menos a menudo. Por este motivo, el que otrora fuera el lugar residencial más exclusivo de la ciudad, situado a los pies de los principales edificios públicos de la urbe con excepción del foro, había sufrido la misma suerte que aquellos y había comenzado hacía años un declive sin retorno, en favor de otros barrios más alejados. Pese al aspecto ruinoso de algunas de las casas, para mí seguía siendo la zona más bonita de la ciudad, y sin duda la que más recuerdos traía a mi cabeza. Tal vez incluso el aspecto de abandono le daba a la estampa un aire de nostalgia que acentuaba aún más lo que significaba para mí.

Caminamos, mientras iba mirando sobre nuestras cabezas en busca del antiguo acueducto que cubría parte de las necesidades de agua de la ciudad para no perderme entre las calles, consciente de que si el trazado continuaba como cuando yo era pequeño, la cisterna del acueducto era una buena referencia para llegar a nuestro destino. Y así, siguiendo su contorno, fácil de distinguir sobre los tejados, desembocamos donde pretendía. Ya el mero espectáculo del acueducto impresionó a Wulfila, Issa y Galieno, que nunca habían visto uno de semejantes dimensiones. Pero su expresión de asombro fue incluso más acusada en cuanto el edificio del anfiteatro se proyectó frente a nosotros. Probablemente no sería el mayor de *Hispania* –ese sería el típico dato que preguntaría Salla–, pero para mí traía recuerdos de una época de mi vida que creía no solo perdida, sino también bien enterrada dentro de mí, hacía ya muchos años.

El edificio era majestuoso. De forma elíptica, era un estadio inmenso que, según nos contaría más tarde Zenón, podía albergar a unos quince mil espectadores, la mitad de la población de la urbe en ese momento. Todavía se continuaban realizando en él, aunque cada vez con menor frecuencia, las famosas carreras de *bigas* o *cuadrigas* que despertaran las pasiones de los espectadores durante generaciones. El propio Zenón comentaba, no sin cierto orgullo, que durante años los conductores de *cuadrigas* de la ciudad fueron famosos hasta en la misma Roma, paseando su pericia y el nombre de *Emerita* por todos los rincones del imperio. Aunque después de las sucesivas invasiones que había sufrido la ciudad, cada vez era más difícil ver un espectáculo en el anfiteatro, lo cierto era que no se encontraba abandonado como en otros lugares de *Hispania*. En cambio, el majestuoso edificio que se encontraba a su lado, y del que no cesaban de venir recuerdos a mi cabeza desde que pusiera el pie de nuevo en la ciudad, sí había caído en desgracia a los ojos de los emeritenses. Ya ningún niño podría corretear entre sus columnatas ni subir por sus escalones. El teatro, tachado de inmoral según palabras de un entristecido Zenón, sí había sucumbido ante la desaprobación del clero. Cuando el hispano nos lo relató, pude ver cómo Issa apretaba los puños, probablemente recordando el daño que puede hacer la intransigencia religiosa; aunque, para ser justos, también la de cualquier otro tipo. Para mi desconsuelo, ya no podría volver a mirar a aquella seria estatua y esperar a

que ella me devolviera la mirada. El edificio había sido rellenado con tierra, de manera que se asemejaba a una absurda montaña dentro de la propia ciudad, donde las ratas y otras alimañas campaban a sus anchas. Visto eso, entendía que esa zona, otrora la más selecta de la ciudad, fuera abandonándose paulatinamente a favor de otros barrios dentro del propio recinto amurallado. Observé el montículo, desconsolado, mientras mis compañeros pugnaban por asomarse al gran anfiteatro para poder ver algún atisbo de su interior. Fue en vano: el recinto estaba bien cerrado, y así permaneció durante todo el tiempo que transcurrimos en la ciudad, pese a que el propio Salla trató inútilmente de convencer a Zenón para que nos permitiera adentrarnos entre sus ancianas piedras. El recuerdo más nítido de mi niñez se había convertido en escombros. Entre ellos, solo asomaba la parte superior de la antigua grada que circundaba aquel enorme escenario desde donde las adustas estatuas parecían escrutar a los espectadores.

La tristeza que me embargó al ver la escena hizo que me olvidara de mi idea inicial de visitar el circo y tan solo deseara regresar al campamento a rumiar en silencio los recuerdos que mi mente trataba de evocar. Tampoco la hora era la más adecuada para caminar extramuros por el descampado que se había formado entre el acueducto y el circo tras el asedio de nuestras tropas. Decidí dejar que los muchachos disfrutaran un rato de las vistas del anfiteatro, y luego nos dirigimos de vuelta al campamento, atravesando de nuevo la ciudad que poco a poco iba recordando a aquella que nos abriera sus puertas pocas noches antes, ante el silencio de sus habitantes.

Los días siguientes transcurrieron sin ninguna novedad reseñable. Tras pensarlo con más calma, terminé por desechar la idea de acercarme al circo a preguntar por Hildimiro, porque entendí que sin el concurso de Ibbas o de Salla poco podría averiguar allí un simple soldado –y ni siquiera godo–, pues los guardianes se cuidarían bien de mantener fuertemente aislados a sus valiosos prisioneros. Para mi tranquilidad, pude enterarme a través de Ibbas de que no entraba en los planes del rey deshacerse rápidamente de ellos, pues antes debía reflexionar sobre qué era lo más indicado de cara al nuevo orden que pretendía establecer en la región. Me pregunté cuáles serían los planes de Teodorico: ¿abandonaría *Hispania* para regresar a su hogar en *Tolosa* una vez

cumplida su misión, como un obediente perro a la voz de su amo allá en la lejana Italia? Después de lo que había visto, el monarca distaba mucho de carecer de personalidad, y más después de ver cómo había ido repartiendo pequeñas guarniciones por donde habíamos pasado.

Tan solo eran elucubraciones de un viejo bárbaro con ganas de volver a su hogar, pero me imaginaba que en el norte, donde esperaba regresar en breve, Agriwulf, el fiero lugarteniente del rey, estaría ocupado ejecutando las órdenes de su señor, venciendo o convenciendo a la resistencia sueva que todavía se encontrara en *Gallaecia* de que el único camino posible para su supervivencia era someterse a las tropas godas acantonadas en la provincia. Cuando volviéramos, los designios de las ciudades estarían regidos por los propios hispanos y, en último término, por las tropas de Teodorico representadas por su líder Agriwulf. ¿Sería mejor esta situación que la que los hispanos soportaban desde hacía más de cuarenta años de convivencia con los suevos? A mí, al menos, así me lo parecía.

Así pues, el fin de la campaña debía de encontrarse cerca, y no solo habíamos sobrevivido, sino que además habíamos vencido. Una vez desterrados la mayoría de mis fantasmas, durante aquellos días fui realmente feliz. Ocupábamos las mañanas en vagar tranquilamente en el campamento, y por las tardes acudíamos a casa del obispo, para pasar unas buenas horas allí. En ocasiones, cuando las raciones repartidas entre los guerreros en el campamento volvieron a componerse con frecuencia de exiguos trozos de tocino e insípidas galletas de trigo, nos valíamos de cualquier excusa para emprender el camino hacia la ciudad más temprano, y aparecer a la hora del almuerzo en la *domus* del obispo, donde Zenón cordialmente hacía que prepararan algo de comer para nuestros impíos estómagos, como él los llamaba. Creo que nunca perdió la esperanza de que viéramos la luz por nuestros propios ojos y descubriéramos el poder de Cristo, y el ofrecernos algo de comer le permitía aprovechar el largo rato en que permanecíamos callados dando buena cuenta de las ricas viandas en tratar de evangelizarnos – o eso pensaba él–, contando a mi entender viejas y absurdas historias sobre sus dios. La única que hizo que despertara realmente mi interés fue aquella en la que Jesucristo convertía el agua en vino. Solo por eso, podría llegar a tener mi respeto.

Cuando ya habíamos acudido varios días seguidos allí a comer, a todos nos resultó evidente que Issa no solo ignoraba a Zenón cuando este trataba de aleccionarnos debido a su paganismo recalcitrante, unido a la pobre opinión que tenía de la religión cristiana en particular, cuya intransigencia tanto le había hecho sufrir en su corta vida; también aprovechaba el rato que permanecíamos allí para mirar furtiva y desconsoladamente a la joven hispana mientras esta se ocupaba de atender a Salla. El resto de jóvenes, aunque apreciaban su belleza, no parecían compartir los sentimientos de Issa, probablemente porque ellos no se privaban de un buen revolcón con alguna de las mozas de las tabernas que visitábamos al atardecer, mientras que el britano solo tenía ojos para la muchacha. Algún día tendría que hablar seriamente con él.

Incluso nos acordábamos del enorme cascarrabias que nos esperaba impedido en el campamento. Wulfila, según sus propias palabras aprovechando su noble porte –noble, aunque salvaje a mis ojos, y más a los de los hispanos de la casa– solía acercarse hasta la cocina del obispo, y allí coqueteaba con alguna de las sirvientas hasta que conseguía una buena porción de comida para llevar hasta el campamento. Nunca está de más tener contento el estómago de tu jefe –esta es una lección que todos los guerreros deberían aprender desde sus inicios–, y sobre todo si este es una montaña de carne de apetito difícil de aplacar. Witiza también se unía a nosotros en ocasiones, y se mostró más que dispuesto a acompañar a Wulf en sus andanzas, por lo que pronto cayeron en las redes de los godos no solo las criadas más jóvenes, que eran las preferidas del muchacho, sino también las propias cocineras, que al conocer al rubio e imponente guerrero dejaron de protestar y pasaron a competir para buscarle los mejores bocados. Vaya par de conquistadores.

CAPÍTULO XIV

Podríamos decir que fueron días felices, y con muy pocas inquietudes, ya que los muchachos día a día mostraban signos de mejoría. Marco, pasada la primera semana, trató incluso de convencernos de que ya podía acompañarnos al campamento y hacer vida entre nosotros, a lo que le respondíamos asegurándole que las heridas en los huesos eran las más traicioneras de todas y que debía guardar cama aún un tiempo. A su lado Salla sonreía con actitud cómplice cuando asediábamos así a su compañero de reposo, decididos a disfrutar de las ventajas que nos ofrecía nuestro libre acceso al palacio del obispo durante el mayor tiempo posible.

Según nos explicara Zenón, durante el mes de diciembre su comunidad celebraba el nacimiento de su dios, por lo que trataba de aprovechar el misticismo de esa época del año para intentar convencernos sobre las bondades de su religión. A mi entender lo hubiera tenido más fácil tratando de adoctrinar a alguna de las mulas del campamento, pero también era cierto que esas no habrían podido agradecerle como nosotros los deliciosos almuerzos con los que nos obsequiaba. Y más le valía al diácono, porque en alguna ocasión tanto Witiza como Wulfila supieron cómo mostrar su agradecimiento a las expertas manos que preparaban y servían la deliciosa comida en casa del obispo.

En las pocas ocasiones en las que Zenón no se esforzaba en explicarnos la lógica –para él– de su religión, y el peligro que corrían nuestras herejes almas, el diácono, alentado por Salla, nos hablaba sobre los hechos acaecidos en la ciudad y sus alrededores durante los últimos tiempos. Así me enteré de los motivos de la clausura de mi añorado teatro. Aunque el religioso se esforzaba en defender una férrea postura al respecto, alabando la decisión de los rectores de su comunidad y reprobando las conductas inmorales que allí se mostraban, por otro lado daba inequívocas señales de que le apenaba profundamente que parte de la rica historia *Emerita* quedara literalmente sepultada entre escombros. Estas sesiones hicieron las delicias de los jóvenes, sobre todo de Salla, que escuchaba atentamente con una avidez de información

que indicaba que poco a poco el joven iba sanando, dejando por fin de ser aquel pobre herido que bastante hacía con aguantar en silencio nuestras chanzas.

Junto al diácono repasamos la agitada vida que había sufrido la ciudad durante los últimos decenios. El propio Zenón, que apenas sobrepasaba la veintena, no había estado presente en gran parte de las situaciones que nos narraba, pero se había preocupado en recopilar información durante años, por medio de los recuerdos de sus vecinos y sobre todo de sus superiores dentro de su credo. El inicio de la edad oscura, como él mismo la llamaba, empezaba para Zenón incluso antes de la llegada de mi pueblo y sus eventuales aliados suevos y vándalos –adiós a mi sobrenombre de Leviatán...-. Aunque algunos de los nombres comenzaban a resultarme familiares, incluso Marco desconocía parte de lo que el hispano nos narró esos días. Según sus palabras, el fin de *Emerita* se firmó el día en que el usurpador Constantino penetrara en *Hispania* –mis padres aún debían de encontrarse en la *Galia* después de cruzar el helado *Rhennus*–, para arrebatar las provincias al legítimo emperador que se encontraba en Ravena. Este era Honorio, hijo de Teodosio, gran emperador romano que había estado muchos años al frente del imperio y que, como recalcaba con orgullo Zenón, tenía ascendencia hispana. Durante la vida de Teodosio, las provincias hispanas vivieron un período de relativa tranquilidad y prosperidad; no en vano los familiares del propio emperador vivían allí, no en Italia.

A su muerte dividió el imperio en dos partes, a repartir entre sus dos hijos, tocando Italia y el resto de provincias del oeste del *Mare Nostrum* en suerte a Honorio, y quedando el resto en manos de su otro hijo, Arcadio.

Pero sin la recia y firme mano de Teodosio, pronto comenzaron a surgir usurpadores en distintas regiones del imperio para amenazar la ilusoria paz que se respiraba dentro de las castigadas provincias. Desde la lejana *Britannia* –la mención hizo que en su momento preguntáramos a Issa sobre el tema, provocando el encogimiento de hombros del britano– un general del imperio, de nombre Constantino, se nombró a sí mismo emperador, desembarcando en la *Galia* al frente de las legiones que quedaban en la brumosa isla. El efecto en el debilitado imperio fue devastador. Al poner el pie en la *Galia*, tras unas pocas escaramuzas, esta misma se rindió al

usurpador poniéndose a su servicio y abandonando a Honorio, por lo que este perdió contacto con el resto de su imperio, incluida *Hispania*, quedando recluido en la empobrecida Italia.

El siguiente paso del usurpador fue hacerse fuerte en el continente frente a los hombres que pudiera enfrentarle el hijo de Teodosio, mientras enviaba a su hijo Constante y a uno de sus generales, Gerontius, a hacerse con el poder en las provincias hispanas, para acabar así con la amenaza de un previsible ataque desde su retaguardia. Lo cierto fue –como ya comprobarían alanos, suevos y vándalos– que no existía en la zona ningún ejército romano capaz de atajar el triunfal avance del hijo del usurpador. Tan solo desde la *Lusitania*, los familiares de Honorio, propietarios de grandes fincas en la provincia, organizaron por sus propios medios un improvisado ejército que oponer al invasor. En los alrededores de *Emerita* se libró la batalla decisiva de esta contienda, y allí los parientes de Honorio –Dídimo y Veriniano–, al frente de su ejército de esclavos, siervos y los escasos soldados que pudieron convencer, fueron derrotados por las veteranas tropas de Gerontius, reforzadas por contingentes de auxiliares bárbaros. Los dos familiares de Honorio fueron capturados y enviados a la corte de Constantino en *Arelate*, donde este había establecido su capital, y allí fueron ejecutados, y sus cabezas enviadas a Ravena. Después de aquello, las *Hispanias* asumieron el poder de Constantino, sumándose al resto de provincias que apoyaban al usurpador. Pero Constante tuvo que regresar con su padre a la *Galia*, dejando a su general al frente de la provincia.

Reconozco que a esas alturas de la narración ya me costaba recordar quién era quién, pero todavía no habíamos llegado al desenlace de su historia. Mientras el usurpador luchaba desesperadamente contra Honorio, que había formado un poderoso ejército con el que tratar de reconquistar sus perdidas provincias, Gerontius aprovechó la situación en *Hispania* para traicionarlo, y él mismo nombró un nuevo usurpador en suelo hispano. Este se llamaba Máximo, y era natural de la *Tarraconensis*.

Gerontius actuó rápidamente: dejando a Máximo en la provincia, partió con sus hombres hacia la *Galia* para eliminar en primer lugar a su antiguo señor. Pero antes tuvo tiempo para acordar con mi pueblo y los vándalos y suevos su paso a través de los Pirineos para asentarse en la diócesis y poder

disponer de sus guerreros como federados de su propio imperio. No tenía malas ideas el tal Gerontius, a mi entender; pero el destino tenía otros designios para él.

El plan de Gerontius era derrotar a Constantino y negociar una paz con Honorio hasta que pudiera enfrentarse también con este por el resto de las migajas del imperio. Y de hecho consiguió capturar a Constante y poner sitio a su padre en su corte de *Arelate*. Todo iba mejor de lo previsto para las armas de Gerontius, cuando sucedió algo que no esperaba. Un nuevo general de Honorio se presentó en *Arelate* y derrotó a Gerontius, provocando que sus soldados se pasaran a su bando, teniendo su líder que huir vergonzosamente hacia *Hispania*.

A partir de ahí dejé de escuchar al hispano, porque no podía seguir reteniendo tal cantidad de usurpadores y generales, aunque también, en honor a la verdad, porque la figura de una muchacha que corría por uno de los pasillos me sobresaltó. Hubiera asegurado que había vuelto a ver a la misma niña mártir que se nos apareciera la noche antes del ataque en el *Annas*. ¿Acaso el obispo podía llamar a la santa a su antojo, incluso sin la presencia de la niebla? ¿Acaso se había aparecido ante mis ojos para recordarme la promesa que le había realizado? Sin tener nada claro lo que había visto, callé para evitar las previsibles burlas de mis amigos.

En fin, ¿cuál era el resumen de lo que contara Zenón? Pues que en *Hispania*, despojada de tropas que pudieran llevar ese nombre, nada pudieron hacer cuando el pueblo de mis padres y sus aliados por aquel entonces atravesaron sus fronteras alentados por el propio Gerontius y el usurpador Máximo. Y a partir de ahí, ya podía explicar yo lo que había sucedido: sin Gerontius y sin tropas, cuando introduces una manada de lobos entre un rebaño de ovejas, muertos el pastor y el perro, lo que sucede a continuación, es lo que determinen los lobos.

Cuando, cansados de tanta cháchara, abandonábamos la casa del obispo al atardecer para que nuestros compañeros descansaran, en el camino de regreso hacia el campamento parábamos en cada taberna que encontráramos al paso. Para alguien tan metódico como yo en ese aspecto, lo esencial era conocer lo que las calles de *Emerita* podían ofrecer a unos guerreros pendencieros, ociosos y con los bolsillos llenos como nosotros antes de decantarnos por

nuestros establecimientos favoritos. Y doy fe de que nos costó bastante tiempo hacernos una idea de lo que la gran ciudad nos podía ofrecer. Nunca he estado en *Tarraco*, pero descarto que pueda ser mayor que *Emerita*, donde más de treinta mil almas comían, bebían, amaban, soñaban, y bastante a menudo, sufrían en sus anchas calles.

Mucho nos costó elegir entre tantas opciones, pero finalmente la favorita resultó ser aquella de la que saliera Zenón la noche del ataque. Tardé varios días en darme cuenta de la coincidencia, pero un día, la rolliza camarera que nos atendía detrás de la pequeña barra despertó en mí la curiosidad por lo familiar de su cara, y sobre todo de su porte. Mi concepción sobre Zenón mejoró bastante una vez até cabos y supe que acudía allí a menudo por boca de la propia Lucrecia, la fornida mujer que regentaba el local. En este, no solo el ambiente era sórdido y ruidoso, sino que también por unas monedas de más, podías revolcarte con alguna de las guapas y cariñosas camareras que te servían una jarra de vino tras otra hasta que caías del destartado banco donde te sentabas. ¿Qué haría Zenón llegado ese momento? me preguntaba yo entre jarra y jarra. Con mi promesa a Santa Eulalia bien presente —y mi ánimo melancólico, que colaboraba a que el sacrificio fuera asumible—, renuncié a semejantes servicios, pero el joven Galieno parecía decidido a gastar la mayor parte de su soldada en compartir su fogosidad juvenil con las camareras, y así, igual que yo probara un vino tras otro, él probaba una muchacha tras otra hasta encontrar a su preferida. Tan solo Issa, cuyo interés por el sexo opuesto parecía decaer considerablemente en cuanto nos alejábamos de la residencia del obispo y de la bella hispana, de nombre Vera, permanecía a mi lado cuando el resto se perdía accidentalmente por los pasillos de la casa, y nos poníamos a hablar como dos desengañados veteranos.

Una de esas noches, en que como otras tantas solo Issa y yo quedábamos frente a la desvencijada mesa que nos servía como lugar de reuniones, decidí abordar a la dueña para hacer algunas averiguaciones sobre nuestro benefactor en la ciudad. La siempre sonriente Lucrecia era toda una mujer; grande no solo de tamaño, sino también de corazón, era una auténtica fiera para defender lo suyo, que tanto le había costado conseguir. Según nos contó, su marido había muerto hacía ya más de quince años, durante la toma de la ciudad por parte de

los suevos. Pero en lugar de rendirse, la entonces joven Lucrecia tomó el negocio de su difunto esposo, y tiró hacia delante utilizando cualquier arma que estuvo en su mano. Había pasado momentos difíciles, pero su determinación siempre había sacado a flote el local. Yo suponía que debía de contar con algún tipo de indulgencia por parte del clero local, por la que su inmoral negocio –sin duda más profano a los ojos de los escandalizables cristianos que el clausurado teatro– se mantenía año tras año junto a la castigada muralla ofreciendo distintos placeres a los visitantes.

Aprovechando que Issa se había levantado para pedir una nueva ronda, y que Lucrecia pasaba a mi lado agitando el paño con el que de vez en cuando limpiaba la añeja barra de madera, la agarré torpemente y la senté en mis rodillas. Inmediatamente mis cansadas articulaciones hicieron que me arrepintiera de semejante alarde. No dudaba que la mujer hubiera sido una beldad en su juventud; incluso entonces era bonita, con un cabello rojizo y lustroso, y un enorme busto que hacía que más de uno deseara regalarse un buen revolcón con la dueña del local. Pero era una mujer bien entrada en carnes y de estatura considerable: calculé que podía pesar sus buenas ciento ochenta libras.

–Lucrecia, querida, ¿quieres explicarme qué hacía un tipo tan importante como Zenón en un sitio tan divertido y poco serio como este?

Trató de zafarse de mí palmeando mi mano derecha, con la que la mantenía sentada en mi regazo, sin conseguirlo.

–¿Qué tonterías dices, Attax? Los de su ascendencia no se mezclan con la morralla como nosotros.

Pasé mi otro brazo por su costado y la así fuertemente para que fuera consciente de que no tenía escapatoria, y que sus evasivas serían inútiles.

–Anda ya, Lucrecia, no te hagas la remolona. La noche del ataque te vi despedirlo en esta misma puerta mientras penetrábamos por las murallas –dije haciendo una seña con mi cabeza hacia el portón.

Sus ojos inmediatamente mostraron lo que yo suponía, el temor de que hubiera adivinado que el religioso frecuentaba el local. No conocía mucho de su credo, pero suponía que no debía de ser algo muy bien visto, al menos por las autoridades como el obispo.

–Baja la voz, bárbaro animal –me dijo en un susurro enfurecido mientras miraba hacia las mesas de los alrededores.

–¿Es que acaso ya no viene? ¿Tiene alguna queja del servicio? –insistí guiñándole un ojo, lo que provocó que me propinara una sonora cachetada.

–El santo Zenón no viene desde hace mucho tiempo. Y te aseguro que cuando lo hace solo es para cumplir las órdenes del señor obispo, no para alternar con las muchachas –me pareció que, tratando de disculpar al cura, se había metido en un berenjenal mayor.

–¿El obispo también está metido en esto? –pregunté fingiendo sorpresa–. Venga, Lucrecia, no te quieras dar tanta importancia...

Volvió a mirar a nuestro alrededor y por fin me miró nuevamente.

–Te revelaré algo si juras mantener el secreto, bárbaro pesado.

–Seré una tumba, querida –le respondí con la mano en el pecho.

Tras una nueva cachetada, aunque esta más suave, me contó por fin el secreto que albergaba el lugar.

–¿Conoces el cuarto que hay al fondo, pasado donde las chicas...? –me miró y yo negué con la cabeza. Ella alzó los ojos al techo–. Claro, es verdad, tú eres uno de esos remilgados. Seguro que tus jóvenes amigos saben de dónde hablo, no como tú, que debes tener tu vieja y bárbara verga oxidada. –Tuve que agarrarle las manos, porque la desvergonzada trató de llegar con ellas a mi entrepierna y ese era un lugar que pretendía preservar para una mejor ocasión, con otra persona y en otro lugar.

–Si te portas bien algún día dejaré que me lleves allí, pero no me tengas más en ascuas ¿qué es lo que ocurre ahí?

Miró nuevamente en derredor hasta que se convenció de que cada cual en el ruidoso salón estaba concentrado en sus propios asuntos y nadie reparaba en nuestra conversación.

–En ese cuarto está la entrada de una antigua mina que comunica con el exterior de la muralla.

Casi me atraganto con el vino que me había llevado a los labios.

–¡Claro! Así es como se las arreglaba Zenón para llegar hasta nuestro campamento durante el asedio.

Me besó rápidamente para hacerme callar, hasta que la aparté con suavidad y permití que se incorporara nuevamente.

–¿Qué crees que quiere decir que no se lo digas a nadie? ¿Que lo proclames a los cuatro vientos pero sin decírselo a nadie a la cara? –sin duda tenía razones para reprenderme, pero entre el vino y el descubrimiento, me había quedado pasmado–. ¡Cierra tu vieja y desdentada boca, maldita sea!

Le hice un gesto con mis labios para que volviera a besar mi vieja boca, y le mordisqueé el ancho cuello para que pudiera comprobar que mis dientes aún se mantenían fuertes.

–De acuerdo, ya lo he entendido. Pero no vuelvas a repetirlo, que yo no soy Galieno.

Se rio desvergonzadamente, diciendo:

–No podrías ni soñarlo, Attax: ese chico es un auténtico toro. Todas mis muchachas suspiran por él cada vez que lo ven entrar.

–¿Y nunca estuvo con tus chicas el bueno de Zenón? –pregunté, curioso, evitando darme por vencido pese a lo importante de mi descubrimiento.

Estuvo un momento pensando hasta que al fin me respondió, juguetona.

–Antes solía visitar a la pequeña Celeste. Siempre decía que quería que tan tierna y joven criatura tuviera un futuro más decente ante los ojos de Dios, no como el resto de nosotras, que ya no tenemos salvación posible.

–Él siempre tan preocupado por el alma de los pecadores.... ¿Está por aquí la muchacha? ¿Es una de las amigas de Galieno? – pregunté, curioso, con ganas de ver a la amiguita del diácono.

Hizo un gesto negativo.

–No, ya no está aquí. Zenón finalmente consiguió lo que se proponía y la joven ha encontrado acomodo en la casa del obispo. Una verdadera lástima, porque esa chiquilla era una auténtica mina de oro. Todos querían pasar un buen rato con ella; su apariencia cándida los encandilaba. Ha sido un buen negocio para Dios, pero ruinoso para mí –dijo, encogiéndose de hombros.

De repente se hizo una breve luz en mi mente que me empujó a lanzar una suposición alocada.

–¿No será una jovencita pequeña, delgada, con el cabello negro largo hasta la cintura y la piel muy blanca?

–¿La conoces, Attax? Eres una caja de sorpresas. Aunque te advierto que podría ser tu nieta...

La dejé ir y me quedé mirando como un tonto hacia la lumbre, tratando de procesar la información que acababa de adquirir. ¿Se trataba de la misma joven que había vislumbrado en casa del obispo, y que era la viva imagen de la santa? ¿Era... una prostituta? ¿Acaso había sido todo un ardid de Zenón? ¿Iba a quedar mi mayor experiencia mística reducida a la fugaz visión de una joven meretriz entre la niebla? Deseché tales pensamientos por miedo a que la santa, si de veras era tal, se enfadase conmigo por mi atrevida incredulidad. Pero, aunque me negaba obstinadamente a aceptar que mis sospechas fueran fundadas, decidí mantener los ojos bien abiertos con la esperanza de obtener más información en casa del obispo.

Fueron pasando los días, y por mucho que visitamos a Salla y Marco, y por atento que me mantuve, pendiente de cualquier movimiento furtivo que pudiera captar en nuestros cada vez más frecuentes paseos por la *domus*, no volví a tener indicios de la misteriosa joven. Era como si se hubiera desvanecido, o como si nunca la hubiera visto.

Pero, aunque mi curiosidad en ese asunto quedó insatisfecha, al menos esos días sirvieron para recabar interesantes noticias sobre lo que sucedía fuera de *Emerita* e incluso fuera de la *Lusitania*. Con el ejército aguardando ocioso a las afueras de la ciudad y la situación estable, nuestro comandante pudo por fin abandonar la concurrida corte formada por el rey y su círculo de nobles, y aderezada por los importantes terratenientes y clérigos de la ciudad, que no cejaban en su empeño de obtener promesas favorables para sus intereses de labios del monarca. Akhila acudió de nuevo al campamento para comprobar cómo se encontraba su capitán, y qué tal se desenvolvían sus hombres extramuros, y pasar varios días entre sus guerreros pareció resultar un excelente bálsamo para su ánimo. Una vez superado el inicial temor por la salud de su vástago, tanto tiempo rodeado de las envidias y manejos de los hombres cercanos al rey parecía estar a punto de acabar con la paciencia y el buen humor del noble godo. En los pocos meses que habíamos compartido desde el inicio de la campaña, la gran mata de pelo de Akhila había ido adquiriendo un tono cada vez más grisáceo, a juego con el color de su barba. De continuar la campaña durante muchos meses más, su cabello se tornaría blanco como la nieve que cubría las murallas de *Lucus* en invierno. Como él mismo dijera, aunque engastadas en joyas y finamente perfumadas, las armas

que se manejaban en la tienda del rey eran incluso más peligrosas que aquellas herramientas de matar que eran las afiladas y mortíferas espadas de la soldadesca.

Por boca del *Comes*, fuimos conociendo poco a poco los planes que rondaban en la cabeza del rey. El ejército aguardaría al nuevo año en *Emerita*, para reemprender la campaña una vez superado el periodo invernal. Definitivamente, seguiríamos hacia el sur.

En cuanto tuvo conocimiento los planes del rey, Ibbas comenzó a esforzarse el doble por reponerse de su herida. El godo pugnaba con ansia para recuperar las fuerzas en su maltrecha pierna, para asegurarse de que estaría en condiciones de volver a combatir al lado de su señor en cuanto este lo necesitara. Abandonó el catre en el que había estado postrado a lo largo de las últimas semanas, y comenzó a dar pequeños paseos por los alrededores del campamento, durante los que procuraba acompañarle siempre que me era posible. En pocos días, sus paseos lo llevaron incluso a la ciudad, y pronto estuvo en disposición de acompañarnos en nuestras visitas a su querido pupilo.

En cambio, para mí las nuevas que nos había transmitido Akhila suponían enfrentarme a una situación inesperada. Inesperada y ambigua a partes iguales. La campaña continuaría, y me llevaría hacia la *Baetica*, hacia la soleada provincia que durante años había amado. El que fuera mi hogar y el de muchos de mis amigos durante años, más de quince años atrás. Su recuerdo parecía formar parte de otra existencia. Era como si a lo largo de mi vida fuera capaz de reconocer a dos Attax diferentes: uno joven, despreocupado e impulsivo, que disfrutó en el sur de la diócesis de una vida sencilla y feliz, y que quedó atrás aquel día a orillas del *Singilis*; y otro, más reposado y sereno, que nació el día en que llegué a *Conimbriga* arrastrando mis cadenas. No podía quedarme con uno de los dos: ambos conformaban lo que era yo en ese entonces, y lo que seré hasta el día en que me reúna con mis ancestros.

Teodorico se había propuesto acabar metódicamente con cada una de las guarniciones suevas que quedaban al sur de *Gallaecia*, y eso incluía la que defendía la antigua y maltratada *Hispalis*. En ese entonces, era la ciudad más importante de la diócesis que permanecía en manos suevas. Suponía que los muchachos querrían continuar adelante y seguir disfrutando de la sensación de

invulnerabilidad que da el ser joven y verse rodeado de un ejército poderoso y, lo que es más importante aún, victorioso; pero en mi caso no tenía claro lo que realmente deseaba. Por un lado, me agradaba la idea de volver a pisar aquellos valles, y de enseñar a Marco y los muchachos aquella parte de mi pasado. Pero, por otro lado, ¿de verdad quería regresar a la *Baetica* y arriesgarme a comprobar que quizás todos aquellos a los que alguna vez había amado habían abandonado ya este mundo? ¿Qué sería de Balbo, el propietario de la finca donde trabajé? ¿Y de Silas y Sebastián, los jóvenes gemelos que me seguían a todas partes? ¿Y de la esposa de Anderico y su pequeño? ¿Qué edad tendría ya el pequeño Fulvio? Bien pensado, transcurridos dieciséis años desde la última vez en que lo viera, el pequeño Fulvio ya sería un joven como Galieno. Siempre y cuando su familia hubiera sobrevivido a la caída de su padre, claro. Me imaginaba a Fulvio como recordaba a su padre de joven: de anchas espaldas, alto y vocinglero. Y no estaba seguro de querer cambiar mis esperanzas por certezas. Todos mis recuerdos de *Hispalis* estaban llenos de luz, y no deseaba que la realidad viniera a quitarles brillo. Al final, nuestro tiempo junto a los godos se había convertido para mí en un curioso viaje por mis recuerdos: el dolor enterrado en *Emerita*, y la luminosidad del alegre sur. Y, aunque por motivos bien diferentes, ambas pruebas se me hacían difíciles de soportar.

Las noticias que llegaban desde los confines de *Hispania* y de más allá de sus fronteras, eran todavía más confusas que mis revueltos pensamientos cuando me esforzaba en discernir lo que realmente anhelaba. En *Gallaecia*, donde tras el triunfal paso del ejército, esperábamos que los hispanorromanos aplaudieran cada vez que oyeran hablar de los godos enviados por Avito, algunas voces —eso sí, casi en susurros— especulaban sobre la posibilidad de que Agriwulf hubiera traicionado a su señor, recorriendo los bosques más recónditos de la provincia en busca de guerreros que quisieran compartir su suerte en contra de los designios de su rey, sin importarle si estos eran suevos, bandidos o godos renegados. Todo vale para hacerse con el poder. Esta es una frase que siempre acompaña a los poderosos, y son contadas las excepciones a esta norma que he visto en mi vida.

Nunca me gustó Agriwulf. Alguien con esa mirada no podía considerarse de fiar. Sin embargo, esas turbias murmuraciones no se oían en el círculo de

fideles del rey. No porque sus allegados no manejaran esa información —el mismo Akhila era la prueba de lo contrario—, sino porque la mayoría pensaban que el rey nunca admitiría que uno de sus lugartenientes, y menos Agriwulf, en el que confiaba ciegamente, lo hubiera traicionado. A la luz de la luna, Ibbas proclamaba que Teodorico y su lugarteniente eran amigos desde la juventud, y que entre ellos siempre había existido una confianza que había hecho que desde jóvenes se trataran como hermanos. Cuando el enorme godo hablaba de esa manera, yo encontraba incluso más argumentos para considerar a Agriwulf culpable de cualquier delito que quisieran achacarle. Si por alguna jugarreta del destino hubiera nacido godo, habría deseado no tener hermanos.

Pese a todo, como nos contara Akhila, aunque no lo declararan abiertamente ante el rey, eran muchos los nobles que conspiraban para que a ojos del monarca su antiguo camarada cayera en desgracia. Para mi sorpresa, incluso el hermano del rey, Frederico, aun sin llegar a dar crédito abiertamente a los rumores, ofreció el concurso de su paladín, Liuva, para dirigirse hacia el norte al frente de una tropa para “apoyar” a Agriwulf en la difícil misión que se le había encomendado. Para mí que lo que pretendía el zorro de Frederico era que su mastín acabara con Agriwulf y que más tarde pudiera presentar su muerte como el fruto de una traicionera emboscada ejecutada por los recalcitrantes suevos que resistían en las montañas. Con Agriwulf eliminado, nada impediría que el leal Liuva asumiera el poder en la provincia en nombre del rey, y continuara con la tarea que este había encomendado a su predecesor. Rezaría a cualquier dios que me asegurara que Liuva no disfrutaría de las prerrogativas de Agriwulf en *Gallaecia*, porque si así fuera, nuestras vidas valdrían menos que los desperdicios de la oliva después del último prensado.

Aunque mi opinión sobre el escogido de Teodorico no fuera en absoluto favorable, Ibbas aseguraba a quien quería escucharle que los maliciosos rumores debían de tratarse de un ardid de los suevos para que el propio rey desconfiara de su lugarteniente y debilitara la posición de este en el norte. Si así era, no era un mal plan. Si por el contrario el rumor era cierto, entonces *Gallaecia*, lejos de haberse salvado con la intervención goda, se vería sumida en una nueva guerra sin cuartel entre los distintos grupos que se disputaban su dominio, al menos hasta que Teodorico se decidiera a poner orden de nuevo.

Apenas habíamos recibido noticias sobre lo sucedido en Roma desde que Teodorico y sus guerreros abandonaran *Tolosa* para internarse en *Hispania*. Las comunicaciones con la capital del reino visigodo se restringían a las ocasiones especiales, ya que la movilidad que había demostrado el ejército en campaña hacía muy difícil que los mensajeros enviados desde la *Galia* supieran de los pasos dados por el rey. Aun así, las últimas noticias de las que disponíamos no representaban grandes alegrías para los intereses de los godos y los de su rey. El emperador Avito, que siempre se había mostrado proclive a favorecer al reino de *Tolosa* –no en vano había llegado a la púrpura gracias a su apoyo– pasaba por momentos difíciles en su levantisca corte de Ravena. No había informaciones fidedignas sobre la situación en Italia. El rey solo sabía que los nobles senadores de Roma pugnaban por menoscabar día a día la ya de por sí debilitada imagen del emperador ante sus súbditos. Este, además, continuaba acosado por los vándalos de Genserico. Cuando oí el nombre del rey de mi pueblo adoptivo no pude menos que sorprenderme de que continuara dirigiendo los designios de los vándalos. Si no estaba equivocado, el soberano debía de encontrarse ya por encima de los sesenta años. Era una edad que muchos no alcanzaban, y menos aún detentando todavía el poder absoluto sobre su pueblo y, por lo que parecía, revelándose como el azote de la misma Roma.

Al comienzo del nuevo año, tanto Ibbas como Marco se habían unido ya a nuestro animado grupo en nuestras correrías por la ciudad. Antes de que el año 457, según el cómputo cristiano, comenzara tal y como finalizara el 456, con mucho frío y lluvia sobre la ciudad de *Emerita*, los cristianos celebraron su fiesta conmemorativa del nacimiento de su dios en la tierra. Como nos dijera Issa hacía ya varios meses, en esa misma fecha se celebraba también el nacimiento de Mitra en el culto que practicara su abuelo. Extraña casualidad que un dios oriental y el hijo de un carpintero judío tuvieran la misma onomástica.

Para nosotros, la celebración pasó casi desapercibida. Una ciudad tomada por un ejército extranjero, aunque en nuestro caso no hubiera sido por la fuerza, no es una ciudad donde haya tiempo para algarabías y festejos, y menos aún si los guerreros invasores que recorren tus calles con las enormes espadas colgado de sus cintos no profesan tu misma religión; aunque las diferencias

entre ambos credos fueran nimias, como pretendía hacer ver Salla a Zenón cada vez que entablaban sus aburridas conversaciones teológicas.

Una vez recuperados –al menos parcialmente– dos de nuestros heridos, el que más sufrió durante esos días que finalmente se convirtieron en semanas fue Salla. El joven godo, acostumbrado a compartir con Marco todo el tiempo que había durado la convalecencia de este, no conseguía acostumbrarse a pasar largas horas del día sin su compañía. Por las tardes continuamos con nuestra rutina de visitarlo, y su reencuentro con Ibbas fue digno de recordar, con el viejo y rudo guerrero tratando de abrazar a un Salla temeroso de que la herida que tanto había costado que cicatrizara fuera a abrirse de nuevo por la presión del abrazo de su amigo.

Las mañanas, sin embargo, se le hacían largas, aunque gracias a su habitual afabilidad el joven había trabado amistad con muchos de los habitantes de la *domus*: religiosos, siervos e incluso esclavos y algún que otro visitante ilustre que acudía a ver al señor obispo, con los que podía pasar animados ratos de charla. Y qué decir de Zenón, siempre preocupado por la salud de su invitado, y también por su alma, o al menos eso era lo que decía. Pero no era lo mismo que las horas muertas que compartiera con su amigo. Con Marco decidido a recuperar el tiempo perdido tras su convalecencia, fue Issa, siempre generoso y atento, el que se ofreció para pasar las interminables mañanas en casa del obispo haciendo compañía a Salla. Y lo que en un principio fueron las mañanas, terminaron convirtiéndose también en las tardes, incluso cuando ya nosotros abandonábamos la casa para dirigirnos a la animada taberna de Lucrecia. Con tanto tiempo compartido, entre el tímido britano y el siempre animoso Salla se fue afianzando una bonita amistad. Aunque sospecho que, aparte de su genuino interés por el bienestar de su amigo, el britano también aprovechaba las largas horas pasadas en la *domus* para estar cerca de Vera, que parecía haberle robado el corazón.

Pese a que con nosotros la muchacha siempre se había mostrado retraída y reservada, cuando por las tardes llegábamos a la habitación para unirnos a la charla, podíamos ver cómo entre los tres se iba forjando una estrecha relación que, desde mi punto de vista, solo podía acabar con uno de los dos muchachos herido. No estaba seguro de que Salla le prestara más atención a la chica de la que solía dedicar a cualquiera, pues el joven tenía un comportamiento que a la

vez constituía una virtud y un defecto: hablando a solas con él, era capaz de hacerte sentir que en ese momento no había nada más importante para él que tu persona. Así que era el enamorado Issa al que peores perspectivas vaticinaba; y no podía menos que sentir lástima por él, cuando pensaba en los sentimientos que Salla podría despertar en la muchacha. En esta tesitura, ¿elegiría ella al reservado y espigado britano, o al apuesto, noble y encantador godo, al que además había tenido que atender en sus momentos de invalidez? Esas situaciones tienden a despertar tiernos sentimientos en las mujeres –yo mismo me había aprovechado de esa circunstancia en mis comienzos con Aspasia–; así que no podía evitar asistir con preocupación a la evolución de aquella relación a tres bandas. Y aunque *Emerita*, capaz de ofrecer estupendas distracciones como la alegre taberna de Lucrecia, no me parecía mal lugar para recuperarse de un desengaño amoroso, no creía que Issa fuera de los que curaban un corazón roto con amoríos vacíos. En fin, quizás me estaba excediendo en mi paternalismo y no debía meterme en ese tipo de asuntos.

La muchacha, por lo que conseguí sonsacarle a Issa, era natural de *Turiaso*, una pequeña ciudad de la *Tarraconensis* saqueada por las tropas de Rechiario hacía ya siete años. Cuando las tropas suevas, en compañía de las bandas de bagaudas de un tipo llamado Basilio, lograron penetrar en la ciudad por medio del engaño, desatando el terror entre sus habitantes. Ni tan siquiera las más altas autoridades religiosas se salvaron de su sangriento desenfreno. Todo eso lo supe más adelante de labios de la propia muchacha, que se salvó de la muerte para ser vendida como parte del botín. De su familia nadie tuvo su suerte, por llamarla de alguna manera. Su madre y sus hermanos –mayores que ella– murieron en el mismo templo en el que el obispo fue asesinado, mientras que su padre había muerto en las calles de la ciudad, tratando de hacer frente a la oleada de invasores que cubría *Turiaso*. La pequeña, en ese entonces contaba tan solo con nueve años, por lo que supongo que se salvaría de las violaciones y demás atrocidades que perpetrar los ejércitos en esas situaciones, pero fue hecha prisionera y traída a *Emerita* por uno de los hombres importantes de Rechiario. De su vida a partir de ese entonces nunca me habló, y yo tampoco insistí. Probablemente Salla e Issa sabrían algo más sobre el asunto, pero si así era, mantuvieron el secreto.

El inicio del nuevo año trajo nuevos avances para Salla. Al fin pudo levantarse de su lecho para recorrer las habitaciones de la *domus*, y unos días más tarde comenzó incluso a aventurarse a pasear por las calles cercanas. Iba siempre acompañado por Vera, y bien asistido por Issa y alguno de los esclavos de la casa, que servían de apoyo al debilitado joven en cuanto comenzaba a sentirse mal. Ese pequeño cambio en su rutina cotidiana animó sobremanera a Salla, que poco a poco volvió a mostrarse activo y convencido de abandonar pronto la tranquila y sosegada casa del obispo. Agradecidos de que Issa acompañara a Salla, nosotros por nuestra parte acompañábamos a Ibbas y a Marco, que parecían decididos a recuperar cuanto antes el tiempo perdido, y por supuesto nadie mejor que Galieno, Wulfila y yo mismo para servirles de guías entre las calles de la ciudad. Ibbas tardó poco en competir conmigo en la ingesta de vino y con Galieno en el reparto de amor. Como clientes, desde luego la zalamera Lucrecia no podía quejarse de nosotros, ya que además de visitarla regularmente, nos encargamos de hacer correr la voz entre los hombres de nuestra compañía acerca de las excelencias de su establecimiento.

A veces llegábamos a reunirnos un nutrido grupo de guerreros en las habitualmente tranquilas estancias del palacio episcopal: Marco, Issa, Galieno, Ibbas, Wulfila, Witiza y yo mismo; lo cierto es que armábamos un buen escándalo, ante la mirada admonitoria de Zenón, que rondaba por la puerta cada cierto tiempo para rogarnos, sin mucho convencimiento, que bajáramos la voz. Una de esas tardes, cuando Vera se retiró para ir a buscar lienzos limpios para renovar el vendaje de su paciente, e Issa la siguió pisándole los talones como un corderito, cargado con la palangana de agua que utilizaban para lavar las heridas, Ibbas aprovechó para abordar a su pupilo sobre la relación de ambos con la muchacha. Mientras los pasos de los jóvenes se perdían en la distancia, hizo un gesto obsceno en dirección a la puerta por donde acababa de desaparecer Vera y comenzó su interrogatorio.

–A ver, chico, cuéntame; ¿ya has puesto a la muchacha a cuatro patas? Y no me vengas ahora con que te duele el costado, que hay muchas maneras... – meneó la cabeza, mostrando los dientes en una amplia sonrisa–. La verdad es que tu amigo Wulf es un alma caritativa, porque la moza está para comérsela – dijo, silbando entre dientes y haciendo ostensibles gestos con sus manos.

Salla, que conocía de sobra el estilo deslenguado de su maestro, no se escandalizaba fácilmente, pero esperó a asegurarse de que ninguno de los dos jóvenes pudiera escucharnos.

–Ibbas, no me gusta que hables así de esta pobre chica. Es un ángel; no solo es muy bella, sino que también tiene buen corazón. Y ha sufrido mucho...

El veterano no lo dejó acabar.

–¿Que ha sufrido mucho? Pero bueno, ¿es que hay que enseñártelo todo, zagal? ¿No te bastó con que te enseñara a utilizar la espada y la lanza, sino que además tendré que enseñarte a manejar otras cosas? –nuestras risas debían de resonar hasta en la misma cocina–. Eso a mí sí que no me hubiera sucedido: yo sé cómo tratar con dulzura a las pobres chicas como esa.

–Mira que eres animal, Ibbas. Me refiero a que ha sufrido mucho en su vida. Y no, no hemos mantenido más que una bonita amistad.

Ibbas alzó la vista al cielo.

–Estos chiquillos no saben cómo tratar a las mujeres, Attax.

–No es mi tipo, Ibbas –intentó explicar Salla–. Es un encanto de chica, pero yo prefiero a las mujeres con más... carácter.

El enorme godo se llevó las manos a la cabeza.

–¿Lo has oído, Attax? ¡Mujeres con carácter! Me pregunto de qué habrá servido todo lo que he tratado de inculcar en su cabeza desde que era un renacuajo... Dios Misericordioso... ¡Huye de las mujeres con carácter, muchacho! Créeme: no te traerán más que problemas. Escoge mejor a aquellas que solo quieran complacerte: te complacerán ellas, ¡y además permitirán que te complazcan muchas otras!

–El gusto por las mujeres con personalidad lo habré heredado de mi padre; debe de ser algo propio de mi familia, Ibbas.

–No menciones a la distinguida Goswintha, ¡puede estarnos escuchando! –hizo una pausa y miró en derredor para dar más énfasis a sus palabras–. Chico, fantasea todo lo que quieras sobre el amor ideal, pero yo aprovecharía para retozar con cuantas jóvenes pudiera antes de que regresemos a *Tolosa* y desposes a tu prometida.

–¿Prometida? Así que ya tienes el lazo puesto, joven Salla... –me metí en la conversación con ganas de ver sufrir un rato al muchacho.

– Así es, Attax –me respondió pausadamente–. Mi padre y uno de los nobles del círculo del rey han concertado mi matrimonio con una de sus hijas, y cuando regresemos de la campaña comenzarán los preparativos para la boda.

–¡Enhorabuena, chaval! –dije yo de corazón–. Espero que sea una mujer con carácter, como a ti te gustan –esa última parte ya llevó implícita algo de maldad.

Las carcajadas de Ibbas fueron secundadas inmediatamente por Wulfila; sin duda, ambos debían de conocer a la prometida del joven.

–Perdón, perdón... –exclamó Ibbas secándose las lágrimas con la manga de su camisola.

–De acuerdo, Amalasunta es bastante reservada, pero es una buena mujer, y además muy hermosa. Muchos de los jóvenes de la corte quisieran estar en mi posición. –Se defendió Salla. Por su cara hasta yo pude hacerme una idea de que ni siquiera él mismo estaba convencido de lo que decía.

Fue su amigo desde la infancia, Wulf, el que se atrevió a meterse en terreno pantanoso.

–Pero tú no eres como los demás jóvenes de la corte, Salla...

Ibbas, antes de que el muchacho dijera lo que estaba pensando –que, como más tarde me contara, la tal Amalasunta, aunque bella, era una arpía presuntuosa con la cabeza tan hueca como un tocón carcomido– intentó sacar del atolladero al joven.

–Esas son las mejores, Salla, ¡así te dejará tontear con todas las mujeres con carácter que quieras!

–Sí, probablemente mientras la cubras de regalos no proteste –convino Wulfila, aún empeñado en tirarle de la lengua a su amigo, que se limitaba a observarle con expresión contrita.

Marco, viendo su cara, intervino para echarle un cabo, desviando la atención hacia otro de los temas que había quedado en el tintero.

–Bueno, con respecto a Vera, creo que nuestro amigo Issa sí que no le haría ascos a la oportunidad de intimar con ella...

– Lo de Issa es incluso peor –convine yo–: para mí que se nos ha enamorado.

–¡Si ni siquiera mira a las chicas de Lucrecia! –Galieno meneó la cabeza, tristemente asombrado ante tan incomprensible despropósito.

–En fin, otro cabeza de chorlito que necesita espabilar –sentenció Ibbas.

–Déjalo en paz, Ibbas. Es un buen muchacho, y para mí que hacen una bonita pareja –se apresuró a defenderlo Witiza–. Ojalá que la chica le dé una buena alegría.

–Amigo, si en el fondo eres un sentimental... –sonrió–. Además, tienes razón: la culpa es del jodido alano, que también está de capa caída y le da un mal ejemplo al chico. ¿Qué pasa, viejo, que ya no te funciona el ariete?

Me disponía a contestarle alguna obscenidad, entre las carcajadas de todos, cuando asomaron por la puerta nuestros dos tortolitos cargados con lo necesario para atender al paciente. Nuestras caras enrojecidas de reír a conciencia debían de delatar que habíamos pasado un buen rato, pero ninguno de los dos intuyó el motivo de nuestras risas. Ante la cara de desconcierto del britano, Witiza reaccionó con rapidez, tratando de llevar la conversación a un terreno que favoreciera al muchacho. El viejo zorro realmente le había tomado cariño, y no resultó ser un mal casamentero.

–Justo estábamos hablando de ti, muchacho. Les contaba lo bien que te desenvolviste la noche en que defendimos la puerta de esta casa: en la barrera, disciplinado como un veterano, y en el cuerpo a cuerpo con una agilidad que me dejó asombrado –Issa abrió mucho los ojos, abrumado por los halagos.

Viendo su intención, enseguida me uní al juego.

–¿Y qué me dices de su pericia con el arco? Donde pone el ojo, pone la flecha –sentenció. Issa enarcó las cejas, mirándome con desconfianza, sin entender bien a qué venía todo aquello. Vera dejó a un lado los vendajes que cargaba y se sentó con cuidado al borde del lecho de Salla, mirándonos entre divertida e interesada.

–Lo cierto es que nunca he conocido a nadie con tanta habilidad para cazar –abundó Salla, muy serio.

–Pero eso no es solo por la puntería: además hay que saber moverse en silencio. Algún día tendrás que revelarme tu secreto, Issa, que cuando cazamos juntos me siento como un oso a tu lado. –Aseveró el veterano.

Para mi sorpresa, el britano, aún algo sonrojado, rebuscó entre sus ropas hasta encontrar un pequeño objeto que tendió a Witiza. Me acerqué con

curiosidad: era una especie de piedra de color blanquecino, del tamaño de una nuez.

–Es una piedra de elfo. Tiene magia en su interior: llevándola encima, las sombras te reconocen como su amigo –Issa habló despacio. Era un tema cuanto menos curioso para tratar en las dependencias de un obispo cristiano. Pero sus palabras no solo me impresionaron a mí, el único que también era pagano de la reunión. Me fijé en que Witiza acariciaba la piedra casi con devoción.

–Es curioso lo fría que está; sí que se siente su poder, muchacho. ¿Dónde la obtuviste?

–Me la dio mi padre cuando era muy pequeño. La recogió a la orilla de uno de los ríos sagrados de mi tierra. Mi abuelo buscó otras en *Gallaecia*, para que yo también pudiera regalarlas a mis hijos en el futuro. Pero esas las perdí hace tiempo –se encogió de hombros–. Desde siempre, o al menos desde que recuerdo tenerla, me ha gustado la oscuridad; aunque también la luz del sol crea sombras que te amparan si las sabes buscar. Espero poder enseñar eso a mis hijos aunque no logre encontrar otras.

Alargué la mano hacia Witiza, que me pasó la piedra con cierta renuencia, como si le costara dejar de tocarla. Realmente era un objeto extraño, de un tacto tan suave que resultaba casi antinatural, y un tenue dibujo de volutas blancas que se confundían en el fondo lechoso y parecían cambiar mientras las mirabas. Se la tendí a Vera, que jugueteó con ella entre sus dedos, mientras estudiaba a Issa con una expresión que no supe interpretar.

–¿Buscarás una piedra mágica para mí, Issa? –el guerrero godo parecía ansioso y esperanzado–. Mi hijo menor teme a la oscuridad; me gustaría poder llevarle algo así cuando vuelva a *Burdigala*.

–No sé si tan al sur podremos encontrar alguna, Witiza, pero te aseguro que la buscaremos. Y si no es aquí, a medida que volvamos hacia *Gallaecia* lo seguiremos intentando –Witiza asintió, agradecido.

Vera devolvió el amuleto a Issa. Apostaría a que sus dedos se detuvieron sobre la mano del muchacho un instante más de lo necesario. Crucé con Witiza una mirada cómplice; e Ibbas se ocupó de romper la magia.

–Bueno, muchacha, ya que mi cachorro está en horas bajas –señaló a Salla, que le dirigió una mirada de advertencia– parece que el britano, aunque lo veas flacucho, también es un buen partido. Así que ya sabes.

Vera enrojció de golpe, se levantó apresuradamente y farfullando una excusa inaudible casi corrió hacia la puerta. Issa, con la piedra aún en la palma de la mano, se quedó mirando desconsolado hacia dónde había desaparecido la muchacha.

–¿Qué? –saltó Ibbas ante las miradas enojadas que le asestamos tanto Witiza como yo—. Venga, vamos a donde Lucrecia, que me está entrado sed. Issa, te invito a algo, que como solo me vas a pedir cerveza me saldrás barato. Y anima esa cara, que esa ya está en el bote.

Issa suspiró y guardó de nuevo su amuleto. Pasé mi brazo sobre su hombro y salimos, dejando al sonriente Salla otra vez rodeado de silencio y tranquilidad. Aunque, por nuestra culpa, esa noche se había quedado sin nadie que le cambiara el vendaje.

CAPÍTULO XV

Pronto la mejoría de Ibbas fue evidente, y pudimos alternar nuestras caminatas con largos paseos a caballo. Decidido a no postergar durante más tiempo el asunto que seguía rondando por mi cabeza, lo abordé un día para pedirle que me acompañara a probar suerte al circo, en busca de noticias sobre mi largamente odiado Hildimiro. Ibbas no se hizo de rogar.

–Otro suevo amigo tuyo, entonces –me dijo mientras se calaba las gruesas botas de piel de gamo.

–Sí, podríamos decir que es un amigo que conocí hace mucho tiempo.

–No me ha gustado el tono en que lo has dicho –aseguró después de colocarse bien la bota izquierda y mirarme a los ojos–. No; decididamente no me fio un pelo de ti. Mira, seré claro: no quiero tener problemas con los pobres desgraciados a los que les haya tocado hacerse cargo de los prisioneros. Bastante tienen ya con tener que hacer aburridas guardias mientras nosotros no hacemos más que holgazanear.

–Descuida, Ibbas. Mi alma está en paz. Solo quiero asegurarme de que el destino le reserva al menos el mismo sufrimiento que él me procuró en su momento.

–Cuando no hablas claro me das miedo, alano. Antes de nada veamos quiénes son sus guardianes, y después ya veremos lo que se puede conseguir.

–Probablemente no esté allí, Ibbas. Es solo insana curiosidad.

Me miró con un gesto de desconfianza. Aunque era temprano, hacía frío; nos arrebujamos en nuestros gruesos capotes embadurnados de grasa, hicimos una seña a Galieno, que se había ofrecido a acompañarnos en nuestro paseo, y abandonamos el campamento a lomos de tres buenos caballos.

En esa ocasión, Marco prefirió acompañar a Issa en su visita a Salla. Quizás el britano sí hubiera querido ir con nosotros aprovechando que el godo estaría acompañado, pero supongo que no deseaba que Vera pensara que la evitaba tras el brusco desenlace de la conversación del día anterior. Sin embargo, el leve gesto desaprobador de Marco me hizo pensar que el muchacho, como muchos cristianos, consideraba que el circo era un lugar

inmundo y deplorable. No en vano, muchos de sus predicadores se encargaban de resaltar las auténticas atrocidades –a su modo de ver– que se habían perpetrado durante siglos sobre sus arenas.

Como nos narrara Zenón cuando nos habló de la decadencia de los edificios monumentales de la ciudad, el circo fue el lugar que durante años eligieron los emperadores y los gobernadores de las provincias para mantener entretenido a sus ciudadanos. Conjuntamente con las carreras de *bigas* o *cuadrigas*, que todavía se celebraban esporádicamente, y las luchas entre gladiadores, o entre estos y bestias, y otros juegos más incruentos –por así llamarlos–, también había sido elegido para ofrecer al público las ejecuciones de criminales y enemigos del estado, como si se trataran de un espectáculo más. Los antiguos romanos sin duda sabían cómo entretener a su pueblo.

Allí encontraban la muerte –con armas en la mano o no– bandidos, ladrones, matones, disidentes, y entre estos últimos en muchas ocasiones los propios cristianos.

Mientras el imperio fue pagano, muchos cristianos murieron en la arena por negarse a adorar a las distintas divinidades del culto imperial, entre ellas la figura del propio emperador; pero cuando se voltearon las tornas y el cristianismo fue declarado religión oficial del moribundo imperio, conjuntamente con los templos paganos, el circo fue, en muchas ciudades, uno de los objetivos prioritarios de la venganza cristiana.

Rodeamos la ciudad por fuera de su muralla, recorriendo su perímetro hasta que al fin apareció en nuestro campo de visión el circo de *Emerita*. El edificio, enorme a mis ojos de niño, continuaba pareciéndome majestuoso. Quizás más deteriorado, pero igualmente majestuoso. El encontrarse extramuros debió de influir en que los fanáticos cristianos no se cebaran con el edificio, prefiriendo volcar su rabia en otros situados intramuros –aunque quizás más inocentes– como el propio teatro. Este había sido el lugar donde las élites gobernantes se reunían para asistir a tediosas y remilgadas obras de autores muertos siglos atrás, mientras que el circo era donde el populacho daba rienda suelta a las más bajas pasiones. Allí, desde el más miserable hasta el más distinguido, habían gritado pidiendo sangre y diversión a partes iguales. Según Zenón, en los siglos anteriores el recinto se quedaba pequeño para el número de habitantes de la ciudad, pero así como el anfiteatro hubiera

podido albergar quince mil ciudadanos, el circo, según palabras del mismo diácono, podía llegar a congregarse a la totalidad de la población de *Emerita* en esos momentos, unas treinta mil almas.

Era una construcción maciza, sin el detalle preciosista de otros edificios como podía ser el teatro. De una longitud superior a los cuatrocientos pasos entre un extremo y otro, su sólida figura se recortaba contra el sol de la mañana potenciando su aureola de grandeza. Como esperaba, la mera vista del exterior de la construcción provocó las exclamaciones admiradas de Galieno, que solo había visto el circo de *Lucus*, que no podía compararse con el de la capital de la diócesis.

Cuando nos acercamos lo suficiente pudimos ver las primeras muestras de que el edificio estaba guarnecido. Bien pensado, su estructura permitía que pudiera utilizarse como una pequeña fortaleza desde la que rechazar los ataques. Poniéndome en el lugar de Teodorico, si pretendiera dejar una pequeña guarnición en la ciudad, elegiría sin lugar a dudas el edificio del circo como cuartel general. Con las reformas necesarias podría convertirse en un bastión inexpugnable desde el que repeler cualquier ataque con un número reducido de guerreros, que si tuvieran que defender las largas murallas de la ciudad se verían fácilmente superados.

Calculé que para defender las murallas con un mínimo de garantías serían necesarios al menos un millar de hombres, y en cambio en el circo bastaría con la mitad, o incluso menos, para tener todos los puestos cubiertos. Como para confirmar mis elucubraciones, algunas siluetas pertenecientes a guerreros arropados en sus largas capas y utilizando sus lanzas a modo de largos bastones se recortaban en lo alto de los graderíos. En la puerta más cercana a la ciudad, por la que pretendíamos acceder, se encontraba un fuerte grupo de guerreros, que daban la impresión de aburrirse considerablemente. Nuestra imprevista visita pareció sacarlos de su letargo. Aminoramos el paso y enseguida Ibbas se adelantó para dirigirse a los centinelas,

—¡Buenos días, amigos! —gritó tratando de hacerse oír entre el murmullo de la lluvia.

—¿Quién va? —preguntó con desconfianza uno de los hombres, entrecerrando los ojos para tratar de ver algo a través de la recia cortina de agua que nos separaba.

Ibbas se concentró en el tipo que tenía frente a sí y que parecía hablar en nombre del grupo, y finalmente decidió que lo conocía.

–Vamos, Segimer, ¿Desde cuándo me conoces, bribón? ¿Tengo ahora que hacerme anunciar con cuernos?

En cuanto el tipo se dio cuenta de quién era su interlocutor volvió a ponerse a resguardo bajo los muros del circo, antes de responder, malhumorado.

–¿Pero qué cojones estás haciendo tú aquí, Ibbas? ¿Acaso vienes a regodearte de nuestra mala suerte?

Nuestro acompañante bajó del caballo sin parar de reír mientras dedicaba un sospechosamente cariñoso saludo –si este apelativo podía utilizarse en la misma frase que el nombre de Ibbas– al tal Segimer.

–Dios me libre, amigo. Dime, ¿quién está a cargo de la guarnición, Segimer?

–Sinderedo, uno de los capitanes de Cyrila.

–No me suena... ¿Y no tenemos ningún amigo común ahí adentro con el que pueda hablar un rato, chaval?

El tipo estuvo pensando un momento hasta que al fin pareció dar con la respuesta adecuada.

–Está Wildigern el tuerto, creo que lo conoces.

–¿Que si lo conozco? ¡Si es casi pariente mío, chico! Anda, condúcenos hasta él.

Sin más, trató de atravesar la puerta que guardaban varios hombres. Al instante los guerreros cruzaron las lanzas impidiendo que continuara su camino.

El gesto de sorpresa de Ibbas se encontró con el rictus serio de Segimer.

–Son órdenes, amigo. Las armas deben quedarse aquí.

De repente, Ibbas estalló hecho una furia. Al ver su reacción, maldije mi precipitación: tendría que haber aguardado a que Salla se hubiera recuperado del todo para pedirle a él que me acompañara. Aunque Ibbas también estaba bien relacionado, desde luego sus habilidades diplomáticas brillaban por su ausencia.

–Pero ¿qué demonios te crees, eh? ¿Crees que voy a entrar ahí adentro con mi *spatha* y voy a acabar yo solo con toda la guarnición? ¿O quizás piensas

que armaré con ella a no sé cuántos suevos que hay ahí adentro? Si llevo casi un mes postrado por culpa de esos cabrones; por favor... cuando se lo diga a Wildigern...

–Son sus órdenes, Ibbas; o las dejas o te vas –el guardia se mantuvo firme.

Bajé rápidamente del caballo y me desabroché el cinturón, alcanzándoselo a uno de los guerreros, que me miraba con suspicacia.

–Pero bueno, ¿tú también les das la razón? –Ibbas me miró furibundo, con el rostro colorado y congestionado por la rabia—. ¡Porque yo no pienso aguantar que estos hombres me llamen traidor a la cara!

Hice un gesto conciliador a Segimer, intentando quitar hierro al asunto. El godo me devolvió una mirada que me pareció tranquilizadora. Tras de mí, Galieno imitó mi gesto, deshaciéndose de su espada, y entre los dos convencimos a un malhumorado Ibbas de que hiciera lo mismo.

Entramos en el edificio, todavía entre reniegos y maldiciones entre dientes, y ascendimos por las desgastadas escaleras hasta el lugar desde donde el público disfrutara del espectáculo. Galieno silbó por lo bajo: a nuestros pies se encontraba la famosa arena del circo de *Emerita*. En ella habían triunfado multitud de hombres, que habían sido ascendidos a la categoría de héroes por parte del pueblo, pero también habían encontrado la muerte inocentes y malhechores a partes iguales. La antigua *spina* que debía recorrer la arena casi en su totalidad se encontraba medio derruida e inservible, y de los motivos decorativos que Zenón nos contara que abundaban sobre su base, casi no quedaba rastro alguno. Cuando aún mirábamos embelesados el lugar, uno de los guerreros que se encontraba en las cercanías tratando de guarecerse de la lluvia bajo el pétreo dintel de una de las gradas, se acercó hacia nosotros preguntando de malos modos qué hacíamos allí.

–Buscamos a Wildigern –respondió escuetamente Ibbas.

El tipo pareció satisfecho con la explicación. Sin más preguntas, señaló hacia una escalera que se encontraba a nuestra derecha y bajaba hacia el interior del edificio. Nos encaminamos hacia ella, tras arrancar a duras penas a Galieno de la barandilla desde donde se accedía a la mojada arena. Bajamos por los desgastados escalones hacia las húmedas y oscuras entrañas del edificio que, aisladas de los rayos del sol, apenas aparecían tenuemente iluminadas por unos chisporroteantes hachones situados a intervalos

irregulares en unos sencillos soportes de hierro clavados a las recias paredes de piedra.

A medida que avanzábamos se hacían más evidentes los ruidos que resonaban en el lugar: el goteo de la lluvia penetrando por los resquicios del techo y resbalando por las paredes tapizadas de verde musgo, y sobre todo los tenues quejidos y las frecuentes toses de los que se encontraban allí abajo. Al finalizar la escalera nos encontramos con dos guerreros, que nos observaron de arriba abajo, pero no se levantaron. Tras ellos, las antiguas celdas que debían de haber acogido a fieras, gladiadores y condenados en espera para saltar a la arena a punta de lanza, se encontraban atestadas por los prisioneros suevos. No podíamos saber cuántos eran en total: solo en aquella primera estancia podía haber alrededor de treinta personas, pero desconocíamos si en el resto del gran edificio había mazmorras similares. Sucios y tiritando de frío, la humedad del lugar y el duro invierno que estábamos soportando debían de estar haciendo mella en la salud de los cautivos.

Como en otros lugares, el nombre de Wildigern bastó para que nos franquearan el paso a través de las distintas estancias, e incluso en esta ocasión hizo que uno de los guerreros se levantara pesadamente y nos acompañara por el angosto y oscuro pasillo en dirección a la sala donde debía de encontrarse su jefe. Para nuestro alivio, pronto ascendimos por una de las pocas escaleras que encontramos –supusimos que los godos se alojarían en los pisos superiores huyendo del exceso de humedad–, y tras un buen rato de caminata, en el que llegué a perder el sentido de la orientación dentro del lúgubre edificio, llegamos hasta una gran sala difusamente iluminada por la escasa luz diurna que se colaba a través de unas pequeñas rendijas. Allí, un nutrido grupo de guerreros debatía animadamente alrededor de una mesa de madera. Por los gritos que escuchábamos a medida que nos acercábamos, supuse que debían de estar jugando a los dados; les interrumpimos en medio de su partida. El tipo que nos acompañaba, que trataba de disimular una desagradable tos cubriéndose la boca con un arrugado trozo de tela, nos hizo pasar y volvió por donde habíamos venido sin siquiera despedirse.

Los jugadores miraron hacia la puerta. Parecían algo sorprendidos de ver llegar a un grupo de desconocidos; por lo menos, en cuanto a mí y a Galieno. Ibbas, como siempre, quiso llevar la voz cantante en el asunto. Y dado que no

tenía un plan mejor, y que ni yo ni el hispano conocíamos al jefe de aquellos hombres, le dejé hacer, confiando en que no volviera a montar un espectáculo que acabara con mis pocas posibilidades de recabar noticias sobre Hildimiro.

–Wildigern, bellaco, ¿desde cuándo tengo que dejar mis armas para verte? ¿Es que ya no confías en el viejo Ibbas?

El tipo que respondía a ese nombre era uno de los animados jugadores. Enseguida se giró hacia nuestra posición, y sonrió a Ibbas. Sin duda la falta de su ojo izquierdo tendría que haberme alertado sobre su identidad, pero estaba demasiado preocupado con la beligerante actitud de nuestro guía como para reparar en los detalles.

–Nunca he confiado en ti, viejo cabrón –respondió el tipo tranquilamente mientras se echaba hacia atrás en su silla de madera.

No había acabado de pronunciar el insulto cuando Ibbas, con un rápido movimiento, se agachó levemente para alcanzar su bota. Para mi espanto, el brillante acero de un pequeño cuchillo refulgió un segundo cuando lo lanzó con velocidad endiablada hacia donde se encontraban los jugadores. El tiempo pareció detenerse mientras el puñal atravesaba, girando, el espacio que nos separaba de la mesa, provocando que dos de los jugadores se lanzaran precipitadamente al suelo mientras Wildigern continuaba impassible. Salté hacia Ibbas, consciente de que ese día nos llevaría a la perdición, pero antes de que llegara a agarrarlo del brazo, el cuchillo llegó a su objetivo, clavándose con un golpe seco tras el tranquilo Wildigern, en una de las cortinas de cuero que debían de separar los catres de la guardia.

Por un angustioso instante llegué a pensar que la locura de Ibbas nos llevaría cuando menos a ser azotados por contravenir las órdenes, si no a algo peor, como ser asesinados anónimamente en el oscuro corazón del circo sin ningún testigo de nuestra muerte. Pero, para sorpresa de todos –algunos de los que se habían lanzado al suelo buscaban a tientas sus armas–, Ibbas rompió a reír mientras se acercaba a la mesa con los brazos abiertos.

–Haces bien, chico; siempre he dicho que eras muy listo. ¡Ven aquí, bribón!

Wildigern esbozó una fea sonrisa y meneó la cabeza antes de responder.

–Condenado Segimer, debería saber que el viejo Ibbas lleva su puñal hasta cuando yace con una mujer. ¡Maldita sea! Juro que esta noche la guardia la

volverán a hacer él y sus hombres.

—¡Ven aquí, chico, deja que te vea! —dijo Ibbas acercándose a la mesa con una gran sonrisa. Cuando llegó junto a Wildigern, hizo un gesto teatral de susto e hizo el amago de retroceder de nuevo—. ¡Caramba! ¡Pero si cada vez eres más feo!

Los hombres que estaban en el suelo se incorporaron lentamente, como si aún no se fiaran de la mole que tenían enfrente. Después de todo, había estado a punto de matar a uno de ellos.

—Volved a sentaros, muchachos —les tranquilizó el tuerto—, el viejo Ibbas tiene buena puntería. Si hubiera abrigado malas intenciones, no habría fallado un tiro como ese. ¿Veis este ojo? —dijo señalando al que aún tenía sano—. Lo salvé gracias a ese hombre y a su cuchillo.

—¿Solo el ojo? Dirás más bien que te salvé la vida —puntualizó Ibbas, quisquilloso.

Wildigern nos hizo un gesto para que nos acercáramos a la mesa.

—Coged unos taburetes y uníos a nosotros. Antes de vuestra irrupción nos traíamos entre manos algo muy importante, que no puede esperar, así que llenaos de paciencia y disfrutad de la partida.

Arrimamos a la mesa unos desvencijados taburetes de apariencia incómoda y nos dejamos caer en ellos dispuestos a esperar pacientemente a que terminaran de jugar. En un inicio, la mayoría de los jugadores parecían más concentrados en dirigirnos miradas furibundas que en el repiqueteo de los dados; pero poco a poco la partida se fue poniendo interesante y los guerreros terminaron por olvidarse de nosotros. Yo también fui metiéndome en situación, asistiendo a cada tirada con mi alma de jugador en vilo, desconsolado por introducirme en el juego. Pero bien sabía que una partida ya pactada no admitiría nuevos participantes; así que, muy a mi pesar, traté de evadirme lo mejor que pude.

El tuerto trataba de relajar el ambiente charlando sobre su peculiar relación con Ibbas; aunque a mi entender lo utilizaba también como artimaña para poner nerviosos a sus contrincantes, que se desesperaban con la aparente tranquilidad del tipo. Según Wildigern, se conocían desde que eran poco más que niños de pecho, pero una vez se convirtieron en muchachos, cada uno entró al servicio de los señores a los que servían sus respectivos padres: en el

caso de Ibbas al de Sarus, el padre de Akhila, y en el caso de nuestro anfitrión, al de un noble del norte conocido como Sunierico. Su reencuentro se produjo el mismo día en que Ibbas se jactaba de haber salvado la vida de su amigo, durante la gran batalla contra los hunos de Atila –y sus aliados ostrogodos–. Como ya nos contara Ibbas en su momento, tras una dura jornada de enfrentamientos, ni siquiera la caída del sol había traído el ansiado descanso a los agotados guerreros. Al contrario: la lucha continuó, tornándose, si no más sangrienta, al menos sí más confusa, pues los hombres apenas podían reconocerse en la penumbra en la que debían pelear. Todavía recordaba, casi palabra por palabra, la elocuente narración con la que nos había obsequiado Ibbas durante la cena en que nos conocimos; ese día pude poner rostro a uno de sus compañeros de aquella noche. Me llevé la mano a la nariz en un gesto inconsciente; tenía que reconocer que gracias al buen hacer de Egica no me habían quedado marcas del brutal golpe recibido durante la pelea que su vehemente exposición sobre la cobardía de los alanos en aquella épica batalla había desencadenado. Ibbas reparó en mi gesto y me dedicó una sonrisa burlona que reveló los huecos de los dientes que había perdido él en el encontronazo. Desde luego, no habíamos empezado con buen pie. Quién me iba a decir que con el tiempo llegaríamos a convertirnos en verdaderos amigos.

Wildigern tenía un estilo de narración menos apasionado; entre tirada y tirada, nos fue contando cómo tanto él como Ibbas habían acabado por unirse a un grupo de *gardingos* y otros guerreros que recorrían el campo de batalla, sin saber que entre ellos se encontraba el propio príncipe Turismundo, que había sido ascendido para ocupar el lugar de su progenitor tras la muerte de este en el fragor del combate, en la misma colina que la sangre de sus compatriotas había anegado. En realidad, tras horas de encarnizada lucha, la partida de guerreros trataba de encontrar el camino de regreso hacia su propio campamento para evitar que el nuevo rey corriera la misma suerte que su padre; pero, desorientados por la oscuridad, terminaron desembocando en los alrededores del campamento de Atila. Cuando fueron conscientes de su error, ya se encontraban a escasos pasos del reducto, y entonces se desató una brutal batalla entre los desprevenidos hunos y los acompañantes de Turismundo.

Como ya sabíamos, Ibbas había sido uno de los que había defendido al rey cuando este resultó herido. Y a su lado, entre los guerreros que luchaban junto a los escasos *gardingos* que aún se tenían en pie, se encontraba el propio Wildigern. Allí fue donde el feo, como solían llamarlo sus camaradas, pasó a llamarse el tuerto, y fue el propio Ibbas el que salvó al tipo de morir ensartado en una lanza huna al acuchillar al guerrero que se preparaba para rematarlo tras haber destrozado su ojo, y tirar de él hacia donde ya se encontraba el rey a resguardo tras los escudos de los pocos defensores que resistían. El resto de la historia ya la conocíamos: una fuerte partida de guerreros que se encontraba por los alrededores buscando desesperadamente a su rey finalmente dio con ellos, y tras una cruenta lucha, lograron evacuar al monarca y al pequeño grupo de fieles que lo protegían.

La partida duró más de lo que me hubiera gustado, aunque realmente disponíamos de todo el tiempo del mundo, porque no teníamos nada más que hacer ese día salvo visitar a nuestros amigos en casa del obispo. Así, esperamos con paciencia hasta que las cosas comenzaron a irle mal a Wildigern. En un primer momento parecía no importarle su cambio de suerte, pero por último su semblante se ensombreció y tras varias tiradas desafortunadas acabó por perder su aparente buen humor. Llegado ese punto, el tuerto soltó un reniego y abandonó la partida de malos modos. Se levantó y le hizo una señal a Ibbas para que lo siguiera. Galieno y yo también nos levantamos y fuimos tras ellos. Abandonamos la estancia por el angosto pasillo por el que habíamos accedido, y por ahí continuamos hasta llegar de nuevo a la superficie del graderío. Allí nos sentamos en los antiguos y gastados asientos de piedra, en lo que debía de ser una de las zonas destinadas a las clases más pudientes de la ciudad, aprovechando que la lluvia nos había dado al fin una tregua y un tenue sol comenzaba a calentar levemente.

—¿Qué es lo que quieres, Ibbas? Aunque me haya alegrado verte, no creo que hayas venido solo a saludarme, viejo amigo.

—Vengo a pedirte algo de información, Wildigern; aunque reconozco que también me he alegrado de compartir un rato de charla contigo.

—¿Información? ¿Quieres saber cuántos granos de arena hay ahí abajo? Dame una semana más aburriéndome aquí, y no descarto que pueda darte la respuesta.

–Pero si no sabes contar, no trates de engañarnos –replicó Ibbas soltando su pesado brazo sobre el hombro del tuerto. Volvió a ponerse serio para continuar–. ¿Qué va a pasar con los prisioneros, Wil?

–No lo sé con certeza, Ibbas; pero si lo que he oído es cierto, puede que muchos vuelvan escoltados hacia el norte para que ayuden a Agriwulf a convencer a aquellos de sus compatriotas que aún se oponen a él de que toda resistencia es inútil.

–Tonterías: Agriwulf no necesita ninguna ayuda –terció Ibbas, convencido.

–Eso creo yo también, pero... –el tuerto acompañó sus palabras con un encogimiento de hombros.

–En realidad, lo que necesito saber es si entre tus prisioneros está un hombre al que buscamos –hizo un gesto con la cabeza hacia mí.

El tipo me miró con curiosidad.

–¿Cómo es el individuo? –me preguntó.

–No sabría decirte bien, hace mucho tiempo que no lo veo. Debe de tener unos sesenta años. Es de este alto –coloqué mi mano por debajo de mi hombro–, y ya por ese entonces había echado algo de tripa. Tenía el pelo ralo y cara como de excremento de cabra enferma.

–Vaya, me voy haciendo a la idea de que si lo encuentras no se alegrará de verte. Temía que me pidieras que lo liberase.

–Nada de eso. Es más, preferiría que olvidases sacarlo de su celda cuando el resto de prisioneros partan hacia al norte, y que lo dejaras ahí solo, para que se pudra como se merece.

Wildigern sonrió.

–Ya veo: un viejo amigo. ¿No puedes ser más concreto en la descripción? Si tuviera algún rasgo distintivo, ayudaría bastante. No sé, si fuera, por ejemplo, tuerto –señaló su propio parche.

–En aquel momento no, pero todo es posible. No sé cómo lo habrá tratado la vida en los últimos veinte años.

–¿Veinte años? –exclamó el godo–. Entonces, amigo, igual no solo estará tuerto, sino que tendrá las dos cuencas vacías e infestadas de gusanos....

–¿Puedo echar un vistazo a los prisioneros? –pregunté, tratando de parecer lo más dócil posible.

–Hay más de un centenar de hombres aquí dentro, pero que respondan a tu descripción no puede haber muchos. Hablaré con Teudis para que te acompañe, pero si no te importa yo prefiero quedarme por aquí ahora que la lluvia ha cesado. ¿Te quedas conmigo, Ibbas?

–Por supuesto, Wil; a mí no se me ha perdido nada allí abajo.

Nuestro anfitrión se perdió por donde habíamos venido para regresar al momento acompañado de un aletargado guerrero. El tal Teudis era aún más feo que su jefe, si eso era posible. Muy alto y desgarrado, lucía una desagradable cicatriz que le recorría la cara desde la oreja izquierda hasta su mejilla derecha, proporcionándole una expresión que asustaría a cualquier niño. Wildigern señaló hacia nosotros antes de darle sus órdenes.

–Teudis, estos son los muchachos que quieren ver a los prisioneros. Acompáñalos y atiéndelos en lo que necesiten.

El tipo nos dedicó una fea sonrisa y nos hizo una señal para que lo acompañáramos. Deambulamos por el interior del circo, donde, según nos explicó Teudis, cuatro de las antiguas estancias se utilizaban para albergar a los prisioneros, o como al tipo le gustaba más decir, invitados. Tenía un peculiar sentido del humor, y parecía un tipo culto pese a su aparente tosquedad; su explicación para su forma de referirse a ellos era que ninguno de aquellos hombres saltaría a la arena a perder la vida como hacían los desgraciados que ocuparan aquellas mismas celdas años antes, lo que sin duda era una buena comparación. Para mi sorpresa, después de lo visto inicialmente, pude comprobar que las estancias donde se alojaban los prisioneros no eran las más húmedas del lugar. Aun así, muchos de aquellos, sobre todo los pocos ancianos y niños que vimos, mostraban evidentes signos de sufrir, si no fiebres, sí al menos considerables resfriados.

Teudis nos condujo en primer lugar a la celda por la que pasáramos de camino hacia las dependencias de la guardia. No me parecía haber visto a Hildimiro en el primer vistazo que había echado al pasar por allí, pero no estaba de más cerciorarse. Ni siquiera fue necesario abrir las gruesas verjas de hierro, pues a una voz de Teudis los centinelas obligaron a los prisioneros a disponerse frente a los herrumbrientos barrotes para someterse a nuestro examen.

Tras los hombres, muchos de los cuales podrían haber tomado parte en la defensa de la ciudad, vislumbré algunos ancianos, mujeres y niños, cuyos rostros desconsolados me hicieron sentir, si no exactamente pena, sí cierta incomodidad. Aunque los prisioneros estaban sucios, se veía que al menos no les faltaban los alimentos, pues ninguno lucía enflaquecido por las penurias.

Mientras pensaba en la situación, vinieron a mi cabeza las palabras de Wildigern. La mayoría de ellos –si no todos– serían llevados al norte para que ayudaran a Agriwulf a hacer recapacitar a sus rebeldes parientes de *Gallaecia*. No en vano, entre los pocos supervivientes estaban los más influyentes de entre los suevos que habitaban la ciudad; aunque al menos faltaría uno: el tipo al que había matado en su propia casa cegado por la ira de la noche del ataque. No me parecía un mal destino; desde luego, yo no había gozado de una oportunidad similar –aunque, con sinceridad, no sé qué hubiera hecho con ella de haberme visto en la tesitura–. Yo había sido tratado peor que un perro y había escapado en el último momento de ser degollado gracias a que mi maltrecha pierna, que me había fracturado durante la batalla, había sido bien atendida por mi compañero de cautiverio Ruric, solo para ser vendido como esclavo. Poco a poco la ira que para mí llevaba aparejado el recuerdo de tan lejano momento fue ganando terreno a mi escasa compasión, una virtud esta última que nunca he procurado cultivar. Sin rastro de Hildimiro y sin que ninguno de los prisioneros respondiera a las preguntas de Teudis sobre él –aunque quién sabía cuántos hombres con ese nombre habría en la ciudad– abandonamos el lugar para visitar el resto de las estancias.

En la segunda celda repetimos la misma operación. Cuando Teudis preguntó por Hildimiro, como sucediera en la otra ocasión, ninguno de los presentes hizo el más mínimo gesto de reconocimiento; no obstante, por un instante pensé que habíamos dado con él. Un bulto de gran tamaño se movía en una manta deshilachada, y se negó a acercarse hasta nosotros. Pese a las amenazas de Teudis, se quedó acostado al final de la celda, ignorándonos ostensiblemente. Hice una seña a Teudis y este a su vez al guardián, que inmediatamente abrió la verja y se puso en guardia. Aunque no fueran más que civiles y estuvieran debilitados, no me parecía una buena idea estar tan solo cinco guerreros contra aquella muchedumbre.

Entré sin prestar atención al resto, evitando cuidadosamente su contacto, y me dirigí como un rayo hacia el final de la celda. Cuando llegué hasta el fardo que formaba el tipo, le di una patada para que se levantara.

–Arriba, basura, que quiero verte bien.

Pero para mí desconsuelo, el tipo que se incorporó lentamente no podía ser Hildimiro. Se parecía ligeramente al que yo recordaba, pero, aunque entrado en carnes, era bastante más alto que el tipo al que buscaba. Desanimado, me di la vuelta, apartando de nuevo a todos los que me interpelaban con esperanza –gran señor, me llamaban; si no hubiera sido una situación tan patética, hasta me hubiera hecho gracia– y salí de la celda, cuya puerta se cerró tras de mí con un fuerte chirrido metálico.

–No has tenido suerte, ¿eh? –me preguntó Teudis mientras jugueteaba con una ramita en la boca.

–Llévanos a ver a los siguientes, Teudis.

– Por supuesto, señores; síganme.

Proseguimos internándonos en el edificio. Galieno, que hasta entonces había estado muy callado, rompió su silencio para preguntar.

–¿Están separados de alguna forma especial los prisioneros, Teudis?

–Sí, a las mujeres guapas las tenemos en la última celda –las carcajadas del tipo resonaron en el estrecho pasillo.

–Entonces solo nos queda una oportunidad. –Interrumpí yo, consciente de que mis esperanzas se esfumaban casi por completo.

–Attax, si no te importa yo prefiero examinar también la última celda con Teudis. Nunca se sabe; podría esconderse...

Pese a lo importante que era el asunto para mí, no pude evitar reírme por el comentario del muchacho.

–Tú haz lo que quieras, Galieno, pero te advierto si sigues de esta manera no me extrañaría que se te acabara por caer la verga a pedazos.

La oscura celda que representaba mi última oportunidad –si Teudis no nos mentía– se encontraba en mejores condiciones que las anteriores. No solo se alojaba en un piso superior, y por tanto estaba más alejada del frío y de la humedad, sino que también parecía contar con más antorchas, y la paja del suelo estaba más seca. Esa debía de ser la celda de los suevos más poderosos

de la ciudad. Podía ser donde encontrara a Hildimiro; si Rerico estaba en lo cierto, al tipo le había ido bien en la vida.

En esta ocasión hasta el mismo Teudis puso especial cuidado a la hora de referirse a Hildimiro. Inmediatamente, un tipo canoso, menudo y orondo se adelantó entre sus compañeros de cautiverio. Tardé un momento en reconocerlo con certeza, pero en cuanto abrió la boca, su peculiar voz chillona me llevó a evocar recuerdos de muchos años atrás. La voz del tipo, más parecida al graznido de una urraca, no había cambiado con el paso del tiempo.

—¡Soy yo, soy yo! —dijo acercándose rápidamente hacia la puerta con los ojos desorbitados—. Ya os he dicho que soy solo un tranquilo ciudadano, ¿acaso se ha arreglado por fin este terrible malentendido?

—Tranquilo, amigo —le atajó Teudis sin alterarse. Me miró con gesto interrogativo, y yo respondí con un asentimiento antes de darme la vuelta y quitarme de la vista del asustado suevo—. Aquí hay alguien que quiere verte. Acompáñame.

El centinela abrió la verja y sacó al tipo de un empujón, mientras este continuaba quejándose y amenazando con denunciarlo ante sus poderosos amigos de la ciudad, entre los que nombraba incluso al obispo. El tipo debía de ser uno de los que se había convertido al cristianismo, renunciando al credo arriano —al menos de boquilla—, como también lo hiciera su difunto rey.

Tras cerciorarme de que el godo me seguía con el prisionero, comencé a caminar seguido de Galieno hacia donde provenía el sol, dispuesto a ver a mi viejo enemigo a la luz del día para poder apreciar bien sus rasgos. Me gustó que el tipo pensara que uno de sus conocidos de la ciudad se había acercado hasta el circo para interceder por él ante los guardianes de Teodorico. De esa manera, la sorpresa sería aún mayor.

Cuando llegué a la superficie, el sol ya se encontraba en su cenit, y como dijera Wildigern, su calor comenzaba a hacerse notar después de la fría mañana. Galieno se colocó a mi lado y me preguntó:

—¿De verdad es este el que te vendió a Quinto, Attax?

Lo miré y asentí con una sonrisa lobuna.

—¿Vas a matarlo? —trataba de parecer desaprobador, pero pude ver la excitación reflejada en sus ojos.

—Aún no lo he decidido, pero desde luego lo merece.

Eché un vistazo al lugar mientras esperaba a que un lento Hildimiro ascendiera por las escaleras. En el graderío, pero a bastantes pasos de nosotros, Wildigern e Ibbas continuaban repantigados sobre los asientos de piedra, charlando de sus cosas.

En cuanto escuché pasos tras de mí, me di la vuelta para ver bien a Hildimiro. El suevo, después de los días que llevaba allí abajo, tenía evidentes dificultades para adaptarse a la luz del exterior, y mientras yo lo examinaba, apenas pudo reconocer mis rasgos. Esperé un rato a que retirase su mano derecha, que había colocado sobre su frente a modo de visera, y al fin reparase en Galieno y en mí.

—¡Guardia! —reclamó, disgustado, a un sonriente Teudis—. ¿Quiénes son estos hombres? Debe de haber un error: yo espero al obispo Antonius o al poderoso Orosio.

—Pero ellos no te esperan a ti, Hildimiro —dije cruzándome de brazos y adoptando una actitud orgullosa.

La expresión del suevo se demudó en una mueca entre desconcertada y aterrorizada, en cuanto se dio cuenta de que sus ilusiones de que sus amigos hubieran acudido a rescatarlo habían resultado infundadas. Yo, divertido, continué con mi juego.

—Quien único te espera a ti es el demonio, viejo cabrón. Él te dará la bienvenida que mereces. —Me acerqué a él para que pudiera verme bien—. Tú no me reconoces, por supuesto. —Di una vuelta a su alrededor. El tipo, nervioso, no paraba de temblar en el sitio—. Después de todo, para ti debo de ser uno de tantos cuya desventura hizo posible que medraras.

—¡Guardia, no conozco a este hombre! —gritaba el suevo, exaltado—. ¡Quiero volver a mi celda!

Teudis fingió desconcierto.

—¿Tanto tiempo pidiendo que te sacáramos de la celda y ahora quieres volver allí? Desde luego, no hay quien te entienda, viejo.

Hildimiro abría y cerraba la boca, como si no supiera bien qué decir para no empeorar aún más su situación. Viendo que no encontraría ayuda en él, se apartó de Teudis y me dirigió una mirada escrutadora.

—Me vendiste como a vulgar mercancía, maldito hijo de puta —le susurré al oído mientras paseaba a su espalda—, y luego te olvidaste de mí, como de otros

tantos. Pero yo nunca he perdido la esperanza de encontrarte.

Me puse frente a él, y con los brazos en jarras proseguí elevando el tono.

–Creo que te mataré; no ya por mí, sino por todos y cada uno de los hombres que formábamos aquella caravana, y con cuya venta te enriqueciste.

A mi lado, Teudis, que comenzaba a intuir problemas serios, no dejaba de mirar, nervioso, hacia donde se encontraba su jefe. Enseguida vi por el rabillo del ojo cómo, alarmados por mis voces, Ibbas y Wildigern venían hacia nosotros. Incluso algunos de los aburridos centinelas que se encontraban en los alrededores se acercaron hasta donde estábamos con sus armas en la mano.

–¿Pero qué haces, hombre? –me gritó Wildigern mientras se acercaba.

Continué con los ojos fijos en el rostro del que Ruric llamara el “enano de la tripa”, y le respondí sin alterarme:

–Este cabrón me vendió como esclavo hace casi veinte años.

–Bueno, bueno –dijo Wildigern, conciliador, aminorando el paso cuando se encontraba ya casi a nuestro lado–. Yo he hecho cosas peores y no por eso espero que me guarden más rencor del necesario. ¡Esa es la vida del guerrero, hombre!

–Sí, pero en el camino te arriesgas a cruzarte con alguien con buena memoria y pasión por la venganza –el suevo asistía a nuestro intercambio de pareceres con el alma en vilo.

–Déjalo hacer, Wildigern –intervino Ibbas agarrando a su amigo del brazo–. A tus chicos les hace falta algo de diversión: mira como acuden todos corriendo en cuanto ven el más mínimo movimiento. Tienes muchos más suevos ahí adentro –dijo señalando hacia la escalera.

–¡Pero no son míos, joder! –respondió contrariado el tuerto.

–¡Venga ya! –dijo Ibbas, socarrón–. Ambos sabemos que esta época del año es muy mala para las gentes de su edad. El invierno hace estragos, y esta humedad es devastadora para los viejos. Caen como moscas. –Dirigió su mirada hacia Hildimiro, que se fue encorvando sobre sí mismo.

–¿Tienes dinero? –me espetó de repente Wildigern.

–Apenas unas monedas – mentí sin ningún pudor.

El tipo me estudió un instante, pero si buscaba algo de valor, lo único de lo que disponía esa mañana era de mi *spatha*, que había dejado con uno de los guardias de la puerta.

–Tiene un bonito caballo, Wildigern –interrumpió Ibbas nuestra negociación–. Está en el bagaje de Akhila.

El tuerto miró hacia su viejo amigo y se le iluminó la cara instantáneamente. Me estudió con renovado interés antes de proseguir.

–Tu caballo, y te dejo hacer mientras miramos hacia otro lado.

Al escucharlo, Hildimiro se apoyó en el frío banco del circo, como si sus piernas no lo sostuvieran. Estaba muy pálido: parecía que se le iba a parar el corazón allí mismo y me iba a privar del placer de liquidarlo.

Miré a Ibbas. Aunque me había proporcionado una solución para convencer al tuerto, el trato no acababa de convencerme. Lo cierto es que hacía meses que no veíamos a nuestros asturcones –en alguna ocasión había llegado a preguntarme si seguirían en el bagaje, pero contábamos con la palabra de Salla, que al menos resultaba más fiable que la de Ibbas–; los habíamos dejado entre los animales que acompañaban al ejército cuando seguimos a Akhila hacia el campamento suevo cercano a *Lucus* que habíamos tomado. Después de todo, para nada los necesitábamos mientras acompañáramos a la infantería. Cuando diéramos nuestra aventura por concluida y abandonáramos la compañía de los godos, los recuperaríamos. Le tenía bastante cariño a ese caballo.

–Nos lo jugaremos a los dados –improvisé–. Si gano, este cabrón es mío, pero el caballo también. Si pierdo, el tipo vuelve a la celda y el caballo es tuyo. ¿Hay trato?

No tardó mucho en decidirse. Supongo que la vida de Hildimiro le traía sin cuidado, pero le agradaba la idea de ganar un nuevo caballo, y el hecho de que decidiera el azar le resultó atractivo. Durante la partida que habíamos contemplado me había parecido un apasionado del juego, y al parecer mi juicio había sido acertado. Aunque su primera propuesta era más segura para él, no pudo rechazar la emoción de la segunda.

–Acepto –dijo con una gran sonrisa–. Pero jugamos con mis dados.

–¿Pero quién te crees que soy, Wil? ¿Un idiota? –intervino Ibbas–. Tus dados se quedan en tu bolsa: jugaréis con los míos.

Wildigern echó una furibunda mirada a su amigo, pero no le quedó más remedio que aceptar. La mañana se animaba, y más de lo que había pensado. Los hombres que habían llegado hasta nosotros desde distintos puntos del

graderío cuchicheaban, encantados, ávidos de emociones fuertes tras más de cuatro semanas sin nada que hacer.

No sé si en algún momento he aclarado que los dados han sido uno de los mayores placeres de los que he disfrutado en mi larga e intensa vida. Probablemente fue Gelimer el que me transmitiera esa pasión que él mismo sentía por las tabernas, el juego y el vino. ¿O fue su primo? Sí, creo que Anderico fue el que me enseñó a jugar a los dados; Gelimer se conformaba con vino y mujeres.

–Al mejor de tres tiradas –dijo Ibbas, que se había erigido en el improvisado juez de la contienda.

–Ibbas, eres peor que Sinderedo –dijo el tuerto con evidente fastidio–. Venga, trae aquí esos dados.

Busqué con la mirada los ojos de Hildimiro. El pobre desgraciado, bien agarrado por Teudis, asistía muerto de miedo a la partida que decidiría su destino, sentado sobre el mismo graderío que íbamos a usar como tapete. Sus ojos se encontraban fijos en su única posibilidad de salvación en ese momento: los dados en manos de Wildigern.

La partida la recuerdo como una de las que más satisfacción me produjo de todas las que he jugado en mi vida. Y vaya si había jugado a los dados. En mi cabeza reviví el relato de Anderico sobre la ocasión en la que tras una larga e intensa partida de dados, había llegado a ganar una destartalada propiedad en la *Baetica*, arriesgando todo el oro que tenía en ese momento, y que valía el rescate de un rey. Esa partida de dados permitió a Anderico vivir los mejores años de su vida: establecerse en una finca, conocer a la que sería su mujer, y acceder a la posibilidad de erigirse en uno de los principales de la zona. Yo no ganaría prestigio, ni siquiera oro o plata; lo que estaba en juego –a mis ojos– era la posibilidad de cumplir el juramento hecho ante mis dioses, y honrar la memoria de aquellos que me acompañaron durante el cruel cautiverio que siguió a la derrota junto al *Singilis*. Lucio, Ruric, aquel mercenario godo que murió víctima de sus heridas a los pocos días de encontrarse en la hedionda carreta, el vándalo que degollaran a mi lado porque juzgaron que no se recuperaría de las heridas de la batalla y no podría ser de utilidad como esclavo. Era por todos ellos, ya no por mí. En ese momento al fin me daba cuenta. Mi vida no había sido tan mala. Al contrario,

con la perspectiva de los años, perdida la posibilidad de prosperar al lado de Anderico y Gelimer, el haber llegado a la hacienda de Quinto había sido lo mejor que me había pasado en la vida. Pero ellos no habían tenido mi suerte, y aquel hombre debía pagarlo.

Me concentré –aunque muchos dijeran que de nada serviría–: después de ir por detrás de Wildigern en los primeros lances, lo que provocaba las risas de mi contrincante, por fin llegaba mi última tirada. Lancé los dados y ni tan siquiera miré hacia la fría piedra. Con los dados aún rodando sobre la grada, levanté la mirada hacia Hildimiro, para adivinar por la expresión de su cara el resultado de mi lanzamiento. Antes incluso de que en los ojos del tipo se reflejara el terror que sentía, las escandalosas risas de Teudis y Galieno me advirtieron de que había vencido. Dediqué al suevo una sonrisa salvaje. Su hora había llegado, y en un lugar tan adecuado como el circo, donde los gladiadores lucharan antaño por su vida. Este último pensamiento me dio una idea.

Las sonoras carcajadas de Wildigern congregaron a los pocos centinelas que se encontraban dispersos por el lugar.

–¡Me lo he pasado bien, amigo! Nunca me he alegrado tanto por haber perdido. Es todo tuyo. –Me dijo con una enorme sonrisa

–Deberíais hacer algo con la epidemia de gripe, Wil; recuerda decírselo a Sinderedo. –Intervino Ibbas.

–¡Bah! El jefe está en la ciudad disfrutando de una buena lumbre. Antes de que se alarme por la gripe, enterraremos a este tipo para atajar la epidemia – dijo el tuerto con una mirada siniestra.

–Teudis, tráelo. –Le indiqué.

Bajé hasta la arena y enseguida muchos de los hombres comenzaron a vitorear, divertidos. Me despojé de la capa y la tiré hacia mis compañeros, mientras Hildimiro se resistía a los empujones de Teudis. Pero nada podía hacer frente al godo. Este lo arrastró a empujones hasta el último escalón, desde donde lo tiró hacia la arena. El suevo cayó dando vueltas, provocando el jolgorio de los guerreros. Yo, a escasos diez pasos, lo miraba con desprecio mientras lenta y torpemente trataba de ponerse en pie. Parecía aún mayor de lo que esperaba, pero me traía sin cuidado: demasiados años había vivido ya el bastardo.

–Wildigern, por favor, haz los honores –le dije a nuestro anfitrión–. Hoy vais a asistir a un espectáculo de gladiadores en el circo...

Los guerreros, que llevaban días de aburridas guardias, comenzaron a jalear, animados por la diversión, y dos de ellos arrojaron un par de largas *spatha* que cayeron con un ruido sordo sobre la arena, en medio de donde nos encontrábamos los improvisados gladiadores.

Premeditadamente, consciente de que el suevo no representaba ningún peligro para mí, le hice una señal para que se acercara a tomar su arma antes de que yo lo hiciera. El tipo no me hizo caso: solo miraba aterrado en derredor tratando de encontrar alguna escapatoria. Pero no la había. La enorme superficie cubierta de arena que ocupaba la pista del circo aparecía vacía salvo por los restos de la antigua *spina*, y las pocas personas que nos observaban desde el graderío gritaban pidiendo su cabeza.

Negué lentamente con la cabeza y avancé paso a paso hacia las armas, animando al tipo a que reuniera los arrestos suficientes para tratar de coger la espada antes que yo. Pero fue en vano. Hildimiro permaneció alejado de donde habían caído las armas, y allí se quedó hasta que yo llegué a donde estaban los dos aceros. Me agaché lentamente y recogí ambos por la empuñadura, blandiendo uno en cada mano. Los esgrimí para cerciorarme de que las dos espadas eran de buena factura, y cuando por último decidí quedarme con la que más me convencía, miré hacia el desconsolado suevo y di unos pasos hacia él. Con calma, como un lobo acecha a su presa, di un rodeo para acometerlo de manera que su espalda quedara frente al graderío y que de esa manera no tuviera escapatoria. A medida que yo avanzaba, él reambulaba, y a cada paso que daba, más se acercaba a donde los godos lo esperaban soltando todo tipo de imprecaciones contra el cobarde suevo, e incluso ya algunos aprestaban sus lanzas para devolverlo a la arena si trataba de trepar por el muro.

–Te voy a dar una oportunidad para que mueras como un guerrero –le dije suavemente–. En cambio, tú a mí me diste la oportunidad de vivir como un esclavo, pero el destino no lo quiso así. Y por eso estoy aquí, para hacértelo pagar con tu vida –dije mientras le arrojaba una de las espadas, que cayó a sus pies. Por su mirada me pareció que dudaba si coger el arma o dejarla allí. Antes de que se decidiera proseguí hablando.

–Tú no lo recuerdas, pues hace ya muchos años de esto. Pero voy a tener la cortesía de refrescarte la memoria, para que sepas por lo que vas a morir hoy. Después de la batalla del *Singilis*, donde tu rey Rechila venció al ejército hispano que le salió al paso, llevasteis una caravana de prisioneros hacia el norte, hasta venderlos en *Conimbriga*. –Hildimiro asintió torpemente–. Bien, pues hoy vas a pagar por ello. Así que coge la espada y muere como un guerrero, o te aseguro que no voy a tener ningún miramiento en mandarte al otro mundo lentamente, haciendo que sufras lo indecible por cada día que pasé dentro de aquel hediondo carronato.

Asustado, pero consciente de que mis amenazas no eran vanas, el tipo se agachó y recogió el arma. En sus manos parecía fuera de lugar. No dudaba que en su juventud hubiera sido un buen luchador: no se llega a su edad sin serlo, y él mismo había llegado a tener una banda de guerreros que le servía. Pero los años no pasan en balde, y si yo a mis cuarenta y cuatro años ya me notaba menos ágil y más lento que años atrás, él, a sus más de sesenta, era poco más que un anciano. Reconozco que me daba igual si se defendía o no. Me sabía mal por los godos, que querían diversión, pero a mí me bastaba con matarlo y cerrar una herida que llevaba abierta más de dieciocho años. No podría recuperar a Lucio ni a Ruric –quién sabía dónde estarían, o si habrían muerto ya–, pero al menos me llevaría la satisfacción de haberlos vengado a mi manera.

Cuando el tipo estaba a punto de chocar con la espalda contra el pétreo muro, me arrodillé y enterré la espada en la arena del circo mientras elevaba una breve oración antes de enviar una nueva alma al inframundo.

La sorpresa invadió a los godos, que no sabían qué demonios estaba haciendo, y cuando me incorporé también pude leer en los ojos de mi oponente su extrañeza por mi acción. No le di tiempo a reponerse: arranqué la espada de la arena y lo embestí, seguro de sellar ahí ese episodio de mi vida. Al menos había decidido morir como un hombre y evitar la deshonra de pedir clemencia, y eso era lo que iba a obtener, una muerte mejor que la que merecía.

Fue rápida, muy rápida. Incluso más de lo que hubiera querido, pero a veces las cosas se desarrollan de manera que uno no puede controlar. Decidí usar mi arma como si fuera una guadaña para probar la agilidad del suevo, e

hice un barrido lateral frente al tipo, esperando que subiera su guardia para desviar mi acero. Y aunque eso fue lo que sucedió, no terminó, como había previsto, en una simple estocada de tanteo: el tipo alzó su *spatha*, pero de tal manera que no llegó a interponerse en el camino de mi hoja, sino que su movimiento largo y desesperado, más parecido al de un hombre indefenso que trata de cubrir su rostro con los brazos que el de alguien que sujeta una espada entre sus manos, terminó por colocar frente a mi filo la carne de su antebrazo, en lugar del duro metal. No sé si fue debido a sus escasas fuerzas, que a su edad lo habían abandonado, o si lo hizo a propósito para evitar seguir luchando. Pero el resultado fue que mi hoja cercenó su muñeca, provocando que su amputada extremidad, aún patéticamente aferrada al mango de su espada, sobrevolara la escena, dejando un reguero de oscura sangre en su trayectoria. Con el tipo manco y sin poder luchar, ya nada le quedaba por hacer salvo morir. Apenas dediqué una mirada al graderío —algunos de los godos abucheaban al viejo, recriminándole que con su actitud les hubiera dejado sin espectáculo— antes de rematarlo. Sin llegar a bajar mi arma, desde la posición en la que había quedado tras acabar mi primer movimiento, arremetí de nuevo repitiendo el ataque, en esta ocasión en sentido inverso, deshaciendo el camino recorrido; pero esa vez dirigí la punta de mi arma hacia la garganta del tipo. Instantáneamente, dos dedos de reluciente acero se introdujeron en su cuello. La sangre manó profusamente de su nueva herida. El combate, si pudo llamarse así, apenas duró diez latidos de mi corazón desde que esgrimiera por primera vez mi arma.

Con la trabajosa respiración convertida apenas en ahogados estertores, Hildimiro se apoyó contra el muro mientras caía lentamente, y trataba de llevarse las manos —o debería decir la mano y el muñón— al cuello, por donde se le escapaba la vida a borbotones. Al verlo moribundo frente a mí, me invadió una extraña sensación de vacío, en la que todavía aleteaba una tenue llama de rabia. Escuchando los murmullos decepcionados que llegaban desde las gradas, me sentí absurdamente enfadado con el tipo por haberme privado de la diversión —al igual que al público— con su pusilánime actitud. La oscura crueldad que habita en el alma de cada hombre se avivó como una hoguera, y me acerqué al moribundo con la firme idea de aterrorizarlo aun en su último instante sobre este mundo. Lo así por el ralo cabello, lo que debió provocarle

horribles dolores, porque la inercia de su cuerpo lo llevaba a acercarse lentamente hacia el suelo y yo lo retuve, agrandando la herida del cuello.

–Esto no ha acabado aquí, bastardo; es más, solo acaba de empezar. Mis amigos te encontrarán allá donde vayas y también tomarán su venganza – susurré amenazadoramente mientras la vida se le escapaba como la arena de un reloj. Clavé mi mirada en sus ojos hasta que la más mínima chispa hubo huido de ellos, y solo cuando estuve seguro de que lo que sostenía era una mera carcasa donde no habitaba ya alma alguna, lo solté.

Me separé del cuerpo y me dirigí a la muchedumbre como suponía debían de haberlo hecho los antiguos gladiadores durante sus grandes triunfos. Los saludé, agitando la espada sobre mi cabeza y mientras recorría con mi mirada las caras de cada uno de ellos pensé en que si hubieran estado allí Marco o Salla sin duda me hubieran reprendido por tan burda escenificación. Bien pensado, si alguno de ellos hubiera estado presente, dudo que me hubieran permitido consumir mi venganza, o al menos hacerlo de aquella manera. Imaginar sus miradas desaprobadoras me hizo sentir una tenue punzada de vergüenza; no me arrepentía de lo que había hecho –ni mucho menos–, pero me alegraba de que no hubieran contemplado ese arrebató salvaje. Decidí hablar con Ibbas y Galieno para pedirles que nuestras actividades de aquella mañana quedaran como un secreto entre nosotros. Eso sí, en última instancia hube de reconocer que, si bien tras la escena protagonizada por Ibbas a nuestra llegada me había arrepentido sobremanera de no haber aguardado a que Salla se recuperase para acompañarme, a la postre había resultado una ventaja, pues me había permitido gozar de semejante desenlace, tan alejado del estilo que el muchacho hubiese aprobado.

Eché un último vistazo al cuerpo de Hildimiro antes de dirigirme hacia donde descansaba su inútil espada. Aparté de una patada la mano amputada y recogí el arma para devolverla al soldado que nos la había arrojado. Ascendí las escaleras entre vítores –y alguna que otra queja por la brevedad del espectáculo– mientras los hombres me iban dando amistosas palmadas cuando pasaba a su lado camino de donde me esperaban mis amigos.

–Creo que me has estafado, amigo –protestó muy serio el tuerto cuando llegué a su lado.

–Mi contrincante no daba para más, Wildigern –le respondí tratando de parecer afectado.

–Esperaba algo más de diversión... Algo que me hiciera olvidar el haber perdido un buen caballo –insistió dándole un codazo a Ibbas mientras se reía escandalosamente.

–Discúlpalo, Wil: no es más que un alano salvaje, no puede saber de los refinamientos que tenemos los godos a la hora de un buen duelo a muerte –le respondió su viejo camarada.

Lo miré furibundo, pero comprendí que lo que quería Ibbas era algo más de diversión a mi costa y decidí pasarlo por alto: ya había conseguido lo que quería y no necesitaba nada más.

Wildigern, consciente de que no sacarían nada más de la charla, tomó rápidamente las riendas de la situación.

–¡Teudis! Traed algo del aceite para encender y un buen par de antorchas. Vamos a aprovechar que no llueve para hacer una buena hoguera.

Y ese fue el fin de Hildimiro. Ajusticiado en el circo como los malhechores, su cuerpo no fue enterrado como marcaba su fe –si es que realmente era cristiano–, y ningún ser querido recordaría su final y lloraría por él. Su cuerpo fue pasto de las llamas allí mismo, donde había muerto tratando de agarrarse a la fría piedra, ya que sus dedos no podían retener la vida que se le escapaba.

Yo permanecía sobre el graderío como hipnotizado, mirando fijamente cómo las llamas iban devorando a mi antiguo enemigo, extendiéndose veloces por sus sucias ropas como lobos voraces abalanzándose sobre una indefensa oveja. Debió de ser por la humedad del ambiente y fruto del frío invierno que estábamos sufriendo, pero juraría que mientras asistía inmóvil al espectáculo, mi pierna izquierda comenzó a darme puntadas de dolor donde hiciera tantos años me había partido los huesos. O quizás mi pierna, a su manera, también se despedía de aquel cabrón.

–Siempre lo he dicho –comentó muy serio Ibbas poniéndome un brazo en el hombro–: nada como un buen fuego para alejar las fiebres. Venga, muchachos, ya está bien de diversión por hoy, aquí hay gente que tiene que trabajar; no como nosotros, que solo nos preocupamos por beber y por

complacer a las cálidas mujeres de *Emerita*. Despedíos de vuestros nuevos amigos como buenos chicos.

Wildigern soltó un reniego al escuchar sus palabras, pero a la vez se abrazó a Ibbas y le propinó una sonora palmada en la espalda.

El feo Teudis, que pese a lo que dijera su jefe sin duda había disfrutado del espectáculo, acudió presuroso a nuestro lado y se abalanzó sobre Galieno como si realmente fuera un viejo amigo. Mientras el godo palmeaba su espalda, pude ver el gesto aterrorizado del joven que respondía a la efusividad de Teudis con tímidas palmadas. No solo la fealdad del godo se acentuaba en las distancias cortas –creo que nunca había visto cosa comparable, ni tan siquiera la de su jefe– sino también el rancio olor que desprendía. Cuando llegó a mi lado, antes de que el tipo tratara de abrazarme, le di una fuerte palmada en el hombro y le agradecí su maestría con las antorchas.

Agarré del brazo a Wildigern y le di las gracias encarecidamente por el favor que me había concedido, a lo que el godo me respondió chasqueando la lengua.

–Era un quejica; dudo que nadie lo eche de menos. Hasta sus compañeros de celda estarán ahora más tranquilos.

No era un mal tipo, feo como pocos, pero un hombre fiel a sus amigos, como había demostrado.

Nos despedimos del resto de los hombres mientras enfilábamos el camino hacia la puerta por la que habíamos accedido al recinto, y cuando nos dimos la vuelta pudimos oír la ronca voz de Wildegern dirigiéndose a sus hombres.

–¡Ni una palabra a nadie de lo sucedido hoy aquí! Sé donde dormís, cabrones... ¡Así que, por lo que a nosotros respecta, han sido las fiebres! ¿Entendido?

Mientras nos alejábamos, Ibbas se volvió hacia mí y comentó por lo bajo.

–Es un buen tipo. Lástima que su padre debiera vasallaje a Sunierico, porque habría sido de gran ayuda para Akhila y Sarus. Y me hubiera gustado seguir peleando a su lado.

Lo miré, divertido por la nueva faceta que había descubierto en Ibbas. Aunque a su peculiar manera, él también sabía mantener una amistad a pesar de que hubieran transcurrido muchos años.

–¡Abrid la puerta, demonios! –gritó Ibbas en cuanto nos acercamos a la puerta donde Segimer y sus hombres montaban guardia.

Al momento las puertas se abrieron y Segimer se acercó a nosotros, contento de vernos al fin fuera del recinto y sin que aparentemente fuéramos a causarle más problemas de cara a sus superiores.

–¿Dónde están mis armas? –preguntó Ibbas escrutando fieramente a los guerreros que lo miraban apoyados desde los muros—. No las habréis vendido, ¿no? ¿Era eso lo que os traíais entre manos?

Antes de que el godo pasara a mayores con sus quejas, Segimer lo interrumpió, deseoso de entregarnos las armas y vernos marchar antes de terminar por perder la paciencia.

–Aquí las tienes, Ibbas. Te aseguro que me trae sin cuidado lo que hagas con ellas fuera del recinto –hizo una señal al guerrero que se encontraba al lado de donde reposaban nuestras armas. Este nos las alcanzó, y mientras nos colocábamos nuestros talabartes a la cintura, Ibbas miró socarronamente a su alrededor y habló como si paladeara las palabras.

–Esta noche tendréis una nueva guardia, niños, ¡podéis darle las gracias a Segimer! –dirigió una sonrisa satisfecha al tipo—. El viejo Ibbas siempre se sale con la suya. Recuerda eso, muchacho.

La expresión de sorpresa del interpelado lo decía todo. ¿Qué había hecho mal? Había cumplido las órdenes de sus superiores incluso enfrentándose a todo un veterano como Ibbas. ¿A qué se refería entonces? Yo casi esperaba que el tuerto tuviera piedad del grupo y no cumpliera su amenaza, porque en el fondo los muchachos no lo merecían. Pero ya se sabe; mi querida Aspasia solía repetir una expresión que venía a decir algo así como que más sabe el demonio por viejo que por demonio, y en experiencia pocos en el campamento podían compararse con Ibbas. Aunque, bien pensado, tampoco era tan mayor: solamente tenía mi edad.

Nos alejamos camino de la urbe. En general, me sentía bien; tal vez un poco raro, pero bien. Aunque durante años había esperado encontrar a Hildimiro y darle su merecido, también era cierto que durante otros tantos me había olvidado de él, a favor de las nuevas metas que me había planteado la vida desde mi llegada a *Conimbriga*. Probablemente el día en que Quinto me manumitió, olvidé por primera vez a Hildimiro, sino incluso antes, cuando una

vez recuperado de la pierna pude dedicarme de lleno a la cría de los caballos ayudando al astur Medulio. Echando la vista atrás, me daba cuenta de que había vivido un sinfín de situaciones dignas de recordar. Tal vez sí que era tan mayor como quería evitar pensar. Al recordar mis inicios en la villa de Quinto, vino a mi memoria el asunto de los caballos.

–¿Qué pasa con nuestros caballos, Ibbas? ¿De verdad están todavía en el tren de bagaje?

–¿Por qué pones esa cara, Attax? –me interpeló, enarcando las cejas—. ¿Por quién me tomas, alano? ¿Crees que soy un salvaje que come carne de caballo? ¡Dios me libre! Claro que estarán con el resto de la impedimenta. Lo que pasa es que un guerrero de infantería no necesita un caballo: te lo he dicho mil veces, Attax. Los caballos solo sirven para huir como cobardes, ¡y mis hombres nunca huyen! –dijo mientras movía la cabeza como si yo estuviera loco.

–Te hago responsable de ellos, Ibbas, ¡Esos caballos valen más que muchos de los hombres que conozco! Así que no vuelvas a ofrecerlos en mi nombre– le repliqué molesto.

–Anda, relájate, hombre. Vamos a la ciudad a buscar a los tiernos infantes que nos esperan entre almohadones y dulces cuidados. Necesitan que sus mayores les recuerden que esto es un ejército, aunque ya no lo parezca... ¡Venga, que la próxima ronda en la taberna de Lucrecia corre de mi cargo!

Tanta generosidad me hizo desconfiar. Mis caballos... ¡qué habría sido de mis caballos!

CAPÍTULO XVI

A finales del mes de enero el bueno de Salla ya se encontraba casi totalmente recuperado de su herida, lo que vino a trastornar nuestra ociosa existencia en la ciudad. Aunque todavía se alojaba en las cómodas dependencias que le había asignado el obispo, todos los días nos acompañaba a dar una vuelta por la ciudad, o tal vez debería decir que lo acompañábamos nosotros en sus cada vez más largos paseos. Los primeros días recorría pocos estadios con gran sufrimiento, aunque sin quejarse, pero por último ya realizábamos la larga ronda por las murallas de la ciudad casi a diario. Estas caminatas, que en un principio cansaban al joven hasta la extenuación, poco a poco iban fortaleciéndolo y, ya por último, hasta nosotros mismos estábamos cansados cuando él insistía en acercarnos a otro punto de la ciudad para tener una nueva visión de la urbe.

Y no solo eran nuestras piernas las que protestaban, cansadas y doloridas, sino también nuestras cabezas. Mirar la ciudad a través de los ojos de Salla podía ser realmente agotador. El muchacho contemplaba *Emerita* como si fuéramos importantes estrategias militares que tuvieran que defender la plaza frente a una imaginaria horda de vociferantes enemigos. ¿Acaso esperaba quedarse al frente de la guarnición? —si es que llegaba a haberla, claro—. Que si había que reforzar algunos de los lienzos de las murallas, que si los ángulos que ofrecían las torres al enemigo hacían vulnerables a los defensores en algunos lugares, que si era necesario dotar a la ciudad de un baluarte adosado a la muralla para albergar a la guarnición y servir como última defensa... La imaginación del joven bullía más aprisa de lo que mis cansados huesos me permitían subir por aquellas empinadas escaleras que nos ofrecían las mejores vistas sobre el *Annas* y los campos circundantes. Hasta del circo poseíamos una vista privilegiada desde la muralla, pudiendo observar la arena donde días antes tuviera lugar el último combate entre gladiadores al que habían asistido los mudos muros del edificio. Mejor así, porque si hubieran tenido el don de la palabra, probablemente hubieran protestado a gritos por el tosco espectáculo que ofrecí ese día.

Una de esas tardes, ya entrado el mes de febrero, nuestra tranquila y regalada vida en *Emerita* sufrió un vuelco, aunque no inesperado, sí al menos sorprendente. Nos encontrábamos, como siempre, sobre el adarve que se extendía frente al antiguo y deteriorado puente levantado siglos atrás por los romanos, después de haber recorrido toda la muralla y saludar a cada uno de los guerreros que, aburridos, hacían su ronda. Se trataba del lugar favorito de Salla para descansar, una vez satisfecho por como había soportado los rigores de la larga caminata, y probablemente era ese el punto donde más se detenían sus ojos después de cada jornada.

–¿Cómo lo construyeron? –se preguntaba en voz alta sin desviar sus ojos del pétreo puente–. Wulf, ¿Por qué no sabemos hacer cosas como esa? –Interrogaba a su amigo, que se apoyaba pesadamente en una de las almenas. Este, mucho más práctico, se encogía de hombros y se limitaba a mirarlo, sabiendo que Salla no esperaba respuesta.

–¿Tienes miedo a mojararte, Salla? –intervine, tratando de molestarle.

–Pues puede que tengas razón, Attax, porque no se me da bien nadar. Pero me refiero a la importancia que tiene mantener el puente en buen estado para que lleguen las mercancías hasta la ciudad. ¿Qué pasaría si terminara derrumbándose? Te lo voy a decir: *Emerita* decaería, lentamente pero sin remisión. Sería suplantada por otras urbes de las cercanías antes de que tuviera nietos –dijo pensativo.

–*Corduba* me parecería un buen lugar como alternativa.

–¿Y tiene estas murallas? –se interesó, curioso.

–Quizás no tengan un perímetro tan amplio, pero se encuentran en mejor estado, te lo puedo asegurar. Y si no me equivoco, los propios ciudadanos las recorren día y noche con las lanzas en las manos. –No estaba mal marcarme un farol por la ciudad de Olimpodoro, y esperaba que también de Fulvio Andevotus.

–Estas murallas son estupendas, pero necesitarían reforzarse si el rey pretende mantener una guarnición aquí.

–Lo que necesitan es una buena guarnición y un jefe capaz –terció Marco, ya cansado, después de todas las ocasiones en las que lo habían discutido.

–¿Capaz de defenderlas? ¿O capaz de ganarse a los ciudadanos para su causa y poder servirse de ellos? –preguntó sonriente el joven godo mirando a

su amigo.

–Si las dos cosas fueran posibles, esta tierra tendría futuro. En caso contrario, estaría condenada a decaer lentamente en esta época de miseria, como el resto de la provincia.

–*Corduba* está cerca de *Hispalis*, ¿verdad Attax? –cambió de tema Salla, volviendo a mirar más allá del río.

–A unas pocas jornadas de camino por buenas calzadas.

Suspiró sin mirarnos y continuó:

–En dos semanas una expedición partirá hacia el sur, a *Hispalis* –nos reveló.

–¿Tan pronto? –se sorprendió Marco–. Pensaba que el rey esperaría en *Emerita* hasta finales del invierno.

–Ayer mismo me enteré. Los caminos empiezan a ser transitables incluso para una fuerte columna de guerreros y bagaje.

–¿Quién irá, Salla? ¿Se sabe algo? –preguntó Wulfila, al que al fin le interesaban los derroteros que tomaba la conversación.

–Mi padre acudió a verme a casa de Zenón acompañado de Cyrila y me transmitieron la nueva. El propio *Dux* será quien comande la expedición, y quiere que lo acompañe. Mi padre está de acuerdo: cree que es una buena oportunidad para luchar bajo las órdenes de otro comandante que no sea él, y tiene en alta estima el valor de Cyrila.

–Mira cómo se mueve el joven entre las altas esferas... –graznó Ibbas–. Pero no pretenderás ir solo, ¿eh, chaval? Al menos mi guardia y yo te acompañaremos –aseguró cruzándose de brazos.

–Por supuesto, Ibbas; no esperaba menos de ti. Mi padre ha pensado en eso y quiere que elijamos un grupo de unos cincuenta hombres para que nos acompañen. El resto se quedará con él bajo las órdenes de Frogga.

–Siempre he dicho que tu padre es el tipo más listo que conozco, y sabes que no soy dado a adular a nadie, chico. ¡Ojalá algún día seas tan listo como él!

–Para eso trabajo cada día, Ibbas, te lo aseguro –apostilló con seriedad antes de ponerse frente a nosotros y hacernos la pregunta que todos esperábamos–. Sois libres de volver al norte si es lo que deseáis, pero me

haría muy feliz poder contar con vosotros entre nuestro grupo. Lo digo como vuestro amigo.

–Cuenta con nosotros –respondió Marco sin esperar siquiera a preguntarnos a Galieno, Issa o a mí. Aunque sabía que el resultado habría sido el mismo.

–Me alegro de corazón. Sabía que nuestro vínculo era más fuerte que lo que marca únicamente una campaña. ¡Ya casi sois godos, amigos! –Para dejar claro mi parecer ante su afirmación, le mostré los dientes en una fea mueca.

–O tal vez tú medio hispano, Salla –me secundó Marco.

–Dejad de pensar en tonterías –interrumpió Ibbas–. ¿Tú estás preparado, muchacho? ¡Llevas casi dos meses tirado como una vieja!

–La herida ya está cerrada; ahora tan solo tengo que volver a hacer una pequeña instrucción que me ponga en forma. Y para eso no conozco a nadie mejor que tú, Ibbas.

El enorme godo se hinchó de orgullo por las palabras de su pupilo e inmediatamente se incorporó del muro donde estaba sentado.

–Hemos pasado demasiado tiempo viviendo como si fuéramos unos jodidos curas, y a más de uno le hace falta sudar.

No sé porqué, me pareció que detenía sus ojos en mí mientras terminaba la frase.

Y así volvimos a la férrea y extenuante disciplina de Ibbas. Todo lo que me había divertido con él esos meses, se vino abajo en pocos días. Había olvidado lo brutal que era como instructor, pero enseguida recordé con claridad porqué nunca lo incluía en mis oraciones. Nos despedimos de Zenón, y aunque nos pidió encarecidamente que dejáramos a Salla en casa de Antonius, donde era querido ya hasta por el mismo obispo, nos trajimos al chico de vuelta al campamento. Con gran pesar de Issa, Salla prefirió dejar a Vera en casa de Antonius, no porque no quisiera contar con la ayuda de la joven, sino porque un campamento repleto de guerreros ociosos y arrogantes no era el lugar más adecuado para una chica tan guapa como ella.

A cambio, cada vez que podía, Salla se encargaba de pedir a Issa que llevara algún mensaje al obispo, la mayoría banales, que casi no pasaban de meras excusas para que el britano tuviera que encaminarse a la ciudad y

podiera pasar algún tiempo con su enamorada. Y por sus cada vez más prolongadas tardanzas, y la expresión embelesada que solía traer al regresar, habría apostado que iba haciendo no pocos progresos con la muchacha.

En el campamento, los hombres de Akhila, después de tanto tiempo sin ver al hijo de su patrón, lo esperaban como si se tratara del mismo *Comes*. No en vano, muchos de ellos conocían al muchacho desde que correteara con su espada de madera por el patio de la casa familiar situada en *Burdigala*. Noche tras noche, después de los agotadores ejercicios a los que nos sometía Ibbas, las copas de vino aguado apuradas de un trago, felicitándose por el feliz regreso del joven, se sucedían de una fogata a la otra. Y cuando el propio Akhila informó de que su hijo e Ibbas comandarían una pequeña tropa seleccionada de entre sus hombres para servir bajo la enseña del *dux* Cyrila, hubo serias disputas entre los guerreros para formar parte de los escogidos. Sin duda esos días fuimos la envidia de los hombres de Akhila, que trataban de destacarse en todos los ejercicios que Ibbas nos imponía intentando convencer a sus superiores de su merecimiento para formar parte de la partida.

Durante diez días ni siquiera pisamos la ciudad, a excepción de Issa, que siempre buscaba tiempo para los encargos de Salla, por más que terminara agotado de los ejercicios de Ibbas. A pesar de que el godo, divertido por su cabezonería, intentó por todos los medios llevarlo al límite, el britano nunca dejó de robar horas a su descanso para acercarse a *Emerita*. Por su parte, Galieno le prometía a diario que lo acompañaría, no fuera que las chicas de Lucrecia lo estuvieran echando demasiado de menos; sin embargo, llegado el momento cedía al cansancio y olvidaba sus ganas de juega. Realmente, el ritmo era trepidante: teníamos pocos días para prepararnos antes de que la expedición partiera, y en esas circunstancias cualquier instante era precioso para que los hombres volvieran a sentirse guerreros.

Pero cuando faltaban ya pocos días para nuestra partida, ocurrió algo que vino a truncar la relativa calma del campamento. Después de que el duro mes de diciembre y el frío mes de enero hicieran casi imposibles las comunicaciones entre *Emerita* y el resto de *Hispania* —y más aún con el resto del imperio—, por fin el estado de los caminos permitió que los mensajeros godos recorrieran grandes distancias para mantener informado a su rey. Y las primeras noticias que recibimos fueron las peores que podíamos haber

imaginado: desde *Gallaecia* comenzaban a llegar informes veraces, no ya meros rumores, sobre la traición del hombre fuerte de Teodorico en la provincia, Agriwulf. El frío del invierno había logrado silenciar durante las últimas semanas los murmullos que se escuchaban tímidamente en las postrimerías de diciembre, al igual que había hecho impracticables los caminos durante esa época. Pero, finalmente, llegaban informes fidedignos de que su lugarteniente en *Braccara* había traicionado a su rey y a su pueblo.

El guerrero de los ojos de hechicero, nadie podía saber con seguridad por qué, había decidido dar la espalda a Teodorico pese a la destacada posición que este le había otorgado. Dejando a una reducida guarnición en *Braccara*, había partido con el resto de sus hombres, supuestamente para acabar con los guerreros suevos que continuaban resistiéndose al nuevo orden que los godos pretendían establecer. Pero, para sorpresa de todos, hasta de su propio segundo al mando, que era quien escribía al rey desde *Braccara*, en lugar de luchar contra los suevos, Agriwulf había entablado negociaciones con los principales líderes que quedaban entre aquellos para que se pasaran a su bando y lo ayudaran a hacerse con el poder en la provincia.

Había algunos que decían que cuando el difunto Teodorico había enviado a Agriwulf años atrás a *Hispania*, este no había perdido el tiempo, sino que había aprovechado la ocasión para tejer estrechos vínculos con los nobles suevos de *Gallaecia*. Así que el persistente rumor que había ido tomando forma y adquiriendo veracidad con las últimas noticias podía ser la respuesta adecuada al enigma que representaba *Gallaecia* para Teodorico en ese entonces. Agriwulf no era nuevo en lo que los lameculos de los poderosos llaman diplomacia; al contrario, era todo un veterano tanto en el campo de batalla como en el arte de la intriga. Akhila nos contó durante esas largas tardes cómo Agriwulf había sido el agente elegido para los trabajos más difíciles de ejecutar, no solo por el actual rey, sino también bajo los reinados de su hermano y de su padre. Era letal al mando de un grupo de guerreros, pero no lo era menos en solitario, armado con su astucia y su cuchillo. Incluso uno de los importantes enviados desde Roma en los últimos años, el conde Censorius, había sucumbido bajo la hoja del godo en *Hispalis*.

Durante días pudimos comprobar cómo Akhila regresaba de un humor de mil demonios después de pasar largas horas en el edificio intramuros donde el

rey había instalado su cuartel general. La traición de su hombre de confianza había socavado la confianza del monarca en sus hombres, y los que se encontraban a su lado eran los que más lo sufrían. Un rey no suele tener muchos amigos, o más bien ninguno; la corona tiende a trocar las amistades verdaderas por amistades interesadas, y más en un caso tan peculiar como el de Teodorico y su familia, donde incluso entre hermanos se había recurrido al asesinato cuando así lo había dictado la ambición.

A partir de ahí, según nos contaba, circunspecto, el *Comes*, el rey se cuidaba mucho de apoyarse en sus allegados. Pero, cuando faltaban ya escasos días para que llegara el mes de marzo, la situación dio un vuelco inesperado: estaba claro que la actuación de Agriwulf demandaba una rápida y enérgica respuesta por parte de Teodorico, pero no esperábamos que Akhila fuera el elegido para ejecutarla. Nos enteramos a escasos cinco días para que nuestra columna partiera, cuando tratábamos de descansar frente al fuego tras otra agotadora jornada de instrucción. Akhila, que llevaba varios días durmiendo en el campamento, alejado del rey y las intrigas de su círculo, se acercó, como de costumbre, hasta nuestra fogata para compartir los últimos momentos del día.

—En dos días partimos hacia el norte —nos dijo—. A caballo y sin apenas bagaje. Debemos alcanzar *Braccara* antes de los *idus* de marzo.

—¿Partimos? ¿Debes ir tú... señor? —preguntó Salla, desconsolado. Había hecho todo lo posible para participar en la expedición de Cyrila y ahora, en el último instante, se enteraba de que su padre debía enfrentarse a la que probablemente sería su misión más importante hasta la fecha al frente del ejército, y no podría acompañarlo.

—Sí, Salla. El rey así lo ha dispuesto. Además, seré yo quien comande a los hombres —Ibbas se levantó dispuesto a ofrecerse a seguir a su señor, pero Akhila le hizo un gesto para que volviera a sentarse—. No es posible, Ibbas. Vosotros y vuestros hombres ya estáis comprometidos con el *dux* Cyrila y no es posible que me sigáis.

—Pero padre, ¿cuántos hombres irán con vos? Si lo que comentan es cierto, Agriwulf puede contar con miles de guerreros. ¡No sabemos cuántos suevos se esconden en los bosques!

–Tranquilo, Salla; lo realmente importante no son los hombres que sigan a Agriwulf, sino el propio Agriwulf. Nuestra partida es pequeña: seiscientos hombres, todos a caballo. Frogga y los nuestros, más las bandas de Wamba y Egica el warno.

–¿Seiscientos hombres? –exclamó Ibbas colérico– ¡Pero si solo con los godos que quedaron en *Gallaecia* Agriwulf cuenta con un buen millar de guerreros!

–No te preocupes, Ibbas; el rey ya ha pensado en ello. En *Braccara* quedan cuatrocientos hombres leales a Teodorico, y Ruderic asegura que otro centenar se sumarán a nosotros desde *Portus Cale* en cuanto nos presentemos frente a la ciudad. Además, el rey ya ha enviado emisarios para propagar el mensaje de que todos aquellos godos que se unan a las fuerzas reales serán perdonados, y no correrán la suerte de su jefe.

–¿Y si *Braccara* ya ha caído cuando lleguéis? –Salla se mordía el labio, preocupado.

–Por eso tenemos que salir en pocos días y ascender por la misma calzada por la que vinimos tan rápido como nos sea posible. No podemos permitir que *Braccara* caiga, porque si así fuera nuestra misión estaría en verdadero peligro. Sin una base, y sin los hombres que allí nos aguardan, no daría un gastado denario por nosotros.

–¿Y os podéis fiar de la guarnición, señor? –preguntó Marco con tiento.

La cansada risa de Akhila nos adelantó lo que el *Comes* pensaba sobre ese asunto.

–En este momento solo me fío de mis propios hombres... y de Teodorico. El resto lo averiguaremos cuando lleguemos allí.

–Soy yo el que no da un denario por Agriwulf, dado que el rey ha tenido el suficiente sentido común para ponerlos a vos al mando, señor –dijo Ibbas con seriedad.

–Gracias, Ibbas. Ahora mismo creo que necesito más esas palabras que el propio descanso.

–Lo matarás, ¿verdad, padre? –preguntó Salla con voz ronca.

Su padre asintió pensativo antes de responder.

–Esas son las órdenes: no importa si se entrega, debe morir por levantarse contra su señor.

Yo tenía un nudo en el estómago. Todo por lo que habíamos luchado hacía menos de seis meses se había venido abajo en poco tiempo. Con Agriwulf en armas contra su señor y los suevos aún fuertes en determinados lugares de la provincia, la situación de *Gallaecia* volvía a presentarse tan inestable, o más, que en los años anteriores. ¿A favor de quién se decantarían los hispanos? ¿Quizás a favor de los suevos? No descartaba que muchos tomaran esa decisión, porque, al fin y al cabo, ¿quiénes eran los godos, sino otros salvajes guerreros venidos del norte que no habían logrado cumplir la misión del imperio? ¿Qué pasaría con *Lucus*? ¿Tomarían partido sus ciudadanos por alguno de los ejércitos que asolarían la región en los próximos meses? Lo dudaba: lo más probable era que el gobierno de la ciudad aprovechara el vacío de poder para asumir más competencias en los alrededores de la urbe; pero eso podía ser también un arma de doble filo. El auge de *Lucus* podía darles una posición de fuerza ante suevos y godos, o bien podía resultar fatal para sus gentes.

Con sus enormes murallas, *Lucus* representaría la salvación para el ejército que la tomara, lo que podía atraer a ambos contendientes en busca de una base estable, o bien simplemente a por un buen botín. De haber podido elegir, hubiera preferido montar a caballo a la mañana siguiente y seguir a Akhila en su desesperada carrera hacia el norte, hacia lo que quiera que le deparara el destino a *Gallaecia*. A pesar de las palabras tranquilizadoras del *Comes*, los hombres con los que contaba me parecían demasiado pocos. ¿Podría salir con éxito de su difícil misión? Sin duda no era un gran ejército, pero eran buenos guerreros y fieles a su señor; y contar con un cabecilla competente como Akhila les daba una oportunidad, por más que el *Comes* tratará de evitar cualquier protagonismo.

Además de sentir que era ahí donde debía estar, creo que en mi fuero interno no deseaba presentarme de nuevo frente a *Hispalis* como conquistador, como ya había hecho hacía casi treinta años, cuando era más joven que el propio Marco, con los vándalos de Gunderico. En aquel entonces la ciudad fue sometida, y no precisamente de manera incruenta. La última vez que había visto sus muros, diez años después de mi llegada, todavía presentaban marcas de la violencia que se empleó aquel día. Y ahora tenía verdadero pavor a caer de nuevo sobre sus habitantes. Fueron muchos años viviendo allí, casi una

década —y además de los mejores de mi vida—, entre sus gentes, hasta que finalmente casi pasaba por uno de ellos; más rubio y pendenciero, pero al fin y al cabo un habitante más de la finca de los Balbo. Aun así, no sabía a lo que me enfrentaba. Que la ciudad tuviera una guarnición sueva ya era bastante malo como novedad, por lo que era cierto que podíamos suponer una nueva oportunidad para sus gentes. O bien, vista la situación en ese momento en *Gallaecia*, podíamos representar un nuevo problema que fuera a desestabilizar aún más la región.

Dejé que mis compañeros siguieran hablando de lo que les deparaba el futuro, de los guerreros que seguirían a Agriwulf y los que volverían al redil de Akhila, y de cuáles deberían ser los pasos del *Comes* una vez incrementada su tropa con la guarniciones de *Portus Cale* y de *Braccara*, y me perdí en mis propias elucubraciones hasta caer dormido sin apenas darme cuenta.

Al día siguiente, el primero que teníamos libre desde que Salla regresara al campamento, comenzó igual de gris que el plumizo cielo de la mañana, con la tristeza instalada entre nosotros. El gesto contrariado de Salla dominaba cualquier conversación que tratáramos de mantener. Y así fue hasta que Akhila, antes de acudir a la llamada del rey para definir los últimos preparativos de su marcha, pidió a su hijo que lo acompañara en su camino hasta la ciudad. Nunca sabremos lo que se dijeron, pues Salla nada comentó, y yo nunca volví a ver a Akhila. Pero cuando el joven regresó hasta nosotros, parecía que las palabras de su padre habían templado su ánimo y volvía a estar de mejor humor.

—Pasado mañana nos vamos, y me gustaría despedirme de Antonius y los suyos —dijo al llegar junto a nosotros—. ¿Quién me quiere acompañar?

Todos los jóvenes se pusieron en pie y rodearon a su amigo dispuestos a ir con él. Yo, en cambio, cansado de los continuos sermones de Zenón y sus acólitos, me quedé tumbado sobre la hierba, con Ibbas sentado a mi lado mirando fijamente el fuego.

—¿Y los viejos qué dicen? —nos preguntó Salla con una de esas encantadoras sonrisas que solo él sabía poner.

—Yo preferiría despedirme de Lucrecia —dije—. Si queréis, os guardaré sitio en la taberna.

–No pierdes el tiempo, ¿verdad Attax? Bueno, pues así sea, nos veremos en casa de Lucrecia a la hora séptima.

Los cinco jóvenes enfilaron el sendero hacia la ciudad caminando lentamente, y pudimos escuchar sus risas hasta que apenas distinguíamos sus siluetas. Yo pensaba en lo curioso que es el destino, que une no solo a veteranos como yo o como Ibbas, que han dado muchas vueltas por la vida, sino también a jóvenes como aquellos. Dos nobles godos, un joven britano sin patria, un antiguo esclavo hispano y su antiguo amo romano, que habían construido lazos más fuertes que si fueran de la misma sangre.

–¿A la hora séptima? ¿Pero estos chavales qué quieren hacer con el cura? –preguntó al aire Ibbas–. Yo no sé tú, Attax, pero yo en menos de una hora pienso estar allí para despedirme de Lucrecia como se merece.

Mientras Ibbas hablaba despreocupadamente de sus lascivos planes yo no podía quitarme de la cabeza lo que había sucedido la noche anterior, y la desazón que ello había provocado en mi interior. ¿Sería posible regresar a *Gallaecia* con Akhila y olvidar la aventura de *Hispalis*? Decidí probar suerte con Ibbas, que siempre sabía lo que pasaba por la cabeza de su señor.

–Ibbas, ¿crees que, si Salla insiste, Akhila nos dejaría acompañarlo? –pregunté esperanzado.

El gesto negativo con la cabeza de Ibbas echó por tierra mis últimas esperanzas.

–Mi señor prefiere que sea tal y como se ha dispuesto. Son sus órdenes, Attax; cada cual tiene un cometido, le guste o no.

–Pero ¿por qué? ¿No puede solicitar al rey que su hijo lo acompañe? ¿No creo que Teodorico se lo negara! ¿Es que no quiere luchar junto a su hijo? –insistí de malos modos, disgustado al comprender que mis expectativas no tenían visos de convertirse en realidad. Inmediatamente me arrepentí.

Con una furibunda mirada, Ibbas me espetó en voz baja, tras mirar alrededor para asegurarse de que nadie nos escuchaba.

–Contén tu lengua, alano cabrón. La misión de Akhila es casi un suicidio, y quiere que al menos su hijo tenga una oportunidad para vivir y servir al rey. Teodorico necesitará hombres leales a partir de ahora, y con Akhila lejos, ninguno mejor que Salla. Así que el muchacho irá hacia el sur, y nosotros con él por si nos necesita, ¿entendido?

Me quedé mirándolo con cara de idiota y apenas pude musitar una disculpa mientras me levantaba y me alejaba del campamento arrastrando los pies, sin un destino prefijado. Poco a poco mis pasos me llevaron hasta la ciudad, y después de atravesar la muralla, contemplé la posibilidad de entrar en la taberna de Lucrecia y esperar allí a mis amigos. Pero no me apetecía estar con ella a solas en ese estado. Seguí caminando por la ciudad, y sin apenas proponérmelo, llegué como cuando era niño hasta los restos del antiguo teatro. Nadie paseaba por aquel lugar de la ciudad. A solas, apenas interrumpido por los quejidos de algún que otro roedor en su lucha continua contra los gatos cimarrones de la ciudad, que sabían bien dónde encontrar su alimento, escalé por la montaña que ocupaba el lugar del antiguo teatro hasta llegar hasta donde todavía se adivinaban los últimos asientos del graderío. Cuando llegué allí, me acomodé como pude y miré hacia donde debería haber estado aquella dura y fría mujer de piedra que observaba con gravedad todo cuanto acontecía a su alrededor cuando yo era pequeño. Y dejé volar mi mente hacia *Lucus*, hacia Aspasia; y luego hacia el sur, hacia *Hispalis* y hacia Balbo, Sebastián y Silas, y tantos otros de los que no había vuelto a saber nada en los últimos dieciocho años.

Horas después, igual que llegué me fui, en silencio, agradeciendo que la lluvia no hubiera aparecido para hacer aún más penoso mi descenso de aquel terraplén, y me dirigí a buscar a los muchachos en casa del obispo. Golpeé la puerta y nadie apareció a abrirme, por lo que volví a golpear con más fuerza. Tras esperar lo que me pareció un largo rato, cuando ya comenzaba a darme la vuelta, el portalón se abrió lentamente con un agudo chirrido. Pensé que se trataría de Narciso, el callado portero que tantas otras veces nos había franqueado el paso desde que llegáramos a la ciudad. Desde luego, no esperaba lo que pasó entonces. Cuando la puerta abierta dejó entrever el fresco pasillo de la casa, me encontré frente a mí a una menuda y preciosa muchacha morena. La examiné por un instante, sorprendido, y me dio un vuelco el corazón. ¡Era la chica que había visto por los pasillos! ¡Era... la aparición de la orilla del *Annas*! No había posibilidad de error: era la misma que nos había transmitido el mensaje junto al río. La única diferencia era su vestido, pero ese cabello negro y reluciente a la altura de la cintura no lo había visto en ninguna otra ocasión, ni esos grandes ojos oscuros como cuentas

relucientes en aquella perfecta y pálida cara. Tuve que parecer un idiota mientras la contemplaba boquiabierto, porque la jovencita ni siquiera supo cómo actuar, hasta que comenzaron a oírse voces por los pasillos. Al momento Zenón apareció tras el recodo y se quedó frente a nosotros, pasmado con la escena. La santa, el bárbaro y el cura: un bonito reencuentro. Zenón tragó saliva, aminoró el paso y se acercó lentamente a la joven.

–Celeste, querida, ¿qué haces aquí? Vete a tus aposentos: esta es labor de Narciso.

La muchacha respondió al diácono con aquella voz dulce que también reconocí al instante.

–Pero todos estaban con los godos, maese Zenón, y yo me encontraba aquí al lado...

–Sí, sí, pequeña. Pero esta es la labor de Narciso. Tú vuelve a tus dependencias a rezar –dijo, empujándola ligeramente hacia el pasillo.

Cuando la muchacha se hubo perdido por el pasillo, se dirigió a mí con lo que me pareció una sonrisa forzada en los labios.

–¡Attax, viejo amigo! También has querido despedirte de nosotros; ¡alabado sea Dios!

Se colocó frente a mí y ni siquiera lo pensé. Mientras Zenón me dedicaba su sonrisa más cortés, descargué un fuerte golpe en la boca de su estómago que hizo que el sorprendido cura se doblara sobre sí mismo sin respiración.

–¡Así que una aparición, maldito puerco!

El diácono trataba de hablar, pero el aire había escapado de sus pulmones y tenía que luchar desesperadamente para poder respirar.

–¡Por todos los demonios! –continué, furioso–. Y yo creyéndomelo todo como un imbécil... ¡cómo te habrás reído de mí, bastardo! –lo agarré del cuello e intenté incorporarlo contra su voluntad.

En ese instante llegó Narciso, el portero de la casa, que al encontrar a Zenón doblado en aquella extraña postura miró alarmado por encima de su hombro, por si fuera necesario pedir ayuda.

–Tranquilo, Narciso, es la emoción del momento –le aclaré al tipo con fingida jovialidad, mientras recolocaba cuidadosamente las vestiduras del cura–. Zenón me estaba pidiendo que me quedara –dije, apretando amistosamente su hombro, mientras este hacía un gesto afirmativo pese a su

dolorida expresión. El pobre portero, pese a que debía de dudar de mis palabras, decidió hacer como si nada pasara y pasó a nuestro lado para cerrar la puerta y ocupar de nuevo su lugar.

Terminé de sacudir las ropas de Zenón y lo empujé hacia el interior de la casa para alejarnos del portero mientras le hablaba en voz baja.

–Y yo creyendo que tenías razón con respecto a tu dios carpintero... ¡y haciendo promesas estúpidas a la jodida santa! –murmuré casi para mí. Cuando perdimos de vista a Narciso, hice un gesto como de volver a golpearlo, pero por último lo dejé estar. No digo que no lo mereciera; y además, ese día, aquello fue la gota que colmó mi paciencia. En cualquier otro momento, por descontado que me hubiera enfadado al descubrirlo, pero quizás no habría tenido esas ganas de matarlo allí mismo. Él no tenía culpa de lo que llevaba martirizando mi cabeza durante aquellos días –aunque había jugado conmigo, o mejor dicho con todo el ejército–, pero tampoco era de recibo el ansia por golpearlo que me había dominado instantes antes.

Cuando llegamos al peristilo, el diácono al fin pudo reunir el suficiente aire, o tal vez el suficiente valor, para argumentar un tímido intento de respuesta.

–Pero Attax –decía entre hipidos–, tienes que entender que lo importante es que Dios ha alejado el infortunio de sus fieles. No importa la manera, sino que se haya cumplido la palabra del Señor.

–Pero qué cabrón has resultado ser, Zenón. Muy listo, eso sí; pero sobre todo muy cabrón. ¿Es así como funcionan las cosas entre tus cristianos? ¿Manipuláis a los fieles con mentiras para aseguráros de que se cumple la voluntad de vuestro Dios? ¿Y cómo te las arreglas para distinguirla de la tuya propia?

–Lo siento –balbuceó mientras se agarraba el dolorido estómago–. Pero te aseguro que el Señor es capaz de hacer cosas más poderosas aún, Attax. Nunca dudes de Él.

–En quien no volveré a confiar es en ti, cagarruta. Intentaré olvidar esta absurda farsa; eso sí, me vas a tener que responder a un par de preguntitas –dije, mirándolo fijamente antes de comenzar con mi morboso interrogatorio–. ¿Te has acostado con la muchacha? Lucrecia dice que hacía las delicias de los clientes.

–Attax, ¡por el amor de Dios! ¿Cómo puedes pensar eso de mí? –respondió escandalizado, o a mi entender fingiéndolo.

–Lo que pienso ahora mismo de ti, te aseguro que es bastante peor de lo que pudieras imaginar. No trates de reírte de mí otra vez: sé que la muchacha estaba en un prostíbulo. Además, uno al que tú mismo solías ir.

–Esa muchacha es una de las protegidas del obispo. No te puedo decir nada más –aseguró, asustado.

No me creía una sola palabra. Pero probablemente por mucho que lo golpeará nada interesante saldría de aquellos labios, que el cura apretaba con atemorizada firmeza. Además, estábamos en su casa, y no me apetecía llevarme otro sermón de Marco. Así que lo di por imposible, y lo dejé estar. Demasiado había sacado ya en claro.

–Anda, llévame hasta donde estén los muchachos antes de que me arrepienta por no haberte hecho lo que le reserva mi pueblo a los mentirosos como tú –lo sujeté del brazo para separarlo de la columnata en la que se había apoyado, y lo empujé sin ningún miramiento hacia el peristilo.

Llegamos hasta el *triclinium*, donde casi todos los habitantes de la casa, e incluso alguno de los más ilustres vecinos de *Emerita*, departían animadamente con los jóvenes. Debían de llevar al menos cinco horas allí dentro; salvo en el sereno rostro de Salla, en los del resto pude atisbar alivio al verme aparecer y comprender que la hora de marcharse estaba cercana. Todos los rostros menos el de Issa. El britano se encontraba de espaldas a mí, en una de las esquinas de la habitación, hablando con Vera. ¿Qué pasaría con la muchacha? ¿Ya lo habrían acordado? ¿Se quedaría en casa del obispo, o nos acompañaría?

–Bienvenido, Attax –me saludó muy animado Salla–. Únete a nosotros, ya nos estábamos despidiendo –me dijo antes de dirigirse al resto de la concurrencia–. Señores, disculpad, pero como podéis adivinar debemos partir hacia el campamento. Tenemos muchas cosas que hacer antes de irnos.

Por todos lados se escucharon quejas por la partida del joven, y este fue despidiéndose uno a uno de los asistentes, sin importarle si eran simples siervos, importantes potentados o poderosos clérigos. El resto de jóvenes, en cambio, se arremolinaron junto a mí esperando que mi apariencia salvaje sirviera de muralla contra el asedio de sus ilustres anfitriones. Issa, para mi

sorpresa cogido de la mano de Vera, se situó a mi lado con una gran sonrisa en los labios.

–¿Dónde vas, Issa? –le pregunté poniendo los brazos en jarras– O, mejor dicho, ¿dónde vas, Vera?

–Viene con nosotros, Attax –me informó radiante el britano–. Salla lo ha acordado con Zenón, y ella ha accedido a acompañarnos allá a donde vayamos. Nos casaremos al volver a *Lucus*. –Issa sujetaba su mano como si pretendiera no soltarla nunca más. Yo me debatía entre la alegría por ver la felicidad que reflejaban sus ojos, y la preocupación por lo que supondría proteger a una chica tan bella de las miradas y deseos de tanto guerrero hambriento. Y por si eso fuera poco, no a todos los podíamos llamar amigos.

–Pues felicidades a los dos... –Miré hacia Vera que, azorada, clavaba su vista en el suelo–. Muchacha, recuerda que cuando lleguemos al campamento te de un par de consejos sobre cómo convivir con una panda de salvajes como la que allí te encontrarás...

Tras una larga serie de cortesías interminables, finalmente logramos salir de la casa del obispo, y fuimos a despedirnos de Lucrecia y sus chicas. La sórdida taberna era un lugar sin duda de menor categoría que la amplia casa de Antonius, pero para mí era lo más parecido a un hogar de lo que había disfrutado durante nuestra estancia en la ciudad. Cuando llegamos Ibbas ya se encontraba como una cuba, después de varias horas de espera, y nos saludó ruidosamente desde el fondo del local. Acompañado por Lucrecia y una de las chicas, seguramente disfrutaba de una desvergonzada conversación mientras aprovechaba cualquier descuido –casual o provocado– para acariciar a las mujeres con sus grandes manazas. Nos incorporamos a la fiesta y estuvimos largas horas bebiendo y recordando cosas del pasado, como hacen los borrachos. Galieno por supuesto no perdió el tiempo, y esta vez tampoco Issa, pero en su caso no requirió como su amigo la compañía de ninguna de las muchachas del local, sino que aprovechó el ofrecimiento de una enternecida Lucrecia de disponer de una de las habitaciones más amplias para “celebrar su compromiso”. He de decir que Vera, a pesar de que en un primer momento pareció ruborizarse, fue finalmente la que tomó la iniciativa de aceptar la sugerencia, agradeciendo cortésmente la amabilidad de Lucrecia y tironeando

ilusionada de la mano de Issa mientras se perdían por los pasillos. Vaya, vaya...

Yo, por mi parte, tuve que defenderme con uñas y dientes para evitar que nuestra anfitriona finalmente cumpliera todas aquellas amenazas que llevaba profiriendo desde nuestro primer encuentro, y me llevara a su lecho. Aunque mi promesa hubiera perdido cualquier sentido, nunca fue mi tipo de mujer, pese a que reconocía que para alguno pudiera resultar atractiva por la contundencia de sus curvas. Pero puedo decir en su defensa que aquel día tampoco me habría ido con cualquier otra de las chicas a las habitaciones del local.

CAPÍTULO XVII

Cuando regresamos al campamento, ya la noche había tendido su negro manto sobre el cielo, y los cansados centinelas de la muralla a punto estuvieron de dejarnos encerrados en la ciudad como castigo por nuestra tardanza. Pero las puertas siempre se abren cuando es Ibbas el que llama a ellas: a esas alturas de mi vida era algo que ya debería haber sabido.

Recorrimos el oscuro sendero apoyándonos unos en otros, salvo Salla, que pese a haber bebido como el que más caminaba muy tranquilamente al lado de un Marco bamboleante, y ni siquiera sonreía cuando llegamos a donde nos aguardaban el resto de nuestros hombres tratando de dormir. Para nuestra sorpresa, el campamento no estaba silencioso en la antesala del sueño de los guerreros, sino que había cierto movimiento, provocado por un gran grupo de jinetes que abandonaban el lugar con discreción. Me pareció percibir que los cascos de los caballos estaban envueltos en trapos para amortiguar el ruido. Vencí con dificultad mi evidente ebriedad para concentrarme en sus figuras recortadas a la luz de la luna: sin duda, se trataba de guerreros bien pertrechados, y las alforjas de sus bestias parecían llenas a reventar, suponía que de víveres y armas. Traté de centrar mi nublada vista en alguno de aquellos jinetes, tratando de reconocerlos, aunque sin lograrlo.

—Pero ¿qué está pasando? —pregunté lentamente, deteniéndome en pensar primero cada palabra—. Son de los nuestros, ¿no? —balbucí torpemente.

—Son nuestros hombres que parten para *Gallaecia* —me respondió Salla, mientras miraba hacia donde las últimas figuras se perdían en la oscura campiña de *Emerita*.

—¿Tu padre también, chico? —pregunté en ese estado de semiinconsciencia propio del borracho.

Ni siquiera respondió, solo asintió con la cabeza sin desviar la mirada del horizonte. Ibbas me agarró por los hombros y me llevó aparte para decirme en voz baja.

—Pórtate bien por un día, alano. Deja al muchacho y vamos a descansar.

Me encogí de hombros y le di una palmada en la espalda antes de tumbarme donde primero se me ocurrió y envolverme en mi capote para pasar la noche y la borrachera. Según toqué el frío suelo, caí profundamente dormido, y no fue hasta la mañana siguiente cuando por fin pude hacerme a la idea de lo que había ocurrido. Cuando el sol comenzaba a despuntar tímidamente, saludando el que sería el último día que pasaríamos en nuestro campamento de *Emerita*, pasé un buen rato tumbado mirando hacia el cielo, tratando de rumiar lo sucedido. Akhila y sus hombres habían partido en plena noche hacia el norte. ¿Había sucedido algo para que se alteraran los planes que el *Comes* nos había adelantado? O, tal vez, todo se trataba de una estratagema para no dar pistas a los enemigos del rey. Debía de ser difícil estar en el pellejo de Teodorico cuando comienzas a desconfiar así de tus propios hombres, cavilé mientras el día clareaba poco a poco.

Pese a mi intenso dolor de cabeza, no me quedó más remedio que levantarme y ayudar a mis compañeros en sus quehaceres. Ese día, el anterior al de nuestra partida, nuestra reducida tropa se entretuvo afilando las armas y haciendo acopio de víveres y pellejos de agua para los primeros días del camino. Y cuando ya el sol se ponía lentamente en el frío horizonte de *Lusitania*, el propio *dux* Cyrila, el comandante de nuestra misión, se presentó en el vacío campamento para pasar revista a los hombres de Akhila que lo acompañarían. Como me pareciera las últimas veces que el padre de Salla regresara desde la ciudad, el *Dux* también parecía cansado cuando llegó hasta nosotros, aunque a mi entender también lo disimulaba mejor. Era lógico, ya que cuando Akhila llegaba hasta nuestro campamento se encontraba entre sus hombres y no necesitaba fingir, y en cambio, para Cyrila éramos guerreros de otro señor temporalmente bajo su cargo, y no se mostraría ante nosotros como lo haría ante sus hombres de confianza.

Después de pasar una rápida revista al campamento, semivacío desde la partida del *Comes*, Cyrila aprobó la estampa que presentaban los duros guerreros elegidos por Salla para acompañarnos. Allí mismo, nos conminó a todos los presentes a luchar a su lado como lo habíamos hecho durante la toma de *Emerita*, donde habíamos corrido con la peor parte del ataque y aun así habíamos salido victoriosos. No solo se ocupó de alimentar el ego de los guerreros allí presentes, sino que también tuvo palabras de elogio para su

ausente líder, asegurando que esperaba llegar a ser digno sustituto de Akhila, cuyas grandes gestas y su fidelidad al rey habían permitido que fuera el elegido por Teodorico para, en esos duros momentos, convertirse en el brazo ejecutor de su justa venganza.

Fue un buen discurso. Por fin las musas de la batalla volvían a cautivar a los guerreros. A nuestro alrededor los hombres bullían excitados por la cercanía del combate, y los largos meses de inactividad parecían quedar atrás rápidamente en cuanto volvimos a afilar nuestras espadas, conscientes de que el momento de volver a utilizarlas estaba cerca. Promesas de una nueva campaña que les reportara fama y riquezas debían de rondar por las cabezas de los guerreros; y, bien pensado, a mí mismo tampoco me vendría nada mal conseguir algo más de botín, porque mi bolsa había sufrido los estragos propios de la suntuosa vida que nos habíamos regalado en *Emerita*. Más me valía presentarme en *Lucus* con un buen regalo con el que Aspasia pudiera perdonarme los largos meses de ausencia; y en más de medio año que llevaba fuera de *Gallaecia*, casi todo lo que había ganado lo había dilapidado frecuentando las más escandalosas tabernas que pudimos encontrar en cada lugar en el que nos habíamos detenido. No era una buena carta de presentación; tendría que ocuparme de solucionarlo en cuanto tuviera oportunidad. Aunque seguía confiando en que simplemente verme regresar con vida –no quería considerar otra posibilidad– ablandaría su corazón, debía asegurarme de tener algo a mano para cuando terminara el feliz recibimiento y comenzaran las preguntas.

Esa noche, después del ajetreo, nos acostamos temprano. Aunque muchos cayeron profundamente dormidos en espera de que el nuevo día trajera consigo al fin la partida de la columna, no todos conciliamos el sueño tan pronto como hubiéramos deseado. Cuando ya hacía rato que muchos hombres dormían plácidamente entre ronquidos, pude ver entre los pliegues de mi capa cómo Salla se ponía en pie tratando de no hacer ruido, y abandonaba nuestra fogata para dirigirse hacia las afueras del campamento. Esperé a que se hubiera marchado, y cuando me pareció que nadie de nuestro grupo se había despertado con la marcha del joven, me puse en pie en silencio, dispuesto a seguir los pasos del chico. A mi lado, ajeno a lo que sucedía a su alrededor, Issa dormía con expresión relajada, mientras agarraba a Vera que, hecha un

ovillo, se acurrucaba en sueños contra el pecho del britano. Sonreí para mis adentros y abandoné nuestra fogata en pos de Salla. Como esperaba, el chico había tomado el camino hacia el puente romano, su lugar favorito de la ciudad. Cuando el campamento quedó a mi espalda, pude verlo a lo lejos sentado al borde del puente mientras parecía lanzar piedras contra la superficie del *Annas*. Me encontraba a escasos veinte pasos del joven, cuando decidí hacer algo de ruido para anunciar mi llegada y que el joven advirtiera que no estaba solo para no incomodarlo en su intimidad.

– ¿Tampoco puedes dormir, Attax? –me preguntó suavemente sin darse la vuelta.

Me acerqué a su lado y me senté al igual que él mirando hacia las tranquilas aguas del *Annas*, solo rotas por el chapoteo de sus guijarros.

–Mis viejos huesos claman porque acabe ya este maldito invierno.

Pasamos un instante sin que ninguno de los dos hablara, hasta que reuní fuerzas para decirle lo que me atormentaba. Deseaba enmendar mis palabras de los días anteriores con respecto a la partida de Akhila, tanto con él como con Ibbas, pero no sabía muy bien cómo.

–Tu padre es uno de los mejores comandantes que he conocido, muchacho. No temas por él.

Fue la primera vez que me miró a los ojos esa noche.

–Gracias, Attax.

–No lo digo por compromiso: lo digo porque lo creo firmemente.

–Yo también lo creo. Y no lo digo como el orgulloso hijo del *Comes*, sino como uno de sus guerreros.

Permanecimos otro buen rato en silencio, hasta que Salla se animó a seguir hablando.

–¿Sabías que Agriwulf era uno de los amigos de mi padre en su infancia? –preguntó.

Negué con la cabeza, sorprendido, e hice un gesto para que continuara.

–No lo sabe mucha gente, y mi padre pocas veces habla de ello.

–Pensé que Agriwulf era un hombre cercano al rey –dije, y al instante me arrepentí de la torpeza de mis palabras–. Quiero decir, al igual que tu padre.

Me sonrió al instante.

–No te preocupes, Attax, es cierto. Mi padre no es de la caterva de hombres que se complacen en pulular alrededor de Teodorico, o en su momento de Turismundo o del padre de ambos para obtener sus favores. Él es más... práctico, podríamos decir.

–Lo siento, Salla –me disculpé de nuevo–, quería decir que pensaba que él y tu padre apenas tenían relación, por lo que hablamos en *Braccara*.

–Agriwulf no es godo. No muchos lo saben, pero es warno, como Egica, el que acompaña ahora a mi padre.

Lo miré interrogadoramente porque no sabía a donde quería llegar.

–Agriwulf no es quien aparenta ser. No es un noble godo proveniente de más allá del *Rhennus*.

Lo miré, instándole a que continuara. A mí las diferencias entre los godos poco me decían, pero el matiz debía de ser importante si el joven tenía la necesidad de hablar sobre ello.

–Agriwulf nació en el seno de una de las familias de siervos de mi abuelo al poco de que mi pueblo se asentara en la *Galia* y allí, en compañía de mi padre, creció hasta que se hizo un muchacho. –Hizo una pequeña pausa para lanzar otro guijarro al río–. Cuando mi padre contaba con ocho años, y él era un joven que le doblaba la edad, al que Akhila luchaba por parecerse maravillado por su fuerza y determinación, un buen día desapareció sin dejar rastro. Por lo que sé, no hubo más noticias de él hasta que, pasados los años, un joven y ambicioso guerrero con el nombre de Agriwulf apareció en *Tolosa* al frente de un importante grupo de guerreros y civiles con los que ponerse al servicio del rey.

–Un tipo difícil de olvidar –dije, maravillado por los derroteros que tomaba la conversación.

Salla asintió, cabizbajo.

–Pero Akhila nunca lo delató, ni la primera vez que lo vio en *Tolosa*, ni ayer delante del rey.

–¿Cuál era su verdadero nombre?

–No lo sé; mi padre nunca me lo ha dicho.

Permanecimos otro rato callados hasta que el joven continuó:

–¿Te imaginas que un día tuvieras que enfrentarte a tu mejor amigo de la infancia, Attax? –lanzó otra piedra al *Annas*, que se hundió pesadamente–. Y

además, sin escapatoria, pues esto únicamente se zanjará con la muerte de uno de los dos. No me gustaría estar en el pellejo de mi padre.

–Ni a mí en el de Agriwulf –repuse convencido.

El chico se levantó y posó su mano en mi hombro.

–Vamos, aprovechemos para dormir hoy que podemos; mañana, quién sabe.

Caminamos en silencio hacia el campamento y cuando nos despedimos al lado del bulto que formaban Issa y Vera a mis pies, el godo me dijo en voz baja.

–Attax, eres un buen tipo.

No pude responderle más que con un leve gesto de agradecimiento. Me tendí en el suelo, y él fue a tumbarse al lado de donde Ibbas roncaba ruidosamente.

Esa noche apenas dormí. Mi cabeza no paró de darle vueltas a las palabras de Salla en el puente. ¿Qué hubiera pasado si el destino me hubiera deparado luchar contra Anderico? Angustiado tan solo de pensarlo, caí dormido pocos minutos antes de que el escándalo de los hombres preparándose para la partida me despertara. Aún era de noche cerrada, y ya los guerreros cargaban ruidosamente nuestras escasas pertenencias en las dos carretas que nos correspondían dentro de la impedimenta de la columna.

–¡Arriba, alano durmiente! –me espetó Ibbas al pasar presuroso a mi lado, chillando a los hombres para que se apuraran en la colocación de los enseres.

Lo miré, medio dormido, y me levanté con cuidado tratando de calentar mis frías articulaciones.

–¡Vamos, niñas! –gritaba Ibbas sin descanso–. Cuando el sol asome por el horizonte tenemos que estar en el campamento del *Dux*.

Y así, acompañados por la escandalosa voz de Ibbas, que era capaz de cargar cotas de malla como si se tratara de simples protecciones de cuero mientras además nos gritaba sin descanso, fuimos volcando todas nuestras pertenencias en los carromatos, reservándonos solo las cómodas y abrigadas ropas de viaje que llevaríamos puestas durante el camino, y comenzamos nuestro último paseo alrededor de las murallas de *Emerita*. Abandonamos nuestro campamento y caminamos a través de otros tantos en busca del

emplazamiento de Cyrila, que se encontraba más al sur que el resto, en las cercanías de la amplia calzada que debíamos tomar.

Allí por donde pasábamos, acompañados por el traqueteo de nuestras carretas, nuestra actividad contrastaba con la quietud que se respiraba. Los hombres que quedaban en los campamentos situados frente a las puertas de *Emerita* eran los guerreros que se reservaba Teodorico para continuar su campaña hispana, si es que esta no había llegado ya a su fin, pensaba yo. Podía ser que en otros lugares del sur aún hubiera guarniciones suevas –no iba a ser yo el que lo negara después de llevarme la sorpresa de que la propia *Hispalis* fuera una de las ciudades ocupadas–, pero dudaba mucho que fuera necesaria una intervención goda a gran escala en la *Carthaginense* o la *Tarraconensis*.

Después de enviar a Akhila hacia el norte para sofocar la revuelta de Agriwulf y al propio Cyrila hacia el sur, calculaba que debían de quedar en *Emerita*, bajo las órdenes directas de Teodorico, alrededor de tres mil guerreros, pero se me hacía difícil imaginar un objetivo claro para ellos. Pero no estaba en manos de un simple soldado como yo saber lo que pasa por la cabeza de los reyes, y mucho menos por la cabeza de un rey que se siente traicionado por sus propios hombres, como lo era Teodorico en ese entonces. Tan solo algunos hombres nos despidieron al pasar, probablemente los escasos centinelas que esa noche velaban por el descanso de sus compañeros.

Cuando llegamos a nuestro destino, aquel sí era un campamento en pleno movimiento. Se hacía raro asistir a aquello después de tanto tiempo acostumbrados a dormir siempre en el mismo lugar y sin ninguna preocupación para el día siguiente. La mayoría de los hombres se encontraban ya dispuestos, aunque muchos deambulaban entre los distintos grupos que se estaban organizando, mientras los arrieros luchaban con las tercas bestias de carga y los carromatos para organizar el tren de bagaje de la columna. La primera impresión que tuve al ver a todos los hombres que allí se encontraban fue que formábamos un grupo demasiado abigarrado para reducir a las escasas guarniciones de suevos que se aseguraba estaban al sur, pero, por el contrario, demasiado pequeño para tratar de hacernos con alguna de las grandes ciudades fortificadas de la zona. En esas últimas los hispanos, apoyados en sus milicias locales, podrían atajar cualquier intento de asalto desde sus

grandes murallas, repeliendo un ataque tras otro hasta que nuestros propios mandos desistieran. Me imaginaba a nuestra columna tratando de sobrepasar inútilmente las grandes murallas de *Corduba* mientras sus defensores se reían de nosotros desde el adarve lanzándonos todo tipo de proyectiles.

Según llegamos, salió a nuestro encuentro uno de los capitanes de Cyrila, que reparó instantáneamente en Ibbas y en Salla, que se encontraban en nuestro frente.

–Espero que hayáis descansado, noble Salla –saludó respetuoso el soldado.

–Gracias, Wulfric. Lo que necesito ahora es una buena caminata para despejarme.

–Mi señor quiere reunirse con vos antes de la partida. Si me lo permitís, os enviaré con uno de sus hombres a donde se encuentra y yo me ocuparé de organizar al resto de los vuestros dentro de la columna.

–Lo que consideres adecuado, Wulfric –dijo Salla dándose la vuelta y haciendo un gesto a Ibbas para que lo acompañara.

El tipo silbó estruendosamente e inmediatamente se presentó a su lado un guerrero dispuesto a acompañar a Salla hasta donde se encontraba el *Dux*.

–Wulfila, ¿estarás tú al mando? –preguntó Wulfric al joven godo, que se había quedado al frente de nuestra formación por haber hecho el trayecto al lado de su amigo.

Este se encogió de hombros y buscó en la columna hasta que encontró a quien buscaba. Señaló entonces a Witiza, que se encontraba un par de filas detrás de nosotros, y le hizo una seña para que se situara a su lado.

–Nunca está de más quitarte algo de responsabilidad –explicó.

–Lo que queráis. Dejad aquí vuestras carretas, los arrieros las llevarán donde el resto. Seguidme.

Caminamos por entre los hombres que se esforzaban en formar en ordenadas filas de a cuatro a lo largo de la amplia calzada que discurría a esa altura de la ciudad, hasta encontrar la posición que Cyrila había determinado para nuestro grupo.

Comenzamos por la cabeza de la columna y fuimos bajando por su flanco hasta casi la mitad de la formación, donde un pequeño hueco parecía mostrar que aquella sería nuestra posición. Cuando nos encontrábamos a escasos cien

pasos de nuestro lugar en la columna, me llevé una desagradable sorpresa. En el extremo más cercano a nosotros se encontraba Segga con algunos de sus hombres. Su amigo Liuva debía de encontrarse en ese momento reunido con Cyrila, igual que Salla, por lo que la sorpresa debió de ser simultánea tanto para nosotros como para nuestros comandantes. No esperaba encontrarlos allí: había supuesto que estarían pegados a las faldas de Frederico, haciendo todo lo que este requiriera. Escandaloso como siempre, Segga tardó poco en reparar en nosotros, y también pareció extrañado de vernos. Dejó de hablar en voz alta con sus compañeros para lanzarnos una mirada torva mientras cuchicheaba con los hombres situados tras él.

Nuestro guía, acompañado de Wulfila, Witiza, y otros cuantos veteranos de Ibbas pasaron en primer lugar junto a él. Luego nos tocó el turno a nosotros; antes de seguir, hice una discreta seña a Issa para que se asegurara de pasar veloz. A una indicación suya, Vera se recolocó el grueso manto que le había obsequiado Salla y bajo el que pretendía pasar desapercibida. Sin embargo, cuando pasé junto a Segga no me gustó nada la expresión escrutadora con la que estudiaba a la delgada figura encapuchada que acompañaba al britano. Le dirigí una mirada amenazadora mientras él me ignoraba sin quitar los ojos de su presa. Simulé un traspies que levantó una nube de polvo y me entretuve en sacudirme cerca del tipo, para no seguir avanzando hasta que Issa y Vera se hubieran alejado; pero el muy cerdo reaccionó lo suficientemente rápido como para sorprenderme. Justo cuando la muchacha pasaba a su lado, se las arregló para zancadillearla, haciéndola caer sobre la embarrada calzada, y adelantándose al desconcertado Issa se abalanzó sobre ella para ponerla en pie. Con un gesto brusco, le apartó la capucha de un rápido tirón.

—Pero bueno, ¿quién acompaña hoy a mis amigos hispanos? —rió con un desagradable carraspeo que se interrumpió bruscamente cuando vio a Vera; el asombro se reflejó en sus ojos. No sé a quien esperaba encontrar bajo la capucha, pero desde luego no contaba con la posibilidad de que fuera una hermosa muchacha. La sujetó con fuerza y la atrajo hacia él, ante la desesperación de Issa, que crispó los puños y se dispuso a lanzarse hacia el godo. Lo contuve a duras penas, consciente de que una riña abierta solo empeoraría nuestra situación. Segga rio, divertido por su angustia.

–¡Caramba, qué agradable sorpresa! Pero, ¿por qué pierdes el tiempo con chusma como esta? –señaló a Issa, retador, mientras el britano se revolvía, furioso—. Algún día desearás estar con un hombre de verdad, pequeña. Y yo me aseguraré de estar ahí para satisfacerte.

Galieno sujetó a Issa para impedir que el muchacho se abalanzara hacia delante, mientras yo me acercaba a Segga y tomaba a Vera de la mano, apartando al godo de ella.

–¿Qué te pasa, enano? –continuó Segga, tratando de provocar al britano—. Si apenas eres un hombre; no la echarás de menos.

–No intentes pavonearte delante de tus amigos, Segga –le espeté, asegurándome que sus hombres me escucharan—. Cuando nos conocimos me pareció comprobar que no tenías nada ahí abajo –dije señalando a sus genitales con mi mano libre—. O tal vez debo disculparme por acabar ese día con lo poco que te quedaba.

–Pero qué divertido es este alano –me miró con rabia, recordando sin duda aquella noche en que había esperado a Marco en la oscuridad para ajustarle las cuentas y se había tropezado conmigo, para desgracia de sus testículos—. Desde que lo conozco, he querido tener más que palabras con él –sus hombres corearon su desagradable risa.

–¿Pero qué cojones pasa aquí? –estalló Witiza, volviendo hacia atrás al ver que su recién adquirido mando de la columna terminaba en un remedo de lenta procesión de torpes vestales que ni tan siquiera sabían mantener el paso.

Solté a Segga y le dediqué una furibunda mirada, mientras tiraba del brazo de Vera a la vez que el godo la soltaba. La empujé hacia delante bajo la atenta mirada de Witiza.

–Recuerda mis palabras, pequeña: cuando quieras un hombre de verdad tan solo tienes que pedirlo –gritó Segga como despedida.

–Si la tocas, morirás –Issa lanzó las palabras con seriedad, como una suerte de maldición, como si más que a amenazar se limitara a constatar un hecho. El godo se lo tomó a risa, pero hizo ademán de santiguarse con discreción.

El entrecejo fruncido de Witiza y la llegada de Wulfric, preocupado por el desorden de la columna, hizo que finalmente Segga se diera la vuelta y pudiéramos proseguir el camino.

Sin mirar hacia atrás y sin soltar a Vera de la muñeca la coloqué a mi lado, mientras Galieno pasaba la mano por el hombro de Issa para instarlo a continuar y se acercaba para murmurar algo a su oído. El britano no parecía demasiado contento con nuestra intervención; entendía que se sintiera herido por no haber podido defender a su chica, pero también esperaba que su amigo fuera capaz de explicarle que lo mejor era no avivar el conflicto. Mientras tanto, yo aproveché para aleccionar a Vera.

–Escúchame muy bien, pequeña. Nunca, bajo ningún concepto, te alejes de nosotros, ¿lo has entendido? ¡Nunca! –con gesto asustado, me hizo una señal afirmativa–. Sobre todo mantente alejada de esos cabrones. No olvides su cara, y si la vuelves a ver, huye. Pero nunca nos abandones, ni siquiera para dar de vientre, ¿de acuerdo?

–De acuerdo Attax, lo he entendido –se calló un breve instante antes de continuar–. ¿Habrías preferido que no viniera con vosotros? –preguntó con un tono de voz que enseguida me desarmó.

Hice un gesto negativo con la cabeza antes de responderle:

–Un ejército como este no es lugar para una muchacha como tú, Vera. Pero si Issa es feliz, yo soy feliz, por lo que me alegro de que estés con nosotros.

–No soy tan débil como piensas, Attax. Presenciar lo que sucedió en *Turiaso*, y sobrevivir a ello, me hizo más fuerte.

–En la guerra suceden cosas que nadie debería vivir –dije, tratando de parecer comprensivo.

–Aquello no fue la guerra, fue una matanza de inocentes. No se respetaron ni las iglesias –susurró.

–¿Y qué diferencia hay? –repliqué, hastiado–. La guerra saca lo peor de cada uno. No lo olvides: siempre que puedas, huye de donde suenen los tambores y los cuernos.

–¿Aunque eso me aleje de Issa? –me preguntó con cierta malicia.

–Yo no he dicho eso –respondí con escasa convicción, porque aunque no había sido mi intención, era cierto que podía entenderse así.

Malditas mujeres y su habilidad para tergiversar las palabras. Decidí cambiar de tema, porque si proseguía por esos derroteros tendría todas las de perder. Ya lo había sufrido en alguna que otra ocasión. Y se suponía que debía aleccionarla, no terminar sintiéndome como un patán.

CAPÍTULO XVIII

Poca es la distancia que separa *Emerita* de *Hispalis* si uno recorre las antiguas calzadas que construyó Roma mucho tiempo atrás. En aquellos que nos había tocado vivir, en los que las autoridades no velaban por el estado de las vías ni por su protección en la mayoría de los casos, no siempre el camino más rápido era el más seguro. Los bandidos acechaban a la espera de que algún comerciante desprevenido o un viajero ingenuo tomara las grandes vías, convencido de hacer más corto su trayecto, para así convertirlo en presa fácil de su extorsión. Pero en nuestro caso, acompañados de un millar de espadas y lanzas, las grandes calzadas se convertían en un magnífico instrumento que Roma ponía a disposición del brazo ejecutor de su venganza, y no debíamos temer ningún mal encuentro mientras avanzábamos por ellas.

Partimos desde *Emerita* en dirección sur, sin intención de desviarnos de ese rumbo hasta cruzar el gran *Betis* y llegar a *Hispalis*. Ese era nuestro tranquilo itinerario, que debía discurrir por entre los antiguos olivos de las plantaciones del sur y las suaves colinas de la región. Un trayecto sencillo, que finalmente nos llevaría hasta las puertas de lo que esperábamos fuera una presa fácil por lo escaso de la guarnición sueva que defendía la urbe. Si la población local se ponía del lado de los suevos sería harina de otro costal; pero tras la experiencia obtenida en *Emerita*, esperábamos que esto no ocurriera. Por descontado, ninguno de los que formábamos la columna llegamos a pensar que los suevos pudieran salirnos al paso, interceptando nuestro camino. Por un breve y doloroso instante recordé cómo Anderico había planteado la defensa de la provincia tantos años atrás en las aguas del *Betis*, pero deseché inmediatamente la idea. Anderico era ya medio hispano a esas alturas de su vida —o entero, debería decir—, y dudaba mucho de que la guarnición sueva hubiera calado en la sociedad de *Hispalis* tan hondo como lo había hecho mi amigo en la de *Corduba*. Y por los informes que habíamos obtenido en *Emerita*, pocos eran los hombres que los suevos podían oponernos.

Pese a las halagüeñas previsiones de Teodorico con respecto al precoz fin del invierno –con las que demostró ser un buen caudillo, pero un nefasto adivino–, los primeros días de marcha transcurrieron entre una fina cortina de lluvia que fue ralentizando el paso de los hombres y las bestias. Estas últimas sufrían lo indecible para mantener a los pesados carromatos en movimiento, que cada vez con más frecuencia patinaban en el embarrado pavimento.

Allí por donde pasábamos, los hombres y mujeres que se cruzaban en nuestro camino en la propia calzada, o aquellos vecinos de los pequeños pueblos que no disponían de defensas, huían despavoridos como si hubiesen visto una legión de fantasmales apariciones. Pueblos enteros quedaban vacíos, abandonados por sus habitantes. Suponíamos que algunas jornadas más tarde, cuando volvieran a sentirse seguros, los vecinos regresarían como si nada hubiera sucedido, y desenterrarían trabajosamente los objetos de valor que hubiesen escondido con ahínco de los codiciosos ojos de nuestros guerreros en cuanto habían tenido noticias de nuestra llegada. Para ellos, éramos poco mejores que aquellas partidas de vándalos, suevos, alanos o cualquier otro pueblo que hubiera recorrido aquellas mismas calzadas, saqueando todo aquello que encontraban a su paso. Pocos, pese a la política que había seguido Teodorico, conocían en el sur que la expedición goda contaba con el beneplácito de la misma Roma. Aunque, a decir verdad, a esas alturas de la campaña ni siquiera yo lo tenía ya muy claro; si ya la misión estaba a punto de terminar ¿por qué continuaba Teodorico en *Emerita*? ¿No había sido Rechiario ajusticiado según había dispuesto el emperador? Al instante, al recordar la ejecución del último rey suevo, vino a mi cabeza el frío y sereno gesto de su verdugo. Deseaba la mejor de las fortunas para Akhila, allá donde se encontrara, porque solo recordar la siniestra mirada de Agriwulf me producía escalofríos.

Triste y pesadamente, en sintonía con el clima que nos acompañaba, recorrimos una milla tras otra, bajo los grises augurios que parecía reflejar el cielo. Tan solo por la noche podíamos encender algunas pequeñas fogatas para calentar nuestros ateridos miembros, aunque en ocasiones ni eso era posible debido al implacable aguacero. Apostaría a que ni siquiera Akhila de camino a *Gallaecia* se encontraría con un clima tan adverso como el que soportamos en esos días.

El tiempo que pasábamos en la columna, y el que compartíamos tratando de calentarnos durante las frías noches, lo ocupábamos en charlar animadamente entre nosotros. En esos días pude conocer mejor a Vera. Era una muchacha interesante. Aunque muy joven, ya que apenas contaba con dieciséis años, la vida le había deparado fuertes y desagradables emociones, y eso había templado su carácter. Ya había tenido una muestra de su temperamento cuando remató con decisión al suevo que la había esclavizado durante años – prefería no saber lo que había hecho para merecerlo, pero lo podía intuir–, allá en *Emerita*. Luego, ofuscado como estaba en la ciudad, envuelto en mis propios recuerdos, no había dedicado apenas tiempo para preocuparme por ella; pero durante aquellos pocos días de marcha pude comprender por qué había calado tan hondo en los corazones de Salla, Marco, y sobre todo en el de Issa. Para los dos primeros, a los que atendió sin descanso durante su convalecencia, era como una hermana pequeña. Para el último, sobran las palabras. Su apariencia frágil escondía una férrea determinación y una fortaleza física que asombraba a los propios veteranos que nos acompañaban. Aunque la marcha debía de resultarle especialmente pesada, acostumbrada como estaba a las comodidades de la gran casa donde residiera en la ciudad, nunca se quejó. Ciertamente era que el paso que sosteníamos no podía compararse con el agotador ritmo impuesto por Teodorico cuando recorrimos la distancia entre *Portus Cale* y *Emerita*, pero para alguien acostumbrado a la vida sedentaria como ella debía de ser realmente duro. En un principio habíamos valorado la posibilidad de que nos siguiera más cómodamente junto con las carretas que llevaban el bagaje, al igual que otras mujeres, entre ellas, unas cuantas prostitutas de *Emerita* que habían decidido acompañar al ejército durante un buen trecho, seguras de hacer negocio. Pero las aviesas atenciones de Segga y sus secuaces, que aunque no habían vuelto a atreverse a importunarla abiertamente la miraban como si fueran lobos ante una oveja indefensa, lo desaconsejaban. Así que, cuanto peor lo pasaba, más fuerte apretaba los dientes para continuar.

Issa, por su parte, estaba siempre pendiente de ella, aunque se esforzaba en no agobiarla. Seguía algo taciturno tras el incidente ocurrido con Segga, pero aceptó mis argumentos acerca de que en un enfrentamiento directo tendríamos todas las de perder. Además, al godo comenzó a acompañarle una persistente

mala suerte que avivó las murmuraciones que aseguraban que el britano le había echado una maldición: sus objetos personales se perdían, sus botas amanecían llenas de arañas, o sus ropas mojadas. Nunca fui capaz de confirmar que Issa estuviera detrás de todo aquello, así que nada le dije. Aunque pudiera parecer un juego algo infantil, lo cierto es que resultó bastante efectivo: nuestro tan cristiano godo parecía realmente inquieto, rehuía las miradas ominosas que Issa le prodigaba y procuraba no acercarse a nosotros más de lo necesario. Así que bienvenidas fueran sus supersticiones si nos ahorraban más problemas. Aun así, no bajamos la guardia un instante.

Cuando tenía ocasión de hablar con Vera, no podía evitar recordar intensamente a Aspasia. Aunque eran distintas, ambas compartían esa sutil complejidad femenina que por un lado me exasperaba y por otro me cautivaba. Incluso, en una de las noches en que me sentía más vulnerable, me sorprendí contándole la última discusión que mantuve con mi bella hispana, y mis miedos de que cumpliera su amenaza de no esperarme.

–Estoy segura de que ella te quiere, Attax. Si la vida se lo permite, te esperará. Y si no te espera, puede que sea precisamente porque te haya querido más de lo que piensas –su enigmática respuesta me dejó perplejo. Yo esperaba consuelo sin paliativos, no aquel acertijo.

–Entonces, ¿crees que me esperará, o que me rechazará cuando llegue? – quise aclarar.

–Pienso que, cuando llegues, te perdonará. El resto, puede que dependa de que encuentres las palabras adecuadas.

–Había pensado en conseguir algún regalo para ella... –su sonrisa me hizo sentir incómodamente simple. ¿Es que acaso no era una buena idea?

–Un regalo estará bien, pero lo que digas será más importante –si estaba en lo cierto, me preocupaba tener que enfrentarme a una de las batallas más importantes de mi vida pertrechado con mi peor arma. Ante mi mirada desconcertada, Vera se encogió de hombros—. De todas formas, a mí no me hagas mucho caso; después de todo, nunca, hasta ahora, había estado enamorada –su sonrisa destilaba dulzura.

–Lo quieres, ¿verdad? Hasta un patán como yo puede darse cuenta de eso... Aunque, en un primer momento, lo cierto es que me preocupaba que tras tanto

tiempo cuidando a nuestro noble y apuesto Salla, te encapricharas con él y terminarás por romper el corazón a Issa.

–Salla es encantador. Aunque la herida lo obligaba a estar postrado, sin poder recorrer una ciudad que tanta ilusión le hacía conocer, pocas veces se quejó. Valoraba la compañía de los más humildes en el mismo nivel que la de los más cultos religiosos. Sabe tantas cosas... y además, sabe escuchar.

–¿Y ahora quieres explicarme qué puede oponer Issa ante ese dechado de virtudes? –sonreí–. No me malinterpretes, que yo soy el primero que aprecia su valía, pero temía que su timidez la escondiera a tus ojos.

–Issa... Issa tenía a sus pies todo lo que podía ofrecerle la ciudad más grande que hubiera pisado nunca, y aun así venía día tras día, ¡a casa de un obispo católico!, solo por estar con Salla. Con nosotros. Me gustó desde que lo conocí, con sus miradas furtivas y sus palabras medidas. Pero cuando Marco se recuperó, y los tres comenzamos a compartir tanto tiempo y tantas conversaciones, empecé a conocerlo de verdad. Y si tu regalo al permitirme acabar con el que era mi amo empezó a restañar mis heridas, y la curiosa amabilidad de Salla me ayudó a hablar de algunas cosas que jamás pensé que compartiría, fueron las palabras de Issa las que terminaron de curarme –hizo una pausa, pensativa, y luego alzó la mirada hacia mí–. Creo que aún no te he dado las gracias por aquello. Muchas gracias, Attax, por lo que hiciste por mí.

–No fue nada. Hacer el salvaje se me da bien. Pero tendrás que contarme qué fue lo que te dijo Issa; quizás le pida consejo para cuando tenga que hablar con Aspasia.

–Me dijo que hice lo correcto. –La miré sin comprender, y ella reprimió un suspiro–. Es difícil de explicar; cuando hablábamos de cómo era mi vida, y de lo que tuve que soportar en casa de Malarico, sentía la compasión de Salla. Creo que comprendía mi debilidad: que no tomara un puñal para tratar de acabar con mi amo o con mi propia vida, aunque esa hubiera resultado una salida más digna a sus ojos. Porque en el mundo de Salla siempre se puede elegir, y los sacrificios tienen un sentido, una razón. Y es de admirar, porque teniendo la posibilidad de escoger, él siempre hará lo que crea correcto, no lo más fácil. Aunque le cueste. Y aceptará las consecuencias, porque para él es importante lo que eso demuestra, quizás más a él mismo que a los demás. Y aun así, me compadecía en vez de juzgarme –hizo una pausa, como si le

costara encontrar las palabras—. Pero Issa... él conoce bien esa otra parte de la vida, aquella en la que el sufrimiento no necesita un motivo. Sabe lo que es que alguien te haga daño simplemente porque puede, y porque sabe que tú no te puedes defender. Y aun así, sigue siendo sensible ante el dolor de los demás. —Vera me miró a los ojos—. Me dijo que a veces no hay otra salida posible que aguantar sin que tu espíritu se quiebre. Que había hecho lo correcto, porque sobrevivir hasta este momento era importante —sonrió—. Y que ojalá no se hubiera quedado cubriendo la entrada de la casa para haber podido acabar él mismo con aquel cabrón.

Asentí despacio. Bueno, quizás podría llegar a estar a la altura de la última parte de aquel discurso; aunque reconozco que el resto de sus palabras también me hicieron pensar. Siempre había pensado que la sensibilidad de Issa respecto al sufrimiento de los demás se debía precisamente a lo que él mismo había pasado. Pero también me daba cuenta de que pocos reaccionarían de la misma forma. Yo mismo, ante las desdichas, había optado por recubrirme por una coraza, y me había permitido mirar hacia otro lado ante muchas injusticias simplemente porque sabía por experiencia que el mundo era así de cruel. Y sin embargo, a Issa el dolor de los demás le seguía hiriendo. Y era capaz, incluso, de regalar una buena capa a una desconocida por el mero hecho de que la necesitara más que él, como había hecho en el campamento que asaltamos cerca de *Lucus*. Seguía pareciéndome un cabeza de chorlito, pero, ¡qué demonios!, al menos esa bondad irracional le había valido para conquistar a toda una belleza.

Mientras avanzábamos hacia el sur, le di muchas vueltas a lo que Vera me había contado. Aunque, poco a poco, a medida que el paisaje se iba pareciendo más a mis recuerdos de juventud, las reminiscencias del pasado comenzaron a tomar cada vez más protagonismo en mis pensamientos.

Mientras caminábamos entre las colinas plantadas de olivares, traté de hacer entender —en vano— a Vera y a los godos que nos acompañaban el método por el cual se obtenía el mejor aceite de oliva de todo el *Mare Nostrum* en aquella que consideraba, ilusoriamente, mi patria. Si el viejo Tulio me hubiera escuchado, habría refunfuñado disgustado por mis burdas explicaciones. Él, que conocía todos los secretos del proceso, había logrado transmitirme un profundo aprecio por aquel dorado líquido que tanto tiempo

llevaba sin probar. Pero, entre que mis conocimientos no eran ni mucho menos tan extensos, y que mis acompañantes no estaban demasiado interesados en el asunto –salvo, como no, Salla; con él, el problema es que hacía preguntas demasiado afinadas como para que mis simples respuestas le satisficieran–, lo cierto es que por mucho que me esforzara, no conseguía que aquellos salvajes norteños comedores de tocino fueran capaces de valorar aquel preciado manjar en su justa medida. Como nos encontrábamos a principios de marzo, todavía no asomaban siquiera las primeras florecillas blanquecinas que llenarían los árboles ya en plena primavera. Y para que pudieran ver en plenitud sus frutos, nuestro deambular por la *Baetica* debería prolongarse al menos hasta septiembre. Aunque tal cosa se me antojaba prácticamente imposible, fantaseaba en mi interior con poder enseñar a los muchachos el funcionamiento del *torcularium*, y el procedimiento de obtención del valioso aceite. ¿Y por qué no hacer una visita al mismísimo Balbo? Me recreaba imaginando su cara de asombro al verme de nuevo en su villa después de tantos años. ¿Habrían llorado mi muerte? ¿Estaría vivo aún mi antiguo *dominus*? ¿O acaso recorrería tanto camino para encontrar la finca destrozada o en manos de algún suevo? Si todo se desarrollaba según Teodorico esperaba, y acampábamos victoriosos a las afueras de *Hispalis*, aprovecharía para convencer a Salla e ir en su compañía y la de los muchachos hasta la villa. La perspectiva seguía atrayéndome y aterrorizándome a partes iguales. Esperaba que todo continuara como lo había dejado casi veinte años atrás, y encontrar allí a mis amigos atareados en sus faenas; pero también podría ocurrir que todos aquellos a los que una vez quise ya no se encontraran entre sus blancos muros. Muchos son veinte años en nuestro tiempo. Años de cambios y de guerras, y más para un lugar tan apetecible como lo era *Hispalis* para los distintos pueblos que asolaban la diócesis.

Pero no debía de estar escrito en mi destino que volviera a pisar esos campos; finalmente, mis miedos y mis esperanzas se quedaron en eso. Poco más duró nuestra andadura por el sur, por lo que, con pena o con alivio, según mi estado de ánimo, solo pude limitarme a elucubrar sobre la respuesta a mis preguntas. Cuando los familiares campos tan cercanos a la *Baetica* hacía días que removían en mi alma mil recuerdos de otros tiempos y otras gentes, sucedió algo que vino a truncar los planes de Cyrila y los de nuestra columna.

Llevábamos ya una semana de camino cuando la columna fue alcanzada por una pequeña patrulla que llegaba al galope procedente de *Emerita*. A última hora de la tarde, antes de que parásemos para disponernos a pasar la segunda noche seguida sin rastro de lluvia, el gran alboroto que se formó en retaguardia hizo que la columna se detuviera antes de tiempo. Los cuernos de la partida de jinetes que cerraba nuestra formación pusieron sobre aviso al resto de la tropa de que algo sucedía allí atrás. A nuestro lado, después de unos breves instantes de incertidumbre en los que nos preguntábamos qué demonios habría pasado en la retaguardia, pasaron raudos un buen grupo de jinetes ligeros; debían de haber ido a buen paso, pues tanto ellos como sus monturas aparecían cubiertos de barro. Los grandes terrones que levantaban en su galope salieron despedidos por todos lados, y en muchos casos hicieron blanco sobre los inmóviles guerreros que los contemplaban a pie. Aún quitándose el barro que manchaba su capa, Salla se destacó de nuestra formación dispuesto a seguir a los jinetes en su camino hacia el frente de la columna. Poco después Ibbas fue tras sus pasos, indicando a voces a varios de sus guerreros que se aprestaran a seguirlos. Nosotros, en cambio, meros soldados de la tropa, permanecimos allí perdidos en nuestras conjeturas sobre lo que habría sucedido para provocar tal alboroto.

Pocos minutos más tarde nos enteramos de lo sucedido. Las voces de los oficiales llamando a sus hombres a preparar el campamento para pasar la noche, fueron secundadas casi de inmediato por el vozarrón de Ibbas, que regresaba en solitario desde la cabeza de nuestra formación. Salla no lo acompañaba, por lo que era evidente que los mandos de nuestro pequeño ejército continuaban debatiendo sobre lo sucedido.

—Preparaos, hoy dormiremos aquí —gritó fuertemente Ibbas antes de llegar a nuestra formación para hacerse oír entre las voces de los guerreros—. Mañana emprenderemos el regreso hacia *Tolosa*.

Las expresiones de sorpresa al escuchar que la campaña había concluido y que volverían a su hogar hicieron que al momento aquella ordenada columna de guerreros se asemejara más a una plaza en día de mercado. Desde el último soldado hasta los propios oficiales desconocían qué había pasado para que los planes iniciales se vinieran de pronto abajo, y ya había algunas voces que

reclamaban que no se irían de *Hispania* sin el botín prometido, del que no habían visto rastro alguno tras casi un año de marchas y luchas.

–¿Volvemos a casa? –preguntó boquiabierto Witiza.

–Así es; órdenes del rey –respondió secamente Ibbas.

–¿Alguien entiende algo? –exclamé yo, divertido, pensando en que al final el destino me permitiría evitar un posible enfrentamiento en la *Baetica*, dar por finalizada también nuestra aventura particular, y regresar a *Lucus*, aunque ello significara que no tendría respuesta a mis preguntas sobre Balbo y los suyos. Quizás mejor así, por si acaso las respuestas no fueran las deseadas.

–Ya nos lo contará Salla más tarde. Si es necesario. –Zanjó Ibbas de malos modos—. Vamos, que esto nos es un maldito mercado, ¡a preparar el campamento, demonios!

De mala gana nos pusimos manos a la obra, y después de organizar nuestras escasas pertenencias dejamos volar nuestra imaginación mientras esperábamos el regreso de Salla. Este no tuvo lugar hasta unas buenas horas más tarde, cuando ya algunos hombres, los más despreocupados, dormitaban tranquilamente después de haberse llevado algo al estómago, sabiendo que poco importaba conocer el motivo, cuando lo único importante era que al día siguiente tomaríamos la calzada en sentido inverso al de las jornadas anteriores.

Acompañado por otros de los cabecillas de la expedición, como el mismo Liuva, Salla regresó por el camino hacia donde nos encontrábamos. Un poco antes de llegar hasta nosotros, se despidió gravemente de sus iguales y se dirigió hasta nuestra fogata a grandes zancadas. Al instante todos aquellos que nos encontrábamos todavía en pie rodeamos al muchacho deseosos de conocer las noticias.

–¿Qué ha pasado? –preguntó Wulfila antes siquiera de que Salla nos hubiera llegado a dirigir la palabra.

–El emperador ha muerto –explicó el chico con gesto adusto.

–¿Avito? ¿Muerto? ¿Quién ha sido, algún bárbaro? –preguntó Marco, poniéndose enseguida colorado.

Salla se sonrió al escucharlo.

–No siempre los extranjeros son los más peligrosos, Marco, aunque eso es algo que tú sabes muy bien –se sentó junto a la fogata, y todos nos apretujamos

en derredor para escuchar lo que el joven tenía que contarnos—. Ha sido una conspiración dentro de la propia corte imperial. O mejor, si quieres, una guerra civil.

—Pero... ¿quién se opuso a Avito? —preguntó perplejo Marco. Lo cierto era que hacía muchas lunas, desde que saliéramos de *Lucus*, que nada sabíamos de lo que sucedía lejos de donde nosotros nos encontrábamos.

—No sabría decirte con seguridad. Tan solo se ha hablado del nombre de Ricimero.

—¿Y regresamos a casa? ¿Así, de buenas a primeras? —intervino Witiza cruzándose de brazos.

—El rey ha de retornar hacia *Tolosa* para hacerse oír en la elección del nuevo emperador. Sin Teodorico de por medio, puede que la elección no favorezca a los intereses de nuestro pueblo.

—Vaya... —dijo Marco—. Y ahora... ¿qué pasará en *Hispania*?

—Esa es una buena pregunta. Pues *Gallaecia* está en manos de Agriwulf, o mejor dicho en las de mi padre —o eso espero, porque los informes son escasos—; y aquí, en el sur... ya habrá otra ocasión para regresar. Nuestras órdenes son regresar hacia el norte, siguiendo los pasos del rey, aunque nuestra presencia en *Tolosa* no sea tan apremiante.

—¿Se ha decidido ya la ruta que tomará el ejército? —pregunté yo, pensando en que después de tanto tiempo, aunque en el fondo fuera lo que deseaba, se me haría extraño planear algo sin contar con los planes del ejército godo.

—Eso estábamos debatiendo con Cyrila. Lo más directo es ascender desde *Emerita* hasta *Asturica Augusta* por la gran calzada de la Plata, por lo que entiendo que será nuestra ruta a partir de mañana.

—Podemos acompañaros hasta *Asturica* y luego regresar por nuestra cuenta a *Lucus* —dije yo, pensando en voz alta.

—Os acompañaremos hasta *Asturica*, y luego ya veremos —dijo Marco sin dar opción a un segundo comentario.

—¿El resto del ejército nos esperará? —preguntó Wulfila— ¿Por eso tanta prisa en encontrarnos?

—No lo creo; el rey sí está en la necesidad de acelerar la marcha, pero el resto del ejército volverá en pequeñas columnas como la nuestra, tomando algunas posiciones en la meseta —dijo mirando hacia Marco.

–Pues te vas a quedar sin ver esas matas de olivo de la *Baetica* de las que tanto te he hablado, Salla. Lo siento por ti –le dije apenado.

–Siempre estamos a tiempo de volver; quién sabe lo que nos deparará el futuro –respondió él, guiñándome un ojo.

Como nos contara Salla aquella noche, y como nos corroborarían mucho tiempo después en *Lucus*, el emperador de ese entonces, Eparquio Avito, fue víctima de su propia corona, como tantos otros antes que él. Acosado por los constantes ataques de los pueblos situados dentro y fuera de sus inestables fronteras, poco tardó en perder el control sobre los veleidosos habitantes de Italia, que en menos de un año prefirieron a otro en su lugar. Hay pocas situaciones peores a las que enfrentarse que a la de que tu propio pueblo pase hambre, y eso fue lo que sucedió. La propia Roma sufrió de manera inclemente el asedio de la flota de Genserico el vándalo, de manera que apenas pudo provisionarse del tan necesario trigo para sus ciudadanos. Y estos rápidamente echaron las culpas de la situación y del hambre que sufrían a aquel que ocupaba el trono en ese momento. El que fuera su *Magister millitum*, Ricimero, y uno de sus principales colaboradores, Mayoriano, aprovecharon la situación para deshacerse del emperador, que tras varios meses de lucha contra ellos, fue muerto en la *Galia*.

Mayoriano fue elegido ese mismo año nuevo emperador de Roma, y en cuanto a su compinche, Ricimero, continuó ostentando el mismo cargo que con el anterior emperador: el hombre más importante del imperio tras el mismo Augusto. O tal vez incluso más importante, porque desde su cargo de *Magister millitum* tenía a lo que quedaba del ejército de Roma bajo sus órdenes directas, como fatalmente había llegado a descubrir el mismo Avito. Ricimero fue otro de los extranjeros que ocupara el más alto cargo imperial al frente del ejército, como lo hiciera en su momento Flavio Estilicón, y Flavio Aecio después de aquel, pero según las habladurías sin la evidente valía demostrada por aquellos. Para mí estaba muy claro: Estilicón era vándalo, Aecio descendía de alanos, y Ricimero era medio suevo y medio godo; para alguien como yo, sobraban las interpretaciones.

Así que, al día siguiente, tal y como habíamos descendido por la calzada hasta las cercanías de la *Baetica*, la columna dio media vuelta para regresar

de nuevo hacia el norte. Pese a que en un primer momento pudiera haber pensado que a los hombres les agradaría la idea de regresar junto a sus familias después de tanto tiempo de campaña, pronto estuvo claro que aquellos curtidos guerreros no querían volver a sus tierras sin haber hecho fortuna en el “cálido” sur. Aunque Teodorico hubiera sido muy claro al respecto, y durante la campaña los hombres hubieran acatado firmemente sus órdenes de no provocar desórdenes y saqueos en las ciudades por donde pasaba el ejército, ahora que el rey estaba lejos, los hombres eran cada vez más osados en sus demandas de oro, como pudimos comprobar a medida que los días se sucedían en nuestro lento camino hacia el norte.

El ritmo de la columna durante esos días fue el menos exigente que recordara desde que nos habíamos unido al ejército, y en esa ocasión no se debió tan solo a los rigores del final del invierno, sino también a la moral de la tropa. Aunque Cyrila era uno de los más reputados comandantes de Teodorico, no tenía ni el carisma ni la determinación de su rey, lo que hacía posible que los guerreros, a cada día que pasaba, hicieran más evidentes sus protestas. Aunque, bien pensado, también podría ser que el *Dux* pensara de similar manera que sus hombres, y no tanto que no tuviera el suficiente ánimo para oponerse a la tropa.

Entre los que más fuertemente hacían oír sus voces durante las reuniones de los cabecillas estaba el propio Liuva, que además había encontrado el inesperado apoyo de uno de los capitanes de Cyrila, de nombre Sumnila, que había hecho frente común con el *gardingo* para socavar la voluntad de su jefe. A ellos, que debían regresar a sus casas en el norte, poco les importaba lo que pasara en las tierras que los habían acogido durante las últimas lunas cuando abandonaran la diócesis. Por ellos, sus habitantes podían pasar hambre y morir de frío, que les tendría sin cuidado, mientras ellos volvieran cargados de riquezas a su tierra.

Después de más de nueve meses en suelo hispano sometido a las férreas órdenes de Teodorico, al fin Liuva veía cerca la oportunidad de dar rienda suelta a su ferocidad. Su inquina hacia nosotros pareció multiplicarse, quizás porque para él representábamos todo lo que mantenía a raya —de manera impuesta— a sus instintos y ambiciones: las, a sus ojos, absurdas órdenes recibidas de evitar problemas, e incluso colaborar en la medida de lo posible

con la población local, se personificaban en nuestro pequeño grupo. Y a cada día que trascurría, tanto él como sus hombres aumentaban el tono de sus murmuraciones, dedicándonos miradas cada vez más feroces. Éramos una ofensa para su orgullo, así de sencillo. Decidimos extremar las precauciones; durante esos días vigilamos muy de cerca sus pasos, y agudizamos aún más nuestro cuidado respecto a Vera, porque suponíamos que ella, al resultar más indefensa, sería la primera víctima que escogerían para su venganza. Pese a todo, todavía contábamos con la protección de Salla, y seguíamos confiando en que Liuva no se atrevería a contrariar a nuestro amigo. Pero también era cierto que, a cada día que pasaba, el ambiente de la columna se volvía más opresivo para nosotros.

A pesar de la complicada situación, Salla parecía no tener problema alguno para mantener la disciplina entre los suyos, que se mantenían al margen de las ansias de oro que habían enfebrecido al resto de guerreros, y que para nosotros resultaban un islote de cordura entre aquella jauría de lobos sedientos de riqueza. ¿Pero qué se creían? Pensaba yo en voz baja. ¿Acaso creían que la tierra que hollaban aún era rica, como lo había sido antes de que generaciones de suevos, vándalos y alanos hubieran hecho hacia años lo que deseaban con ella? Ni siquiera recuerdo más que palabras de fastidio por parte de Gelimer cuando hacía referencia a los tesoros de *Hispania*. Si aun así era más rica que sus tierras allá en la *Galia*, entendía por qué mis padres habían decidido abandonar aquella para asentarse en *Hispania*.

Pasados los días dejamos atrás *Emerita*, de donde el rey había partido a los pocos días de haberlo hecho nosotros, y ascendimos pesadamente por la calzada entre los quejidos de la tropa. Días después dejamos atrás *Norba*, y cuando ya el mes de marzo nos había abandonado, llegamos a los alrededores de la antigua ciudad de *Salmantica*. Ambas ciudades pasaban por ser tan solo tristes recuerdos de lo que sus antiguos muros pretendían proclamar.

En los alrededores de *Salmantica*, para nuestra sorpresa, descubrimos la presencia de una pequeña guarnición goda. No eran más de cincuenta hombres y un puñado de mujeres, pero habían tomado posiciones levantando una rudimentaria fortaleza con la que controlaban el paso por el río. Como dejara entrever desde un principio, Teodorico proseguía con su táctica de ir asegurando posesiones en *Hispania*, y por eso, suponía yo, no quería que sus

hombres saquearan unas tierras que con el tiempo podían llegar a ser suyas. Aunque, visto lo ocurrido durante las últimas semanas, era evidente que muchos de los guerreros no tenían la amplitud de miras de su señor.

Esa noche descansamos en los alrededores del puesto avanzado. Desde luego, aquellos cincuenta hombres no nos servirían a nosotros de protección, sino que sería nuestra columna la que trajera la tranquilidad, al menos durante esa noche, a la pequeña guarnición. En las siguientes, quién sabía si los habitantes de la zona estarían o no dispuestos a plantarles cara. Aunque, conociendo a los hispanos, me sentía inclinado a descartar que hicieran otra cosa más que hacer como si sus nuevos vecinos no existieran, tratando sin más de continuar con sus vidas como hasta entonces.

CAPÍTULO XIX

Cuando ya las distintas secciones descansábamos alrededor de las fogatas, los cabecillas de la columna partieron hacia el puesto avanzado, donde el oficial al mando de la guarnición los agasajaría con una frugal cena. El tipo debía de pensar que aquellos señores, que estaban al frente de un millar de hombres, se encargarían de reportar al rey todo aquello que hubieran visto en su camino, y no quería perder la ocasión de que el propio Teodorico, o al menos algunos de sus allegados, supieran que desempeñaba las órdenes incluso mejor de lo que se le había encomendado. También Salla fue invitado al improvisado ágape, y esa vez llevó con él a Ibbas, con el fin de que si la conversación se diluía entre estúpidas lisonjas del anfitrión, el veterano godo pudiera hacer sus propias pesquisas entre los guerreros de la guarnición sobre lo sucedido en las últimas semanas en la zona.

Yo llevaba semanas intranquilo por los derroteros que tomaban los acontecimientos en nuestra columna, donde cada día que pasaba, Liuva ganaba más adeptos a su causa entre los soldados, por lo que aproveché la ausencia de Salla y de Ibbas para hablar a solas con mis muchachos y hacerles partícipes de mis temores, para comprobar si era yo el único que pensaba que las cosas se estaban poniendo realmente feas. Estando tan cerca ya de nuestro destino, deseaba fervientemente llegar a *Asturica Augusta* lo antes posible y desde allí tomar la calzada hasta *Lucus* sin mayor percance que las miradas asesinas de Segga y Liuva a nuestras espaldas. Nos alejamos un poco del campamento en dirección al fortín, pero sin perdernos de las luces que emitían los fuegos de alrededor, para no darles oportunidad a Segga y los suyos de hacernos una visita furtiva ahora que nuestros jefes se encontraba en la fortaleza.

—Muchachos —comencé, algo vacilante, cuando nos sentamos en los restos de un antiguo muro del que probablemente los godos habían arrancado materiales para su fortificación—, no me gusta en absoluto el cariz que está tomando situación. Liuva cada día es más fuerte, y Cyrila...

Nos quedamos un rato en silencio. Yo no sabía cómo continuar sin que pareciera que estaba asustado; y respecto al silencio de mis acompañantes, quería verlo como que tampoco ellos eran ajenos a lo que llevaba días rondándome por la cabeza.

–No hay nada que temer mientras Salla esté con nosotros –afirmó Galieno con tranquilidad pasados unos instantes.

De nuevo el silencio volvió a apoderarse de nosotros, mientras cada uno se planteaba la situación por la que pasábamos. Yo por mi parte no dudaba de Salla –ni de él ni de sus hombres, nuestros compañeros y en muchos casos amigos–, pero estaba claro que la mayoría de los guerreros acariciaban cada día con más intensidad la idea de hacerse con todo el botín posible antes de regresar a sus hogares, de manera que la campaña acabara por reportarles a ellos tantos beneficios materiales como réditos políticos a su rey frente a Roma. Según mi punto de vista, estaban en su derecho. Cualquier ejército extranjero que se encuentre en una tierra que no es la suya, saquea no solo para obtener botín, sino también para sobrevivir. Poco me importaba a mí lo que hicieran con los hispanos que vivieran por aquella región, o en los otros lugares de la diócesis por los que discurriera su regreso. Lo que quería evitar era que nuestros seres queridos sufrieran el mismo destino. Este ya había hecho posible que en el último momento *Hispalis* se librara del saqueo, y gracias a que *Lucus* se encontraba lejos de las principales rutas de paso de la diócesis, también parecía que quedaría fuera del radio de acción del ejército en retirada. Además, dudaba que los saqueos se limitaran a algo más que villorrios y pequeñas aldeas sin grandes defensas; así que lo único que realmente temía era que Liuva pudiera aprovecharse de la situación de caos para ajustar cuentas con nosotros, tal y como deseaba desde hacía ya mucho tiempo.

La voz de Marco interrumpió mis cavilaciones.

–Attax tiene razón, Galieno –miró a su compañero y apostilló–. Y tú también, por supuesto. La situación no es la mejor que hemos vivido desde que comenzó la campaña, aunque la presencia de Salla nos proteja de las atenciones de Liuva.

–Me alegro de no ser el único que lo ve así –dije, aliviado–. Y creo que se va a complicar aún más en las próximas semanas. Debemos abandonar la

columna en cuanto podamos y regresar a *Lucus* por nuestra cuenta.

Examiné las caras de los chicos mientras Galieno e Issa asentían y Marco miraba hacia el suelo sin decir nada.

Me llené de valor para abordar los pensamientos que sabía ocupaban la mente del chico.

–Marco, sé que es complicado abandonar ahora, pero ¿qué otra opción tenemos? ¿Continuar hasta *Tolosa*? ¡Nosotros no somos godos!

–Eso ya la sé, Attax, no es necesario que me lo recuerdes –me dijo rechinando los dientes.

– Tu tío te espera en *Lucus*; tú mismo le prometiste regresar cuando hubiera finalizado la campaña. No sé lo que crees tú que significa que el ejército vuelva a la *Galia*, pero a mí me parece que a eso se le llama una retirada en toda regla.

–¿Y quién viene a recordarme mis obligaciones? –barbotó Marco—. ¿Tú, Attax el bárbaro? ¿El mismo que ha sido un alma errante toda su vida? ¿El que abandonó a su propia familia adoptiva, como tantas veces he escuchado? –hizo una pequeña pausa para dar más énfasis a sus palabras—. Tú no eres el más indicado para dar ese tipo de lecciones, Attax.

Aquel comentario realmente me dolió. El chico tenía razón, eso no podía negarlo, pero precisamente la experiencia de los años vividos era la que me había permitido ponderar adecuadamente las decisiones tomadas a lo largo de mi vida.

Cierto era que, siendo un joven como él, había abandonado a la familia de vándalos que me había adoptado tras la huida desde *Gallaecia* para fugarme con una joven hispana que me había robado el corazón. El romance duró lo que tardó la chica en aburrirse de mí y echar de menos las comodidades de su casa, que, por descontado, yo no le podía reportar, siendo como éramos meros fugitivos sin dinero ni tierras. Con el corazón roto y el orgullo herido, recibí la noticia de que Genserico y su pueblo habían abandonado *Hispania* rumbo a la vecina *Africa* para comenzar allí una nueva vida, la misma a la que yo había renunciado al huir alocadamente. Así que, ni siquiera tragándome mi orgullo, tenía en mis manos recuperar a mis amigos, mi familia en ese entonces. Solo y amargado por mi desdicha, vagabundeeé por la *Baetica* hasta que el destino había querido que encontrara acomodo en la finca de Balbo.

Probablemente, haber abandonado a Anderico en aquel entonces era lo único que me había echado en cara a mí mismo durante los años siguientes. Aunque ni siquiera en los primeros años que pasaron fui consciente de la pérdida que ello había supuesto para mí. Cuando uno es joven siente que es invulnerable, y que no necesita a nadie a su lado, más que a una buena espada y de vez en cuando alguna dócil mujer. Pero con el paso de los años había llegado a lamentar cada instante que pasé lejos de mis amigos, aunque no fue hasta años más tarde, cuando me reencontré con ellos por azar en *Corduba*, cuando la certeza de mi error se me hizo evidente y dolorosa. El mismo destino que tan veleidosamente se había complacido en reunirnos de nuevo, me los arrebató al poco tiempo en las orillas del río *Singilis*, luchando contra los suevos de Rechila. Pero no podía evitar pensar que el muchacho estaba en lo cierto. Quizás yo no era el más indicado para arengarle sobre ese tema, pero era el único que podía contarle lo que se sentía al saber que habías cometido el error más grave de tu vida, y tenía que intentarlo. Así que me llené de paciencia y traté de comprender al chico, en lugar de ponerme a la defensiva.

—Te lo digo precisamente por eso, muchacho. ¿Sabes las veces que he deseado no haber tomado aquella irreflexiva decisión? ¿Las veces que he mirado hacia atrás y me he arrepentido? ¿Quieres vivir como un paria toda tu vida, sin un hogar, lamentando haber dejado de lado a aquellos que te lo ofrecían?

—Mi único hogar era *Conimbriga*. Ahora, cualquier sitio es mi hogar mientras esté con los míos, y eso te incluye también a ti, amigo. No me importa si es aquí o en la *Galia*, o incluso en *Britannia* —dijo mirando a Issa, que sonrió ante la perspectiva.

—Está tu tío, y la promesa que le hiciste. Yo he cumplido la que le hice a tu padre. Aunque libres, somos esclavos de nuestras palabras.

El muchacho volvió a agachar la cabeza antes de responderme. Galieno miraba hacia otro lado, tratando de hacerse invisible mientras jugueteaba con el pomo de su puñal.

— Lo sé, Attax; y cada día que pasa doy gracias a Dios por tu fidelidad... Pero es que, desde que comenzamos esta campaña, me ha parecido encontrar al fin mi lugar en el mundo.

–Yo no pienso ir a su isla –dijo Galieno, señalando a Issa para quitar hierro al asunto–. ¿Tú no dices nada, Issa?

–Yo os seguiré a donde vayáis, ya lo sabéis. Mi patria es un lugar al que sé que nunca regresaré, aunque si Marco me lo pide haré un esfuerzo –dijo, con una chispa de sonrisa en la mirada, aunque su expresión se tornó más seria antes de continuar–. Pero me gustaría que allá adonde fuéramos no tuviera que mirar a mi espalda a cada instante para asegurarme de que nadie intenta matarme, o hacer daño a los que quiero –miré instintivamente hacia Vera, que permanecía callada al lado del britano.

–Siempre podemos unirnos a Akhila en *Gallaecia* –propuso Galieno, animado de repente–. Probablemente cuando lleguemos a *Asturica* todavía se encuentre batallando en la provincia, y no le vendrá mal contar con unos brazos leales de más. Además, le podemos servir de ayuda para entenderse con los hispanos de la zona.

–Y luego volvemos a *Lucus* con todos los honores –convino Issa, mientras abrazaba a Vera.

Permanecimos otro rato en silencio y al final Marco abrió la boca.

–Tenéis razón. Si hay algún sitio que aún pueda llamar mi casa ese es *Lucus*, que es donde está lo que queda de mi familia. Pero siempre echaré de menos lo que he vivido estos meses, y a aquellos a quienes hemos conocido.

–Siempre puedes ponerte a disposición de la defensa de la ciudad allá en *Lucus*. Los conocimientos que has adquirido durante estos meses pueden resultar valiosos a ojos de hombres como Palagorio. Además, si todo sale como Teodorico espera, puedes resultar un intermediario muy útil, porque serás probablemente la única persona de *Lucus* que conoce a Akhila –dije, convencido de mis palabras.

–Siempre que vosotros me acompañéis, estaré de acuerdo –dijo al fin levantando la cabeza. Me pareció que incluso sonreía tímidamente en la oscuridad.

Comprendía bien al muchacho. Marco había encontrado durante aquellos meses un alma gemela en Salla, y gracias a eso había descubierto que quería ser como el godo, no pudrirse en un apolillado *triclinium* desde donde resolver las cuentas de unos negocios que cada vez resultaban más difíciles de mantener, como le ofrecía su tío. El muchacho, en su fuero interno, soñaba con

comandar hombres y luchar por sus propias metas. Pocos hispanos había conocido que poseyeran una determinación tan férrea como la del chico, y tan dispuestos a recurrir a la lucha si era necesario. Lo más usual era que se desentendieran de lo que ocurría a su alrededor, tratando de continuar con su vida como hasta ese entonces, eludiendo afrontar sus propios retos y evitando las batallas. Pero a cada luna que pasaba me parecía más evidente que ese antiguo sistema de nada valdría en los años venideros. Lo que dudaba era que *Lucus* estuviera preparada para un muchacho como él; pero, por suerte, era muy joven aún.

—Así me gusta, muchachos. Pues, en el tiempo que nos queda, estad vigilantes y no perdáis de vista al malnacido de Segga. Tan solo serán unos días más.

Zanjadas nuestras dudas regresamos al campamento y después de varias noches en las que apenas había logrado conciliar el sueño, al fin pude dormir a pierna suelta hasta que los primeros rayos de la mañana me despertaron plácidamente. En ese momento, de pie frente a nosotros se recortaba la figura de Salla, que nos escrutaba, risueño, en nuestro despertar.

—Habéis dormido mejor que yo, por lo que parece —nos dijo mientras nos íbamos incorporando poco a poco—. Yo venía a pedirlos que me acompañarais a hacer unas comprobaciones, pero puedo pedirselo a Witiza y los suyos, si os apetece más seguir durmiendo.

—Pues, ahora que lo dices, no estaría de más que nos dejases aquí descansado. Con el paso de la columna, calculo que levantándonos a mediodía tendremos tiempo de sobra para alcanzaros antes del anochecer —bromeé.

—No le hagas caso, Salla —me interrumpió Marco restregándose los ojos—. ¿Qué es lo que necesitas?

—Ibbas me ha informado de que en los últimos días algunas secciones se han quejado de que han perdido parte de sus equipos en el vagón de la impedimenta, y necesito revisar nuestras pertenencias en el tren de bagaje, no sea que me hayan birlado mi cota; ¿me acompañaréis?

Lógicamente aceptamos, y así, retomamos una jornada más nuestro cansino caminar por la calzada que años atrás los viajeros compartieran con los importantes cargamentos de plata que desde los depósitos argentíferos del norte de *Hispania* fluyeran hacia las ciudades y puertos más importantes de la

diócesis. Pero hacía ya muchos años que las minas, bien se habían agotado, o bien Roma no podía continuar extrayendo el preciado metal de la tierra, por lo que ninguna caravana cargada de metales hollaba ya esos caminos.

El recuento de nuestra impedimenta no pasaba de ser una mera actividad rutinaria –que bien cierto era que casi nunca se realizaba–, pero lo que realmente pretendía Salla era encontrar la tranquilidad necesaria para poder hablar con nosotros en confianza. Solo las bestias y algún que otro jinete despistado pudieron ser testigos de nuestra charla esa mañana; así, pudimos enterarnos de lo que se había hablado la noche anterior en presencia del jefe de la pequeña guarnición. El tipo pasaba por ser un mero cabecilla menor de uno de los *gardingos* del rey, que había aceptado el encargo del monarca para poder medrar en suelo hispano y ganar méritos a ojos de Teodorico, buscando hacerse con tierras suficientes para prosperar. Poco le importaba si estas estaban en *Aquitania* o en *Hispania*, aunque Salla era de la opinión que la posibilidad de comenzar de cero en una tierra que juzgaba llena de oportunidades le atraía sobremanera. Si regresaba a su hogar, probablemente estaría abocado a continuar siendo un segundón, mientras que en *Hispania* tendría la ocasión de labrarse un nuevo porvenir, en el que esperaba gozar de cierta preeminencia. La guarnición llevaba allí algo más de tres semanas, y durante ese tiempo se habían encargado de reconstruir, a su manera, un antiguo asentamiento indígena abandonado hacía años y fortificarlo apresuradamente. Las órdenes de Teodorico, similares a las impartidas en otros lugares desde hacía meses, consistían en guardar la posición hasta que tuvieran noticias desde *Tolosa*, y mantener las vías expeditas para cualquier columna goda que se adentrara en la región. La gran meseta hispana se iba poblando poco a poco con pequeñas guarniciones como aquella, que podrían ser utilizadas como bases avanzadas de cara al futuro.

Por lo que el tipo dejó entrever a Salla, no esperaba entablar disputas con los pobladores de la región, ni siquiera con los habitantes de la vecina *Salmantica*; pero era necesario mantener una posición fácilmente defendible por si llegaba a darse el caso. Desde luego, teniendo en cuenta el escaso número de hombres con los que contaba, no me parecía que pudiera permitirse el lujo de enemistarse con sus vecinos, por muy débiles que estos fueran.

–¿Hace tanto frío en la *Galia* que pensáis trasladaros a *Hispania*? –dije con sorna.

–A mí no me importaría el cambio... Al menos durante un tiempo –replicó al instante–. Pero eso solo lo podría responder Teodorico, si es que siquiera él lo sabe.

–Pues deberías decirle a Liuva que deje suficiente a su paso para que cuando viváis aquí encontréis algo que echaros a la boca, y no tengáis que luchar con cada hispano que os crucéis en el camino.

–Por eso precisamente os he traído hasta aquí –dijo en voz baja mientras rebuscaba bajo unos fardos donde guardábamos parte de nuestro equipo.

–¿Qué pasa, Salla? ¿Fue algo mal anoche? –preguntó Marco, dejando a un lado una mohosa manta donde se guardaban algunos haces de flechas.

–Nada que no hayáis intuido ya a estas alturas, supongo. Los hombres reclaman un botín que venga a compensar la larga campaña: a nadie le gusta regresar a casa con las manos vacías, y menos aún si ha resultado victorioso.

–¿En contra de las órdenes de su rey? –preguntó Marco enarcando las cejas.

–Es la ley de la guerra, Marco, tan antigua como los hombres. Dudo que Teodorico quiera ponerse en contra de sus propios guerreros, que lo han servido fielmente durante toda la campaña –respondió el godo encogiéndose de hombros

–Eso lo entiendo –dije yo convencido–. Pero lo que me preocupa es que Liuva aproveche la situación para tomarse su venganza con nosotros.

–Eso es lo que quería deciros: no os despeguéis de nosotros mientras sigáis en la columna. Y, si así lo deseáis, podéis abandonarnos en cuanto lo consideréis oportuno. Entiendo que es una situación difícil, si es que el ejército termina por marchar contra alguna de las poblaciones hispanas para hacerse con algo de botín antes de regresar a la *Galia*. Dios es testigo de lo mucho que me pesará vuestra marcha, pero es algo que debía ocurrir más tarde o más temprano. Aunque no por ello se me haga más fácil aceptarlo.

–Me hubiera gustado proseguir con vosotros hacia el norte, Salla; lo digo con el corazón en la mano –respondió Marco, circunspecto–. Pero debo regresar a *Lucus* con mi tío. Lo siento.

–No creo que abandonaros ahora sea lo más prudente –interrumpí yo el emotivo momento–. Lo más seguro es continuar con vosotros hasta *Asturica*, y separarnos allí de camino hacia *Lucus* por la gran calzada.

–Yo también creo que es lo más adecuado. Incluso me atrevería a decir que no estaría de más que pasarais algunos días en la ciudad, hasta que os hayáis asegurado de que la columna está bien lejos y que no quedan secuaces de Liuva por los alrededores. No me gustan las miradas que os dedica últimamente. E incluso he oído algunas murmuraciones preocupantes que se está encargando de difundir entre los hombres: afirma a quien lo quiera escuchar que vuestra presencia aquí es la que impide que Cyrila les conceda el permiso que reclaman para saquear, pues seríais testigos molestos en caso de que Teodorico pidiera explicaciones. Delante de mí no se atreven a decir nada, pero sé que el bueno de Witiza ha repartido ya unos cuantos puñetazos a cuenta de algunos comentarios desafortunados.

–Dudo que a Cyrila le importe un comino nuestra opinión al respecto. Supongo que Liuva busca una excusa para acabar con nosotros si finalmente nos vemos envueltos en algún saqueo –afirmé–. Y dile a Witiza que sentimos haberle causado problemas también a él.

–Daría gustoso parte de mi herencia porque me hubierais podido acompañar al norte, pero entiendo que vuestro sitio está aquí, en aquella *Lucus* que al final nunca he podido visitar, aunque quién sabe si mi padre habrá podido verla.

–¿Y por qué no puedes acompañarnos a nosotros y reunirte allí con tu padre? –preguntó Galieno, para quien no existía más posibilidad que esa.

–No creo que eso sea lo que mi padre querría, y desde luego no es lo que me puedo permitir. Así que prefiero no pensarlo siquiera, no sea que al final fuera tan fuerte la tentación que desoiga las órdenes del rey. Pero me alegra saber que mi padre puede contar con vosotros si os necesita.

Con la certeza de que nuestros compañeros velarían por nosotros hasta llegar a *Asturica*, pasamos los que serían nuestros últimos días entre los godos de Salla con mayor tranquilidad. Cuando faltaba apenas una jornada para llegar a nuestro destino, la encrucijada en la que nos despediríamos para encaminarnos hacia *Asturica* mientras el ejército torcería hacia el este, nos cruzamos con una partida de guerreros godos y burgundios que llevaban varios

días acampados en los alrededores de la ciudad. Eran menos que nosotros, quizás ochocientos hombres, que daban la impresión de estar en pie de guerra, con las armas a punto para ser utilizadas en el momento en que la situación lo requiriera. Enseguida Cyrila ordenó el alto a la columna para reunirse con los cabecillas del grupo y comprobar qué hacían allí aquellos hombres después de tanto tiempo transcurrido desde el paso del rey.

Como los hombres que formaban su partida, sus jefes resultaron ser un godo y un burgundio, llamados Segismund y Gundemar respectivamente. Tras la primera noche, se hizo evidente que Cyrila prefería pasar otra jornada más departiendo con ellos; ni siquiera Salla sabía el motivo concreto, sino únicamente que necesitaba más tiempo para asimilar las importantes noticias que le habían trasladado los acampados sobre los últimos movimientos y órdenes de Teodorico. Segismund era un importante guerrero del círculo de Frederico, y según Salla, Gundemar pasaba por ser uno de los principales lugartenientes del rey Childerico, por lo que estaba claro que eran hombres que debían de contar con información fidedigna.

El segundo día, ya por la tarde, corrió la noticia de que a la mañana siguiente el ejército –porque formado ya por casi dos mil hombres era un verdadero ejército– se pondría de nuevo en marcha hacia el norte. Convencidos por tanto de que esa sería la última noche en compañía de nuestros amigos godos, la ocupamos en emborracharnos despreocupadamente, adelantando la despedida que se produciría inevitablemente al día siguiente. A la luz de las hogueras intercambiamos no solo las palabras de afecto imperecedero propias de los borrachos, sino también distintos presentes, para que estos objetos nos recordaran para siempre nuestra amistad.

Para sorpresa de todos, el rudo Ibbas comenzó el ritual entregándome un soberbio puñal con una recia funda de cuero endurecido. No destacaba por su corte primoroso, pero bastaba un vistazo a su refulgente hoja para comprobar que había sido fabricado por un artesano que sabía que ese tipo de armas no se usaban simplemente para presumir. Mientras le daba vueltas entre mis manos, Ibbas me sorprendió tendiéndome además un saquito de tela gruesa. Al abrirlo, encontré dentro sus gastados dados de hueso, los mismos con los que me había ganado la posibilidad de disfrutar de mi dulce venganza frente a Hildimiro.

–Esto no tiene valor, pero espero que te traiga recuerdos agradables de una tarde de circo –dijo, guiñándome un ojo.

Borracho como estaba, me abracé al enorme godo y rebusqué entre mis escasas posesiones algo con lo que corresponder a sus regalos. Recordé el antiguo arco que llevaba cargando en las alforjas de mi caballo desde *Lucus*, aquel que mandara a fabricar tantos años atrás tal y como Akkal –el guerrero alano que había luchado a mi lado en el *Singilis*– me había explicado que llevaban haciéndolo generaciones de los míos, para enseñárselo a los muchachos. Era un arma soberbia, pero quien la utilizaba, o sea yo, no pasaba por más que un mediocre tirador, indigno totalmente de ella. Solo me causó una pequeña punzada de lástima la mirada admirativa de Issa al arma; aunque acostumbrado a arcos más largos, pensé que le habría gustado probarlo. Afortunadamente, el presente que le entregó Witiza le compensó con creces: un arco huno desencordado, arrebatado de las manos inertes de su anterior propietario en el mismo campo de batalla de los *Campos Catalaunicos* –según nos contó Witiza–, justo antes de cortarle su pequeña cabeza, como él la describió. Según el veterano, en ningunas manos estaría mejor que en las del britano; este, muy orgulloso, miró hacia Vera mientras blandía el arco con su diestra sobre su cabeza. La chica nos observaba sonriente al lado de la fogata, divertida con las ocurrencias de aquel grupo de entrañables borrachos; o tal vez solo se avergonzara, pero lo disimulaba bastante bien.

Issa colocó con cuidado el arco a sus pies, y luego, con ademán algo azorado, rebuscó un momento entre sus ropas. El joven britano nada poseía más que su libertad, lo que para él era más valioso que la más costosa cota de malla que luciera Liuva o la más fina alhaja que portara Frederico; pero aún así se las arregló para dejar a Witiza sin palabras, cuando le ofreció la blanca piedra de elfo que nos mostrara aquel día en casa del obispo Antonius. El enorme godo la miró un momento, sin atreverse a tomarla.

–Issa... muchacho, no sé si debo aceptar este regalo. Si me la entregas, ¿perderás tu magia?

Issa se encogió de hombros.

–A mí las sombras ya me conocen. Llévasela a tu hijo, y enséñale que nada tiene que temer de la oscuridad.

Witiza, conmovido, la cogió con cuidado. En sus enormes manos parecía muy pequeña. Con la mano libre, le dio una palmada a Issa en la espalda que casi lo hizo caer al suelo. Riendo, lo atenazó en un abrazo de oso.

Galieno entregó a Wulfila un antiguo brazalete de bronce que había obtenido durante el saqueo del campamento suevo cercano a Lucus y que solía lucir en el brazo del escudo, y el godo le correspondió con una espada corta que, a modo de *gladius*, siempre colgaba de su cintura. Aunque Galieno parecía algo desilusionado por el cambio, ya me encargaría yo de explicarle que la baratija que le había dado no costaba ni tan siquiera lo que el labrado mango de madera de la corta espada. Por último, y ante la expectación de todos nosotros, que esperábamos el momento desde hacía un buen rato, Salla entregó a Marco la primorosa fíbula de oro en forma de águila que habíamos visto en *Braccara* cuando el joven se había unido al grupo del rey, y que había despertado entonces la envidia de todos nosotros. Como ocurriera la primera vez que viéramos la joya, volvimos a quedarnos boquiabiertos cuando el joven godo la sacó de su morral. Marco trató de rechazar el presente en tantas ocasiones como el godo intentó entregárselo, porque semejante regalo, a nuestros ojos, era lo más valioso que cualquiera pudiese desear. Tal vez no para Marco, el joven vástago de una importante familia acostumbrado a ciertos lujos, pero sí al menos para Galieno, Issa, y por supuesto, para mí.

–Salla, no puedo aceptarlo –decía apabullado el hispano–; tienes que conservarlo. Esta es una joya que debe permanecer en tu familia. No puedes privar a tus futuros hijos de lucirla en honor a los suyos.

Su amigo, por el contrario, le respondió:

–¿Y si no llegara a tener hijos? Créeme, es mejor que lo lleves tú, que eres como un hermano para mí; y te aseguro que no es del gusto de mis hermanas –sonrió–. Mi hermano hispano, Marco.

Marco, visiblemente emocionado, acarició un instante el colgante que siempre llevaba encima, que representaba el sello familiar, y que había sido el último regalo de su padre antes de morir. En un rápido gesto, lo pasó por su cabeza y se lo tendió a Salla, que debía de conocer la historia, porque se quedó mirándolo boquiabierto.

–No tiene tanto valor como la joya que me has entregado, pero es el único presente que se me ocurre que pueda ser digno de mi hermano –dijo con voz

queda.

–Marco, ¿estás seguro de esto? –preguntó Salla.

Marco asintió.

Salla tomó el colgante de su mano y se lo colocó despacio.

–Lo llevaré siempre conmigo –musitó antes de que su voz se quebrara.

Yo mismo había abrazado a Ibbas con fuerza, llevado por la emotividad del momento; pero el abrazo que se dieron los dos muchachos hizo que incluso nosotros, que los observábamos ya más calmados y sonrientes a su alrededor, volviéramos a emocionarnos con ellos. Ibbas, que estaba a mi lado, dejó caer como un garrote su brazo derecho sobre mí, y juraría que vi cómo con el brazo libre se restregaba la manga por su cara. Era lo último que esperaba ver del salvaje y rudo godo, y hasta a mí volvió a ponerse la piel de gallina. Eran muchos meses de convivencia, no siempre sencilla, pero sí al menos franca y sincera. Nunca imaginé que aquella aventura que en *Lucus* tan solo tomaba cuerpo en la mente de Marco, finalmente hubiera resultado tan bien como la habíamos vivido. Ni en mis mejores sueños podía haber esperado una convivencia como la que tuvimos entre Salla y los suyos, y aunque inicialmente tuviera mis propios celos contra los de su pueblo –siempre había detestado a cualquier godo que se cruzara en mi camino, en recuerdo del exterminio de mi pueblo, incluidos mis padres–, tenía que reconocer que con los godos pasaba lo mismo que con el resto de pueblos que había conocido: entre ellos, al menos algunos individuos eran dignos de mi aprecio. Malnacidos había en todos sitios –en algunos más que en otros, pero en casi todos la mayoría–, pero entre los mejores de cada pueblo, pocos como Salla conocí a lo largo de mi longeva vida. Había valido la pena seguir a Marco en su aventura aunque solo fuera para conocer a Akhila, su hijo y algunos de sus hombres. Del resto, ya hablaré en su momento.

Al día siguiente, muy temprano, el ejército se puso en marcha. Entre el dolor de cabeza provocado por la gran cantidad de vino que había ingerido la noche anterior –debíamos de haber agotado, al menos, la mitad de las reservas de nuestra compañía– y el traqueteo de las carretas, no fue hasta entrado el mediodía que pude centrarme en el paisaje y en mis compañeros. Cuando los vapores etílicos comenzaron a escaparse de mi cuerpo, tras varias horas

sudando bajo el tibio sol que ese día nos calentaba, al fin parecía que la vida había vuelto a fluir por mi cuerpo, y pude pensar en algo más que en colocar un pie delante del otro y continuar el camino con la boca pastosa y la mirada fija en el suelo. Probablemente los muchachos, que a su edad parecían tolerar mejor el alcohol que mi viejo cuerpo, habrían hablado a lo largo de esa mañana, pero hasta ese momento no había podido incorporarme a la conversación.

–¿Nos quedaremos en *Asturica*? –preguntaba Galieno lentamente, como si también le costara hablar.

Marco asintió.

–Mi tío me habló de un buen amigo suyo que posee una casa en la ciudad. Yo no lo conozco en persona, pero puede ser un buen contacto, al menos para que nos de algunas indicaciones de cómo movernos hasta que partamos.

–Me encanta cómo se relacionan los poderosos –intervine en tono de burla mientras me masajeaba las sienes con ambas manos. Yo, durante toda mi vida, me había limitado a malvivir por mis propios medios en cualquier ciudad en la que entrara. A veces, hasta a los perros callejeros se les trataba con más miramientos que a un bárbaro sin dinero como yo.

–Mientras puedas dormir caliente supongo que no te importará codearte con los poderosos, ¿no?

–Desde luego que no, muchacho. –Ya era hora de que pudiera entrar en ese selecto grupo. En ese momento al fin y al cabo era un honrado hombre libre que tenía su propio negocio. Esperaba que siguiera en pie.

Así ya estaba todo decidido. Como aconsejara Salla, pasaríamos un par de noches en *Asturica* para emprender luego el regreso a casa. Que rara me sonaba aquella palabra que retumbaba en mi cabeza insistentemente en las últimas semanas. ¿Acaso al fin había encontrado un hogar después de tantos años? ¿Echaba de menos simplemente el lugar, o tal vez la sensación de paz que tenía al lado de Aspasia y de los muchachos?

Si tuviera que elegir, optaría por la segunda explicación; aunque también era cierto que, desde que tuviéramos la oportunidad de establecernos en la ciudad con nuestro propio negocio, y construir nuestra propia rutina entre sus edificios y sus gentes, mucho había cambiado mi percepción, no solo de lo que me rodeaba, sino también de mí mismo. No habría cambiado mi vida en *Lucus*

por nada; y, después de pasado casi un año desde que la abandonáramos, vivía cada uno de esos últimos instantes antes de regresar con la ansiedad propia del que cree que no logrará aguantar un día más de separación. Me veía a mí mismo como a un náufrago que tras horas de nadar en contra de la marea en busca de tierra firme, se siente a punto de desfallecer cuando ya ha avistado la ansiada costa con la que soñaba minutos antes. Al fin regresábamos. Tan solo restaba una última parada en *Asturica*, y en pocos días llegaríamos a la tranquilidad de mi tan añorada y, por qué no, rutinaria vida en *Lucus*. Ya estaba mayor para continuar por los caminos espada en mano: había llegado la hora de establecerme de manera definitiva, y si aún estábamos a tiempo, formar una familia con Aspasia. Estar lejos de ella me había hecho pensar mucho al respecto, y al fin había asumido que eso era lo que anhelaba. Mientras había podido hacerlo, el miedo a atarme a un lugar como no había hecho durante toda mi vida me había vencido; pero después de la campaña, el miedo al vacío que sin ella había vislumbrado me había abierto los ojos, o mejor dicho, el corazón.

—¿No pretenderéis regresar a pie? —preguntó Salla al pasar a nuestro lado y escuchar la conversación de sus amigos.

—Como a mi caballo le haya pasado algo, voy a tener más que palabras con Ibbas, te lo advierto —respondí, airado.

—Entonces, ¿estarías dispuesto a acabar hoy lo que empezasteis cuando os conocisteis? Pues es una lástima, porque me hubiera gustado conocer el desenlace, pero vuestros caballos están en perfecto estado, esperándoos en la retaguardia.

Lo seguimos a lo largo de uno de los flancos de la columna hasta llegar a donde nos aguardaban las carretas y los animales que acompañaban al ejército. Efectivamente, como durante toda la campaña, nuestros caballos estaban en el tren de bagaje. Poco los habíamos visto desde hacía meses. Yo al menos, hasta nuestra fallida expedición hacia *Hispalis*, cuando dejáramos el enorme ejército, no había tenido ocasión de ver a nuestros nobles brutos, sobre los que atravesáramos media *Hispania* para reunirnos con los godos.

Aunque en un primer momento me había mostrado molesto con Ibbas al cerrar el obligado trato, luego consideré que tampoco podíamos quejarnos. Habíamos sido admitidos entre la tropa de a pie de Akhila sin ningún

problema, y en esa situación cierto era que no necesitábamos a nuestros caballos, que habían quedado como reserva para los jinetes avanzados de Teodorico, siempre necesitados de monturas de refresco, en lugar de convertirse en simples animales de carga. El ejército en sí no había traído consigo caballos suficientes para mantener un cuerpo de jinetes poderoso, por lo que nuestras monturas fueron tomadas a préstamo para servir al propósito del rey. Ibbas había prometido entregárnoslas en cuanto finalizara la campaña, y eso fue lo que hizo ese día. Ciertamente era que en algún momento, como cuando Ibbas los nombró en el circo, había llegado a temer por los animales –podían pasar muchas cosas: uno de los cargos podía encapricharse con alguno de los asturcones, algún desaprensivo podía sentirse tentado de venderlos o jugarlos a los dados... o simplemente podían sufrir cualquier percance, o bien caer durante alguna escaramuza en la que se vieran envueltos los exploradores. Al menos Ibbas nos había asegurado que no serían utilizadas en la batalla, sino solo para misiones de escolta y reconocimiento. Pero lo cierto es que allí estaban, en perfecto estado. Me prometí que el regreso a *Lucus* sería el último servicio que nos prestarían antes de dejarlos pasar en libertad sus días en la finca de Cayo. Ya no eran jóvenes –como yo–; llevaban con nosotros desde que abandonáramos *Conimbriga* entre el luto y el llanto, y de eso hacía ya casi siete años, por lo que se habían ganado un merecido descanso. Al igual que yo mismo.

Ya estábamos todos: nosotros, nuestros caballos y además la mula que trajéramos desde la finca de *Lucus*. Aquella no nos había abandonado durante la campaña, sino que había permanecido siempre a nuestra disposición dentro de las reatas del batallón, como un preciadísimo bien que durante muchas millas cargó con lo más pesado de nuestros equipos. He conocido personas que, por mucho menos de lo que nosotros le hicimos cargar, nos hubieran dado infinidad de coces si hubieran podido. Con esa experiencia en mente, a menos que me dedicara a la cría de mulas y a tratar solo con esos pacientes animales, no debía descartar mantener mi espada a mi lado por mucha vida sedentaria que pensara llevar a partir de ese entonces.

Acaricié el hocico de mi recio asturcón, que poco a poco volvió a recordar mi olor y se dejó palmear mansamente. El caballo de Issa, en cambio, lo reconoció al instante, y este lo cubrió de cariñosas palmadas mientras el

animal le daba repetidos golpes con el cuello. No sabía el pobre animal que le tocaría no solo cargar con su antiguo jinete, sino también con Vera. Por suerte para el dócil caballo, ninguno de los dos –tal vez ni siquiera los dos juntos– resultaba tan pesado como yo o como Ibbas.

Ya bien entrada la tarde, comenzamos a ver una borrosa mancha a lo lejos que debía de ser la silueta de *Asturica*. Era el momento de abandonar a la columna y la lucha, y regresar a nuestra vida de antes de conocerlos. Como la noche anterior, pero más comedidos por la ausencia de vino, nos despedimos de nuestros amigos, y esta vez también de los guerreros que conformaban la partida que nos había acogido desde nuestra llegada. Ya montados en nuestros caballos, deseamos la mayor de las suertes a nuestros amigos, e incluso hubo tiempo para acordarse de los enemigos.

–Despídenos de Liuva –le pidió Marco a Salla en tono jocoso.

–Puedes hacerlo tú mismo, amigo. Creo que hasta él os echará de menos.

Seguidamente, el joven godo acarició el costado de la montura de Marco y después de intercambiar un último apretón de manos, palmeó al animal para que avanzara. Salimos a medio galope hacia la oscura forma que se recortaba en el horizonte. No creía que volviéramos a verlos más, por mucho que el bueno de Salla no quisiera reconocerlo, pero nos acompañarían en el corazón hasta el final que nos llegaría, irremisiblemente, a cada uno de nosotros. Da igual si eres cristiano o pagano, todos acabamos de la misma manera: regresando a la tierra.

–Ojalá volvamos a vernos pronto –musitó Marco con nostalgia, echando una última ojeada por encima del hombro hacia la figura de Salla, que se empequeñecía en la distancia.

Quizás, si hubiéramos estado atentos, habríamos podido escuchar las carcajadas sarcásticas de los espíritus malignos que se complacen en burlarse de los deseos y esperanzas de los mortales.

LIBRO III

Asturica Augusta, primavera del 457 d.C.

CAPÍTULO XX

Las murallas de *Asturica* nos observaban imponentes mientras nos acercábamos a galope hacia ellas, aunque no podíamos evitar lanzar algunas miradas hacia atrás, hacia aquella vida que había sido la nuestra durante el último año y de la que ahora nos alejábamos. Hacia el frente estaba lo que nos deparaba ahora el destino, de nuevo de vuelta a la “civilización”, lejos de los gritos y las riñas de los guerreros, las batallas, y las risas de los amigos con los que arriesgas la vida y compartes las borracheras. Allí, en el adarve, podíamos adivinar cómo algunas silenciosas figuras asistían a nuestra llegada, sin dejar de otear de vez en cuando el horizonte donde se podía ver la larga columna que formaba el ejército en movimiento.

Asturica no era tan grande como otras ciudades por las que habíamos pasado en el sur, pero también poseía unas murallas dignas de ser tenidas en cuenta por cualquiera que pretendiera tomarla. Era, quizás, junto con *Lucus* y *Braccara*, la tercera ciudad más importante de *Gallaecia*, principalmente debido a que durante años fue la principal beneficiada del importante comercio generado alrededor de las minas de plata de los alrededores. Como nos explicó Marco durante el camino, la ciudad comenzó siendo un campamento legionario durante las guerras que había mantenido Roma en el norte de *Hispania* contra cántabros y astures, hacía ya algunos siglos, y desde ahí había evolucionado hasta convertirse finalmente en una importante ciudad situada en un activo cruce de caminos, nudo de las principales vías de *Hispania*. Mucho había cambiado la situación desde que fuera el principal burgo de la región, beneficiándose de la extracción de plata de las cercanas minas para florecer como un importante emporio comercial. Luego, el preciado metal había dejado de fluir por las calzadas hacia otros lugares, lo que provocó que poco a poco la actividad comercial de la ciudad fuera decayendo, en beneficio de otras urbes hispanas. En definitiva, el agotamiento de las minas había acabado con *Asturica*. Quizás más incluso que las invasiones de pueblos como el mío, que ya encontraron una ciudad en decadencia, y que en escasos episodios fijaron sus codiciosos ojos en la

misma. Siempre, al menos para mi pueblo y el de los vándalos, había resultado más apetecible dirigirse hacia el sur y establecerse allí, donde no solo el clima era mejor, sino también los pueblos y las tierras eran más ricos.

Paseamos por los alrededores de la muralla en busca de una puerta por la que acceder al interior, deambulando por la ciudad extramuros, que en ese entonces parecía un barrio fantasma de casuchas a medio construir. La mayoría eran de madera, aunque unas pocas conservaban algunos muros de piedra. Como comienzo no era muy esperanzador. Tan solo se cruzaron en nuestro camino las ratas y algún gato preparándose para darse un festín. Recorrimos callejuelas estrechas y embarradas entre las que apenas se podía adivinar un camino principal que dirigiera nuestros pasos hacia el interior, por lo que tuvimos que contentarnos con seguir paralelos a la muralla hasta que al final nos diéramos de bruces con la entrada. Cuando por fin apareció ante nuestros ojos, pudimos ver sobre ella un grupo de nerviosos hombres que no nos quitaban los ojos de encima, oteando también el horizonte en busca de cualquier movimiento del resto del ejército. Como nosotros mismos habíamos comprobado, nadie había quedado extramuros. En la ciudad debían de estar advertidos desde hacía días, si no de nuestra llegada, al menos sí de la presencia del grupo de Segismund y Gundemaro, y debían de haber admitido en el interior a aquellos que vivían fuera de los protectores muros de la ciudad, tratando de resguardarlos mientras los godos permanecieran en los alrededores.

Galopamos tranquilamente hacia la puerta de entrada, esperando que en cualquier momento los centinelas nos dieran el alto antes de permitirnos entrar. Pero cuando ya casi habíamos llegado frente a la puerta, que continuaba cerrada, y ninguna voz se había alzado para dirigirse a nosotros, comenzamos a intercambiar miradas preocupadas, pensando en que tal vez la ciudad estuviera cerrada para los extranjeros como medida de precaución.

Sin embargo, a una voz desde la muralla, la enorme puerta comenzó a abrirse lentamente con un penetrante chirrido. Esperamos un instante a que quedara el suficiente espacio para poder pasar, y entramos en la ciudad. Para nuestra sorpresa, un corro de gente se agolpaba tras la gruesa puerta de madera tachonada de hierro, mientras algunos guardas trataban de contenerlos a duras penas. La ciudad se abrió ante nosotros tal y como lo había hecho el

poblado extramuros, sucia y maloliente, pero en este caso, también atestada de gente. Tuve la certeza de que la cantidad de gente que se arremolinaba a nuestro alrededor eran demasiados para los recursos con los que debía contar la ciudad; tras algún tiempo albergándolos, las condiciones del interior no parecían mucho mejores que las que se adivinaban extramuros. Ante ese panorama, llegué a valorar si debíamos continuar el camino sin mayor dilación; aunque la promesa de pasar la noche en casa del acomodado comerciante por el que pretendía preguntar Marco antes de lanzarnos de nuevo a los caminos me pareció lo suficientemente tentadora como para arriesgarnos a retrasar la marcha un día más. Además, no nos vendría mal tratar de obtener algo de información sobre la situación de la comarca –desde el punto de vista de sus habitantes, no de los godos– antes de continuar hacia *Lucus*.

Enseguida comenzamos a oír los gritos de hombres y mujeres que se dirigían a nosotros. Tuvimos que ponernos en guardia, ante la presión de los que trataban de agarrar nuestras ropas para llamar nuestra atención para que respondiéramos a sus preguntas, pues el puñado de guardas que estaban en la puerta apenas lograban mantenernos alejados del barullo. Una mujer gruesa con una harapienta capa sobre los hombros gritaba tratando de captar nuestra atención, repitiendo una y otra vez:

–¿Qué pasará con nosotros? ¿Qué pasará con nosotros?

Por detrás de ella, un hombre pedía a voces:

–¡Decidles que vuelvan! ¡Todavía hay suevos en la ciudad!

Aquel hombre debía de tener razón. Teodorico nunca hizo en *Asturica* lo que hizo en *Braccara*. Al igual que en *Lucus*, los suevos que vivían en la ciudad habían escapado de la venganza del godo; no así probablemente los guerreros, que habrían muerto en el *Urbicus* o estarían a resguardo en lo más profundo de *Gallaecia* esperando su oportunidad. Me pregunté cómo le iría a Akhila; ¿estaría Agriwulf al mando de aquellos suevos? Por el momento, tuve que olvidarme de eso y atender a nuestro difícil caminar, pues a cada paso que dábamos, tratando de ignorar a los transeúntes, el nerviosismo de aquella masa desesperada parecía acrecentarse.

La gente que nos rodeaba parecía estar fuera de sí. Pensando que debían de tratarse de los refugiados procedentes de fuera de la muralla, que llevarían días malviviendo en el interior, esperando con ansia el momento de regresar a

sus destartalados hogares abandonando el caos que su propia presencia había ocasionado en la ciudad, pugnamos por abandonar cuanto antes las cercanías de la puerta y escabullirnos hacia zonas más tranquilas, lo más alejadas posible de aquellos desquiciados. Localicé a uno de los hombres armados que trataba de mantener el orden entre la muchedumbre, y me incliné sobre el caballo para agarrarlo por el hombro.

–Nos dirigimos a casa de Eliano, el mercader de vino. ¿Podrías indicarnos el camino?

El tipo, un hombre de unos treinta años con la barba recortada y el pelo corto y ya algo escaso, me miró con extrañeza. Tuve que repetir la pregunta otras dos veces hasta que por último me respondió tartamudeando, mientras uno de sus compañeros partía a toda prisa después de hacernos una nerviosa reverencia y asegurarnos que avisaría al obispo para que se reuniera allí con nosotros. Tras un instante de desconcierto, comprendí por fin lo que estaba pasando: los guardas y la muchedumbre que allí se agolpaba, confundidos por nuestra estampa de guerreros y la calidad de las armas que portábamos, nos habían tomado por una embajada enviada por el ejército godo para parlamentar con los dirigentes de la ciudad. Tras días de incertidumbre, en los que habían sabido de la presencia de los soldados pero no de sus intenciones, esperaban a alguien que les pudiera sacar de aquel estado de ansiedad. Y, por lo visto, pensaban que ese alguien éramos nosotros.

En lugar de limitarse a indicarme la dirección, el guarda llamó a otros de sus compañeros, que formaron delante nuestro para tratar de abrirnos paso entre la multitud que llenaba las sucias calles. Caminamos, escoltados por aquellos tristes remedos de guerreros, por las calles empobrecidas y los antiguos edificios que, como en otros lugares de *Hispania*, ahora servían como cantera para obtener piedra, y que habían pasado de albergar a las antiguas divinidades a servir de refugio a ratas y cornejas. La muchedumbre parecía seguir nuestro paso, porque pude quedarme con algunas de las caras que me parecieron peculiares, y las reconocí en varios puntos de nuestra accidentada procesión.

De repente, una malintencionada piedra golpeó mi cota, y otra incluso estuvo a punto de descabalgarme de mi asturcón. Apreté la mandíbula y observé a la turba, tratando de amedrentarlos con mi mirada, aunque sabía que

eso era inútil: más miedo del que tenían en ese instante era imposible. Un ejército victorioso y enorme a sus ojos se encontraba a la vista de su ciudad, y nadie sabía hacia donde se dirigía. Y de nada valdría malgastar explicaciones con aquella turba en la que el temor había calado fuertemente; quizás sí que debíamos reunirnos con los principales, para explicarles que según nuestras noticias el ejército godo se retiraba hacia la *Galia*, y que de esta manera ellos lo pudieran transmitir a sus ciudadanos antes de que estallara una revuelta dentro de sus propios muros.

Llegamos a lo que parecía el foro, atestado de gente que clamaba, no sé bien si en nuestra contra o a nuestro favor, pues no podía entender más que alguna palabra suelta. Intercambié con Marco una mirada preocupada. A mi lado, Galieno acariciaba nervioso el pomo de su espada; detrás de nosotros, Issa aferraba a Vera mientras chasqueaba la lengua tratando de calmar a su montura. Al otro lado del abarrotado foro me pareció distinguir un grupo de suevos, que destacaban del resto por su fisionomía, y también parecían algo mejor vestidos. Avanzaban con prisas, tratando de evitar a la muchedumbre; algunos de estos, los más exaltados, la emprendieron a pedradas contra los tipos, que tuvieron que acelerar el paso para escapar ilesos del lugar. La tensión que se respiraba en la ciudad no tardaría en explotar, y la larga columna de hombres que marchaba a sus afueras parecía ser la responsable de todo. Aquellos mismos que ese día eran apedreados, la semana anterior, o antes de cuando quiera que hubiese llegado Gundemaro, seguramente habrían sido en el peor de los casos ignorados, si no temidos, como sucedía en *Lucus*. Pero la presencia del ejército que había acabado con los suevos a escasas millas de la ciudad el año anterior había dado alas a los sentimientos de aquellos cobardes que llevaban años detestando a sus vecinos y no habían hecho nada salvo agachar la cerviz a su paso.

Proseguimos nuestro camino; el guarda que se encontraba a mi izquierda temblaba con cada paso que daba. Quizá, como el suevo, dos días antes, ese muchacho sería el aprendiz de algún artesano, o simplemente un siervo de uno de los señores de la ciudad; pero ese día, y suponía desde la llegada del ejército, debía aparentar algo que no era, ni desde luego parecía querer ser.

Pocos minutos más tarde llegamos a nuestro destino. Frente a nosotros, por fuera de una gran *domus*, nos esperaba una curiosa recepción de civiles con su

propio grupo de guardaespaldas armados con espadas y escudos, y unos pocos guardas que portaban lanzas. Esa debía de ser la casa de Eliano, y los que nos esperaban, los principales de la ciudad, incluidos algunos religiosos, que no querían perderse lo que venían a transmitir los supuestos embajadores del ejército godo. Pero se equivocaban: nosotros no veníamos en nombre del ejército, sino que simplemente lo abandonábamos.

Al momento se adelantó uno de los civiles, un hombre mayor, con una prominente calva tostada por el sol y una cara arrugada donde brillaban vivazmente un par de ojos oscuros, que vestía una pulcra túnica marrón.

–Bienvenidos –comenzó, sin saber muy bien a quién de nosotros dirigirse–. Yo soy Lucio Eliano, y estos que me acompañan son algunos de los principales ciudadanos de *Asturica*. Disculpad si no hemos podido convocarlos a todos, pero esperábamos que enviarais primero algunos heraldos que nos advirtieran de vuestra llegada.

Nos bajamos de los caballos, que continuamos agarrando por la brida, y Marco se adelantó a nosotros, pasándome la suya antes de carraspear ligeramente y dirigirse a los hispanos.

–Noble Lucio Eliano, yo soy Marco Vipsanio Celer, sobrino de Cayo Vipsanio Celer, tu socio en *Lucus Augusti*; y te doy las gracias en mi nombre y en el de mis compañeros por este caluroso recibimiento.

La sorpresa se reflejó inmediatamente en la cara del romano y en la de sus acompañantes, que lo último que esperaban escuchar eran las palabras que había dicho Marco. El murmullo que se levantó entre los que aguardaban a sus espaldas me hizo pensar que se iba a dar por zanjada la reunión sin más, al ver que no éramos quienes ellos esperaban. Sin embargo, el religioso que ocupaba la diestra de Eliano amonestó a los que se encontraban a su lado, e hizo una señal para que continuara.

–Pero... –comenzó aturrullado el romano–. ¿Vosotros venís del ejército godo?

–De allí venimos –respondió con calma Marco–. Pero nos disponíamos a regresar a *Lucus*. Los negocios de mi tío no pueden esperar más tiempo.

–Pensábamos que erais emisarios de los godos, y que veníais a parlamentar con las autoridades de la ciudad. Por lo que nosotros sabemos, lleváis ya varios días acampados a las afueras.

–Siento defraudarte, noble Eliano –miró hacia el resto–, y también a todos vosotros. Pero no estamos aquí en nombre de los godos, sino en el nuestro propio. La columna con la que nosotros hemos llegado no es la que ha estado acampada en los alrededores, sino que llevamos en marcha desde *Hispalis* en dirección a la *Galia* desde hace ya un tiempo.

Al oírlo, un tipo muy estirado que se encontraba a la siniestra del comerciante graznó con una desagradable voz nasal:

–¡A la *Galia*! ¿Y qué pasa con la ciudad? ¿El ejército se va, y deja aquí a la panda de suevos que llevan años extorsionándonos? ¿Es que *Asturica* no merece verse limpia de esa escoria, como *Braccara*?

Marco trató de escoger cuidadosamente las palabras de su respuesta. El tipo había elegido un camino espinoso, pero sin duda él no había estado allí y no podía culpársele por no saberlo.

–Si me disculpas, te diría que el que citas no me parece un buen ejemplo. No estoy seguro de que muchos de los habitantes de *Braccara* estén de acuerdo con tu afirmación.

–Tú lo que eres es un traidor. Huyes del ejército porque simpatizas con los suevos. –El tipo pareció escupir las palabras.

–No huyo de ningún ejército, porque no pertenezco a ninguno. Pero haré como si no hubiera escuchado tus palabras, porque esos mismos suevos de los que hablas mataron a mi padre en *Conimbriga*.

–¡Antonio! –le amonestó el religioso que se encontraba junto a Eliano dando un paso al frente –. Calla de una vez, no sigas poniéndote en evidencia.

El tipo le lanzó una mirada furibunda y se fue de muy malos modos, seguido por alguno de los que se encontraban a su lado. Vista la situación, uno de los guardas hizo una señal y los siguieron también un par de lanceros para abrirles paso por entre las atestadas calles.

Cuando el tipo se hubo marchado, Marco continuó.

–Disculpad si he sido grosero, y transmitid mis disculpas también a vuestro noble compañero. Tan solo puedo deciros que hemos venido de paso, pero que si requerís cualquier noticia de las andanzas del ejército desde el *Urbicus*, podéis contar con nuestro testimonio.

Eliano, apabullado como estaba, tardó un instante en reaccionar, el suficiente para que el religioso tomara la palabra.

–Estáis perdonado, hijo; os lo dice el obispo Toribio. Ahora, tal y como habéis propuesto, estaremos encantados de que nos contéis todo lo que sabéis, y también que respondáis a las preguntas que llevamos haciéndonos desde hace lunas –dijo señalando detrás de él.

Marco, al conocer que su interlocutor era alguien tan importante, apoyó la rodilla en el suelo en señal de respeto, lo que debió de hacer las delicias del anciano.

–Padre, disculpad mi lengua. Estaremos encantados de poder responderos a lo que deseéis, pero antes necesitamos que nos deis las señas de algún buen lugar donde poder asearnos y pasar un par de noches antes de continuar nuestro camino.

–Por esta noche podéis quedaros en mi casa, y ya mañana Dios dirá; pero, si estáis con ánimo, me gustaría que durante la cena pudierais contarnos algo sobre vuestra historia. No hemos tenido noticias nuevas desde la llegada de Ovidio, obispo de *Segobriga*, que ha detenido su viaje entre nuestros muros hasta que la situación de los alrededores se tranquilice y los caminos vuelvan a ser seguros.

–Venerable Toribio, siento decepcionaros, pero por hoy nos gustaría descansar, ya que llevamos muchas millas de viaje de regreso a casa y estamos agotados hasta la extenuación. –Para ser un cristiano, era una mentira a medias, si quería disculpar al joven, pero yo agradecí sus sabias y perjuras palabras porque después de la borrachera del día anterior y las escasas horas de sueño, lo que menos me apetecía era pasar una aburrida y protocolaria velada con el obispo y aquella partida de zánganos pagados de sí mismos.

–Lo entiendo, joven... Marco –terminó la frase al acordarse del nombre del chico–. Y no veo el más mínimo problema en esperar hasta mañana para profundizar en nuestra charla, pero te pediría que al menos nos respondieras a unas pocas cuestiones que hace días que tienen a la ciudad en este estado de excitación que habéis encontrado hoy.

–Sin lugar a dudas, venerable Toribio. Es lo menos que podemos hacer para corresponder tanta amabilidad por vuestra parte y la de vuestros vecinos.

Nunca dejaba de admirarme la desenvoltura del muchacho cuando trataba con interlocutores de nivel. Marco era muy bueno con la espada, realmente de los mejores que conocía. Aunque joven, había entrenado con ahínco desde los

diez años, y aunque le faltaba la lógica experiencia que solo proporcionan las batallas, pocos que conociera se le podían comparar en cuanto a habilidad y sensatez a la hora de valorar sus ventajas y debilidades ante cada adversario, escogiendo en cada caso los movimientos adecuados. No tenía la fuerza bruta de Ibbas, que compensaba con creces su escasa técnica, ni tampoco la grácil elegancia de Salla, que pareciera que bailaba cuando lo que en realidad hacía era sembrar la muerte. Tampoco poseía la ira y la rabia que hacían de Liuva un adversario temible; pero en un combate individual no tenía nada que envidiar al resto de guerreros que habíamos conocido. Era el mejor al que yo hubiera instruido nunca; ni tan siquiera Galieno, al que siempre confiaría mi flanco en el combate, era más diestro en el manejo de la espada. Pero lo que hacía de Marco un adversario inigualable –sin contar a Salla– era la facilidad de palabra que tenía para manejar a su antojo a nobles, guerreros o siervos. Aquello no se lo había enseñado yo; al contrario, yo lo que le había enseñado desde muy pequeño era toda una sarta de insultos con los que ruborizar al más despreciable proxeneta. Esa habilidad se debía a lo aprendido de su padre y a su preceptor en *Conimbriga*, y probablemente también tuviera que ver con lo vivido junto a su tío Cayo, aunque cuando lo conoció ya el joven daba muestras de poseer esa facilidad de palabra que desarmaba a los de su alrededor.

El tipo, visiblemente complacido, dio una palmada.

–Bien, ahora mismo vendréis a mi casa y os encontraré acomodo –se volvió hacia los hombres que lo escoltaban–. ¡Celio, Marcelo, rápido! Tomad las pertenencias de estos hombres y llevadlas a mi casa. –Miré a Marco, sobresaltado, porque nunca me ha gustado que otros hombres carguen con mis armas, y menos hombres desconocidos en una ciudad desconocida.

–No es necesario, venerable Toribio; son ya muchas millas con ellas, y para nosotros no es ninguna molestia llevarlas unas pocas calles más –se apresuró a asegurar Marco.

–Pues no se hable más, seguidme y ya os pondréis más cómodos en mi casa.

Seguimos a la variopinta comitiva por entre las que parecían las calles más elegantes de la ciudad, vigilados en todo momento por los nerviosos guardias, que trataban de mantener apartada a la muchedumbre de alterados

ciudadanos que nos seguían sin dejar de gritar. A Eliano tampoco debía de irle nada mal en sus negocios, porque vivía a escasos pasos del obispo, en el mismo barrio elitista dentro de la atestada y sucia ciudad. Si cada una de aquellas casas hubiera asumido a un puñado de aquellos sin tierra que habían buscado refugio intramuros, apenas se habría notado la avalancha de gente que ahora se hacinaba en las calles. Pero ese egoísmo es ajeno al lugar en que te encuentres: simplemente es propio de los seres humanos, sea cual sea su condición; y cuanto más civilizados se jacten en llamarse, más insolidarios serán con sus semejantes. Eso es algo que aprendí desde muy pequeño.

La casa en sí, era tan impresionante por fuera como decepcionante por dentro. Lo que desde el exterior parecía una gran mansión, que ocupaba la superficie entera de una antigua *insula*, por dentro parecía haber sido reformada en distintas épocas, a toda prisa y sin orden ni concierto, para poder aprovechar el enorme espacio inicial que existía para una sola familia. Entramos tras nuestro anfitrión en la parte de la casa que parecía asemejarse más a la que debió haber sido su estructura original, y detrás de nosotros entraron algunos de los que nos habían aguardado en la calle, entre ellos un aún incrédulo Eliano. Los sirvientes con los que nos cruzamos a la entrada se inclinaron respetuosamente ante su amo, y este los despidió con una sonrisa benévola, solicitándoles que prepararan algo informal en el *triclinium* para que sus cansados invitados pudieran recuperar fuerzas tras el esfuerzo del camino. Llegamos a este pasando por un luminoso peristilo jalonado de gastadas columnas profusamente decoradas, y una vez allí tomamos asiento donde los sirvientes nos indicaron. Al otro lado del peristilo se sucedían los oscuros muros que contrastaban con la construcción original, y que se habían levantado para facilitar el aprovechamiento de grandes zonas de la casa para que vivieran allí más personas de las que lo hacían en la etapa en la que se planificó. No estaba en desacuerdo con el obispo –si es que este había sido el que había organizado la construcción de los nuevos tabiques–, porque era un lugar demasiado grande como para que vivieran entre sus paredes solo unos pocos privilegiados.

–Si me permitís, Marco, ahora mis sirvientes llevarán vuestras pertenencias a las que serán vuestras alcobas por esta noche.

Aunque vio mi suplicante mirada, Marco estimó que ya había tentado demasiado la suerte con el obispo y le sonrió mientras le respondía afirmativamente. Al instante, unos atareados sirvientes e incluso algunos religiosos ataviados con sencillos hábitos de tela basta, acarrearón con gran esfuerzo nuestros equipos fuera de la estancia ante mi atenta mirada. Seguidamente, Vera se disculpó dispuesta a seguirlos hasta nuestras habitaciones y descansar allí hasta nuestro regreso. Issa, poco familiarizado con las costumbres que regían las grandes casas de los hispanos en cuanto al papel de las mujeres en las reuniones de los hombres –o quizás porque le daba lo mismo ofender al obispo– trató de seguirla, pero me levanté de mi cómodo *triclinio* y lo agarré del brazo haciéndole una seña para que se sentara a mi lado. El muchacho la siguió con la mirada como yo mismo había observado cómo desaparecían mi cota y mi espada entre las torpes manos de los sirvientes.

Cuando ya estábamos todos cómodamente sentados y los sirvientes habían traído las primeras jarras y fuentes, nuestro anfitrión tomó la palabra subiendo la voz por encima de la de sus conciudadanos.

–Ahora poneos cómodos y comed algo, esto tan solo nos llevará un momento. Luego podréis ir a descansar, y mañana, ya con más tranquilidad, departiremos largo y tendido.

No hizo falta que lo repitiera dos veces, porque inmediatamente agarré lo que parecía un tierno muslo de pollo y me puse a comerlo con voracidad.

–Entonces sois hispanos –dijo el obispo, paseando la mirada por nosotros con cierto escepticismo–. Qué curiosa historia...

–Como habréis observado, no todos somos hispanos, noble Toribio. Galieno y yo somos naturales de *Conimbriga*, y nuestros dos compañeros son libertos de la finca que tenía allá mi padre, que han continuado con nosotros después de que la desgracia se abatiera sobre aquella.

–Ya me parecía a mí que vuestro compañero –dijo señalando hacia mí– no tiene apariencia de hispano. Aunque en un primer momento, por la situación en la que nos encontramos, he pensado que podía ser un godo, ahora que lo veo con tranquilidad, apostarí a que podría ser vándalo.

–Soy alano, señor –respondí rápidamente, mirando al tipo con una amplia sonrisa. Hacía años que no me molestaba que me confundieran con un vándalo,

así que valoré que el tipo no anduviera muy errado en su suposición.

—Pues podrías pasar por hermano de Sunna, una de nuestras sirvientas. Ella es vándala por parte de madre y te aseguro que os parecéis considerablemente.

Una cosa era que me hiciera gracia que me confundiera con un vándalo, y otra muy distinta era que afirmara que podía pasar por hermano de una. Eso me gustaría verlo. Cierto era que tras tantos matrimonios y años en común, ambos pueblos hacía generaciones que habían perdido la pureza de sus orígenes, pero dudaba que tanto como para confundirme con un vándalo, o viceversa.

Pasamos un par de horas cómodamente sentados en los divanes, mientras un solícito Marco respondía sin descanso a las continuas preguntas de los prohombres de la ciudad. Que de cuántos hombres disponía el ejército godo, que quién lo dirigía, que dónde estaba Teodorico, que hacia dónde nos dirigíamos antes de abandonar la columna... Estas y muchas más cuestiones dejaron al chico apenas sin probar bocado, pero pese a todo no perdía la sonrisa de los labios ni por un instante.

Yo, bien tranquilo sin que nadie esperara que un salvaje como yo respondiera a ninguna pregunta estando el educado Marco presente, pude abstraerme de los absurdos comentarios de mis vecinos de diván y disfrutar de la comida que el obispo nos había servido. No vivía mal, si a eso le llamaba él una comida informal. Después de casi un año de campaña, aquello era lo más parecido a un banquete que recordaba. Todo tipo de carnes asadas, pan deliciosamente caliente, grandes lonchas de queso, tocino en abundancia, algún pescado —suponía que del *Urbicus*— e incluso una fuerte cerveza que me recordaba a la que se hacía en la propia *Lucus*. No estaba mal para ser mi primera comida después del rancho de la campaña. Disfruté de todo ello ajeno a lo que me rodeaba, pensando en mí mismo y en lo que nos esperaba a partir de entonces.

Cuando más ausente estaba, royendo con tranquilidad el hueso de alguna clase de pichón, me quedé de repente estupefacto. Situado como estaba frente a la puerta de la habitación, podía observar cómo entraban y salían los sirvientes y otros habitantes de la casa, cargados con nuevas viandas que se apresuraban a distribuir a la más mínima señal del obispo o de su mayordomo.

Y entonces entró por la puerta una mujer, que sin duda debía de ser Sunna, la vándala de la que había hablado anteriormente Toribio. No creo que pasara por mi hermana, pero hacía muchos años que no veía a alguien de su pueblo, e inmediatamente me impresionó. Los vándalos siempre han sido hombres y mujeres atractivos –quizás no tanto como los alanos–, pero era cierto que teníamos algún parecido. Aquella mujer me recordó a Iselda, la madre de Anderico. Como ella, tenía la expresión dura de quien ha sufrido de más en la vida, pero esta no disminuía para nada la perfección de su semblante y su belleza, sino que más bien la realzaba, dándole un aire severo y enigmático que resultaba hechizante. Alta para ser una mujer, poseía una larga melena rubia y una limpia y blanca tez que tuve ganas de acariciar. Sus ojos, grises y profundos, emanaban una tristeza serena que parecía esconder la chispa ardiente que adivinaba en el fondo de su alma. La dureza de sus rasgos, con las mejillas y el mentón muy marcados, aumentaban la sensación de frialdad que transmitía su semblante. Era una auténtica belleza, una belleza dura y fría con corazón de fuego. No podía adivinar cuál era su edad; si era medio vándala, recordaba que habíamos abandonado la región hacía casi cuarenta años, pero me parecía que la mujer era bastante más joven que yo. Tuve que quedarme como atontado, porque inmediatamente vi cómo Marco, en una pequeña pausa que le habían concedido los hispanos, me sonreía divertido y entonces pude darme cuenta de lo estúpido que debía de parecer en ese instante, mirándola abstraído con el huesecillo mondo del pichón todavía entre mis dedos.

El obispo vio hacia donde se dirigían los ojos del muchacho y enseguida vio a Sunna.

–Pasa, pasa, muchacha, deja que te vea este señor. ¿Ves como podría pasar por su hermana? –dijo a Marco, señalándome a su vez.

Impresionado por su estampa, saludé tímidamente a la mujer, que ni tan siquiera se dignó a responderme, sino que dejó el cuenco que traía sobre una pequeña mesita, mirándome con aquellos ojos de hielo que parecían atravesarme.

Si antes no había atendido a lo que sucedía en el *triclinium*, a partir de ahí fue aún peor. Me sumí en recuerdos de muchos años atrás, en los fríos montes *Ervasios*, en la barrera de escudos que se alejaba y en las gélidas manos de

Iselda tratando de consolarme cuando ella misma había dejado atrás su vida y a los hombres de su familia. Todavía continuaba absorto en mis fantasmas cuando Marco se levantó de su diván disculpándose repetidas veces ante nuestro anfitrión y me hizo una seña para que lo siguiera.

Galieno ya se encontraba en pie, e Issa estaba junto a la puerta, pero pese a estar a mi lado yo ni siquiera me había enterado de cuando se habían levantado, abstraído como estaba en mis recuerdos y en la imagen de aquella mujer que me había dejado sin respiración.

Enseguida nuestro anfitrión se incorporó en su triclinio, y nos dio la mano uno a uno antes de hacer una seña a su eficiente mayordomo, que en pocos instantes se encontraba a nuestro lado dispuesto a llevarnos hasta nuestros aposentos. Nos despedimos cortésmente del resto de los invitados, que continuaban discutiendo animadamente sobre lo que habían averiguado durante la velada, y seguimos al tipo más allá del cuidado jardín hacia el interior del edificio. Dejamos a un lado la elegante casa del obispo y nos adentramos en aquellas antiguas estancias del vasto edificio que habían sido reajustadas para adaptarlas a la nueva situación de sus moradores.

Pasamos varios cubículos a izquierda y derecha, avanzando por un pasillo que antiguamente debía de ser parte de una única estancia junto con las nuevas habitaciones. Cada vez que nos encontrábamos con algún sirviente, este se hacía a un lado para dejarnos pasar, hasta que por fin llegamos hasta dos pequeñas estancias contiguas donde se encontraban nuestras pertenencias colocadas con esmero en el suelo. El obispo, atento a las palabras de Marco, que había dicho que Issa y yo éramos sus libertos –al igual que Galieno, pero el obispo eso no podía saberlo– había dispuesto dos habitaciones para nosotros: la mayor con los morrales y los equipos de los dos hispanos, y otra más pequeña donde estaban mis cosas y las de Issa. Dentro de la nuestra se encontraba Vera, hecha un ovillo en una de las camas de espaldas a nosotros. Si estaba en lo cierto, suponía que habrían preparado otra habitación para ella alejada de nosotros, esperando que durmiera junto con las mujeres, pero o mucho me equivocaba o ambos jóvenes compartirían el estrecho catre esa noche. Estaba claro: si alguien sobraba entre aquellas cuatro paredes era yo, pero estaba tan cansado que me daba igual: prometía no enterarme de nada de lo que sucediera.

Nos despedimos de nuestros compañeros, agotados tras el intenso día y de las emociones que este nos había deparado –aunque sobre todo, al menos en mi caso, por los excesos de la noche anterior–, y nos dispusimos a descansar cuando aún la noche no había terminado de desplegar su negrura sobre el cielo.

Al entrar en nuestro cubículo, ya Vera se había vuelto hacia nosotros y nos esperaba sentada al borde de la cama.

–¿Hoy no venís borrachos? –preguntó, maliciosa.

–Estoy borracho desde ayer, muchacha –dije yo, dejándome caer en el duro catre–. Así que si ronco como un animal no me lo tengáis en cuenta, la culpa será de Ibbas por hacerme beber como lo hizo. –Apenas dije nada más, cerré los ojos y enseguida me quedé dormido.

Me desperté sobresaltado. Me parecía haber escuchado un grito elevarse sobre el cielo de *Asturica*; inmediatamente, abrí los ojos sin moverme del lecho. Al menos había dormido unas cuantas horas, porque por lo que podía ver por la pequeña rendija de la ventana de la habitación, que daba a un pequeño patio interior, ya era de noche cerrada. Busqué con la mirada a Issa, hasta que mi vista se acostumbró a la falta de luz y pude reconocer la figura del britano. Dormía plácidamente abrazado a Vera, que se encontraba a su lado y de la que no podía distinguir sus rasgos. ¿Qué habría sido ese ruido? ¿Provendría del *triclinium*? ¿Continuaría el obispo con su fiesta? ¿O acaso eran simples preocupaciones de viejo? Volví a cerrar los ojos, pero antes de que contara hasta cinco, volví a abrirlos, alertado por otro sonido brusco que rasgó el silencio en la lejanía. Me incorporé rápidamente y miré hacia Issa, que continuaba durmiendo, aunque me pareció que fruncía el ceño entre sueños. Sin embargo, Vera se incorporó con cuidado y me miró angustiada, convenciéndome de que no eran ensoñaciones mías, y que ella también había escuchado algo.

Le hice una seña para que mantuviera silencio, y me incorporé del lecho, pese a las quejas de mis articulaciones, que clamaban por aprovecharlo durante toda la noche. En un susurro, le advertí que despertara a Issa y que me esperasen sin moverse de allí pasara lo que pasara. Salí de la habitación en silencio y anduve por aquel estrecho pasillo en dirección contraria a la que

habíamos llegado desde el *triclinium*. No sé exactamente por qué tome esa dirección, pudo ser por el embotamiento que tenía mi cabeza. Cuando llevaba unos pasos volví a oír otro grito, que en esta ocasión me pareció el de un niño en lugar del de una mujer, como en la anterior ocasión. Aceleré el paso con la esperanza de llegar hacia el final del pasillo, donde veía un pequeño ventanuco que daba al exterior, y cuando menos me lo esperaba me topé de frente contra la figura de una mujer que acababa de salir de una de las habitaciones. La agarré para que no se cayera y me disculpé torpemente. El rostro de la pobre mujer reflejó su pánico, y temí que se pusiera a gritar histéricamente al ver a un salvaje como yo dentro de los muros de la casa. Rápidamente coloqué mi mano sobre sus labios.

–Tranquila, soy uno de los invitados del obispo –le expliqué rápidamente, tratando de calmarla.

Mantuve la palma de mi mano un instante más en su boca, y finalmente la retiré esperando que me hubiera entendido y no diera la voz de alarma. La mujer asintió nerviosamente; ¿Me habría introducido en el gineceo?

–¿Has oído los gritos? –Ella movió la cabeza afirmativamente, con los ojos muy abiertos por el miedo–. Llévame a donde podamos ver el exterior –le pedí–; tengo un mal presentimiento. –Volvió a asentir y pude ayudarla por fin a recuperar el equilibrio.

Caminamos por las entrañas de la enorme casa, y subimos hacia los últimos pisos de lo que habría sido la distribución original de la *insula*. La mujer, pasados los primeros instantes de vacilación, siguió el camino a buen paso, y en poco rato estábamos donde le había pedido. Al fin llegamos a una pequeña escalera que daba a una puerta que abrió tras dos intentos, porque en el primero de ellos se le cayó la llave de las manos temblorosas. Cuando pudo abrirla, lo primero que no me gustó fue el intenso olor a humo que entró como una bocanada hacia el interior del edificio. Hice a un lado a la mujer con cierta rudeza y penetré en el atrio a la carrera. Al salir al exterior, ya no llegaban hasta mí solamente algunos gritos aislados, sino que me parecía oír el murmullo de cientos, miles de voces a la vez. Maldije la caótica estructura de la casa, cuya abigarrada acumulación de muros había impedido que los sonidos de la noche llegaran hasta donde dormíamos.

Desesperado, corrí hacia el muro recubierto de tejas que hacía las veces de barandilla y contemplé *Asturica* a mis pies. Si fuera cristiano, diría que ese día se desplegó ante mí el infierno en la tierra. Por doquier se elevaban anaranjadas columnas que terminaban en grandes volutas de humo que se mecían al capricho del viento. Hombres y mujeres corrían sin sentido por las calles, tratando de ponerse a salvo. ¿A salvo de qué? ¿Irían a buscar cubos de agua con los que sofocar el incendio? Si era un incendio, se había extendido rápidamente. Por lo que podía ver desde aquella altura, había columnas de humo pegadas a la muralla, y otras se extendían por la ciudad hasta llegar casi hasta donde nosotros nos encontrábamos. Por fortuna, la casa del obispo y las de sus vecinos estaban edificadas en piedra, por lo que aún se mantenían a salvo de las llamas, pero no sabía por cuánto tiempo. Me llamó la atención un hombre que corría varias calles más abajo dando grandes voces, y de repente me quedé helado. Antes de que el tipo hubiera dado siquiera diez pasos, una figura armada hasta los dientes salió de una de las calles transversales y le dio un tajo con su espada, abriéndole la barriga. Me agarré al muro instintivamente, provocando que cayeran un buen número de tejas, y traté de aguzar la vista hacia el guerrero. No era un incendio provocado por un despiste y la gran cantidad de madera y gente que se hacinaba en la ciudad: tras el primer guerrero, salió otro grupo de hombres, que, espada en mano, se dispersaron por las callejuelas vecinas. ¡Eran godos! ¡Hijos de la gran puta! ¿Qué hacían aquí? Me di la vuelta y vi que mi improvisada guía miraba como hipnotizada el cielo sin moverse. La zarandeeé hasta que me miró, asustada.

—¡Corre, avisa a todos en la casa! ¡Hay que largarse! —la pobre mujer ni siquiera me respondió, tan solo pudo mirarme consternada—. Vamos, ¡hay que irse de aquí, joder! —La alcé en volandas y me la llevé de la terraza en el momento en que una flecha se estampaba contra uno de los muros a nuestra espalda. Hijos de puta... esperaba que las tejas que se habían desprendido le hubieran roto el cráneo a alguno de esos cabrones.

Bajé la escalera como pude, todavía con la mujer en brazos, y fui dando grandes voces para despertar a todos los habitantes de aquella parte de la mansión, mientras ella se acurrucaba contra mí, sollozando. Al llegar al pasillo donde había encontrado a la mujer, la dejé en suelo, pensando en cómo podría hacerla reaccionar.

–Vete si estimas en algo tu vida, porque Leviatán ha entrado en la ciudad –
le dije, como si yo mismo fuera un oráculo.

La pobre mujer me miró aterrada y salió corriendo por fin, dando voces como una posesa. Al menos así me había comprendido: debía recordar que en la casa de los religiosos tenía que hablar en su propia lengua para que me entendieran.

CAPÍTULO XXI

Corrí veloz, tropezando con los somnolientos sirvientes de Toribio, que se despertaban al oír mis gritos, y llegué hasta nuestras habitaciones. Marco y Vera me esperaban en el pasillo.

–¿Pero qué es lo que pasa, Attax? –preguntó Marco, aturdido por el sueño–. ¿A qué viene este escándalo?

–Los godos han entrado en la ciudad y están saqueándola a placer – respondí bruscamente–. ¿Te parece motivo suficiente para este escándalo?

El joven dejó por un momento de restregarse la cara y me miró con los ojos muy abiertos por la sorpresa.

–La ciudad arde por los cuatro costados, y los guerreros asesinan en las calles. Lo he visto con mis propios ojos, así que cojamos nuestras armas y tratemos de pasar por unos de ellos hasta que podamos alejarnos de este infierno. –No sabía cómo habían penetrado los godos en la ciudad, pero hubiera apostado a que tenía que ver con el tiempo que llevaban acampados a sus afueras Gundemaro y Segismund.

–¡Hijos de perra! –se indignó el chico–. No han tardado mucho en elegir donde obtener su botín...

–Vamos, no hay un instante que perder. Viste tu cota, y dile a Galieno que se la ponga también. Debemos salir de la casa lo antes posible y hacernos pasar por godos hasta que logremos dejarlos atrás. No será muy difícil, parecen ser los únicos hombres armados que corren por la ciudad. Luego, ya veremos si podemos encontrar a los hombres de Salla o de Ibbas y quedarnos junto a ellos hasta que la cosa se calme. ¡Vamos!

Marco entró corriendo en su habitación y yo hice lo propio en la nuestra.

–Vamos, britano durmiente –le espeté a Issa, que me miraba desde la cama–. ¡Hay que largarse!

El joven se incorporó de un salto, aún algo adormilado, azuzado más por la mirada grave de Vera que por mis gritos.

La muchacha nos ayudó a ceñirnos nuestras armaduras, y salimos de la habitación pertrechados para la batalla y cargando con los fardos que

contenían nuestras escasas pertenencias. Marco y Galieno ya nos esperaban, espada en mano, mirando nerviosos a los sirvientes corretear de un lado a otro sin parar de gritar.

–Escúchame bien, Vera –le dije a la chica–. Por nada del mundo te separes de nosotros, ¿me oyes? ¡Si te pierdes puedes darte por muerta! –La chica asentía en silencio, pero para mí no era suficiente: no quería una tragedia esa noche, y menos que Issa no me lo perdonara nunca–. De acuerdo, pero he dicho por nada del mundo, y va en serio: si te tuerces un tobillo, tienes otro, ¿entendido? –La pobre muchacha asintió de nuevo y se arrimó a Issa, que le apretó la mano para infundirle valor.

–Bien, vamos hacia la entrada de la casa. Cuando salgamos a la calle, preparaos para ver lo que es un saqueo a conciencia; pero, por todos los dioses, no dejéis que eso os distraiga de nuestro camino. Haced como si fuera lo más normal del mundo, y seguidme. Trataremos de alcanzar la puerta sin que nadie repare en nosotros. A los guerreros les dará igual que vayamos en sentido contrario al suyo, es más, muchos agradecerán contar con menos competencia. Veáis lo que veáis, ignoradlo: vuestra vida vale más esta noche que la de esta pobre gente, y ellos ya están condenados ¿Os ha quedado claro? –Miré a los jóvenes a la cara uno a uno, viendo como reaccionaban. No dudaba que fueran muchachos excepcionales y que pudieran llegar a ser duros si la situación lo requería, pero también sabía que asistir a un saqueo como el que aquellas llamas hacían presagiar no era algo fácil de digerir, y menos si no estás en el bando ganador. En muchos saqueos intervine en mi vida, muchos, y en muchos lugares, pero lo que vi esa noche pudo purgar mi mala conciencia por lo que había hecho hasta entonces. No hay nada peor que un ejército ansioso de sangre y oro que ve al fin satisfechos sus más bajos instintos. No hay nada peor que cuando cada uno libera al Liuva que esconde en su interior, salvaje y despiadado, en busca de un instante en el que dar rienda suelta a sus peores pensamientos. No importa que hiciera unos días fueras un guerrero recto y disciplinado; en esos momentos, puede salir el demonio que guarda cada uno dentro. Por fortuna, tan solo nos mostramos así en contadas ocasiones, porque en caso contrario este mundo sería incluso peor de lo que ya de por sí es.

Me coloqué el primero e Issa el último, con Vera entre él y Galieno, y comenzamos nuestro viaje por el infierno.

Por los pasillos, los sirvientes se apartaban aterrados a nuestro paso, probablemente creyendo que los atacantes ya habían penetrado en la casa. Y lo peor es que pronto comprobamos que estaban en lo cierto: los godos ya habían entrado, y eso era algo con lo que yo no contaba. Cuando llegamos al peristilo, vimos como la luz que despedían los hachones se reflejaba en los metálicos cascos de los guerreros que se dispersaban por las habitaciones en busca de botín. Alarmado, me volví hacia atrás.

–Recordad, hoy somos godos. Pensad solo en salir de aquí y no os detengáis por nada.

Sin embargo, poco tardé en tragarme mis palabras. Atax el alano, Atax el invencible, el del corazón de piedra. Quien realmente es fuerte e invencible es el destino, el caprichoso destino.

Cuando al fin veíamos la puerta de la mansión abierta de par en par ante nosotros, y teníamos a nuestro alcance escapar de la casa donde imaginaba que seríamos más vulnerables, al torcer la esquina del patio tropecé violentamente con una figura que trataba de girar a la vez que lo hacía yo, y caímos pesadamente sobre el frío suelo de mosaico. Por suerte, pude colocar bien las manos y no me hice daño, pero me quedé un momento en el suelo al lado de la mujer que había caído conmigo. Pronto pude comprobar que esta no se encontraba sola. Miré hacia arriba y vi a un godo encima de ella, dispuesto a abalanzarse sobre su víctima.

No tenía que haber mirado: tenía que haber hecho como les había repetido hasta la saciedad a los muchachos y seguir adelante. Yo mismo se los había exigido así, y sin embargo no pude hacerlo. Al ver su rubia cabellera, sentí como si la sangre se me helara en las venas. Busqué su cara, y la pude ver cuando el tipo tiró de sus caderas hacia atrás. Allí estaban aquellos ojos. Ni siquiera en ese momento pedían clemencia, tan solo aseguraban venganza, en esta vida o en la otra. Se me hizo un nudo en la garganta y la miré con expresión estúpida, sin saber cómo actuar. Corred veáis lo que veáis; las palabras resonaban en mi cabeza mientras me perdía en aquellos ojos grises.

–La muy zorra creía que podría escapar. –Interrumpió mis pensamientos el godo que tiraba de ella–. Te debo una, amigo; puedes esperar tu turno y será

toda tuya.

Me levanté, sabiéndome absolutamente derrotado. Creía tenerlo todo bajo control, pero no era así. No somos nada en el mundo, somos como ligeras hojas de árbol que la brisa del destino mece a su voluntad. Ella no perdía mis ojos de vista, pero en ningún momento trató de agarrarse a mí, incluso sabiendo que era uno de los invitados de su señor y que no estaba con los godos, que podría salvarla si quería. O, ahora que lo pensaba, ¿daría por hecho que estábamos de acuerdo con los godos en su ataque y habíamos engañado al obispo? ¡Joder!

Pero aún me esperaban más sorpresas esa noche. Cuando me encontraba frente a su captor, ya más que dispuesto a ignorar mis propios consejos, llegó a mis oídos una risa que hizo que casi se me parara el corazón. Me di la vuelta y tras nosotros, con la espada roja de sangre y arrastrando a una mujer por el suelo, se encontraba el mismísimo Segga. Debía haber supuesto que los esbirros de Liuva no se contentarían con las baratijas que pudieran obtener en las casuchas de la ciudad, sino que correrían en una suerte de competición con sus propios compañeros por llegar antes a las casas más ricas y quedarse el mejor botín para ellos solos. Llegados a ese punto, solo uno de los dos podía salir en pie de aquella casa.

—Pero mira a quién tenemos aquí... Si es esa bonita zorra hispana y sus chulos —acompañó sus palabras tirando a la mujer que traía al suelo—. Creo que esta vieja no es mi tipo, estando esa jovencita aquí delante.

El otro guerrero, que se encontraba frente a nosotros todavía concentrado en zarandear a la vándala, no nos había reconocido. Para él éramos un grupo de guerreros más en una noche de locura, pero no así para su jefe: llevábamos casi un año queriendo acabar el uno con el otro. Segga había reconocido nuestras armas y la frágil figura de Vera junto a nosotros, y eso lo cambiaba todo. Otra vez el destino había decidido por mí; y lo menos que podía hacer si iba a morir allí mismo, era darle una última oportunidad a Sunna. Con el godo tras ella, mirando sorprendido por las palabras de su jefe, clavé mi espada en sus entrañas, atravesando el peto de cuero, y sacándola antes de que la succión de la carne hiciera inútil mi esfuerzo por recuperarla. El incrédulo guerrero cayó como un fardo sobre Sunna, a la que inmediatamente saqué de debajo de él, poniéndola detrás de mí. Ni siquiera entonces me dedicó una palabra de

agradecimiento, tan solo una mirada de desafío. Hice una seña a los muchachos y formamos un corro con las dos mujeres dentro. Teníamos una única oportunidad, que era acabar con Segga y los suyos antes de que otro grupo apareciera en la casa y viera lo que estaba sucediendo. Gracias a los dioses, muchos de los hombres no eran conscientes de lo que sucedía en el patio, sino que, cegados por el oro que prometía la opulenta casa, se perdían por entre los pasillos en busca de botín.

A veces, en la vorágine del saqueo, los guerreros ajustan cuentas pendientes, y eso era lo que sucedería ese día. Cuando ya nos creíamos a salvo de Liuva y los suyos, los caprichosos hados habían decidido prepararnos la fatídica escena que se desarrollaba ante nosotros. La realidad era que oponíamos tan solo cuatro hombres contra Segga y cinco de sus guerreros, que acudieron presurosos a su llamada, dejando en el suelo el fruto del saqueo obtenido de la casa del obispo. Si hubiera sido cualquier otra la partida de godos la que hubiera entrado en la casa, no habríamos tenido ningún tipo de problema: simplemente nos habríamos escabullido sin que nos dedicaran más que alguna chanza, pero una jugarreta del destino había hecho que nos diéramos de bruces contra nuestro peor enemigo.

Segga aguardó a que sus hombres se acercaran a su lado, y comenzó a caminar lentamente hacia nosotros con la espada chorreando de sangre, mientras dos más de sus guerreros se acercaban a nuestra espalda, donde Galieno e Issa cerraban nuestra frágil formación. Podía notar cómo Issa trataba desesperadamente de encordar el arco huno que le regalara Witiza, que había decidido llevar en su petate en lugar de dejarlo en las alforjas del caballo.

—Qué grata sorpresa, muchachos —dijo Segga teatralmente, mientras se acercaba a nosotros con parsimonia, consciente de que no teníamos escapatoria. —Es una lástima que Liuva no se encuentre con nosotros para disfrutar del regalo que nos ha caído hoy en suerte. Las cabezas de estos hombres nos harán hoy más ricos que lo que podamos obtener en el saqueo de esta casa. Nuestro señor es generoso cuando se trata de recompensar a sus fieles cuando estos han ajustado cuentas con aquellos que le han ofendido...

Cuando acabó la frase, noté cómo el aire se arremolinaba entre Marco y yo, y de repente uno de sus hombres cayó fulminado agarrándose el blanco

astil de una flecha de Issa que le sobresalía del cuello.

Soltando un reniego, consciente al fin de que venderíamos caro nuestro pellejo, Segga se dejó de grandilocuentes prolegómenos y corrió hacia nosotros seguido de sus hombres. Antes de que llegaran, otro de los suyos cayó herido en una pierna. Ya éramos cinco contra cuatro, un número sin duda más asumible, aunque ellos fueran guerreros avezados. Me lancé hacia Segga para evitar que el enorme y fiero godo escogiera a alguno de los muchachos como blanco y acabara con él, y me encomendé a la esperanza de que los guerreros que lo acompañaban fueran menos diestros que su jefe.

Solté un mandoble de arriba abajo que desvió con su escudo sin esfuerzo, y me respondió con un barrido lateral que pude salvar en el último momento con el borde de mi escudo. Marco, que trataba de mantener a raya a los dos guerreros que quedaban por nuestro lado, sufría lo indecible ante aquellos dos veteranos con tantas batallas a sus espaldas, pero trataba de no perder terreno para proteger a las mujeres que se apretaban contra la columna que se alzaba a nuestras espaldas. Si pasaban esa prueba, sin duda ya podría decir que los jóvenes estaban más que preparados para defenderse por sí solos. Nunca habían luchado en solitario contra guerreros avezados: los bandidos contra los que habíamos mantenido aquella lejana escaramuza no eran grandes oponentes, y aunque ya los suevos a los que habían abatido daban buena cuenta de su valía, sin duda no podían compararse a aquellos godos vencedores de muchas batallas, entre ellas la que les había enfrentado al mismísimo Atila. Yo sí que iba a demostrar esa noche que los alanos no éramos unos cobardes como aquellos cabrones decían. Me importaba un bledo lo que hubiera hecho Sangiban, o como demonios se llamara, pero esa noche esperaba llevarme un par de godos por delante para vengar no solo mi honor, sino también el de mis padres.

Asedié a Segga sin descanso; pasado el tanteo inicial, él también fue consciente de que se las veía con un guerrero al menos tan veterano como él. Para mi tranquilidad, Galieno había liquidado a su rival sin ningún miramiento tras hacerle perder el arma, y enseguida se puso al lado de Marco para aliviar la presión que ejercían sobre él los otros dos guerreros. Consciente de que la contienda se igualaba más de lo que le hubiera gustado, Segga se separó de mí un instante y silbó para llamar a algunos más de sus hombres para que

acudieran a apoyarlos. Pude aprovechar el breve respiro para ver cómo les iba a los demás. Issa luchaba contra un godo que le sacaba al menos una cabeza de alto y quien sabía cuánto de ancho, pero el britano lograba contenerlo a duras penas.

Lamenté por un instante que Galieno hubiera acudido en ayuda de Marco, porque el britano parecía pasarlo peor que el hispano, pero mientras lo pensaba, vi cómo Vera se deslizaba por el suelo para hacerse con la espada del guerrero al que había matado Galieno y descargaba un brutal tajo sobre la pierna del desprevenido rival de Issa, que no había visto a la mujer. Este, viéndose de repente sin fuerzas en la pierna herida, cayó sobre la misma quedando de rodillas a merced del britano. El chico, sin pensarlo dos veces, machacó al godo a golpes, que aquel iba parando como podía sin moverse del sitio. Ocupado en defenderse de los continuados ataques del britano, no pudo prestar atención a la vándala, que desde atrás lo acometió cogiendo la espada con las dos manos y descargándole un tajo entre el casco y el peto de cuero que lo protegía. Al instante el tipo cayó hacia atrás con los ojos en blanco, y las mujeres pudieron recuperar su sitio junto a la columna. Issa, ya libre de enemigos, volvió a coger su arco y comenzó a lanzar flechas hacia donde comenzaba a congregarse el grupo de guerreros que había acudido a la llamada de su señor. Consciente de que las cosas se torcían para sus intereses, Segga decidió lanzarse a por mí a la desesperada para acabar luego con el britano, que mantenía a sus guerreros alejados de nosotros. Arremetió a fondo contra mí, tratando de hacerme a un lado, y tan solo tuve que desplazarme hacia mi izquierda y golpearle duramente en su escudo para tirarlo al suelo. Aproveché el instante de tregua y sin mayores miramientos, desjarreté al guerrero que continuaba luchando con Marco a mi lado.

—¡Llevadlas a la puerta, vamos! —espeté a Marco y a Issa, que me miraron sorprendidos—. Esta noche, ellas son vuestras prisioneras, ¡no lo olvidéis!

Los muchachos tardaron en reaccionar, sin saber bien lo que hacer, hasta que empujé a Marco de malos modos hacia la puerta. Al instante, Sunna agarró a Vera con decisión y corrió hacia la puerta, provocando que los muchachos tuvieran que salir tras ellas.

Me volví de nuevo hacia Segga, que se limpiaba la sangre de la boca, sabedor de que la victoria estaba de nuevo a su alcance. Los tres guerreros

que aguardaban su turno protegidos tras las columnas, en cuanto vieron que el britano y su temible arco se habían ido, levantaron la cabeza y se pusieron en marcha dispuestos a ayudar a Segga. No sabía por qué lo había hecho. Les había dado una oportunidad de salvarse a las mujeres y a los chicos, pero nos había condenado a mí y a Galieno, que en ese momento acababa con el godo que le había tocado en suerte. El chico, que me hacía tragar mis palabras de que Marco era mejor luchador que él, cuando su enemigo cayó en el suelo agarrándose el costado donde instantes antes la hoja de Galieno había mordido su carne, se arrodilló con la espada sujeta entre las dos manos y la enterró fuertemente en la garganta del tipo. ¿A quién le habría visto hacer aquello? La cara del joven era una mueca de frenesí que no dejaba de provocar a sus enemigos a que vinieran a probar el filo de su espada, y por un momento su confianza me arrastró y me sentí invencible: podíamos eliminar a aquellos cuatro godos y seguir a nuestros amigos hacia la locura que se había apoderado de la ciudad.

Nos pusimos en guardia y esperamos a que los cuatro se prepararan para atacarnos a la vez; y estos no se hicieron de rogar. Yo me enfrenté a Segga y a uno de sus hombres, y me separé al instante de Galieno para evitar que el joven fuera herido por alguno de los que luchaban contra mí –bastante tendría ya con resistir ante dos guerreros– y salté a través de las columnas hacia el jardín de la casa. El entrechocar de las espadas alarmaría a todos aquellos que pasaran por las cercanías, pero Segga y los suyos debían de haberse adelantado mucho respecto a la tropa principal que había accedido a la ciudad, por lo que teníamos una oportunidad.

Sin tiempo que perder, me moví entre las perfumadas matas de espliego que adornaban los parterres del amplio patio, sin quedarme quieto un solo instante. Ora la espada de Segga, ora la de su compañero, iban golpeando la mía, y yo iba desviando las acometidas de mis enemigos concentrado en encontrar algún resquicio que me permitiera acabar con alguno de ellos. En mi continuo deambular tropecé sin querer con unos tiestos llenos de agua que convirtieron el terreno donde luchábamos en un lugar ciertamente inestable, lo que lejos de empeorar mi situación, me benefició. El guerrero de Segga, tratando de acercarme hacia la espada de su jefe, se lanzó a fondo hacia mí, pero resbaló en el último instante en el agua que cubría el suelo. Por suerte no

llevaba cota de malla, sino tan solo un peto de cuero endurecido, que mi hoja abrió a la altura del vientre como si fuera manteca.

Espoleado por la sangre de mi enemigo, me lancé hacia Segga, convencido de acabar con él. Por mi boca salieron toda clase de insultos: lo llamé bastardo, hijo de puta, lo comparé con las alimañas más rastreras, me burlé de su hombría, y me reí en su cara mientras le prometía todos los males del infierno –de cualquier infierno, de todos ellos– para su alma. Grité como si mis palabras pudieran herir su carne, mientras él, apabullado por mi ímpetu, no dejaba de retroceder, hasta que lo arrinconé contra una de las columnas del patio. Ni tan siquiera pudo abandonarla, porque continué descargando un golpe tras otro hasta que solo pudo limitarse a cubrirse y evitar que acertara de lleno en su cuerpo. Los mandobles, al alcanzar de refilón la firme columna, provocaban que se levantara una fina nube de yeso que lejos de molestarme me animaba como si se tratara de la sangre del propio Segga. Hasta que al final esta llegó. Uno de los golpes de mi espada se abrió camino hasta su hombro, y lo hice retorcerse de dolor el tiempo suficiente para que bajara la guardia, permitiéndome enarbolar mi espada directa a su cuello.

Así murió Segga, durante el pillaje de una gran casa, en un saqueo del que nunca sacaría tajada. Nadie sabría quien había acabado con él, aunque en el fondo me habría gustado que Liuva supiera que había sido yo. Me sonreía solo de pensarlo; retorcí mi espada en su garganta, aunque el tipo ya no pudiera sentir el dolor provocado por mi acero. Saqué mi espada y le escupí en la cara antes de dar un paso atrás. Con la nueva perspectiva, reparé en la estupenda cota que lo cubría, y pensé que no estaría mal si pudiera hacerme con ella. Pero primero tenía que ayudar a Galieno.

Corrí hacia el pasillo nuevamente, hacia donde todavía aguantaba Galieno, con uno de los godos moribundo a sus pies pero con el otro acosándolo sin tregua. Me acerqué corriendo y grité para que el tipo desviara su atención del joven y se preparara para recibirme. Pero ni siquiera tuvo tiempo. Asustado, se dio la vuelta, y Galieno, rodilla en tierra, hundió su espada en su entrepierna. Aplaudí interiormente la jugada del chico, pero entonces me di cuenta de que no se había arrodillado a propósito para ejecutar la estocada, sino que un pequeño charco de sangre se había acumulado bajo su cuerpo.

Me acerqué a él, lo ayudé a incorporarse, y me hizo un gesto de que estaba bien, pero pude ver cómo presentaba un corte a la altura del hombro en el brazo del escudo que era el que había provocado el charco de sangre. No debía de ser muy importante, pero el constante martilleo al que lo habían sometido sus adversarios había hecho que finalmente su brazo se resintiera, y la pérdida de sangre amenazaba con derrumbarle. Haría falta buscarle una armadura como se merecía, y yo sabía dónde encontrarla. Con el patio desierto, sin ninguno de los hombres de Segga por los alrededores, regresé a donde había dejado el cuerpo de aquel en el jardín. Me costó un momento lograr soltar todas las hebillas de la cota; cuando más concentrado me encontraba, una figura se plantó a mi lado. Me levanté, con la espada en la mano, dispuesto a enfrentarme a ella, pero para mi sorpresa era la mujer con la que hubiera irrumpido Segga en el peristilo, que me miraba con los ojos fuera de sus órbitas. Escupió hacia el cadáver, y me di cuenta de que solo quería comprobar que su agresor estaba muerto. Le hice un gesto para que se acercara, y entre los dos logramos quitarle la cota rápidamente. Me la coloqué lo mejor que pude sobre el hombro, dispuesto a regresar donde aguardaba el muchacho, y cuando ya me había levantado regresé a por la espada de Segga. No me iba a ir con las manos vacías, después de habérmela ganado. Regresé a la columnata con la mujer siguiendo mis pasos hasta donde estaba Galieno.

–Vamos, busquemos a los demás –le dije, mientras lo ayudaba a incorporarse.

–Por favor, dejadme ir con vosotros. No soy de la ciudad –intervino la mujer tras de mí.

La miré con interés por primera vez en la noche. Era una mujer de mediana edad, ni guapa ni fea, con el cabello castaño y un vestido gris roto en los lugares donde Segga la había agarrado. No la habría elegido de estar en el lugar del godo.

–No creo que te convenga seguirnos, pero eres libre de hacer lo que quieras. –Me traía sin cuidado lo que hiciera la mujer al salir de la casa, bastantes preocupaciones tenía sin necesidad de añadirme otra más.

No tardamos mucho en dar con nuestros amigos. A pocos pasos de la gran casa del obispo, se habían quedado parados viendo como lo que debía haber

sido una iglesia ardía hasta sus cimientos. No se veían guerreros saliendo del lugar, por lo que quizás la culpable hubiera sido alguna pavesa aislada que habría llegado hasta el edificio, provocando el incendio. Les grité, tratando de hacerme oír por encima del crepitar de las llamas y los lastimeros quejidos que poblaban el estrellado cielo, pero no obtuve respuesta. No fue hasta que nos acercamos a su lado cuando las dos mujeres se dieron cuenta de nuestra presencia y avisaron a los jóvenes de nuestra llegada. Un gesto de alivio inundó enseguida la expresión de Marco.

–¿Por qué demonios os habéis parado? –les grité, enfadado.

– Esto... era una iglesia –contestó Marco, sobrecogido.

–Y esto que tienes frente a ti es un alano, y quiero que lo siga siendo. Así que como no salgas huyendo de aquí, puede que sea la última vez que lo veas. ¡Vamos!

–¿Segga? –acertó a preguntarme.

–Muerto, como merecía.

De repente vino a mi cabeza algo que hasta entonces se me había pasado por alto: el tipo al que Issa había herido en la pierna al inicio del combate. Me había olvidado de él en el fragor de la lucha, y podría delatarnos ante Liuva, por lo que no podríamos regresar al ejército para refugiarnos junto a Salla hasta que pasara el peligro, como había pensado. Eso nos dejaba solo dos opciones: huir por nuestros propios medios, o regresar a por el tipo y hacerlo callar para siempre. Me frené en seco; había que intentarlo.

–Aguardad un instante aquí, no tardaré. –La mirada preocupada que me dedicó Galieno me confirmó que él también se acababa de acordar del herido.

Corrí de nuevo hacia la casa, y cuando ya veía la puerta por la que habíamos salido, y daba gracias porque nadie se encontrara en sus alrededores, de repente salió una figura del interior de la casa, espada en mano. ¡Mierda! pensé malhumorado: ya el mal estaba hecho. Tras el primer guerrero salieron dos más, por lo que quedaba descartado continuar con mi plan. Di media vuelta y regresé a toda prisa, esperando que los godos no hubieran reparado en mí.

Sin siquiera pararme, les grité a mis amigos a los pocos pasos de ponerme a su lado que me siguieran, y corrimos calle abajo, tratando de recorrer el mismo camino por el que habíamos llegado a la casa del obispo el día

anterior. A cada paso que daba, notaba como me faltaba el aire. Con el incendio extendiéndose rápidamente por toda la ciudad, el denso humo llegaba hasta mis cansados pulmones, y a punto estuve de tener que pararme en más de una ocasión. Corríamos contra corriente: todos aquellos que encontramos iban hacia el lugar de donde veníamos. En el caso de los guerreros godos lo entendía, pero no así en el del los habitantes de la ciudad, que trataban de escapar desesperadamente hacia allí. ¿Acaso esperaban buscar refugio en las iglesias? De ser así, se iban a llevar una desagradable sorpresa...

Espada en mano, tuve que hacer a un lado a algún que otro civil que, llevado por el pánico, trataba de pararme para ponerse bajo mi protección. No les auguraba una vida muy larga... Así, más atento a lo que sucedía a mí alrededor que al camino, perdí al menos dos veces nuestra ruta y por último Sunna tomó la delantera conmigo, llevando ella la marcha del grupo a través de las laberínticas calles de *Asturica*. A medida que bajábamos hacia la muralla, podíamos ver cómo se esparcían por las calles largas filas de guerreros ebrios de sangre y riquezas como si fueran arena sobre un deslustrado mosaico.

No se respetaron ni iglesias, ni casas, ni hombres ni mujeres, ni siquiera niños. Todo lo que estaba dentro de las murallas de *Asturica* esa noche conoció lo que era el sufrimiento. Vimos guerreros incendiando cualquier lugar con el que se encontraban, y otros tantos saliendo de las humeantes casas con las pertenencias de sus habitantes al hombro, o cargando a las mujeres que allí encontraban. En otros lugares, los guerreros incendiaban las techumbres de las casas y aguardaban fuera hasta que sus aterrorizados inquilinos salían al encuentro de sus armas. Esa noche no existió la cordura en la ciudad. Y nosotros nos limitamos a cruzar aquel infierno de violencia desatada mientras los guerreros, sedientos de oro, plata y mujeres, apenas reparaban en nuestra fugaz presencia, mientras corríamos como alma que lleva el diablo de regreso a las murallas.

Cuando veíamos al fin en lo alto la imponente figura de la negra muralla que de tan poco había servido a los habitantes de *Asturica*, torcimos hacia la derecha para tomar una pequeña calle que parecía ligeramente más tranquila que las vecinas. De pronto, un guerrero que ascendía por allí se encontró con nosotros, y viendo a Vera correr a pocos pasos de Issa, la agarró por el brazo

dispuesto a hacerse con la chica. Inmediatamente Issa se paró y se acercó al tipo con la espada en la mano.

–¡Qué haces, patán! –le espeté al guerrero, mientras aferraba a Vera por el brazo, sacudiéndola violentamente–. Vete a buscar otra zorra, ¿no ves que esta ya tiene dueño? –la mirada de odio que me lanzó la muchacha la recordaré mientras viva. Pero le salvé la vida, ¡qué demonios!

El tipo nos miró, airado, pero la lógica se impuso y se dio cuenta de que no valía la pena arriesgarse por una mujer a la que protegían cuatro espadas, cuando tenía toda una ciudad a sus pies lista para satisfacerle.

Así a la vándala del brazo y me volví hacia atrás.

–Coged a las mujeres y no las soltéis; hoy es un día para bailar agarrados.

Seguimos corriendo; a medida que avanzábamos, más eran los hombres que encontrábamos a nuestro alrededor. Sin duda Segga había estado avisado y había eludido los barrios de la periferia para dirigirse hacia donde se encontraban las casas más lujosas de la ciudad. Me di cuenta de que el tipo debía de contar con informes suficientes de la disposición de la ciudad, porque había sacado demasiada ventaja al resto de sus compañeros. Eso explicaba que Liuva no se encontrara entre ellos. Probablemente su jefe se encontraba con el resto de cabecillas, haciendo alarde de indiferencia ante el saqueo de la tropa, mientras sus hombres se hacían con los mejores trofeos que más tarde repartirían en la seguridad de su campamento. Pero se les había escapado algo. Algo que he de reconocer yo tampoco hubiera esperado.

Doblamos una esquina; frente a nosotros un grupo de godos borrachos colgaba a un anciano de un árbol mientras se reían a carcajadas cuando uno de ellos le pasaba una tea ardiendo por los desnudos pies. Noté cómo Issa llevaba el brazo instintivamente hacia el arco, pero le indiqué que se estuviera quieto.

–Ya casi estamos, no os paréis, ¡vamos!

Nos confundimos entre los guerreros que penetraban en la ciudad como una riada y la emprendimos a empujones con nuestros antiguos camaradas hasta alcanzar al fin las puertas para abandonar para siempre aquella ciudad de muerte y de locura.

Cuando me encontraba ya a escasos pasos de la puerta, me llamó la atención una solitaria figura que se encontraba sobre el adarve y que me

resultaba alarmanamente familiar. Solté a Sunna y se la entregué a Marco para poder fijarme mejor en la silueta recortada en lo alto del muro. Con un pie sobre el reborde estaba Salla, contemplando ensimismado el caos provocado por la locura de los hombres. A solas, totalmente inmóvil, tan solo los pliegues de su capa se movían con las ráfagas de aire ardiente que ascendían desde la ciudad. Pensé en llegar hasta él para ponernos de nuevo bajo su protección, pero sabía que el asesinato de Segga haría que ni siquiera él pudiera librarnos de nuestro castigo. A partir de entonces estábamos solos, y nadie en el ejército godo podría interceder por nosotros.

Tras Marco y Sunna pasaron Issa y Vera, y por último, cuando ya me despedía mentalmente de Salla, pasaron a mi lado, para mi sorpresa, Galieno y la hispana que habíamos salvado sin proponérselo en casa del obispo. Le sonreí sin pensar, y cuando hubieron franqueado la puerta, eché un último vistazo al interior de la ciudad, donde el tormento de sus habitantes tan solo acababa de comenzar, y duraría al menos hasta que el sol volviera a salir por el horizonte.

Ocupando la última posición del grupo, seguí al resto. Tras pasado el inútil portón, nos encontramos en la desolada ciudad extramuros. Sin nada que saquear allí, porque sus habitantes hacía días que habían vaciado sus casas de cualquier elemento de valor, tratando de ponerlos a resguardo dentro de las grandes murallas, los guerreros no perdían el tiempo entrando en las destartadas casas, sino que corrían tratando de adelantarse a sus compañeros para ser los primeros en asaltar una propiedad que les reportara riquezas, mujeres y diversión. No dudaba que la codicia de los hombres haría que esa noche más de uno encontrara la muerte a manos de alguno de sus ebrios camaradas. Al instante me acordé del herido de la casa del obispo y lo maldije por echar abajo la posibilidad de que la muerte de Segga fuera tomada como una pelea de borrachos anónimos.

Tratando de pasar desapercibidos entre los hombres que pugnaban por alcanzar la muralla, fuimos buscando refugio entre los desvencijados postigos y los derruidos muros, agachándonos para evitar ser vistos más de lo necesario. Después de unos angustiosos minutos en que me parecía que cada guerrero que pasaba nos escrutaba con una fea sonrisa en los labios, por fin alcanzamos las últimas chabolas y tan solo quedó frente a nosotros la antigua

calzada y la gran extensión de campiña que circundaba la ciudad. Un poco más allá, a escasos estadios de distancia, se encontraba un bosquecillo tupido que podía representar nuestra salvación. No era tan grande como para esconder a toda la impedimenta del ejército, por lo que esperaba no escapar de los guerreros para darme de bruces con su tren de bagaje... Aunque tampoco nos hubiera venido mal aprovisionarnos con lo que pudiéramos de cara al largo camino que nos quedaba por delante.

Aguardamos a que los últimos grupos de guerreros alcanzaran la ciudad, y cuando habían pasado unos instantes sin que ningún hombre se aventurara por el descampado, a una señal mía nos incorporamos y corrimos lo más rápido que pudimos hasta llegar al linde del oscuro bosque. Extenuados por la carrera nos paramos entre los altos pinos, y al fin, tras toser sonoramente, me pareció que por primera vez desde que saliéramos de la casa del obispo, algo de aire fresco penetraba en mis pulmones. Tiré a un lado la pesada cota de Segga, con la que había cargado sobre mi hombro como si se tratara de un trofeo, e inhalé profundamente. Tenía el hombro totalmente insensible, aunque con la tensión de la fuga ni siquiera había reparado en ello. La recia cota debía pesar al menos unas buenas veinticinco libras, pero había valido la pena el esfuerzo. Tan solo una vez había tenido entre mis manos una parecida, y fue la que me regalara Anderico en *Corduba*, y que quién sabía a esas alturas en manos de quién estaría: si en las del suevo que me la había arrancado, o en las del godo que se la hubiera arrancado a este a su vez.

Nos quedamos un rato allí, en silencio, mirando hacia la ciudad. Sabía que debíamos seguir nuestro camino, pero necesitaba descansar, y tras echar un breve vistazo a los míos, me di cuenta de que muchos habían llegado a su límite de resistencia. Galieno estaba muy pálido, y se frotaba el hombro herido con gesto ausente. Le indiqué que se acercara, y utilicé un trozo de tela para aplicarle un vendaje ajustado que impidiera que la sangre siguiera manando. Gracias a los dioses, no parecía nada grave. Más tranquilo, me volví de nuevo hacia el infierno que dejábamos atrás.

Frente a nosotros la ciudad parecía sacada de una pesadilla: grandes columnas de humo se elevaban hacia las estrellas mientras los edificios ardían por los cuatro costados, y el viento traía hasta nosotros los siniestros murmullos que auguraban la muerte. A mi lado, noté cómo Vera se estremecía

mientras miraba como hipnotizada hacia la ciudad y se arrimaba instintivamente a Issa. Recordé lo que me había contado sobre cómo la ciudad donde vivía de niña con sus padres había sido saqueada cuando ella fue tomada como esclava. También *Turiaso* fue pasada a sangre y fuego por los invasores, aunque en ese caso hubieran sido suevos. Daba igual el pueblo y la ciudad, la historia se repetía una y otra vez aunque con distintos protagonistas. Era como en las antiguas obras que los romanos escenificaban en sus teatros. Daba igual que se estuviera en *Narbo*, en Roma, en *Emerita* o en *Carthago*: en todas ellas tenía lugar el mismo espectáculo, aunque con distintos actores. Y lo mismo ocurría en el caso de la guerra.

Al fin Marco se atrevió a romper el tenso silencio que se había adueñado de nosotros.

—¿Y ahora qué hacemos? —preguntó entre jadeos—. ¿Buscamos a Salla?

Tuve que darle vueltas a las palabras del chico tratando de encontrarles sentido, pero entonces me di cuenta de que no les había dicho nada del guerrero que se nos había escapado. Era hasta divertido: un guerrero cojo con una flecha clavada en el muslo que se nos había escabullido.

—No podemos —le respondí apesadumbrado—. A partir de aquí, estamos solos.

Marco me miró con extrañeza.

—Pero... ¿Qué ha pasado? Habíamos hablado... Ahora que las mujeres están a salvo, podemos regresar, confundirnos con los guerreros... Recuperar nuestros caballos cuando todo se calme; si logramos dar con Salla, con Ibbas, o con alguno de los muchachos de la tropa, podremos saber qué planes tienen en vez de huir a lo loco, sin saber qué zonas son seguras, y cuáles debemos evitar...

Enseguida, mientras Galieno miraba hacia el suelo, les tuve que informar de para qué había vuelto a la casa y qué me había encontrado allí.

—¡Mierda! —exclamó Marco contrariado—. Si ese malnacido nos acusa, y conociendo a Liuva, no creo que ni siquiera Salla pudiera hacer nada por nosotros —un nuevo pensamiento le sobresaltó—. ¿Nos habrán seguido?

—Reza a Santa Eulalia porque no haya sido así.

—Rezaré, pero no nos vendrían mal unos cuantos caballos para escapar de las patrullas...

–Nuestros caballos... –pensé en voz alta. Por fin habíamos recuperado nuestras monturas después de tanto tiempo, y ahora se las habría quedado algún godo borracho. En fin. Lo cierto es que tampoco habríamos podido escapar con ellas, tal y como estaban de abarrotadas las calles, y también habríamos pasado menos desapercibidos para los guerreros, traté de consolarme.

Mientras pensaba en nuestro siguiente y, dadas nuestras circunstancias, probablemente descabellado movimiento, intervino la hispana a la que habíamos salvado.

–Yo tengo caballos –aseguró.

La observé con renovado interés.

–Continúa...

Me miró con cierto desprecio, se dio la vuelta ostensiblemente y se dirigió a Marco como si el chico fuera el que tomaba las decisiones en nuestro grupo. Habíamos empezado con mal pie, eso no podía negarlo, y cierto era que tampoco me había preocupado por caerle en gracia, por lo que supongo que en el fondo me lo merecía.

– A pocas millas hacia el este tengo una pequeña propiedad donde poseo unos cuantos caballos.

–¿Y qué quieres a cambio? –la interrumpí, asumiendo que nadie ofrecería semejante presente sin esperar contrapartida alguna.

–Que me escoltéis hasta donde os diga.

–¿Escoltarte? ¿Nos has visto? –le espeté– ¿Crees que vamos a impresionar a una columna goda que se cruce en nuestro camino?

–Tú no, al menos –me respondió muy seria mientras Sunna se sonreía. Era la primera vez que la veía sonreír, y no me hubiera importado que la hispana continuara insultándome si eso servía para ver otra vez aquel gesto–. Pero confío en que al menos sepáis cómo mantenernos alejados de la vista de nuestros perseguidores, y que me llevéis hasta donde os digo. Luego podréis ir con los caballos.

–Nosotros nos dirigimos hacia el oeste, pero nada haremos si no tenemos caballos. –Razonó Marco.

–¿Hasta dónde pretendes que te escoltemos? –le pregunté receloso–. ¿Cuántas jornadas nos llevará?

–Eso depende de cuánto seas capaz de recorrer en un día –respondió, alzando la nariz, puntillosa. Luego se dirigió a Marco–. No os llevará más de tres jornadas: una a pie hasta la finca, y a lo sumo dos a caballo.

–Pues no se hable más, señora –respondió Marco al instante–. Mostradnos el camino y os llevaremos hasta allí, luego retomaremos el nuestro.

–Lucila. Mi nombre es Lucila –la mujer estrechó la mano que Marco le ofrecía con seriedad.

Observé el curioso conjunto que formábamos frente a las fantasmales luces provenientes de la ciudad. Tres jóvenes de distintos orígenes armados hasta los dientes, un viejo alano, y como novedad, tres mujeres a las que cuidar y de las que cuidarse: dos hispanas y una vándala. Todos asustados, cubiertos de hollín y agotados. El infortunio había unido a aquel grupo de fugitivos, como otras tantas veces me había ocurrido en mi vida. Ya conocía esa sensación, y sabía cómo solventarla; o al menos, lo había sabido en su momento. Por ese entonces ya no estaba seguro de nada.

CAPÍTULO XXII

Como había asegurado Lucila, nos llevó apenas lo que restaba de día llegar hasta su propiedad. Aprovechamos lo que quedaba de noche para poner tierra de por medio entre los godos y nosotros, y recorrimos varias millas siguiendo antiguas sendas que la mujer conocía, atravesando bosques de pinos y encinas, y vadeando los pequeños arroyuelos que encontrábamos en nuestro camino. Al anochecer, cuando ya las piernas apenas nos respondían y las mujeres hacía horas que arrastraban los pies en silencio tratando de ahorrar el más mínimo aliento, conscientes de que todavía no estábamos a salvo, llegamos a una hacienda aislada en la que destacaba un pequeño edificio. Lucila, con un suspiro de alivio, nos indicó que ese era nuestro primer destino. Cruzamos, avanzando con cuidado entre las raíces enredadas de los sauces, el último riachuelo que nos separaba del lugar. Justo antes de traspasar la cerca que marcaba el inicio de la propiedad me detuve un momento para otear el sendero a nuestras espaldas, con la esperanza de que nadie nos hubiera seguido desde la ciudad. Suponía que Liuva no repararía en la muerte de Segga hasta que la orgía de sangre a la que se entregaban sus hombres finalizara, y eso ya sería por la mañana, por lo que les llevábamos como poco medio día de ventaja; pero también era cierto que íbamos a pie, mientras que ellos podrían seguir nuestros pasos a caballo. Decidí apartar de mi mente los malos augurios. Dudaba que nadie nos hubiera reconocido en nuestra huida; y suponía que si alguno de los hombres que había visto salir de casa del obispo, cuando regresé con intención de rematar al testigo herido, hubiesen sabido que éramos nosotros los culpables de la muerte de sus compañeros, habrían tratado de detenernos en medio de la ciudad, donde sin duda habrían podido encontrar más de una ocasión propicia para ello.

Lucila interrumpió bruscamente mis cábalas. Tras el vallado, advirtió de nuestra llegada con una fuerte voz que me sobresaltó, y al momento apareció corriendo un mozalbete desde el edificio. Sin duda, aquella no era una villa como las que conociera en el sur, o incluso en *Gallaecia*: era tan solo una humilde explotación agrícola rodeada de fértiles terrenos de labranza, con una

sencilla construcción de piedra donde vivían los jornaleros y un achaparrado edificio de madera que parecía un granero o un establo, o incluso las dos cosas a la vez. Dudaba que si, como parecía, Lucila era la señora del lugar, hubiera pasado por allí más que unas cuantas horas de camino hacia algún otro sitio más interesante; desde luego, no creía que nunca se hubiera quedado a pasar la noche. El muchacho, sorprendido y alarmado por la inesperada visita de su ama, que se presentaba además con las vestiduras sucias y rasgadas, con más aspecto de fugitiva que de reputada señora, y acompañada de varios desconocidos, se inclinó levemente ante ella mientras recorría la estampa que presentábamos con los ojos como platos. Me pareció que el chico, aún desde su servil postura, lanzaba tímidas miradas allí donde la vestimenta de Lucila dejaba entrever su pálida carne.

–Señora... no os esperábamos. Disculpad que no hayamos salido a vuestro encuentro –dijo atropelladamente, tratando de no levantar la vista hacia los ojos de la mujer.

–¿Están todos dentro? –preguntó ella con voz autoritaria.

–Sí, ama. Acabamos de regresar del bosque.

–Reúnelos a todos, tengo que hablar con vosotros. Pero antes lleva a mis acompañantes al establo y muéstrales donde descansar un rato, yo voy a quitarme el polvo del camino –la mirada de Lucila era de hielo. El muchacho se ruborizó, tragó saliva y desvió sus ojos de su señora con premura, antes de que estos lo traicionaran. Con gesto nervioso nos indicó que lo siguiéramos hasta el otro edificio que destacaba en la heredad. Según entramos pude confirmar mi primera impresión: el espacio servía tanto de establo para los animales como de almacén para la cosecha o las necesidades de la casa. Lo primero en lo que me fijé fue en los caballos que se encontraban allí dentro, triscando heno con cierta desidia. Acostumbrado a nuestros recios y fieles asturcones y a las gallardas monturas de los jinetes godos, me pareció que aquellos pobres ejemplares se asemejaban más a simples mulos que a auténticos caballos, pero sin duda nos harían avanzar más aprisa y con mayor comodidad que lo que podríamos hacerlo por nuestros propios medios.

Hasta yo era consciente de que el lugar olía mal, así que no me extrañé cuando Sunna torció el gesto nada más entrar. Pero estábamos tan molidos que nos daba absolutamente igual. Juntamos unos cuantos haces de heno húmedo

como buenamente pudimos, y nos tumbamos en el poco espacio que no estaba ocupado por los animales. Yo caí en un agradable duermevela en cuanto mi cabeza tocó la áspera paja; cuando regresó Lucila, poco faltó para que me encontrara roncando ruidosamente. Por fortuna, Marco me dio un puntapié cuando la puerta chirrió anunciándonos la llegada de nuestra anfitriona y me incorporé tratando de disimular mi amodorrado semblante.

Ahora la hispana sí parecía una señora. Se había lavado a conciencia: ya su cara no aparecía manchada de hollín, como sí continuaban las nuestras, ni su cabello lucía desgredado, sino pulcramente recogido. Al verla, me pasé la mano por el mío en un reflejo que me tuvo un buen rato entretenido, quitando restos de heno y pequeñas hojas secas. Vera y Sunna también parecían algo incómodas con su aspecto, ahora que el de Lucila parecía cuidadosamente estudiado para marcar las diferencias entre ella y nosotros. En vez de aquella túnica desgarrada, Lucila vestía entonces una gran capa que la cubría desde los hombros hasta los tobillos. Definitivamente, su imagen ya no tenía nada que ver con la de aquella pobre fugitiva que había estado a punto de ser el juguete de Segga por un rato. Seguía sin ser mi tipo, pero era un avance. A su lado se encontraba un hombre que, por su corta y poblada mata de pelo totalmente blanca, parecía algo mayor que yo. De entrada juzgué que podía rondar ya la cincuentena, pero más de cerca y a la luz del hachón que portaba, comprobé que parecía conservar algunos rasgos juveniles tras la recortada y pulcra barba también blanca, así como un cuerpo fibroso sin rastro de barriga. Lo miré de arriba abajo, tratando de sopesar si tendría problemas con él, y él hizo lo mismo; luego me ignoró, siguiendo su reconocimiento por el resto de mis compañeros. Debía de ser el capataz de la finca, o eso al menos parecía a primera vista.

–Arcadio –dijo Lucila mirando al hombre–, estos son los que me han salvado la pasada noche, y nos servirán de escolta hasta llegar a *Coviacum*. – El tipo nos escrutó de nuevo, pero esta vez se concentró en los hombres. Ella se volvió hacia nosotros antes de continuar–. En cuanto a vosotros, siento no poder ofrecer un lugar mejor donde descansar, pero esta no es una cómoda villa, sino tan solo una granja donde trabajan algunos de mis hombres.

–He dormido en sitios peores –repuse yo llevándome una brizna de heno a la boca.

–¿Dormir? Pensé que el grande y salvaje bárbaro no necesitaría dormir – arqueó las cejas, burlona. La verdad es que era una mujer jodidamente exasperante.

–Creo que todos necesitamos descansar un poco –intervino Marco conciliador.

Lucila estudió mi gesto hosco y el rictus algo cansado de Marco y decidió dejarme en paz por un rato.

–Por supuesto. Tenéis razón, y hasta Arcadio coincide en que es lo mejor. Ya recuperaremos el tiempo a lomos de los caballos. Descansad lo que podáis, que en cuatro horas mandaré a buscaros para partir.

Según salieron del establo dando un portazo, caí rendido de nuevo sobre mi improvisado jergón. Estaba durmiendo profundamente cuando de repente noté la presión de una mano sobre mi pecho y me desperté alarmado, buscando instintivamente mi espada en el costado. A mi lado estaba Issa, que me hizo un gesto para que mantuviera silencio y luego me pidió por señas que lo siguiera. Me incorporé, y pasándome la capucha de mi capa por la cabeza, lo seguí hacia las afueras del establo. Seguí al joven en su sigiloso caminar hasta la cerca que marcaba el límite de la granja, y nos paramos donde se encontraban los desgastados restos que parecían recordar que antiguamente la finca estuvo protegida por un muro de piedra. A resguardo tras las húmedas rocas, el muchacho señaló hacia algún lugar entre la espesura del bosque cercano más allá del riachuelo, pero mi cansada vista no podía compararse a la del chico, así que me encogí de hombros y esperé a que me explicara para qué demonios me había llevado hasta allí.

–Hay hombres en los alrededores –me aclaró en un susurro.

Noté cómo se me erizaba el vello de la nuca.

–¿Guerreros?

El chico me respondió encogiéndose de hombros

–Al menos dos hombres vigilan la casa. Están más allá del arroyo, escondidos en el bosque.

– ¡Mierda! –exclamé, tratando de contener mí enfado para no elevar la voz–. Jodido cojo de mierda... Vamos, hay que avisar a los demás y largarse de aquí cuanto antes.

Recorrimos deprisa el tramo que nos separaba del establo, e indiqué al britano que despertara a los nuestros y los avisara de que debíamos partir, mientras yo me dirigía a la casa principal para advertir a Lucila. Golpeé suavemente con los nudillos en la puerta de madera tratando de hacer el menor ruido posible, hasta que alguien retiró la tranca y comenzó a abrir lentamente la puerta hacia adentro. Empujé a mi vez y me introduje rápidamente en la casa, para sorpresa del improvisado portero.

–Hay que largarse ya –le apremié, sin darle más explicaciones.

Esperaba ver a Lucila, pero los únicos que estaban allí eran el muchacho, el capataz y otro par de hombres que debían de ser los jornaleros de la finca. Salvo el que había parado para abrir la puerta, el resto se afanaba con ahínco en recoger todo lo que tuviera algún valor en la casa, preparando bultos que iban depositando a un lado, listos para ser transportados. La propietaria debía de estar descansando, aprovechando las escasas horas que teníamos para reponernos de cara a otra agotadora jornada.

El tipo del pelo blanco me miró con el ceño fruncido.

–¿Qué es lo que pasa? La señora ha dicho que no se la moleste hasta antes del alba.

–Tú verás, amigo. Pero al menos dos godos nos vigilan, así que tú decides.

–No sabía si eran godos o no, pero suponía que asegurarlo reforzaría la urgencia de mis palabras.

El tipo me escrutó un instante y desapareció tras lo que parecía una rudimentaria cortina de cuero mal curtido. Al poco rato regresó seguido de Lucila.

–Eso que me ha transmitido Arcadio... ¿es cierto? –me preguntó, ahogando un bostezo.

–Sí, señora. Os aseguro que si solo pretendiera veros en camión, habría inventado una excusa mejor –repliqué con un bufido. Yo también sabía ser desagradable cuando me lo proponía. Arcadio me dedicó una mirada malhumorada, y yo disfruté un instante del destello de ira que iluminó los ojos de la mujer antes de continuar–. Hay al menos dos hombres vigilándonos desde el bosquecillo, al otro lado del arroyo. Debemos partir de inmediato, antes de que lleguen más.

–Me estoy empezando a preocupar –dijo Lucila, sonriéndome levemente–. Esta noche ya he estado de acuerdo contigo en dos ocasiones; tal vez podamos llegar a entendernos, después de todo.

Tenía una bonita sonrisa, que me hizo sonreír a mi vez casi sin querer.

–Y ambos queríamos acabar con la misma persona, señora, no lo olvidéis –añadí, recordando cómo había mirado el cadáver de Segga.

–Puedes llamarme Lucila, no hace falta que me llames señora.

–Y yo prefiero alano a bárbaro salvaje.

–Lo tendré en cuenta... alano.

Se dio la vuelta y se giró hacia donde sus hombres continuaban envolviendo fardos sin descanso.

–Vamos, apuraos y comenzad a llevar las cosas hacia el establo. Debemos salir cuanto antes.

Regresamos al cobertizo, donde ya los míos se encontraban preparados para retomar la marcha. Galieno se frotaba los ojos tratando de despejarse, y Vera parecía a punto de quedarse dormida de pie. Le sonreí para darle ánimos, y ella me correspondió con una mueca que pretendía ser decidida. No pude evitar estremecerme al pensar lo que le harían los hombres de Liuva si llegaran a atraparnos. Y si no se trataba de ellos, sus perspectivas –como las de Sunna y Lucila– tampoco mejoraban en demasía; solo que en ese caso no se trataría de algo personal. Deseché tan siniestros pensamientos y me esforcé en mantener la sonrisa. No permitiría que eso pasara.

Por orden de Lucila, sus hombres cargaron hasta la burda vajilla de barro cocido con la que pocas veces debían de haber comido sobre las pocas mulas que tenía en el establo. Con cada uno de nosotros montado a caballo, tres monturas de fresco y las mulas siguiéndonos con paso cansino, partimos hacia el este, al encuentro del sol, aunque todavía tendrían que pasar varias horas antes de que aquel despuntara frente a nosotros anunciando el inicio de un nuevo día.

Con las mujeres y los siervos de la granja formando el núcleo de nuestra improvisada expedición, los muchachos y yo nos manteníamos algo alejados de ellos, atentos a cualquier movimiento que pudiéramos detectar en los alrededores. Y cada vez que veía a las pobres mulas tratando de seguir el paso del grupo cargadas con aquellos pesados fardos, miraba hacia el oscuro

bosque y pensaba con desesperación que los que allí nos aguardaran debían de estar frotándose las manos al vernos. Sin embargo, a medida que avanzaban las horas fue haciéndose patente que estábamos solos en el camino. Cada cierto tiempo, Issa tomaba alguna de las monturas de refresco y se alejaba de nosotros, ora hacia el frente, ora hacia nuestras espaldas; cada vez que el britano regresaba hasta nosotros, al escuchar los cascos en la lejanía, me daba un vuelco el corazón, pensando que podía tratarse de nuestros perseguidores, que habían interceptado al muchacho y ahora se aprestaban a cazarnos a nosotros. Pero no, hasta que empezó a declinar el sol, las noticias siempre eran tranquilizadoras.

Más tranquilos después de la calma con la que transcurrió el día, al anochecer decidimos parar y descansar unas pocas horas, aunque ningún fuego calentó nuestro sueño por temor a que delatara nuestra posición. Allí sentado, frotándome las cansadas piernas para tratar de reactivar mis entumecidas articulaciones, llegué a pensar que lo que había visto Issa la noche anterior en la granja tal vez fueran forajidos que se habrían entretenido tratando de encontrar algo de valor en la vacía alquería.

Nos levantamos antes del amanecer, con los miembros doloridos por la larga cabalgada. Hasta yo mismo notaba los muslos desollados, después de tanto tiempo sin montar, por lo que podía imaginar el calvario al que se enfrentaban en silencio las mujeres. Ninguna de ellas estaba acostumbrada a recorrer a caballo trayectos tan largos. Vera hasta ese entonces había compartido montura con Issa; Sunna apretaba los labios con firmeza, pero cada vez que montaba o descabalgaba quedaba patente su escasa experiencia; y a Lucila... tuve que reconocer que no se le daba del todo mal. Pese a todo, ninguna abrió la boca para quejarse, conscientes de que nuestra situación podía llegar a tornarse desesperada de confirmarse los temores que llevaban rondando en nuestra cabeza desde nuestra precipitada partida de *Asturica*.

Al atardecer de ese día, con el sol aún en el horizonte pero ya en el inicio de su ocaso, apareció frente a nosotros, a lo lejos, una oscura figura que se recortaba sobre una pequeña elevación. Desde esa distancia podía tratarse de la misma roca viva de la colina, pero cuando Arcadio hizo la seña a su ama señalando lo que se encontraba a lo lejos, a esta inmediatamente se le iluminó el rostro.

–¡*Coviacum!* –exclamó, como si su simple mención fuera capaz de insuflarnos la tranquilidad que ansiábamos.

Todavía le daba vueltas al extraño nombre en mi cabeza cuando Issa, que llevaba un largo rato alejado de nosotros, vigilando la retaguardia, llegó hasta nosotros al galope. Aunque pude percatarme de que el britano trataba de avisarnos de algo desde la distancia, apenas llegaban hasta mí algunos sonidos inconexos; no fue hasta que se encontraba a menos de un estadio de nuestra posición cuando pude entenderlo. Aunque apenas hubiera hecho falta, porque un simple vistazo a la pálida tez del muchacho nos habría servido para saber que algo iba mal.

–¡Hombres a caballo! ¡Se acerca un grupo de hombres a caballo! –sin decir nada más ni esperar respuesta, cogió por la brida una de las cabalgaduras de refresco y paró para cambiar de montura y ponerse a nuestro lado.

Todos miramos inmediatamente hacia atrás, esperando ver cómo un grupo de desconocidos se abalanzaba sobre nosotros sin piedad. Pero no estaban tan cerca. No aún.

Yo no dejaba de maldecir al guerrero godo que había sobrevivido en la casa del obispo, mientras la expresión de Lucila se tornaba desesperada, después de lo animada que había estado tras reconocer frente a ella nuestro destino.

–¿Cuántos son, Issa? –pregunté sin dejar de mirar hacia atrás.

–Al menos una veintena, y vienen a galope tendido –respondió el muchacho con la voz entrecortada por el esfuerzo y la preocupación.

–Vamos, dejad las mulas y corred todo lo que podáis. ¡Vamos! –grité a los hombres de Lucila.

Lucila me miró indecisa, pero en el fondo sabía que las pertenencias que había traído desde la granja estaban condenadas. Era su vida o sus alhajas, y dudaba que aquella granja guardara suficientes tesoros como para arriesgarse. Así que secundó mi orden con desagrado, y azuzamos a nuestras cansadas monturas dejando allí a las mulas y su equipaje. Durante los primeros estadios que recorrimos no éramos capaces de ver a nuestros perseguidores, pero cuando ya nos acercábamos a unas pocas millas de la ciudad, al fin aparecieron tras nuestros pasos. Miré por encima del hombro y vi una mancha

oscura que se acercaba rápidamente. Les llevábamos ventaja, pero cada vez que volvía la mirada, me parecía más lejana la ciudad y más cercano el peligro. Nuestras pobres monturas no daban más de sí; bastante bien se habían comportado para llevar quién sabía cuánto tiempo en aquella granja sin otra ocupación que triscar la verde hierba de los prados vecinos. Notaba cómo mi caballo, en lugar de reaccionar acelerando a los continuos tirones que daba a su bocado y a mi presión con las piernas sobre sus costados, poco a poco iba perdiendo ímpetu, agotado. Ya podía ver claramente *Coviacum*, aunque a esa distancia ya tenía claro que no nos dirigíamos a una ciudad, sino tal vez a una fortaleza de considerable tamaño, probablemente un bastión de las gentes antiguas, que presentaba una irregular muralla de tierra y piedra. No pude fijarme más, porque teníamos a nuestros perseguidores encima.

Eran godos, de eso no había duda, y como dijera Issa eran al menos veinte. Daba gracias a mis dioses porque su pueblo nunca hubiera desarrollado la capacidad que tenían los míos, o los hunos, para disparar a lomos de un caballo, porque si así hubiera sido habríamos muerto a escasa distancia de nuestro destino. Al no poder acribillarnos a flechazos, trataban desesperadamente de alcanzarnos antes de que llegáramos al portalón que se encontraba frente a nosotros. Fueron unos instantes angustiosos. Ya veía incluso algunos hombres que nos miraban desde la muralla, haciéndose señas unos a otros y señalando en nuestra dirección. Nos separaba apenas un estadio de ellos cuando pensé que moriríamos allí mismo, porque nuestras monturas no podían ya mantener el paso, e incluso la de Galieno acabó por pararse en seco, negándose a continuar la marcha. No culpaba al animal: bastante había aguantado, y además el chico no era precisamente una sílfide a la que poder llevar en volandas sin esfuerzo. Solté un reniego al verlo, y volví grupas dispuesto a llevarme a cuantos godos se pusieran por delante en compañía del hispano y, por qué no, morir a su lado.

Salté veloz de mi caballo y aterricé torpemente al lado del joven, que trataba de colocar a su agotada montura entre él y los godos que se nos venían encima dispuestos a arrollarnos, para luego continuar hacia la desbandada en que se había convertido nuestra vanguardia. Al menos con el cansado animal frente a nosotros evitaríamos que los guerreros nos ensartaran al primer

envite, y eso nos daría una oportunidad para defendernos de los ataques que caerían inevitablemente desde nuestros flancos.

En ese mismo instante, tras el retumbar de un grave cuerno, se abrió el portalón de la fortaleza, y por él salió un buen grupo de jinetes que cabalgaron hacia nosotros mientras algunos arqueros comenzaban a disparar desde la muralla. En un primer momento pensé que podíamos ser nosotros el objetivo de sus proyectiles, pero cuando las primeras flechas pasaron sobre nuestras cabezas y se clavaron en el espacio que nos separaba de nuestros agresores, supe que estábamos salvados. Los godos frenaron en seco cuando cayeron en la cuenta de que nada podían hacer contra los proyectiles procedentes de la muralla y el fuerte grupo de hombres que se dirigía hacia ellos, y una vez se reagruparon, se retiraron lentamente sin perder de vista a los hombres que ya tomaban posiciones a nuestro lado. Marco e Issa, que habían vuelto grupas para reunirse con nosotros, volvieron a enfilar hacia la fortaleza al comprobar que el peligro se alejaba. Di gracias a mis dioses y a aquellos desconocidos que intuía eran amigos de Lucila y los suyos; o eso esperaba, porque en caso contrario, habríamos salido de las llamas godas para encaramarnos al caldero hispano.

Liberado de la tensión del momento, examiné con interés a los guerreros que nos habían salvado. Entonces ya no me parecían tan fieros como hacía unos pocos minutos. Tenían un feroz aspecto, eso no se podía negar, pero parecían hombres más habituados a la azada que a la espada, aunque estas tampoco parecían fuera de lugar en sus callosas manos. Eché un rápido vistazo a nuestro alrededor y observé que debían de haberse congregado en la zona más de una cincuentena de hombres, sin contar el grupo de arqueros que se adivinaba en la muralla. De todos lo que allí estaban me llamó la atención un pequeño grupo de unos veinte hombres que presentaban a mis ojos una aguerrida estampa. Armados con buenas lanzas de fresno, lucían largos mantos bajo los que se adivinaban algunas protecciones de cuero que, aunque rudimentarias, servirían tan bien como las que podían tener los guerreros de la tropa goda. Bajo la capa también me pareció vislumbrar que portaban espadas cortas al cinto y buenos puñales de caza. No eran guerreros profesionales, pero eran lo más parecido a una guardia –una que no pareciera compuesta por alfeñiques– de lo que había visto en mucho tiempo. Di gracias de nuevo

mentalmente por su aparición, y por haber seguido a Lucila hasta aquel lugar que había representado, para mi sorpresa, nuestra salvación. Si nos hubiésemos dirigido hacia el oeste desde el inicio, hubieran podido pasar dos cosas: si los guerreros godos tan solo estaban reconociendo el lugar, hubiéramos llegado hasta *Lucus* sin percances; pero si nos estaban persiguiendo a nosotros, no hubiéramos recorrido más de un día a pie antes de que nos hubieran atrapado. Con solo pensar en la posibilidad de que la aparición de la partida goda no se debiera al azar, me recorrió un escalofrío que hizo que me erizara por completo.

Volví a concentrarme en los que formaban un corro alrededor del resto de nuestra partida, y que charlaban animadamente con ellos. Agarré a Galieno del hombro sano y le hice un gesto para que regresáramos con nuestros compañeros. El chico asintió, mientras cogía a su reventada montura por la brida e intentaba que lo siguiera hacia delante. Sin el peso de su jinete sobre ella, al fin la yegua aceptó moverse, aunque lenta y pesadamente. Consciente de que cuando había desmontado de mi cabalgadura ni siquiera había reparado en hacia donde había caminado, recorrí con la mirada a nuestro alrededor y al fin vi al despistado animal mordisqueando algo de hierba a medio camino entre nosotros y los godos en retirada. No valía la pena arriesgarse por recuperarla; ya regresaría si quería, y en caso de que no lo hiciera pensaba exigirle a Lucila que me entregara una nueva montura para realizar nuestro viaje hacia *Lucus*. Me lo había ganado, después de lo arriesgada que había resultado nuestra labor como escoltas.

Con el caballo de Galieno siguiéndonos torpemente, pasamos entre el pasillo que formaban los hombres que nos habían salvado la vida, a los que fuimos agradeciendo su oportuna intervención con inclinaciones de cabeza cada vez que nos tropezábamos con sus miradas.

Los nuestros nos aguardaban junto al abierto portón. Los siervos de Lucila ya habían entrado hacia la fortaleza, pero ella misma y Arcadio permanecían allí departiendo animadamente con el que parecía ser el cabecilla de los guerreros que había salido a nuestro encuentro hacía escasos minutos.

—¡Nuestra valiente escolta! —nos recibió aliviada Lucila, haciéndole una señal al hombre que estaba frente a ella. El individuo tendría pocos años más que Galieno, pero al igual que aquel, parecía mayor por su fornida

compleción. Un poco más alto que el muchacho, lucía el largo cabello negro atado con una tira de cuero sobre su frente. No era un tipo especialmente feo, pero la nariz rota que presentaba no le favorecía precisamente. Pese a evidenciarse como el jefe de la partida, no vestía cota de mallas, sino el mismo tipo de sencilla protección de cuero que sus hombres, lo que me reafirmó en la impresión de que no se trataba de guerreros. El resto de su indumentaria tampoco lo distinguía de sus hombres, sino tan solo la seguridad con la que mantenía la mirada y lo habituado que parecía a desenvolverse en las situaciones que no requerían de una hábil espada.

—Os doy las gracias por cumplir tan bien vuestro encargo, amigos —nos dijo con su ronca voz. Aunque intenté detectar el más mínimo tono de burla, parecía por su gesto que era sincero—. Entremos y descansad, pues, como me ha avanzado Lucila, tenéis mucho que contarnos. Pero también necesitaréis reponer fuerzas antes de que os atosiguemos con nuestras preguntas.

A su lado, sonrientes pero agotados, estaban el resto de los nuestros. Issa pasaba un brazo sobre el hombro de una desencajada Vera, que parecía que ni siquiera sería capaz de llegar por su propio pie hasta la puerta. Marco miraba con seriedad hacia los desconocidos con Sunna a su espalda. Adoraba el gesto desafiante de la vándala; me recordaba a tiempos pasados que nunca había terminado de olvidar. Le dediqué una gran sonrisa, y ella respondió alzando la barbilla, aunque me pareció que al vernos bien se le había escapado un leve resoplido de alivio que me encantó adivinar.

A una seña de su cabecilla, el resto de los hombres comenzaron a replegarse hacia la muralla, y nosotros entramos después de Lucila y su grupo. Tras Galieno, que cerraba nuestro grupo tirando de su montura, entraron los últimos guerreros, y las grandes puertas se cerraron lentamente. El frente de la muralla debió de quedar desierto, salvo por mi perdida montura, que aún debía estar pastando en tierra de nadie, como una pequeña isla de estupidez en medio de la inmensidad del océano de tierra que nos rodeaba.

Al traspasar las puertas pude detenerme en examinar con más detalle el lugar. El gran portón, de sólida madera, estaba flanqueado por dos rudimentarias torres que comenzaban en su base con una forma cuadrangular y terminaban haciéndose más estrechas ya sobre la muralla. Sin duda, las bases y la finalización de las mismas no eran de la misma época, ni por supuesto

obra de los mismos constructores. El resto de la muralla también presentaba algunas torres a lo largo de su perímetro, todas ellas con la misma peculiaridad. ¿Qué perímetro podía tener el lugar? A esas alturas lo desconocía, aunque hubiera apostado que no más de dos millas. La heterogénea solidez de los lienzos denotaba que en algunos lugares habían sido reconstruidos también con otros materiales distintos a los originales. Pese a todo, la construcción parecía recia y fiable, aunque primitiva. Aunque desde luego no sería capaz de detener el avance de un ejército, resultaba ideal en cambio para ofrecer protección a los habitantes de los alrededores frente a incursiones de pequeño calado.

A ambos lados del camino de tierra que serpenteaba por el interior de los muros, se alineaban multitud de pequeñas casas de piedra con techo de paja. Por la mayoría de las chimeneas salían hilos de humo, dando muestra de que estaban habitadas. Me pregunté cuánta gente viviría allí, tratando de abarcar todo el lugar con mi mirada. ¿Quinientos? ¿Un millar? No era capaz de decidirme por una cifra, porque desconocía cuántos habitantes albergaría cada una de aquellas casas. Por semejanza, me recordaba al campamento romano que habían ocupado los suevos más allá de *Lucus* y donde los godos habían pasado a sus habitantes a cuchillo. Recordé el violento final de aquellas gentes y deseché cualquier parecido con nuestra situación. A nuestro paso salían niños, mujeres y ancianos que, curiosos, querían ver a aquellos que habían roto su tranquila rutina. Todos ellos parecían hispanos, y por la sencillez de sus ropas dudaba que fueran grandes potentados como pudiera ser Lucila o incluso el propio Marco; más bien parecían gentes de la tierra, jornaleros, siervos y habitantes de las aldeas vecinas. Podrían ser gentes como Sebastián o Silas, esclavos y siervos acostumbrados a trabajar en las villas de sus señores, aunque incluso alguno de estos estuviera allí, como la propia Lucila; pero aquello nada tenía que ver con una ciudad.

Continuamos caminando sin apenas detenernos. Me sorprendió observar que algunas mujeres se acercaban y besaban la mano de Lucila mientras la colmaban de bendiciones, y ella respondía con amabilidad y dedicaba a cada una algunas palabras. Yo, ajeno a todo ello, llevaba un rato fijándome en una gran columna de humo que brotaba desde algún lugar por delante de nuestros pasos, y cuando el serpenteante camino parecía que me alejaba de ella,

corregía en el siguiente tramo para ponernos de nuevo en su dirección, hasta que por último, al girar en un pequeño recodo del camino, nos encontramos frente al origen de la humareda: un herrero y su fragua. Este se encontraba por fuera de la choza, sosteniendo un trozo de hierro entre las enormes tenazas, y sumergiéndolo en el estanque que se encontraba frente al edificio. El tipo, de corta estatura pero de pecho ancho, vestía un tosco delantal de cuero y unos simples calzones, pese al frío que comenzaba a traer la tarde. Traté de recordar el camino hasta el lugar para intentar negociar más tarde con el tipo los arreglos que necesitaba mi nueva cota de malla. Por suerte no había dejado la cota de Segga en mi caballo, sino que la había vestido, y le había cedido a Galieno la que había usado yo hasta entonces. El muchacho necesitaba ya de una buena cota que lo protegiera; además, se lo había ganado con creces. Todo lo que durante el trayecto me había arrepentido por llevarla puesta para ahorrarles algo de peso a las cargadas mulas, ahora lo agradecía, pues finalmente esa precaución me había servido para no perder lo poco de valor que tenía. Esperaba que con la ayuda del herrero, antes de regresar hasta *Lucus*, consiguiéramos ajustar nuestras armaduras a sus nuevos dueños.

Deambulamos entre aquellas achaparradas casas hasta alcanzar el punto más elevado del poblado. Este se encontraba coronado por una nueva estructura de piedra como las que conformaban el resto del lugar, pero aunque de similar factura, en este caso ya parecía una verdadera casa. Era de mayor tamaño que las demás –ocupaba al menos el triple de espacio–, y tras su sombra se adivinaban varias estructuras similares al otro lado de la pendiente. Allí, en la corta explanada de la colina, se encontraba la recepción de bienvenida que habían improvisado los lugareños, si es que no lo había sido ya la que nos acababa de salvar la vida. Un colorido conjunto de ancianos y hombres de distintas edades nos esperaban ansiosos por conocer nuestras nuevas. Lucila, comprensiva con nosotros, apoyó su mano en el hombro de nuestro guía, y este se paró a escasos pasos de llegar a la cima.

–Disculpad, amigos, había olvidado que debéis de estar extenuados. Mis hombres os indicarán cuales serán vuestros lugares de descanso hasta que partáis. Si queréis comer algo antes de entregaros a un reparador sueño, os esperaremos en la casa que veis frente a nosotros.

Hicimos una señal de asentimiento, y en mi caso de sincero agradecimiento, y seguimos a dos de los hombres de las oscuras capas, que nos indicaron dos casas que se encontraban al otro lado de la elevación. Mejor, no estaba yo como para presentaciones y actos protocolarios con unos salvajes... Un momento, ¿había pensado en salvajes? Debía de estarme volviendo más hispano y sibarita de lo recomendable... si Gelimer levantara la cabeza, sería el centro de todas sus pullas.

Como podíamos prever por el tamaño de las casas y la gran cantidad de gente que habíamos visto durante nuestro camino, no nos tocó en suerte disponer de ninguno de los edificios para nosotros solos. Aquello no era *Asturica*, ni la cómoda casa del obispo Toribio –¿qué habría sido de él?–, sino una fortaleza perdida en medio de la enorme meseta que ocupaba el centro de las *Hispanias*. Tuvimos que conformarnos con compartir el espacio de la casa donde ya vivía una pequeña familia. A los hombres nos tocó juntos, lo que hacía que el lugar pareciera aún más pequeño, y suponía que durante la noche aquello se parecería más a una ruidosa cochiguera que al remanso de descanso que nos habían prometido, porque al menos Galieno y yo no andábamos faltos de buenos pulmones para roncar cuando dormíamos a pierna suelta. Lo sentía por la pobre mujer de la casa, que nos miraba aterrada desde el otro extremo mientras agarraba a sus dos pequeñines por los hombros para impedir que se acercaran a nosotros con la habitual curiosidad de los niños.

Dejamos los fardos que traíamos con nosotros en una de las esquinas del terroso suelo, ocupando el lugar que por los musgos que se adivinaban sobre las paredes de roca debía de ser el más húmedo de la estancia. Porque aquello era una única estancia, sin tabiques interiores, con un pequeño hogar en la misma esquina donde se encontraba el camastro de sus ocupantes habituales, algunos útiles para cocinar apilados sin orden aparente y un escaso mobiliario de basta factura por el suelo. La pareja asistía atenta en su esquina a cómo aquellos cuatro guerreros, a todas luces extranjeros, iban sacándose de encima más hierro y acero del que habían visto en su vida y lo amontonaban en el suelo.

Para desconsuelo de Issa, Vera partió con Sunna hacia una casa contigua escoltada por uno de los guerreros. Sin duda, sus inquilinos habían tenido más suerte que los nuestros, porque tendrían que vérselas solo con dos mujeres y

no con cuatro ruidosos hombres. Pero además, como sabríamos más adelante, aquella era la casa de Lucila, por lo que sin duda ellas también habían sido más afortunadas que nosotros.

Más cómodos sin el peso de nuestros equipos, vencimos nuestro cansancio en pro de disfrutar de una buena comida, y salimos con la intención de hacer cumplir su promesa al tipo que nos había salvado la vida. Ya cuando estuviéramos saciados de comida y bebida regresaríamos a la casa para dormir pesadamente y martirizar con nuestros ronquidos a nuestra nueva familia. Me despedí de uno de los pequeños de la casa pasándole mi manaza sobre su sucio cabello, y su madre a punto estuvo de desmayarse en el acto. Me despedí sonriente de la mujer y atravesamos la puerta de madera que trataba ilusoriamente de mantener caldeado el lugar frente al frío del exterior. Tras esta se encontraba Arcadio, en pie con las manos cruzadas a la espalda, apoyado en la pared de piedra.

—¡Así que tenéis tanta hambre como nosotros! —nos saludó, jovial por primera vez desde que lo conociera—. Celebro que hayáis salido ya, porque Lucila me había ordenado no moverme de aquí hasta que estuvierais listos. Vamos, que mi estómago ruge y la comida debe de estar preparada.

Seguimos al individuo y llegamos en pocos pasos a la casa que nos habían indicado al llegar. Dentro ya debían de estar el resto de hombres, porque una tenue columna de humo salía por la rudimentaria chimenea de la construcción, trayendo hasta nosotros un agradable olorcillo a pan caliente. Ya era casi de noche, y algunos hachones iluminaban la entrada a la casa. Más allá, hacia el otro lado de la pendiente, se veían pequeños puntos de luz que surgían de cada una de las casas de los alrededores. Aquellas tenues luces que rompían la noche, destacando sobre la negrura que invadía la llanura más allá de las murallas, componían una bella estampa. Estábamos en el único lugar habitado en muchas millas a la redonda, solos en medio de aquella gran meseta. O tal vez no.

Ocupado como estaba en mirar hasta donde mi cansada vista alcanzaba, fui el último en entrar, y una vez pasé por donde Arcadio me sujetaba la cortina antes de cerrarla tras de mí, vi que la casa se encontraba repleta. Sentados en el suelo, con unas tablas sobre las que se disponían cuencos y jarras donde comer y beber, se encontraban la mayoría de los que nos habían esperado allí

al llegar. Me fijé en el guerrero que comandara la salida que nos había salvado: se había despojado de su armadura de cuero, pero, incluso sentado, seguía destacando entre los suyos por su estatura y la anchura de sus hombros. Fue el único que se puso en pie al llegar nosotros, y nos saludó efusivamente como se saluda a un viejo amigo. A su lado, con la misma ropa con la que había llegado y expresión cansada, se encontraba Lucila, que me dedicó apenas un gesto de sus ojos. Enseguida nos hicieron un hueco donde sentarnos en el suelo. Acompañado por el crujir de mis rodillas, me acomodé junto a un anciano de barba blanca bien recortada, y otro hombre, que por su porte debía de ser uno de los que había seguido a nuestro anfitrión más allá de las murallas. Ninguno de los dos era muy hablador, lo que agradecí dado el hambre que traía. Lo primero que hice fue beber. Era tan solo agua, pero me supo a gloria después de las penurias que habíamos pasado los últimos días. Mi primer sorbo de agua sentado en el suelo, no sobre el incómodo rocín que tenía por montura. Me centré en encontrar algo sólido que llevarme al estómago, pero me llevé una desilusión tan grande como el hambre que tenía. Sobre las tablas se distribuía algo de queso, pan, tiras frías de carne de venado y cebada para echar al agua o al vino y engañar así al estómago. En fin, ¿qué esperaba? ¿Un banquete? Tonterías; a base de queso podía llenar mi vacío estómago sin ningún problema. Lo sentía por el viejo que se encontraba a mi lado hablando con su compañero: si él no tenía hambre, yo desde luego sí, así que me acerqué el burdo plato y engullí un trozo tras otro. Además, en la senectud se pierde el apetito, y si eso era un síntoma, yo distaba mucho de encontrarme tan cerca de ella como el anciano que se encontraba a mi vera.

Las palabras de nuestro anfitrión me sorprendieron tratando de tragar un enorme trozo de queso.

–Bienvenidos seáis nuevamente, amigos. Mi nombre es Lucio Lutacio Celso.

–Gracias a ti y a los tuyos por vuestra hospitalidad –respondió Marco—. Hoy nos has salvado la vida; estamos en deuda contigo.

El tipo rio. Su risa sonaba franca y agradable, sin deje de afectación.

–En absoluto, amigos; soy yo el que está en deuda con vosotros, que habéis traído sana y salva a mi hermana Lucila.

Miré a la mujer, sorprendido, y ella me respondió con una sonrisa.

–Pero comed, por favor. Supongo que estaréis hambrientos después de tan apurado final de trayecto. Sentimos no tener mayor variedad, pero somos muchos los que convivimos estos días en el castro, y pocas las provisiones, o cuando menos, poco variadas.

Mientras Marco se ocupaba de volver a expresar nuestro agradecimiento, el resto se apresuró a aceptar su sugerencia, y yo simplemente seguí a lo mío. Por desgracia, la carne me quedaba muy lejos, y no quería levantarme y atraer todas las miradas, así que seguí atacando despiadadamente al queso. Mientras comíamos, ellos seguían debatiendo animadamente con Lucila sobre las últimas noticias que aquella traía de *Asturica*, y lo que había sucedido allí en las últimas semanas.

–Lucio –preguntaba Lucila–, ¿desde cuándo ha llegado tanta gente al castro? ¿Hay peligro en los alrededores?

–Hace algunas semanas que pequeñas patrullas, e incluso algunas columnas godas, recorren la región hacia el este. Por eso el castro se encuentra lleno hasta los topes. Pocos más caben ya dentro de sus muros. Hasta algunos habitantes de la lejana *Pallantia* han llegado hace unos pocos días hasta aquí... Las últimas voces dicen que los godos han saqueado varias villas y aldeas de los alrededores.

–Ya no se contentan solo con aldeas. Hasta la propia *Asturica* ha probado ya el despiadado acero de los hombres de Teodorico –respondió su hermana con la vista fija en algún punto más allá de la muralla. Probablemente estaría recordando a Segga.

–¡Por Dios bendito! –exclamó un anciano frente a mí–. ¡Este mundo está condenado! ¡Seremos pasto de los herejes, como vaticina el buen Hydacio!

–No seremos pasto de nadie, Ceferino –interrumpió Lucio al anciano–. *Coviacum* resistirá. Para eso estamos aquí y por eso hemos abandonado nuestras cómodas villas. No lo olvides.

¿Por eso estaban aquí? ¿Eran terratenientes con los que me sentaba a la mesa? Bueno, no era una mala iniciativa; al contrario, era lo más inteligente que había visto en mucho tiempo. Lejos de tratar de defenderse inútilmente por separado en sus pequeñas villas, habían decidido unirse y hacerse fuertes en aquel lugar para disuadir a sus potenciales enemigos. Ojalá otros muchos hubieran actuado así; eso les habría ahorrado muchos pesares.

–La situación no es tan desesperada, Lucila. Las columnas están regresando hacia la *Galia* –intervino Galieno, llevándose a la boca algo de avena mojada en un poco de vino.

–Perdona, amigo, ¿cómo estás tan seguro? –preguntó, suspicaz, Lucio.

–Porque su rey ya ha partido hacia la *Galia*, y el resto de sus hombres tienen órdenes de seguirlo.

–Debes de tener informantes fiables entre los hombres de Teodorico para saber tanto.

–Nosotros mismos venimos de allí –respondió el joven sin pensar. En el mismo momento en que terminaba la frase vi cómo se mordía el labio inferior con aire arrepentido.

Al instante Lucio se puso a la defensiva y nos miró de arriba abajo, tratando de evaluarnos de nuevo.

–Tranquilo, hermano –Lucila trató de tranquilizarlo poniendo una mano sobre su hombro–. Ellos me salvaron de una muerte segura en la casa del obispo Toribio. Acabaron con mis agresores y con cuantos godos se les pusieron por delante. No hay nada que temer de ellos, confía en mí –dijo, mirando hacia mí como si buscara en mis ojos una confirmación a sus palabras.

Poco a poco Lucio volvió a relajar su semblante, y por último se excusó por su desconfianza.

–Disculpadme, amigos. La situación de la región hace que cualquier precaución sea poca.

–No tienes que disculparte, Lucio. Pero aclárame, ¿dónde estamos? –pregunté, ansioso por hacerme una idea veraz de adonde habíamos llegado, y de paso desviar su atención sobre nuestro paso por el ejército godo.

–En el castro de *Coviacum*, entre *Asturica Augusta* y *Pallantia*.

–Sí, eso ya lo he oído; pero ¿qué hace esta antigua fortaleza repleta hasta los topes de gente?

–Tienes razón, no os he contado nada sobre nosotros. Disculpadme de nuevo. Este lugar estaba vacío y abandonado hasta hace... ¿cuántos? –miró a su hermana antes de continuar, que le dijo algo que no pudimos oír–. Exacto, treinta años. Por ese entonces la situación ya era difícil; no creo que fuera peor que la que vivimos ahora, pero sin duda era la más complicada a la que

se habían enfrentado nuestros padres. Tal era la indefensión de los habitantes de la región, que estos tomaron una decisión que sirvió para salvaguardarlos durante los siguientes años. Nuestro padre y otros tantos decidieron reconstruir esta fortaleza como buenamente pudieron, y convertirla en un último refugio para que ellos y sus familias pudieran ponerse a salvo cuando los saqueadores e invasores asolaban los campos a placer. Fue una decisión dura ponerse a trabajar modelando la resistente piedra, haciendo de improvisados canteros y albañiles en lugar de dedicarse a los antiguos oficios que se habían transmitido durante generaciones. Pero hoy podemos decir que el sacrificio de nuestros padres hizo posible que sus hijos conozcan una paz que no se disfruta en otros lugares.

–¿Vivís siempre aquí? ¿En una fortaleza de las gentes antiguas? –preguntó Marco incrédulo.

–No, Marco –respondió Lucila–. Normalmente vivimos en las aldeas y villas de los alrededores. Pero en los momentos de mayor peligro nos reunimos en el castro para ponernos a salvo. La villa de nuestra familia está un poco más hacia el norte, cerca de las montañas astures, y disponemos de algunas granjas como las que visteis en nuestro camino. Pero cuando la situación se complica, acudimos aquí en busca de refugio.

–¿Disponéis de hombres entrenados? –pregunté yo, aunque no pretendía desmerecer a nuestro anfitrión.

–Entrenados en la azada y la horca, amigo. Pero también se encuentran entre nosotros algunos guerreros, como Linto, el cántabro. Llegó como escolta de mi padre hace quince años y desde entonces ha servido fielmente a mi casa, y adiestra a los hombres del castro en el uso de las armas. Y ya conocéis a Arcadio: él mismo sirvió con las águilas bajo el mando del *comes* Censorius en su expedición a estas tierras. Ellos son en parte los responsables de lo que habéis visto hoy.

A cada palabra que salía de los labios de Lucio, más me maravillaba por aquellos que nos rodeaban. ¿Arcadio había estado con Censorius? De eso podía hacer al menos quince años, si no veinte. Eso explicaba parte de la buena impresión que me había dejado al conocerlo. Tenía que hablar con él sin falta: Censorius había sido un importante legado romano enviado desde Roma en varias ocasiones a *Hispania* para ejercer de embajador ante los suevos y

tratar de aplacar sus continuos desmanes. Probablemente, podía ser el último gran comandante de Roma que había cruzado los escarpados Pirineos en nombre del decadente imperio. Arcadio, como había pensado en el momento en que lo conocí, podía ser mayor que yo mismo, y rondar los cincuenta años, por lo que su edad cuadraba para imaginarlo como uno de los hombres de Censorius. Y si Ibbas estaba en lo cierto en lo que nos contara hacía ya varios meses, este había sido asesinado por Agriwulf, el hombre con la mirada de brujo.

–Pero basta de hablar de nosotros –interrumpió Lucio mis pensamientos–. Contadme lo que ha sucedido en *Asturica*. Mi sangre hierve solo de pensarlo.

Así que, mientras Lucila y Marco se ocupaban de explicar a los presentes lo sucedido en la ciudad tres noches atrás, el resto regresamos a nuestra inicial preocupación de llenarnos el estómago con lo que pudiéramos. Cuando ya llevaban un buen rato hablando, los hombres allí reunidos, estremecidos e indignados por el infierno que las palabras de Marco desplegaban ante sus ojos, comenzaron a clamar venganza en voz alta; mientras, yo sonreía para mis adentros imaginándolos luchando contra godos como Ibbas o Liuva.

Un momento después entraron por fin en la casa Vera y Sunna; dirigí una mirada culpable a las vacías fuentes que me rodeaban, mientras Lucila se ocupaba de hacer espacio a su lado para que se sentaran frente a nosotros. Ellas sí se habían aseado para dejar atrás el polvo del camino, no como nosotros, e incluso debían de haber recibido nuevas prendas del vestidor de Lucila, porque entraron sin rastro de suciedad, con el cabello recogido en sendos moños, y el cutis limpio. Nada habían podido hacer contra las oscuras sombras que se adivinaban bajo sus ojos, y que solo unas buenas horas de sueño reparador podrían borrar; no obstante, estaban preciosas, una morena y grácil, la otra rubia, alta y muy elegante en su nuevo atuendo, que resaltaba las curvas de su cuerpo bien formado. Pese a ir vestida y peinada como una romana, algo indómito en sus ojos revelaba que no pertenecía por completo a ese pueblo. Luché por desviar mi mirada, aunque ya sin nada que comer, no lo conseguí durante demasiado tiempo seguido. En alguna ocasión sus ojos severos me sorprendieron recorriéndola, y se irguió con un ademán desaprobador no exento de coquetería. O quizás es que ya llevaba demasiado tiempo sin tocar a una mujer, y cualquier gesto suyo me despertaba una

inquietud extraña que desbocaba mi imaginación. Me ensimismé, algo enfurruñado, en la inquietante idea de que algún otro hombre estuviese contemplando en ese momento a mi bella Aspasia. Por su parte, Issa observaba a Vera sin ningún recato; a partir de ese entonces, si es que antes se había enterado de algo, dejó de prestarle atención incluso a la comida. Es curioso cómo somos los hombres; en este caso, tanto los jóvenes, como los viejos.

CAPÍTULO XXIII

Cuando ya la conversación daba sus últimos coletazos, y mi estómago se encogía al rememorar la cantidad de queso que había engullido, nos despedimos agradeciendo a nuestros anfitriones todas sus atenciones, y nos fuimos por fin a descansar.

Caí hecho un ovillo en mi capa sobre la paja que cubría el suelo de la cabaña, y me di la vuelta hacia la mohosa pared antes incluso de que Issa se hubiera despedido de Vera por fuera de nuestra choza. Enseguida, nada más cerrar los ojos, caí preso de un extraño y desasosegador sueño. Me veía perseguido por los hombres que otrora fueran mis camaradas: veía a Ibbas con su salvaje rostro indicando a un enorme grupo de hombres que me dieran caza. Trataba de reconocer sus semblantes, pero no lograba distinguir sus rasgos bajo aquellos cascos de hierro. Tan solo sus figuras me resultaban ligeramente familiares: un tipo bajito y con una armadura desproporcionadamente grande que me señalaba mientras el que se encontraba a su lado, al que me pareció reconocer como Segga –porque lucía la misma cota de malla que entonces yo guardaba entre mis pertenencias– aullaba en mi dirección. Los observé, paralizado, mientras se acercaban a mí, avanzando como si se deslizaran sobre la verde hierba que tapizaba el suelo bajo mis pies, y cuando ya se encontraban a pocos pasos de distancia comprobé con horror que debajo de los yelmos y los petos de cuero no había personas cuyos rasgos pudiera reconocer, sino solo sus fantasmales calaveras, con las cuencas vacías y las mandíbulas muy abiertas en muecas grotescas. Cuando por fin me respondieron las piernas corrí y corrí por entre la campiña, y a pesar del peso de la cota de Segga, que de repente cubría mi torso, pude despistarlos y penetrar en un pequeño bosquecillo. Allí, frente a mí, se encontraba un límpido manantial en el que saciar la sed que me atormentaba después de mi desesperada carrera. Cuando me creía a salvo de mis perseguidores y me disponía a beber el cristalino líquido, surgió de repente frente a mí una solitaria figura encapuchada. Me detuve un instante, temeroso de los espectros que me perseguían, y me dirigí con paso vacilante hacia la aparición. Una

parte de mí clamaba por huir de ella y proseguir mi carrera a través del bosque, pero en los sueños no siempre tenemos la posibilidad de hacer aquello que deseamos. Muy al contrario, me dirigí con paso vacilante hacia ella, hasta quedar a tan solo cinco pasos. Me detuve y traté de escudriñar sus facciones, ocultas tras la tela, pero sin éxito. La figura elevó sus brazos hasta la capucha y comenzó a retirarla lentamente. Terminó de apartarla con su mano izquierda, pero como tenía la cabeza inclinada hacia abajo no podía distinguir nada salvo su largo cabello rubio. Casi inconscientemente me acerqué un par de pasos para tratar de ver a quien tenía frente a mí. En el momento en que daba el último paso, de repente una reluciente espada salió de debajo de la capa y me ensartó de parte a parte a la vez que la figura levantaba la cabeza. ¡Era Salla! Con una expresión furibunda en su rostro cadavérico se acercó a mí y terminó de enterrar toda la hoja de su espada en mi vientre, y grité, vaya si grité. No solo de dolor, sino de puro miedo. Antes de que el rostro del joven llegara hasta mi cara, me desperté bañado en sudor, agarrándome el abdomen con manos temblorosas. Miré a mi alrededor, alterado y confuso; la puerta de la choza se encontraba abierta y crujía levemente cuando el aire nocturno la hacía moverse sobre sus viejas bisagras. Miré hacia donde los muchachos dormían pesadamente y cuando poco a poco conseguía calmarme, de repente volví a oír el mismo grito que durante mi sueño; pero esa vez no había sido yo el que lo emitiera. Me puse en tensión, y aún temblando, fui hacia la puerta. El sol había despuntado hacia poco y apenas calentaba el frío día en aquel agreste lugar. Salí al camino e inmediatamente vi como pequeños grupos de hombres y mujeres corrían hacia las murallas sin orden ni concierto; miré más allá desde nuestra privilegiada atalaya y volví a sentir el miedo atenazando mis entrañas, como en mi sueño. A lo lejos, más allá de la llanura, una oscura mancha se extendía frente a nosotros. Bajé corriendo por el camino y seguí hacia donde hombres y mujeres corrían como ganado entrando en un corral. Empujé sin demasiados miramientos a todos aquellos que trataban de subir hasta el adarve, y tras recibir varios insultos ganados a pulso, pude alcanzar la tosca escalera de piedra, por la que subí a grandes zancadas hasta la muralla. Llegué asfixiado hasta el irregular parapeto y quité a uno de los tipos que miraba por el muro para hacerme sitio y ver qué nueva amenaza se cernía sobre nosotros.

Cuando había visto la oscura mancha desde la colina no podía distinguir con claridad de qué se trataba, aunque en el fondo lo intuía. Una vez allí, pude comprobar que mis peores temores se habían cumplido. Cientos de hombres marchaban con paso regular hacia nuestra fortaleza, seguidos por el polvo que levantaban al caminar, como la estela de un cometa portador de funestos presagios. En ese instante, volvió a mi recuerdo el rostro cadavérico de Salla en mi sueño, y sentí de nuevo su frío metal penetrando en mi cota de malla como si fuera mi propia carne. Abandoné el muro, ganándome un nuevo insulto del hispano al que había apartado de allí, y atrapé a uno de los muchachos que corrían por la muralla.

–Muchacho, ¿qué es lo que pasa? –lo zarandeé sin compasión.

El crío me miró asustado y trató de deshacerse de mí. Consciente de mi propio histerismo lo solté, y se alejó de mí chillando.

–¡Vienen los godos! ¡Vienen los godos!

Volví a mirar hacia más allá del muro y me esforcé en buscar una explicación razonable para todo aquello. ¿Qué harían allí? ¿Estarían de paso? Aquella roca no podía ofrecer ningún tesoro con el que satisfacer a los mismos guerreros que ya habían saqueado una gran ciudad como *Asturica*. Tenía que ser eso; estaban de camino hacia la *Tarraconensis* siguiendo a Teodorico, me repetía, tratando sin éxito de convencerme a mí mismo.

–¡Alano! –oí de repente que alguien me gritaba–. ¡Alano! –Levanté la vista y vi que Lucila, seguida de Arcadio y un par de hombres, se abría paso sobre el adarve para llegar hasta mí.

Intenté serenarme, aunque no encontraba ninguna razón para hacerlo, y en pocos pasos los hispanos –y Arcadio, del que en ese entonces ya intuía que debía de ser extranjero– me alcanzaron en su carrera.

–¿Dónde están tus compañeros? –me preguntó casi sin resuello Lucila.

–Escuché un grito que me sobresaltó, pero cuando salí de la cabaña ellos dormían.

–Es el momento de huir si así lo deseáis, ¡en menos de dos horas estarán frente a las puertas!

La miré, consternado.

–¿Crees que iremos muy lejos? Ahora, vuestra suerte es nuestra suerte... – me había quedado muy bien, pero era simplemente una constatación de lo que

estaba por venir, no una parrafada heroica.

—¡Así se habla, alano! —dijo Arcadio tras ella—. ¡Verás cómo enviamos al infierno a un buen puñado de godos!

Eso no lo dudaba, pero ¿a qué precio? Si eso era lo que pretendían, acabarían con todos y cada uno de los que nos encontrábamos dentro de los fuertes muros y luego no dejarían piedra sobre piedra, ni tan siquiera el recuerdo de aquel lugar. Pero ¿qué demonios podrían buscar allí dentro? Sólidos muros, defensores suficientes para causar un número inadmisiblemente bajas en una tropa que tenía órdenes de regresar a su tierra, y nada de valor en el interior que justificara el riesgo. ¿Acaso Lucila y los suyos nos habían ocultado algo? ¿Guardaba aquella roca algún desconocido tesoro? ¿O era Liuva, alertado por el maldito cojo, el que venía a por nosotros dispuesto a darnos un escarmiento? Por loco que estuviera ese bastardo, no lo creía capaz de montar semejante despliegue por una venganza personal, pero al mismo tiempo, una extraña incomodidad en el fondo de mi mente me impedía descartarlo por completo.

Pasaron los minutos y asistimos en silencio a cómo el ejército se acercaba a nuestra posición lentamente. Yo no paraba de darle vueltas a lo que me había contado Arcadio, y suponía que él también debía de estar recordando algo de lo acontecido en su momento. Si lo que necesitaba para quedar en paz consigo mismo era acabar con unos cuantos godos, el destino le daba esa oportunidad, aunque seguro que no como a él le hubiera gustado. En ese momento llegó a nuestra sección de la muralla Lucio seguido por varios de sus hombres.

—¡Piedras! ¡Piedras! —no paraba de repetir con su voz ronca a todos aquellos que permanecían como hipnotizados mirando más allá de la llanura. Enseguida reparó en nosotros—. ¡Arcadio, la puerta! Cerrad la puerta, ¡vamos!

No hizo falta repetirlo dos veces. Acompañé al tipo, y bajamos por la escalera seguidos por un par de sus hombres. En esta ocasión, las gentes del poblado se hicieron a un lado en cuanto nos vieron, conscientes de la importancia de nuestra misión, y de que éramos su única protección.

Corrimos por entre los lugareños, gritando a cuantos hombres encontrábamos en nuestro camino para que se unieran a nuestra carrera. Cuando llegamos a la gran puerta, ya se encontraban allí algunos hombres que luchaban sin éxito por cerrar las grandes hojas. Nos pusimos a su lado en la

faena y tras unos minutos de duro trabajo, logramos al fin atrancar la única entrada al poblado. Aquellas hojas pesaban una barbaridad, porque además estaban cruzadas en varios lugares por gruesas planchas de hierro. No sabía qué madera habrían utilizado para fabricarlas, pero no desmerecían frente a las puertas de las grandes ciudades que habíamos visitado. Al menos, echar esa puerta abajo no les iba a resultar sencillo a los godos; los lugareños habían hecho bien su trabajo. Una vez cerradas las hojas, pasamos los grandes maderos reforzados con hierro como cierre y por último apilamos una apresurada barricada. Nadie podría entrar –o eso era lo que esperábamos–, pero lo cierto era que tampoco podría salir ninguno de nosotros. Los ancianos y las mujeres que nos veían en nuestra tarea enseguida fueron conscientes de lo desesperada que era la situación. Algunos –pocos– rompían a llorar y corrían hacia sus casas, pero los que más, trataban de ayudarnos en lo que pudieran pese a que su ayuda sirviera de bien poco. Aquellas gentes habían sufrido, pero sabían plantarle cara a las adversidades, no como la mayoría de los hispanos. Al menos esa esperanza me quedaba.

Cuando la puerta quedó completamente afianzada, volvimos a oír voces desde la muralla reclamando la presencia de Arcadio. Levanté la vista y distinguí una figura recortada contra el sol de la mañana. Parecía un veterano de facciones duras, con una larga y canosa coleta peinada hacia atrás, que tenía colgando de su cinto un pequeño escudo redondo como nunca había visto otro igual. El tipo se desgañitaba tratando de llamar la atención de mi compañero.

–¡Arcadio, por todos los demonios! ¿Qué cojones haces ahí abajo?

Mi compañero me miró y me guiñó el ojo antes de salir corriendo hacia el adarve.

–Bien, pues ya conoces a Linto, el cántabro.

–Arcadio, ¿cómo se llama el herrero? –le grité mientras se alejaba, recordando que debía ajustar las cotas.

Se dio la vuelta un breve instante para responderme.

–Pregunta por Belas, y dile que te envió yo. ¡Y hazlo aprisa, antes de que te necesitemos, alano!

No lo pensé dos veces, salí corriendo hacia nuestra choza, y al contrario de lo que había sucedido esa mañana, no encontré a casi nadie por los terrosos

caminos. Casi toda la población se agolpaba entonces frente a las murallas, en tensa expectativa. Aun así, alcancé nuestra choza no sin algunos problemas, porque aquellos serpenteantes senderos estaban pensados para despistar a los que por ellos se aventuraran, estaba seguro.

Los muchachos me esperaban por fuera de la choza, mirando más allá de la muralla hasta donde les llegaba la vista. En cuanto me vieron aparecer por la loma corrieron hacia mí.

—¡Attax! ¿Qué pasa? —preguntó Marco ajustándose el cinturón de la espada.

—Se acerca un ejército godo —me limité a responder. Era cierto que no sabía qué se proponían, pero me lo podía imaginar.

La cara de los muchachos reflejó inmediatamente el miedo. Por sus mentes debían de pasar los largos meses transcurridos entre sus amigos godos, lo que habían vivido con Salla, con Ibbas, con Witiza, con toda la tropa en general. Y ahora nos enfrentábamos a ellos. Tan solo esperaba que el cruel destino no nos reservara luchar contra nuestros amigos, sino al menos contra cualquier otra columna que se encontrara por los alrededores. Volví a sentir el frío acero de Salla en mis entrañas y yo mismo temblé.

—¿Crees que vienen a saquear este lugar? —preguntó Marco, incrédulo, pensando lo mismo que yo—. ¡Pero si esto es apenas una roca perdida en medio de la nada! Poco sacarán de aquí...

—Tienes razón, Marco, no se me ocurre qué esperan sacar de botín de este peñasco, y más después de haber saqueado la misma *Asturica*, pero...

—Vienen a por nosotros —intervino Issa muy serio, mientras con su mano izquierda buscaba inconscientemente la piedra que hacía días había entregado a Witiza.

Galieno enseguida desenvainó su espada y la clavó en la tierra como me había visto hacer tantas veces.

—Pues si vienen a por esto, esto es lo que les vamos a dar.

Me hubiera gustado tener la misma determinación que Galieno, pero yo ya no era joven, y cuando la juventud se escapa se lleva consigo parte de nuestra irreflexiva ansia de peligro y gloria, que a mi entender era lo que dominaba las valientes palabras del chico.

—Vamos dentro a recoger nuestras armas y a prepararnos para la batalla. — No lo dije, pero pensaba en que tal vez sería nuestra última batalla.

Recogimos nuestras cosas, y bajamos por la suave colina haciendo un ruido infernal por la cantidad de hierro y acero que llevábamos encima. Por fortuna, la fragua del herrero estaba encendida, y gracias a su gran columna de humo pude encontrarla sin demasiados problemas. Cuando al fin llegamos, indiqué a Marco y a Issa que siguieran hasta la muralla y se pusieran bajo las órdenes de Arcadio, mientras Galieno y yo tratábamos de llegar a un acuerdo con el herrero. Este debía de estar en el interior de la casa, porque en el patio donde se encontraba la gran pileta de agua no había nadie. Esperaba que no hubiera ido a la muralla con el resto de hombres y mujeres.

Me acerqué al edificio esperando que mis pasos alertaran a cualquiera que se encontrara en su interior, pero nadie salió de la oscura casa, así que me dispuse a entrar. Hice a un lado una recia cortina de cuero que cubría la entrada y pese a la falta de luz, vi cómo un metal al rojo se movía al final de la estancia. Allí estaba el herrero.

—¿Eres Belas, el herrero? —pregunté nada más verlo.

—¿Tú qué crees? —me respondió, cortante, sin darse la vuelta mientras continuaba con su trabajo.

—Necesito que me ayudes con un par de buenas cotas. Hay que ajustarlas y reponer los aros que han perdido.

—Y yo necesito que me dejes trabajar.

—Arcadio me dijo que podía contar contigo.

—El bueno de Arcadio siempre buscándome trabajo extra... —por fin se dio la vuelta, aunque su estampa no me sorprendió porque ya lo recordaba del día anterior. Me miró con interés—. ¿La cota es tuya?

—La mía y la de un joven que está ahí afuera.

—¿Dos cotas? Pues habrá que ponerse manos a la obra antes de que Lucio venga aquí pidiéndome puntas de flecha y quién sabe qué más. Venga, dile a tu amigo que pase y que primero me enseñe su dinero.

Pagamos por adelantado unas pocas monedas, y después de que hubo tomado nuestras medidas y alabado el fino y esmerado trabajo de la cota de Segga, y dedicado un gruñido de aprobación hacia la que ahora vestiría Galieno, más tosca pero también efectiva, aprovechamos la oscuridad del lugar para prepararnos para la batalla. Vestimos las acolchadas camisolas sobre las que irían las cotas; ajusté sobre mis cómodas botas de piel de gamo

las bruñidas grebas que hacía tantos meses que no utilizaba en una buena batalla, y coloqué mi recio cinturón de cuero con hebilla de hierro en la cintura, con mi *spatha* y mi cuchillo uno a cada lado. Até alrededor de mis antebrazos las protecciones de cuero tachonadas de metal, recogí mi escudo de madera, que había obtenido durante el combate en el campamento cercano a *Lucus*, y ceñí mi yelmo a la cabeza. Era una celada realmente cómoda: por lo sencillo de su estructura podía ver perfectamente a diestra y siniestra durante el combate, pero precisamente por eso, difícilmente podría parar ningún golpe dirigido a mi cara, salvo quizás aquellos que pretendieran hacer blanco en mi nariz, donde una gruesa lámina de hierro me protegía. Estaba listo para entrar en combate, salvo por mi cota. Hubiera cambiado el resto de mis protecciones por poder vestirla, pero lo único que conseguimos fue la promesa de que esa misma noche podríamos tenerlas de nuevo. Rogaba a mis dioses que me dieran la oportunidad de utilizar aquella excelente cota, aunque fuera la única vez que lo hiciera. Pregunté a Galieno con un gesto qué tal iba evolucionando su hombro; él me respondió igualmente con un ademán que pretendía restarle importancia.

Cuando salimos y nos dirigimos hacia la muralla, comprobamos que los grupos de gente que pocos instantes antes estaban sobre el adarve tratando de curiosear, volvían ya hacia sus casas. Ancianos y mujeres corrían, y en algunos lugares se habían prendido hogueras para calentar grandes calderos que probablemente contendrían aceite o cualquier otro líquido. Otros grupos de hombres cargaban con cestas repletas de rocas hacia la muralla, como ordenara Lucio. Al menos eran disciplinados, eso no podía negarlo.

Aquellos con los que nos cruzamos se hacían a un lado al vernos equipados para la batalla, por lo que pudimos avanzar entre ellos sin apenas aminorar el paso. Cuando llegamos hasta la muralla, ya se habían apostado sobre la misma un buen número de hombres. Me detuve un rato en evaluar la calidad de los que allí se encontraban. Muchos no pasaban de ser granjeros reconvertidos en improvisados lanceros, pero al menos todos ellos disponían de espadas o pequeñas lanzas para poder desempeñar lo mejor posible su tarea. Dudaba que pudieran formar una feroz resistencia en el caso de que los godos llegaran hasta las almenas, pero mientras los atacantes pugnaran por escalar los muros, podrían hacer mucho daño estorbando su ascenso por las

escalas mientras sus compañeros se concentraban en tumbarlas de nuevo hacia el suelo, o simplemente descargar una lluvia de proyectiles sobre los atacantes. Lo que realmente me preocupaba era que los godos trajeran consigo –o, más probablemente, que lo construyeran– un ariete lo suficientemente pesado y resistente como para echar abajo el portón. Si así fuera, estaríamos en un buen apuro. En el choque de dos muros de escudos, aunque el número sea similar, lo único que importa es la pericia de los luchadores, tanto a nivel individual, como a nivel colectivo. Y en ambos casos éramos claramente inferiores a ellos. Por el momento podía estar tranquilo, porque el portón parecía lo suficientemente sólido, y además, si algo había aprendido de los godos era que como ingenieros militares eran bastante mediocres, como el resto de pueblos que habíamos penetrado en el territorio de Roma. Lo máximo que podrían oponer serían eso, escalas y algún rudimentario ariete. Recordé el entusiasmo de Marco y Salla por construir uno de aquellos ingenios frente a *Emerita*; menos mal que pocos godos eran tan espabilados como aquel muchacho, y se limitaban a hacer las cosas como siempre se habían hecho. En fin, todavía esperaba que si lográbamos componer una estampa lo suficientemente imponente como para confirmar la impresión de que aquella roca estaba demasiado bien defendida como para tratar de atacarla, pasarían de largo sin más.

Los guerreros de Lucio se distribuían en varios puntos de la muralla, y me tranquilizaba cada vez que me tropezaba con uno de ellos. Serían nuestra fuerza de choque en el caso de un enfrentamiento cara a cara. Sin ánimo de desmerecer a los lugareños que lucharían a nuestro lado, cada hombre de Lucio que cayera equivaldría a una decena de voluntarios, o al menos era la impresión que me daba.

Buscamos rápidamente a Issa y a Marco, pero fue inútil en el primer vistazo. No se encontraban en lo alto de la gran puerta, como habíamos supuesto. Probablemente Arcadio los hubiera destinado a otro lugar, por lo que comenzamos a recorrer el perímetro de la fortaleza en busca de nuestros compañeros. El trayecto nos sirvió para hacernos una idea de las defensas con las que contábamos. En verdad eran unas buenas murallas, tal vez no del calibre de las de una gran ciudad, pero sí lo suficientemente recias como para transmitirme una creciente seguridad en las mismas. Desde ellas pudimos

calcular la superficie que ocupaba el poblado, y los habitantes que podría tener en ese momento. Debíamos de rondar los mil hombres, mujeres, ancianos y niños, por lo que dudaba que contáramos con más de cuatrocientos hombres en disposición de esgrimir una espada; de estos, suponía que al menos la mitad las habrían utilizado con anterioridad. Aun así, ninguno de ellos, experimentado o novato, rehuyó su deber, porque la muralla estaba atestada. Cada cien pasos preguntábamos a quien se encontrara en la zona por Lucio y Arcadio, y todos nos señalaron hacia el mismo lugar: la torre más elevada de la edificación, que se encontraba en una de las esquinas del entramado fortificado.

Hacia allí nos dirigimos, y encontramos a los nuestros con Lucio y Arcadio, acompañados de un buen puñado de sus mejores hombres. Cuando llegamos a su lado ni tan siquiera repararon en nosotros, porque no perdían detalle de lo que sucedía frente al poblado. A esa hora del día ya comenzaba a distinguirse con claridad la marea de hombres que se acercaba hacia nosotros, y las vistosas ropas de algunos de ellos, pero sobre todo el destello que arrancaban a sus armas y armaduras los rayos del sol.

No los importunamos, sino que simplemente buscamos un lugar en los muros en el que pudiéramos ver también lo que sucedía más allá.

—Son entre quinientos y ochocientos hombres —decía Marco, entrecerrando los ojos para tratar de ver mejor.

Yo, que pugnaba por hacerme un hueco entre los guerreros, asumí las palabras del chico como la única pista de lo que sucedía en la llanura. ¡Por todos los demonios! ¿Ochocientos godos bien armados? No teníamos ninguna posibilidad.

—Yo creo que más cerca de los ochocientos. —convino Lucio.

—Entonces, ¿con cuántos me toca acabar? —pregunté en voz alta para llamar su atención.

—¿Quieres que te sea sincero, o prefieres acostarte tranquilo esta noche? —respondió Arcadio, que estaba al lado de su señor.

—Prefiero saber qué se me viene encima.

—El castro debe de albergar ahora mismo un millar o tal vez algunos pocos cientos más entre hombres y mujeres. Quizá unos pocos más de los que se acercan ahí afuera.

Noté cómo Marco apretaba las mandíbulas, previendo lo siguiente que saldría de labios de nuestro interlocutor.

–Quinientos hombres, seiscientos si tomamos en cuenta a ancianos y muchachos. Eso es lo que hay. Eso, y una buena muralla de cuatro hombres de alto.

–Es un buen comienzo –repuso Marco mientras apoyaba su espalda en el muro y buscaba su piedra de amolar en el cinto.

Lucio pasó al lado del chico y le dio una palmada en el hombro antes de dirigirse hacia lo alto del portalón de la muralla. Sus hombres lo siguieron, pero nosotros permanecimos allí.

–¿En verdad crees que los culpables de esto somos nosotros, Issa? –preguntó Marco al britano cuando se aseguró de que estábamos solos.

–Vienen a por nosotros, lo sé –afirmó el britano con gravedad.

–Pues espero que a Lucio no se le ocurra que entregándonos pueden salvar el pellejo –intervino Galieno.

–No pueden ser tan estúpidos –respondí yo, tratando de fijar la vista en lo que se nos avecinaba—. Ni aunque hubiéramos matado al propio Liuva se justificaría que se hayan desplazado tal número de hombres solo para capturarnos...

–Esto será una nueva *Asturica* –dijo Marco con gravedad.

Mientras hablábamos, los godos se habían acercado de tal manera que ya podíamos distinguir las figuras de los hombres que marchaban inexorablemente hacia nosotros. Cuando llegaron a una distancia de tres estadios, pararon y se prepararon para montar allí mismo su campamento, que lucía enorme en comparación con nuestra propia posición. Recordé lo que habíamos hecho, cuando compartíamos el destino de los godos, con el poblado suevo en los alrededores de *Lucus*. Allí tan solo disponíamos de trescientos hombres, por lo que prefería no pensar en lo que podrían hacer un millar. Además, muchos de los suevos que allí se encontraban eran luchadores avezados; cierto que estaban desmoralizados después de la derrota que habían sufrido en el *Urbicus*, pero al menos habían tomado partido en más combates que en los que lo habían hecho los que serían nuestros compañeros de armas esos días.

Unas pocas horas después, que aprovechamos para tomar algún bocado de los que las mujeres traían hasta las murallas, volvió la actividad al bando enemigo. Un grupo de hombres, alrededor de unos veinte, montaron a caballo y se acercaron hacia la puerta de nuestra fortaleza. Desde esa distancia no reconocía a los que comandaban la partida, tan solo distinguía guerreros recubiertos de hierro que portaban una enseña que me era vagamente familiar, pero no lograba asociar con certeza a ninguno de los señores godos con los que habíamos compartido campamento. Al menos no aparecía la de Liuva por ningún lado, por lo que Issa aún podía equivocarse.

–Vamos a la puerta –propuso Marco poniéndose en pie–. Si en verdad están buscándonos a nosotros, debemos estar allí para ver lo que sucede y de qué manera podemos solventarlo. –Galieno lo miró con desconfianza, como si temiera que barajara entregarse.

Salimos corriendo detrás del muchacho y llegamos al portón sin apenas resuello, después de correr por todo el camino de ronda. Allí, Lucio se encontraba ya preparado para recibir a los emisarios, plantado en el reborde de la muralla esperando a que llegaran. Ningún escudo lo cubría mientras aguardaba impávido a los godos. Ofrecía una planta gallarda, pero decidí que tendría una charla con él sobre la inconveniencia de confiar en el honor de los demás. Cuando ya podíamos distinguir las largas melenas pajizas de los guerreros asomando bajo sus cascos, Issa se hizo a un lado dispuesto a encordar el arco que le regalara Witiza, y dirigirlo hacia los compatriotas de nuestro antiguo amigo; parecía que al menos él sí había aprendido algo a mi lado. Los hombres del castro se agolpaban en las murallas con la esperanza de ver lo que les esperaba allí adelante. Esperaba que los godos, que no hacían más que mover sus protegidas cabezas de un lado al otro tratando de recorrer con la mirada la mayor porción posible de muralla, pensarán que la fortaleza estaba repleta de hombres bien armados, y sobre todo que esa impresión sirviera para disuadirlos de sus intenciones.

El tipo que parecía comandar la partida se adelantó hasta quedar frente a la puerta donde lo esperaba Lucio. Debía de tratarse de uno de los señores godos de cierta relevancia, por lo que su impedimenta revelaba. Cuando se encontraba a tan solo treinta pasos de la muralla, se quitó el casco tras retirar las protecciones de las mejillas, dejando al aire un gran mostacho castaño y un

largo y cuidado cabello del mismo color. Un hormigueo me recorrió la espalda: ya sabía con quién nos habíamos topado.

–Soy Segismund, hijo de Argebald, enviado de Teodorico –gritó al aire, sin dirigirse a ninguno de nosotros en particular–. ¿Quién tiene autoridad aquí?

Instintivamente me resguardé tras uno de los muros. No creía posible que el tipo me reconociera, pero tampoco deseaba poner a prueba su memoria. En ese momento recordé donde había visto esa enseña: en los alrededores de *Asturica*, cuando nuestra columna dio con la partida del propio Segismund y de Gundemar, el burgundio. Y si mi instinto no me fallaba, habría asegurado que era uno de los principales responsables de que finalmente Cyrila accediera a saquear *Asturica*. Lo que me había preguntado durante los largos días a lomos de los torpes caballos de Lucila, era cómo demonios había penetrado el ejército a través de las fuertes murallas de la ciudad sin haber librado antes combate alguno.

En un principio nadie respondió al cabecilla godo. Todos los que se asomaban a la llanura permanecieron en silencio hasta que su líder se decidió a tomar la palabra.

–Yo soy Lucio Lutacio Celso, ¿qué es lo que tienes que decir?

–Mis hombres y yo venimos por orden de nuestro rey Teodorico y vuestro emperador Avito para limpiar esta tierra de la inmundicia de los suevos –expuso con arrogancia. Reconozco que sonaba bien, pero solo daría credibilidad a tal afirmación si saliera de labios de Salla, o incluso de Akhila, pero no de los del tipo que había pasado a cuchillo a la tercera ciudad más grande del noroeste de *Hispania*. Aún debían de humear las piras de los muertos y los restos de los vetustos edificios tras su paso por allí hacía solo unos pocos días.

–Avito ha muerto –dijo Marco por lo bajo para que le oyera Lucio.

–¡Eparquio Avito ha muerto, godo! –respondió el hispano–. Así que di mejor que vienes solo en nombre de tu rey.

Un momento de duda cruzó por el frío rostro de Segismund, pero enseguida se rehízo.

–Venimos a liberar estas tierras de los suevos que os sojuzgan –el godo no varió un ápice su discurso. En su determinación no se adivinaba el más

mínimo titubeo. Sus salvajes ojos grises resplandecían; si mi instinto no me engañaba, ese bastardo estaba acostumbrado a la mentira.

Lucio miró a ambos lados antes de responder.

–Pues has debido de equivocarte, porque aquí no mora suevo alguno. Sigue tu camino hacia el oeste y ve con Dios.

–Tenemos órdenes de limpiar esta población, por lo que os conmino a abrir las puertas para que podamos ejecutar las órdenes de nuestro señor –por fin una emoción se adivinó en el rostro del godo. El reflejo de la ira. Ira por sentirse cuestionado por lo que él debía de considerar poco menos que un romano meapilas, y además pueblerino. Él, que había ayudado a su rey a conquistar los más importantes enclaves de *Gallaecia* y *Lusitania*, tenía que pedir a aquel terrateniente agrícola del tres al cuarto, en un lugar perdido en medio de la nada, que se plegara a sus condiciones. Y el mentecato, en lugar de complacerlo sin tardanza, lo dejaba en evidencia delante de sus hombres, y peor aún, lo trataba con la condescendencia típica de aquellos romanos que se creían más importantes que cualquier extranjero.

–No seré yo quien dé esa orden. Te repito que vuestro concurso aquí no es necesario, id en paz.

El tipo tiró de las riendas de su caballo de manera que este bufó y se encabritó levemente.

–Tenéis hasta mañana al amanecer para abrir las puertas y entrar en razón. En caso contrario, ejecutaremos las órdenes de nuestro rey, incluso sin vuestro consentimiento... –las últimas palabras las acompañó de un gesto que para muchos pudo pasar desapercibido, pero no para mí. Con la mano izquierda acarició el pomo de la espada mientras miraba hacia nosotros. Era un desafío: u os entregáis o pasaremos por encima de vosotros. Ese era el lenguaje que los tipos como Segismund dominaban mejor.

Mientras el tipo se retiraba muy despacio, reparé en que esa debía de haber sido la treta que habían utilizado en *Asturica* para entrar en la ciudad sin que mediara lucha alguna. Con el ambiente de crispación que se respiraba en la ciudad, no habrían faltado exaltados dispuestos a facilitar la entrada a los godos a través de la muralla para acabar con sus odiados vecinos suevos, incluso sin el beneplácito de los principales. Pero lo que no podían esperar era que el lobo al que habían dejado entrar no distinguiese entre las ovejas,

sino que prefiriera considerar su presa a todo lo que encontrara dentro del corral. Recordé por un momento al tipo que conocimos durante la recepción que nos había preparado el obispo Toribio, y en cómo había abandonado la misma de malos modos al creer que los godos no harían nada contra los suevos del lugar. Sin duda el tipo había visto satisfechas sus demandas; pero podía ser que él mismo también hubiera sufrido el mismo destino.

Lucio aguardó a que Segismund regresara con sus hombres antes de abandonar la muralla. Después de sostener su desafío, el hispano debía ahora organizar la defensa del poblado, y nosotros formaríamos parte de ella, nos gustara o no. Era un contratiempo inesperado, pero reconozco que, en el fondo de mi ser, algo me decía que yo había nacido para aquellos momentos, no para tener la cómoda y regalada vida de un romano decadente, que era lo que anhelaba cuando por las noches recordaba a Aspasia y a *Lucus*. Yo era un guerrero; durante toda mi vida había sido un guerrero, daba igual donde me encontrara, así fuera esclavo o libre, criador de caballos o matón, por mis venas corría la sangre de un pueblo de guerreros que había luchado durante generaciones por cada palmo de tierra sobre el que asentar sus cansados pies. Nadie les había regalado nada a los míos desde que tuvieran que abandonar el mar de hierba. Recordé vagamente una triste melodía que solía entonar uno de los ancianos alanos que conocí entre los vándalos de *Gallaecia*. Hasta ese entonces era un recuerdo que había permanecido enterrado, pero en ese momento cerré los ojos, con las manos apoyadas en el muro de *Coviacum*, y reviví la escena en mi mente con claridad: cómo aquel anciano de cabello blanco, vestido con un manto oscuro, cantaba a la luz de la luna mientras con sus manos expertas daba forma a lo que sería un mortal arco de batalla. Era una canción triste, cantada por una triste voz, y más triste aún era su contenido, donde las andanzas de mi pueblo se escribían con las lágrimas y la sangre de sus hijos. En el fondo yo no era tan distinto de Segismund, ni tan siquiera de Liuva; yo también era un lobo entre ovejas. Pero al menos me quedaba honor suficiente para cumplir mi palabra cuando decidía darla.

CAPÍTULO XXIV

El anochecer nos sorprendió todavía en la muralla. Si el godo decía la verdad –dos palabras que según mi experiencia no siempre encajan en la misma frase– hasta después del amanecer del día siguiente no debíamos esperar ningún intento de ataque por su parte, pero yo había aprendido a no dar nada por supuesto. Por tanto, aunque el frío de la meseta azotaba de forma despiadada los recios muros, ni siquiera encendimos teas en lo alto de la muralla por miedo a facilitar su labor a los arqueros enemigos. No es que tuvieran una gran reputación, pero no estaba de más ser precavidos.

Cuando las mujeres del castro recorrieron la muralla repartiendo algo de caldo caliente a los hombres, nos sentamos con la espalda pegada al muro para resguardarnos en lo posible del viento helado y comimos en silencio aquel sencillo guiso, del que lo mejor que podía decirse era que estaba caliente. Lucio, que inspeccionaba las defensas seguido de algunos de sus hombres, se paró un rato con nosotros para, de paso, comer algo. Uno de los hombres que estaba cerca le ofreció su propio cuenco de caldo, en el que flotaban unos tristes gajos de cebolla, y se fue en busca de otro para él mismo.

–Quiero repetiros que estoy en deuda con vosotros por haber salvado a mi hermana en *Asturica* –dijo, aferrando el cuenco entre sus manos para tratar de calentarlas.

–Ya te hemos dicho que fue el azar –le respondió Marco, tratando de no quemarse los dedos con la ardiente loza–. Si no hubiéramos sido también huéspedes del obispo Toribio, no hubiésemos podido hacer nada.

–No importa. Luchasteis por ella, y eso es lo que os quiero agradecer.

Transcurrió un buen rato sin que ninguno dijera nada, hasta que Lucio volvió a tomar la palabra.

–Algunos hombres dicen que vosotros sois los culpables de que los godos hayan venido hasta *Coviacum*.

Noté cómo los chicos se ponían tensos al escucharlo.

–¿Y tú qué crees? –le pregunté, tratando de que no se notara que yo también me había puesto en guardia.

–Yo creo lo que mi hermana me dice: que está aquí gracias a vosotros, y que matasteis a los godos que se interpusieron en vuestra huida. Si ha caído *Asturica* no hay esperanza. No os culpo...

–Podéis estar seguros de que lucharemos con vosotros hasta el final. Para nosotros tampoco hay más esperanza que resistir.

–No espero menos de vosotros. Además, necesito que seáis un ejemplo para los hombres que compartan vuestro tramo de muralla. Si mi hermana está en lo cierto, sois guerreros temibles, y no estamos precisamente sobrados de tipos como vosotros.

–Cuenta con nosotros, amigo. También tenemos alguna que otra cuenta pendiente con esos de ahí afuera –dije yo, recordando de nuevo la melancólica melodía del anciano alano.

Arcadio, que había permanecido callado al lado de su señor, intervino en la conversación.

–Esos cabrones masacraron a los tuyos, ¿verdad? Pero tú eres demasiado joven para haber estado allí.

Lo miré con una sonrisa amarga.

–Gracias por el cumplido, Arcadio. Estás en lo cierto: ocurrió cuando contaba tan solo con cinco años. Yo fui puesto a salvo, pero mis padres murieron allí.

–Siento tu pérdida, alano. Mataré a unos cuantos godos en tu nombre y el de los tuyos, pero por si te sirve de consuelo no eres el único que tiene cuentas que saldar. Yo también disfrutaré enviando a cuantos cabrones pueda al infierno.

Recordé que Lucio nos había contado que Arcadio había servido con Censorius; por lo que yo sabía, este había sido capturado por Rechila y había sido prisionero de los suevos hasta su muerte a manos de Agriwulf. Era algo que no llegaba a entender, así que decidí indagar un poco, y averiguar de paso las razones del romano para querer vengarse de los godos.

–¿Y tú qué tienes contra ellos? Todos los enviados romanos, como Censorius, se sirven de auxiliares godos para sus ejércitos –según las palabras salían de mis labios me arrepentí de haberlas pronunciado, al recordar al *Comes Hispaniarum* Castinus, que fue traicionado por sus auxiliares godos cuando estaba a punto de eliminar al pueblo vándalo en la *Baetica*. En ese

entonces yo contaba con diez años, y mientras los hombres formaban frente al ejército romano como habían hecho los míos frente a Walia hacía solo cuatro años atrás, dispuestos a resistir hasta el último hombre, yo aguardaba espada en mano en la tienda de Anderico a que los romanos vencieran la resistencia de sus hombres y pasaran a cuchillo a ancianos, mujeres y niños. Quizás se habrían reído de aquel mocoso, pero yo ya sabía manejar aquel *gladius* que entre mis manos se asemejaba a una espada. Supongo que no me habría servido para proteger a Iselda y a los demás, pero al menos habría podido llevar con ella a algún confiado romano hasta la tumba. Pero la traición de los auxiliares godos me había evitado tener que comprobarlo.

–Esos bastardos nos traicionaron en *Myrtilis*.

–¿Os vendieron a los suevos? Porque, hasta donde sé, fue Rechila quien capturó a Censorius.

–Sí, fue el cabrón de Rechila el que entró en la ciudad, pero fueron nuestros auxiliares godos los que le abrieron las puertas esa noche –dijo, escupiendo más allá de la muralla.

Vaya vueltas que daba la vida. Estaba claro que no te podías fiar de nadie, y menos de la palabra de los godos. De los suevos al menos sabías que siempre te la iban a jugar –a mí al menos no me engañaban–, pero el caso de los godos era harina de otro costal.

Intrigado, proseguí con mi interrogatorio.

–¿Y tú cómo escapaste, Arcadio?

El tipo se apoyó en el muro y continuó hablando con voz cada vez más ronca.

–Lo hice durante la reyerta que sobrevino a la caída de las puertas de la ciudad. Éramos tan solo dos centenares, el resto eran auxiliares godos que se habían unido a nosotros a nuestro paso por la *Galia*. La mitad de los nuestros fueron asesinados sin ni siquiera poder defenderse. Sus propios compañeros de guardia acabaron con ellos sobre las murallas en el momento en que tomaron la decisión de abrir las puertas al enemigo. Yo salvé la vida porque había ido a mear a la letrina instantes antes –lo miré, divertido por el pudor del veterano–. ¡Nunca me gustó orinar por encima de la muralla cuando puede haber un arquero cabrón al otro lado! –escupió como para darle más énfasis a sus palabras–. No logré regresar a las murallas. De repente todo fueron gritos,

confusión y sangre. Ni siquiera encontré compañeros con los que luchar; intenté acercarme hasta la pequeña columna que se había formado a toda prisa frente a la puerta de la casa que había tomado Censorius como cuartel general, pero era imposible llegar hasta ellos. Logré escapar por una vieja cloaca que se encontraba cerca de las antiguas termas. –Me miró muy fijamente y continuó–: No lo digas, no fue honroso, lo sé. Pero al menos me sirvió para salvar la vida.

–No seré yo quien te juzgue, amigo. ¿Y cómo llegaste hasta aquí? –pregunté mirando hacia Lucio.

–Ni podía ni quería regresar a mi tierra, a *Armorica*, después de lo sucedido. Aunque no permito que nadie diga que fui un cobarde, yo sí lo pienso; no merecía regresar a mi tierra con ese deshonor –tomó aire pesadamente antes de continuar–. Así que deambulé por *Hispania* hasta que encontré al padre de Lucio y de Lucila en los alrededores de *Asturica*. Fue la única persona que logró devolver la tranquilidad a mi apesadumbrada alma. Me contó su propósito, y sin siquiera proponérmelo, no habían pasado dos lunas cuando ya me encontraba picando piedras y dando argamasa para remodelar estas murallas –dijo mientras golpeaba la roca debajo de él–. Supongo que me lo autoimpuse como una penitencia, pero lo cierto es que aquí encontré, si no la paz, al menos sí la tranquilidad de una nueva vida.

–Pues estás en lo cierto; ahora tienes una buena oportunidad para redimirte, amigo... Si me buscas en el adarve, será un honor luchar junto a ti –le dije convencido de ello.

Ayer luchaba con los godos contra los suevos; ese día lucharía con romanos a mi lado contra los godos que habían sido nuestros compañeros. Vivimos en un mundo de locos, de hombres sin honor y de promesas vacías.

Continuamos comiendo en silencio mientras yo observaba con disimulo la estampa que ofrecía el veterano romano. Siendo armoricano, probablemente debió de haber conocido a algunos alanos, por lo que contaban Ibbas y Salla sobre la parte de mi pueblo que habitaba en la *Galia*. Era mayor, tal vez incluso más que yo, pero parecía todo un combatiente. El trabajo en el campo lo había mantenido en forma; hasta yo mismo sabía lo que aquello significaba de mis tiempos con Balbo y con Quinto. Recorrí su sencillo equipo, que no destacaba por nada salvo por la larga espada que colgaba de su cinto. En su

vaina de piel de carnero se trenzaban unas recias tiras de cuero negro afianzadas con algunas placas de reluciente metal. Si mis ojos no me engañaban, parecía ser plata de verdad. Era una vaina de una factura preciosa; dudaba mucho que ese trabajo proviniera de la propia *Hispania*. Es más, estaba casi seguro de que debía de provenir de los arsenales de las legiones. Igual de magnífico parecía el pomo de su espada; pero lo que más me llamó la atención fueron los adornos que recorrían ambos lados de la vaina: una preciosa filigrana con una corona y una espada que atravesaba la misma, y bajo aquella, con claros signos de no formar parte de la estructura original del dibujo, otro diseño mucho más basto que el anterior, y realizado con otro material, que parecía representar los cuernos de un toro. Podía ser casualidad, pero después de conocer por boca de Issa las historias de su abuelo, podíamos habernos encontrado con otro adorador de Mitra. Decidí no preguntarle nada al respecto, porque el suyo siempre había sido un rito secreto, y más desde su prohibición. Aunque en aquellos tiempos, cuando tantos peligros acechaban, al menos en *Hispania* eso era lo menos importante.

Acabamos el hirviente caldo y Lucio se levantó para seguir su ronda por la muralla.

–Manteneos en esta posición, aguardaremos en la muralla lo que nos depare el amanecer. Hay cestas con piedras junto a los muros –señaló hacia los pesados cestos que habíamos visto subir a los sudorosos pobladores de *Coviacum*–. Supongo que sabéis cómo usarlas –dijo, sonriendo–. En unas horas tendremos unas buenas horcas para tumbar las escalas. Urso asegura que estarán listas antes del amanecer, y entonces las distribuiremos por la muralla.

Todo parecía bajo control, o al menos todo aquello que era posible controlar. No podíamos saber cuál sería el siguiente paso de los godos, tan solo barajábamos simples conjeturas con las que pasar las horas muertas sobre la muralla en lugar de calentarnos junto a un buen hogar.

–Lucio –llamó Marco al hispano antes de que prosiguiera su camino–. ¿Hay reservas suficientes de comida para resistir un asedio?

–No creo que debas preocuparte por eso ahora, con la que se nos viene encima; aunque tampoco está de más ser previsor. Dudo que esos de ahí afuera estén dispuestos a perder más que unos pocos días por un lugar como este, pensando que otros compañeros suyos campan a sus anchas por fértiles tierras

y ricas villas mientras ellos se pudren frente a esta roca. Pronto levantarán el sitio en busca de una presa más fácil. Si no fuera así... tenemos reservas de alimentos para al menos una semana, y luego habrá que empezar a racionarlos. Por el agua no tendremos que preocuparnos –se dio la vuelta y se despidió sin mirar hacia atrás–. Descansad lo que podáis, mañana espero mucho de vosotros.

A mi juicio, Lucio tenía toda la razón. Si yo estuviera en el bando godo y tan solo buscara botín, haría lo que había dicho el hispano: levantaría el campamento y partiría en busca de un buen lugar que me reportara riquezas, o al menos comida, sin demasiado esfuerzo, y dejaría atrás aquella fortaleza perdida en medio de la nada. Pero ni yo estaba al otro lado de la muralla, ni era capaz de cavilar como uno de aquellos godos. Por mi cabeza solo pasaba la angustia de pensar que si, contra toda lógica, el cerco persistía, en algún momento habría que comenzar a racionar los víveres... y si la idea de abundancia de aquella gente era aquel triste caldo de cebolla, no me parecía una perspectiva muy halagüeña.

Pasamos esas primeras horas de la noche hablando con los hombres con los que compartiríamos la responsabilidad de defender aquel tramo de muralla. No eran profesionales de la guerra, muchos ni siquiera habían tomado partido nunca en ninguna lucha, salvo en las organizadas por Arcadio durante sus instrucciones. Al menos no estaban tan verdes como muchos otros a los que había conocido. El viejo Arcadio les había inculcado pocos, pero útiles fundamentos, por lo que, si bien no darían a los godos una lección de pericia y arrojo, al menos resultarían compañeros fiables que no huirían despavoridos al primer alarido del enemigo. Eso al menos mientras aguantara la muralla y estuviéramos en ventaja: si la puerta cedía y los godos entraban en tromba por sus destrozados maderos, no apostaría porque un muro de escudos formado por aquellos hispanos y salpicado por apenas unos pocos guerreros de verdad, aguantara más que unos breves instantes.

Hablamos como viejos camaradas que saben que tal vez no verán la luz del día. Es extraño cómo en esos momentos se derrumban las barreras que separan a los hombres. No importa de dónde vienes, ni quién eres: lo único importante es que tu compañero depende de tu espada y tú a su vez de la suya, y ambos lo saben. Entre conocidos se olvidan viejas rencillas, y se vence con

facilidad la inicial reticencia hacia quienes no conoces. Hoy, tantos años después, no recuerdo sus nombres, pero esa noche eran mis camaradas, las personas más importantes en mi vida. Ni tan siquiera un recuerdo para los que se habían ido ya, tan solo para aquellos que quizás nos acompañarían pronto al más allá.

Después de un buen rato, me abstraí de la conversación y me acurruqué en mi capote junto al frío muro, mientras pensaba en lo que nos habíamos encontrado en aquel lugar. Lucio me caía bien. Me pareció un buen líder desde el primer momento en que lo vi, aunque eso podía deberse a que en aquel momento hubiera saludado como un amigo a cualquiera que esgrimiera una buena espada contra mis enemigos. Era de los pocos hispanos que había conocido que era consciente de su situación y la de los suyos. Si quería seguir siendo libre y no ser presa fácil para todos aquellos que pasaran por sus tierras con ansias de oro, plata y mujeres, tenía que defenderse, aunque le costara la vida. Y para ello no había escatimado esfuerzos. Probablemente el visionario fuera más bien su difunto padre, el que le había inculcado esos valores, pero él los había hecho suyos con prontitud. En un momento en que no podías recurrir a lo que siempre se había hecho en la provincia, donde no podías esperar que ni Roma ni los gobernadores locales lucharan tus batallas, tan solo tú mismo podías librarlas, o en caso contrario agachar la cerviz. Lucio podía haber elegido interpretar el papel de potentado, con un buen grupo de siervos a su cargo, y unas cuantas hectáreas de viñedos, olivos o lo que fuera, y limitarse a quejarse sin parar, dejando las preocupaciones bélicas para los demás y tratando de nadar entre dos aguas mientras le sonriera la suerte. Pero no, él sabía que la única manera de mantener lo que tenía era defendiéndolo, y esa fue la primera vez que vi que era posible creer en aquella *Hispania* dejada de la mano de los dioses, que aparecía como un juguete roto entre los dedos de los hombres, pero de cuya semilla aún podían brotar hombres de valía.

Al final me quedé dormido profundamente. Me desperté varias horas después con los huesos doloridos por el frío y los músculos entumecidos por la dureza del muro en el que me había apoyado para dormir. No sabía qué hora era, pero aún era noche cerrada. Había dormido poco, pero me sentía como si hubiera descansado la noche entera. Miré a mis compañeros y

comprobé que todos dormían aferrando fuertemente sus capotes. El frío en aquella meseta no tenía nada que ver con lo que yo había vivido en la *Baetica*, donde el sol siempre había sido benigno con sus habitantes. Pensé que ni siquiera en *Lucus* había sentido un frío tan cortante. Quizás en el norte lloviera con más asiduidad, pero esa sensación gélida que parecía traspasar sin dificultad los gruesos capotes era nueva para mí. Me froté los brazos y sacudí las piernas tratando de entrar en calor.

Sin ganas de volverme a acurrucar, recordé que todavía me faltaba algo para estar preparado para recibir las nuevas godas al amanecer: las cotas de malla. Me levanté sin hacer ruido, salvo el que hacían mis viejas articulaciones, y seguí el camino de ronda hasta alcanzar una de las escaleras que me permitiera descender hasta el poblado. No me crucé con nadie en el camino: todos debían de estar descansando hasta el amanecer, cuando se decidiría el futuro del castro, como ellos mismos llamaban a la fortificación. Solo en la muralla algunos hombres permanecían vigilantes para permitir que el resto descansara al menos por esa noche.

Pese a ello, había otra persona que no descansaba, y ese era Belas, el herrero. Cuando llegué a su taller, nuestras cotas ya se encontraban estiradas sobre uno de los enormes bancos de madera de la entrada. Antes de entrar y hablar con el tipo examiné el trabajo que había hecho. No se podía pedir más con el poco tiempo que le habíamos dado. Al menos aquellas anillas que se habían perdido en los combates habían sido sustituidas por otras tantas: en mi nueva cota, la que fuera de Segga, se entremezclaban algunas de un color más apagado, que debían de pertenecer a mi antigua malla, y que Belas habría obtenido de los recortes necesarios para que la prenda le ajustara bien a su nuevo dueño, Galieno. En el suelo se podían ver algunos restos de metal sobrante.

Satisfecho con el trabajo, entré a la cabaña y me acerqué hasta el tipo, que se encontraba frente al fuego derramando hierro al rojo sobre el molde con el que se preparaban las puntas de flecha. Esta vez el herrero no estaba solo: lo acompañaban varios hombres que formaban una bien organizada cadena de montaje. Un muchacho de unos quince años pegaba con cola un par de plumas en cada astil que un anciano le daba una vez que terminaba de dar forma a la fina y flexible madera. Aquel debía de ser Urso, el mismo carpintero que

trabajaba en la fabricación de las horcas, porque tras él veía multitud de estas apoyadas contra la pared. Sentado en el suelo, otro anciano ajustaba las puntas de flecha que instantes antes Belas había enfriado en la cubeta. El resultado eran las numerosas aljabas repletas de flechas que se apilaban junto a las horcas.

–Buen trabajo, Belas –le dije al herrero mientras sacaba las monedas con las que pagarle–. Aquí está lo acordado.

–Ponlo sobre el banco –contestó sin dejar de volcar el ígneo metal sobre el molde–. ¿Qué vas a hacer con lo que ha sobrado? ¿Puedo aprovecharlo?

–Tengo una idea mejor: te lo cambio por un par de las aljabas de las que tienes ahí. Con la cantidad de anillas que han sobrado, calculo que podrás sacar tres buenos haces de flechas –pensaba que Issa las agradecería, porque pese a las esperanzas de Lucio, daba por seguro que tendríamos que usarlas al día siguiente.

–Y yo que pensaba que iba a hacer negocio contigo –exclamó el tipo meneando la cabeza–, y al final voy a salir perdiendo. –A pesar de las protestas, hizo una seña al chaval, que se acercó corriendo hasta el lugar y recogió dos de las aljabas para acercármelas.

–Te aseguro que si mañana el amanecer trae consigo lo que prevemos, te alegrarás de que estas flechas estén en tan buenas manos –me giré hacia el anciano que seguía ocupado trabajando los astiles–. ¿Tú eres Urso, el carpintero? Parecen buenas horcas.

–Espero que los que ocupen las murallas estén a su altura, porque no las habrás visto mejores.

–Descuida, si ellas no hacen su trabajo, siempre nos quedará esto –dije agarrando el pomo de mi espada.

Me puse las aljabas en bandolera y salí dispuesto a cargar las cotas como buenamente pudiera. Al final, con los hombros sobrecargados por el peso, llegué hasta la escalera de la muralla por la que subí con lentitud, quejándome mentalmente por la cantidad de metal que llevaba mi nueva cota. La que usaría Galieno era una buena armadura, tal vez un poco fina, pero siempre mucho mejor que el peto de cuero que el muchacho había utilizado hasta entonces. En cambio, la cota de Segga era una auténtica armadura, de esas que tan solo estaban al alcance de unos pocos caudillos. Pesaba como pocas, pero

esperaba que me ofreciera una protección acorde con la carga que supondría, porque intuía que me iba a hacer falta. Apuré el último escalón y caminé hacia donde me aguardaban los míos. Los pocos centinelas que me vieron pasar me saludaron con leves cabeceos. Como esperaba, los muchachos aún dormían, pero, no sabía porqué, presentía que era necesario vestir la cota lo antes posible. Cuando llegué al lado de Galieno, lo zarandeé con cuidado hasta que el joven abrió los ojos por encima del reborde que formaba su capa.

–Arriba, chico, te traigo un regalo –le dije sonriente mientras yo mismo trataba de abrigarme con el manto.

–Attax, por favor, ahora no. Apenas había logrado dormirme en este piso congelado del demonio...

–¡Razón de más para que te levantes de ahí! Si te traigo algo de abrigo, hombre –dije haciendo tintinear mi cargamento. No era verdad, desde luego: con la cota no solo no se abrigaría sino que además tendría el frío metal encima de su cuerpo, congelándose más a cada minuto que pasara, pero ese era el precio que había que pagar por la protección. En verano te asfixias bajo tu malla, en invierno te congelas dentro de ella, pero lo bueno es que al menos te mantiene vivo para sufrir nuevos veranos e inviernos.

Dejé las dos rebosantes aljabas a los pies de Issa, que se removi6 en sueños. Galieno se incorpor6 poco a poco a regañadientes, y me sigui6 un poco más allá de donde se encontraban el resto de los nuestros. El hispano nunca había cargado con una cota como aquella, y ese día sería la primera vez que la vistiera, con todas sus ventajas pero también con todos los inconvenientes que esta planteaba para el guerrero. Cierto es que te protege mucho mejor que el simple cuero, pero también te hace más pesado y predecible en tus movimientos. Así que no estaba de más que se acostumbrara a la sensación antes de poner a prueba su nueva malla. Lo ayudé a colocársela con cuidado, indicándole los lugares donde el menor grosor de las anillas lo haría más vulnerable. Una vez hube abrochado todas las hebillas de cuero que formaban los cierres de la armadura, le indiqué que realizara una serie de posturas para comprobar si había tiranteces, pero el trabajo del herrero había sido incluso mejor de lo que esperaba en tan poco tiempo. Le quedaba realmente bien, y con ella puesta parecía el gran guerrero que yo sabía que tenía frente a mí.

Después le tocó el turno a él de ayudarme a mí, y según me quité mi gruesa capa me arrepentí de mi previsión de vestir la cota a esas horas de la noche en vez de esperar hasta que los rayos del sol calentaran el nuevo día. Como ya sabía, la cota de Segga era bastante más pesada que la mía, pero no entorpecía tanto mis movimientos como había supuesto, porque quedaba perfectamente equilibrada sobre mi cuerpo. Repetí los movimientos que le había indicado a Galieno, mientras él volvía a ejecutarlos, y como dos patosos y pesados danzarines desfilamos por el vacío adarve. Estuve tentado de desenfundar la espada y probar con el joven unos cuantos lances, pero habríamos despertado tanto a los nuestros como a los que trataban de descansar, y además los habríamos alarmado inútilmente. Así que nos limitamos a abrochar de nuevo las capas sobre las relucientes cotas y nos preparamos para regresar a nuestro frío e incómodo muro.

Antes de tenderme de nuevo paseé la mirada por el horizonte. De repente, un leve destello me llamó la atención. Entrecerré los ojos, tratando de localizarlo de nuevo, pero fui incapaz; antes de descartarlo como fruto de mi imaginación, agarré a Galieno, que ya se había dado la vuelta para buscar acomodo, y lo atraje hacia el muro.

—Me parece haber visto algo; echa tú también un vistazo, que mis ojos ya no son los que eran.

Galieno me miró con condescendencia pero se puso a mi lado sin más protestas, tratando de otear lo que sucedía en la oscura noche. Permanecimos allí un rato, pero no pudimos ver nada en la oscuridad que se extendía frente a nosotros. Más allá de la muralla tan solo se adivinaban algunas hogueras en lo que parecía el campamento levantado por los godos, y el resto, hasta donde alcanzaban nuestros ojos, parecía estar desierto en aquella silenciosa llanura. A lo lejos se adivinaban las aún más oscuras figuras de los bosques y las pequeñas elevaciones que, como la propia *Coviacum*, conformaban el paisaje circundante. Suponía que faltaría alrededor de una hora para que el sol anunciara el inicio del nuevo día, y sería en ese entonces cuando podríamos ver con claridad lo que se desplegaba frente a nosotros. Eché de menos a Issa, porque la agudeza del britano superaba con creces no solo mi cansada vista, sino también la de Galieno.

Cuando, ya convencido de que no había sido nada, iba a palmear al hispano en el hombro para indicarle que regresáramos, volví a ver un tenue resplandor a escasos pasos de donde me había parecido intuirlo la ocasión anterior, pero esa vez no frente a nuestra sección de la muralla, sino algo más hacia el este. El hispano también debió de verlo, porque enseguida se asomó sobre el muro para intentar averiguar de donde provenía aquella luz.

—¿Es una antorcha lo que se agita hacia el este? —me preguntó sobresaltado.

Asentí en silencio, preocupado por lo que representaría aquella señal. Continuamos escrutando la negrura de la noche hasta que al final unas oscuras formas se fueron destacando frente a nosotros. Al fin nos habíamos acostumbrado a la oscuridad —también ayudaba saber la zona en la que debíamos concentrar nuestras miradas—, y logramos vislumbrar, a menos de dos estadios de distancia de nuestra posición, una imagen estremecedora. Multitud de hombres corrían en silencio hacia las murallas, cargados con grandes escalas de madera. Apenas hacían ruido, por lo que suponía que debían de llevar las botas forradas con trapos, al igual que las vainas de sus espadas, para evitar el ruido que deberían hacer al chocar contra sus mallas. Ya no había duda: mi intuición no me había engañado. Las palabras de Segismund tan solo habían sido una distracción, es más, una mentira para tomar confiados a los defensores, y casi lo había logrado. Pero al menos no subirían por las murallas sin oposición. En ese momento pasó algo por mi cabeza que me hizo sentir un escalofrío. Al menos en nuestra muralla, porque... ¿qué pasaría en el resto? ¿Ya habría comenzado el ataque? Comencé a gritar cuan fuerte pude:

—¡A las murallas! ¡A las murallas!

Empujé a Galieno para que partiera en busca de Lucio y le avisara de lo sucedido, aunque algo me decía que tal vez sería demasiado tarde.

—Encuentra a Lucio y a Arcadio, ¡vamos!

Regresé corriendo hacia donde los nuestros, alarmados por mis gritos, comenzaban a levantarse, y los pocos centinelas encargados de la guardia se incorporaban sobre los muros tratando de localizar el motivo de mi alarma.

—Vamos, ¡los godos nos atacan!

Pateé sin miramientos a todo aquel que me encontraba tumbado en mi camino hasta llegar a donde Marco e Issa se levantaban con lentitud. No lo podía creer: habíamos caído engañados como si fuéramos niños, o aún peor, desvalidas ovejas.

Me asomé por el muro y pude ver ya a los guerreros a menos de un estadio del muro corriendo cuán rápido podían. Estaban tan cerca que podía adivinar los dibujos que representaban en los escudos atados sobre sus espaldas pese a la oscuridad reinante. De repente una flecha pasó silbando sobre mi cabeza, y se perdió dentro del poblado. ¡Mierda! también había arqueros; ¿y dónde estaban los nuestros?

—¡Arqueros! —comencé a gritar, sin dejar de preguntarme donde estarían las famosas horcas de Urso.

Cuando las primeras escalas se apoyaron en el muro, al menos ya todos nuestros hombres se encontraban en sus posiciones sobre la muralla y dispuestos para el combate. Issa corría sobre el firme, tratando de evitar que las flechas se cayeran de las dos aljabas que portaba, buscando un lugar adecuado desde el que dar buena cuenta de su contenido.

—¡Marco, aquí! —grité al ver cómo el muchacho terminaba de vestir su cota a toda prisa con la ayuda de uno de los hispanos que lucharían con nosotros.

Sin las horcas era una temeridad tratar de tirar abajo las escalas, y más con los arqueros apostados bajo nosotros, pero aun así había que intentarlo. Dejamos a un lado nuestras armas y escudos y entre los dos nos pusimos manos a la obra. Cada uno agarró uno de los dos largueros de la escala, y empujamos con fuerza, aunque al principio sin éxito. Ya eran varios los guerreros que trataban de subir, y su peso hacía aún más difícil nuestro trabajo. Cuando al fin, gruñendo por el esfuerzo, logramos separar unos pocos dedos los maderos de la muralla, y ya podía ver el rostro decidido del guerrero que se encontraba a escasos pies de nosotros, una flecha enviada desde la oscuridad se estrelló contra el muro a mi diestra, haciendo saltar esquirlas de la piedra hacia todos lados. No pude evitar aflojar la presión que mantenía sobre el madero, por lo que el guerrero pudo inclinarse sobre la escala y lograr que, con un golpe, esta se volviera a afianzar en el muro. Pude escuchar el reniego de Marco a mi lado, cuando su mano recibió un fuerte golpe contra la piedra. El guerrero estaba a apenas dos escalones de nosotros,

y no teníamos a mano ni una simple lanza con la que tratar de impedir que saltara sobre el adarve, tan solo nuestras espadas, que de poco servirían a esa distancia. Asumiendo que no podríamos tirar la escala, al menos por el momento, recogimos de nuevo nuestras armas y nos preparamos para recibirlos.

Aquel frío día, desde antes del amanecer, íbamos a poner a prueba los muros en los que el padre de Lucio había depositado sus esperanzas, y la valía de los hombres que los defendían.

CAPÍTULO XXV

El primer guerrero no llegó a poner siquiera un pie sobre el muro; cuando trataba de superar el último travesaño para saltar sobre nosotros, murió atravesado de parte a parte por mi espada. Con expresión de sorpresa, cayó hacia atrás, tratando de agarrarse inútil y desesperadamente a mi acero, que logré arrancar con gran dificultad de su cuerpo antes de que lo arrastrara tras él. No tuve tiempo para regocijarme, porque el guerrero que venía detrás apartó con presteza a su moribundo compañero y lo hizo caer hacia un lado para ocupar su lugar. Se defendió, tratando de desviar los golpes con los que lo recibimos, y cuando una estocada de Marco al fin encontró su carne y no el metal que lo protegía, un nuevo atacante apareció tras él para empujarlo y lanzarlo sobre nosotros. Nos deshicimos del tipo como pudimos, antes de que su compañero se abalanzara sobre nosotros. Dejé que Marco clavara su espada en la ingle del desgraciado que trataba de levantarse a nuestros pies para vérmelas con el nuevo atacante. Tenía que acabar con él antes de que me viera superado por los adversarios que podía ver ascendiendo por los laterales de mi casco.

Lancé una estocada tras otra hasta que, cuando ya pensaba en cómo demonios sería capaz de tirar a aquella mole, una flecha vino a clavarse entre su casco y su cota de cuero. Miré de refilón hacia el lugar desde el que había surgido la flecha, y vi cómo Issa descargaba una tras otra con su nuevo arco. Celebraba la puntería del britano, pero como siguiera a aquel ritmo, no tardaría en quedarse sin flechas. Tan solo tuve tiempo de dedicarle una señal de asentimiento con la cabeza, y no esperé a que apareciera un nuevo enemigo sobre la escala, sino que yo mismo me lancé sobre el borde de la muralla y me encaramé allí, dispuesto a acabar con todo aquel que tratara de ascender.

Suponía que los arqueros godos habrían terminado ya con su lluvia de proyectiles, por miedo a herir a sus propios compañeros, que debían de ser casi las únicas figuras que pudieran ver sobre el muro. Esa era la teoría, pero cada vez que veía pasar un dardo por encima de la muralla hacia el interior del poblado, me arrepentía de mi temeridad.

El siguiente enemigo se encontraba seis peldaños más abajo, y subía trabajosamente por la escala. Por lo que podía ver encaramado sobre ella, estaba confeccionada a toda prisa, y la madera aún estaba verde. Esperé a que subiera un poco más y descargué una estocada en su casco que debió de dejarlo conmocionado, porque cayó hacia atrás como un peso muerto. Miré un instante sobre mi hombro para ver cómo se desarrollaba la lucha en la muralla, y pude ver que en algunos puntos los godos habían logrado salvar el pétreo escollo, por lo que la lucha comenzaba a ser encarnizada. Por fortuna, nosotros todavía los manteníamos a raya, tan solo debíamos tumbar las escalas; ¿dónde demonios estarían las horcas? Cuando ya maldecía interiormente al carpintero por no haberlas traído, al fin reconocí a uno de los zagales que había visto en la fragua de Belas, y que cargaba con un haz de horcas envuelto en una manta bajo el brazo. Al fin.

—Marco, ¡reparte las horcas y trae dos hasta aquí! —le grité al chico, que trataba de ayudar a otros hispanos a echar abajo otra de las escalas.

Aún tuve que hacer frente a un nuevo atacante antes de que Marco llegara hasta mí. Con su escudo atado a la espalda, lo único que veía del tipo era un enorme casco, que tenía no solo un protector metálico para la nariz, sino también más protecciones que dejaban a la vista tan solo los ojos del guerrero. Me sorprendí pensando que no era la primera vez que veía ese casco en la batalla, y cuando el guerrero descargó una estocada hacia arriba tratando de alcanzar mis piernas, reparé finalmente con quién me las veía. Era Liuva.

Nunca sabré si él ya me había reconocido o al igual que me sucedió a mí se dio cuenta en ese instante. Por lo menos, la cota de Segga debió de llamarle la atención.

—¡Hijo de la gran puta, hoy vas a morir! —me gritaba sin parar, mientras daba mandobles al azar sobre su cabeza, que no me inquietaban pero me impedían encontrar un hueco por donde hincarle la espada. Harto de aquella situación que no conducía a nada, me propuse desestabilizarlo, si no en su posición en la escala, al menos sí anímicamente. Esperaba que cometiera algún error, y porqué no, hacerle pagar todos sus desprecios en su hora postrera. Desenvainé mi más afilada crueldad, me llevé la mano a mi cota de malla y le escupí las palabras como si fueran dardos.

–Tu amigo Segga chilló como un cerdo cuando lo atravesé... Luchó como un crío; no merecía una cota como ésta. ¡Casi me dio lástima cuando le rebané el cuello!

La inmensa rabia que se reflejó en su semblante me hizo pensar que quizás hasta ese momento, cegado a medias por su propio ímpetu y por el casco, que le impedía ver con claridad lo que tenía por encima en aquella comprometida situación, Liuva no había sabido con certeza con quién se las tenía que ver. Al escuchar mi voz, comprendió no solo que el azar –o no– nos había regalado el encuentro que ambos habíamos anhelado, sino que también pudo confirmar que la muerte de Segga se había añadido a nuestras cuentas pendientes. Paró un momento de dar mandobles e inclinó la cabeza hacia arriba para verme bien.

–Alano de mierda, hoy te voy a enviar a hacerle compañía a tus muertos. Pero tardarás en llegar hasta ellos, ¡te lo prometo! –me gritó entre dientes.

A partir de ahí comprobé el contrincante tan duro que era el godo. Pese a su inestable posición, aguantó uno tras otro mis golpes, pero al menos conseguí impedir que continuara ascendiendo. La potencia que le confería su ira era tal que por un momento dudé si había hecho bien en provocarle. Aquello tenía que acabar allí, entre nosotros dos: no quería a ese jodido salvaje suelto por donde luchaban los muchachos.

–Marco, por todos los demonios, ¡dónde están las malditas horcas! –gritaba cada vez que el godo me daba un pequeño respiro.

En una de las estocadas al fin pude alcanzarlo en la mano con la que se sujetaba a la escala. Ni siquiera fue un descuido del godo, solo un momento en el que ambos atacamos a la vez, con la esperanza de acabar con las tablas que parecían dominar nuestro duelo. Con un molinete de su espada, logró abrirse paso entre mi defensa, que en ese instante era un ataque, y descargó una estocada terrible sobre mi greba derecha. De no haberla tenido, creo que me habría atravesado la pierna de parte a parte, pero por fortuna hizo bien su trabajo. Ambos aullamos de dolor a la vez, yo por el tremendo golpe en la pierna, y él, porque había acertado a cercenarle varias falanges de al menos dos de los dedos de su mano izquierda. Como por arte de magia, en ese momento, mientras trataba de recuperar el equilibrio perdido, apareció Marco tras de mí gritando para que le hiciera un hueco. Volteé la cabeza y cuando vi que los que lo acompañaban venían provistos de horcas, me apoyé en mi

pierna sana y salté de nuevo hacia el adarve. Liuva no pudo hacer nada. Herido y aún a varios pasos del borde del muro, tan solo pudo ver cómo los hispanos utilizaban sus horcas para retirar la escala, que al poco tiempo se precipitó hacia atrás con todos los guerreros que se encontraban sobre ella.

–¡Piedras, piedras! –grité desde el suelo, esperando que alguno de los hispanos trajera uno de los olvidados cestos a nuestra muralla.

Me hice a un lado y confié en que remataran el trabajo. Bastante tenía ya con el dolor que me atenazaba la pierna. ¿Por qué siempre tenía que ser en la misma? pensé amargamente. Me apoyé en una de las escaleras de piedra y me quité la greba para comprobar el alcance de la estocada. Por fortuna, o más bien gracias a la propia protección, tan solo me había llevado el golpe, pero fue tal la fuerza que imprimió Liuva al mandoble que ya tenía una considerable hinchazón en la pantorrilla. Por suerte no había perdido pie y había caído hacia el vacío, como esperaba Liuva, así ardiera en el infierno con una afilada roca incrustada entre sus ojos.

Aguantando el dolor, volví a apretarme las correas de mi protección, y comprobé que al menos el golpe no me impedía caminar. Aproveché el instante de tranquilidad para hacerme una idea de cómo transcurría el combate en otras zonas contiguas de la muralla. No en todos los lugares la fortuna sonreía a los defensores como había ocurrido en nuestro tramo, donde no se veía ya ninguna escala apoyada en la muralla, y grupos de hispanos aguardaban a cualquier nuevo intento godo para volver a tumbarlas. En cambio, hacia el sur y hacia el norte, parecía que las cosas no iban tan bien. Cuando trataba de decidirme hacia dónde dirigirme para apoyar a los defensores, Marco pasó corriendo hacia el sur, hacia donde Lucio y los suyos luchaban en clara desventaja contra un buen número de godos que eran arrojados uno tras otro por las escalas como criaturas salidas del infierno. Al menos una docena de hispanos lo seguían en su carrera y los vi adentrarse en aquella locura en que se convirtieron las murallas de *Coviacum* antes de que el sol apareciese por el horizonte. Eso dejaba la muralla norte para mí.

Busqué a Issa y al fin lo localicé, lanzando una flecha tras otra con mortal eficacia contra los godos que no paraban de tomar pie en la muralla norte, y chillé su nombre para llamar su atención. Disparó una última flecha y se acercó corriendo hasta mí.

–La cosa se está poniendo fea, chico. ¡Mantente aquí y cúbreme!

Salí corriendo, o más bien renqueando, y fui arrancando de sus puestos a algunos de los hispanos que miraban hacia los pies de la muralla, donde los godos trataban de elevar nuevamente las escalas. Con las horcas teníamos todas las de ganar, no haría falta tal cantidad de hombres, por lo que nos podíamos permitir menguar allí las defensas a favor de otros lugares.

Cuando llegamos a lo más crudo del combate, un pequeño grupo de hombres de Linto trataban de contener a los godos, que poco a poco iban ganando terreno mientras sus compañeros no dejaban de asomar sobre las escalas para apoyarlos en su ataque. No sabía cómo se las arreglarían en el sur, pero allí estábamos a punto de asistir a cómo *Coviacum* caía como la misma *Asturica*.

Aparté a empujones a algunos de los guerreros y ocupé el centro de nuestra formación en el momento en que un godo sin casco, coronado por una gran mata de pelo rubio, se abalanzaba sobre nuestro frente. Adelantamos nuestros escudos y paramos al tipo en seco, mientras uno de los hispanos de la segunda fila –desconozco cómo pudo hacerlo sin herirnos– le rebanaba una pierna por entre las nuestras. Uno menos, pensé mientras hundía mi espada en su pecho al pasar sobre él. Apuré a los que me acompañaban y dimos un paso al frente, porque de nada nos servía mantener la posición. Apenas podíamos recibir refuerzos y a cada instante que dejábamos que se reuniera un mayor número de atacantes, estábamos cavando más profundamente nuestra propia tumba. No podríamos echar a más godos de los que se encontraban sobre la muralla, por lo que tan solo nos quedaba una opción: tratar de barrer a los que se encontraban frente a nosotros y tirar abajo las escalas, como ya habíamos hecho en nuestra sección de la muralla.

Chocamos contra los godos en una formación con una línea de cuatro en frente por cinco en fondo. No éramos muchos, pero me reconfortaba ver que más de la mitad eran hombres de Lucio, y más allá de donde nos encontrábamos, otro grupo de guerreros hispanos trataba de mantener a raya al resto de atacantes e impedir que se lanzaran escaleras abajo hacia el interior del poblado. Nosotros teníamos que ser el martillo y ellos el yunque, no había más remedio si no queríamos acabar el día siendo pasto de los gusanos.

Empujamos como pudimos, pero también los godos respondieron con decisión. Más corpulentos que la mayoría de los defensores, apenas nos permitían avanzar pese a nuestros denodados esfuerzos. La segunda fila trataba inútilmente de alcanzar las piernas de nuestros oponentes, pero estos ya estaban preparados para repelerlos. Nos enfrentábamos a los vencedores de Atila, no debía olvidarlo y esperar ingenuamente que cometieran un error infantil.

Recibí un golpe en mi casco que me dejó aturdido un instante, pero enseguida el guerrero que tenía detrás me zarandeó y recuperé mi posición. Desesperado, me lancé hacia delante y al fin pude golpear al guerrero que tenía frente a mí con el canto de mi escudo en la cara. Tan solo podía ver de él una barba castaña mal recortada y unos dientes torcidos; enseguida la sangre manó de su maltrecha boca, cubriéndolos de carmesí. Aproveché su desconcierto y le hiqué mi espada en la garganta. No tuve ni tiempo ni espacio para retirarla, así que la dejé allí mientras sacaba mi puñal, y utilizando mi escudo como arma me empleé con todas mis fuerzas en soltar golpes a diestra y siniestra para que mis compañeros logaran abrir hueco en la formación goda. Los dos hombres que estaban a mi lado cayeron antes de conseguirlo, pero aprovechando el ímpetu del ataque del que se encontraba más cerca del borde exterior de la muralla logré hundir mi cuchillo en el muslo de uno de los godos. Enseguida escuché su alarido, y le golpeé en la cara con el pomo de mi largo puñal. Levanté en peso a mi aturdido rival, asiéndolo por las piernas, y lo tiré muralla abajo. Eso nunca habría podido hacerlo con alguien como Ibbas, y mucho menos si vestía su gigantesca cota, pero por fortuna aquel tipo debía de ser pequeño entre los suyos. Mientras me rehacía, no ya en el frente de la formación sino en el flanco, dos nuevos hispanos me cubrieron, y por primera vez desde que llegáramos pudimos avanzar unos cuantos pasos.

Issa hacía estragos desde su posición en nuestra muralla, y esporádicamente alguno de los guerreros que se encontraba en las últimas filas frente a nosotros caía hacia el poblado con una flecha del britano clavada en su carne. Tal era el daño que nuestros arqueros infligían al abigarrado grupo de atacantes, que por último tuvieron que formar un nuevo muro de escudos para que Issa y los hispanos que se le habían unido no siguieran con la sangría.

Eso hizo que la presión sobre nosotros aflojara, y lo aprovechamos para empujar de nuevo. Al quedarme rezagado en la última línea de los nuestros, me pude hacer con una nueva espada, y regresé hacia el frente, dispuesto a echar el resto en un último esfuerzo. Desde la segunda fila pude descargar una estocada tras otra sobre el enemigo sin tener que preocuparme tanto por mi seguridad como estando en vanguardia, y así fuimos poco a poco ganando terreno mientras detrás de nosotros algunos ancianos y mujeres ocupaban la muralla que habíamos dejado libre para utilizar las horcas y tirar las pocas escalas que aún se apoyaban sobre ella.

Tan solo quedábamos la mitad de los que habíamos empezado, pero habíamos acabado, para mi sorpresa, con un mayor número de godos del que habría podido esperar. Sin embargo, comenzábamos a perder el resuello después del esfuerzo, y la pierna comenzaba a latirme dolorosamente. Y ese instante, cuando solo quedaban seis filas de godos entre nosotros y el otro grupo de guerreros hispanos que hasta entonces se había limitado a mantener su posición, fue el que Linto, el cántabro, escogió para dirigir a sus hombres contra los godos. Finalmente nosotros seríamos el yunque, un yunque molido a golpes.

Con los godos hostigados desde todos los flancos, el ataque de Linto resultó devastador: los hispanos barrieron a los hombres que se encontraban más cerca del exterior de la muralla, y los que minutos antes oponían sus escudos a las mortales flechas de los arqueros, fueron empujados sin piedad hacia el borde del adarve para dar con sus huesos en la dura tierra del interior del poblado. Dudo que hubieran podido levantarse por su propio pie después de una caída como aquella, pero por si acaso, allí se encontraban un buen grupo de mujeres y algunos hombres que golpeaban a los godos con cualquier cosa que tuvieran a mano. Piedras, hoces y hasta simples palos resultaban armas mortales en manos de la turba, y en medio de aquella me pareció reconocer, cubiertas de sangre, a Lucila, Sunna y Vera.

Arranqué una de las horcas de las nudosas manos de uno de los ancianos que nos seguía, y con ella me apoyé sobre la última escala que asomaba sobre la muralla. Con la ayuda de Linto por el otro extremo, la echamos abajo sin problema. Aunque me pareciera mentira, habíamos acabado con la amenaza goda en al menos dos tercios de la muralla.

Ya había amanecido, por lo que al fin pudimos hacernos una idea de la situación, y de a qué precio lo habíamos conseguido. Los cuerpos, tanto de atacantes como de defensores, se amontonaban sobre el adarve, y con esas primeras luces vimos que muchos habían sido los que no habían vivido lo suficiente como para ver el nuevo día. Pero al menos habíamos repelido el ataque.

A mi lado, exhausto y ensangrentado, Linto me miraba como esperando descubrir cuál sería nuestro siguiente paso. Me asomé sobre la muralla para valorar si los godos volverían a intentar escalar nuestros muros, y pude ver cómo algunos se retorcían en el suelo tras el batacazo que se habían llevado al caer. Otros no habían tenido tanta suerte, por así decirlo, y sus cadáveres habían quedado allí donde una mala caída o un proyectil malintencionado lanzado desde la muralla había acabado con ellos. Muchas de las escalas habían quedado inservibles al menos durante ese día, porque algunos escalones habían sido rotos por los golpes de las piedras, y cuando ya comenzaba a descartar un nuevo ataque, grupos de hombres y mujeres llegaron hasta nosotros cargando con grandes calderos rebosantes de un líquido humeante, que lanzaron muralla abajo ante el horror de los pocos godos que allí quedaban. Los arqueros aprovecharon la ocasión para acercarse al muro y lanzar flechas incendiarias con las que quemar todo aquello que pudieran, incluidas las escalas. Aunque la madera, demasiado verde, se resistiera inicialmente a sucumbir ante las lenguas de fuego que brotaban allí donde se clavaban los proyectiles, el aceite, o lo que demonios fuera aquello que los hispanos habían derramado muralla abajo, al fin hizo que prendieran, elevando un denso y oscuro humo hacia el cielo. El peligro había pasado, al menos allí, pero no en la muralla sur, hacia donde nos dirigimos para tratar de ayudar a los nuestros.

Cuando Marco llegó hasta donde estaba Lucio, este luchaba desesperadamente por mantener la posición; decenas de godos se encontraban ya sobre el firme, mientras otros tantos subían a placer por varias escalas que los primeros protegían. Debían de haber llegado al muro antes de que tuviéramos tiempo de darnos cuenta de lo que sucedía, y los hombres de Lucio, tomados por sorpresa, se habían agrupado en la muralla para

contenerlos, tratando inútilmente de ganar terreno. Pero no solo estaban en inferioridad numérica, sino que, como ya sabíamos, los guerreros godos eran bastante más duchos en su arte que los hispanos, por lo que la balanza estaba definitivamente desequilibrada. Al lado de Lucio y de Arcadio podía distinguir cómo Galieno hacía honor a mi antigua cota batiéndose en lo más cruento del combate; la llegada de Marco y los suyos supuso, si no un revés para los godos, sí al menos un alivio para la comprometida situación de los defensores. Pelearon como valientes, y las bajas se acumulaban en uno y otro bando, pero al fin, cumplido nuestro trabajo en la muralla sur, y seguido por Linto y otro buen grupo de guerreros, me dispuse a acudir en su ayuda. Me hubiera gustado llegar con más hombres tras nuestras espaldas, pero tuvimos que ir dejándolos a medida que avanzábamos para evitar que los godos pudieran volver a ascender y nos viéramos sorprendidos por la espalda mientras tratábamos de ayudar a los nuestros.

Trabamos combate con los primeros godos que nos salieron al paso a unos diez pasos de donde Arcadio luchaba valerosamente. Recubierto de hierro desde los pies hasta la cabeza, poco recordaba a aquel hombre que viera por primera vez en la granja de Lucila, juzgándolo como un simple capataz. Aunque menos ágil que algunos de sus adversarios, podía ver desde la distancia cómo el romano suplía sus carencias a base del tipo de argucias que solo llegan a dominarse tras una vida como la suya, con tantos años a la espalda sirviendo en las legiones. Su señor, Lucio, bien podía dar gracias de contar con un guerrero como él a su lado, porque los godos, conscientes de que el resto de la muralla estaba perdida, apuraron sus opciones para tratar de asegurar al menos aquel tramo como cabeza de puente para el resto de sus hombres. Era del todo imposible, porque por lo que había llegado a observar desde que abandonáramos nuestra muralla, al menos la mitad de los guerreros godos esperaban aún en la llanura su oportunidad; pero lo intentaron.

Cuando ya había tenido tiempo de liquidar a algún que otro godo, el propio Segismund saltó de una de las escalas con la espada en ristre y su enorme escudo sobre la espalda. Me deshice de uno de los guerreros que se había plantado frente a mí, pero cuando traté de avanzar aprovechando el hueco que este había dejado, dos nuevos guerreros me cerraron el paso. No podía llegar hasta Segismund, y este, tras hacerse una idea de un rápido

vistazo de la situación de sus hombres, se dirigió con decisión hacia Lucio, reconociendo al hispano como el cabecilla que le había desafiado desde la muralla el día anterior. Fue segando vidas allí por donde pasaba, seguido por varios de sus hombres, vestidos como él mismo con cota de malla y esgrimiendo afiladas espadas y feroces hachas. Debían de ser su guardia personal, porque presentaban un aspecto impresionante, que contrastaba con los hispanos que les hacían frente, oponiendo armas más ligeras y protecciones de cuero en su mayoría.

De un solo tajo, Segismund rebanó la cabeza de un desgraciado hispano que le salió al paso, y casi se me sale el corazón por la boca cuando Galieno se cruzó en su camino. Lancé un grito que sobresaltó al cántabro, que se encontraba en ese momento a mi lado, precipitando a un guerrero enemigo herido desde el muro, y golpeé desesperado al que me cerraba el paso con el escudo para tratar de apartarlo. Sin que ni el godo ni yo mismo nos diéramos cuenta, Linto se situó a mi lado y lanzó un tajo horizontal a la altura de la rodilla de mi oponente, que cayó con la sorpresa dibujada en su rostro. Ni siquiera lo rematé, sino que traté de continuar hacia delante, pero había perdido a Segismund, aunque por fortuna no a Galieno. El hispano, que parecía el verdadero líder de los que se encontraban a su lado, tanto por su arrojo como por la calidad de sus armas, hacía frente a uno de los godos que protegían instantes antes el avance de su líder.

Fuimos recuperando efectivos poco a poco, a medida que la amenaza de nuevos ataques se diluía en el resto de la muralla, y así, al fin, logramos pasar por encima de los godos y echar abajo la primera de las escalas. El resto de los que quedaban sobre el adarve, conscientes del peligro que suponía aquello, rugieron dispuestos a sobreponerse con coraje, y contraatacaron con fuerza. Juntamos los escudos y, apretando los dientes, aguantamos como pudimos las embestidas de aquellas bestias rubias que no hacían otra cosa que insultar en su lengua desde detrás de sus escudos de madera, mientras golpeaban nuestros escudos una y otra vez, como si hubiéramos despertado a una rabiosa jauría de lobos salvajes.

Segismund, ajeno a lo que sucedía a su alrededor, tan solo tenía ojos para Lucio, y no paró hasta dar con el hispano para enzarzarse en un combate desigual. Nada pudo hacer Arcadio, que fue neutralizado por dos de los

hombres que acompañaban al líder godo, ni Marco, que también tuvo que vérselas con otro de sus escoltas, mientras Segismund avanzaba inexorablemente sobre la muralla. El godo gritó al hispano para que lo reconociera, y según Lucio respondió a su desafío, se lanzó a por él con fría determinación. Dudo que supiera que su ataque sobre la muralla estaba a punto de venirse abajo, tan solo quería llevarse por delante al hispano que había ofendido su dignidad, y había olvidado lo que acontecía a su alrededor. Golpeó el escudo de madera de Lucio con su enorme espada, haciendo saltar una lluvia de astillas del maltrecho broquel. Siguieron tanteándose, hasta que, alertado por los gritos de sus guerreros, Segismund pareció despertar al fin de su ensoñación y comprendió que otra de las escalas había caído, quedando ya tan solo una sobre la muralla. El ataque había fracasado. No obstante, obcecado en hacerse al menos con una mínima victoria que satisficiera su orgullo, perseveró en su acoso a Lucio.

Varios golpes encadenados a la velocidad del rayo hicieron que el hispano se defendiera a duras penas, hasta que un certero mandoble alcanzó de lleno en su pierna. Dolorido y debilitado por la hemorragia, Lucio apenas podía luchar por oponer su acero o su escudo a cada embestida del godo, que fue arrinconándolo hasta que, con un reguero de sangre tras él, se acercó peligrosamente al borde del muro. Un empujón más y caería al vacío, como había sucedido con los godos en nuestra muralla; pero ninguno de los dos estaba dispuesto a eso. Segismund lanzó una estocada lateral que el hispano logró desviar, a la vez que se desplazaba rápidamente hacia su derecha, pugnando por abandonar su vulnerable posición. Pero eso era precisamente lo que el godo esperaba, porque casi mecánicamente adelantó su escudo y golpeó con el canto al hispano, que cayó aparatosamente. Ni tan siquiera pudo levantarse, Segismund lo remachó allí mismo de forma que los que estaban a su lado dijeron que pudieron oír cómo el filo de su hoja golpeaba contra las rocas que formaban el irregular suelo.

Nosotros ya estábamos casi al lado de donde ellos luchaban, y ya solo nos separaba de la victoria una última escala. Conscientes de la importancia del ataque, reuní a todos los hombres que encontré, y hasta Galieno pudo sumarse a nuestro grupo, con lo que nos volcamos como fieras sobre los pocos que defendían la última esperanza del ataque godo.

Murieron simplemente por la presión que ejercíamos tal número de hombres contra aquellos cinco guerreros. Recordé en ese instante a Sunierico, el godo que me había salvado en el campamento suevo, que dio su vida ante la muchedumbre que defendía la muralla para que yo pudiera escapar por la única escala que quedaba en pie, y volví a sonreír para mis adentros, consciente de las ironías del destino. Menos de un año antes yo había estado en la misma situación que aquellos a los que nos llevamos por delante. Pronto quedaron reducidos a pulpa sanguinolenta; solo se reconocía que habían sido guerreros por sus cotas y sus armas. Los habitantes del poblado, espoleados por la muerte de su jefe, no tuvieron piedad alguna de los vencidos. Los hombres como Linto, Galieno y yo mismo hicimos el trabajo duro, pero fue la chusma la que acabó con ellos, y no con espadas legendarias, sino con cualquier cosa que encontraron a mano. Un hombre de cabello largo y mirada perdida golpeaba a mis pies una y otra vez a un godo moribundo con su propio casco, hasta que este, rojo y abollado, terminó volando sobre la muralla.

Ya tan solo quedaban sobre la muralla tres guerreros godos: Segismund, cuya espada chorreaba sangre, que miraba desafiante a su alrededor; y dos de sus hombres que, nerviosos, trataban de cubrir la espalda de su líder. La batalla había acabado, y él lo sabía. Tras la muerte de Lucio bajo su espada, no habría piedad para él; ni siquiera estaba en disposición de negociar su perdón a cambio de que los atacantes abandonaran las armas. Aquello solo acabaría con su muerte. Los cercamos entre una decena de hispanos, mientras los tres se volvían lentamente hacia el muro, buscando protegerse las espaldas.

—¡Malditos perros sin amo! Sois escoria —gritaba Segismund mientras nos escupía. No había temor en su mirada, tan solo locura. Sus fríos ojos azules guardaban tal furia que amedrentaron a algunos de los hispanos que se situaban a mi lado.

Permanecimos allí, a escasos cuatro pasos de ellos, sin decidirnos a atacar, durante unos interminables segundos, hasta que Marco tomó el control de la situación.

—¡Arcadio! Vigila las murallas. Que no vuelva a asentarse en ellas ninguna escala, ¡vamos!

El romano, con el semblante demudado por la muerte de su señor, gritó a algunos de los suyos que nos abandonaran y cumplieran las órdenes del joven, mientras un puñado de hombres quedamos atrás para impedir que Segismund y los suyos pudieran escapar. Salvo que se precipitaran por la muralla hacia abajo, lo cual dudaba que hicieran, no había escapatoria. Además, aunque fuera a muy poca distancia como para coger fuerza, al menos tres arqueros se encontraban entre nosotros con los arcos flechados y apuntando a aquellos puntos donde los godos no contaban con recias protecciones.

Segismund vio mi cota destacando entre los presentes, y debió hacerle creer que se encontraba frente a un señor de la guerra, porque me señaló y dio un temerario paso al frente. Su ego no le permitía dirigirse a aquella chusma pueblerina que le había derrotado, y buscaba alguien que estuviera a su altura para salvar su honor de guerrero.

–¡No moriré a manos de esa escoria! –gritó, señalando hacia los hispanos que ocupaban la muralla–. ¡Segismund merece morir ante sus iguales! –dijo, mirando en derredor mientras con la espada aún en su mano desabrochaba los cierres de su cota. Me miró a los ojos y me dijo con serenidad–. Merezco tener una buena muerte.

Un nervioso murmullo se levantó detrás de mí, donde los hombres, inquietos, esperaban el desenlace del órdago lanzado por el godo. Creo que ninguno de nosotros había podido imaginarse semejante situación, y yo mismo alimenté la incertidumbre de los allí congregados dudando unos instantes en cómo reaccionar. ¿Qué se suponía que debía hacer? ¿Ignorar la petición del godo y acabar con ellos sin arriesgar la vida de nuestros hombres? ¿Debía simplemente acercarme a él y clavar mi espada en su pecho? ¿O esperaba un teatral duelo en el que abandonar esta vida? Esa última opción quedaba descartada. No temía a Segismund, por muy buen guerrero que me hubiera parecido esa mañana sobre la muralla, pero no era tan estúpido como para tentar a la suerte en las circunstancias en las que nos encontrábamos. Quizás habría actuado así de joven, cuando mi espada era la única respuesta que conocía para cualquier desafío que me planteara la vida, pero en ese momento sería una estupidez por mi parte arriesgarme así, cuando milagrosamente habíamos escapado a la amenaza que se cerniera sobre nosotros como los oscuros nubarrones de una tormenta. Marco, Galieno, Issa, y por qué no

también Lucila, Sunna, Vera, y el resto del poblado no podían permitirse perder ni un solo hombre más en el caso de que aquella pesadilla continuara, y tampoco podía arriesgarme a ser herido y no poder continuar ayudando a los míos en la muralla. No era posible, me traía sin cuidado Segismund y su tan cacareada alma de guerrero: aquello era lo que se merecía por esgrimir la mentira en lugar de la espada. Ahora no era el momento de proclamar su honor, cuando él mismo había escupido sobre él.

–Esta chusma, como tú les llamas, es la que te ha derrotado, godo –dije bien alto para que todos los allí presentes lo escucharan. A continuación grité por encima de mi hombro a Issa y a los suyos, sin dejar de mirar a Segismund a los ojos–. Acabad con ellos.

Al oírme, el godo, desesperado, se lanzó hacia adelante desprendiéndose de su escudo en busca de mi espada, y eso fue lo que encontró. En un acto reflejo, ante su brusco avance, lancé una estocada al frente y encontré su pecho descubierto buscando abrazar mi acero. Por irónico que pareciera, el rostro de Segismund parecía reflejar una extraña paz a medida que mi espada se hundía en su carne, hasta que por último se apoyó contra mi hombro con la totalidad de mi acero en sus entrañas.

Sus hombres no tuvieron tanta suerte, y fueron asaeteados sin piedad por Issa y los suyos. Con los negros astiles emplumados sobresaliendo de allí donde sus protecciones no llegaban a cubrirlos, fueron despachados sin ningún miramiento por el resto de hombres que se congregaban a mi alrededor.

El sol ya lucía en el horizonte anunciando el nuevo día. Segismund había conseguido lo que buscaba, morir por la espada, y nosotros también habíamos logrado lo que anhelábamos: la victoria.

CAPÍTULO XXVI

Absolutamente agotados, nos obligamos a despejar las caóticas murallas antes de intentar descansar unas pocas horas; si el enemigo nos lo permitía, claro. Cuando se hizo evidente que la lucha en las almenas había finalizado, y todos los guerreros del castro mirábamos hacia las filas godas, mientras alguna flecha perdida surcaba el cielo para incrustarse bien en los recios escudos de los guerreros, bien en la blanda tierra, los atacantes comprendieron que todo había acabado, al menos por el momento. De forma ordenada, sin dar la espalda a nuestros arqueros, partieron de nuevo hacia su campamento.

En ese instante toda la tensión que había acumulado desde que comenzara el combate me abandonó de repente, haciendo que momentáneamente perdiera pie, y tuviera que apoyarme en uno de los fríos muros que, contra todo pronóstico, había resistido. Lo que habíamos conseguido esa mañana me hubiera resultado imposible de asimilar si lo hubiera sabido con anterioridad. Habíamos repelido el ataque godo y vivíamos para contarlo: si hubiera sido cristiano, no habría podido esperar mayor milagro que aquel. Ni tan siquiera la aparición de Santa Eulalia me hubiera parecido más increíble que lo que habíamos conseguido esa mañana. Reí para mis adentros al recordar lo sucedido en *Emerita*, y ahí caí en la cuenta de cómo se habían vuelto las tornas desde aquellos felices momentos en la capital de la diócesis, acompañados de Salla y los suyos.

Pero no teníamos tiempo de regocijarnos con la victoria, ni tampoco de sufrir imaginando lo que nos depararía el destino a las pocas horas. Había mucho por hacer, y alguien tenía que hacerlo, por lo que regresamos al deber sin más dilación.

Acumulamos la mayoría de los cadáveres de nuestros enemigos en la muralla que nos había tocado defender, que miraba hacia el campamento godo, esperando que la macabra pila de cuerpos les recordara continuamente la derrota y contribuyera a minar su moral. Antes de lanzarlos muralla abajo para que fueran pasto de los animales, los despojamos de todo aquello que nos pudiera ser útil. Conseguimos tal número de espadas, escudos, e incluso buenas cotas, que teníamos de sobra para armar a todos los hombres que nos quedaban; incluso hubiera apostado a que almacenamos lo suficiente como

para equipar a todos los habitantes del castro. Antes del amanecer, disponíamos de más de quinientos hombres aptos para la lucha; cuando, instados por Marco, Arcadio y Linto terminaron el recuento de efectivos, apenas superábamos los trescientos. Habíamos perdido cerca de la mitad de los nuestros, y si ya antes nos había sido difícil cubrir la totalidad del perímetro de la muralla, en ese momento sabíamos que, si se produjera un nuevo ataque, estaríamos prácticamente condenados. Cierto era que aún podríamos engañar a los godos equipando a los ancianos, mujeres y niños para que lucieran intimidantes desde la lejanía, pero de poco serviría tal ardid en el caso de que finalmente se decidieran a atacar. Rogaba porque Liuva hubiera muerto en la caída desde la escala, o que lo hubiera rematado algún arquero; así, tras la pérdida de Segismund, una vez arrancadas las cabezas de su Gorgona, como diría Salla, los restos del ejército abandonarían el lugar en busca de otro donde conseguir un botín sin tal derramamiento de sangre y pérdida de buenos guerreros como habían sufrido ese día.

No hubo tiempo para llorar a los caídos. Cualquier instante era precioso si queríamos estar dispuestos a reanudar la lucha en el caso de que los godos así lo quisieran, porque ni una sola voz se alzó en el castro para reclamar que abriéramos las puertas a los invasores.

Los hombres y mujeres de *Coviacum* lloraron en silencio a los suyos, mientras retiraban sus cuerpos de allí donde habían caído, en la muralla o a los pies de aquella. Los apilaron unos sobre otros en las carretas que los llevarían hacia un descampado en uno de los extremos del castro, y que generalmente se reservaba para los animales. La propia Lucila, con los ojos anegados en lágrimas y su sencillo vestido de color marrón manchado de sangre, ayudó a Arcadio a transportar el cuerpo de su hermano muralla abajo. El romano no necesitaba de la ayuda de la mujer para cargar con el exánime cuerpo del valiente cabecilla, pero la carga que transportaron por aquella escalera no era tan solo el cuerpo sin vida de Lucio: juntos compartieron un peso más profundo, la pérdida de un hermano y de un amigo.

Ese día y los siguientes, aquellos hombres y mujeres sencillos me dieron una lección de lo que era el valor. No el valor de quien se sabe superior y por tanto no teme a sus enemigos, sino aquel valor propio del desvalido, del débil, del que sufre ante la adversidad, pero que pese a todo no se rinde jamás.

Apilar los cadáveres y preparar un rápido funeral por sus almas –fuera cual fuera su credo, aunque suponía que la mayoría serían cristianos– nos llevó varias horas de trabajo sin descanso. Al fin, a última hora de la tarde, cuando las primeras fogatas se adivinaban ya en el campamento godo, donde los guerreros se lamían las heridas, terminamos nuestra dolorosa tarea. Tras el esfuerzo realizado durante la desigual batalla, y la triste labor que la siguió, el ánimo de los presentes no estaba precisamente para palabras grandilocuentes. Pocos hablaron aquella tarde, mientras los niños y los adolescentes cargaban con toda la leña que podían para distribuirla en una enorme pira bajo los cuerpos de los caídos.

Entre los pocos que esa tarde quisieron elevar unas plegarias, no para ellos mismos, sino para reconfortar a la multitud, se encontraban los dos religiosos que vivían entre los muros del castro. Pese a que en un principio proclamaron a los cuatro vientos que lo correcto sería darles cristiana sepultura, tuvieron que claudicar ante la lógica que esgrimió Marco: no podíamos saber cuántos días más duraría aquello, por lo que era necesario eliminar la pestilencia del poblado por el bien de los que asistíamos al funeral. De algo servía que aquellos jóvenes leyeran aquellas relamidas obras de guerreros muertos décadas, si no centurias antes, porque aunque el hispano no había vivido anteriormente una situación como aquella, sí sabía lo que otros antes que él habían hecho, en qué habían acertado y en qué habían fallado. Yo hubiera dado gustoso a los curas una buena pala y un pico, y los hubiera puesto a cavar una fosa donde enterrar a más de doscientos hombres. Seguro que ellos pensaban únicamente en officiar el rito, pero seríamos los doloridos y agotados guerreros los que tendríamos que cavar después de haber dado nuestra sangre por ellos en la muralla.

Pese a la inicial reticencia de los religiosos, finalmente Lucila, tras hablarlo con Arcadio y algunos de los notables, dio la razón al joven y ordenó que todos los cuerpos, incluido el de su hermano, fueran incinerados, y que los hombres y mujeres de *Coviacum* regresaran a sus quehaceres sin tiempo que perder.

Hasta el viento nos dio una tregua esa tarde, y una vez Lucila, Arcadio y Linto incendiaron la pira con sendas teas, una gran columna de negro humo ascendió por el despejado cielo, transportando las cenizas de los hijos de

Coviacum hacia todos los rincones de aquella solitaria llanura. En silencio, asistimos desde cada rincón del castro a la emotiva despedida de aquellos héroes que habían muerto por todos los allí reunidos. Algunos no abandonaron sus posiciones hasta que, horas más tarde, el fuego había desaparecido y la gran pira se había consumido, quedando tan solo humeantes rescoldos. No ocurriría así en los corazones de los que quedábamos para defender el castro: sabíamos que el mejor homenaje que podíamos brindar a los caídos era luchar hasta el último hombre o mujer, para que su sacrificio no fuera en vano.

Yo rehusé asistir al funeral desde el lugar donde se levantaba la pira. Estaba demasiado cansado, y a la vez alterado, para mezclarme entre los oficiantes, así que cuando Marco no necesitó más de mi concurso regresé a la muralla para verlo desde allí. Con marcas rojizas bajo mis pies, allí donde había corrido la sangre de los hombres pocas horas antes, asistí impávido a cómo se consumían los cuerpos de nuestros compañeros, y dediqué un último ruego a mis dioses por el alma de Lucio. El destino había querido que solo hubiéramos convivido unas breves horas, pero a mi entender fueron suficientes para apreciar, si no a la persona, al menos sí sus ideales.

Mientras la inmensa pira se consumía me dediqué a otear nerviosamente el campamento enemigo desde mi atalaya. También allí el fuego de las hogueras llevaba algunas horas iluminando la llanura. Había algo me tenía intranquilo, y era que no hubieran enviado emisarios para reclamar los cuerpos de sus caídos tras la batalla. En mi interior asumía que, si no albergaran esperanzas de continuar la lucha, negociarían la retirada de sus muertos, para poder ofrecerles así el eterno descanso que sus compañeros de armas merecían. ¿Lo harían al día siguiente? ¿Aguardarían sin más mientras los cuerpos de sus camaradas, sus amigos o sus hermanos quedaban expuestos a los animales durante la noche? Podría ser, si los cabecillas al mando de la expedición no se habían puesto aún de acuerdo en el siguiente paso a dar, pero también podía interpretarse como que esperaban recuperarlos por la espada, y cuanto antes. Uno no deja el cuerpo de un camarada a merced de las alimañas salvo que resulte imposible recuperarlo, porque es lo que uno espera que los demás hagan por ti cuando te llega la hora.

Sentía los músculos agarrotados; los froté con energía, tratando de calentarlos, mientras observaba los fuegos enemigos perdido en mis

cavilaciones. Esperaba que el cabecilla de la expedición goda fuera un tipo juicioso, alguien como Salla, o tal vez como el mismo Cyrila. El *Dux* nunca se perdonaría tamaño error y semejante pérdida de buenos guerreros: levantaría el campamento y abandonaría el lugar para preservar la valiosa vida de sus hombres. Aceptar una derrota siempre es un trago amargo, y no gusta a los guerreros, pero un mando con personalidad no tendría problemas para convencerlos de que lo adecuado era buscar un lugar más vulnerable donde resarcirse del revés sin acumular más bajas. Hubiera apostado porque esa jornada habían perdido alrededor de cuatrocientos hombres. Ni en sus peores pesadillas habrían podido esperar sufrir semejante descalabro a manos de aquellos rústicos, como le gustaba decir al difunto Segismund; y aún perderían otros tantos si perseveraban, aunque finalmente lograran tomar el castro. Su columna quedaría reducida a una simple banda, y todavía les quedaban muchas millas para regresar a su tierra. Una distancia que gracias a ellos mismos no sería un paseo, pues todos los hombres y mujeres con los que se encontraran a su paso serían ahora potenciales enemigos.

Tras un buen rato enfrascado en mis pensamientos reparé en que aún vestía la aparatosa malla de Segga, así que pedí ayuda a uno de los mozalbetes que atendía a los hombres en la muralla haciendo de improvisados aguadores. No pude evitar pensar en si al día siguiente tendrían que hacer también de improvisados guerreros.

—¡Chico! —le grité al que se encontraba más cerca, esperando a que uno de los hombres de Linto terminara de dar un largo trago al pellejo que le había entregado—. ¡Ayúdame a quitarme la cota!

El jovenzuelo, un zagal de apenas unos diez años, bajito para su edad incluso para ser hispano, se acercó hasta mí con aire asustado, frotándose nerviosamente las manos al dejar en el suelo el enorme pellejo de agua que le había devuelto el guerrero.

—Ven, ponte por detrás de mí y ve desabrochando todas las correas que veas —le dije mientras me sentaba en el frío y duro peldaño que iniciaba el descenso hacia el poblado.

Hasta en la misma escalera se destacaban las manchas de sangre de los que la habían defendido o de los que la habían atacado, no podía saberse. Según mi experiencia, la sangre de los hombres de todos los pueblos tiene

exactamente la misma apariencia, sea cual sea el motivo por el que se derrame.

Sentía cómo el muchacho batallaba con las correas de mi cota, y convencido de que la escasa pericia del chico en esas lides haría que estuviera un buen rato ocupado, dejé volar mi mente más allá de aquella triste llanura.

–Señor... –tan abstraído estaba que no me había dado cuenta de que el muchacho trataba de hablarme. Aunque también era lógico, antes no había escuchado su voz así que para mí podía ser la de cualquiera de los chavales que correteaba por la muralla. Al final, el chico venció su timidez y me palmeó suavemente el hombro que ya había quedado libre de la cota.

–Gracias, chico –respondí mientras retiraba una de las mangas de la cota de mi brazo, sintiendo las rozaduras que me había hecho pese a mi acolchada camisola.

–Señor... ¿es usted cántabro?

Giré el cuello para mirarlo bien. Era un muchacho, ni guapo ni feo; quizás particular era una definición que se ajustaba bien. Tenía unos expresivos ojos negros que parecían demasiado grandes para su pequeña y afilada carita, y una espesa mata de cabello castaño despeinada y salvaje.

–¿Por qué lo preguntas? ¿Acaso me parezco a Linto? –pregunté divertido y a la vez extrañado por la aseveración del chico.

–Es que Linto siempre dice que los hombres más valientes de *Hispania* son los cántabros, y esta mañana os he visto luchar en la muralla...

El muchacho me desarmó inmediatamente. Nunca he sido presa fácil de la lisonja, pero ese muchacho tan pequeño e indefenso hablaba sin rastro de malicia.

–Yo no soy hispano, muchacho. Soy alano –dije, sintiéndome extraño al pronunciar esas palabras. Me parecía bien que Linto tratara de justificar la primacía de los suyos, y no iba a ser yo quien la cuestionara, aunque esperaba que al día siguiente siguiera haciendo honor a semejante afirmación–. Pero seguro que Linto tiene razón.

El muchacho abrió aún más sus grandes ojos al oír aquello. Probablemente a muy pocos conocería de más allá de *Asturica*. Aquello no era una gran urbe, donde el comercio y la gente de paso permitían que conocieras a gentes de

muchos pueblos. No era *Hispalis*, ni *Corduba*, ni por supuesto *Emerita*, ni siquiera *Lucus*, cuya situación geográfica más marginal condicionaba que llegaran menos extranjeros que a otras zonas. Aquello era una llanura dura e inhóspita, donde el paisaje estaba salpicado de aldeas y villas cuya principal ocupación era vivir de lo que producían. En el fondo, aunque sin el desprecio que impregnara sus palabras, a Segismund no le faltaba razón.

–Anda, continúa con lo tuyo –le dije, sin saber qué más añadir. No me hizo falta repetirlo, agarró el pellejo entre sus manos y se dio la vuelta para salir corriendo.

Cuando se encontraba a pocos pasos de mí le grité:

–Chico, ¿cómo te llamas?

El muchacho se frenó en seco y se dio la vuelta para contestarme.

–Artemio, señor.

–Artemio, si vuelven a atacar los godos tú también tendrás que portarte como un valiente. Si pasara algo, búscame en la muralla y no te apartes de mí, ¿de acuerdo?

El chico me miró con una gran sonrisa y me hizo un gesto de agradecimiento, agachando la cabeza antes de proseguir con su carrera.

Lo miré mientras desaparecía escaleras abajo. Incluso yo estaba sorprendido por mi reacción: ¿por qué había hecho eso? ¿Qué ganaba yo protegiendo a aquel zagal? Ya no era el feroz y salvaje bárbaro que había ayudado a pasar a cuchillo a poblaciones enteras, eso lo había asumido tras muchos años después de mi llegada a la finca de Quinto. Atrás quedaban los grandes saqueos y las despiadadas matanzas que había perpetrado con las hordas vándalas en mi juventud. La edad me había ablandado, ya era consciente de ello y lo asumía, pero con el paso de los años se notaba más, y más preocupante se volvía. ¿No tenía suficientes problemas ya como para además echarme sobre mi espalda la responsabilidad de ese muchacho? ¿Qué sería lo siguiente? ¿Montaría un orfanato en mi propio hogar, si es que al llegar a *Lucus* aún lo tenía? Al final, como siguiera en esta actitud, no me quedaría más remedio que convertirme en un servil cristiano...

Descansamos en la misma muralla, molidos y ateridos por el frío de la tarde, tendidos sobre la gélida piedra sin atrevernos a desatender los recios

muros que representaban nuestra última defensa. Quien sabía si volverían a atacar esa misma noche, o quizás al día siguiente. No podíamos arriesgarnos a suponer nada: teníamos que estar preparados para lo que sucediera. A las pocas horas me incorporé, dolorido e incómodo. Para mi sorpresa, Marco se encontraba frente a mí, con la mirada perdida en el horizonte. Me costó poco darme cuenta de que los ojos enrojecidos del chico parecían querer decir que había estado llorando mientras yo trataba inútilmente de descansar. Entendía al joven si lo había hecho, no sería yo quien le dijera que debía ser fuerte. Bastante lo era ya.

Me desperecé ostensiblemente para que Marco se diera cuenta de que estaba despierto. Me miró de refilón y volvió a clavar la mirada en la lejanía. Cuando habló me pareció que además de compartir sus pensamientos pretendía desviar mi atención para evitar preguntas incómodas. No obstante, sus palabras me parecieron sensatas.

–Deberíamos armar a los ancianos y los muchachos que mañana ayudarán en la muralla, ¿no te parece? Puede que no sepan usar un espada, pero siempre parecerán más temibles que con sus azadas.

–Tienes razón, armas no nos faltan. Lo que no tenemos son manos suficientes con las que empuñarlas.

–Pero los godos no deben de saber con seguridad de cuántos guerreros disponemos; puede que la mera imagen de la muralla aparentemente bien guarnecida sea suficiente para que decidan marcharse.

–Espero que estés en lo cierto, chico. Porque llegado el caso intentaré alejarme de ellos cuanto pueda, no me vayan a abrir en canal por error con sus nuevas armas.

–A mí me vendría bien un escudo –dijo, señalando hacia donde descansaba el suyo, astillado pese a los refuerzos que le aplicara Mario cuando abandonamos *Lucus*–. Poco más aguantará en ese estado.

–Pues vayamos hasta la pila y recojamos uno. No hacía falta que esperaras hasta ahora para decirlo, una vez distribuidas las armas entre los hombres que defenderán la muralla. Por imbécil habrás perdido ya la oportunidad de hacerte con uno bueno de verdad; ahora tendrás que conformarte con cualquier basura.

Él me miró muy serio, como si no estuviera escuchando mi alegato.

–Attax... tal vez no lleguemos a ver el día de mañana. Si eso ocurriera, quiero decirte que lamento que mi cabezonería nos haya traído hasta aquí. No tenía derecho a embarcaros a vosotros en esta aventura. Ni tú, ni Galieno, ni Issa tendríais por qué estar aquí. Solo yo deseaba unirme al ejército godo. He sido un egoísta. Vosotros erais felices en *Lucus* y yo lo he echado todo a perder.

Según terminó la frase agachó la cabeza y se quedó mirando hacia el suelo. Para nada esperaba que el chico estuviera pensando eso en esos momentos. Desde luego, por mi cabeza no había pasado nada semejante, y mucho dudaba que Galieno o Issa compartieran tal reproche.

–Marco, yo quiero darte las gracias por brindarme la oportunidad de volver a ser un guerrero. Durante este último año me he vuelto a sentir vivo, como tan solo un guerrero puede estarlo. No cambiaría estos meses por dos años en *Lucus* sirviendo guisos y cerveza.

El chico rio, aún con un deje de amargura.

–Lo siento; lo siento por Aspasia y por ti. Lo siento por todos, por mi tío... por todos. Me he portado como un estúpido.

El chico, sucio como estaba y con su pálida túnica manchada de sangre, ofrecía un aspecto desolador.

–Marco, tú eres parte de mi vida, al igual que lo son Galieno e Issa, o lo puede ser Aspasia; y no puedo fallarle a una parte de mí mismo. Habría hecho lo mismo por los otros, quiero que lo sepas. –De nada valía recordarle el juramento que había prestado a su difunto padre. Eso solo podría empeorar el humor del chico, y en el fondo cumplir la promesa hecha a Quinto nunca había supuesto un sacrificio; antes bien, había proporcionado un nuevo sentido a mi hasta entonces desarraigada existencia—. Si algo he aprendido a lo largo de mis años es que no vale de nada lamentarse, Marco, hay que apechugar con las decisiones que uno ha tomado, sin importar si han sido más o menos acertadas... Todos te hemos acompañado libremente. Yo no me arrepiento, y estoy seguro de que los muchachos tampoco.

Aunque entre la oscuridad reinante y mi cansada vista, que nunca había sido muy aguda en la noche, no pude verlo bien, me pareció que una brillante lágrima se deslizaba por el rostro del joven mientras me respondía.

–Ha sido un honor luchar a tu lado, Attax, y aún más haber aprendido de ti. No podría haber mejores compañeros con los que compartir el final de esta aventura.

–Lo mismo digo, chico, pero no quiero que vuelvas a hablar así. Hoy hemos vencido y mañana si es necesario lo volveremos a hacer. –Ni yo mismo me lo creía, pero no debía permitir que el pesimismo medrara en su corazón–. Has hecho una promesa a tu tío, y yo también; y vaya si pienso cumplirla, aunque yo solo tenga que acabar con todos esos malnacidos –dije mientras escupía muralla abajo y gritaba un insulto a la noche–. Anda, vamos a buscarte un nuevo escudo con el que puedas partir un par de narices godas.

Bajamos por la escalera provistos de dos buenas teas, dejando a Galieno roncando tranquilamente y a Issa hecho un ovillo tratando de conciliar el sueño. Caminamos por el oscuro y silencioso camino; a nuestro paso tan solo oímos algún ladrido o bufido aislado. Los perros y los gatos eran los únicos habitantes que debían de estar tranquilos en esa fría noche en el interior del recinto amurallado.

Al fin llegamos hasta donde se alzaban dos grandes pilas formadas con las armas y protecciones sobrantes, tanto de los amigos como de los enemigos. Horas antes habían sido hasta cinco las montañas de objetos acumulados, pero Marco había dispuesto que cada uno de los guerreros que lucharía al día siguiente en la muralla se presentara allí para, bajo su atenta mirada, completar su equipo con lo que necesitara. Yo había ignorado la orden: prefería descansar lo que pudiera, y además no necesitaba ningún arma; más bien hubiera podido desear un buen par de centenares de vándalos a los que pertrechar. Rebuscamos a la luz de las teas hasta que al fin Marco dio con dos escudos que parecieron causarle buena impresión. Todavía no terminaba de decidirse por ninguno, cuando vimos otro grupo de teas acercándose hacia nosotros. No supimos quienes eran hasta que estaban a escasos pasos de nosotros y la cara de su cabecilla destacó a la luz vacilante. Era Arcadio, acompañado de tres de los guerreros que habían estado junto a él por la mañana en la muralla.

–Al fin os encuentro –dijo con aire apesadumbrado–. Fui a buscaros a vuestra muralla y me han dicho que podría encontraros aquí.

–Me hacía falta un buen escudo –explicó Marco levantando uno de los que había escogido.

–Yo elegiría el otro –le dijo el romano mientras señalaba con la mano libre al que el muchacho había dejado en el suelo–. Hace buena pareja con tu casco.

–Si tú lo dices, te haré caso –respondió el muchacho mientras asía el escudo para comprobar su peso.

–Si algún día piensas en deshacerte de tu casco, piensa en mí el primero, chico. Me trae viejos recuerdos.

El romano ya había observado que el casco que luciera esa mañana Marco era un antiguo recuerdo de las legiones. A mí siempre me había resultado incómodo ese modelo con la protección desmesuradamente grande para la nuca. Era útil, no podía decir lo contrario, pero yo prefería los simples yelmos con un protector en la nariz.

–En principio espero poder usarlo muchos años, Arcadio. Pero si algún día lo cambio por otro pensaré en ti, descuida.

–Te tomo la palabra, chico, y tengo buena memoria –dijo tocándose la cabeza–. Lucila quiere que me acompañéis hasta la colina. Esta es una noche triste, pero también es necesario que aquellos que han sobrevivido celebren su triunfo. Y sobre todo que se preparen para el próximo.

–Te veo bastante optimista, Arcadio –repliqué al romano–. ¿No crees que hacemos un mejor servicio arriba, en la muralla?

–Lo único cierto es que ahora mismo podemos estar tranquilos porque no están atacando. –Pude ver cómo instintivamente buscaba algo de madera para tocar, hasta que se dio cuenta de que ya aferraba firmemente la tea. Todos somos supersticiosos, desde los cristianos a los adoradores de Mitra; eso lo aprendí gracias a Arcadio–. Yo también preferiría estar en el adarve, pero toca cumplir órdenes. Y también creo que descansar nos vendrá bien; si no, mañana serviremos de poco ahí arriba.

–Pues no se hable más, iremos a ver a tu señora... siempre que no le preocupe que vayamos como pordioseros –dijo Marco, más animado.

–No creo que eso le importe, Marco –sonrió y arrugó la nariz al pasar a mi lado–. Aunque, bien pensado, puede que me lleve una buena reprimenda por

dejar entrar a semejante animal –dijo señalándome como si no lo pudiera escuchar.

–Vamos, Arcadio, no me vengas ahora con esos aires de delicada damisela –le respondí, riendo a mi vez. Lo cierto es que ninguno de nosotros debíamos de oler precisamente a flores.

Seguimos al romano por el solitario camino hasta llegar a la casa donde habíamos sido recibidos hacía tan solo dos días. Me parecía que hubieran pasado semanas desde nuestra llegada, pero lo cierto era que apenas llevábamos allí dos días. Dos intensos días.

Por fuera del edificio no había ningún hombre apostado. Lucila no tenía nada que temer de los habitantes del castro, y tampoco había hombres que desaprovechar estando la muralla tan desprovista de efectivos. Aquellos que no estaban descansando unas pocas horas, estaban en los muros vigilando lo que sucedía en la llanura.

Cuando entramos al lugar ya se encontraban alrededor de la mesa un buen número de personas. No había grandes voces; no creo que en realidad ninguno tuviera nada que celebrar, salvo tal vez que los que allí nos reuníamos habíamos sobrevivido. Según entramos, Marco me miró con aire algo avergonzado; al menos los presentes habían tenido tiempo para asearse, no como nosotros. Lucila estaba flanqueada por dos de los hombres de mayor edad que ya habíamos conocido en el mismo lugar dos noches atrás, y también estaban allí los religiosos que habían oficiado esa tarde el funeral por los muertos de *Coviacum*. Completaban el grupo un puñado de los hombres que había visto ese día en la muralla, aunque no vi ni rastro del cántabro. Arcadio debió de adivinar la causa de mi extrañeza, porque me informó en voz baja de que Linto permanecía en la muralla con órdenes de hacerse con el control de la misma hasta nuestro retorno.

–Gracias por haber venido, señores –nos saludó Lucila ceremoniosamente.

Al igual que le sucediera a Marco, presentaba los ojos enrojecidos y con bolsas negras bajo sus párpados. Además lucía un aparatoso vendaje de blanco lino en la muñeca, en el que parecía dibujarse una línea rojiza, probablemente fruto de un corte sufrido durante la reyerta. No tenían que ser buenos momentos ni para ella, ni para el resto de los que estábamos allí; pero aún debía de ser peor para la hispana, tras la dolorosa pérdida de Lucio. Nos

indicó con un gesto de su mano sana donde debíamos sentarnos, y entonces caí en la cuenta de que también estaban presentes Vera y Sunna, y que además serían nuestras compañeras de mesa.

Nos sentamos a su lado, y repartimos el pan que nos ofrecía Lucila. Como cabía esperar, la cena fue fría y desapasionada. No se habló del valor de los vivos ni de los que habían partido. Yo, vista la situación, procuré al menos llenarme el estómago con lo que pudiera antes de regresar a mi fría vigilia sobre el muro. La conversación divagó entre lo vivido por Marco y los demás cabecillas sobre la muralla, aunque siempre teniendo como telón de fondo lo que sucedería al día siguiente. ¿De cuántos hombres dispondría aún el enemigo? ¿Cuántos hombres sanos se apostaban en nuestras murallas? Cuando había sacado toda la información que me parecía de utilidad, perdí todo interés en la conversación. Me fijé en Sunna, que comía a mi lado sin intercambiar palabra con nadie, y decidí que si al menos tenía que estar allí, me vendría bien averiguar algo de la mujer que nos había acompañado desde *Asturica* y de la que apenas sabía nada.

–¿Es cierto que eres vándala, Sunna? –le pregunté tras terminar de masticar trabajosamente un trozo de recia carne de buey.

Me miró como si haberla interrumpido mientras comía con semejante pregunta hubiera sido una afrenta. Suspiró y contestó con desgana.

–Mi madre era vándala, yo nací en *Legio* –dijo, llevándose un trozo de pan a la boca.

–¿Y tú, lo eres? –insistí.

–Yo soy lo que soy –replicó cortante–. Apenas conocí a mi madre. Murió de unas fiebres cuando yo tenía pocos años.

–¿Fue ella la que te entregó a la iglesia?

–Fue el obispo Toribio el que me llevó con él. Fue bueno conmigo.

–¿Es tu padre? –dije, consciente de que mi pregunta no le haría ninguna gracia.

–No sé quien es mi padre, pero seguro que no fue el obispo. En ese entonces mi madre vivía en la campiña de *Legio*.

–Yo estuve muchos años viviendo junto a tu pueblo –dije, tratando de suavizar la conversación.

–¿Vivías en las cercanías de *Legio*? No recuerdo haberte visto nunca por allí.

–Disculpa, quise decir con el pueblo de tu madre. Con el gran Gunderico y su hermano Genserico. Los vándalos son un pueblo noble y valeroso.

–Una panda de ladrones y de salvajes, según lo que he oído yo.

–De esos también había, como en todos los pueblos que he conocido. ¿Es cierto entonces que nunca has tenido contacto alguno con las gentes de tu madre?

Por primera vez me pareció que bajaba un poco la guardia, y al fin accedió a hablar conmigo mientras nuestros anfitriones seguían con su aburrida conversación.

–Tan solo el tiempo que viví junto a mi madre cuando era niña. Era una mujer bella y dulce.

–Tú tampoco puedes negar que tienes ascendencia vándala. ¿Sabías que los vándalos son un pueblo conocido por la belleza de sus hombres y sus mujeres? Tan solo hay otro pueblo que tradicionalmente es más apuesto que el tuyo, y somos los alanos.

Me sonrió mientras me sacaba la lengua.

–¡No me hagas reír, abuelo!

–¿Abuelo? –me hice el ofendido—. En realidad solo tengo... ¿Cuántos años? ¿Cuarenta y cinco? Bueno, pues la verdad es que no es una mala edad, ya debería tener nietos... pero como no los tengo, me ilusiono pensando que soy un jovenzuelo. Y tú, ¿qué edad tienes? No sería capaz de decir una.

–Treinta y uno, o al menos eso es lo que creo.

La miré bien, y pensé que incluso cuando tuviera diez años más seguiría siendo una beldad. Tenía ese peculiar aspecto de quien posee un cutis tan blanco y limpio que parece que sus rasgos desconocen el paso del tiempo, no como el resto de los mortales. Me recordaba muchísimo a Iselda, y esa sensación se acentuaba por el aire circunspecto y melancólico de la mujer.

Seguimos hablando un buen rato. Una vez vencida su inicial reticencia, disfruté de su compañía por primera vez desde que la conociera. Sunna no solo era una belleza digna de contemplarse, sino que también tenía un toque de misterio que me fascinaba. Ciertamente era arisca como pocas personas había conocido, pero una vez entablé conversación con ella, me pareció que relucían

más otras cualidades. Me extrañaba que nunca hubiera tenido el más mínimo contacto con el pueblo de su madre una vez que esta había fallecido. Aunque, bien pensado, tan al norte habían quedado muy pocos vándalos; quizás en el sur, en la *Baetica*, podría haber encontrado alguno, e incluso algún que otro alano, pero tan al norte era más difícil. Su infancia la había pasado con su madre en una pequeña aldea en los alrededores de las montañas, entre vacas y terneros. Cuando aquella murió, Sunna vivió unos pocos años con su padrastro, porque su padre había muerto prematuramente antes de que ella misma naciera. Apenas quiso contar nada de ese tiempo; me pareció que no era agradable de recordar. Por último, durante una visita del obispo Toribio a su pueblo, el cura local había logrado que el prelado le ofreciera un puesto a su servicio. Su padrastro, a cambio de una pequeña suma de dinero y con la agradable perspectiva de tener una boca menos que alimentar, había terminado por ceder. A partir de ese entonces había vivido bajo la estricta mirada del obispo, bajo su techo y respetando sus normas.

Pese a que evidentemente había aceptado la fe de su benefactor, no tomó los hábitos como hacían muchas mujeres en esa época, pero sí respetó el austero modo de vida que imponía Toribio entre los suyos. Por lo que me contó, el obispo llegó incluso a concertar su matrimonio; pero de nuevo dejó claro enseguida que no le agradaba hablar sobre ello. Se limitó a decirme que su marido había muerto en un desgraciado accidente, y que ella había vuelto de nuevo a *Asturica*. Cuando me apresuré a lamentar la suerte de su esposo, me lo agradeció con una sonrisa extraña que me reveló que ella no le echaba precisamente de menos. Entre su experiencia con los hombres y su opinión sobre los bárbaros, me parecía difícil que me llegara a tener en buena consideración...

Realmente, me apenaba que no se sintiera orgullosa de tan digno origen; le conté algunas historias sencillas de las que Iselda compartiera conmigo en mi infancia, hasta que poco a poco me fui ganando breves sonrisas. Probablemente aquella fuera la primera vez que oyera hablar con tanto aprecio de aquellos ancestros de los que había llegado a renegar, quizás molesta por sentirse siempre diferente, como si no encajara del todo en la vida de los que la rodeaban.

Seguimos hablando hasta que de repente me pareció que la conversación del resto de convidados tomaba un cariz interesante y a la vez peligroso. Notaba como poco a poco todas las palabras de los allí presentes terminaban en un único blanco: sobre Marco.

–Marco –decía Lucila con gravedad–, he solicitado su consejo a Arcadio y a Linto, y ambos me han asegurado que estás capacitado para asumir el mando de los hombres en la muralla. Los hombres no hacen más que hablar de tu arrojo y valentía durante la lucha, y de cómo todos han seguido tus indicaciones tras la batalla –hizo un pequeño alto, y me pareció que tragaba saliva con dificultad, probablemente recordando a su difunto hermano–. Además, conoces a nuestros adversarios como ninguno de los que estamos dentro de estas murallas. ¿Podemos contar contigo para que tomes el mando de los hombres del castro?

El chico se quedó un instante perplejo; quién habría pensado que aquel fuera el verdadero motivo de la reunión.

–Lucila, Arcadio mismo es un excelente comandante, y además todos lo conocen y lo aprecian –miró hacia el romano esperando verlo asentir y corroborar así sus palabras, pero este se limitó a mirarlo en silencio–. O también el propio Linto –de repente debió recordarme porque me miró y me señaló–; Attax también es más indicado que yo, él ya comandaba hombres cuando yo ni siquiera había nacido.

–Pero no le hemos ofrecido el mando al alano, pese a que los hombres del castro coincidan en que es un gran luchador, sino a ti, Marco. ¿Nos harías ese honor?

El muchacho se lo pensó un instante y al final respondió

–Solo durante el asedio, ¿de acuerdo? –antes de que Lucila respondiera continuó–: Y Arcadio, Linto y Attax deberán ser mis segundos al mando.

–Si es lo que quieres, tienes mi palabra, Marco. Así será hasta que hayamos derrotado a los godos, o hasta que hayamos muerto en el intento.

CAPÍTULO XXVII

A la mañana siguiente no hubo movimiento en el campamento enemigo. Ni por la tarde, ni siquiera por la noche, tuvimos que hacer frente a ningún ataque. Tan solo aguardamos en silencio sobre las frías murallas el desenlace del entuerto en el que nos encontrábamos.

Para el resto de los pobladores de *Coviacum*, la situación tenía una interpretación muy distinta. Sus ánimos estaban exaltados e inquietos a partes iguales, porque los lugareños querían interpretar la inactividad de los godos como una señal de que finalmente habían desistido de su intención de atacar el castro. Pero yo no podía quitarme de la cabeza que, si hubieran querido levantar el campamento, ya lo hubieran hecho; y aún quedaba por resolver el asunto de los cadáveres de sus compatriotas. Allí estaban, bajo nuestra muralla, pudriéndose poco a poco, y provocando un hedor que hacía que los que teníamos que recorrerla apenas quisiéramos asomarnos para evitar las náuseas. Pese a las quejas de muchos de los hombres, que proclamaban que se debían quemar los cuerpos bajo la muralla —lo que hubiera sido un alivio, en eso todos estábamos de acuerdo—, se impuso la postura de Arcadio y de Marco. Un incendio como el que sería necesario para quemar aquella cantidad de cadáveres requeriría el uso de un aceite que nos resultaría precioso durante el próximo ataque; además, también podría llegar a socavar los cimientos de la propia muralla, y facilitar así el trabajo de los atacantes, por lo que era mejor taparse la nariz cuando comenzaba a soplar el viento y dejar de quejarse.

Esa tarde, mientras recorría la muralla durante mi ronda, intercambiando unas breves palabras con los hombres que estarían a mi cargo, dirigí mis pasos hasta donde habíamos luchado para salvar a los hombres de Linto; o tal vez nos salvaran ellos a nosotros, no lo sabría decir. Vencí el rechazo que me provocaba la cercanía al muro, y me asomé para tratar de localizar el cadáver de Liuva allí donde esperaba que hubiera caído. De inmediato, los cuervos organizaron un alboroto de desagradables graznidos para avisarme de que mi interrupción no era bienvenida en el osario en que se había convertido la base

del muro, y tuve que desistir en mi intento, porque era totalmente imposible distinguir nada allí abajo. Los nuestros habían tirado sin ningún miramiento los cuerpos de los enemigos que habían perecido sobre la muralla, y el resultado era un amasijo informe de brazos y piernas sin dueño claro, por lo que no tenía forma de saber si mi odiado godo estaba entre ellos. Lo único que podía hacer era rogar por que hubiera muerto, porque intuía que con él al frente de la fuerza enemiga no habría tregua ni retirada posible.

Al menos no permanecemos ociosos, lo que habría resultado fatal para nuestra moral. Cuando un hombre tiene tiempo para cavilar durante una situación como esa, casi nunca lo utiliza para pensar en algo positivo, por lo que es fundamental mantenerlos ocupados, y eso fue lo que hizo Marco. Como dijera, apoyándose en Arcadio, en Linto y en mí mismo, estableció una rígida disciplina entre la guarnición, que pasó el día siguiente acumulando piedras sin descanso al pie de la muralla, y preparando las grandes hogueras sobre las que se herviría el aceite que utilizaríamos si los godos volvían a atacar. El herrero y los suyos volvieron a pasar otra noche en vela, fabricando flechas para los arqueros. Cuando el metal comenzó a faltar, se fundieron las armas que habíamos acumulado tras la batalla. Todo aquel godo que muriera más allá de la muralla sería un godo menos contra el que luchar cuerpo a cuerpo, y como no estábamos sobrados de grandes luchadores, toda flecha que cumpliera su objetivo sería bienvenida.

Cuando los hombres están ocupados maldiciendo a su superior olvidan a sus enemigos; bastantes problemas tienen con aguantar las continuas órdenes de sus jefes como para pensar en los que no pueden ver. El adversario pasa a un segundo plano, y esa fue la estrategia que utilizó Marco para desviar la atención de los hombres. Al día siguiente, por turnos para mantener siempre vigilada la muralla, separó a los hombres en grupos que fueron instruidos bajo su atenta mirada bien por Arcadio o bien por mí, en el lugar que anteriormente habíamos elegido para depositar las armas obtenidas del combate. Fuimos duros y despiadados con ellos: teníamos poco tiempo para contribuir a que pudieran ver la luz el día siguiente, por lo que todo lo que aprendieran ese día podía significar la diferencia entre la vida y la muerte para cada defensor. Disfruté con ello, no lo negaré. Pude dar rienda suelta a mi habitual brutalidad, y pude ver cómo los hombres frente a mí entraban poco a poco en un estado de

tensión que hacía que algunos tuvieran ganas de echar a correr hacia sus casas. Allí no podían, y en la muralla tampoco existiría esa opción. Los godos no serían tan blandos, eso debían saberlo, y nadie más indicado que yo para enseñárselos.

Para mi sorpresa, pese a la presión a la que sometíamos a los hombres que lucharían con nosotros en la muralla, muchos voluntarios del poblado se presentaban en los alrededores y trataban de repetir los ejercicios que yo ejecutaba una y otra vez. A estos no podía decirles nada, ni tampoco quería. Bastante valor demostraban estando allí cuando podrían estar en sus casas rezando. Había ancianos armados con espadas que antiguamente fueron de sus hijos, y que aquellos habían cambiado por los excelentes aceros godos, o ya no podían blandir. También mujeres, e incluso algunos grupos de mocosos, entre los que pude ver a Artemio, se acercaban al recinto de entrenamiento. Todos parecían empequeñecerse cuando yo utilizaba aquella voz de trueno que hacía tantos años que había olvidado, pero no por ello cejaban en tratar de repetir mis movimientos uno a uno.

Aunque cansados por el ejercicio que nos habíamos autoimpuesto esos días, nos fuimos recuperando de las secuelas de la lucha, y nuestra mente se fue despejando tras el dolor sufrido aquella jornada. Y entonces, al amanecer del cuarto día tras el ataque, al fin quedaron claras las intenciones de los godos. Fue uno de los hombres de Linto el que nos alertó sobre lo que se traían entre manos. Frente a la puerta, pero a varios estadios para que no pudieran llegar nuestros arqueros, se encontraba una enorme estructura que parecía ser un descomunal ariete arrojado por un buen grupo de guerreros. En cuanto lo vi sentí que me flojeaban las piernas. Definitivamente no abandonarían el lugar, o al menos no hasta que no quedara piedra sobre piedra de lo que un día fue *Coviacum*.

El día había llegado; o si no, al menos sí la confirmación de que los godos no se conformarían con recoger el campamento y partir hacia otro lugar. No sabíamos cuándo llegaría el ataque, pero al menos ya sabíamos cómo sería. Por eso habían tardado varios días en dar pistas sobre sus intenciones: el tiempo necesario para construir el ariete y probablemente algunas escalas más. Desde luego, iban en serio. Tendríamos que dividir nuestras ya escasas fuerzas entre la muralla y el portón, por lo que la situación sería incluso más

desesperada que en el primer encuentro. Cierto que los godos eran menos después del correctivo que habían recibido unos días antes, pero en esa ocasión habían preparado el ataque metódicamente; y además, nosotros también podríamos oponer un menor número de defensores.

Cuando llegué a la muralla donde Marco y Arcadio pugnaban por hacerse un hueco y evaluar el ariete, los hombres se arremolinaban nerviosos alrededor de sus jefes tratando de enterarse de las opiniones de estos.

–Parece sólido, pero el portón también lo es –dije a modo de saludo, para que todos los presentes me escucharan.

–Estoy de acuerdo con el alano –convino Linto–. El portón resistirá.

–Pero habrá que estar preparados para el caso de que no lo haga –respondió Marco con tranquilidad–. Linto, ve al portón y llévate a una veintena de hombres; sé que no son muchos, pero no podemos quitar más efectivos de la muralla. Trata de afianzar las barricadas, y haz todo lo que se te ocurra que pueda retrasar su avance. Ayúdate de los voluntarios del poblado. Ellos también deben demostrar que quieren vivir.

Seguidamente el hispano se volvió hacia mí.

–Attax, ve a la muralla norte. Llévate a Issa y toma el control allí. Escoge ochenta hombres y envía al resto hacia aquí; tendremos que tener preparada una reserva para apoyar en lo más duro del combate. Sé que cualquier orden sobra en tu caso, viejo amigo.

Asentí en silencio. Cuando iba a marcharme me agarró del hombro y me volví hacia él.

–Attax, gracias por dedicarme todos estos años. Nunca podré pagártelo.

También en voz baja le respondí:

–Pienso vivir muchos más, así que descuida, que tendrás tiempo para compensarme. –Apreté su hombro, y me di la vuelta para buscar a Issa entre los presentes. Antes de que diera con el britano, escuché las últimas órdenes de Marco.

–Arcadio, toma el control de la muralla sur y aguanta allí. Que ningún godo salga por su propio pie de ella.

–Confía en ello, Marco –pude escuchar cómo le respondía el romano.

–Galieno, amigo, quédate a mi lado.

Me quedé pensando en las últimas palabras de Marco y deseé en silencio que los dos jóvenes superaran el duro trance al que debíamos enfrentarnos. Me apenaba no poder estar a su lado en esos momentos, pero Marco hacía lo que debía: no podía concentrar a los mejores hombres en un único lugar, sino que debía procurar que ninguna de nuestras defensas fuera más débil que las otras, porque de ello dependía la vida de todos nosotros.

Con Issa junto a mí, caminé sobre el adarve. Los hombres se apartaban a nuestro paso, conscientes de que éramos compañeros de armas de su nuevo líder, y así llegamos hasta nuestra muralla. Porque eso era, nuestra y de nadie más. Todo aquel que tratara de arrebatárnosla debía morir; en realidad, era sencillo. Cuando llegamos, un buen número de hombres nos esperaban expectantes, conscientes de que algo había sucedido en el extremo desde el que llegábamos. Probablemente ya los cuchicheos se habían extendido como un incendio, pero aún así los defensores nos asediaron a preguntas sobre lo que sucedía frente al portón.

—¡Hombres de *Coviacum*! —grité para que me oyeran a lo largo de aquellos pocos estadios que ese día serían nuestro hogar—. Ha llegado el momento. Poco importa lo que suceda allá en la puerta —dije señalando hacia el lugar—. Para nosotros, lo único importante es lo que ocurra aquí. ¡Guerreros de *Coviacum*, confío en vosotros! Luchad como me habéis demostrado que sabéis hacer y ¡matad a esos cabrones! —dije señalando hacia los godos, que se acumulaban en apretada formación frente a nuestra muralla.

Ayudado por Issa, seleccionamos a aquellos hombres que nos transmitían mayor confianza y enviamos al resto, apenas un puñado de jóvenes, a encontrarse con Marco sobre el portón, para que el hispano pudiera organizar la reserva. Los que quedaron con nosotros no eran malos luchadores. Conocía a casi cada uno de ellos. No por sus nombres, desde luego; pero sí los había visto luchar y también pelear en el castro durante mi breve instrucción. Creía conocer las debilidades de cada uno de ellos, y también sus puntos fuertes y estaba satisfecho con nuestra elección. Aunque eso también era irrelevante, porque no había más: eso era todo lo que *Coviacum* podía interponer ante las vociferantes hordas godas.

Una vez elegimos a nuestros hombres, decidí enviar a Issa al poblado para que trajera consigo un puñado de voluntarios para ayudarnos en la defensa. En

principio no deberían luchar, sino tan solo proveer a los hombres de agua y comida cuando lo necesitaran, y ayudar en aquello en que pudieran ser útiles. El britano se perdió de mi vista a toda prisa, bajando por la escalera con su arco encordado a la espalda. Era un buen muchacho y además el mejor arquero que había visto desde hacía muchos años. Después de lo que le contaron los hombres sobre su puntería en el primer asalto, Belas se encargó de proveerlo de un buen número de haces de flechas, que se ocupó de adaptar además a las peculiaridades de su nuevo arco huno, sin pedir nada a cambio. Sin duda tenía suerte de tenerlo ese día a mi lado.

Enseguida pudimos ver desde la muralla cómo las columnas de guerreros se iban formando con lentitud, ante los enfurecidos gritos de sus cabecillas, que el viento matinal traía hasta nuestra posición. Ese mismo viento trajo consigo el olor a los restos putrefactos de los cadáveres enemigos, y enseguida se me ocurrió que finalmente podríamos acabar con su hedor para siempre. Si los enemigos trataban de asentar sus escalas al pie de la muralla, lo harían donde mismo descansaban los cadáveres de los suyos, por lo que si lográbamos incendiar aquella masa las llamas se extenderían hasta las escalas y sus ocupantes.

—¡Vamos, id calentando el aceite! —grité, consciente de que podíamos aprovechar la situación. Me parecía imposible que los propios godos no hubieran caído en esa posibilidad, pero eso al menos parecía viendo cómo se preparaban para el asalto.

La espera duró varias horas, las necesarias para que los guerreros godos formaran tal y como sus mandos pretendían. Nosotros, mientras tanto, solo podíamos prepararnos y esperar.

A medida que los guerreros se desplegaban frente a la muralla, podíamos ver que eran muchos, demasiados tal vez. Si mi vista no me engañaba, alrededor de seiscientos, quizás incluso más. Si estaba en lo cierto, en total, al menos un millar de godos se habían lanzado contra la solitaria y mísera roca que formaba *Coviacum*. Un número totalmente desproporcionado para lo que podían obtener mediante su saqueo. Aquello debía tratarse de un error de cálculo por parte de los cabecillas godos, o tal vez no... Si Liuva era el que comandaba la columna, tal vez se hubiera dirigido hasta aquí tan solo para darnos caza, aunque eso significara perder algunos hombres. Lo que no podía

prever era que su empecinamiento le saldría tan caro. ¿Arriesgar varios cientos de buenos guerreros por cuatro míseros hombres? No era una buena proporción para los suyos. Dudo que sus superiores estuvieran muy contentos si hacían esa cuenta, por lo que en caso de que se saliera con la suya, esperaba que al menos tuviera que pagar ante ellos por semejante locura.

Se distribuyeron en cuatro grupos –uno por cada muralla, y cada uno de ellos formado por al menos un centenar de guerreros–, y algunos hombres se destacaron de los mismos portando las nuevas escalas de madera que debían de haber preparado a toda prisa durante esos días. A primera vista, parecían más que en el ataque anterior. Esta vez se habían tomado más en serio a quienes defendían la muralla, a nosotros. Habían aprendido con la sangre de los suyos lo que les costaría vencer aquellos elevados muros. Pero lo que más me preocupaba, aunque intentaba esconderlo de cara a mis hombres, era un fuerte grupo de guerreros –mayor que el que se encontraba frente a nosotros– que se arracimaba alrededor del ariete, e iban colocando con esfuerzo el sólido ingenio apuntando hacia nuestro portón. La suerte estaba echada; cuando ya el sol se encontraba en lo alto, el horizonte se llenó con los destellos que producían las bruñidas armas de nuestros enemigos, y una furibunda tormenta de acero se cernió sobre *Coviacum* y sus gentes.

Ni tan siquiera tantos años después soy capaz de relatar con certeza lo que ocurrió aquel día, en aquel lugar dejado de la mano de los dioses. Solo sé que el caos se desbordó sobre nosotros, un caos en forma de enormes y vociferantes guerreros de rasgos duros y aceros afilados sedientos de la sangre de los defensores, ansiosos por devolvernos el daño que les habíamos infligido a los suyos en aquel mismo lugar pocos días atrás.

Antes de centrarme en lo que se nos venía encima a mí y a los míos, pude ver cómo los hombres que transportaban el ariete comenzaban a recorrer lentamente la distancia que los separaba del portón. Por el tamaño, aquel artefacto debía de pesar un buen montón de libras, y además, por lo que se podía observar a medida que avanzaban, contaba con protecciones laterales para salvaguardar en lo posible las vidas de los que lo transportaban. El que lo hubiera construido se había tomado su trabajo a conciencia, de eso no había duda.

Al lado de aquellos, un fuerte grupo de guerreros corría dejando atrás al artefacto y a los suyos, dirigiéndose como una exhalación a la muralla donde los defensores confiaban en entorpecer desde lo alto las maniobras del artilugio. Después no tuve más tiempo para concentrarme en lo que pasaba más allá de nuestra propia muralla.

Al sonido de los cuernos, los godos avanzaron en formación cerrada hacia nosotros, al principio al trote y, cuando ya se encontraban a menos de un estadio, en una loca y desenfrenada carrera. Ese fue el momento elegido por nuestros arqueros para hacer su primera descarga de las muchas que la siguieron. Pude ver cómo uno de los guerreros que corría por la llanura, tocado con un ridículo yelmo con cuernos adosados a los lados, era alcanzado por una de las saetas en pleno rostro. El desgraciado cayó al instante en redondo, mientras su lugar era ocupado por otro guerrero. No causamos muchas bajas a esa distancia. Era casi imposible que una flecha penetrara en las protecciones que vestían los godos tirando desde tan lejos; debíamos esperar a que estuvieran más cerca para tratar de optimizar en lo posible las reservas de flechas. Di la orden a Issa para que hiciera parar a los arqueros y los preparase para cuando el enemigo se encontrara a menos de cincuenta pasos del muro: ese sería el momento en que trataríamos de menguar las filas godas.

Antes de llegar a esa distancia, los hombres ralentizaron el paso y se cubrieron con sus escudos, a la espera de que los compañeros que cargaban con las escalas pasaran a su lado con la misión de afianzarlas en la piedra. Ese era el momento para castigar a los atacantes: grité la orden para que los arqueros, que llevaban unos instantes que parecieron eternos con los arcos dispuestos, soltaran las cuerdas y sembraran la muerte en el campo enemigo. Varios godos cayeron, pero la marea formada por aquellos hombres cuya única meta era llegar a la muralla y asentar allí las escalas no perdió fuerza. En ese momento se me hizo evidente que, pese a mi inicial incredulidad, la única estrategia que usarían los godos para ganar la muralla sería tratar de ascender por las escalas. Debían de estar muy convencidos de su superioridad, porque de cualquier otra manera hubiera esperado un ataque más organizado, como el que suponía que estarían sufriendo los nuestros en el portón.

Decidí que al fin había llegado el momento de utilizar aquellos cadáveres que se hacinaban al pie de la muralla para tratar de enviar a sus compañeros a hacerles compañía allí donde sus almas se encontraran, por lo que, a voz en grito, tratando de hacerme oír sobre el escándalo que desataba la horda que se acercaba hacia nosotros, reclamé a los nuestros que subieran el aceite hasta la muralla. Nervioso al ver que el avance enemigo no se frenaba ni un ápice con las descargas de nuestros arqueros, me di la vuelta protestando airadamente por la tardanza de los míos en cumplir mis órdenes, y me sorprendí al ver a Vera y Sunna entre los voluntarios que habían seguido a Issa hasta nuestra sección. Las miré con extrañeza, pero no dije nada: cualquier brazo era bienvenido en las circunstancias en las que estábamos.

Cuando las cacerolas humeantes estuvieron listas, mis guerreros cargaron con ellas hasta el borde de la muralla dispuestos a derramar su hirviente líquido. A duras penas lograron cargar los enormes calderos, y verter su contenido al otro lado de la muralla. Cuando aún quedaban calderos por vaciar, a mi derecha, una flecha enviada desde el frente enemigo atravesó el cuello de uno de los hombres que se afanaba por subir la cacerola al muro. El tipo murió al instante y el caldero, desequilibrado, derramó su contenido sobre nuestra muralla, provocando los gritos de dolor de los que habían sido sus compañeros. Escapé por poco de escaldarme los pies con el humeante aceite, pero algunos de los hombres que cargaban con él no tuvieron tanta fortuna. Sus lastimeros quejidos, antes incluso de que los godos pusieran un pie en la muralla, hicieron que la sombra de la derrota asomara por primera vez –si es que no lo había hecho ya– en la mente de mis hombres.

En otros lugares el aceite llegó al suelo antes incluso de que los primeros godos lograran asentar las escalas en la muralla. Ya estaba todo dispuesto para la defensa. En ese momento había acabado cualquier conexión con los otros lugares del poblado. No podríamos volver a preocuparnos por nuestros compañeros, hasta que hubiéramos acabado con los atacantes que se desplegaban frente a nosotros, y tampoco podíamos esperar ayuda salvo que los nuestros vencieran a su vez.

Seis enormes escalas amenazaban con provocar una matanza en mi muralla, pero en lugar de hacer caso a mi primer instinto de utilizar las horcas para tratar de tumbarlas, me limité a amagar con tal posibilidad, mientras

avisaba a Issa para que sus hombres prepararan los arcos con las flechas incendiarias. Cuando ya los godos empezaban a subir, y el grueso de los suyos, pensando que la primera parte de su simple estrategia había tenido éxito, habían abandonado su postura defensiva para comenzar la carrera hasta la muralla, hice la señal convenida para que los arqueros dispararan hacia los cadáveres envueltos en chisporroteante aceite que se hacinaban en la base. Los primeros godos debieron de pensar que nuestros arqueros estaban faltos de puntería, porque vieron cómo se asomaban por la muralla, pero ninguno de sus dardos acertaba en los atacantes. Lo primero que debieron de sentir fue alivio, seguido del pánico cuando pocos segundos después el suelo bajo sus pies fue ganando temperatura a medida que el fuego prendía en las ropas de los caídos. No había escapatoria. Los que se encontraban en la base de las escalas saltaron como pudieron hacia el suelo antes de que las llamas se extendieran hasta ellos, pero los que ya se encontraban a mitad de camino no tuvieron más remedio que ascender en busca de una muerte segura. Fueron muy pocos, apenas un par de guerreros por escala los que lo intentaron, pero murieron sin haber hollado nuestro suelo. Cuando el último de ellos, con al menos dos flechas clavadas en su carne, trataba de saltar el escalón que lo separaba de nosotros, lo esperé al pie de la escala mientras Issa y los suyos se concentraban en los que permanecían bajo la muralla. Pude ver la desesperación del guerrero. Él solo se enfrentaba a una muerte segura rodeado de enemigos, pero en un acto que le honraba no pidió clemencia. Por la expresión de su rostro, me pareció que sabía que tampoco la tendría. Solté mi escudo y con la espada agarrada con las dos manos lancé un mandoble a la altura de su cuello. Herido como estaba poco podía hacer, y su cabeza cayó rodando por la escala antes de que su inerte cuerpo la siguiera.

La batalla no podía comenzar mejor para nuestros intereses, con cuatro de las escalas pasto de las llamas. Mientras, los godos más avisados trataban desesperadamente de utilizar sus escudos para acumular tierra con la que apagar los fuegos. Aquello fue casi un entrenamiento para nuestros arqueros; incluso los más inexpertos se despacharon a gusto. Tan solo tenían que elegir un blanco desprotegido y disparar hasta que cayera abatido. Únicamente unas pocas flechas enviadas desde el frente godo llegaron hasta las almenas, y pocos de mis hombres encontraron la muerte bajo su vuelo. Lo que

anteriormente habían sido malos presagios y dudas, se tornaron en esperanzados murmullos ante nuestra inesperadamente fácil victoria. Los guerreros godos, al fin conscientes de que era inútil tratar de utilizar las escalas, formaron en testudo y abandonaron ordenadamente nuestro frente hacia otras zonas de la muralla, donde esperaban que los defensores no hubieran estado tan afortunados; y no andaban errados. La incomodidad de soportar el hedor del grueso de la masa de cadáveres bajo nuestro muro se había convertido en nuestra mayor ventaja, mientras que los que habían disfrutado de un aire menos enrarecido durante sus guardias no podrían imitar ahora nuestra estrategia con garantías de éxito. Miré a mi derecha, hacia donde en la ocasión anterior tuvimos que socorrer a Linto; los hombres allí destacados trataban de contener el empuje de los primeros guerreros godos que habían llegado hasta a ellos. Renegué para mis adentros por la escasa pericia del cabecilla de aquella sección, porque no me parecía tan complicado repeler un ataque como aquel a plena luz del día y con los hombres dispuestos. Antes de decidirme, traté de echar un vistazo hacia el portón y su expuesta muralla, pero apenas podía ver nada de lo que pasaba allí.

Cuando ya el olor a carne quemada comenzaba a ser inaguantable elegí a la mitad de los míos y corrimos a través de la muralla como hiciéramos la jornada anterior. Era una situación que se repetía, y rogaba porque tuviera el mismo final. Según dejamos atrás a los hombres que se quedarían allí para atajar cualquier nuevo intento de asalto, que en ese momento parecía poco probable, tuvimos que pelear por cada paso de muro que pretendíamos recorrer. Fui perdiendo hombres a medida que estos quedaban trabados en la lucha, ayudando a sus compañeros, que trataban por todos los medios de vencer la resistencia de los atacantes y enviar las escalas nuevamente a tierra.

Miré hacia el frente antes de detenerme con los míos, y evaluar en qué lugar de la muralla era más necesario, y al fin pude ver cómo, una veintena de pasos más adelante, un fuerte grupo de los nuestros cercaba una única escalera, mientras a escasos pasos a su derecha, apenas un puñado luchaba contra similar número de adversarios. Enseguida pensé en qué habría llevado a los hombres a distribuirse de tan absurda manera, y más con la cantidad de godos que amenazaba todo el perímetro de la muralla, pero según lo pensaba, la respuesta vino a mí. Entre el amasijo de cabezas de los nuestros, pude

distinguir cómo, a los pies de la escala que más defensores acumulaba, los hombres caían como si fueran espigas de trigo durante la siega. ¿Qué demonios habría subido por la muralla? ¿Me habría cruzado el destino de nuevo con Liuva? pensé a la vez que escupía hacia el suelo. Dejé a Issa donde estábamos a cargo del resto de los nuestros, y me llevé un puñado de hombres hacia aquella escalera. Al llegar frente a ella, comprobé atónito cómo tan solo tres guerreros godos protegían el lugar. De ellos, uno destacaba sobremanera. De enorme estatura, tal vez incluso mayor que yo mismo –aunque era difícil asegurarlo porque no se estaba quieto un instante– le sacaba al menos una cabeza al mayor de los hispanos que se le enfrentaban. Antes de que llegara, tuve ocasión de comprobar cómo se las gastaba pese a la evidente inferioridad en la que se encontraba. Inmediatamente me arrepentí de tildar su situación como de inferioridad, porque comprobé cómo aquellos tres eran capaces de proteger la posición para que otro de sus compañeros ascendiera tras ellos y se lanzara a la refriega, seguido aun de otro guerrero más. Como aquello durara mucho, al final no podríamos contenerlos: era necesario acabar con aquella sangría lo antes posible. Apuré el paso y empujé a los míos hasta situarme en primera fila. Creo que todos se sintieron aliviados porque al fin un botarate con arrestos les salvara de tener que cubrir los huecos dejados por sus compañeros para ser el primero en enfrentarse a aquel oso furioso que no había parado de matar a los suyos desde que subiera por la escala.

Me metí entre dos asustados hispanos y eso fue lo que sentí: fue como introducirme en la madriguera de un oso furioso. Lo que no esperaba era que el oso fuera un viejo amigo: Ibbas. Macizo y brutal como siempre, ataviado con su enorme cota de anillas del color del bronce, y su cabello cayendo en una cascada desordenada por fuera del casco, luchaba ese día con una enorme hacha que hacía bailar con una mano, cuando cualquiera de sus oponentes habría necesitado de las dos solo para balancearla. Estaba preparado para Liuva, pero no para Ibbas. Pero apenas pude darle vueltas a la cabeza, porque el godo no veía lo que tenía delante suyo, arremetía como un loco contra cualquiera que encontrara a su alrededor, por lo que rápidamente me encontré su gigantesca hacha incrustada en mi broquel. Mi cuerpo tembló desde el brazo del escudo hasta la punta de los pies, y creo que todas las anillas de mi cota tintinearón como si se tratara de un adorno de los que cuelgan los viejos

para proteger sus casas de los malos espíritus. Con un rugido trató de liberarla, y al quedar trabada en la madera, por último tiró tan fuerte que rompió las abrazaderas; de no haber tenido las protecciones de cuero de mis antebrazos, me hubiera propinado un buen corte.

–¡Ibbas! –grité, para sorpresa de todos los presentes. Por un momento los hombres a nuestro alrededor dejaron de luchar, y una tensa calma se apropió de los presentes–. ¡Soy yo, Attax! ¿Qué demonios haces tú aquí? ¿Qué cojones se te ha perdido en esta roca?

Me miró de arriba abajo, y pude ver cómo no se sorprendía de verme con la malla de Segga, sino que incluso sonreía bajo su casco.

–¡Así que era cierto que fuiste tú!

Ibbas estaba herido. Aunque tratara de disimularlo, tenía un corte en el muslo que no parecía profundo, pero del que manaba sangre abundantemente. Poco castigo para haber acabado con todos los defensores que cubrían el suelo a nuestros pies. Podía ver cómo los suyos, aprovechando la pausa, ganaban terreno y un nuevo guerrero salía de la escala para sumarse a sus compañeros. Aquello no podía continuar: aunque fuera Ibbas, tenía que acabar con él si quería mantener la muralla en nuestro poder y darle una posibilidad a los míos de salvarse.

Lo miré, invadido por una extraña calma.

–No nos rendiremos, Ibbas. Y apuesto a que vosotros tampoco. Así que no queda otra solución, ¿verdad? –Él se limitó a menear la cabeza–. Hoy se decidirá lo que un día empezamos, amigo –exclamé mientras tendía la mano hacia atrás, donde uno de los hispanos me tendía presuroso su escudo–. Ha sido un placer luchar a tu lado –dije, sintiéndolo como cierto.

–Lo mismo digo, alano. Va a ser una lástima tener que enviarte con los tuyos –respondió él, altanero, mientras por el rabillo del ojo miraba si alguno más de los suyos había ganado la muralla.

Agarré el escudo, me puse en guardia y avancé hacia él.

CAPÍTULO XXVIII

Lógicamente, no pude ser testigo directo de lo que ocurría en otros lugares de la muralla. Lo que a continuación relato sobre lo que acontecía en esos mismos instantes sobre el portón, o a lo largo del perímetro del recinto, llegó a mis oídos más tarde, principalmente por boca de Marco, aunque también tuve la ocasión de escuchar las impresiones de otros muchos de los que allí nos batimos aquella aciaga tarde.

Pienso que él mismo –últimamente siempre cargado de esos costosos pergaminos en los que asegura que transcribe nuestra vida– sería el más indicado para relatarlo en primera persona. Pero él, bajando la mirada, me responde con algunas vaguedades incomprensibles sobre “contar nuestra historia a través de mis ojos”, e insiste en que cambiar de narrador en tan crucial momento no tendría sentido. Creo que se aferra con terquedad a tal argumento porque prefiere no rebuscar en sus propios recuerdos; a mí tampoco me resulta sencillo. No obstante, estoy dispuesto a perdonarle esta debilidad, y tratar de complacerlo. Puede que incluso volver a mirar al pasado a través de mi relato sea más justo para el muchacho que hacerlo bajo el peso de su propio e implacable juicio.

Así, más tarde supe que mientras yo me las tenía que ver con Ibbas en una muralla cada vez más atenazada por el enemigo, sobre el portón las cosas no iban mucho mejor. Pese a que allí se concentraban nuestros mejores hombres, también era donde los godos habían desplegado un mayor número de efectivos: más de dos centenares de guerreros se acercaban hacia *Coviacum* por ese flanco. Los hombres que transportaban las escalas, mucho más rápidos que sus compañeros del ariete, se precipitaron a la carrera para tratar, si no de tomar la muralla, al menos sí de dificultar a los nuestros el ataque contra el inmenso artilugio que, lenta pero inexorablemente, avanzaba hacia el portón. Fue un constante toma y daca, donde los godos pugnaban por afianzar las escalas y los hombres de Marco por echarlas abajo.

Cuando los guerreros godos que acompañaban al ariete en su penoso recorrido se acercaron hasta ponerse a tiro desde la muralla, aquellos que

disponían de arcos comenzaron a lanzar una andanada tras otra por encima de los muros, tratando de barrer a los defensores. No lo consiguieron, pero sí provocaron algunos heridos y un tremendo desconcierto. Marco, desesperado por la situación, tratando de dar ejemplo a los suyos, cogió él solo una de las horcas para encajarla en el listón de la escala que tenía más cerca, haciendo caso omiso de las flechas que surcaban el cielo sobre él. Cuando al fin había logrado afianzar el madero, recibió el impacto de una flecha en su pecho, y solo la recia cota de malla evitó que lo atravesara. Enseguida Galieno y Arcadio corrieron hacia él y completaron la labor, empujando la escala hasta que se precipitó con estrépito hacia el suelo. Por fortuna, el hispano pudo levantarse por su propio pie tras el impacto, renqueante y llevándose la mano al dolorido pecho, pero al menos sin ninguna herida abierta. Lo importante era que una de las escalas había caído, y el arrojado de su cabecilla hizo que los defensores, cohibidos hasta ese momento por las mortíferas descargas de los arqueros, se pusieran al fin manos a la obra y acudieran con presteza a repeler los intentos de los godos por situarse sobre el muro.

Bajo ellos, el cántabro aguardaba nervioso con sus hombres el momento en que el monstruoso ariete se colocara al otro lado de la puerta y comenzara a golpearla sin piedad, una vez tras otra, hasta que saltara por los aires si nadie lo evitaba. Escudo contra escudo, observaban con aprensión por encima de la barricada al recio portón de madera de pino, que aún permanecía incólume, separándolos de un desigual combate contra los veteranos que los esperaban al otro lado de la muralla. Cuando en el adarve los primeros godos habían logrado asentarse en el firme pese a los denodados esfuerzos de los defensores, y los hombres de Marco se enzarzaban con ellos en un sangriento combate cuerpo a cuerpo, al fin llegó el momento que aguardaban con desasosiego Linto y los suyos. El ariete sorteó sin apenas bajas las tímidas descargas de flechas que llovían desde las almenas, donde nuestros arqueros apenas podían asomarse al muro para disparar sin exponerse a las flechas de los atacantes, y se colocó frente a la puerta descargando el primer golpe, generando el brutal estrépito del trueno que avisa de la cercana tormenta. Hasta yo mismo, distante como estaba, y concentrado en evitar la afilada hoja de Ibbas que bailaba sobre mi cabeza, juraría que sentí el temblor que sacudió toda la estructura.

Con los primeros godos ya asentados en la muralla, los aceros brillaron a la luz del sol, y la sangre comenzó a correr por las desgastadas rocas. Tal fue la magnitud del choque que Marco, viendo la cantidad de godos que subían al muro pese a los esfuerzos de los suyos, tuvo que llamar a su lado a la mitad de la reserva de hombres que había dispuesto para acudir en ayuda de las secciones más necesitadas. Y en verdad esa era la defensa más comprometida en ese momento: creo que ni yo, luchando con Ibbas, estaba tan cerca de la derrota como los nuestros allí. Los pocos hombres de la reserva que quedaron desocupados aguardaban bajo la muralla la llamada del chico, para en caso contrario estar cerca de Linto cuando el portón cayera, y ayudar al cántabro y a sus guerreros a tratar de contener por todos los medios el avance del enemigo hacia el interior de la fortaleza.

Gran parte de la culpa de esa situación debió de haber sido nuestra. Con el ardid empleado para proteger nuestra sección de la muralla, empujamos a aquellos godos que trataban de subir por ella a buscar otros lugares donde fuera más viable probar fortuna, y muchos debieron encontrarlo en la muralla del portón, conscientes de que si no podían acceder al interior por medio de las escalas, esperarían a que el ariete hiciera su trabajo y les abriera el camino.

Galieno luchaba como un coloso. Suyos fueron los primeros golpes que derribaron a un guerrero forrado de cuero desde las botas hasta el casco, que acababa de hendir su hacha en la cabeza del defensor que pugnaba por contener su avance. El tipo gritó de júbilo al acabar con el hispano, pero no tuvo tiempo para mayores alegrías. Galieno, tras eludir la mortal hoja del godo, lanzó una estocada que abrió su garganta. Por desgracia no pudo lanzar abajo la escala junto con el cuerpo de su oponente, porque cuando buscaba algo con lo que ayudarse para hacerlo, saltó sobre él otro atacante desde la escala contigua. Allí, en ese tramo de la muralla, los godos trataron de juntar sus escalas para facilitar que sus hombres se ayudaran entre sí una vez hubieran llegado arriba, y lo consiguieron gracias al gran número de guerreros que utilizaron en el ataque.

Cuando ya llevaban un buen rato de lucha, Marco, con la espada goteando con la sangre de sus enemigos y un feo golpe en el brazo del escudo que había hecho saltar parte de las anillas de su cota, se dio cuenta de que ni siquiera

con los hombres que había llamado desde la reserva tendría suficiente para abortar el ataque, por lo que, pese a dejar momentáneamente desguarnecido el portón, donde quedaron tan solo Linto y los suyos, dio la orden a uno de los hispanos que lo acompañaban para que reclamara el concurso de los que aguardaban al pie de la muralla. El apoyo al cántabro, por el momento, tendrían que asumirlo los voluntarios del poblado: ancianos, jóvenes y mujeres.

Me habría sentido orgulloso de estar al lado de Marco, y verlo batirse como un valiente, porque eso fue lo que me transmitieron los que lucharon a sus órdenes ese día. Muchos godos encontraron la muerte bajo la hoja de su espada, y otros tantos hispanos le debieron la vida a partir de ese día. Siempre tuvo una habilidad especial para blandir un arma como si fuera algo natural en su persona. Nervudo y elástico, aunque no tan corpulento como Galieno, siempre tuvo una muñeca de acero. Desde que, de pequeño, comenzara a instruirlo en el uso de las armas, me sorprendía la firmeza con la que el chico asía la espada, y la facilidad con que dibujaba en el aire todas las figuras que le enseñaba. Pero aquí no se las tenía que ver con un muñeco de madera y paja, sino con recios veteranos de mil batallas: los hombres que habían cruzado los Pirineos con Teodorico. Ese día, muchos fueron testigo de su destreza. No se dejó dominar por el miedo en ningún momento, ni aun cuando parecía que él mismo y los suyos estaban condenados a morir bajo el acero de los asaltantes. Tampoco le venció la responsabilidad de contar con hombres bajo sus órdenes, en aquel primer mando del que disfrutó, aunque fuera motivado por la trágica muerte de Lucio. Siempre estuvo en el lugar más comprometido de la muralla, y algunos hombres, antiguos camaradas de Lucio, decidieron protegerlo como si de su antiguo cabecilla se tratara. Tuvieron que correr tras él como si fueran sabuesos para abordar una de las escalas, donde varios hispanos yacían a los pies de un abigarrado grupo de godos. Aquellos eran nuestros mejores hombres: no solo formaban parte del círculo cercano a Lucio, sino que además habían obtenido del combate anterior unas buenas cotas de malla, que lucían con orgullo. Así ataviados, debía de costar distinguirlos de los atacantes, hasta que lograbas adivinar que seguían a aquel guerrero tocado por un antiguo casco romano de caballería en el fragor de la batalla.

Si nosotros sufríamos lo indecible contra un menor número de guerreros, en la puerta la situación rayaba la desesperación. Entonces ocurrió algo que en el fondo esperaba tras confirmarse el ataque enemigo. Mientras Marco y los suyos intercambiaban golpes con los godos que protegían una de las escalas, de una ellas, en otro punto de su muralla, surgió Liuva en todo su esplendor guerrero. Como recuerdo de nuestro anterior encuentro, lucía un apretado vendaje en la mano del escudo, que protegía sus falanges cercenadas. Pero tal era la rabia que lo animaba que el dolor que debía de producirle la herida quedaba en un segundo plano.

Marco, ajeno a ello, desvió un hachazo dirigido a su rodilla y golpeó al godo que lo atacaba propinándole un golpe con el pomo de su espada en la cara. El movimiento no fue limpio, y también la mano del hispano sufrió el impacto del metal, quedando adormecida por un instante. Por suerte para él, su oponente también quedó aturdido, y ese momento lo aprovechó el hispano que estaba a su derecha para clavar la punta de su espada en su ingle. Marco apenas tuvo tiempo para dar las gracias al guerrero, porque a punto estuvo otro godo de acabar con su salvador. El joven interpuso su escudo y así saldó su deuda; el hispano le sonrió bajo el casco, antes de que el joven devolviera el mandoble al godo. Este, tras balancear su arma amenazadoramente hacia Marco, al fin atacó, y el chico paró sus golpes uno a uno, hasta que pudo pasar al contraataque y devolverlos a su adversario.

En otro lugar sobre el portón, Liuva, una vez bien afianzado sobre la muralla, y habiéndose cobrado ya la vida de unos pocos hispanos, oteó el adarve en busca de un rival digno con el que medir su espada, y al fin lo atisbó allí donde Marco y los suyos se batían con denuedo. El godo fue sembrando la muerte allí por donde pasaba, con una mueca de desprecio y locura a partes iguales bajo las protecciones de su casco. Marco al fin había logrado vencer la defensa de su oponente, agachándose para recibir el tajo del godo en su escudo y aprovechando la inercia del atacante para, de un salto, esgrimir su espada y clavársela al individuo bajo el casco. Entonces, Liuva, ya casi a su lado, se abrió paso con un golpe de su escudo entre dos de los guerreros que luchaban junto a él. Antes de que aquellos pudieran reaccionar, uno de ellos ya tenía dos palmos de acero en las entrañas. El arma del godo atravesaba las

toscas protecciones de cuero como si fueran de fino paño, como el que usaban los ricos romanos en sus opulentas recepciones.

Sorprendido por el repentino ataque desde su flanco, Marco reaccionó rápidamente y detuvo un mandoble asesino de Liuva, que buscaba hendir su costado. Tres de los hombres que conformaban su improvisada guardia de corps yacían sin vida a sus pies, y en ese instante el muchacho reconoció a Liuva. Aquel feroz yelmo bajo el que se adivinaban los crueles ojos de su enemigo era inconfundible: si lo habías visto una vez frente a ti en el campo de batalla y habías sobrevivido, eran muchos los que rogaban por no verlo más.

Se separó del godo y se cubrió con el escudo mientras caminaba muy despacio en círculos, tratando de mantener a raya a su oponente. Este enseguida reconoció al muchacho, cuyos rasgos no quedaban escondidos por el abierto casco romano.

–Así que tú también estás aquí, cachorro. –Le espetó Liuva mientras hacía bailar la espada en su mano.

Como Marco me confesara más tarde, no solo quedó aturdido por ver al godo a su lado, sino también porque este mencionara que no era el primero de los nuestros al que veía. Yo mismo, que había luchado con él sobre la escala por la que pretendía alcanzar la muralla en el ataque anterior, había ocultado ese hecho, confiando en que el godo hubiera muerto cuando su escala se precipitó hasta el suelo, bien de un mal golpe, o bien alcanzado por la lluvia de proyectiles con la que los despedimos. Aunque en el fondo intuía que un malnacido como aquel sería más difícil de matar.

–Es una lástima que no esté aquí tu amigo Salla para ver cómo acabo contigo. –Golpeó su escudo con la espada y terminó la frase–. Me hubiera gustado ver su cara cuando te envíe a hacerle compañía al diablo.

Liuva se lanzó a fondo, esperando apabullar a Marco con su feroz ataque. El hispano paró, no sin esfuerzo, cada uno de sus golpes, mientras algunos de los suyos trataban de desviar la atención del godo de su cabecilla. Pero Liuva tenía muy claro que no aflojaría su presión sobre su presa hasta que esta acabara exánime a sus pies. Un mandoble de derecha sobre el escudo de Marco, otro de revés, y el entrechocar de los dos aceros. Con los dientes apretados, el hispano aguantó la presión que ejercía el godo hasta que por último los liberaron echándose hacia atrás. En ese instante, uno de los guardas

de Marco trató de atacar por el flanco a Liuva, pero este no estaba desprevenido, como esperaba el hispano, sino que hizo una finta para esquivar a su atacante y aprovechó su movimiento para agarrarlo y propinarle un golpe con el pomo de su espada en la cabeza. Acto seguido lo degolló sin dejar de mirar a Marco, en guardia frente a él. Tiró el cuerpo sin vida hacia delante para entorpecer los movimientos de Marco, lo que aprovechó para lanzar un golpe tras otro, que el hispano solo podía desviar con su espada al haber quedado su escudo atorado bajo el cadáver. Uno, dos, tres, cuatro, hasta cinco golpes resistió Marco mientras trataba de zafarse del cuerpo, y cuando ya casi lo había conseguido, y su brazo clamaba porque lo liberaran de ese martirio, Liuva cambió en el último momento la dirección de su ataque y su acero encontró la carne del hispano en su trayectoria. Con el intenso dolor reflejado en su rostro, Marco trató de separarse de su enemigo, mientras unas gotas de sangre marcaban el camino que trataba de seguir en su huida. Liuva, consciente de su inminente victoria, se acercó lentamente hacia él. Cuando al fin Marco llegó hasta los escalones que daban acceso al torreón, esperando encaramarse al mismo, algo se interpuso en el camino de Liuva. Un guerrero hispano cubierto de acero y sangre, dispuesto a parar al godo a cualquier precio. Era Galieno.

CAPÍTULO XXIX

En el otro extremo de la muralla la situación continuaba en tablas. Ni los godos habían logrado barrernos de las defensas, ni nosotros habíamos logrado enviarlos de nuevo al otro lado. Una buena noticia –al menos para nosotros, que no para Marco y los suyos– era que ya no subían nuevos guerreros por la escalas, sino que luchábamos contra la totalidad de los hombres que acumulaba el enemigo en aquella zona. Ibbas y yo continuábamos enzarzados en un combate que provocaba que en algunos momentos los hombres a nuestro alrededor pararan unos instantes para contemplar de refilón cómo semejantes campeones trataban de acabar el uno con el otro. El godo poseía una enorme y maciza figura y una destreza difícil de igualar, y yo mismo, aunque con más años a mis espaldas y un poco más lento que en mi juventud, había conservado mis músculos en forma y mi vientre todo lo plano que me había sido posible después de casi un año de campaña.

–¿Está tu chico aquí? –le pregunté casi sin resuello mientras golpeaba con mi espada la base de su escudo. Su respuesta no me sorprendió.

–¿Quién crees que está con el ariete, zoquete? No pensarías que Liuva es capaz de unos preparativos tan complejos, ¿eh, cabeza hueca? –respondió a la vez que golpeaba con su hacha mi recién adquirido escudo, haciendo saltar por los aires uno de los tablones.

Contraataqué con mi espada buscando la mano con la que sujetaba el hacha, con tanta fortuna que pude alcanzarlo, haciendo que el godo soltara el arma con un gesto de dolor. Pude hacerlo porque ni siquiera para Ibbas debía de resultar fácil manejar aquella monstruosidad durante tanto tiempo como lo había hecho, no solo por mi pericia. Aproveché el momento en que el godo daba un paso atrás, y atacé a uno de sus compañeros, que estaba a punto de acabar con uno de los míos; con un certero mandoble, hundí mi acero en su casco, dejándolo a merced de su contrincante. Cuando me volví hacia Ibbas, este ya había sacado su espada y me esperaba con una sonrisa socarrona en los labios.

–Por la Santa Eulalia, alano, ¿quieres centrarte en lo nuestro? ¿O quieres quitarme todo el mérito de la victoria dejándote matar como un corderito?

–En el fondo eres tú el corderito, cristiano...

Me atacó a fondo con su enorme espada, y desvié el golpe con la mía para volver a colocarme en guardia.

–Puto hereje de mierda, tu pueblo aún bebe meados de cabra. En vez de matarte, debería encerrarte en un monasterio para que al menos salves tu ignorante alma. ¿No tuviste suficiente con la aparición de la Santa para comprender que estás condenado?

Desvié su espada con mi escudo y respondí con un molinete que tocó el lateral de su cota de malla, aunque sin lograr traspasarla.

–Tú sigue creyendo en esos cuentos, que yo prefiero seguir distinguiendo sin problemas a las santas de las putas.

–¿Acaso te crees que yo no lo hago? Te aseguro que pienso seguir yéndome de putas con la conciencia tranquila –me respondió, jocosamente, sin asomo de saber por qué hacía ese comentario. Él, como la mayoría, no había conocido a Celeste, la “santa”; y yo nada había revelado.

Intercambiamos unos cuantos golpes más, mientras los hombres que se encontraban a nuestro alrededor se iban apartando de aquellos lugares donde nos llevaba aquel mortal baile.

En ese instante sucedió algo que vino a desequilibrar la lucha a nuestro favor, y fue la irrupción de Arcadio corriendo desde su muralla, seguido de una treintena de hombres, barriendo a su paso tan solo por el peso de su número a cuantos godos encontró en su camino. De repente, los atacantes que nos habían tenido en jaque desde que llegáramos provenientes de nuestra sección, habían quedado limitados a un pequeño grupo de diez guerreros extenuados y heridos que, con Ibbas al frente, pugnaban por formar un muro de escudos de espaldas al muro.

Ambos grupos nos concedimos un fugaz respiro, y así pude ver al responsable de nuestra momentánea victoria.

–Alano, hay que apoyar en el portón, ¡la puerta no aguantará mucho más! Acaba con estos perros de una vez –me dijo señalando con su espada al grupo de godos que nos esperaba en silencio.

Evalué la situación un instante antes de responder. A mi lado estaba uno de los hombres que me había seguido desde el inicio del combate; jadeaba por el esfuerzo realizado, y pese a un aparatoso corte por encima de la rodilla, trataba de mantenerse en pie. El resto tampoco estaban mucho mejor. Pero al menos aún contaba con la mitad de mis hombres y con unas cuantas decenas de los defensores originales de aquella muralla. Detrás de nosotros, algunas mujeres –entre ellas Vera y Sunna– y críos –en ese grupo reconocí a Artemio– remataban a aquellos godos que habían quedado en el suelo tras la arrolladora irrupción de Arcadio y los suyos. Sin duda más que suficientes para acabar con el puñado de godos que nos miraban desde detrás de sus escudos.

–¡Atrévete a acabar conmigo, hispano de mierda! –le gritó Ibbas, colérico, mientras le hacía un gesto al veterano romano para que se acercara.

La respuesta del romano no se hizo esperar, pero para mí tranquilidad no cayó en la provocación del godo.

–Debería abrirte en canal como el animal que eres, pero no tengo tiempo que malgastar, sucio bastardo.

Ibbas escupió en dirección a Arcadio y le espetó con evidente desprecio.

–Di mejor que no tienes agallas... cobarde.

–Issa –grité para que el britano me escuchara. Hice un rápido recuento de los guerreros que quedaban sobre la muralla antes de darle sus nuevas órdenes–. Coge a cuarenta hombres y sigue a Arcadio, pero acércate antes por nuestra muralla y recoge cuantos hombres puedas. Creo que esto se decidirá en el portón y cualquier espada será necesaria allí.

Con veinte guerreros bajo mi mando, esperaba, si no acabar con Ibbas y los suyos, al menos impedir que fueran una amenaza; pero lo cierto era que eso eliminaba la posibilidad de enviar otro pequeño grupo en apoyo de Marco.

El britano se acercó hasta mí y me miró con extrañeza por ordenarle que me abandonara.

–Attax, Arcadio puede comandarlos. Yo puedo serte útil aquí.

–Marco te necesita más que yo. Apostaos frente a la puerta y tratad de contener a los atacantes cuando logren tumbarla. La barricada debería frenarlos al menos durante un momento, y ahí es donde tú y el resto de los arqueros debéis afinar vuestra puntería y sumar cuantas bajas seáis capaces.

El joven asintió, y se colocó el arco a la espalda mientras silbaba para reunir al puñado de arqueros que quedaban. Antes de que se fuera, también Ibbas se despidió de él, aunque a su modo.

–¡Britano! –gritó con su fuerte vozarrón para hacerse oír entre el barullo–. Witiza anda por ahí, así que ni se te ocurra matarlo de un traicionero flechazo, porque te perseguiré y te arrancaré las pelotas.

Arcadio miró tanto al godo como al britano con extrañeza, pero no tenía tiempo para detenerse en comprender la extraña relación que los unía. Con un gesto, salió corriendo seguido de sus hombres hacia el lugar donde se decidiría la suerte de *Coviacum*.

Yo los seguí con la mirada, mientras los que se habían quedado conmigo enseñaban sus armas al grupo de godos para evitar que estos se lanzaran hacia delante. Un centenar de hombres recorrerían la muralla para llegar hasta donde esperaba que Marco aún mantuviera su posición, como aseguraba Arcadio. No sabía cuántos hombres le quedarían al joven, pero los que corrían por la muralla eran la última oportunidad que tenía de recibir refuerzos. El resto serían tan solo voluntarios del poblado, que poco podrían hacer frente a los guerreros godos. Mi mente daba vueltas una y otra vez sobre lo mismo: tenía que ir hacia el portón, debía estar con Marco y los míos cuando la batalla se encontrara en su punto álgido, no podía fallarles. Pero tampoco podía dejar allí a Ibbas, y, o mucho me equivocaba, o la lucha que teníamos pendiente entre los dos grupos no sería ni fácil ni corta. Pese a nuestra ventaja numérica, los godos habían formado un sólido muro de escudos, tras el que nos desafiaban a que tratáramos de arrancar las armas de las manos exánimes de cada uno de sus dueños. Esa formación sería muy difícil de echar abajo, y más cuando Ibbas ocupaba su centro. Él solo parecía ocupar el lugar de dos guerreros, y bajo su abollado casco se adivinaba una mueca salvaje. Pero no importaba: tenía que acabar con aquello si quería estar con Marco cuando la puerta cayera. No podía fallarle. Así que di un paso al frente y hablé.

–Ibbas, nada hacemos aquí, ni tú ni yo. La batalla se decide en otro lugar y es allí donde deberíamos estar.

–La batalla se decide donde yo esté –espetó él furiosamente, consciente de que únicamente su fuerza de voluntad era la que mantenía unido aquel muro de escudos.

–Bajad de nuevo por la escala. Lucharemos, pero no aquí.

Un murmullo de sorpresa recorrió las filas detrás de mí. Mis hombres no podían dar crédito a mis palabras, y no podían entender qué me había llevado a hablar así. También entre los godos pude observar cómo los hombres se miraban unos a otros con extrañeza y susurraban en su gutural lengua. En aquella desesperada situación, se preparaban para entregarse a una muerte cierta, aunque dispuestos a vender cara su vida llevándose cuantos hispanos pudieran. Pero aquel sería un sacrificio inútil: nadie recordaría lo que había ocurrido en aquella solitaria muralla, habiéndose concentrado ambas fuerzas en el portón.

–¿Te has vuelto loco? ¡Ibbas nunca huye! –dijo, remarcando sus palabras con golpes de su espada contra el escudo.

–Tengo que ayudar a un viejo conocido tuyo, amigo; y creo que tu chico también te echará de menos. Nada haremos aquí salvo aburrirnos. Y mi espada aún está sedienta.

–En eso estoy de acuerdo contigo, alano –convino, pensativo–: esta muralla no reportará gloria.

–Nadie recordará lo que aquí suceda, por mucho que derramemos hasta la última gota de nuestra sangre –afirmé, mientras el puñado de hombres que estaban tras de mí comenzaban a vitorear. Ellos interpretaron en mis palabras que los godos no podrían vencer, y que *Coviacum* resistiría... aunque lo que en verdad había querido decir era que semejante lugar, pobre y aislado, no sería digno de recordarse ni siquiera si reportara una victoria. Aquello no era *Emerita* ni *Braccara*, y creo que Ibbas llegó a entender mis palabras–. Dame tu palabra de que te dirigirás hacia el portón –exigí.

Ibbas se llevó la espada a los labios y la besó. Le dio igual que la sangre de sus enemigos resbalara por ella.

–Esta es mi palabra. Ahora prométeme tú que no nos atacaréis cuando bajemos por la muralla.

–Podríamos haberos acribillado a flechas hace tiempo –dije muy seguro de mí mismo, aunque en el fondo sabía que habría sido inútil. Teníamos pocos arqueros y los godos se encontraban demasiado cerca y demasiado bien protegidos.

–Y yo habría podido mataros a todos, pero.... -enseñó los dientes en una mueca-. Alano, la próxima vez que nos veamos uno de los dos morirá. Y no creo que el destino dilate mucho más nuestro encuentro.

–Entonces espero por tu bien que corras hacia la llanura y no vuelvas, amigo.

Me volví hacia los míos.

–Dejadlos bajar, la lucha no está aquí.

Poco a poco, sin darnos la espalda un instante, los godos comenzaron a bajar con los escudos a su espalda, mientras sus compañeros protegían el lugar donde la escala estaba afianzada en la muralla. El último que bajó fue el propio Ibbas, que durante un breve instante quedó solo haciéndonos frente a nosotros con actitud desafiante.

–¡Os veré en el portón! –dijo a modo de despedida.

No le contesté, sino que envainé un instante mi espada para descansar mi agotado brazo. No sabía si lo que había hecho era lo correcto, pero lo que sí tenía claro era que de nada serviría a los míos en aquel lugar mientras la suerte del castro se dirimía en la puerta. Allí era donde mi concurso y el del puñado de hombres que me seguían sería más decisivo, entre Linto y los hombres que se apostaban tras la puerta, y que defenderían la entrada al castro una vez que el ariete la hubiera echado abajo. Rogaba porque resistiera hasta nuestra llegada.

Mis hombres tenían una expresión mezcla de sorpresa y de alivio, pero ninguno se atrevió a objetar nada respecto a mi decisión. Para ellos, no solo era su jefe por orden de Arcadio y de Marco, sino que era de los pocos que había sido guerrero durante gran parte de mi vida, y eso lo había dejado claro durante la lucha, lo que me había permitido ganarme su respeto, y aunque sonara pretencioso, su admiración. No en vano, probablemente Ibbas habría reducido a pulpa a todos los guerreros de aquella muralla si no hubiéramos llegado hasta allí y le hubiéramos hecho frente.

–¡Vosotros tres! –grité hacia los que se asomaban para ver cómo los hombres de Ibbas aguardaban a su jefe con los escudos orientados hacia la muralla por si faltábamos a nuestra palabra–. Quedaos aquí y dad la voz de alarma si sucediera algo. –Miré hacia donde Sunna me sostenía la mirada, con Artemio a su lado–. Ayudaos de los voluntarios si fuera necesario, pero haced

sonar el cuerno en cuanto tengáis problemas. El resto, recoged lo que os haga falta y seguidme; esto acaba de comenzar

Galieno detuvo a Liuva en su camino, y este lo recibió con un brutal mandoble dirigido hacia su cabeza, que el hispano detuvo con pericia interponiendo la hoja de su espada. El godo no pudo reconocer al muchacho, ya que vestido con su nueva cota y tocado con un yelmo con anchas protecciones para las mejillas que había tomado de uno de los caídos en el ataque anterior, en nada recordaba al tranquilo joven que formaba parte de nuestro grupo mientras permanecimos con el ejército godo. Molesto por el contratiempo que lo separaba de su presa, Liuva atacó al guerrero que osaba hacerle frente con toda su rabia. Galieno acometió a su vez al godo, consciente de que se enfrentaba al combate más importante de su vida, no solo por el calibre de su oponente, sino también porque podía salvar la vida a su amigo. Él sí había reconocido la reluciente armadura del *gardingo* y, consciente de los apuros de Marco, había ido ganando terreno poco a poco sobre la muralla para tratar de ayudarle.

Marco, rechinando los dientes, se encaramó a la base de la torre, y desde allí asistió al feroz combate que libraron los dos contendientes mientras trataba de recuperar el aliento y detener su hemorragia.

Galieno subió al primer peldaño, y aun así, la imponente figura del godo seguía siendo mayor que la del hispano, aunque el ancho de los hombros sí era similar en ambos. La espada de Liuva centelleaba como un relámpago: un golpe, y el escudo de Galieno desvió el tajo sin aparente esfuerzo; un nuevo mandoble y el hispano se apartó con presteza hacia un lado, haciendo que la espada arañara la fría roca sobre la que pisaba unos instantes antes.

Liuva pronto se dio cuenta de que se las veía con un guerrero de los pies a la cabeza, y no con la chusma que esperaba defendiera la muralla. Hizo voltear el pomo de la espada en su mano, y comenzó a dar pasos a izquierda y derecha de su rival, sin perderlo de vista. Galieno aguardaba con la guardia dispuesta y la espada apuntando al godo en cualquier lugar hacia el que aquel se moviera. Parecían dos grandes osos, esperando el momento para lanzarse el uno a por el otro. En menos de lo que dura un latido del corazón, Liuva atacó a fondo haciendo que Galieno tropezara con el escalón que estaba a su espalda y

ofreciera durante un instante su pecho descubierto al enemigo. El *gardingo*, presto para aprovechar tal error, prolongó su estocada y cuando esperaba impactar en la cota del chico, este se dejó caer por la escalera, y pasó rodando al lado de donde el godo continuaba con su espada esperando que aquella hendiera la carne de su enemigo. Debió de hacerse daño en la caída, pero Marco aseguró que se levantó como si nada hubiera pasado, e incluso, mientras pasaba junto a él, tuvo tiempo para propinar un tajo a Liuva en la pierna. Cuando se levantó a la espalda de este, Liuva, con un gesto de dolor y rabia, miró a Marco, que se encontraba frente a él, más allá del lugar donde instantes antes se encontrara su amigo.

El exceso de confianza había traicionado al godo. Había subestimado al hispano, y no había esperado el engaño que aquel le había tendido. No había tropezado, había fingido tropezar para que el godo mordiera el anzuelo y apurara la estocada, y Liuva se lo había tragado.

Rabioso y humillado, se dio la vuelta, dispuesto a vengarse de aquel guerrero que lo había dejado a sus propios ojos como un ingenuo principiante. Pareció que la sangre que manaba lenta pero inexorablemente por su bota no existiera. El odio y el ansia por acabar con su oponente compensaban el dolor que debía de agarrotar su pierna, y el godo multiplicó sus ataques. Esta vez no se precipitó, sino que acosó a Galieno fría y metódicamente con un único fin: acabar con él. El muchacho, consciente de que la herida del godo más tarde o más temprano haría que su oponente se cansara y cometiera un nuevo error, decidió tratar de eludir el enfrentamiento directo, manteniéndose relativamente alejado de aquel, aunque sin dejar de acosarlo. Tropezaron con guerreros en su camino, e incluso Liuva hizo amago de atacar a sus propios compañeros para quitarlos de en medio, hasta que el traicionero borde de la muralla hizo que Galieno tuviera que pararse y ofrecer su guardia al godo. Bajo su feroz casco, Liuva sonrió, consciente de que el hispano al fin tendría que luchar y dejar de mortificarlo con aquel incesante juego de quiebros y contraataques. Y Galieno también entendió que el momento definitivo había llegado: inspiró profundamente, y subió la guardia dispuesto a acabar con el godo.

CAPÍTULO XXX

Marco, encaramado a su atalaya, rompió como pudo la manga que colgaba bajo su cota y se ató el trozo de tela alrededor de la herida de su pierna. Más tranquilo sin el acoso de Liuva, pudo comprobar que el corte había sido limpio, aunque profundo, y que parecía no haber afectado a ningún tendón. Se puso en pie con esfuerzo, y bajó de la torre dispuesto a seguir a su amigo en su lucha con Liuva. Al ver cómo Galieno, sin darse cuenta, se dirigía hacia la cornisa de la muralla, Marco sufrió recordando a Lucio y su lucha con Segismund, por lo que apuró el paso y apretó los dientes pese al dolor que recorría su pierna.

Liuva siempre fue un gran luchador. Así me lo aseguraron desde que nos uniéramos al ejército godo, y yo mismo, que lo había visto en acción, sabía reconocer a un gran guerrero cuando lo veía; y el godo lo era. Eso da aún más mérito a Galieno y a lo que hizo ese día.

El *gardingo* atacó sin pausa, consciente de que el muchacho ya no podría retroceder. Un golpe de su espada dirigido a la cabeza hizo que el hispano subiera su escudo para desviarlo; otro golpe a fondo hacia su flanco para obligarlo a variar su guardia; un nuevo golpe hacia donde la malla ya no protegía sus piernas, a donde Galieno, con fortuna, logró llegar a tiempo para desviarlo. Consciente de que la situación era cada vez más desesperada, y que no podría resistir mucho más tiempo solo defendiéndose, el hispano se lanzó al ataque. Lanzó un molinete destinado a que Liuva dejara un espacio libre por el que progresar, pero el godo, en lugar de hacerse a un lado, abrió su escudo dejando que la espada penetrara por su defensa hacia su costado. Nunca sabré si Liuva lo hizo adrede. Si así lo hubiera hecho, o estaba loco, o realmente confiaba demasiado en su cota de malla, porque ofreció a Galieno su cuerpo con tal de atraer al hispano y tener una oportunidad para matarlo. Cuando la espada hubo penetrado la defensa del godo, este atrajo el escudo hacia sí, aprisionando el acero de su oponente entre su broquel y su cota, y dejando al hispano a su merced. Levantó su espada y lanzó un brutal tajo que golpeó a Galieno en el hombro, haciendo que multitud de anillas saltaran por los aires,

antes de que el filo encontrara su carne. Sujetando todavía el arma del hispano, Liuva lanzó un nuevo tajo hacia el costado del joven que, atenazado por el dolor, trató de revolverse aunque eso significara volver a acercarse al inestable borde. La espada descendió, y el acero del godo laceró brutalmente el costado del joven antes de que éste lograra saltar al vacío sobre la cornisa de la muralla.

Marco corrió alocadamente hacia el lugar donde su amigo se batía con Liuva, sin hacer caso a los hombres que luchaban a su alrededor, y en más de una ocasión a punto estuvo de resultar herido por algún lance perdido. Cuando llegó a escasos tres pasos de ellos, pudo ver cómo Liuva hundía su acero en el costado de Galieno, y Marco gritó como nunca lo había hecho. O tal vez sí, pero hacía tantos años que creía haber olvidado para siempre esa sensación.

Liuva no tuvo tiempo de regocijarse en la caída de su oponente: alertado por el grito de Marco, se dio la vuelta dispuesto a enfrentarse con quien lo amenazaba desde su espalda. Girarse le costó más de lo que esperaba, porque al fin, después de la tensión del combate con Galieno, había comenzado a sentir el dolor que emanaba de su pierna herida. Pero al ver de nuevo a Marco frente a él, agarró con fuerza la espada y se lanzó hacia delante.

Issa recogió a cuantos hombres pudo en nuestra sección de la muralla, dejando poco más que un puñado allí, con órdenes de defender la zona contra cualquiera que tratara de trepar por el muro, y en caso de que fuera necesario, dar la voz de alarma. Con el resto de hombres siguió a Arcadio en su carrera. Me hubiera gustado formar parte de aquella columna que se abatió sobre el adarve provocando el júbilo en los hispanos que allí luchaban.

Dejando a Arcadio y a los suyos en la vanguardia, el britano escogió a los arqueros que encontró en el grupo, y se situó en la parte trasera del mismo, dispuesto a ayudar en lo que pudiera. Cuando llegaron, la situación que encontraron no era halagüeña, pero tampoco era tan desesperada como podría haber sido. De los hombres de Marco, contando con la reserva que había tenido que llamar en su auxilio, en total más de ciento cincuenta hombres –casi la mitad de nuestras fuerzas–, todavía quedaban en pie casi un centenar, y debían vérselas con casi la mitad de guerreros godos que luchaban por hacerse con la muralla. Bajo ella, la mayor parte del ejército godo, más de tres

centenares, aguardaba a que el ariete hiciera su trabajo y les permitiera abrirse paso hacia el poblado. Si eso ocurría, pocas serían las opciones de los defensores ante semejante avalancha de guerreros recubiertos de metal. Al otro lado del portón, Issa pudo ver cómo Linto dirigía a los suyos en una apurada carrera por preparar las defensas que esperaba les sirvieran para salvar la vida pocos instantes después. Entre sus hombres y el astillado portón, se extendía una improvisada barricada. El britano enseguida entendió que aquel abigarrado parapeto sería fundamental para que la defensa tuviera éxito. Linto y los suyos habían acumulado todo aquello que habían encontrado: muebles, maderos, y hasta un par de destrozadas carretas. Además había un buen número de estacas clavadas en el suelo con las puntas apuntando hacia el exterior, y por lo que el britano pareció observar, algunos hombres trataban de tapar agujeros en los que previamente habían enterrado cuchillas orientadas hacia la superficie. Más de uno de los atacantes se llevaría una desagradable sorpresa cuando corriera para lanzarse sobre los últimos defensores hispanos. Allí sería donde se decidiría todo, y en ese instante Issa recordó lo que había acontecido en nuestra sección de la muralla.

—¡Cántabro! —gritó desde la muralla hasta que el guerrero se percató de donde venía la voz que lo reclamaba—. ¡Preparad aceite para inundar la barricada!

—¡Qué te crees!, ¿que he nacido ayer? —le espetó aquel de malos modos.

Cuando el britano, meneando la cabeza, dirigió a los suyos hacia una pequeña elevación desde donde se dominaba no solo lo que sucedía en la muralla, sino también en la puerta, Linto transmitió en voz baja la orden del muchacho al hombre que se encontraba a su lado.

Marco, henchido de rabia, atacó a Liuva con todas sus fuerzas, y el godo no pudo menos que sorprenderse por su empuje. En esa ocasión, el *gardingo* había quedado con la espalda hacia la cornisa de la muralla, y debía andarse con cuidado de no sufrir la misma suerte que Galieno. Marco atacó sin cesar, por un flanco, por el otro. Todo lo repelía su oponente, pero sin poder evitarlo, a cada golpe que atajaba, más se acercaba peligrosamente al borde de la muralla. De repente, el rictus del godo se contrajo en una mueca grotesca, y viendo cómo dejaba por unos instantes su guardia baja, arremetió

con su espada buscando el cuello desprotegido de su enemigo. El gesto que hizo el godo para defenderse fue tardío y descoordinado. Marco no se lo podía creer: temblando por el esfuerzo, quedó contemplando el cuerpo del *gardingo*, que trataba de mantener el equilibrio mientras la sangre salía a borbotones de su cuello, manchando su reluciente cota. Aunque ni siquiera eso hizo que Liuva soltara su espada, sino que se llevó la mano con la empuñadura de su acero hacia la herida, tratando torpemente de parar la hemorragia que hacía que la vida se escapara de su cuerpo. Estaba perdido, lo sabía, semejante tajo era mortal, aunque en sus últimos momentos lo que le martirizaba era el punzante dolor que instantes antes había sentido en su nuca. Marco, viendo que su oponente ya no podía defenderse, lanzó una estocada, esta vez sin oposición, a su cuello, y la violencia del golpe hizo que el cuerpo del godo girara sobre sí mismo y se precipitara hacia el poblado. Solo en ese momento, cuando Liuva caía hacia donde se amontonaban las barricadas, Marco pudo ver en su cuerpo, aún en el aire, cómo un negro astil sobresalía de su espalda, justo bajo su nuca. Sorprendido, y a la vez algo decepcionado por no haber sido solo él el que consumara la venganza, miró hacia el frente buscando quien podía haberle ayudado a acabar con su enemigo. Por último, a cincuenta pasos tras el portón, vio cómo un grupo de arqueros se afanaba en disparar hacia los godos que ocupaban la muralla. Miró con detenimiento, y enseguida se percató de un arquero que le hacía una seña moviendo su arco de un lado al otro. El fiel y certero Issa.

Venciendo su temor, Marco dio unos pasos hacia la cornisa y vio lo que tanto miedo le provocaba. El cuerpo inerte de Galieno había caído al lado de la barricada, escapando por muy poco de las afiladas estacas que habían dispuesto los defensores. Pero Liuva no había tenido tanta suerte, si es que acaso eso importaba: su cuerpo pendía de uno de los maderos, y la fuerza de la caída había hecho que ni su cota fuera suficiente para evitar su filo.

Multitud de recuerdos de su vida y un miedo atroz pasaron por la cabeza de Marco en los pocos instantes que estuvo observando que Galieno no se movía. Enseguida, pese al dolor de la pierna, caminó hacia donde la escalera de piedra marcaba el inicio del descenso hacia el poblado. Apenas tuvo que luchar para avanzar por el adarve: ya Arcadio y los suyos habían llegado, y casi por primera vez en el día, los godos de la muralla sufrían por

mantener su posición, y eran abatidos uno a uno por el fuerte número de hispanos que abarrotaba el muro. Además, su líder había muerto –si es que había sido Liuva el que los dirigía–; Marco esperaba que sus hombres hubieran visto su final y que este sirviera para templar sus ánimos. Empujó a uno de los hombres que trataba de meterse en la refriega con los ojos bañados en lágrimas, y de repente, uno de los defensores entre los que pugnaba por avanzar, no se apartó ante su empuje, sino que lo zarandó.

–¡Marco, por Mitra! ¿Qué es lo que sucede?

El chico trató de serenarse un momento antes de responder.

–¿Qué haces aquí, Arcadio? ¿Y tu muralla?

–¡Todos esos bastardos están aquí! Hemos vencido en el resto de las murallas, y los hombres están llegando para apoyar a los nuestros en la puerta.

–Bien hecho, Arcadio –dijo mientras luchaba por secarse los húmedos ojos con disimulo–. Acaba con los que quedan aquí y déjame un puñado de tus hombres para apoyar a Linto. No debe de quedar mucho para que caiga la puerta, y cualquier ayuda será necesaria para contenerlos.

–Nada harás con ese puñado de hombres. ¡Al otro lado del portón debe de haber al menos trescientos godos!

–De nada valdrá quedarnos sobre la muralla mientras los godos se extienden como una plaga por el poblado.

El romano tuvo que claudicar ante la cabezonería no exenta de razón del chico.

–De acuerdo, trata de resistir, que nosotros desde aquí arriba nos ocuparemos de que cada paso que den sea un infierno.

El romano dio un grito y uno de sus hombres, después de acuchillar a un godo por la espalda, aprovechando que este ya luchaba con otro hispano, se acercó hasta él. Enseguida, el guerrero hizo lo propio y llamó a otros tantos, que se unieron a Marco y a los pocos guerreros que lo seguían de su guardia inicial. Se habían portado como valientes. No eran guerreros, o no al menos como lo podían ser los godos que los atacaban, o los suevos, o ni siquiera como mis muchachos, que ya llevaban unos cuantos combates a sus espaldas, pero habían demostrado ser unos valientes. Arcadio podía estar orgulloso de cómo los había entrenado, porque habían peleado por cada palmo de la

muralla como si fueran auténticos campeones. Lucio, desde donde estuviera, también podía estar orgulloso de los suyos. Aquello también era gracias a él.

En ese entonces yo ya corría por el centro del poblado, con mis hombres pisándome los talones, dispuestos a no perder tiempo sobre la muralla y llegar lo antes posible hasta el portón. Cuando nos acercábamos a paso ligero hasta donde nuestros mejores arqueros flechaban sus arcos una y otra vez, disparando una fina lluvia de proyectiles hacia la muralla donde todavía trataban de defenderse los godos, reconocí a Issa rápidamente. Puse mi brazo sobre su hombro y el britano me miró con una tristeza tan intensa reflejada en su rostro que me dejó perplejo. Miré hacia el frente y enseguida vi lo que afligía al britano, aunque aún sin entenderlo.

Marco, andando como sonámbulo, recorrió el borde de la barricada hasta agacharse junto al cuerpo de su amigo, mientras Linto se desgañitaba para que olvidara el lugar y corriera a parapetarse tras la defensa que habían preparado sus hombres. Pero Marco no escuchaba, apenas sentía otra cosa más que un vacío enorme y un profundo dolor. Se deshizo de su escudo y de su espada, y con gran esfuerzo dio la vuelta al cuerpo de Galieno, retirando su casco para verle la cara. Una mojada y rebelde cabellera castaña quedó al descubierto, y tras ella la cara de su amigo. Galieno siempre había sido guapo; desde que lo conociera de pequeño, su expresión traviesa le había valido arrancar más de un suspiro entre las esclavas y las siervas de la casa de Quinto, y ya de mayor, su carácter afable y su atractivo habían hecho estragos entre las mujeres que encontrábamos. La expresión de paz que siempre había tenido todavía a floraba en sus rasgos, pese a que el frío de la muerte ya había comenzado a apoderarse de su interior. Porque su corazón no latía. Galieno había abandonado este mundo.

Los gritos del cántabro se hicieron cada vez más desesperados, porque aunque Marco no lo veía, ya se podían adivinar las figuras de los atacantes a través de los huecos, cada vez más amplios, que presentaba la castigada puerta. Él, ajeno a todo ello, recogió la espada de Galieno, que había caído al lado de su dueño, se puso en pie, y dio tres pasos hacia donde Liuva permanecía suspendido en la estaca.

Caminando a toda prisa, pasé al lado de Linto y seguí hacia donde el chico se afanaba en decapitar al cadáver que pendía del afilado madero, sin ningún refinamiento, como si estuviera utilizando una vulgar sierra en lugar de una espada. Miré con detenimiento el cuerpo profanado y reparé rápidamente en la costosa malla; un suspiro de alivio se escapó de mi pecho al reconocer el cuerpo de Liuva y ver en el suelo su recién cercenada cabeza, que aun en la muerte presentaba una expresión de furia que lograría atemorizar a muchos de los que me seguían. Más calmado, me acerqué al chico en el momento en que un enorme tablón caía del portón, levantando una gran nube de polvo tras él.

—Marco, vámonos —lo apremié, agarrándolo del brazo. Él, como acabante de despertar de una pesadilla me miró, y pude ver las lágrimas en sus ojos. No lo comprendía, ¿qué pasaba? ¿Por qué Issa también me había recibido de aquella manera? El chico ni siquiera me dijo nada, sino que miró hacia su derecha, donde, a unos pocos pasos, un cuerpo yacía tendido. Miré hacia allí y en seguida me dio un vuelco el corazón. ¡Aquella era mi cota! Galieno... Ahora lo entendía todo, por qué Marco no respondía a los gritos de los defensores, por qué Issa no me había dicho una sola palabra cuando pasé a su lado. Me agaché desconsolado al lado del joven, y vi su rostro, con expresión tranquila y con los ojos ya cerrados. No lloré. Los hombres como yo no lloramos: ya no tenemos lágrimas después de lo que hemos sufrido en esta vida. Pero sí podemos gritar y maldecir, y eso fue lo que hice. Aullé y maldije con toda mi alma, no solo a los godos, sino también a mí mismo por haberle fallado. Con mis manos sujetando la inerte cabeza de Galieno, juré que no descansaría hasta ver muertos a todos los godos que encontrara en mi camino. Mientras, Linto, rodeado del grupo cada vez más numeroso de guerreros que se iba formando frente a la cada vez más debilitada puerta, ni siquiera trató de recordarnos que debíamos abandonar el lugar, sino que respetó en silencio nuestro dolor.

Di un beso en la frente a mi chico para despedirme de él, y entonces me di cuenta de que todo lo que había creído en mi vida era una falacia. Aún quedaban lágrimas en mis ojos, vaya que si quedaban; lágrimas amargas como la hiel.

Ese es uno de los instantes que más recuerdo en mis oraciones. En mis momentos más lúgubres llegué a pensar que de nada habían servido todos los

años que había estado al lado suyo desde que era un muchacho, solo para fallarle en el último momento. De nada valía que me recordaran lo sucedido en *Conimbriga*, donde había eludido una muerte cierta, ni en *Lucus*: nada era capaz de aliviar mi dolor. Ese día le había fallado, y un único día es suficiente para que acabar con una vida. Durante años, incluso ahora, en la comodidad de mi alcoba, despierto bañado en sudor recordando cómo el jovial rostro del hispano se cubre de sangre. Ese día murió una parte de mí, como creo que sucedió también para el resto de nosotros. Marco, yo, e incluso Issa, que no había llegado a vivir lo que nosotros sí habíamos hecho, pero que también sufrió aquel día con la intensidad de quien pierde a un hermano.

Como pude, traté de ponerme en pie con el cadáver del chico en mis brazos, en el mismo momento en que Marco clavaba la cercenada cabeza de Liuva en uno de los afilados maderos. Sería lo primero que verían sus hombres cuando entraran: la cabeza de su líder rebanada. Así era cómo se las gastaban los hombres y mujeres de *Coviacum*.

Comencé a recorrer pesadamente los escasos diez pasos que nos separaban de donde nuestros primeros hombres se afanaban por juntar un escudo con otro para ofrecer un frente sólido al enemigo, y todavía no los había terminado cuando una primera andanada de flechas pasó por encima de nuestras cabezas en dirección al portón. Este ya había caído.

CAPÍTULO XXXI

Después de varias horas de lucha, parecía que el desenlace estaba próximo. Los continuos ataques a los que los godos habían sometido a cada una de las secciones de la muralla de nada habían servido, salvo para hacer menguar tanto el número de defensores como de atacantes. Pero, al fin, el momento que tantos días llevaban esperando estaba cercano, aquel en que ninguna muralla los separase de los hispanos que defendían *Coviacum*.

Todos los atacantes que aún empuñaban un arma, casi cuatrocientos agotados y enfurecidos guerreros godos, se disponían a penetrar por el portón, y algo más de dos centenares de defensores rezaban cada uno a sus divinidades por ser capaces de repeler al enemigo una vez más. Tan solo una última vez sería suficiente.

Los pocos tablones que permanecían formando parte de la estructura que pocas horas atrás fuera el portón, saltaron por los aires con estrépito. No solo el ariete fue el causante de su caída, sino que, aprovechando los huecos que este había abierto, los guerreros, ya libres del acoso de los nuestros desde la muralla, aprovecharon para utilizar sus hachas una y otra vez como si las sólidas hojas fueran en sí un simple árbol.

Entregué el cuerpo sin vida de Galieno a uno de los hombres que se acercó hasta mí a la carrera, liberé mi escudo de mi espalda y busqué acomodo en la primera fila, que aguardaba expectante una señal de Linto para chocar contra el enemigo. Tuve que hacerme un hueco empujando a los hombres, porque ninguno de ellos quería ceder su lugar en la formación. Esa actitud los honraba: muchos hubieran aceptado agradecidos dejar el lugar más peligroso del combate, pero aquel día nadie rehuyó la responsabilidad de defender la fortaleza. Viendo cómo Marco todavía se debatía entre formar con los nuestros o esperar al enemigo unos pasos más adelante, le grité con todas mis fuerzas para que ocupara su lugar a mi siniestra. El guerrero que allí estaba me miró furioso, pero mi mirada debió de ser todavía más intimidante, porque se hizo a un lado y su puesto fue ocupado por un desconsolado Marco.

Desde allí, con Marco a mi lado, rogué a mi dios de la guerra, a la divinidad de mis padres, para que permitiera que mi brazo ejecutara mi venganza por la muerte de Galieno, matando un centenar de godos por la vida del muchacho. Me juré que no pararía de matar hasta que yo mismo muriera, o hasta que aquellos hubieran huido lejos de nosotros.

Una vez roto el portón, pero con su esqueleto aún entorpeciendo el avance del grueso de las tropas godas, los primeros guerreros se abrieron paso entre las oquedades que habían quedado entre la madera, y corrieron hacia nosotros, gritando su rabia y su orgullo por ser los primeros en haber traspasado las defensas. Apenas llegaron a la mitad de la barricada antes de caer, abatidos por las flechas de nuestros arqueros y las trampas que Linto había dispuesto en el terreno. Me fijé en un guerrero con un largo cabello rubio bajo el casco, que trató de avanzar a resguardo de los proyectiles, y en su camino introdujo su pie izquierdo en una de las trampas, emitiendo un ahogado grito de dolor al ser atravesado por la afilada cuchilla que escondía la tierra. Al verlo, volví a caer en la cuenta de que Salla podría estar entre nuestros atacantes; pero aunque tantos años más tarde me cueste admitirlo, y yo mismo me arrepiento de ello, en ese entonces me traía sin cuidado quien se cruzara en mi camino: fuera quien fuera, se enfrentaba a una muerte cierta. El godo murió, agarrándose la malherida pierna, de un certero flechazo en el rostro. A medida que el hueco de la puerta se iba agrandando, el número de atacantes que penetraba era mayor, y ya nuestros arqueros no podían contenerlos como al principio. También las trampas iban quedando inservibles; y así, esporádicamente, algunos hombres empezaron a llegar hasta nosotros. A esos no los esperé. Contraviniendo todo lo que había inculcado a los míos años atrás, ante la sorpresa de Marco y del guerrero que me guardaba el flanco derecho, di unos pasos hacia delante y salí a su encuentro. Eran la rabia y el dolor contenido los que me hacían luchar así, sin ninguna lógica y sin ningún temor a la muerte. Después de mucho tiempo, el frenesí de la batalla me había vuelto a poseer. No existía *Lucus*, no existía *Aspasia*, ni siquiera Marco ni Issa, y me sorprendí pensando que tampoco existía *Sunna*. Tan solo existía mi espada y un nutrido grupo de godos que debían morir bajo ella.

Uno de los guerreros, sin detener su carrera, esgrimió su hacha de arriba hacia abajo al llegar a pocos pasos de mí, dispuesto a acabar conmigo, y debía

de estar dando gracias por haber escapado de la trampa mortal que era la barricada, cuando me agaché y con la hoja de mi espada le abrí el vientre. Enseguida, con la rodilla todavía clavada en la tierra, hice girar mi cuerpo y detuve el mandoble de otro guerrero que iba dirigido a mi cabeza. Sin levantarme, lancé un tajo que acertó en las piernas del godo, y con mi espada libre y mi escudo cubriendo mi cabeza, hiqué la afilada hoja en la entrepierna del tipo. Durante un breve instante, esperé a que nuevos guerreros se arremolinaran frente a mí en busca de mi espada, pero nada sucedió. Me puse en pie y miré hacia el adarve, y vi cómo Arcadio y los suyos, con los pocos godos que quedaban sobre la muralla bajo control, lanzaban toda clase de proyectiles sobre los desventurados atacantes que, a la carrera, trataban de sortear la barricada y los cuerpos de los suyos. Piedras, aceite hirviendo, venablos e incluso algunos cadáveres cayeron sobre ellos. Tal fue la lluvia de proyectiles, que por un momento hasta los propios godos dudaron antes de avanzar, el tiempo suficiente para que nuestra formación se adelantara unos pasos y volviera a presentar un frente recio conmigo de nuevo a la cabeza. Esa vez, a mi izquierda continuaba Marco, pero a mi derecha estaba el propio Linto, que con una gran sonrisa hizo espacio para que me situara a su lado.

–Hoy será una jornada memorable, alano –me dijo, sonriente–. ¡La gente recordará que *Coviacum* luchó hasta el último hombre!

Jodido pirado bebedor de tejo, pensé. ¿Quién iba a recordar lo que sucediera aquel día en aquel lugar dejado de la mano de los dioses? Lo miré tratando de sonreír, aunque tan solo debió de salirme una grotesca mueca digna de un cruel asesino, porque ese día, como otros muchos después de aquel, la risa no existía para mí. Pero apenas tuve tiempo para pensarlo. Al final, ni tan siquiera los denodados esfuerzos de nuestros arqueros, y de Arcadio y los suyos, fueron capaces de frenar por más tiempo el avance del enemigo. Muchos godos cayeron presa de su temeridad y, por qué no decirlo, también de la pericia de los nuestros, pero otros tantos lograron finalmente pasar hasta donde los ojos sin vida de su jefe les daban una macabra bienvenida a *Coviacum*.

La batalla se convirtió entonces en una sucesión de choques, una pelea brutal y salvaje, poco mejor que una reyerta de taberna de proporciones desmesuradas, donde el poco espacio que había entre la puerta y nosotros

mismos apenas dejaba lugar para el impacto de dos formaciones compactas. Grupos aislados de guerreros godos llegaban hasta nosotros como los primeros jirones de una tormentosa nube, que se deshilachaba al tratar de evitar la mortal barricada, ya en llamas.

Consciente de la situación favorable de la que gozábamos para eliminar cuantos enemigos pudiéramos antes de que nos hicieran retroceder, y pudieran aprovechar la ventaja amparándose en su número, en lugar de mantener la posición y buscar el apoyo de mis compañeros, me lancé de nuevo a por el enemigo a la vez que gritaba como un poseso con toda la fuerza de mis pulmones el nombre de Galieno. Creo que ni siquiera en mi juventud cometí semejantes desmanes como los que protagonicé en aquellos momentos. No tuve el mínimo miramiento por la suerte de mis compañeros, y en mi descargo debo decir que ni tan siquiera por la mía propia. Acuchillé bajo mi escudo, golpeé con aquel, la emprendí a patadas con todo lo que se encontraba a mi lado, hasta con las manos desnudas llegué a golpear a uno de mis adversarios cuando perdí mi arma en medio del barullo. En esa ocasión, por fortuna desenvainé mi puñal, y aprovechando la cercanía de un guerrero godo revestido de cuero, lo agarré por el pecho con la siniestra, mientras con la diestra clavaba en su espalda mi ensangrentado puñal hasta su empuñadura. Le arrebaté su arma de su cada vez más debilitada mano, mientras aquel desgraciado me atravesaba con su mirada vacía antes de caer sin vida a mis pies, y continué preso de aquella locura que me había poseído, dispuesto a extenderla por donde pudiera.

Ignoraba lo que ocurría tras de mí: solo tenía ojos para aquellos que llegaban hasta mis cercanías a la carrera, sobrepasando la atestada barricada. No busqué quien me protegiera, ni yo tampoco protegí a nadie; aunque resultara una locura, estaba solo entre dos ejércitos. Como más tarde sabría por boca de Arcadio, nuestra formación, con más de un centenar de guerreros y una muchedumbre de voluntarios que se afanaban por ayudar en lo que pudieran, hizo de tapón, impidiendo que los guerreros enemigos pudieran dispersarse dentro del poblado, de modo que quedaron allí confinados, entre el destrozado portón y nosotros, a merced de los ocupantes del adarve, que los castigaron duramente con cualquier cosa que tuvieran a mano, provocando una baja tras otra en el desconcertado ejército enemigo. Sin escudo tras un brutal

golpe de hacha, recibí un lanzazo en el costado que a punto estuvo de dejarme allí tendido. Miré al godo, que aún sujetaba el arma, con los ojos desorbitados, y llegué a pensar que todo había terminado, y a asumir por un instante que lo merecía por haberle fallado a Galieno. En el fondo yo mismo lo había buscado en mi arranque de furiosa locura. Así me castigaban mis dioses por haberle fallado a los míos.

Aun así, para sorpresa del guerrero, descargué un tajo con mi diestra, que partió en dos el astil de la lanza. Con la siniestra, tiré con cuidado de la punta que se perdía en mi destrozada malla, esperando con pavor a que la succión de la carne al intentar extraer el metal hiciera que me desmayara del dolor. Pero, milagrosamente, gracias a la excelente cota de Segga, tiré poco a poco y suspiré aliviado cuando comprobé que la punta estaba prácticamente limpia. El dolor que había sacudido mis entrañas se debió únicamente al tremendo impacto recibido en mi costado izquierdo, que por fortuna solo me provocó una discreta herida, un aparatoso hematoma y tal vez unas cuantas costillas astilladas, pero pudo haber sido mucho peor. El guerrero godo asistía tan atónito como yo a la escena, y antes de que se recuperara de la impresión, solté mi brazo hacia atrás, y le propiné tal golpe que, después de tantos años, volvió a sangrar el muñón de mi dedo meñique. Sin escudo, luchaba con la espada a dos manos, preso de una locura que no me permitía ceder al dolor ni plegarme a la prudencia.

Aunque pareciera increíble, nuestra línea aguantaba, porque los godos no podían formar un frente compacto que oponer al nuestro, aunque veía cómo algunos hombres frente a mí, temerariamente, comenzaban a limpiar la barricada para que sus compañeros pudieran al fin congregarse más allá del campo de muerte en que se había convertido el lugar, en un firme y letal muro de escudos.

Paré un instante para coger resuello, el suficiente para intuir por el lateral de mi casco cómo una sombra enorme arremetía a mi lado contra nuestra formación, y obcecado como estaba me lancé a por ella. Corrí sin escudo, tan solo con una espada en la diestra, y aproveché que el tipo pugnaba por hacerse hueco entre tres guerreros de nuestro frente –y parecía que lo conseguiría si yo no hacía nada por evitarlo– para arrollarlo con mi hombro, y pese a la sólida resistencia que ofreció su cuerpo, tumbarlo al suelo. Fue como chocar contra

una montaña, pero el hercúleo guerrero cayó hacia un lado, y yo mismo estuve a punto de hacerlo tras él. Si no caí despatarrado a su lado, fue porque antepuse el filo de mi espada, que se clavó en la tierra al lado de la enorme figura, y así, de rodillas sobre el terroso suelo, logré mantenerme a duras penas. Allí, por delante de mis hombres, en el cenagal que se había formado entre la tierra del camino, la sangre y las heces de los hombres, y desafiando con mi furiosa mirada al pequeño muro de escudos que comenzaba a formarse frente a nosotros, agarré mi espada dejando escapar un gruñido de dolor, dispuesto a clavar a mi enemigo, aún de espaldas, al camino, cuando de repente una potente voz se elevó sobre el entrecocar de aceros, los gemidos, los lamentos y los bramidos de los guerreros. Con mi espada firmemente asida con las dos manos, ya en pie sobre el godo, hasta yo mismo fui incapaz de no prestarle atención. Aunque instantes antes ni tan siquiera las heridas me habrían hecho parar, algo había en aquella voz que fue capaz de paralizarme.

Cerré los ojos tratando de aislarme de la escena, agarré con más fuerza aún el pomo y mientras llevaba hacia arriba mi espada dispuesto a terminar con lo que había empezado, volví a oír aquella voz que parecía taladrarme los oídos.

Poco a poco, como un mar que tras la tempestad vuelve a la calma, el ruido del combate fue disminuyendo hasta que tan solo aquella voz se adueñó del lugar. Mezclaba tanto un perfecto latín, como el gutural dialecto germano, pero en ambos casos parecía que utilizara su idioma materno, como si hablara directa al corazón de cada uno.

Los hombres, allí donde luchaban, comenzaron a detener los combates para mirar en derredor con la esperanza de dar con quien así los exhortaba. Hasta yo mismo abrí al fin los ojos y poco a poco fui recuperando la conciencia, a la que había ignorado voluntariamente desde que dejara el cuerpo de Galieno bajo la custodia de mis hombres. De repente sentí un escalofrío, y me fijé por primera vez en el hombre al que había estado a punto de atravesar de parte a parte, y caí en la cuenta de lo cerca que había estado de acabar con Ibbas. Él, pues no podía ser otro, al fin se había dado la vuelta y me miraba con la boca ensangrentada y una furibunda expresión en su rostro. Lo observé con extrañeza, como si acabara de despertar de una pesadilla, y me dejé caer en la encharcada tierra clavando de nuevo mi espada en ella.

No sabría decir por qué, pero de nuevo sentí cómo las lágrimas acudían a mis ojos y me quedé allí un instante, acariciando el pomo de mi acero mientras pensaba no solo en la irreparable pérdida de Galieno, sino también en lo cerca que había estado de acabar con alguien a quien podía considerar mi amigo. Secándome los ojos, busqué con dificultad entre los hombres, y el sonido me llevó a donde los godos formaban en un pequeño grupo de no más de treinta hombres, que se protegía tanto de los proyectiles de Arcadio con los escudos en alto, como presentando otros tantos hacia nosotros. Miré un instante a mi espalda y vi que más de la mitad de los nuestros continuaban en la formación, con Marco destacado entre ellos, acercándose hacia mí con dificultad, entorpecido por una ostensible cojera. Un paso por delante del muro enemigo, se levantaba un único guerrero, magníficamente ataviado, que se elevaba cuanto alto era sobre los demás mientras gritaba con voz potente.

Cuando la mayor parte de los hombres habían parado ante el resonar de aquella voz, como me había sucedido a mí, lanzó su espada a la tierra, que se quedó vibrando clavada y gritó de nuevo, en esta ocasión una única palabra, una que tanto godos como hispanos conocían, y que tan poco acostumbrados estaban a escuchar: *Pax*. Acto seguido se retiró el repujado yelmo con sus manos enguantadas, y dejó al descubierto una sudorosa y despeinada melena rubia. No podía ser otro, al fin habíamos encontrado a Salla. O mejor dicho, él nos había encontrado a todos, a hispanos, godos –y alano–, y allí, de pie ante nosotros, nos había rescatado de la locura que se había apoderado de nuestras almas.

Los guerreros godos, con los escudos en alto, fueron dando pasos hacia atrás, hacia el grupo de Salla, mientras los sorprendidos hombres de Arcadio y nuestros arqueros dudaban si continuar con su ataque. Pero, al fin a mi lado, Marco se apoyó en mí e hizo una seña a Arcadio para que detuviera el combate, gritando a la vez hacia nuestras filas y hacia donde Arcadio y los suyos continuaban apuntando al enemigo la misma palabra que había esgrimido el godo como si fuera un arma: *Pax*, una palabra que aquel día en *Coviacum* resultó más poderosa que cualquier espada.

Salla se dio la vuelta y a pocos pasos de donde estaba, en medio de la barricada, se inclinó sobre uno de los cuerpos que atestaban el lugar. De rodillas, sujetó entre sus brazos la cabeza del guerrero que tenía frente a sí y

agachó la cerviz. Me puse en pie apoyándome en la espada, y tendí la mano a Ibbas para que se levantara y acudiera conmigo a donde Salla se encontraba. Enseguida me arrepentí por mi ofrecimiento, porque mi dolorido hombro protestó por tener que soportar tamaño esfuerzo.

Nos unimos a Marco, que caminaba con dificultad hacia donde Salla, con el rostro cubierto, arrullaba a aquel cuerpo tendido sobre el lodazal. Al llegar comprobamos que se trataba de Wulfila. El fiel y risueño Wulfila. Por fortuna, pese a mi primera impresión, y tal vez la de Salla, no había muerto; al menos ese consuelo me quedaba. Estaba inconsciente, pero su pecho subía y bajaba trabajosamente al respirar. Presentaba, eso sí, el brazo del escudo roto a la altura del antebrazo, pero mayor gravedad parecía revestir un feo golpe en la cabeza. Allí donde Salla había retirado con esfuerzo su casco, se podía observar cómo se había formado una sanguinolenta costra en su cuero cabelludo, apelmazando su cabello y taponando una herida de gran tamaño en la que me pareció vislumbrar algún fragmento de blanco hueso. El casco, a su lado, donde lo había soltado Salla, había quedado prácticamente inservible. Tan abollado estaba, que dudé que ni tan siquiera Belas lograra enderezarlo, y no pude menos que preguntarme cómo diantres habría logrado Salla retirárselo de la cabeza. Alrededor del cuerpo, descansaban varios de los afilados pedruscos que habían lanzado Arcadio y los suyos con mortal eficacia, que probablemente fueran los causantes de semejantes heridas. Nadie podía negar que esa jornada los nuestros desde el adarve nos habían prestado un grandísimo servicio.

Al llegar a su lado, Marco se deshizo con presteza de su espada y su escudo, y para sorpresa de godos e hispanos, que no para nosotros, se agachó, e introduciendo su brazo izquierdo bajo el cuerpo de Wulfila para atraerlo hacia sí, pasó el derecho sobre el hombro de Salla. Salla no podía llorar, o al menos no delante de sus hombres, como bien había visto a orillas del *Urbicus*; pero sí Marco, y eso fue lo que hizo en ese mismo instante. Ante el sepulcral silencio de atacantes y defensores, Marco sollozó con desconsuelo, no solo por Wulfila, que al menos tendría una oportunidad para sobrevivir, sino porque Galieno no tendría ya ninguna, y no volvería a acompañarnos, dejando un hueco en nuestras vidas que guardaría para siempre el dolor de su pérdida; lloraba por tantos y tantos hispanos que habían encontrado la muerte esos días

en aquel frío lugar, por los muertos de *Asturica*, por los que nada pudimos hacer más que huir y dejarlos solos ante la adversidad. Y lloraba al sentirse al fin libre de la responsabilidad que tantos hombres y mujeres habían depositado sobre sus jóvenes hombros. Lloraba con rabia por el cruel destino que lo había obligado a afrontar aquella dura prueba, por tener que enfrentarse a su hermano, su hermano de armas, y estas fueron las únicas palabras que salieron de los labios de Salla, antes de fundirse en un abrazo con Marco y con el inconsciente Wulfila.

–Perdón, hermano.

No sabía si se dirigía a Wulfila, o a Marco, aunque en mi fuero interno sabía que se lo decía a los dos. Por mi parte, al ver allí a los tres muchachos, fue la primera vez desde que comenzara la batalla por el portón en que los sentimientos volvieron a apoderarse de mí, venciendo el infranqueable muro que el dolor y el odio habían levantado en mi conciencia. Al fin era de nuevo humano, como Marco, que allí mismo había desnudado su corazón ante la emotividad del momento, y pese a lo que instantes antes hubiera jurado, dominado por el más funesto de los pesares, no quería que Wulfila muriera, ni tampoco que Salla, y ni siquiera Ibbas, sufrieran por mi culpa.

Demasiados hombres habían caído ese día en los muros de *Coviacum*; no todos buenos ni piadosos, pero demasiados al fin y al cabo. Aunque aquella tierra sería un poco mejor sin el bastardo de Liuva, mucho bueno se había perdido también en esa jornada y en las anteriores. No volvería a ver el franco rostro y la amable sonrisa de Galieno, ni habría tiempo para agradecer la férrea voluntad y la perseverancia de Lucio. La muerte de Liuva no podía compensar la pérdida de vidas como aquellas. Salla tenía razón, la *Pax* era la única solución para evitar aquel despropósito; pero no estaba en mi mano otorgarla como era su caso, el del hijo de un reputado noble con hombres bajo su mando que cumplían sus órdenes a rajatabla, sino tan solo luchar por ella, como había hecho Lucio, hasta que mis cansados huesos decidieran por mí.

Aquella escena se repetía una vez tras otra en mi vida: primero fueron mis padres, después Fariban, más tarde Anderico y Gelimer, todos muertos por un ideal. No las ansias de conquista ni de fama, sino únicamente la paz. Todos ellos murieron cuando no ansiaban más tierras ni tesoros, tan solo luchaban por su subsistencia y la de los suyos, por vivir en una tierra mejor, y todos

habían perecido sin conseguirlo. Mientras habían ansiado riquezas, la suerte les había favorecido: más valía luchar sin conciencia ni dignos ideales, sino únicamente cegados por la ambición y la codicia. Por mucho que afirmaran los cristianos, yo sabía que los dioses prefieren el arrojo a la razón, y la épica a la justicia. Esa era una lección que a mi edad, cuando mi cuerpo reclamaba el descanso que durante décadas le había negado, se me hacía muy difícil asumir.

Pero al fin esa noche hubo paz en *Coviacum*, una paz preñada de resentimientos y suspicacias entre atacantes y defensores, pero al menos, bajo las estrellas de un cielo por fin despejado, en un lugar perdido de las *Hispanias*, lejos de las principales urbes y los grandes dignatarios, convivieron hispanos, godos y un agotado y desconsolado alano, que hizo compañía a un veterano romano al calor de una acogedora fogata mientras compartían un avinagrado pellejo de vino y clamaban contra el cielo por sus múltiples batallas, pérdidas y reveses.

Al día siguiente habría que reponerse y volver a levantarse, como tantas veces había hecho en mi vida. Ya había perdido todo lo que me era preciado otras veces y me había sobrepuesto. Al menos tenía a Marco, a mi pequeño Marco, y a Issa; y aún quedaba *Lucus*, y lo que aquella me deparase. Pero al menos esa noche mi corazón podía expresar su dolor sin sentir vergüenza. Un nuevo amigo me aguardaría allí donde los valientes esperan a sus camaradas, en el mar de hierba, sobre un buen caballo, donde esperaba que Anderico y el resto lo reconocieran como de los nuestros. Quizás Akkal nos enseñe a utilizar el arco, pensé divertido y achispado por el vino. Ya habría tiempo para volver a levantar sobre mi corazón la dura coraza que me había acompañado desde el día en que olvidara mi nombre. Al día siguiente volvería a ser Attax el alano, otro día más.

Miré a mi lado. Arcadio ya había caído dormido pesadamente. Antes de imitarlo, un pensamiento pasó por mi embotada cabeza: largo es el camino hasta *Lucus*...

NOTA HISTÓRICA

Aquí estamos, en medio del fragor de la batalla, cuando las tropas visigodas realizan su primera incursión a gran escala en la Península Ibérica, preludio de lo que acontecerá de manera casi irreversible durante las últimas décadas del siglo y la casi totalidad del siguiente. Por doquier resuena el estrépito del acero, las salvajes notas de los tambores, y el rítmico retumbar de las herraduras de las monturas.

Esta segunda novela es la que transcurre en un menor lapso de tiempo. La acción, desde su primera página hasta su fin, discurre en menos de un año, desde octubre del año 456 hasta mayo del año siguiente, a diferencia de las otras dos, que engloban casi la totalidad de la vida de nuestro inquebrantable y longevo alano. Las noticias que nos han llegado sobre tal profusión de acontecimientos se las debemos a la impagable labor de los historiadores de la época, como nuestro ineludible Hydacio. Se conocen más datos sobre ese año en concreto en la convulsa *Hispania* que retratamos, que probablemente de cualquier otro de ese siglo. Siguiendo la crónica del obispo de Chaves, asistimos en primera persona al deambular de Teodorico II y sus tropas en suelo hispano, desde su incursión a través de los pasos de los Pirineos en otoño del año 456, hasta su apresurada retirada antes del verano del 457.

Como recoge esta novela, la campaña comenzó bajo los auspicios del emperador romano de occidente, Eparquio Avito, pero más tarde parece que el monarca visigodo decidió ir asentando poco a poco las bases necesarias para obtener su propio beneficio del encargo imperial. Así se ha querido retratar desde el final de la primera novela, donde el ejército visigodo va dejando pequeñas guarniciones allí por donde pasa, cuya misión consistirá en fortificar enclaves concretos de la geografía hispana que actuarán como cabeza de puente para posteriores incursiones.

Tras la batalla del *Urbicus*, donde los suevos son puestos en fuga por sus hombres, Teodorico se dirigió con premura hacia la capital sueva en *Gallaecia*, *Braccara Augusta*. Esta, la capital del antiguo *Convento Braccarense*, no solo albergaba a la mayor parte del pueblo suevo que

atravesara los Pirineos décadas atrás, sino también a un buen número de ciudadanos hispanos.

La ciudad cayó en manos de Teodorico y los suyos, pero en ningún registro de las escasas crónicas disponibles para este importante hecho histórico se recoge de qué manera se produjo este hecho. Se desconoce por tanto si la ciudad abrió sus puertas tras negociar con el rey visigodo, o por el contrario sufrió el ataque del enemigo, que tomó sus muros por la fuerza de las armas; o si, más probablemente, por los ejemplos que encontramos en la historia, su caída se debió a la traición de alguno de sus ciudadanos. En la novela se ha querido evitar a conciencia detallar las circunstancias de la caída de la ciudad, desplazando la acción hacia otro lugar de la provincia.

Respecto a los suevos capturados en la toma de la urbe, se desconoce cuál fue su destino, aunque me inclino a pensar que los más poderosos no fueron eliminados, sino que pasaron a considerarse como potenciales aliados de los nuevos dueños de la región, siempre que se plegaran a sus designios y colaboraran en la pacificación de los suyos. En el caso de los hispanos, al menos de lo que se deduce en la crónica de Hydacio, se respetaron sus vidas y hogares. Aun así, el obispo no pareció aprobar el proceder visigodo durante la toma de la ciudad: al contrario, recogió en sus crónicas su repulsa manifiesta. De ellas se deduce que los guerreros visigodos se tomaron ciertas libertades con la población civil y los religiosos que se encontraban intramuros. Lo que ha trascendido en la obra del obispo, recoge el trato vejatorio recibido por los religiosos del lugar por parte de los hombres de Teodorico. Se habla de que curas y monjas fueron paseados desnudos por las calles, y hasta las iglesias fueron profanadas, dejando que los corceles de batalla abrevaran en ellas. Pese a todo, no parece que la sangre hispana haya corrido por las calles de la antigua capital sueva –como sí sucedió en otros lugares–, aunque lo cierto es que tampoco parece que la actuación visigoda se haya ceñido a la que debiera ser una “liberación pacífica”.

Como ya se ha adelantado, mientras en los alrededores de *Braccara* se asientan Teodorico y el grueso de sus tropas, Attax y los suyos se encuentran lejos de ese escenario, librando su propia batalla contra otro grupo de suevos. Aunque este hecho narrado en el libro es ficticio, no parece descabellado pensar, por cómo transcurre la campaña, que algunas tropas de Teodorico se

encargarán de acabar con la resistencia sueva en algunos puntos fuertes, mientras su rey cercaba la capital. En el caso de la novela, he elegido el emplazamiento de A Ciadella, el antiguo campamento romano que habría sido levantado siglos atrás para albergar al *Ala Lucensis*, la cohorte auxiliar radicada en la zona tras la conquista del norte peninsular, y del que se conoce que durante el siglo V fue ocupado por invasores de más allá de los Pirineos.

Con respecto a Rechiario, el rey suevo que escapara herido de la batalla del *Urbicus*, las crónicas recogen que recorrió la *Gallaecia* hasta resguardarse en la actual Oporto, en el antiguo castro que dominaba la bahía. Allí fue hecho prisionero por la avanzadilla visigoda, cuando probablemente trataba de escapar por mar. Por supuesto, que fuera Liuva su captor es algo que tan solo debe achacarse a mi afán novelístico.

Como se recoge en la trama, una vez Teodorico se entera de la captura del rey suevo, y tras vencer la resistencia de *Braccara*, se dirige hacia Oporto, y allí lo ejecuta delante de los suyos. Su verdugo en la novela –y para algunos historiadores–, Agriwulf, existió, y lo cierto es que su papel en la historia de *Hispania* durante ese siglo, es cuando menos intrigante. De origen *warno*, como resalta de manera despectiva el historiador tardío godo Jordanes, y por tanto “sin la consiguiente nobleza de corazón de los godos” –sin duda la abuela de Jordanes era goda de pura cepa, y su mecenas también–, lo cierto es que aparece en varios momentos de la fructífera obra de Hydacio. A veces embajador, algunas general, otras asesino silencioso, el papel del *warno* nunca fue secundario. En el año 448 se le encuentra en el corazón de la *Baetica*, asesinando al Conde romano Censorio, que había sido hecho prisionero casi una década antes por los suevos en la ciudad de *Myrtilis*. La captura de este importante cargo romano también es un misterio. Nada se sabe, salvo que fue hecho prisionero poco después de la derrota de Andevotus. La interpretación que se hace en esta novela sobre la traición de sus auxiliares godos, que abren las puertas de la ciudad al enemigo, no es un hecho histórico contrastado, pero el siglo V en *Hispania* está lleno de ejemplos de auxiliares godos decidiendo batallas en contra de los intereses de sus señores romanos, por lo que me pareció una explicación adecuada. ¿Por qué lo asesinó Agriwulf? ¿Qué hacía el *warno* en plena *Baetica* ocho años antes de la llegada de su señor? Son preguntas que probablemente nunca sabremos. Lo que sí ha quedado registrado

es la traición de Agriwulf, o Agioulf, como recogen algunos textos, al que fuera su señor en el año 456. Aprovechando la marcha de aquel hacia el sur, en lugar de imponerse a los supervivientes suevos de la *Gallaecia*, opta por negociar con aquellos para atraerlos hacia su bando. Algunos autores lo achacan a que el *warno* ya conocía al pueblo suevo desde su irrupción en la *Baetica* casi diez años antes, y que llevaba todos esos años rumiando ese plan y estableciendo relaciones con algunos de los más poderosos. Nada más se sabe sobre la campaña que se desató en la devastada *Gallaecia* en el año 457, salvo que su promotor fue muerto en *Portus Cale* sin haber logrado su objetivo.

Volviendo un poco antes, al hilo inicial de esta nota, Teodorico, después de acabar con el monarca suevo y “liberar” *Gallaecia*, llevó a los suyos hacia el sur, hasta *Emerita Augusta*. La antigua capital de la diócesis, en ese entonces en manos suevas, se entregó al ejército invasor, que según Hydacio la respetó por el temor del rey a contrariar a una santa local de nombre Eulalia. De esa afirmación, entendemos que la ciudad no sufrió violencia alguna, y el temor reverencial al que hace mención el obispo de Chaves, me dio una un tanto irreverente idea. Desde luego mi primera intención desde que escribiera las primeras páginas, fue evitar cualquier guiño a la magia o el devoto misticismo. Esta es una novela de espadas clavadas en la tierra, y no de pálidas manos saliendo de un brumoso lago para recoger un acero mágico. Una *spatha* es una larga espada de caballería, y no un hermoso y lujoso tesoro. El hecho en sí, tal y como relata el libro, es una interpretación de tantas que se podrían hacer, aunque probablemente no todas tan divertidas.

Zenón, en este caso el joven y torpe diácono, es un personaje ficticio, pero se sabe que muchos años después, el Obispo de la ciudad se llama Zenón, por lo que me pareció un curioso guiño al futuro, que ya se terminará de resolver en la siguiente novela que cierra este ciclo.

Después de la toma de *Emerita*, el ejército pasa allí el resto del invierno, y al acabar este, Teodorico, según Hydacio, recibe la noticia de la fehaciente traición de su gobernador en el norte. El monarca godo no se anduvo por las ramas: de inmediato se organizó una expedición de castigo que consiguió reducir al *warno* en menos de tres meses. Como en otros casos, nada concreto se sabe sobre esta campaña, así que he colocado a Akhila como comandante

de dicha columna. Por supuesto, la relación del veterano Comes con el hombre de los ojos de brujo es algo que se debe únicamente a mi imaginación.

Tras las noticias del levantamiento en el finisterre hispano, llegan otras noticias a *Emerita*, si cabe aún más graves para el monarca godo. El benefactor de Teodorico en Roma, el emperador Eparquio Avito, es arrojado del trono imperial meses antes, y se entabla una sangrienta lucha entre este y un nuevo pretendiente imperial, Mayoriano. Este último, destacado miembro del senado, cuenta con el apoyo del pueblo de Italia, y además con la nada desdeñable ayuda del *Magister militum* del momento, Ricimero. Medio suevo y medio godo, este hombre fuerte de Roma durante años pasó a conocerse como el hacedor de emperadores. Emperadores títeres, porque en el fondo quien movía los hilos del imperio era este avisado “bárbaro”. Finalmente, Avito es vencido y morirá en su “prisión” ese mismo año 457. Teodorico solo conoce una parte de la historia en el mes de marzo del 457: Avito ha sido derrotado y prepara el contraataque en la *Galia*; pero lo cierto es que a esas alturas el fugaz emperador ha muerto. Teodorico emprende una desesperada cabalgada hacia el norte, abandonando de forma precipitada su aventura hispana, permitiendo que sus hombres regresen a Tolosa en distintas columnas, mientras él trata por todos los medios de tener algo que decir en el futuro del imperio por medio de la figura del emperador.

La expedición que comanda Cyrila hacia la *Baetica* y en la que se encuentran nuestros protagonistas, no está documentada históricamente, pero sí otra que dirige el mismo *Dux* un año después, por lo que nos pareció posible que el recio veterano tuviera un primer contacto con la provincia senatorial y que no pudiera realizarlo con éxito debido a las urgencias del momento.

Ya con su rey lejos, la retirada del ejército godo nada tiene que ver con su actuación durante los meses anteriores. Sedientos del botín que probablemente les prometiera su señor al inicio de la campaña, los guerreros deciden saquear aquellos lugares por los que pasan para hacerse con las codiciadas riquezas que los guerreros añoraban. La toma y saqueo de *Asturica* ocurrió en realidad, y también se sabe que los habitantes fueron engañados, pensando que abrían las puertas para que el ejército acabara con los suevos que se encontraban en el interior. Al igual que en esa importante ciudad, *Pallantia* –de la que se desconoce su localización exacta, aunque muchos autores la identifiquen con

la actual Palencia– sufrió su misma suerte, y no cabría descartar que lo mismo sucediera en otras pequeñas aldeas y villas que encontraran las columnas godas, burgundias y francas en su regreso.

Y ahora viene uno de los puntos más comprometidos de cara al lector. ¿Alguien podía oponerse a esa horda sedienta de riquezas que campaba a sus anchas por la meseta? Si grandes ciudades como *Asturica* habían sufrido su codicia, ¿podría derrotar al invasor un poblado desconocido e insignificante? Pues, en efecto, eso fue lo que sucedió. Las pocas notas históricas coinciden en este hecho, y como dice Hydacio, solo el castro *Coviacense* o *Coviacum* – probablemente Valencia de Don Juan– rechaza a las hordas godas, sufriendo estas un gran revés al intentar tomarlo, y dejando a muchos de los suyos muertos frente a sus murallas antes de huir. La forma en que se sucede el asedio y la lucha por *Coviacum* en la novela es una interpretación, acorde con lo narrado en el libro. Para aquellos “pueblerinos” de un lugar remoto de la meseta hispana, que fueron capaces no solo de hacer frente a los veteranos guerreros que pocos años antes habían hecho morder el polvo al mismísimo Azote de Dios, sino además ponerlos en fuga, aquí está un particular homenaje.